GIOVANNI PAPINI

HISTORIA DE CRISTO

TRADUCCION DE MONS. AGUSTIN PIAGGIO

5a. EDICIÓN

EDITADO POR:

EDITORIAL DIANA, S. A.

TLACOQUEMECATL 73 MEXICO, D. F.

1a. Edición, noviembre de 1952
2a. Edición, septiembre de 1957
3a. Edición, mayo de 1958
4a. Edición, diciembre de 1959
5a. Edición, septiembre de 1962

IMPRESO EN MEXICO — PRINTED IN MEXICO

EL AUTOR AL LECTOR

De quinientos años a esta parte, los que se llaman "espíritus libres", porque han desertado de la Milicia por los Ergástulos, se desviven por asesinar una segunda vez a Jesús. Para matarlo en el corazón de los hombres.

Apenas pareció que la segunda agonía de Cristo llegaba a los penúltimos estertores, se presentaron los necróforos. Jumentos presuntuosos que habían tomado las bibliotecas por establos; cerebros aerostáticos que creían poder tocar con la mano la sumidad de los cielos, montados en la montgolfiera de la filosofía; profesores atacados de satiriasis por fatales borracheras de filología y de metafísica, se armaron —¡el Hombre lo quiere!— como otros tantos cruzados contra la Cruz. Algunos extravagantes creadores de fábulas dieron en propalar, con una fantasía que deja chiquita la famosa de Radcliffe, que la historia de los Evangelios era una leyenda, a través de la cual, se podía, cuando mucho, reconstruir una vida natural de Jesús, el cual fué por un tercio profeta, por un tercio nigromante, y por el otro tercio caudillo de la plebe; y no hizo milagros, como no lo sea la curación hipnótica de algún poseído; y no murió en la cruz, sino que despertó en el frío de la tumba y reapareció luego con aire de misterio, para hacer creer que había resucitado. Otros demostraban, como dos y dos son cuatro, que Jesús es un mito creado en tiempos de Augusto y de Tiberio y que todos los Evangelios se reducen a un mal combinado mosaico de textos proféticos. Otros representan a Jesús como un ecléctico aventurero, que había concurrido a las escuelas de los Griegos, de los Budistas y de los Esenios [1] y había amasado, a la de Dios

[1] ESENIOS. A la verdad, hasta ahora no se ha encontrado ningún escrito especialmente esenio. Las noticias que de ellos tenemos

es grande, sus plagios para hacerse creer el Mesías de Israel. Otros hicieron de él un humanitario maniático, precursor de Rousseau y la "divina" Democracia: hombre excelente para su tiempo, pero que, en la actualidad sería confiado al cuidado de un alienista. Otros, finalmente y para terminar de una vez por todas, volvieron a la idea del mito y, a fuerza de fantasear y de comparar, llegaron a la conclusión de que Jesús no había nacido en ningún lugar del mundo.

Pero ¿quién ocuparía el puesto del gran Desterrado? Cada día se ahonda más la huesa, pero no lograrán enterrarlo del todo en ella.

se las debemos al historiador Josefo, que los conoció personalmente, y a algunos más antiguos debidos a Filón. También Plinio los nombra, aunque de pasada, por decirlo así; de suerte que podemos estar bien informados, por lo menos respecto de lo que se sabía y creía de ellos hacia mediados del primer siglo cristiano.

Generalmente se les atribuía la previsión de las cosas futuras. Si ellos mismos han pretendido tener este privilegio, ésta su pretensión no la expresa su nombre, como si ESENIOS o ESEOS, como a veces son llamados, fuera sinónimo de "videntes". No significa ni "vidente" ni, como equivocadamente se dice, a veces, "médico" ni tampoco "piadoso". Probablemente ellos se llaman ESENIOS en el sentido de "silenciosos" de "meditadores de los misterios".

De las fuentes históricas, entre las cuales merece fe especialmente Josefo, resulta que, en aquella época, su número pasaba de 4.000, que eran hebreos de nacimiento y vivían en Palestina y que al principio, para verse libres de los continuos litigios de las gentes de las ciudades, habitaban en aldeas; pero, más tarde, también vivieron en las ciudades. Ellos, dice Josefo, no tienen una ciudad propia, pero en cada ciudad (de Judea o de Palestina), viven muchos de ellos.

En sus establecimientos se designaban funcionarios especiales con el encargo de proveer de ropa y, en general, de todo lo necesario a los afiliados a la orden, si puede hablarse así, que estaban de paso. Lo que está fuera de duda es que los tales establecimientos eran también lugares de ventas. En Jerusalén hasta una puerta de la ciudad llevaba su nombre, acaso por estar cerca de ella alguna colonia "esenia". Parece que su establecimiento principal estaba ubicado en la orilla oeste del Mar Muerto, en el desierto de Engedi o Engaldi.

Creían los ESENIOS que la virtud consistía en la abstinencia y en el dominio de las pasiones. No estimaban mayormente el matrimonio y muchos de ellos creían firmemente que era un mal el casarse.

Su ocupación principal era la agricultura; pero también se dedi-

Y cata aquí una escuadra de faroleros y recuadradores del espíritu dedicados con ahinco a fabricar religiones para el uso y consumo de los irreligiosos. Durante todo el ochocientos las hornearon de a pares y de a media docena a la vez. La religión de la Verdad, del Espíritu, del Proletariado, del Héroe, de la Humanidad, de la Patria, del Imperio de la Razón, de la Belleza, de la Naturaleza, de la Solidaridad, de la Antigüedad, de la Energía, de la Paz, del Dolor, de la Piedad, del Yo, de lo Futuro, y así sucesivamente. Algunas no eran más que malos remedios del Cristianismo decapitado y deshuesado, de Cristianismo sin Dios; las más eran políticas o

caban a otras faenas pacíficas. A los únicos que excluían de su compañía era a los armeros y a los mercaderes. Despreciaban la riqueza, indiferentes al dinero, al que sólo estimaban en cuanto servía para vivir. De mucho tiempo atrás tenían una comunidad de bienes perfecta desde cualquier punto de vista. Quien quería unirse a ellos debía ceder su patrimonio a la comunidad. Eran muy austeros en su vida.

Según las noticias que han llegado hasta nosotros, habitaban en comunidad, en casas propias de la congregación. Observaban un silencio absoluto y practicaban una perfecta obediencia a sus superiores. Reprobaban también el juramento. No tenían siervos porque son la causa de los litigios y reprobaban la esclavitud como un insulto a las leyes de la naturaleza, la cual hace nacer a todos los hombres de la misma manera. En todo respetaban la edad y las decisiones de la mayoría. Jamás escupían por el lado derecho ni en presencia de otro.

Distribuían el tiempo en la siguiente forma: Desde la aparición del sol hasta las once (la hora quinta), trabajaban; después se lavaban con agua fría todo el cuerpo, cubierto en la cintura por un delantal blanco, y así purificados, como si tuvieran que penetrar en un santuario, iban al comedor, que era un edificio aparte, para la refección común, que se componía de pan y de un plato de otro manjar. Antes y después de la comida, el sacerdote recitaba una oración. Terminado el almuerzo, se quitaban las ropas, como sagradas, y trabajaban hasta el crepúsculo; y luego servían la comida en la misma forma que el almuerzo.

Creían que el cuerpo humano es corruptible y que el alma, atraída del cielo por un encantamiento natural y encerrada en el cuerpo como en una cárcel, sobrevive eternamente al cuerpo, porque ella es inmortal.

Creían en un cielo tranquilo, sin calores, sin fríos, sin lluvias y en un infierno obscuro, frío y lleno de tormentos eternos.

Adoraban a Dios y a su Providencia, causa de todo bien y de ningún mal.

filosofías que tentaban cambiarse en místicas. Pero pocos eran los fieles y débil el entusiasmo. Aquellas abstracciones heladas, aunque sostenidas, a veces, por intereses sociales o por pasiones literarias, no llenaban los corazones de donde se había querido arrancar a Jesús.

Se tentó, entonces, compaginar facsímiles de religiones que tuvieran, más y mejor que las otras, lo que los hombres buscan en la religión. Los fracmasones, los espiritistas, los teósofos, los ocultistas, los científicos, creyeron haber encontrado el sucedáneo infalible del Cristianismo. Pero estas ollas podridas de supersticiones mohosas y de cabalística cariada, de simbólica simiesca y de humanitarismo acedo, estos remiendos mal zurcidos del budismo de exportación y de Cristianismo falsificado, si contentaron a algunos millares de mujeres pasadas de moda, de bípedos pollinos, de condensadores del vacío, pare usted de contar.

Mientras, entre un presbiterio tudesco y una cátedra suiza, se venía preparando el último Anticristo. Este, bajando de los Alpes hacia Oriente, dijo: "Jesús ha mortificado a los hombres; el pecado es bello, la violencia es bella, es bello todo lo que dice sí a la Vida". Y Zarathustra, después de haber arrojado al Mediterráneo los textos griegos de Leipzig y las obras de Maquiavelo, comenzó a picotear, con el donaire que puede tener un tudesco nacido de un pastor protestante y bajado entonces de una cátedra helvética, a los pies de la estatua de Dionisio. Pero por más que sus cantos resultaran dulces al oído, nunca logró explicar qué es esta "adorable vida" a la cual se debía sacrificar una parte tan viva del hombre cual es la necesidad de vencer en sí mismo a la bestia; ni nos supo decir la manera como el Cristo vivo de los Evangelios se contrapone a la vida, él que la quiere más elevada y feliz. Y el pobre Anticristo sifilítico, en los umbrales ya de la locura, firmó su última carta así: El Crucificado.

*

Así y todo, a pesar de tanto derroche de tiempo y de ingenio, Cristo no ha sido expulsado de la tierra. Su memoria se encuentra en todas partes. En las paredes de las iglesias y de las escuelas, en la cúspide de los campanarios y en las cimas de los montes, en los nichos de las calles, a la cabecera de lo lechos y sobre las tumbas, millones de cruces recuerdan la muerte del Crucificado. Raspad los frescos de las iglesias, removed los cuadros de los altares y de las casas; con todo la vida de Cristo llena los museos y las galerías. Arrojad al fuego los misales, los breviarios, los eucologios y hallaréis lo mismo su nombre y sus palabras en todos los libros de las literaturas. Hasta la blasfemia es un involuntario recuerdo de su presencia.

La Gentilidad y la Cristiandad nunca podrán soldarse entre sí. ANTES DE CRISTO Y DESPUES DE CRISTO. Nuestra era, nuestra civilización, nuestra vida empieza con el nacimiento de Cristo. Lo que fué antes de su venida podemos buscarlo y saberlo, pero no es más nuestro, está señalado con otros números, circunscrito en otros sistemas, no agita más nuestras pasiones: puede ser todo lo bello que se quiera, pero está muerto. César, en sus tiempos, hizo más ruido que Jesús, y Platón enseñaba más ciencia que Cristo. Todavía se habla del primero y del segundo, pero ¿quién se acalora por César o contra César? ¿Y dónde están, hoy, los platónicos o antiplatónicos?

En cambio, Cristo está siempre vivo en nosotros. Hay todavía quien lo ama y quien lo odia. Existe una pasión por la pasión de Cristo y una por su destrucción. El enfurecerse de tantos contra él dice bien claramente que todavía no ha muerto. Los mismos que se desviven por negar su doctrina y su existencia pasan la vida recordando su nombre.

Vivimos en la era cristiana. Y ésta no ha terminado. Para comprender este mundo nuestro y nuestra vida, para comprendernos a nosotros mismos, hay que referirse a él. Cada edad debe volver a escribir su Evangelio.

También la nuestra lo ha escrito, y más que otra alguna. De suerte que el antor de este libro debería, llegado a este punto, justificarse de haberlo escrito. Mas la justi-

ficación, si es necesaria, se manifestará a los que lo leyeran hasta la última página.

Ningún tiempo como éste estuvo tan apartado de Cristo y tan necesitado de Cristo. Pero para volverlo a hallar no bastan los libros viejos.

Ninguna vida de Jesús, así la escribiera el escritor de genio más sublime de cuantos han existido, podría ser más bella y perfecta que los Evangelios. La cándida sobriedad de los primeros cuatro historiadores no podrá ser superada jamás por todas las maravillas del estilo y de la poesía. Y bien poco podemos añadir a lo que ellos dijeron.

Mas ¿quién lee hoy a los Evangelistas? ¿Quién los sabría leer de veras, en caso de leerlos? Las glosas de los filólogos, los comentarios de los exégetas, las variantes y la erudición de los apostilladores de poco sirven: enmiendas a la letra, juegos de admirable paciencia. Pero quiere otra cosa el corazón.

Cada generación tiene, en efecto, sus preocupaciones y sus ideas propias —y sus locuras—. Se impone una nueva traducción del antiguo Evangelio en favor de los descarriados. Para que Cristo viva siempre en la vida de los hombres, para que esté eternamente presente, es forzoso resucitarlo de vez en cuando; no para retocarlo con los colores de moda, sino para representar, con palabras nuevas y con referencias a la actualidad, su eterna verdad y su historia inmutable.

El mundo está lleno de estas resurrecciones de librería, doctas o literarias: pero parécele al autor de la presente, que muchas han sido olvidadas y que otras no son apropiadas. Especialmente en Italia, después de las últimas experiencias.

Para narrar la historia de las historias de Cristo fuera menester otro libro y más voluminoso que éste. Pero las más leídas y conocidas se pueden dividir, así a ojo de buen cubero, en dos grandes porciones. Las escritas por gente de la Iglesia para los creyentes y las escritas por hombres de ciencia para los profanos. Ni aquéllas ni éstas pueden satisfacer a quien busca en una vida, la Vida.

*

De las vidas de Jesús destinadas a los devotos se desprende un no sé qué de marchito y rancio que repele, desde las primeras páginas, al lector habituado a alimentos más delicados y sustanciosos. Hay un humazo de pabilo recién apagado, un hedor de incienso desvanecido y de aceite inferior que corta el aliento. No se respira bien. El incauto que se aproxima, recordando la vida de los grandes escritas con grandeza, y poseyendo algunas nociones del arte de escribir y de la poesía, siente como un vahido al avanzar por esa prosa floja, pesada, deshilachada, conjunto de remiendos y mosaicos de lugares ¡ay! demasiado comunes, que vivieron mil años ha, pero que hoy yacen exánimes, cristalizados, empañados como las piedras de un lapidario o los llantos, al unísono, de un ritual.

La cosa empeora cuando estos jamelgos extenuados quieren lanzarse, repentinamente, al galope de la lírica o al trote de la elocuencia. Sus gracias desusadas, ese acicalamiento en el decir que sabe a arcadia purista y a modelos de escritura para las academias provinciales, ese falso calor, entibiado por una melosa dignidad, acobardan a los más resistentes y temerarios. Y cuando no se abisman en los misterios brumosos de la escolástica, caen en la oratoria hipnótica de la homilía dominical. En una palabra, son libros escritos para quien cree en Jesús, es decir, para quien, en cierto sentido, podría prescindir de ellos. Los hay también óptimos; pero los laicos, los indiferentes, los artistas, los familiarizados con la grandeza de los antiguos y con las novedades de los modernos, no buscan esos volúmenes o bien los abandonan, después de un primer vistazo. Y, sin embargo, son precisamente estos lectores los que deberían ser conquistados, porque son los que Cristo ha perdido, y hoy imponen al público su opinión y pesan en el mundo.

Los otros, los doctos que escriben para los neutros, logran tanto o menos que aquéllos, en cuanto a llevarle a Jesús las almas que saben que son cristianas. En primer lugar porque casi nunca es éste el fin que se proponen y

ellos mismos, con pocas excepciones, se hallan entre los que deberían ser llevados nuevamente al Cristo real y vivo; y, después, porque su método, que pretende ser, según dicen, histórico, crítico, científico, los lleva más bien a detenerse en los textos y hechos exteriores, para determinarlos o destruirlos, que en el valor y la luz que se podrían hallar, queriendo, en aquellos textos y en aquellos hechos. Los más tienden a encontrar al hombre en Dios, la normalidad en el milagro, la leyenda en las tradiciones y, por encima de todo, buscan las interpelaciones, las falsificaciones y los apócrifos (2) en la primitiva literatura cristiana.

Los que no llegan a negar que Jesús haya vivido podan todo lo que pueden de los testimonios que todavía nos quedan acerca de él, y a fuerza de "si", de "pero", de "consideraciones y respetos", de dudas y de hipótesis, no alcanzan a escribir historia cierta, aunque, felizmente, tampoco logran destruir la contenida en el Evangelio, ¡tales y tantas son las contradicciones entre ellos mismos!, de suerte que cada nuevo sistema tiene por lo menos el mérito de reducir a la nada todos los inventados antes. En suma, estos historiadores, con todo su andamiaje de resortes y remiendos, con todos los recursos de la crítica textual, de la mitología, de la paleografía, de la arqueo-

(2) APOCRIFOS. Se entiende por libros, evangelios, apocalipsis, etc., *apócrifos,* aquellos que, presentándose con nombres supositicios de autor, descubierto poco a poco el fraude en todas las iglesias y negándoles por lo tanto la inspiración divina, fueron excluídos por la Iglesia Católica del canon definitivo de sus libros sagrados.

Existe un gran número de escritos apócrifos, fingidos, la mayor parte del segundo y tercer siglo; no son más que la manifestación de ideas gnósticas, doradas con intercalares de doctrina católica o de ideas de cristianos judaizantes de Palestina. Fabricius había preparado una colección de estos escritos apócrifos, que quedó incompleta, como también quedó incompleta la empezada por Thilo; por lo tanto, la más completa que poseemos es la publicada por Tischendorf en los años 1851, 1853 y 1856.

Los evangelios *apócrifos* se dividen en dos grupos: *apócrifos* que abarcan sólo la infancia de Jesús, y *apócrifos* que hablan sólo de su sagrada Pasión y de su descendimiento a los infiernos. En ambos grupos los hubo que gozaron de gran autoridad para con algunos Padres y aun hoy en día son estimados por su utilidad no pequeña.

logía, de la filología semítica y helenista no hacen más que triturar y diluir, a fuerza de desmenuzamiento y artificios, la vida sencilla de Cristo. La conclusión más lógica de todas estas investigaciones curiosas, de toda esta agitación es que Jesús nunca vino a la tierra o que, si por acaso de veras vino, no podemos decir nada cierto al respecto.

Queda, indudablemente, y no tan fácil de borrar, el Cristianismo, pero lo único de que son capaces estos enemigos de Cristo es de ir a Oriente y a Occidente en demanda de las "fuentes", como dicen, del pensamiento cristiano, con la santa intención, nada disimulada por cierto, de reducirlo todo a sus precedentes judaicos, helénicos y, acaso indios y chinos, para luego poder decir: "¿Veis? Este vuestro famoso Jesús, en resumidas cuentas, no sólo era un simple hombre, sino un pobre hombre: tanto es así, que nada ha dicho que el género humano no lo supiera ya de memoria antes que él".

Podríase preguntar aquí a estos negadores de milagros cómo explican el milagro de que un sincretismo de antiguallas haya creado en torno de un obscuro plagiario un movimiento de hombres, de pensamientos, de instituciones tan fuerte y fecundo que le ha permitido cambiar la faz del orbe por muchos siglos. Pero no formularemos, al menos por ahora, ni ésta ni muchas otras preguntas que se presentan espontáneas.

En pocas palabras: si de la comunidad del mal gusto de los compiladores piadosos se pasa, en busca de iluminaciones, a los monopolizadores de la "verdad histórica", se cae del aburrimiento devoto en la confusión estéril. Los primeros no saben conducir, de nuevo, a Cristo los descarriados, y los otros los pierden en los laberintos de la controversia. Y tanto éstos como aquéllos no invitan a que se les lea: es decir, escriben mal. Si los divide la fe, en cambio los une la cacografía. Y el énfasis untuoso repugna tanto a los espíritus cultos, conocedores, así sea de paso, de la poesía del Evangelio —idilio divino y tragedia divina— como el hielo de los universitarios.

Tan cierto es esto, que hoy todavía, después de tantos años y de tanto cambio de gustos y de opiniones, la única

vida de Jesús que leen los laicos es la del clérigo apóstata Renán, no obstante provocar náuseas a todo cristiano verdadero, por su "diletantismo", ultrajante hasta cuando alaba, y a todo historiador sincero, por sus prejuicios y su crítica insuficiente. Mas el libro de Renán, aun pareciendo la obra de un novelista escéptico de maridaje con la filología o de un semita que sufre de nostalgias literarias, tiene el mérito de estar "escrito", es decir, de hacerse leer también por los que no son ni creyentes ni especialistas.

Hacerse leer con agrado no es el mayor ni el único mérito de un libro y quien se contentara con ése sólo y no valorara los demás, demostraría ser más antojadizo que amante. Pero convengamos en que es un mérito, y a la verdad no pequeño, en un libro, es decir, en una cosa que precisamente se propone ser leída. En particular, cuando no quiere ser simplemente un útil de estudio, le basta eso; pero debería llegar hasta la que antes se llamaba "moción de los afectos" o, para hablar en vulgar, debería tender a "rehacer la gente".

Ha parecido al autor del presente libro —y, en caso de equivocarse, gozaría en ser corregido por quien esté más versado— que entre tantos millares de obras como narran de la vida de Jesús, falta una que satisfaga a quien busca, en vez de contrapruebas dogmáticas o eruditas indagaciones, un alimento apto para el alma, para las necesidades del siglo y de todos.

Un libro vivo, entiendo decir un libro que haga vivir más a Cristo, el siempreviviente, con amorosa vivacidad, a los ojos de los vivos. Que lo haga sentír presente, de una eterna presencia, a los presentes. Que lo pinte en toda su viviente y presente grandeza —perenne y, por lo mismo, también actual— a los que lo han ultrajado y rechazado, a los que no lo aman porque nunca vieron su verdadera faz. Que manifieste cuánto hay de sobrenatural y de simbólico en sus principios humanos, tan obscuros, tan sencillos y populares, y cuánto de familiar humanidad, de popular sencillez se trasluce también en su mansión de libertador celestial, en su fin de ajusticiado y resucitado divino. Que muestre, en fin, en esa

epopeya trágica en la que a la verdad pusieron manos el cielo y la tierra, cuántas enseñanzas dictadas para nosotros, apropiadas a nuestros tiempos, a nuestra vida, se pueden deducir de la misma sucesión de acontecimientos que se inician en el establo de Belén (3) y terminan en la nube de Betania (4).

Un libro escrito por un laico para los laicos y que no son cristianos o apenas lo son aparentemente. Un libro sin los dengues del pietismo (5) de sacristía y sin la as-

(3) BELEN. Ciudad de la tribu de Jedá, a unas dos leguas al sur de Jerusalén. En un principio llamóse Efrata, nombre que, como el primero, que significa "casa del pan", se debió seguramente a la fertilidad de su suelo (Llena de frutos). Antes del nacimiento de Jesús en uno de sus establos, debió su celebridad a haber nacido en ella el famoso rey David, razón por la cual Lucas (2, 4), la llama "ciudad de David". No debe confundirse con otra Belén situada en la tribu de Zabulón.

(4) BETANIA. Este nombre significa, según Eusebio, "Casa de Tristeza", más exactamente "Casa de las datileras" ("Beit-Hiné"), según la interpretación del Talmud. Betania es el pueblo en donde a Jesús agradaba detenerse, a causa de que en él habitaban Lázaro, Marta y María.

En Betania fué donde María derramó un vaso de perfume sobre los pies del Señor, invitado a comer por Simón el leproso. (Juan, XII, 1-10). El divino Maestro pronunció en casa de Lázaro esta gran sentencia, resumen del fin del hombre: "Una sola cosa es necesaria" (Luc. X, 38-42). Saliendo Jesús de Betania, envió dos de sus discípulos en busca del pollino sobre el que iba a hacer su entrada triunfal en Jerusalén (Luc., XIX, 29-44). Junto a Betania, corrieron Marta y María a su encuentro y tuvieron con él el conmovedor coloquio relatado por S. Juan (Juan, XI, 12-30). Por último, en Betania fué donde el Salvador resucitó a Lázaro, cuatro días después de muerto éste.

Betania, según el evangelista S. Juan, cap. XI, vers. 18, se hallaba situada a quince estadios (2 km. 700 m.), de Jerusalén.

Betania, o "el Azariyeh", es hoy día una confusa reunión de casas hechas con piedras provenientes, en gran parte, de los antiguos edificios religiosos. Sus 250 habitantes son musulmanes. (*P. Meistermann. Nueva Guía de Tierra Santa*).

Había otra Betania, situada a orillas del Jordán, donde bautizaba el precursor Juan (Juan, I, 28), la cual en los códices griegos se llama Betharaba que, casi seguramente, era su nombre propio, creyéndose por muchos años, desde los primeros siglos del Cristianismo, que, por un error del copista, se puso en el evangelio de S. Juan, Betania por Bethoraba.

(5) PIETISMO. Probablemente toma el autor aquí esta palabra en el sentido de un misticismo exagerado, que fué donde termina-

pereza de la literatura que se llama "científica" sólo porque está perpetuamente poseída por el terror a las afirmaciones. Y un libro, por último, escrito por un moderno que tenga un poco de respeto y de conocimiento del arte, y sepa fijar la atención hasta de los mismos hostiles.

* *

El autor no presume haber hecho un libro tal, aunque confiesa haber pensado en ello más de una vez: pero por lo menos ha tentado, de acuerdo con su capacidad, aproximarse a ese ideal.

E inmediatamente declara, con humildad sincera, que no ha hecho obra de "historiador científico". No la ha hecho porque no habría podido hacerla; pero aun poseyendo toda la ciencia necesaria no la hubiera querido hacer. Adviértese, entre otras cosas, que el libro ha sido escrito casi todo en el campo, en un campo lejano y agreste, con el auxilio de poquísimos libros, sin consejos de amigos y sin revisión de maestros. No espera, pues, ser citado por los cancerberos de la Alta Crítica y por los escrutadores de cuádruple lente entre las "autoridades de la materia"; mas esto importa poco, siempre que el libro pueda hacer algo de bien a alguna alma, aunque sea una sola. Porque pretende ser, como se ha dicho antes, una exhumación del Cristo —del Cristo embalsamado en los aromas evaporados o sajado por los bisturíes universitarios— pero no otra inhumación.

El escritor se ha basado en los Evangelios: es decir, tanto en los Sinópticos (6) como en el cuarto (7).

ron los que proponiéndose reformar el protestantismo, advertidos de que el espíritu de la nueva Iglesia se había convertido en árido simbolismo que se contentaba con prácticas exteriores, sin que el corazón tuviera parte alguna en ellas, fundaron la nueva secta de los *pietistas*, que afirman que el entendimiento depende totalmente de la voluntad y la ortodoxia de la fe de la vida devota.

(6) SINOPTICOS. Con el nombre de *sinópticos* se designan los tres primeros Evangelios, porque de tal suerte concuerdan entre sí que pueden proponerse, fácilmente, como desde un mismo punto de vista; y, acaso, esto tenga su explicación en que siendo el primero de los tres *Mateo*, que fué apóstol, llevó consigo el recuerdo de las palabras y de los discursos del divino Salvador. Los otros dos evangelistas, *Marcos* y *Lucas*, oyeron de labios de los otros Apóstoles las mismas narraciones y en las mismas formas verbales; y, de acuerdo con lo que oyeron, escribieron su respectivo Evangelio.

Las infinitas disertaciones y disputas acerca de la autenticidad de los cuatro historiadores (y acerca de las

(7) CUARTO EVANGELIO. Según el testimonio de S. Ireneo y de toda la antigüedad cristiana, S. Juan escribió su Evangelio en Efeso a pedido de casi todos los obispos de Asia y de las diputaciones de muchas iglesias. Narra S. Jerónimo que cuando el Santo se puso a la obra, ordenó ayunos y oraciones públicas; y, luego, ilustrado por la revelación divina, empezó con aquel sublime proemio: "En el principio era el Verbo". Lo escribió en griego para los griegos y para los paganos convertidos al cristianismo y fué el último de los escritos inspirados. Tenía entonces el santo autor casi 90 años y corría el 97 de la era cristiana. Según el citado S. Jerónimo, dos fueron los motivos que indujeron a Juan a escribir su Evangelio. El primero defender la eternidad del Verbo y la divinidad de Cristo contra los primeros herejes, Cerinto y Ebión. El segundo, completar los otros tres Evangelios, añadiendo en el suyo aquellas cosas que habían omitido los primeros.

El Evangelio de Juan es el que ha sido tenazmente atacado por los críticos protestantes y los racionalistas de Alemania y, en los últimos tiempos, ha sido elegido como blanco de los racionalistas, casi como la cuestión decisiva de que debe depender la victoria entre los enemigos y defensores de la revelación cristiana. Los asaltos enemigos, a los que se pueden agregar también las pretensiones de algunos católicos, tienden a esto: probar que el autor del cuarto Evangelio no es Juan y que dicho libro tiene un origen posterior a los tiempos apostólicos. Pero tenemos, entre otras, las siguientes pruebas de la paternidad de Juan, acerca del cuarto Evangelio: 1º El testimonio explícito de cuatro padres del segundo y tercer siglo, es a saber: S. Ireneo, Tertuliano, Clemente, Alejandrino y S. Teófilo, a los que se unen E. Justino mártir y el fragmento Muratoriano de escritor antiquísimo desconocido. 2º El testimonio implícito de padres Apostólicos como S. Ignacio y S. Papías. 3º El testimonio de herejes y de incrédulos de la misma época, como Celso, Basilides, Valentino, los Gnósticos. 4º Las pruebas internas, sacadas del propio Evangelio; entre las cuales es, acaso, la principal la siguiente: el autor de este Evangelio afirma ser él aquel discípulo que era el predilecto de Jesús (Juan, XXI, 26). Pero es sentencia común que éste fuera el epíteto propio, distintivo de Juan. Luego debemos afirmar que Juan es el autor de este *cuarto Evangelio*. Obsérvese, además, que en todo este Evangelio no se nombra nunca a Juan ni a su hermano Santiago: lo que tiene más explicación que admitir que el propio Juan es el autor del Evangelio.

fechas y de las interpolaciones, de su recíproca dependencia y de las verisimilitudes y derivaciones) lo han dejado, confiésalo ingenuamente, indiferente. No poseemos documentos más antiguos que aquéllos, ni otros contemporáneos, judíos o paganos, que nos permitan corregirlos o desmentirlos. Quien se empeña en este trabajo de selección y de contralor podrá derrochar mucha doctrina, pero no hará adelantar un solo paso el verdadero conocimiento de Cristo.

Cristo está en los Evangelios, en la Tradición apostólica y en la Iglesia. Fuera de allí todo es tinieblas y silencio. Quien acepta los cuatro Evangelios, debe aceptarlos íntegramente, sílaba tras sílaba; o bien rechazarlos desde el primero al último y decir: no sabemos nada. Querer distinguir, en aquellos textos, lo cierto de lo probable, lo histórico de lo legendario, el fondo de lo agregado, lo primitivo de lo dogmático, es empresa desesperada. La cual, en efecto, termina, casi siempre, en la desesperación de los lectores que, en ese embrollo de sistemas que se contradicen y cambian de decenio en decenio, acaban por no entenderse y por abandonarlos todos. Los más famosos exégetas del Nuevo Testamento sólo están de acuerdo en un punto y es éste: que la Iglesia ha sabido elegir, en el enorme aluvión de la primitiva literatura, los Evangelios más antiguos, reputados, desde entonces, como los más fieles. No se pide más.

Junto con los Evangelios el autor de este libro ha tenido a la vista aquellos "logia" [8] y "ágrafa" [9] que

(8) LOGIA. Desde el momento que el autor señala como primera fuente de su historia los cuatro Evangelios, no pnede tomarse esta palabra como sinónimo de los mismos, según la toman otros antores. Como por medio de la conjunción, diferencia *LOGIA* de *ágrafa* (docnmentos no escritos), y *ágrafa* de los *apócrifos*, parece qne con LOGIA señala una nneva fuente, vale decir: la *tradición oral;* y así, haciendo nso de esta tradición oral, supone, en el capítnlo *Los Magos,* que ellos eran tres, señalando en cambio con

(9) AGRAFA la tradición monnmental (pinturas, relieves, etc.), y admitiendo según ella la presencia en el pesebre, en el momento del nacimiento del Salvador, del asno y del buey: lo que, además de Mateo, declaran, p. ej., nna pintura de principios del siglo IV, en el cementerio de S. Sebastián y un relieve de nn sarcófago esculpido en 343.

tienen más sabor evangélico y también algunos textos apócrifos, usados "con juicio". Y, por último, nueve o diez libros modernos, de entre los que tenía a mano.

Parécele, según lo que ha podido advertir, haberse apartado, algunas veces, de las opiniones más comunes, y de haber bosquejado un Cristo que no siempre tiene los rasgos acicalados de las imágenes ordinarias, pero no podrán afirmarlo con certeza. Por lo demás, no da sobrada importancia a cualquiera novedad que pudiera notarse en su libro, escrito con la esperanza más de ser bueno que de ser bello. Tanto más que, en cambio, le habrá acaecido el repetir cosas que otros dijeron y que él, en su ignorancia, no ha conocido. En estas materias, la substancia, que es la verdad, es inmutable y lo único nuevo posible es la manera de exponerla bajo formas más eficaces, de suerte que sea más fácilmente asequible.

Así como ha tratado de sortear los tremedales de la alta crítica erudita, tampoco ha pretendido detenerse mucho en los misterios de la teología. Se ha aproximado a Jesús con la sencillez del deseo y del amor como se le aproximaban, cuando hablaba, los pescadores de Cafarnaúm [10], felizmente para ellos más ignorantes que el autor.

Este, aun manteniéndose fiel a las palabras de la Revelación y a los dogmas de la Iglesia Católica, ha procurado, a veces, presentar aquellos dogmas y aquellas palabras bajo formas distintas de las corrientes, con un estilo violento, de oposiciones y de candencias finales, reavivado por términos crudos y amargos, a fin de ver si, acaso, las almas de hoy, acostumbradas a los narcóticos del error, son capaces de despertar a los golpes de la verdad.

Para los descontentadizos el autor se atreve a apro-

(10) CAFARNAUM. Ciudad de Galilea, en la tribn de Neftalí, al N.O. del lago de Tiberíades, próxima a Betsaida y a Corazain, de mucha importancia comercial en tiempo de Jesncristo. El Salvador vivió allí bastante tiempo y obró en ella muebos milagros, de suerte que pudo ser llamada con justicia "la ciudad de Jesús". Fué en CAFARNAUM donde insinnó (Jnan, Cap. VI, 24 y sgs.) la institución del Sacramento de la Eucaristía.

piarse las palabras de Pablo: *"Con los que están sin ley me he hecho como si yo estuviera sin ley, por ganar a los que estaban sin ley"* (Corintios cap. 9, vers. 21). *"Me he hecho débil con los débiles, para ganar a los débiles. Me he hecho todo para todos, para salvarlos a todos"* (Cor. IX, 22). *"Y todo lo hago por el Evangelio"* (Cor. IX, 23).

Ha tenido presente no sólo al mundo judío sino al antiguo, con la esperanza de poder mostrar la novedad y grandeza de Cristo comparado con todos aquellos que lo precedieron. No ha seguido siempre el orden de los tiempos y de los sucesos, porque convenía más a su propósito —que no es, como lo ha dicho ya, propiamente histórico— reunir ciertos grupos de pensamientos y de hechos, para iluminarlos con más intensidad, en vez de dejarlos esparcidos acá y allá en el curso de la narración.

Para no dar un aspecto pedantesco a su obra ha suprimido todas las citas y ha querido prescindir de las notas. No quiere parecer lo que no es, es decir, un doctor en bibliografía, ni quiere que su obra huela, aunque sea poco, a erudición. Los que entienden de esto se percatarán de las autoridades no citadas y de las soluciones que ha escogido en presencia de ciertos problemas de concordancia; los otros, los que buscan solamente la manera cómo Cristo se ha aparecido a uno de ellos, se sentirían fastidiados con el fárrago de textos y disertaciones al pie de cada página.

Quiero sí decir aquí una sola palabra acerca de la Pecadora que llora a los pies de Jesús. Aunque los más vean en los Evangelios dos escenas diversas y dos mujeres distintas, el autor se ha permitido, por razones de arte, reunirlas en una sola y de esto pide perdón, que espera le será otorgado, desde que no se trata de materia dogmática.

Debe hacer presente también que no ha podido explanar a su manera los episodios en los cuales aparece la Virgen Madre. Esto es por no alargar demasiado el libro ya largo, y, especialmente, por la dificultad de mostrar, aunque de paso, todo el rico tesoro de belleza religiosa que en sí encierra la figura de María. Fuera menester

otro volumen y el autor se siente tentado, si Dios le da vida y vista, de arriesgarse a la empresa de "decir de Ella lo que jamás se dijo de otra alguna".

Notarán, al menos los conocedores de los Evangelios, que otras cosas de menor importancia han sido saltadas y que otras, en cambio, han sido explicadas de una manera no común. La razón es que éstas parecíeronle al escritor más apropiadas a su intento, que es —para decirlo con palabra desusada y hasta repugnante a ciertos individuos— la "edificación".

*

Este pretende ser un libro —la carcajada está descontada ya— de edificación. No en el sentido de la beatería mecánica, pero sí en el sentido humano y viril de la renovación de las almas.

Acción grande y sana es edificar una casa: brindar albergue contra el frío y la noche, es elevarse. Pero *edificar* una alma, ¡es construir con piedras de la verdad! Cuando se habla de edificar, no se percibe más que un verbo abstracto, gastado por la costumbre. Edificar, en sentido corriente, significa levantar paredes. ¿Quién de vosotros se ha detenido nunca a pensar en todo lo que se necesita para levantar paredes, para levantarlas bien, para hacer una verdadera casa, que se sostenga, que esté firme, construída y techada en debida forma, con paredes maestras a plomo y con el techo que no permita el paso del agua? ¿Y en todo lo que se necesita para construir una casa: piedras recuadradas, ladrillos bien cocidos, tirantes duros, cal de primera, arena fina sin mezcla de tierra, cemento no envejecido ni húmedo? ¿Colocarlo todo en su lugar correspondiente, con buen ojo y paciencia hacer que combinen exactamente las piedras, no poner mucha agua o mucha arena en la argamasa, tener humedecidas las paredes, saber llenar las juntas y allanar debidamente los revoques? Así la casa se eleva día por día, hasta el cielo, la casa del hombre, la casa a la cual llevará a su esposa, donde han de nacer sus hijos, donde podrá albergar a sus amigos.

Pero la mayor parte de los hombres cree que para hacer un libro basta tener una idea y luego tomar muchas palabras y ponerlas juntas de manera que queden bien. Esto no es verdad. Un horno de tejas, una cantera, no son una casa. Edificar una casa, edificar un libro, edificar una alma son trabajos que ocupan todo un hombre y todas sus responsabilidades. Este libro quisiera edificar almas cristianas, porque al escritor le parece que, en este tiempo, es ésta una necesidad impostergable. ¿Lo logrará? ¿No lo logrará? No puede decirlo hoy, el autor del mismo.

Sin embargo, espera que confesarán ser éste un libro, un verdadero libro, no un muestrario, no una colección de retazos. Un libro que puede ser mediocre y hasta equivocado, pero que está construído: una obra *edificada* además de edificadora. Un libro con su plano y su arquitectura, una verdadera casa con su pórtico, con sus arquitrabes, con sus divisiones y sus bóvedas; y también con algunas aberturas por donde ver el cielo y los campos.

El autor de este libro es, al menos quisiera serlo, un artista y no podía olvidar esta su condición, precisamente en la presente oportunidad. Mas declara que no ha querido hacer obra de "bellas letras" o, como se dice ahora, de "pura poesía", porque más le preocupaba, al menos esta vez, la verdad que la belleza. Pero si aquellas virtudes, por escasas que ellas sean, de escritor enamorado de su arte lograran convencer a una alma más, se complacería como nunca de los dones recibidos. Acaso su inclinación a la poesía le ha servido para hacer más actual y, en cierto modo, más fresca la evocación de las cosas antiguas, que parecen petrificadas en lo hierático de las imágenes consagradas por la costumbre...

Todo es nuevo y presente para el hombre de imaginación. Toda estrella grande que se mueve en la noche, puede ser la que te señala la casa donde nace un hijo de Dios. Todo establo tiene un pesebre que puede convertirse en cuna, siempre que se llene con heno seco y paja limpia; toda montaña desnuda, bañada de luz en los amaneceres dorados sobre el valle sumido todavía en la

obscuridad, puede ser el Sinaí (11) o el Tabor (12); en los fuegos de los rastrojos o en las carboneras, que brillan de noche en las colinas, puedes ver la llama que Dios enciende para guiarte a través del desierto; y la columna de humo que se eleva de la chimenea del pobre señala desde lejos el camino al bracero que regresa. El jumento que monta la pastora, apenas terminada la tarea de ordeñar, es el mismo que cabalgaba el profeta al dirigirse a tiendas de Israel o el que bajó hacia Jerusalén (13) para la fiesta de Pascua (14). La paloma que

(11) SINAI. Monte sobre el cual fué promulgada la ley mosaica. Acaso le daban ese nombre los habitantes circunvecinos que, bajo el nombre Sin, adoraban la luna. Llamábase Horeb, o sea, "monte árido". Forma parte del imponente triple sistema montañoso que ocupa la parte meridional de la península del S. del golfo de Suez o Akaba. El *Sinaí* ocupa la parte central del sistema y sus faldas caen en la arenosa llanura de er-Rahah, que corresponde al desierto del *Sinaí* de que habla la Biblia en el Exodo, cap. 19, 1. Consta de dos cimas roqueñas, de las cuales la más septentrional llega a 2.000 metros sobre el nivel del mar y es llamada por los árabes *Ras-es-Dassafeh* y por los cristianos *Horeb*, mientras la más meridional pasa los 2.300 metros de elevación y es llamada *Gebel-Musa*, Monte de Moisés. Esta última es verosímilmente aquélla desde la cual fué promulgada la ley. Moisés le da siempre el nombre de "Monte de Dios". Se le recuerda también, y muchas veces, en otros lugares de la Biblia, generalmente en sentido simbólico.

(12) TABOR. Monte de Galilea, al SO. del lago de Genesaret. De forma de cono truncado, se eleva unos 800 metros sobre la llanura de Esdrelón. Famoso en el Antiguo Testamento, no se le recuerda para nada en el Nuevo. Ahora se llama *Gebel-et-Tur*. La tradición quiere identificarlo con el "monte alto" que fué teatro de la Transfiguración de Cristo (Mt. 17, 1; Mc. 9, 1; L. 9, 28). Esta opinión se pone hoy día en duda, porque sobre el Tabor, en tiempos de Cristo, existía un villorrio y por otras razones; aun cuando hay autores modernos y doctos que están por la antigua tradición.

(13) JERUSALEN. Es la conocida capital del reino de Judea y su nombre significa "visión de la paz". Esta en una posición que, por el sistema orográfico de la Palestina, se puede considerar como el corazón y el centro de toda la región. La elección del sitio en que fué fundada, cerca de las fuentes de Cedrón, sobre varias colinas que forman anfiteatro, dependió, acaso, de la relativa abundancia de agua, que en cambio falta en las tierras que la rodean. Varias son las fuentes y los arroyos que la Biblia recuerda en los alrededores de Jerusalén y algunos, en parte, pueden ser identificados aun hoy día. Dentro de la propia ciudad se habían construído muchos aljibes o piscinas para el agua, de los cuales algunos

gime al borde del techo de pizarras es la misma que anunció al patriarca el término del castigo o descendió encima de las aguas del Jordán [15]. Todo es igual y todo es presente para el poeta, y toda historiaes historia sagrada.

El autor, empero, pide perdón a sus austeros contem-

se bicieron célebres y aun en la actnalidad son mostrados a los peregrinos. Jerusalén, teatro de los grandes acontecimientos de que nació nnestra religión sacrosanta, cayó, con toda la Palestina, en 1517, en poder de los turcos. Solimán (1536-39), hizo rodear a Jernsalén de nnevos muros, qne todavía existen, pero que excluyen nna parte del monte Sión que incluían los antiguos. En los muros se abren siete pnertas, de las cuales hay cinco en uso: al norte la pnerta de Damasco, al este la pnerta de S. Esteban, al snd la puerta de Mist y la pnerta de Sión, al oeste la puerta de Jafa, por la cual, generalmente, entran los peregrinos europeos. Hasta antes de la gran gnerra tenía Jerusalén unos 50.000 habitantes, mahometanos (mayoria), cristianos, y judíos (minoria). Las calles de esa ciudad sin industrias y que vive de los recuerdos, son angostas y sucias; las casas son de piedra, pequeñas y bajas. Dos calles principales, que se crnzan, dividen la ciudad en cuatro cuarteles. El del nordeste es mahometano, el del noroeste es cristiano, el del sudoeste es armenio y el del sudeste hebreo. Entre los lngares santos, repartidos entre los tres primeros cuarteles, está la Iglesia del Santo Sepulcro, con el Gólgota, en el cuartel cristiano. En el cnartel judío es notable un lugar llamado "el Ebra" donde, junto a nn murallón que se cree perteneció al templo salomónico, los judíos en determinados días acnden a llorar y a rezar. Los musulmanes llaman a Jernsalén "El Kods", la santa.

(14) PASCUA. En hebreo quiere decir "paso" y conmemoraba la liberación del pneblo escogido de Jehová de la cautividad de los faraones pasando el mar Rojo; la celebraban comiendo un cordero con ciertos ritos y oraciones particulares. Los hebreos preferían entender este "paso" por el "paso del Señor", mediante el ángel exterminador de los primogénitos de los egipcios, el cual ángel saltaba, pasaba las casas que estaban marcadas con la sangre del cordero sacrificado, castigando en cambio la de los egipcios obstinados en tener esclavos a los hebreos. Todo esto, sin perder nada de sn realidad, era simbolo o figura de nnestra redención, comprada con el precio infinito de la sangre de N. S. Jesncristo, cordero inmaculado.

(15) JORDAN. Río de la Palestina, llamado hoy Nabr-el-Arden o el *Cheria*. Nace en Anti-Líbano, cruza el lago de Tiberiades y desagua en el Mar Muerto. Sn curso es de 200 kilómetros. Los jndíos, al salir de Egipto, sólo se creyeron en la tierra de promisión cnando, salvados los desiertos de Arabia y de Siria en parte, hubieron vadeado este río.

poráneos si, más frecuentemente de lo que convenía, se dejó arrastrar hacia la que, hoy casi con asco, se llama elocuencia, hermana carnal de la retórica y madre adulterina del énfasis y de otras hidropesías de la selecta elocuencia. Pero puede que admitan que no le era posible escribir la historia de Cristo con el mismo estilo llano y tranquilo que conviene a la de don Abundio [16]. El propio Manzoni, cuando cantó la Natividad y la Resurrección, no recurrió a los giros del pulcro lenguaje florentino, sino que apeló a las imágenes más imponentes del Antiguo y del Nuevo Testamento.

Sé perfectamente que la elocuencia disgusta a los modernos, como las telas rojas a las damas de la ciudad y el órgano de la iglesia a los bailarines del "jazz"; pero no logré siempre prescindir de ella. La elocuencia, cuando no es declamación artificiosa, es desborde de fe; y en una edad que no cree, no hay sitio para la elocuencia. Sin embargo, la vida de Jesús es un drama y un poema tal que exigiría siempre, en lugar de las palabras harto usadas de que podemos disponer, aquellos vocablos "desgarrados y epilépticos" de que habla Passavanti. Bossuet, que por cierto algo sabía de elocuencia, una vez escribió lo siguiente: "¡Pluguiera a Dios que nos fuera dado despojarnos de todo aquello que halaga el oído, de todo aquello que deleita el espíritu, de todo aquello que hiere la imaginación para no dejar más que la simple verdad, la fuerza y la eficacia toda pura del Espíritu Santo, sin ningún otro pensamiento que no sea para convertir!" ¡Exactísimo!, pero ¿cómo lograrlo?

El autor de la presente obra hubiera querido, en ciertos momentos, poseer aquella elocuencia valiente y demoledora, capaz de hacer temblar el corazón mejor puesto, una imaginación avasalladora, capaz de trasportar las almas, con repentino sortilegio, a un mundo

(16) DON ABUNDIO. Famoso cura que figura en la novela de Manzoni "Los novios" y en quien muchos han querido ver el prototipo del miedo, siendo así que, bien estudiado el personaje, es un modelo de prudencia no exento de miedo que, en determinados casos, lo justificaban.

de luz, de oro, de fuego. En otros momentos, por el contrario, le dolía, casi, el ser demasiado artista, demasiado literato, demasiado orfebre y taraceador, y de no ser capaz de dejar las cosas en su poderosa desnudez. No se aprende a escribir como es debido un libro, sino cuando se lo ha terminado. Llegados a la palabra final, con la experiencia adquirida en la brega prolongada, fuera menester empezar de nuevo y hacerlo completamente. Pero ¿quién tiene, no digo ya la fuerza, mas ni aun la idea de hacer tal?

Si en algunas de sus páginas tiene este libro el andar de la predicación, no será, a fe mía, un gran mal. A los sermones de las iglesias, donde con frecuencia se dicen cosas mediocres y mediocremente, pero donde, con más frecuencia aún, se repiten verdades que no deberían olvidarse, de ordinario no acuden, en estos tiempos, sino las mujeres y alguno que otro viejo: preciso es, pues, pensar también en los otros. En los sabihondos, en los intelectuales, en los refinados que no entran jamás en la iglesia, pero sí, alguna vez, en las librerías. Estos por nada del mundo escucharían un sermón pronunciado por un fraile, pero no tienen mayor dificultad en leerlo si se imprime en un libro. Y el presente libro, repitámoslo una vez más, está hecho especialmente para aquellos que están fuera de la Iglesia de Cristo; los que permanecieron dentro, unidos a los herederos de los Apóstoles, no necesitan de mis palabras.

El autor pide también perdón por haber hecho una obra de muchas, de demasiadas páginas, tratando un solo argumento. Hoy, que la mayor parte de los libros —aun los del propio autor— no son más que ramilletes o manojos de páginas recolectadas de los diarios o de novelitas de corto aliento o de apuntes de cartera y no pasan, de ordinario, de doscientas o trescientas páginas, el haber escrito más de seiscientas acerca de un tema único parecerá largo para los lectores modernos, más habituados a los bizcochuelos livianos que a los panes caseros de un kilo; pero los libros, como los días, son largos o cortos según como sean llenados. El autor no está tan curado de la soberbia, que sea capaz de creer

que nadie leerá su libro, debido a su mucha extensión, sino que, lejos de ello, llega a forjarse la ilusión de que pueda ser leído con menor aburrimiento que otros más cortos. ¡Tan difícil es curarse del amor propio, aun por aquellos que pretenden curar a los otros!

*

Escribí otro libro, años atrás, en que contaba la vida melancólica de un hombre que quiso, en un dado momento, hacerse Dios. Ahora, en la madurez de los años y de conciencia, he tentado escribir la vida de un Dios que se hizo hombre.

Este mismo escritor, en los tiempos en que dejaba a su loco humor correr desenfrenado por todos los senderos de lo absurdo, creyendo que de la negación de todo lo trascendental resultaba la necesidad de despojarse de toda mojigatería, aun de la profana y mundana, para llegar al ateísmo integral y perfecto —y era lógico como el "querubín negro" de Dante, pues la única elección concedida al hombre es entre Dios y la Nada, y cuando se huye de Dios no hay argumento capaz de sujetarnos a los ídolos de la tribu y a todos los otros fetiches de la razón o de la pasión— en aquellos tiempos de fiebre y orgullo, el que esto escribe ofendió a Cristo como pocos antes que él.

Así y todo, después de apenas seis años —pero seis años de grandes angustias y devastaciones dentro y fuera de él—, después de largos meses de encontradas reflexiones, repentinamente, dejando aparte otro trabajo, solicitado casi, y empujado por una fuerza más fuerte que él, empezó a escribir este libro acerca de Cristo, libro que, ahora, parécele insuficiente reparación de aquella culpa. Con frecuencia Jesús ha sido más tenazmente amado por aquellos mismos que antes lo odiaban. El odio, a veces, no es más que un amor imperfecto e inconsciente; y así como así es siempre mejor aprendizaje de amor que la fría indiferencia.

Cómo el escritor ha llegado, solo, a encontrar a Cristo, por muchos senderos que, al final, desembocaban todos al pie de la montaña del Evangelio, larga y difí-

cil cosa sería el decirlo. Pero su ejemplo —es a saber, el ejemplo de un hombre que, desde niño, sintió repulsión por todas las creencias conocidas y por todas las iglesias y por todas las formas de vasallaje espiritual, y después pasó, con desilusiones tan profundas como poderosos habían sido sus entusiasmos, a través de muchas experiencias, las más diversas y más nuevas de que podía valerse—; el ejemplo, repito, de este hombre, que ha consumido en sí mismo las ambiciones de una época instable e intranquila como pocas; el ejemplo de un hombre que, después de tanto despotricar, motejar, desatinar, vuelve junto a Cristo tiene, acaso, un significado que no es exclusivamente privado y personal.

No ha vuelto a Cristo por cansancio; porque, a decir verdad, empieza para él una vida más difícil y una obligación más pesada; ni por los miedos propios de la vejez, porque todavía puede decirse joven; ni en busca del "mundanal ruido", porque con los vientos que soplan más le valiera ser adulador que juez. Pero este hombre, vuelto a Cristo, ha visto que El es negado y, lo que es peor que toda otra ofensa, olvidado. Y ha sentido el impulso de recordarlo y defenderlo.

Porque no sólo sus enemigos lo han dejado y gastado, sino que hasta los que fueron sus discípulos, mientras vivía, y lo comprendieron en mitad del camino o al final, lo abandonaron; muchos de los que nacieron en su Iglesia hacen lo contrario de lo que él mandó y prefieren sus imágenes a su ejemplo vivo, y cuando han gastado labios y rodillas en alguna devoción material, creen haber cumplido con El y haber hecho cuanto pedía y cuanto pide, desesperadamente, y casi siempre en vano, junto con sus Santos, desde hace mil novecientos años.

Una historia de Cristo escrita hoy, es una réplica, una respuesta necesaria, una conclusión inevitable: el peso que se pone en el plato vacío de la balanza, para que de la guerra eterna entre el odio y el amor resulte, al menos, el equilibrio de la justicia.

Que si alguien tildara al autor de regresivo, sépase que no lo alcanza con su pretendido insulto. Frecuentemente parece regresivo quien nace antes de su tiempo. El sol que se encamina al ocaso es el propio sol que, en el mismo instante decora el nuevo amanecer de un país lejano. El Cristianismo no es una antigualla asimilada ya, en lo que tenía de bueno, por la estupenda e imperfectible conciencia moderna, sino que es, para muchísimos, tan nuevo que ni siquiera ha empezado. El mundo, hoy, busca más la paz que la libertad y no hay paz verdadera sino bajo el suave yugo de Cristo.

Dicen que Cristo es el profeta de los débiles, y en cambio El vino a fortalecer a los lánguidos y a elevar por encima de los reyes a los pisoteados. Dicen que su religión es religión de enfermos y moribundos y, sin embargo, El sana a los enfermos y resucita a los muertos. Lo dicen opuesto a la vida, y El triunfa de la muerte. Que es el Dios de la tristeza, cuando, por el contrario, invita a los suyos a la alegría y promete un banquete eterno de regocijo a sus amigos. Dicen que ha introducido la tristeza y la mortificación en el mundo y, en vez de eso El, cuando estaba entre los suyos, comía y bebía, se dejaba perfumar los pies y los cabellos, y sentía asco por los ayunos hipócritas y por las penitencias vanidosas. Muchos lo dejaron porque nunca lo conocieron. A éstos, de una manera especial, quisiera ser de provecho este libro.

El cual libro ha sido escrito —pido perdón por la referencia— por un florentino, es decir, por uno salido de aquella nación que, primera entre todas, eligió a Cristo por propio Rey. La primera idea la tuvo Jerónimo Savonarola, en 1495, pero no pudo realizarla. Fué renovada en el apremio de las amenazas de sitio en 1527, y aprobada por gran mayoría. Encima de la puerta mayor del Palacio Viejo, que se abre entre el David de Buonarotti y el Hércules de Bandinelli, se empotró una lápida con la siguiente inscripción:

JESUS CHRISTUS REX FLORENTINI
POPULI P. DECRETO ELECTUS [17]

[17] Jesucristo elegido Rey del pueblo florentino por decreto público.

Esta inscripción, aunque alterada por Cosme de Médicis, aún existe; ese decreto nunca fué formalmente derogado o renegado; y el escritor de este libro se siente orgulloso al proclamarse, aún hoy, después de cuatrocientos años de usurpaciones, súbdito y soldado de Cristo Rey.

EL ESTABLO

Jesús nació en un establo.

Un establo, un verdadero establo, no es el alegre y ligero pórtico que los pintores cristianos han edificado para el hijo de David[1], avergonzados, casi, de que su Dios hubiera sido acostado en la miseria y en la suciedad. No es tampoco el nacimiento de yeso que la fantasía confitera de los figureros ha imaginado en los tiempos modernos; ni el portal limpio y delicado, gracioso por sus colores, con su pesebre aseado y adornado, el borrico extático, el buey compungido, los ángeles tendiendo sobre el lecho su aleteante festón, los pajes de los reyes con los mantos y pastores con capuchones, arrodillados a ambos lados del lecho. Este podría ser el sueño de los novicios, el lujo de los párrocos, el juguete de los niños, el "vaticinado albergue" de Manzoni, pero no es, no, el Establo donde nació Jesús.

Un establo, un Establo de veras, es la casa de las bestias que trabajaban para el hombre. El antiguo, el pobre establo de los pueblos antiguos, de los pueblos pobres, del pueblo de Jesús, no es el pórtico con pilares y capiteles, ni la caballeriza científica de los ricos de hoy o la cabañita elegante de las noches de Navidad. El establo no es más que cuatro paredes toscas, un piso sucio, un techo de tirantes y de tejas. El verdadero Establo es obscuro, sucio, hediondo: lo único que hay limpio en él es el pesebre, donde el dueño prepara el pienso para las bestias.

Los prados de primavera, frescos en las mañanas se-

(1) HIJO DE DAVID. Así se llama N. S. Jesucristo por descender en cuanto hombre de la estirpe de David según la filiación natural y legal.

renas, mecidos por el aura, asoleados, húmedos, olorosos, fueron segados; cortadas con el hierro las verdes hierbas y las altas y finas hojas, tronchadas en montón las hermosas flores abiertas: blancas, rojas, amarillas, celestes. Todo se marchitó, todo se secó, todo se coloreó con el color pálido y único del heno. Los bueyes arrastraron hacia la casa los despojos muertos de mayo y de junio.

Ahora esas hierbas y esas flores, esas hierbas secas y esas flores siempre perfumadas están allí, en el pesebre, para satisfacer el hambre de los Esclavos del Hombre. Los animales las atrapan lentamente con sus grandes labios negros y más tarde el prado florido vuelve a la luz sobre los residuos de paja que sirven de cama, convertidos en húmedo abono.

Este es el verdadero Establo donde Jesús fué dado a luz. El lugar más sucio del mundo fué la primera habitación del único Puro entre los nacidos de mujer. El Hijo del Hombre (2) que había de ser devorado por las bestias que se llaman hombres, tuvo por primera cuna el pesebre donde los brutos rumian las flores milagrosas de la primavera.

No nació Jesús casualmente en un Establo. ¿No es el mundo, acaso, un Establo inmenso donde los hombres tragan y defecan? Las cosas más hermosas, más puras, más divinas, ¿no las cambian, por ventura, por obra de una infernal alquimia, en excrementos? Luego se tienden sobre montones de bosta, y a esto le llaman "gozar de la vida".

Sobre la tierra, porqueriza precaria, donde todos los

(2) HIJO DEL HOMBRE. Es aquel que tiene una naturaleza humana. A veces esta expresión, en la Sagrada Escritura tiene el mismo significado que la palabra hombre. Y en esos casos debe considerarse como el singular de la otra expresión "hijo de los hombres", que significa los hombres en general. El "hijo del hombre" es nombrado 31 veces en S. Mateo, 14 veces en S. Marcos, 25 veces en S. Lucas y 12 en S. Juan. Es siempre Jesucristo quien emplea esta expresión hablando de sí, en tanto que no emplea sino una vez la de "*Hijo de Dios*" *atribuído a sí mismo*. Al presentarse preferentemente como "Hijo del hombre" quiso el Salvador, sin duda alguna, expresar la realidad de su naturaleza humana, adelantándose a los herejes que, más tarde, habían de negarla.

afeites y perfumes no bastan para ocultar la suciedad, apareció, una noche, Jesús, nacido de una Virgen sin mancilla, sin más armas que la Inocencia.

Los primeros que adoraron a Jesús fueron animales y no hombres.

Entre los hombres buscaba a los simples, entre los simples a los niños. Más simples que los niños, más mansos, lo acogieron los Animales domésticos. Aunque humildes, aunque siervos de seres más débiles y feroces que ellos, el Asno y el Buey habían visto a la muchedumbre arrodillada en su presencia. El pueblo de Jesús, el pueblo santo que Jehová había libertado de la esclavitud de Egipto, el pueblo que el Pastor había dejado solo en el desierto, mientras él subía a hablar con el Eterno, obligó a Aarón (3) a que le hiciera un Becerro de oro para adorarlo.

En Grecia el Buey estaba consagrado a Ares, a Dionisio, a Apolo Hiperbóreo. La burra de Balaam (4),

(3) AARON. Nombre del hermano mayor de Moisés y primer sacerdote de los israelitas, después de su salida de Egipto, cuando entre ellos se estableció el grado y la dignidad sacerdotal. Cooperó eficazmente con Moisés, ante Faraón, en la obra del rescate de su pueblo. En el desierto fué consagrado Sumo Sacerdote, y la dignidad sacerdotal fué establecida en su *descendencia*. (*Véase el* cap. III del libro de los Números). Fué siempre fiel compañero de su gran hermano, y ministro integérrimo del culto, excepto el caso en que, durante la momentánea ausencia de Moisés, se dejó inducir por el pueblo a prevaricar, erigiendo un becerro de oro para hacerlo objeto de adoración.

(4) BALAAM. Falso profeta y adivino de la ciudad de Petor, en la Mesopotamia septentrional. La Sagrada Escritura narra de él una aventura bien singular por cierto. El rey de los Moabitas, Balac, le llamó para que saliendo de Petor se dirigiera al campo de los israelitas, que se encaminaban hacia la tierra prometida y los maldijese. Balaam, a pesar de que Dios le había impuesto no hiciera tal cosa, seducido por los dones y honores prometidos por el rey Balac, se encaminó al campo de los israelitas; pero la burra que montaba, se negó a proseguir el camino; y como él insistiera, azotándola cruelmente le habló, permitiéndolo Dios así. Y abriendo Balaam los ojos vió ante sí un ángel que le reprochó el no haber hecho caso de la prohibición de Dios. Balaam pidió perdón y prometió hacer lo que el ángel quisiese. Llegó, pues, junto a los israelitas y lejos de poder pronunciar maldición alguna, sus palabras no fueron sino continuas bendiciones para la casa de Jacob y para el pueblo de Israel, extendiéndose hasta profetizar, y esto por man-

más prudente que el prudente, había salvado, con sus palabras, al profeta. Oroz, rey de Persia, colocó un Asno en el templo de Ftah y lo hizo adorar.

Pocos años antes del nacimiento de Cristo, su futuro señor Octaviano, encaminándose hacia su flota, la víspera de la batalla, dió con un asnerizo acompañado de su borrico. Llamábase la bestia de Nicon, el Victorioso, y después de la batalla el emperador mandó erigir un asno de bronce en el templo para que recordara la victoria alcanzada.

Hasta entonces reyes y pueblos se habían inclinado ante los Bueyes y los Asnos. Eran los reyes de la tierra, los pueblos amantes de la Materia. Mas Jesús no nacía para reinar en la tierra ni para amar la Materia. Con El terminará la devoción a la Bestia, la debilidad de Aarón, la superstición de Augusto. Los brutos de Jerusalén lo matarán, pero, mientras tanto, los de Belén lo calientan con sus alientos. Cuando Jesús llegue, para la última Pascua, a la ciudad de la Muerte, lo hará montando un asno. Pero El es profeta más grande que Balaam, venido para salvar a todos los hombres y no solamente a los hebreos, y no retrocederá en su camino así todos los burros de Jerusalén rebuznen contra él.

dato de Dios, una dilatada prosperidad para Israel y que de Jacob había de salir una estrella y de Israel se levantaría una vara (Números, cap. 24, 17); estrella y vara en que tanto la Sinagoga como la Iglesia ven insinuado al futuro Mesías. Balac, confundido, volvió a su patria; y a su patria también regresó Balaam, el cual no habiendo podido dañar a los israelitas con sus maldiciones, les hizo daño induciéndolos, por medio de las mujeres moabitas, a rendir un culto infame y obsceno al dios Pheor a Baal-Pehor; por lo que Dios, irritadísimo, mandó a Moisés que castigara con la muerte a los prevaricadores. Como se ve, el ejemplo de Balaam es seguido aun hoy día por muchos falsos profetas que tienen menos talento que la burra mencionada. Como sus maldiciones no causan daño a la Iglesia, le hacen daño tratando de corromper particularmente a la juventud, es decir, abriendo brecha primero en el decálogo, para poder luego, con más facilidad, atacar al Credo.

Balaam murió de mala muerte en una carnicería de Madianitas; y su memoria ha sido siempre execrada en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, particularmente porque se resolvió a hacer mal por codicia.

LOS PASTORES

Después de las bestias, los guardianes de las bestias. Aunque el Angel no hubiera anunciado el gran Nacimiento, ellos hubieran acudido al Establo para ver al Hijo de la extranjera.

Los Pastores viven, casi siempre, solitarios y distantes los unos de los otros. Nada saben del mundo lejano y de las Fiestas de la Tierra. Cualquier cosa que suceda cerca de ellos, por insignificante que sea, los conmueve. Vigilaban los rebaños en la larga noche de solsticio, cuando fueron sacudidos por la luz y por las palabras del Angel.

Apenas descubrieron en la penumbra del Establo a una mujer joven y hermosa, callada, que contemplaba a su hijito; y vieron al niñito, con los ojos recién abiertos, aquellas carnes sonrosadas y delicadas, aquella boca que no había comido todavía, su corazón se enterneció. Un nacimiento, el nacimiento de un hombre, una alma que unos momentos antes se ha encarnado y viene a sufrir con las otras almas, es siempre un milagro tan doloroso que conmueve hasta a los simples que no lo comprenden. Para ellos, avisados por el Angel, aquel recién nacido no era un desconocido, un niño como los demás, sino aquel a quien esperaba, hacía mil años, su pueblo afligido.

Los pastores brindaron lo poco que tenían, ese poco que sin embargo, siempre es mucho, si se da con amor; llevaban las blancas ofrendas propias de la pastoría: la leche, el queso, la lana, el cordero. Aun hoy día, en nuestras montañas, donde están agonizando los últimos vestigios de la hospitalidad y de la fraternidad, apenas una esposa ha dado a luz, acuden presurosas las hermanas, las mujeres, las hijas de los pastores. Y ninguna

va con las manos vacías: quien lleva dos pares de huevos recién puestos, quien una redoma de leche, recién ordeñada, quien un queso fresco, quien una gallina para el caldo de la parturienta. Un nuevo ser ha aparecido en el mundo y ha iniciado su llanto; pues los vecinos, como para consolarla, presentan a la madre sus dones.

Los antiguos pastores eran pobres y no despreciaban a los pobres; eran ingenuos como niños y gozaban contemplando niños. Eran renuevos de un pueblo cuyo tronco fué el Pastor de Ur (5), salvado por el Pastor de Madián (6). Pastores habían sido sus primeros Reyes: Saúl y David. Pastores de rebaños antes que pastores de tribus. Mas los pastores de Belén, "para el duro mundo desconocidos", no eran soberbios. Un pobre había nacido entre ellos y lo miraban con amor, y con amor le ofrendaban sus pobres riquezas. Sabían que aquel niño, nacido de Pobres en la Pobreza, nacido Simple en la simplicidad, nacido de Proletarios en medio del Pueblo, sería el rescatador de los Humildes, de esos hombres de "buena voluntad" sobre los cuales el
Luc. 2, 14. Angel había invocado la Paz.

También el Rey Desconocido, el vagabundo Odiseo, por nadie fué recibido con tanto júbilo como por el pastor Eumeo en su Establo. Pero Ulises se encaminaba hacia Itaca guiado por la venganza; regresaba a su casa para exterminar a sus enemigos. En cambio Jesús nacía para condenar la venganza, para dictar la ley del perdón a los enemigos. Y el amor de los Pastores de Belén ha sepultado en el olvido la compasión hospitalaria del porquero de Itaca.

(5) UR. Nombre del país que la Biblia llama Ur de los Caldeos, que fué patria del patriarca Abraham y de su familia. En las inscripciones asirias suena "Uru", y corresponde hoy a *El Mugheyr*, al sud de Babilonia, en la orilla derecha del Eufrates.

(6) MADIAN. Nombre de un pueblo árabe, establecido, como otros pueblos enemigos de los Hebreos, al otro lado del Jordán, al sur de Moab, que está situada a oriente del Mar Muerto entre el río Arnon, extendiéndose probablemente hasta la región sinaítica. Según la Sagrada Escritura el jefe de esta familia fué Madián (en hebreo *midhyán*), hijo de Abraham y de Ketura. Eran los "madianitas", bárbaros, idólatras y dados a la vida nómada. Cuando los israelitas se hallaban todavía en el desierto, los Madianitas mandaron sus hijas al campo de los israelitas para hacerlos pecar. Por eso Moisés, ordenándolo así Jehová, hizo exterminar a los Madianitas. Pero cuando estuvieron en la Tierra prometida los "madianitas" los vencieron y los tuvieron sujetos casi siete años, hasta que Gedeón, juez entonces en Israel, rescató a su pueblo con una espléndida victoria. Es esa la victoria de los trescientos valientes, compañeros suyos en la gloriosa empresa. (Judit 6, 7).

LOS TRES MAGOS

Algunos días después, tres Magos llegaban de la Caldea (7), y se postraban ante Jesús. Acaso venían de Ecbatana (8), tal vez de las orillas del mar Caspio. Caballeros en sus camellos, con las petacas repletas colgadas de las sillas, vadeado habían el Tigris y el Eufrates, atravesado el gran Desierto de los Nómades, contorneado el Mar Muerto (9). Una estrella nueva —se-

(7) CALDEA. Este nombre se aplicó originariamente a una pequeña región de la costa noreste del Golfo Pérsico; pero con el tiempo, y con el moverse de los caldeos del S. hacia el N., los semitas de las regiones mesopotámicas, las poblaciones de la Siria y del Asia Menor entendieron por Caldea toda la región sud de Babilonia o la Babilonia en su conjunto. Los griegos y los romanos sólo en algunos casos entendieron una Caldea en sentido restringido, como parte del gran valle del Eufrates y del Tigris; por lo general, o la confundieron con la misma Babilonia o extendieron esa denominación a toda la Asiria.

(8) ECBATANA. Antigua ciudad de Media, en el lugar que después ocupó la moderna "Hamadán" o, cuando menos, inmediata a dicho sitio, al pie del monte Oronte, llamado ahora *Almend*. En su origen fué más bien una fortaleza que una ciudad, aunque no tardó en llegar a ser la corte de los antiguos soberanos de aquel famoso imperio y lo fué también, más tarde, de muchos de los soberanos de Persia. Debido a esto llegó a figurar como una de las primeras ciudades de Asia.

(9) MAR MUERTO. Gran lago de Palestina, cuyas aguas son verdosas, saladas y ricas en diversas substancias bituminosas, de tal suerte que en él no vive pez alguno. Mide unos 76 km. de largo por unos 17 de ancho, teniendo una superficie de 915 km. cuadrados, término medio. Se llamó y se llama aún ahora "Asfaltites", por la gran cantidad de asfalto que se saca de sus aguas. También se lo encuentra en los libros santos designado con los nombres de "Mar de sal", y los árabes lo designan con el de "Mar de Loth". También hablan de él los antiguos historiadores y naturalistas Tácito, Plinio, Estrabón, etc. Desemboca en él el Jordán por dos brazos de un delta pantanoso en cuyas márgenes se encuentran restos de pescados en tal cantidad que apestan el aire. El aspecto

mejante al cometa que aparece de tarde en tarde en el cielo para anunciar el nacimiento de un Profeta o la muerte de un César— los había guiado hasta Judea (10). Habían venido para adorar a un Rey y se encontraron con un recién nacido, mal fajado, escondido en un Establo.

Casi mil años antes que ellos, una reina de Oriente había venido en peregrinación a Judea, trayendo ella misma sus dones: oro, aromas y piedras preciosas. Pero había encontrado a un gran rey en el trono, al rey más grande que haya reinado en Jerusalén y de sus labios había aprendido lo que antes nadie había sabido enseñarle.

En cambio, los Magos, que se creían más sabios que los reyes, habían encontrado a un niño de pocos días, a un niño que no sabía aún ni preguntar ni contestar,

árido de la cuenca de este lago y la falta de vida que lo caracterizan parecen recordar la cruel catástrofe de que el lago en cuestión fué teatro en la historia. Se creyó durante mucho tiempo que Sodoma y las otras ciudades de la Pentápolis, destruídas por el fuego del cielo en tiempos de Abraham, habían sido sumergidas en el Mar Muerto; hasta se hacía remontar el origen del mismo lago a la catástrofe de que hablamos. Es una opinión falsa que la Biblia no ha enseñado nunca. El "Mar de sal" existía ya en la época de Abraham; cuando sucedió la catástrofe se ensanchó, tragando el valle de Siddim, donde estaban las ciudades malditas. (Véase Vigouroux, *Les Livres saints et la critique rationaliste*. T. IV, p. 311-315).

(10) JUDEA. Se da frecuentemente este nombre a toda la Palestina, pero, propiamente hablando, corresponde a una de las cuatro provincias del país, después de la vuelta del cautiverio en Babilonia. Comprendía las tribus de Judá, de Benjamín, de Simeón y de Dan con el país de los filisteos y la Idumea. Como la tribu de Judá prevaleciera por importancia sobre las otras, dió su nombre a todo el pueblo, que desde entonces (vuelta del desierto) no se llamó más de los hebreos sino de los judíos. Por otra parte es notable la profecía que hiciera Jacob moribundo a su hijo Judá, prediciéndole que nunca le sería quitada la gloria y el cetro y que de él descendería el Mesías (Génesis, 49, 10-12). De su tribu, efectivamente, fué David, de cuya estirpe, en la plenitud de los tiempos, nació el Salvador. Agregada al Imperio Romano en el año 60 a. Cr., fué gobernada por procuradores (como Poncio Pilatos), dependientes del gobernador de Siria. Formó parte del reino de Herodes Agripa I, y fué definitivamente unida al imperio en el año 44.

a un niño, que hecho hombre, había de desdeñar los tesoros de la materia y la ciencia de la materia.

Los Magos no eran reyes, pero en Media y en Persia eran los señores de los reyes. Los reyes mandaban a los pueblos y los Magos guiaban a los reyes. Sacrificadores, intérpretes de los sueños, profetas y ministros, eran los únicos que podían comunicarse con Ahura Mazda, el Dios Bueno; sólo ellos conocían lo futuro y el destino. Mataban con sus propias manos los animales dañinos, los pájaros de mal agüero. Purificaban las almas y los campos; ningún sacrificio era grato a Dios si no le era ofrecido por sus manos; ningún rey hubiérase atrevido a declarar la guerra sin haberlos previamente consultado. Eran poseedores de los secretos de la tierra y del cielo; prevalecían entre toda su gente en nombre de la ciencia y de la religión. En medio de un pueblo que vivía para la Materia representaban al Espíritu.

Era justo, pues, que vinieran a rendir homenaje a Jesús. Después de las Bestias, que son la naturaleza, después de los Pastores, que son el pueblo, este tercer poder —el Saber— se postra de hinojos ante el pesebre de Belén. La vieja casta sacerdotal de Oriente rinde vasallaje al nuevo Señor que mandará sus mensajeros a Occidente; los Sabios se postran ante aquel que someterá la Ciencia de las palabras y de los números a la nueva Sabiduría del Amor.

Los Magos de Belén significan las antiguas teologías reconociendo la revelación definitiva, la Ciencia que se humilla en presencia de la Inocencia, la Riqueza que se postra a los pies de la Pobreza.

Ellos ofrendan a Jesús ese oro que Jesús hollará; no lo ofrecen porque María es pobre y puede necesitar de él para el viaje, sino para acatar, con antelación, los consejos del Evangelio: "vende todo lo que tienes y dalo
Mat. 19, 21. a los pobres". No ofrendan el incienso para mitigar la hediondez del Establo, sino porque sus teologías se aproximan a su ocaso y no necesitarán más humo ni perfumes para sus altares. Ofrendan la mirra, que sirve para embalsamar a los muertos, porque saben que este niño morirá joven y la Madre, que ahora sonríe, necesitará de aromas para embalsamar su cadáver.

Arrodillados dentro de sus mantos suntuosos, reales y eclesiásticos, sobre la paja que cubre el pavimento, ellos, los poderosos, los doctos, los adivinos, se ofrendan también ellos mismos como prenda de la sumisión del mundo.

Jesús ha obtenido ya todas las investiduras a que tenía derecho. Partidos apenas los Magos, empiezan las persecuciones de aquellos que lo odiarán hasta la muerte.

OCTAVIANO

Cuando Cristo aparcció entre los hombres, reinaban sobre la tierra, obedecidos, los criminales. Nacía El súbdito de dos señores: el uno, más poderoso y lejano, en Roma; el otro, más infame y cercano, en Judea. Una canalla aventurera y afortunada arrebatado había el Imperio, a fuerza de matanzas; otra canalla aventurerera había arrebatado, a fuerza de matanzas, el reino de David y de Salomón.

Ambos habían escalado las alturas por senderos perversos e ilegítimos, a través de guerras civiles, traiciones, crueldades y hecatombes. Habían nacido para entenderse y, en efecto, eran amigos y cómplices en cuanto lo permitía el vasallaje del malvado subalterno respecto al malvado principal.

El hijo del verdugo de Veletri, Octaviano, se había mostrado cobarde en la guerra, vengativo en las victorias, traidor en las amistades, cruel en las represalias. A un condenado que le suplicaba a fin de que le concediera por lo menos sepultura, contestó: "Esa es tarea de los buitres." A los perusinos, cruelmente asesinados, les gritó, contestando a su pedido de gracia: "¡Hay que morir!". Al pretor Q. Galo, por una simple sospecha, lo quiso degollar. Conseguido el imperio, muertos o dispersados los enemigos, obtenida la suma del poder, se cubrió con la máscara de la mansedumbre, y de los vicios juveniles no le quedó más que la lujuria. Contábase de él que en su juventud había vendido dos veces su virginidad: la primera vez a César, la segunda, en España, a Ircio, por trescientos mil sextercios [11]. Ahora se divertía con los múltiples divorcios, con las nuevas mujeres, con las esposas que robaba a los amigos, con los adulterios casi públicos y con representar la comedia de restaurador de la pudicicia.

(11) SEXTERCIO (o sestercio). Moneda de plata de los romanos, que valía dos y medio de tres de la moneda que usaban, que era el as o la libra.

Este hombre puerco y enfermizo era el dueño de Occidente cuando nació Jesús y nunca supo que había nacido quien, al final de cuentas, debía destruir todo lo que él había fundado. Bastábale la filosofía del pequeño, gordo, plagiario Horacio: "gocemos, hoy, del vino y del amor; la muerte, implacable, nos espera; no perdamos un solo día". En vano el celta Virgilio, el hombre del campo, el amigo de la sombra, de los mansos bueyes, de las doradas abejas, aquel que había bajado con Eneas a contemplar a los condenados en el Averno y exhalaba su intranquila melancolía con la armonía de la palabra, en vano Virgilio, el amoroso, el religioso Virgilio había anunciado una nueva era, un orden nuevo, una nueva estirpe, un Reino de los cielos más profano y diverso indudablemente del que Cristo anunciará, pero siempre más noble y puro que el Reino del infierno que estaba preparándose. En vano, porque Augusto sólo había visto en aquellas palabras una fantasía pastoril y, tal vez, había creído él, el corrompido patrón de los corrompidos, ser el Salvador anunciado, el restaurador de Saturno.

Pero su presentimiento del nacimiento de Jesús, del verdadero Rey que venía a suplantar a los Reyes del Mal, acaso lo tuvo, antes de morir, el gran cliente oriental de Augusto, su vasallo de Judea: Herodes el Grande.

HERODES EL GRANDE

Herodes era un monstruo, uno de los monstruos más pérfidos que haya engendrado el calor abrasador de los desiertos de Oriente, que, en verdad, había engendrado más de uno horrible de ver.

No era hebreo, no era griego, no era romano. Era un idumeo: un bárbaro que se arrastraba a los pies de Roma y remedaba simiescamente a los Griegos para mejor asegurar su dominio sobre los Hebreos. Hijo de un traidor, había usurpado el reino a sus patrones, a los últimos desgraciados Asmoneos. Para legitimar su traición casó con una sobrina de ellos, Mariamne. a quien, luego, mató por infundadas sospechas. Antes había hecho ahogar, a traición, a su cuñado Aristóbulo; había condenado a muerte a su otro cuñado José y a Hircán Segundo, último reinante de la dinastía vencida. No contento con la muerte de Mariamne, hizo que mataran también a la madre, Alejandra, y hasta a los hijos de Babá, por el único crimen de ser parientes lejanos de los Asmoneos. Mientras tanto, se divertía en hacer quemar vivo a Judas Sarifeo y Matias de Marmaloth junto con otros jefes fariseos... Más tarde temió que los hijos que había tenido de Mariamne pretendieran vengar la muerte de la propia madre y los hizo estrangular. Próximo ya a la muerte, ordenó fuera también asesinado su tercer hijo, Arquelao. Lujurioso, desconfiado, despiadado, ávido de oro y de gloria, nunca tuvo paz ni casa, ni en Judea, ni dentro de sí. Para que olvidaran sus asesinatos, donó al pueblo romano trescientos talentos [12] para que fueran gastados en fiestas; se hu-

(12) TALENTO. Moneda imaginaria de los antignos, o suma de monedas, cuyo valor era vario según la diversidad de los países. Habíalos de oro y de plata. El talento, del cual hacen mención con

milló ante Augusto a fin de que lo ayudara en sus infamias y le dejó, al morir, diez millones de dracmas [13] y además, una nave de oro y otra de plata para Livia.

Este soldadote disfrazado, este árabe, civilizado a medias, pretendió conciliar y conciliarse a Helenos y Hebreos: logró comprar a la posteridad degenerada de Sócrates que, en Atenas, llegó al extremo de erigirle una estatua; en cambio los Hebreos lo odiaron hasta la muerte. Fué inútil que reedificara a Samaría [14] y res-

más frecuencia los antores, era el talento ático (griego). Para valuar el talento como moneda, hay que distingnir dos épocas: la primera desde los tiempos primitivos hasta el siglo II antes de Cristo; y la segunda desde el siglo II antes de Cristo hasta la época en que Grecia se fundió con el Imperio Romano y adoptó sns monedas. En la primera época, como la dracma pesaba 82 1/4 gramos, (el talento tenía 60.000 dracmas); el talento equivalía a 5.560 pesetas, 90 céntimos. En la segunda se alteró el peso de la dracma, rednciéndose a 77 ½ gramos, y el talento valía 5.222 pesetas, 41 cént. Además del talento ático de plata, había talentos áticos de oro, equivalentes a diez talentos de plata uno, o sea a 53.609 pesetas. El talento hebraico de plata valía unas 5.000 pesetas, y el oro 70.000. Según Monseñor Bonomelli, el talento de oro valía 130.000 pesetas y el de plata 8.000.

(13) DRACMA. Moneda griega de plata, que tnvo uso también entre los romanos y cuyo valor actual sería el de unos 85 céntimos de peseta.

(14) SAMARIA. Llamada también "Sichar", fné la capital del reino de Israel desde el tiempo de Amri, hacia el 929 antes de Cristo hasta el 721, en qne fné tomada por Salmanasar, rey de Asiria, después de tres años de sitio. Fué reedificada y destruída nnevamente por otros pneblos y, por último, resnrgió por obra de Herodes el Grande, con el nombre de Sebaste Angusta. Signió siendo colonia romana en el siglo III y fné también sede episcopal. Los crnzados se la arrebataron a los turcos, restableciendo en ella la sede episcopál latina qne, residencial hasta el siglo XIV, ahora es solamente un obispado titular con el nombre de Sebaste.

En Samaría fueron sepnltados los profetas Eliseo y Abdías y permaneció algnnos días en ella Nnestro Divino Redentor, lo que por cierto llamó la atención de los samaritanos; pues los judíos miraban a los samaritanos como a cismáticos y no tenían ningún comercio ni comnnicación con ellos, tanto qne la injnria más atroz qne podía hacer un judío a otro era llamarle samaritano, como lo llamaron a Jesucristo (S. Juan, cap. 8, 48).

Cuando, como hemos dicho más arriba, fué tomada Samaría, el rey de los asirios llevó a esa ciudad pobladores de Babilonia, de Cutba y de otras comarcas y los puso en lngar de los hijos de

taurara el Templo de Jerusalén: para ellos era siempre el pagano y el usurpador.

Pusilánime, como los malhechores cuando envejecen, y como los príncipes noveles, se sobresaltaba al más leve susurrar de las hojas y por todo cambio de sombras. Supersticioso como todos los orientales, crédulo en presagios y en vaticinios pudo fácilmente dar fe a los Tres que llegaban del fondo de la Caldea, guiados por una estrella, al país que él había robado con el fraude. Todo pretendiente, por quimérico que fuera, podía hacerlo temblar. Y cuando por los Magos supo que había nacido un Rey en Judea, su corazón de bárbaro se estremeció. Viendo que los astrólogos no regresaban para indicarle el lugar donde había nacido el nuevo nieto de David, ordenó que se matara a todos los niños de Belén. Flavio José calla esta última hazaña del Rey; pero el que hizo matar a sus propios hijos ¿no era, acaso, capaz de mandar suprimir a los ajenos?

Nadie supo nunca cuántos fueron los niños sacrificados al miedo de Herodes. No era por cierto la primera vez que en Judea se pasaba a cuchillo hasta a los lactantes pegados a la teta de las madres; el propio pueblo hebreo había castigado, en los tiempos antiguos las ciudades enemigas con la muerte cruel de los viejos, de las esposas, de los jóvenes y de los niños: no respe-

Israel; y como toda esa gente no temiera al Señor, el rey asirio les envió uno de los sacerdotes israelitas que llevara cautivo a Babilonia, el cual habitó en Bethel y les enseñó cómo habían de adorar al Señor. (Libro IV de los Reyes, cap. 17). Aquí está el origen del culto de los samaritanos. La religión de estos pueblos fué al principio idolátrica. Cada uno adoraba la divinidad que era reconocida como Dios en su tierra. Mezclaron después con este culto profano el del Señor que les enseñó el sacerdote de Bethel; mas cuando, después, renunciaron por siempre a la idolatría para abrazar la ley del Señor, no se distinguieron de los judíos sino en que de toda la Escritura solamente reconocieron como canónico el Pentateuco, porque los otros libros de la Escritura, en opinión de ellos, habían sido escritos por los judíos después de su división.

El antagonismo entre los hebreos y los samaritanos consistía en que los samaritanos sostenían ser necesario adorar a Dios sobre el monte Garicín, en donde los Patriarcas le habían adorado; pero los hebreos querían que no se le ofreciesen sacrificios sino en el templo de Jerusalén. (Véase Josefo, *Antigüedades Judaicas,* libro XI, cap. 8).

taban sino a las vírgenes para hacer de ellas esclavas y concubinas. Ahora el idumeo aplicaba la ley del talión al pueblo que la había aceptado.

Si no sabemos cuántos fueron los Inocentes, sabemos en cambio —si Macrobio merece ser creído— que entre ellos hubo un hijo pequeñuelo de Herodes que se hallaba en Belén, en crianza al cuidado de un ama. Pero ¿quién puede decir si este viejo monarca uxoricida y parricida cayó en la cuenta de que era eso una venganza? ¿Quién sabe si ni siquiera sufrió, cuando se le dió la noticia del fatal error? Poco después él mismo tuvo que despedirse de la vida, presa de enfermedades asquerosas. Su cuerpo, vivo aún, se iba pudriendo; los gusanos le roían las partes pudendas; tenía los pies inflamados, la respiración afanosa, el aliento insoportable. Sintiendo repugnancia de sí mismo, tentó matarse con un cuchillo estando sentado a la mesa y por fin, murió, después de haber ordenado a Salomé la muerte de muchos jóvenes encerrados en las prisiones.

La matanza de los Inocentes fué la última hazaña del hediondo y sanguinario viejo. Esta inmolación de Inocentes junto a la cuna de un Inocente; este holocausto de sangre por un recién nacido, que ofrecerá más tarde su sangre por el perdón del culpable; este sacrificio humano por el que, a su vez, será sacrificado, encierra en sí un sentido profético. Millares y millares de Inocentes deberán morir después de su muerte, por el único delito de haber creído en su Resurrección: nace para morir por los otros y de ahí que decenas de nacidos mueren por él, casi en expiación de su nacimiento.

Ocúltase un tremendo misterio en esta ofrenda sangrienta de puros, en esta diezma de coetáneos. Pertenecían a la generación que debía traicionarlo y crucificarlo. Mas los que fueron degollados por la soldadesca de Herodes no vieron ese día, no llegaron a ver matar a su Señor. Lo salvaron con su propia muerte y se salvaron para siempre. Eran Inocentes e Inocentes quedaron para toda la eternidad. Un día sus padres y hermanos sobrevivientes los vengarán, pero serán perdonados "porque no saben lo que hacen" Luc. 23, 24.

Al oscurecer, apenas las casas de Belén empiezan a sumirse en las tinieblas y se encienden los primeros candiles, la Madre de Jesús parte a escondidas, como una perseguida, como una ladrona, como una proscripta. Roba una vida al Rey; salva al pueblo de su esperanza; abraza dulcemente a su varoncito, su tesoro, su pena.

Se dirige hacia Occidente; atraviesa la vieja tierra de Canaán (15), y llega, en pequeñas etapas —los días son cortos— a la vista del Nilo, en aquella tierra de Misraim (16) que tantas lágrimas costara a sus padres catorce siglos antes.

Es el Egipto, tierra fecunda de todas las infamias y magnificencias de las primeras épocas. India africana, donde las oleadas de la historia venían a romperse en la muerte. Hacía pocos años que Pompeyo y Antonio habían terminado en sus playas el sueño del imperio y de la vida, y ese país prodigioso, nacido del agua, tostado por el sol, regado por tantas sangres de pueblos diversos, poblado por tantos dioses en forma de bestias, ese país absurdo y sobrenatural era, por razón de contraste, el asilo predestinado para el Prófugo.

La riqueza de Egipto consistía en el fango, en el limo craso que las riadas del Nilo volcaban anualmente, junto con los reptiles, sobre el desierto. La obsesión del egipcio era la muerte. El gordo pueblo de Egipto no quería la muerte, negaba la muerte; pensaba en vencer a la muerte con las simulaciones de la materia, con los embalsamamientos, con los retratos de piedra conformes a los cuerpos de carne, que esculpían sus estatuarios. El rico, el obeso egipcio, el hijo del lodo, el adorador del buey y del cinocéfalo, no quería morir. Edificaba para la segunda vida necrópolis inmensas, repletas de momias fajadas y perfumadas, de imágenes de madera y de mármol, y encima de sus cadáveres levantaba pirámides a fin de que la consistencia de la piedra los librara de la consunción.

Cuando Jesús pueda hablar, dictará sentencia contra el Egipto: el Egipto que no es solamente el que existe en las riberas del Nilo, el Egipto que no ha desaparecido aún de la faz de la tierra junto con sus reyes, con sus buitres, con sus serpientes. Cristo dará la respuesta resolutiva y eterna al terror de los egipcios. Condenará la riqueza que surge del todo y se convierte en lodo; todos los fetiches de los ventrudos ribereños del Nilo y la muerte sin necesidad de sarcófagos esculpidos, de alcázares mortuorios, de estatuas de granito y de basalto. Vencerá a la muerte enseñando que el pecado es más voraz que los gusanos y que la pureza del espíritu es el único aroma que preserva de la corrupción.

Los adoradores del Fango y del Animal, los esclavos de la Riqueza y de la Bestia, no podrán salvarse. Sus sepulcros, aunque altos como montañas, adornados como gineceos de reinas, no guardarán más que Ceniza: cieno que se hace como las carroñas de los animales.

No se triunfa de la muerte copiando la vida con el mármol o con la madera; la piedra se desmenuza y se convierte en polvo, la madera se enmohece y se convierte en polvo y ambas no son más que fango, eterno fango.

(15) CANAAN. Antiguo nombre de los países que luego se llamaron Palestina y Fenicia y también Tierra de Promisión y Tierra de Israel. El país toma el nombre de los Cananeos o descendientes de Canaán, el más joven de los hijos de Cam. A juzgar por los datos que proporciona el Libro del Génesis, la tierra de Canaán se extendía desde el territorio de Sidón, al N., hasta el de Gaza al S., siguiendo la costa del Mediterráneo; desde aquí iba al este, hasta los territorios de Sodoma, Gomorra y Zebini, dirigiéndose otra vez al N. hasta la vertiente meridional del Líbano. Posteriormente los límites de la tierra de Israel, Palestina, Judea, etc., no coincidieron con los límites de la primitiva tierra de Canaán.

(16) MISRAIN (o Mesraim). Nombre que la Biblia da al Egipto, por haberse establecido en él Misraim, hijo de Cam.

EL PERDIDO HALLADO

El destierro de Egipto fué breve. Jesús fué devuelto, en brazos de la Madre, mecido durante todo el largo trayecto por el paso paciente de la cabalgadura, a la casa paterna de Nazaret (17), pobre casa y taller donde el martillo golpeaba y la lima rechinaba hasta la puesta del sol.

Los Evangelistas canónicos (18) no dan noticias de estos años; en cambio los apócrifos dan hasta demasiadas, pero casi siempre difamatorias.

Lucas, sabio médico, se limita a escribir que el niño
Luc. 2, 40. "crecía y se robustecía"; que no era, por lo tanto, raquítico y enfermizo. Chico sano normalmente desarrollado, según debía serlo quien había de dar a otros la salud con sólo el tacto de su mano.

Luc. 2, 41. Todos los años, narra San Lucas, los padres de Jesús iban a Jerusalén para la fiesta del pan ázimo, recuerdo del éxodo de Egipto. Formaban numeroso grupo ve-

(17) NAZARET. Llamada hoy *Nasra*, es una pequeña ciudad de la Baja Galilea, en la antigua tribu de Zabulón, construída sobre una colina que cierra la llanura de Esdrelón. Antiguamente debe haber sido muy poco populosa, porque no se halla mención de ella ni en el Antiguo Testamento ni en los libros de Josefo. Su recuerdo en cambio es gratísimo a los cristianos por haber sido teatro de la Anunciación del Arcángel a la Santísima Virgen. (Lucas, 1, 26 y siguientes). Por haber sido concebido y haber pasado casi toda su vida en Nazaret, Jesucristo es llamado "Nazareno" (Mateo 2,23). Queda a unos 130 kilómetros de Jerusalén.

(18) EVANGELIOS CANONICOS. Por Evangelios canónicos o auténticos, llamados así en oposición a los apócrifos, entiendénse los que fueron reconocidos por los Padres Apostólicos y demás escritores de aquella edad; como verdaderamente propios de los autores cuyo nombre llevan, e inspirados por Dios; y en tal concepto los aceptó, sin disputa, la Iglesia Católica, poniéndolos en su *canon* o *catálogo* de libros auténticos e inspirados.

cinos, amigos, familiares, para acompañarse durante el viaje y hacerlo menos largo y cansador. Iban contentos, más como quien va a una fiesta que a la solemne rememoración de un dolor; porque la Pascua se había convertido, en Jerusalén, en la meta de una inmensa romería para la que se daban cita los judíos dispersos por todo el imperio.

Doce Pascuas habían pasado desde el nacimiento de Jesús. Aquel año, luego que la compañía Nazaret hubo abandonado la ciudad santa, María reparó en que el hijo no estaba con ellos. Lo buscó durante todo el día, preguntando a cuantos conocidos encontraba, si, por ventura, lo habían visto. Pero nadie sabía nada. En la siguiente mañana, la madre volvió sobre sus pasos, desandando todo el camino hecho; recorrió todas las calles y plazas de Jerusalén, fijando sus negros ojos en todo niño con quien se encontraba, interrogando a las madres en los umbrales de las casas, pidiendo a los paisanos que hallaba a su paso le ayudaran a buscar al niño des-
aparecido. Una madre que ha perdido al hijo no halla Luc. 2, 43-45.
paz hasta encontrarlo; no piensa más en sí misma; no siente el cansancio, el sudor, el hambre; no sacude el polvo de sus vestidos, no se alisa los cabellos, no se cuida de la curiosidad de los extraños. Sus ojos, fuera de las órbitas, no ven sino la imagen de aquel que ya no está a su lado.

Por fin —era el tercer día— subió al Templo, espió en los patios, hasta que por último vió, a la sombra de un pórtico, un grupo de ancianos que hablaban. Aproximóse tímida, pues aquéllos con sus amplios ropajes y sus luengas barbas parecían ser gente de importancia, que no habría hecho caso de una pobre mujer de Galilea (19) y descubrió, en medio del círculo, los cabellos

(19) GALILEA. Una de las provincias de Palestina y, precisamente la parte septentrional de ella, dividida a su vez en alta y baja Galilea y comprendiendo el territorio de las antiguas tribus de Aser, Neftalí, Zabulón e Isacar. Tiene por límites al N. la cadena del Líbano, al E. el Jordán con los dos lagos de Merom y el de Tiberíades (o mar de Galilea), al sud la Samaría y al O. el Mediterráneo. Además de ser citada en la Biblia la cita también por su parte Josefo, y se la describe siempre como una región fertilí-

ondulados, los ojos brillantes, la cara morena, la fresca boca de su Jesús. Esos viejos hablaban con su hijo acerca de la Ley y de los Profetas; lo interrogaban y él respondía; y después de haber respondido, él, a su vez los interrogaba y los ancianos le enseñaban, asombrados de que un niño de esa edad conociese tan bien las pa-
Luc. 2, 46-47. labras del Señor.

María permaneció extática algunos instantes contemplándolo y casi no creía a sus propios ojos; su corazón, que, un momento antes, era presa del ansia más viva, ahora palpitaba, siempre fuertemente por el asombro. No pudo resistir más y, repentinamente lo llamó por su nombre con un grito. Los viejos se apartaron, y la mujer abrazó a su hijo estrechándolo, fuerte, a su pecho, sin pronunciar palabra, empapándole el rostro con sus lágrimas, detenidas hasta entonces por el decoro.

Se apoderó de él, lo sacó de allí y, segura ya de tenerlo consigo, de haberlo encontrado, de sentirlo de nuevo a su lado, de no haberlo perdido, la madre feliz se acuerda de la madre desesperada.

—¿Por qué has hecho así con nosotros? Mira que tu padre y yo, angustiados, te buscábamos. Luc. 2, 48.

—¿Por qué me buscaba? ¿No sabías que debo ocuparme en las cosas de mi Padre? Luc. 2, 49.

Palabras graves, particularmente si son dichas por un niño de doce años a una madre que ha agonizado tres días por él.

"Y ellos, prosigue el Evangelista, no entendieron lo que les dijo." Mas nosotros, después de tantos siglos de Luc. 2, 50.
experiencia cristiana, podemos entender esas palabras, esas palabras que, a primera vista, parecen duras y soberbias.

¿Por qué me buscáis? ¿Ignoráis, acaso, que no puedo perderme, que nadie me perderá, ni aun aquellos que me enterrarán? Yo estaré doquiera exista alguien que crea en mí, aunque no me vean con los ojos; ningún hombre puede perderme, con tal que me lleve en el corazón. No estaré perdido cuando esté solo en el Desierto, cuando esté solo en las aguas del Lago, cuando esté solo en el huerto de los Olivos, cuando esté solo en el Sepulcro. Si me oculto, reaparezco; si muero, resucito. Quien me pierde no puede menos que volverme a hallar.

¿Y quién es ese padre de que me habláis? Es el padre según la ley, según los hombres. Pero mi verdadero Padre está en los Cielos. Es el Padre que habló a los Patriarcas, cara a cara, que puso la palabra en los labios de los Profetas. Yo debo saber qué les dijo de mí, sus voluntades eternas, las leyes que ha dictado a su pueblo, las alianzas que ha sellado con todos. Si debo hacer lo que El ha mandado, debo ocuparme con lo que realmente es suyo. ¿Qué es un vínculo legal, humano, temporal, comparado con un vínculo místico, un vínculo espiritual, un vínculo eterno?

sima, debiendo al Evangelio la fama de que goza en el mundo. Fué efectivamente, como se ha visto, "en una ciudad de Galilea, de nombre Nazaret" donde el Hijo de Dios se encarnó, pasó su adolescencia y juventud e hizo oír, por primera vez, su divina palabra; Caná de Galilea fué el lugar de su primer milagro; Cafarnaúm, ciudad de Galilea, se convirtió casi en la patria de adopción de Jesús, cuando los Nazarenos lo expulsaron, después de haber pretendido arrojarlo a un barranco; el mar de Galilea fué testigo de los acontecimientos más importantes de su vida, como la vocación de los Apóstoles, la tempestad calmada, la pesca milagrosa, etc.; en Galilea se hallaban Betsaida, patria de Pedro, Andrés y Felipe; Magdala, donde nació María, la penitente; Corazaín, la ciudad maldecida; y Naím, donde Jesús resucitó al hijo de la viuda; y en Galilea, finalmente, se encuentran aquellos montes benditos donde el Divino Redentor hizo su famoso sermón de las Bienaventuranzas; donde según la tradición se transfiguró, en el Tabor, donde obró las dos multiplicaciones de los panes y se mostró a los Apóstoles después de su resurrección.

Destruída Jerusalén, la Galilea se convirtió en el centro religioso de los judíos, que fundaron allá, particularmente en Tiberíades, célebres escuelas y sinagogas. Hoy día de la antigua prosperidad que florecía en torno del mar de Galilea sólo quedan ruinas, imponentes todavía en su grandeza; pero en los principales lugares santificados por los hechos de Cristo N. Señor surgieron conventos y santuarios en los cuales, a la sombra de la cordial hospitalidad franciscana, los peregrinos de todas las naciones del mundo oyen todavía el eco de la voz de Cristo anunciando a las gentes la "Buena Nueva".

EL CARPINTERO

Pero no había sonado para Jesús la hora de la evasión definitiva. La voz de Juan no había sido aún oída y él tomó de nuevo, en compañía de su padre putativo y de su madre, el camino de Nazaret, y volvió al taller de José para ayudarle en su oficio.

Jesús no había concurrido a las escuelas de los Escribas ([20]) ni a la de los Griegos. Mas no por ello carece

([20]) ESCRIBAS (los que escriben). Formaron, en los tiempos posteriores a la cautividad babilónica, una clase de doctos a quienes se atribuye una gran parte en la historia de la cultura que de aquel tiempo —V y IV siglos antes de Cristo—, baja hasta los tiempos evangélicos. Como el antiguo Israel tuvo, antes del destierro, las escuelas de profetas, así el posterior judaico tuvo las de Escribas, de los cuales Esdras fué el primero que contribuyó a reconstituir el Judaísmo, siendo el iniciador de una nueva era para los Judíos y el primer reorganizador e intérprete de los libros santos. Después de Esdras, los Escribas formaron una clase (pero no una casta) que fué aumentando en importancia hasta que degeneró, como se ve también por lo que respecto de ellos se lee en el Evangelio. Esta clase se llamó "La Gran Congregación", y se la recuerda ya en los tiempos próximos a Esdras. No fueron propiamente autores de libros, sino simplemente compiladores e intérpretes. Ellos leían e interpretaban públicamente, para el pueblo, las Sagradas Escrituras. Fueron conservadores hasta el exceso, aferradísimos a lo antiguo, enemigos de toda novedad, tanto, que después se hicieron intolerantes por excesivo celo, mezquinos y pedantes en el pensar y en el obrar. En tiempos de Cristo la mayoría de los Escribas pertenecía a la secta de los Fariseos con los cuales van unidos, ordinariamente, en la narración evangélica.

En esa época se distinguían por su soberbia, pues aspiraban a que sus discípulos los llamaron públicamente *Rabbi*, es decir, "mi señor" o "mi maestro", ambicionando también los primeros puestos en los banquetes y en las sinagogas y los primeros saludos en el foro; y trataban de distinguirse llevando los distintivos exteriores de la confesión judaica, que llevaban todos los israelitas, más grandes que la generalidad. Eran también muy rapaces, pues como se lo reprochaba Cristo (Mc. 12, 40; Luc. 20, 47) con pretextos de largas oraciones, devoraban las casas de las viudas.

de Maestros; conoce tres, más grandes que todos los doctores: el Trabajo, la Naturaleza y el Libro.

No hay que olvidar nunca que Jesús fué un Obrero e hijo adoptivo de un Obrero; no se debe ocultar que nació pobre, entre gente que trabajaba con sus propias manos, que ganaba su pan con la obra de sus manos, y que él se ganó el pan de cada día, antes de transmitir el Mensaje, con el trabajo de sus manos. Esas sus manos que bendijeron a los simples, que sanaron a los leprosos, que resucitaron a los muertos; esas manos que fueron agujereadas por los clavos sobre el madero, eran manos que antes habían sido mojadas por el sudor del trabajo, manos que habían sentido el entumecimiento del trabajo, manos que se habían encallecido en el trabajo, que habían clavado clavos en el madero: Manos del oficio.

Jesús ha sido un Obrero de la Materia antes de ser un Obrero del Espíritu; ha sido Pobre antes de invitar a los Pobres a la fiesta de su reino. No ha nacido entre gente adinerada, en casa de lujo, en lecho cubierto de lana y púrpura. Descendiente de Reyes, vive en el taller de un Carpintero; Hijo de Dios, ha nacido en un Establo. No pertenece a la casta de los Grandes, a la aristocracia de los Guerreros, al gremio de los Ricos, al sanedrín ([21]) de los Sacerdotes. Nace en la última clase del pueblo, en aquella que no tiene más inferiores que los vagabundos, los mendigos, los prófugos, los esclavos, los criminales, las prostitutas. Cuando ya no

([21]) SANEDRIN. Con esta palabra, que significa *asamblea, reunión*, los judíos, vueltos a la patria, después del destierro en Babilonia, designaron una asamblea general constituída por setenta consejeros. Tenía su residencia en Jerusalén, en una casa de piedras labradas, junto al templo; y, más que un poder legislativo, tenía, por lo que parece, solamente la misión de conservar y observar la Ley. Tenía, empero, poder judicial en las causas criminales más importantes y decidía en las cuestiones religiosas más difíciles. Fijaba también los días de los novilunios. Sus miembros eran electivos y el pueblo los elegía de acuerdo con el grado de saber de cada candidato. Un "*nasi*", ("príncipe"), era el presidente, pero esta dignidad se confería, de ordinario, al sumo sacerdote. Parece que uno sólo fuera el Sanedrín, el de Jerusalén, pero, según el Talmud, había otros menores.

será más un obrero material sino espiritual, descenderá aún más bajo a los ojos de las personas respetables y buscará sus amigos entre aquella chusma desgraciada que está más abajo todavía que la plebe. Mientras llega el día en que Jesús, antes de descender al Infierno de los Muertos, descenderá al Infierno de los Vivos, figura en la jerarquía de las castas, que dividen eternamente a los hombres, como un pobre trabajador y nada más.

El oficio de Jesús es uno de los cuatro más antiguos y más sagrados. Entre las artes manuales, las del Agricultor, del Albañil, del Herrero, del Carpintero son las más estrechamente ligadas a la vida del hombre, las más inocentes y religiosas. El Guerrero degenera en Depredador, el Marinero en Pirata, el Mercader en Aventurero. Pero el Agricultor, el Albañil, el Herrero, el Carpintero no traicionan, no pueden traicionar, no se corrompen. Manejan las materias más familiares y deben trasformarlas a la vista de todos, para el servicio de todos, en obras visibles, sólidas, concretas, reales. El Agricultor rompe la tierra y le saca el pan que ha de comer tanto el santo en su gruta como el homicida en su cárcel; el Albañil recuadra la piedra y levanta la casa, la casa del pobre, la casa del rey, la casa de Dios; el Herrero caldea el hierro en la fragua y lo forja para dar la espada al soldado, la azada al agricultor, el martillo al carpintero; el Carpintero serrucha y clava la madera para construir la puerta que protege la casa contra los ladrones, para construir el lecho en el cual morirán todos los ladrones como los inocentes.

Estas cosas sencillas, estas cosa ordinarias, comunes, usuales, tan usuales que ya no reparamos en ellas, que pasan inadvertidas ante nuestros ojos acostumbrados a maravillas más complicadas, son las creaciones más simples del hombre, pero también las más milagrosas y necesarias, más que todas las otras inventadas después.

El carpintero Jesús vivió, en su juventud, entre estas cosas y las hizo con sus propias manos; y mediante estas cosas hechas por él, se puso por vez primera en contacto con la vida más íntima y sagrada de los hombres: la del hogar. Construyó la mesa, en torno de la cual es tan dulce sentarse con los amigos, aunque haya entre ellos un traidor; el lecho, donde el hombre respira por primera y última vez; el arca, donde la esposa campesina guarda sus pobres trapos, los delantales y pañoletas de las fiestas y las blancas y aplanchadas camisas del ajuar; la artesa, donde se amasa la harina y se leuda hasta que esté lista para el horno; la silla, donde los viejos se sientan en la noche, al amor de la lumbre, a hablar de la juventud que ya no puede volver.

Frecuentemente, mientras las virutas transparentes y ligeras se rizaban bajo el filo de la garlopa, y el aserrín caía al suelo al áspero chirrido de la lima, Jesús debió pensar en las promesas del Padre, en los anuncios de los Profetas, en un trabajo que no sería de vigas y escuadras, sino de espíritu y verdad.

El oficio le enseñó que vivir significa transformar las cosas muertas e inútiles en cosas vivas y útiles; que la materia más baja, golpeada y reformada, puede convertirse en preciosa amiga, auxiliar de los hombres; que, en una palabra, para salvar es menester cambiar, y que así como de un torcido tronco de olivo, nudoso y terroso, se saca el lecho del niño y de la esposa, así se puede hacer del sórdido recaudador de impuestos y de la desgraciada ramera dos ciudadanos del Reino de los Cielos.

PATERNIDAD

En la Naturaleza, donde el sol alumbra a los buenos y a los malos; donde el trigo grana y madura para proporcionar el pan tanto para la mesa del hebreo como para el pagano; donde las estrellas brillan encima de la cabaña del pastor y encima del ergástulo de los fratricidas; donde los granos de la vid van tomando color y engrosando para convertirse en vino, tanto para el banquete de bodas como para la borrachera del asesino; donde las aves del aire, cantando libremente, encuentran sin fatiga su alimento y hasta las raposas ladronas tienen su albergue y los lirios del campo se visten con mayor pompa que los reyes, Jesús halla la confirmación terrestre de aquella su eterna certeza de que Dios no es el patrón que enrostra, durante mil años, el beneficio de un día; tampoco es el terrible ajusticiador que ordena el exterminio de los enemigos, ni una especie de Gran Sultán que quiere ser servido por sátrapas de alto linaje, y está atento a fin de que sus siervos respeten hasta en lo mínimo la rigurosa etiqueta ritual de aquella regia curia que es el Templo.

Cristo, como Hijo, sabía que Dios es Padre: padre de todos los hombres y no solamente del pueblo de Abraham. El amor del esposo es fuerte, pero carnal y celoso; el del Hermano con sobrada frecuencia está envenenado por la envidia; el del Hijo, tiznado de la rebelión; el del Amigo, contaminado por el engaño; el del Patrón, inflado de orgullosa condescendencia. Solamente el amor del Padre a sus hijos es el amor perfecto, el puro, desinteresado amor. El Hijo es obra suya, carne de su carne, huesos de sus huesos; es una parte de él, que le ha crecido al lado día a día; es una continuación, un perfeccionamiento, un complemento de su ser. El

viejo revive en el joven; lo pasado se mira en lo futuro, y quien ha vivido se sacrifica por quien debe vivir. El padre vive para el hijo, se complace en el hijo, se mira en el hijo, y se exalta. Cuando dice criatura piensa en sí, creador; ese hijo le ha nacido entre los brazos de la mujer escogida entre todas las mujeres; le ha nacido del dolor divino de esta mujer. Después, le ha costado lágrimas y sudores. Lo ha visto caer entre sus pies, a su lado; le ha calentado las manecitas frías entre las suyas, ha oído su primer palabra, eterno y siempre nuevo milagro; ha contemplado sus primeros y vacilantes pasos sobre el pavimento de la casa; ha visto, poco a poco, en aquel cuerpo creado por él, florecido bajo sus ojos, nacer, brotar, manifestarse una alma, una nueva alma humana: tesoro único que no tiene precio; ha sorprendido en su rostro cómo se reproducían sus propios rasgos fisonómicos y, a la vez, los de su mujer, de la mujer con la cual solamente en este fruto común se identifica sin división alguna de cuerpos —la pareja que quisiera ser un solo cuerpo en el amor y que únicamente lógralo en el hijo— y en presencia de ese nuevo ser, obra suya, se siente creador, benéfico, poderoso, feliz. Porque el Hijo espera todo del Padre, y solamente sabe que debe vivir para él, sufrir para él, trabajar para él. El Padre es para el Hijo un Dios terrestre y el Hijo para el Padre casi un Dios.

En el amor del Padre no hay rastro de la obligación y de la costumbre del Hermano, del cálculo y de la emulación del Amigo, del lascivo deseo del Amante, de la fingida dedicación sirviente. El Amor del Padre es el Amor puro, el solo Amor verdaderamente Amor, el único que pueda llamarse Amor; libre de toda mezcla de elementos extraños a su esencia; que es la felicidad sacrificarse por la felicidad de otro.

Esta idea de Dios como Padre —que es una de las grandes novedades del Mensaje de Cristo—, esta idea profundamente confortadora de que Dios es Padre y nos ama como un padre ama a sus hijos y no como un Rey a sus súbditos, y da a todos los hijos el pan cotidiano y recibe jubiloso hasta a los que pecaron, cuando vuel-

ven a esconder la cabeza en su pecho; esta idea que cierra la época de la Antigua Alianza y señala el principio de la Nueva, Jesús la encontró reflejada en la Naturaleza. Como Hijo de Dios, y una sola cosa con el Padre, tuvo siempre conciencia de esta Paternidad, entrevista apenas por los Profetas más iluminados; pero ahora, participando de todas las experiencias humanas, la ve reflejada y revelada, casi, en el universo; y se valdrá de las más bellas imágenes del mundo natural para trasmitir a los hombres el primero de sus jubilosos mensajes.

Jesús, como todas las grandes almas, amaba la Campiña. El Pecador que quiere purificarse, el Santo que quiere orar, el Poeta que quiere crear se refugian en las montañas, a la sombra de las plantas, al murmullo de las aguas, en medio de los prados que perfuman el cielo o sobre los peñascos desiertos calcinados y como maldecidos por el sol. Jesús ha tomado su lenguaje de la campaña, impregnado con los aromas de los campos y de los huertos, animado con las figuras de los animales domésticos. Casi nunca emplea palabras doctas, conceptos abstractos, términos incoloros. El ha visto en su Galilea el higo que engruesa y madura bajo las grandes hojas negras; ha visto los secos sarmientos de las vides reverdecer de pámpanos, y colgar de ellos los racimos dorados y morados para alegría de los vendimiadores; ha visto cómo se levanta la mostaza, rica de ligeras ramas, de la semilla casi invisible; ha oído, de noche, el rumor quejumbroso de la caña, agitada por el viento junto a las acequias; ha visto enterrar el grano que resucitará bajo la forma de apretada espiga; ha visto, a las primeras tibiezas del aire, los hermosos lirios rojos, amarillos y violetas en medio del verde tímido del trigo; la heredad fresca como la hierba que hoy se yergue y que mañana, seca, será reducida a cenizas en el horno. Ha visto los animales pacíficos y los animales feroces; la paloma que gime amor en el techo, un poco vanidosa de su pescuezo inflado y lustroso; las águilas que, extendidas sus amplias alas, se precipitan sobre la carniza; los pájaros del aire que no pueden caer, como los emperadores, si Dios no lo quiere; los cuervos que con su pico chasqueante descarnan las carroñas; la amorosa gallina que llama a los polluelos al abrigo de sus alas, apenas se encapota el cielo y retumba el trueno; la zorra traicionera que después de haber causado estragos en los gallineros, vuelve a esconderse en la obscuridad de su cueva; los perros que gañen bajo la mesa del patrón para atrapar las migajas y huesecillos que caen al suelo. Y ha visto la serpiente arrastrándose entre la hierba y la víbora obscura escondiéndose entre las piedras removidas de las tumbas.

Nacido entre Pastores para convertirse en Pastor de los hombres, ha contemplado y amado las ovejas; las ovejas madres que buscan al cordero perdido, los corderos que lloran, roncos, en pos de las madres; que maman, escondidos casi bajo el lanudo vientre materno; las ovejas que pacían en los magros y cálidos pastos de sus colinas. El amó con igual amor a la semilla que apenas se advierte en la palma de la mano y la vieja higuera que protege con su sombra toda la casa del pobre; las aves del aire que no siembran ni cosechan y los peces que platean las mallas de la red y saciarán el hambre de sus fieles. Y levantando los ojos ha visto, en las tardes bochornosas que engendran la borrasca, el relámpago que surge en Oriente y cruza fulmíneo la negra nube hasta Occidente.

Pero Jesús no ha leído solamente en el abierto y colorido libro del mundo. El sabe que Dios ha hablado a los hombres por medio de los Angeles, de los Patriarcas y de los Profetas. Sus palabras, sus leyes, sus victorias están escritas en el Libro. Jesús conoce las señales con que los muertos trasmiten a los todavía no nacidos pensamientos y recuerdos de los tiempos antiguos. No ha leído más que los Libros donde sus ascendientes han escrito la historia de su pueblo, pero los posee, en la letra y en el espíritu, mucho mejor que los Doctores y los Escribas. Y le darán el derecho de convertirse de discípulo en maestro.

LA ANTIGUA ALIANZA

Entre todos los pueblos el Hebreo fué el más feliz y a la vez el más infeliz. Su historia es un misterio, que empieza con el idilio del Jardín de las Delicias y termina con la tragedia de la cima del Calvario.

Sus primeros padres fueron empastados por las manos luminosas de Dios mismo y constituídos patrones del Paraíso, país de fértil y eterna Primavera entre los Ríos, donde las frutas del rico Oriente colgaban, pesadas, a la sombra de las hojas nuevas, al alcance de la mano. El Cielo, fresco, de reciente hechura, de poco antes iluminado, no empañada todavía su tersura por las nubes, no herido todavía por los rayos y consumido por los ocasos, los velaba con todas sus estrellas.

Los dos debían amar a Dios y amarse; esta fué la Primera Alianza. No fatiga, no trabajo; desconocida la muerte y su miedo.

La primera Desobediencia trajo aparejado el primer Castigo: el Destino. El Varón fué condenado al trabajo, la Mujer, al parto. El trabajo es penoso, mas da el premio de las cosechas; el parto es penoso, pero tiene el consuelo de los hijos. Y sin embargo, hasta estas felicidades inferiores e imperfectas pasaron veloces como las hojas roídas por los gusanos.

Por primera vez el Hermano mató al Hermano: la sangre humana caída en tierra se corrompió y dejó escapar emanaciones de pecado. Las hijas de los hombres se unieron con los hijos de Dios y de esa reunión nacieron los Gigantes, cazadores feroces, animalotes homicidas, que hicieron del mundo un infierno sangriento.

Entonces Dios envió el segundo Castigo. Para purificar la tierra en un inmenso Bautismo, ahogó en las aguas del Diluvio a todos los hombres con sus delitos. Sólo

un justo se salvó; y con él selló Dios la Segunda Alianza.

Empezaron con Noé los antiguos tiempos felices de los Patriarcas: Pastores errantes, jefes centenarios, que vagaban entre la Caldea y el Egipto en busca de pasturaje, de abrevaderos y de paz. No tenían patria estable, ni casas, ni ciudades. Llevaban en pos de sí, en caravanas largas como ejércitos, las esposas fecundas, los hijos amorosos, las nueras sumisas, los innumerables nietos, los hijos de los nietos, los siervos y siervas obedientes, los toros topadores y mugientes, las vacas de las ubres abundosas, los colorados terneros retozones, los carneros y los cabrones de hedor insoportable, las ovejas resignadas, los grandes camellos color de tierra, los jumentos de ancas robustas, las cabras de cabeza erguida que patean impacientes y, escondidos en las alforjas, los vasos de oro y plata, los idolillos domésticos de piedra y de metal.

Llegados a la meta, levantaban sus tiendas en la proximidad de un pozo, y el Patriarca sentábase afuera, a la sombra de las encinas y de los sicomoros contemplando el vasto campamento en el cual se elevaba el humo de las hogueras, la algarabía de las mujeres y de los mayorales, junto con los mugidos y balidos de las bestias. Se sentía contento en su corazón al ver todos aquellos esposos e hijos nacidos de su simiente y todas aquellas manadas que eran suyas y la prole humana y la prole animal que año por año se multiplicaban.

Por la noche levantaba el Patriarca los ojos para saludar la primera solícita estrella que ardía como un blanco fuego por encima de la cresta de la colina y, a veces, su cándida barba ensortijada resplandecía a la luz pálida de aquella luna que hacía más de cien años estaba acostumbrado a ver en el cielo de las noches serenas.

Un Angel del Señor venía a visitarlo de tarde en tarde y comía en su mesa antes de trasmitirle el mensaje; o bien el propio Señor, en las horas de estío, se presentaba en traje de Peregrino y sentábase con el viejo a la sombra de la tienda y hablaban, mano a mano, como dos amigos de la juventud que se juntan para tratar sus

asuntos. El Jefe de la tribu, patrón de los siervos, se convertía en siervo, a su vez, para escuchar las órdenes, los consejos, las promesas y los mensajes de su divino Patrón. Y entre Jehová y Abraham se selló la Tercera Alianza, más solemne que las dos precedentes.

El hijo de un Patriarea, vendido como esclavo por sus hermanos, se hace poderoso en Egipto y llama a esa nación a todos los suyos. Los Hebreos creen haber encontrado una patria y crecen allí en número y riquezas. Pero se dejan seducir por los dioses del Egipto y Jehová prepara el tercer castigo. Los Egipcios, envidiosos, los reducen a miserable esclavitud. El Señor, a fin de que el castigo sea más prolongado, permite que el corazón de Faraón se endurezca; pero, por último, suscita el Segundo Salvador que los saca de las torturas y del fango.

Sin embargo, la prueba no ha terminado. Vagan por el desierto por espacio de cuarenta años: una nube de humo los guía durante el día, una columna de fuego durante la noche. Dios les ha prometido una tierra maravillosa, rica en hierbas y aguas, sombrada por viñedos y olivares; pero, entre tanto, carecen de agua que beber y de pan que comer y echan de menos las cebollas y los dioses de Egipto. Dios hace brotar el agua de la peña y llover el maná y las codornices del cielo; pero los Hebreos, cansados e inquietos, vuelven las espaldas a su Dios, se construyen un becerro de oro y lo adoran. Moisés, triste como todos los Profetas, no comprendido por los suyos como todos los Salvadores, seguido a disgusto como todos los Descubridores de nuevas tierras, arrastra en pos de sí, a duras penas, la muchedumbre reacia y discutidora y pide a Dios lo haga dormir para siempre. Pero Jehová quiere a toda costa sellar la Cuarta Alianza con su pueblo. Moisés baja del monte humeante y tonante con las Dos Tablas de piedra, donde Dios con su propio dedo ha escrito los diez mandamientos.

No verá Moisés la tierra prometida, el nuevo Paraíso que conquistar en lugar del perdido. Pero la promesa de Dios subsiste: Josué [22] y los otros héroes vadean

el Jordán, penetran en la tierra de Canaán y subyugan a los pueblos. Las ciudades caen al sonido de las trompetas; Débora [23] puede entonar su cántico de triunfo. El pueblo lleva consigo al Dios de las batallas, oculto detrás de las tiendas, en un carro arrastrado por bueyes. Mas los enemigos son numerosos y no quieren ceder el campo a los recién llegados. Los Hebreos andan errantes de acá para allá, pastores y bandoleros, victoriosos

(22) JOSUE. Nombre del sucesor de Moisés, que condujo a los hebreos a la conquista de la tierra prometida, narrada en el libro sagrado que lleva su nombre. Era hijo de Nun, de la tribu de Efraín, servidor y familiar de Moisés, al principio. Valiente y dotado de talentos militares, fué elegido por Dios para jefe de Israel, luego que Moisés hubo fallecido (Números, XXVII, 18-23). Desempeñó este cargo con mucha sabiduría militar y prudencia, pues la Sagrada Escritura cuenta de muchos prodigios que acompañaron, siendo él jefe, la conquista de la Tierra prometida. Pasado el Jordán, venció, repetidas veces, a los pueblos enemigos y les arrebató varias de sus ciudades más fuertes. Dividió, después, el país conquistado, y murió cargado de méritos y de glorias, a la edad de 110 años.

(23) DEBORA. Nombre, que en hebreo significa "abeja", de una célebre mujer israelita, de la tribu de Efraín, que fué juez en Israel y profetisa, esposa de Lappiod. Ella, dice la Biblia, solía estarse sentada bajo una palmera entre Rama y Betbel, y allí precisamente acudían los hijos de Israel a consultarla; y de esta suerte gobernó ella el pueblo durante muchos años. Eran aquellos los tiempos heroicos, por decirlo así, de los israelitas, recién establecidos en la Tierra prometida, abundante en hechos notables de valor, pero llenos también de confusiones y turbulencias, tanto más que los cananeos, a quienes encontraron en la mencionada tierra los hebreos, los vejaban incensantemente con las armas y con las asechanzas. No siempre el pueblo de Israel se conservó fiel al Señor, sino que abrazó cultos y costumbres extranjeras, es decir, paganas. Lo gobernaban entonces los Jueces, y de éstos, además de Gedeón y otros, uno de los más ilustres fué la profetisa Débora. Un rey de los cananeos, Iabin, asaltó improvisadamente a Israel y envió a un capitán suyo llamado Sísara. Entonces Débora, de acuerdo con el héroe Barac, de la tribu de Neftalí, hijo de Abinoam, lo derrotó completamente haciéndole numerosas víctimas. Hasta el propio Sísara encontró la muerte aquel día, porque llegándose en su fuga a la tienda de Iael, mujer de Heber, pidióle que beber y asilo. Como se durmiera, fué matado por Iael que le clavó en la sien una de las clavijas de la tienda. Todo esto lo narra el libro de los Jueces (IV, 1-24). Vuelta Débora de la victoriosa campaña, compuso un canto de triunfo que no solamente es uno de los más antiguos monumentos de la poesía hebrea sino uno de los más bellos.

cuando guardan lo impuesto por la Ley, vencidos cuando lo olvidan.

Un gigante de mal cortados cabellos, mata, él solo, miles de Filisteos y Amalecitas ([24]), pero una mujer lo traiciona; los enemigos le arrancan los ojos y lo condenan a hacer girar la piedra de un molino. Los héroes solos no bastan, son necesarios también los Reyes. Un joven de la tribu de Benjamín, alto y bien formado, mientras va por las burras de su padre, que habían huído, se encuentra con nn Profeta que vierte sobre su cabeza el aceite sagrado y lo hace rey de todo el Pueblo. Saúl convertido en un Guerrero poderoso, derrota a los Amonitas y a los Amalecitas y funda un reino militar, temido por los vecinos. Pero el mismo profeta que lo hizo rey, enojado con él, le suscita un rival.

David, Adolescente Pastor, mata al gigante enemigo del Rey, dulcifica con el arpa las iracundas melancolías de éste, es amado por el primogénito del Rey, se casa con la hija del Rey, se cuenta entre los capitanes del Rey. Pero Saúl, desconfiado y frenético, quiere matarlo. David se esconde en las grutas de las montañas, se hace

([24]) FILISTEOS Y AMALECITAS. Los filisteos eran un pueblo poco numeroso, pero belicoso y tenaz, que dió mucho que hacer particularmente a los hebreos, con los cuales estuvo mucho tiempo en guerra y de los cuales difería mucho en las costumbres, en la índole y en la religión. Tomaron su nombre de la Filistea, que es una región que se extiende al S. O. de la Palestina propiamente dicho. Los encontramos allí desde los tiempos más remotos, entre el mar y las tribus de Dan, Judá, Simeón y aquella porción de continente que avanza hacia la Arabia y el istmo de Suez. Se daban a la piratería y más de una vez tuvieron cuestiones con los fenicios. No más amigos de los hebreos fueron los AMALECITAS, antigua población semítica que, particularmente en tiempo de los Reyes, sostuvo prolongadas y sangrientas guerras con Israel. El Génesis la recuerda desde los tiempos de Abraham (14, 7) y un pasaje de los Núm. 24, 20, le da mucha importancia, llamándola en la profecía puesta en boca de Balaam, "principal entre las naciones". Tronco de ese pueblo fué, siempre según la Biblia, Amalec, hijo de Elifaz, hijo de Esaú. Estaban establecidos los "amalecitas" en la región que se extiende al S. del Mar Muerto, por todo el desierto de "Et-Tib", hasta los confines de Egipto. Las tradiciones musulmanas acerca de los "amalecitas" son muy confusas y parecen derivar de la "Sagrada Escritura" y se les da en ellas, como sede el Jemen, es decir, la Arabia feliz.

jefe de fugitivos, se pone al servicio de los Filisteos y, cuando éstos han vencido a Saúl en las colinas de Gelboé, se convierte, a su vez, en Rey de todo Israel. El Pastor temerario, grande como Poeta y como Rey, pero cruel y lascivo, funda su casa en Jerusalén y con el auxilio de sus Guibborim ([25]) o valientes, vence y subyuga a todos los reyes vecinos. Por primera vez el Hebreo es temido. Por siglos y siglos suspirará por la vuelta de David y pondrá sus esperanzas en un descendiente suyo, que lo salve de la abyección.

David es el Rey de la Espada y del Canto. Salomón es el Rey de Oro y de la Sabiduría. Los tributarios le llevan el Oro a su casa; adorna con Oro la primera suntuosa casa de Jehová; manda sus naves por Oro al lejano Ofir; la Reina de Saba depone a sus pies sacos de Oro. Pero todo el esplendor del Oro y de la Sabiduria de Salomón no basta para salvar al Rey de la impureza y al reino de la ruina. Hace esposas suyas a las mujeres extranjeras y adora a los dioses extranjeros. El Señor perdona su vejez, recordando los méritos de su juventud; mas apenas muere, su reino se divide y empiezan los siglos obscuros y vergonzosos de la decadencia. Conjuraciones palaciegas, asesinatos de reyes, motines de jefes, guerras fratricidas y desgraciadas, períodos de desvergonzada idolatría seguidos de efímeros arrepentimientos llenan los tiempos de la Separación. Se levantan los Profetas para amonestar; pero los reyes no los escuchan o los expulsan. Los enemigos de Israel se rehacen; los Fenicios, los Egipcios, los Asirios, los Babilonios con frecuencia invaden los dos reinos, los hacen tributarios y,

([25]) GUIBBORIM. Sin formar una cohorte especial, constituían más bien una clase de soldados valientes de los que se valia el soberano como de ayudantes de campo, y a los que daba órdenes y confiaba misiones delicadas y de confianza, según las ocurrencias o necesidades del momento. Cuando no tenían órdenes o misiones especiales que cumplir, hacian de Guardia de Corps. (Véase libro II de los Reyes, XXI, 17). Eran ellos los que, por turno, comandaban las secciones de 24.000 hombres que, cada mes, proporcionaban al contingente de la guardia real. (Libro I de los Paralipómenos, XXVII, 1-5). Parece que Saúl fué el institutor de esta especie de estado mayor. (Véase F. Vigouroux, *Dictionnaire de la Biblie,* tomo I, columna 973 y tomo III, columna 137).

finalmente, casi seiscientos años antes del nacimiento de Jesús, Jerusalén es destruída, el templo de Jehová es destruído y los Hebreos son llevados esclavos a las orillas de los ríos de Babilonia. Se había colmado la medida de las infidelidades y de los pecados, y el mismo Dios que los ha librado de la cautividad de los Egipcios los entrega cautivos a los Babilonios. Es el Cuarto Castigo y el más tremendo de todos porque no tendrá fin. Desde aquel momento los Hebreos estarán siempre, eternamente, diseminados entre los extranjeros y subyugados por los extranjeros. Algunos de ellos volverán a reconstruir a Jerusalén y su Templo, mas el país será invadido por los Escitas, sometido a los Persas, conquistado por los Griegos y, por último, después de la postrera hazaña de los Macabeos, entregados a una dinastía de Arabes bárbaros, súbditos de los Romanos.

Este pueblo que durante tantos años vivió libre y rico en el desierto y un día fué dueño de reinos y se creyó, bajo la protección de su Dios, el primer pueblo de la tierra, ahora, diezmado y esquilmado por los extranjeros, se ha convertido, poco a poco, en el hazmerreír de las gentes, en el Job de los pueblos. Después de la muerte de Jesús, su destino será más áspero todavía; Jerusalén será destruída por segunda vez, en la provincia devastada no mandarán sino los Griegos y los Romanos y los últimos restos de Israel serán desparramados por la superficie de toda la tierra, como el polvo de la calle es aventado por el soplo del pampero.

Jamás pueblo alguno fué tan amado por Dios y tan atrozmente castigado. Fué escogido para ser el primero y fué siervo de los últimos; quiso tener una patria propia y victoriosa y fué proscripto y esclavo en las patrias ajenas.

Aunque pastor más que guerrero, nunca estuvo en paz ni consigo mismo ni con los otros. Peleó con sus vecinos, con sus huéspedes, con sus príncipes; peleó con sus Profetas y con su propio Dios. Podrido en canalladas, gobernado por asesinos, traidores, adúlteros, incestuosos, bandoleros, simoníacos e idólatras; no obstante todo esto, vió nacer de sus mujeres, en sus hogares, los

santos más perfectos de Oriente: justos, amonestadores, solitarios, profetas. Hasta que no hubo nacido de él el Padre de los nuevos Santos, aquel que era esperado por todos los Profetas.

Este pueblo, que no tuvo metafísica, ni ciencia, ni música, ni escultura, ni pintura, ni arquitectura propias, fué el creador de la más grande poesía del antiguo tiempo, candente de sublimidad en los Salmos y en los Profetas, rebosante de ternura en las historias de José y de Ruth y simbólicamente ardorosa de nocturna pasión en el Cantar de los Cantares.

Crecido en medio de los cultos salvajes de la tierra en que mora, llega al amor del Dios, Padre único universal; ávido de tierra y de oro, se gloría de tener en los Profetas a los primeros defensores de los pobres y llega a la negación de la riqueza; el mismo pueblo que ha degollado víctimas humanas sobre sus altares, que ha pasado a cuchillo enteras ciudades de inocentes, ha dado discípulos a aquel que predicará el amor a los enemigos; este pueblo, celoso de su Dios, lo ha traicionado siempre para correr en pos de otros dioses; de su Templo, tres veces erigido y otras tantas destruído, no queda más que un trozo de pared, lo suficiente apenas para que una fila de llorones pueda apoyar en él su cabeza para ocultar las lágrimas.

Pero este pueblo absurdo y problemático, sobrehumano y miserable, el primero y el último de todos, el más feliz y el más infeliz de todos, aunque siervo de las naciones, domina todavía a las naciones con el Dinero y con la Palabra; aunque de siglos atrás carezca de patria propia, se cuenta entre los patrones de todas las patrias; aunque haya asesinado a su Hijo más grande, ha dividido con esa sangre la historia del mundo en dos partes. Y esta descendencia de deicidas se ha convertido en la más infame, pero también la más sagrada de todas las gentes.

LOS PROFETAS

Ningún pueblo fué tan amonestado como el pueblo hebreo. Ninguno tuvo tantos Despertadores y Amonestadores. Desde el principio de su reinado temporal hasta el desmembramiento, en los grandes días de los reyes victoriosos, en los dias dolorosos del destierro, en los días enfermos de la esclavitud, en el día siniestro de la dispersión.

La India tuvo los Ascetas que se escondían en las florestas para vencer el cuerpo y sumergir el espíritu en lo infinito; la China, los Sabios familiares, plácidos abuelos que enseñaban moral cívica a los campesinos y a los emperadores; la Grecia, los Filósofos, que a la sombra de los pórticos fabricaban sistemas armoniosos o trampas dialécticas; Roma, los Legistas, que registraban en el bronce para los pueblos y para los siglos las reglas de la más elevada justicia a que pueda alcanzar quien manda y posee; la Edad Media, los Predicadores, que se afanaron en sacudir la cristianidad aletargada, con el recuerdo de la Pasión y el terror del Infierno. El pueblo hebreo tuvo los Profetas.

El Profeta no hace de adivino en los antros ni, sentado en los trípodes, arroja baba y palabras de su boca. Habla de lo Futuro, pero no solamente de lo futuro. Revela las cosas que no han sucedido todavía, mas recuerda también lo pasado. El tiempo es suyo en los tres momentos: descifra lo pasado, ilumina lo presente, amenaza con lo futuro.

El Profeta hebreo es una voz que habla o una mano que escribe. Una voz que habla en el palacio de los Reyes y en las cuevas de las montañas, sobre las escaleras del Templo y en las plazas de la capital. Es una voz que reza, una oración que amenaza, una amenaza que

se desborda en esperanza divina. Su corazón se deshace en la aflicción, su boca está llena de amargura, su brazo se levanta para mostrar el castigo; sufre por su pueblo, lo llena de vituperios porque lo ama, le anuncia los castigos para que se purifique y, más allá de las matanzas y del fuego, señala la resurrección, el triunfo y la felicidad, el reinado del nuevo David y la Alianza que nunca jamás será renegada.

El Profeta hace que los idólatras vuelvan de nuevo al verdadero Dios; recuerda a los traidores sus juramentos, a los malos la caridad, a los corrompidos la pureza, a los feroces la misericordia, a los reyes la justicia, a los rebeldes la obediencia, a los pecadores el castigo, a los orgullosos la humillación. Se presenta al rey y le regaña, desciende a la hez del pueblo y lo mortifica, se acerca a los sacerdotes y los vitupera, enrostra a los ricos y les da una buena reprimenda. Anuncia a los pobres el consuelo, a los afligidos la recompensa, a los llagados la salud, a la plebe esclava la liberación, al pueblo humillado la venida del Vencedor.

El no es rey ni príncipe ni sacerdote ni escriba; es un hombre solo, un hombre sin armas y sin riquezas, sin investiduras y sin secuaces; es una voz solitaria que habla, una voz afanosa que se lamenta, una voz potente que grita y avergüenza; una voz que invita a penitencia y promete eternidad.

El Profeta no es filósofo; poco le importa si el mundo está hecho de agua o de fuego, si el agua y el fuego no son capaces de mejorar las almas de los hombres; es poeta, pero sin quererlo ni saberlo, cuando el exceso de la indignación o el esplendor de los sueños le pone en la boca fuertes imágenes que los retóricos no sabrán jamás inventar: no es sacerdote, porque no ha sido ungido en el Templo por los guardianes mercenarios de los Libros; no es rey, porque no manda gente armada y sólo tiene por espada la palabra que viene de lo alto; no es soldado, pero está siempre pronto para morir por su Dios y por su pueblo.

El Profeta es una voz que habla en nombre de Dios, una mano que escribe bajo el dictado de Dios; es un

mensajero mandado por Dios a amonestar a quien ha equivocado el camino, a quien se ha olvidado de la Alianza, a quien es descuidado en la guardia. Es el secretario, el intérprete, y el enviado de Dios; es, por consiguiente, superior al rey que no obedece a Dios, al sacerdote que no comprende a Dios, al filósofo que niega a Dios, al pueblo que ha dejado a Dios para correr en pos de los ídolos de madera y de piedra.

El Profeta es aquel que ve, con el corazón turbado pero límpido el ojo, el mal que reina hoy, el castigo que vendrá mañana, el reinado feliz que sucederá al castigo y a la penitencia.

Es la voz de quien no puede hablar, la mano de quien no sabe escribir, el defensor del pueblo disperso y vejado, el abogado de los pobres, el vengador del humilde que llora bajo los pies del poderoso. No está nunca en favor de quien tiraniza sino de quien está oprimido; no va con los hartos y los avaros, pero sí con los hambrientos y los miserables.

Voz a menudo molesta, voz importuna e intempestiva; odiado por los grandes, mal visto por la chusma, no siempre comprendido ni aun por los propios discípulos. Como una hiena que siente de lejos el hedor de las carroñas, como un cuervo que grazna siempre el mismo motivo, como un lobo que brama de hambre en los montes, el Profeta recorre los senderos de Israel llevando a la zaga la sospecha y la maldición. Solamente los pobres y los oprimidos lo bendicen; pero los pobres son débiles y los oprimidos no saben más que escucharlo en silencio.

Como todos los que turban el sueño de los que duermen y alteran la vil tranquilidad de los patrones, es apartado como un leproso y perseguido como un enemigo. Los reyes apenas lo toleran, los sacerdotes lo hostilizan, los ricos lo detestan.

Y debe huir en presencia de la cólera de Jezabel [26]

(26) JEZABEL. Nombre de la hija de Ethbaal, rey de Tiro, mujer de Acab, rey de Israel. Fué mujer impía que trató siempre de sostener y fomentar el culto de Baal que ella profesaba, contra el culto de Dios inculcado por los profetas. Un gran número de

que manda matar a los profetas; Amós es desterrado de Israel por Amasías, sacerdote de Betel; Urías es condenado a muerte por el rey Joaquín; Isaías es mandado matar por orden de Manasés; Zacarías es degollado entre el templo y el altar; Jonás es arrojado al mar; y está pronta la espada que degollará a Juan y la cruz de la que colgará Jesús. El Profeta es un acusador, pero los hombres no se confiesan culpables; es un intercesor, pero los ciegos no quieren que el Iluminado les tienda la mano; es un mensajero, pero los sordos no oyen sus promesas; es un salvador, pero los moribundos putrefactos gozan con su podre y rehusan el ser salvados. Y, sin embargo, la palabra de los Profetas será un eterno testimonio en favor de este pueblo que los extermina, sí, pero que también es capaz de engendrarlos, y la muerte de un profeta, que es mucho más que todos los profetas, bastará para expiación de los delitos de todos los otros pueblos que hociquean el cieno de la tierra.

éstos, fué, por orden suya, condenado a muerte. Amenazó de muerte también al profeta Elías que le predijo su triste fin. Vencido Acab por Jehú, perdió su reino y el vencedor mandó que Jezabel fuera arrojada a la calle desde una ventana. Los perros la despedazaron. (IV Reyes, 9, 36).

EL QUE VENDRA

En la casa de Nazaret, Jesús medita los mandamientos de la Ley; pero solamente en los Profetas, en las palabras de llanto y de fuego de los Profetas, reconoce su destino. Las promesas son insistentes, como golpes dados en las puertas que no contestan; repetidas, replicadas, reiteradas, jamás desmentidas y siempre confirmadas. De una precisión tremenda, de una minuciosidad que espanta, casi historia anticipada y testimonio irrecusable.

Cuando Jesús, entrado en su trigésimo año, se presente a los hombres como Hijo del Hombre sabrá lo que le espera, hasta el fin. Su próxima vida está señalada, día por día, en las páginas escritas antes de su nacimiento terrenal.

Sabe que Dios prometió a Moisés un nuevo Profeta:
"Levantaré para ellos un profeta de en medio de sus her-
manos semejante a ti: y pondré mis palabras en su boca
Deut. 18,18. y les hablará todo lo que yo le mandaré". "Porque Dios
Jerem. 31, 31. establecerá una Nueva Alianza con su pueblo". "Alianza
J. 31, 32. no como la que establecí con los padres de ellos", sino
que "pondré mi ley en las entrañas de ellos y la escribiré
J. 31, 33. en sus corazones"... les perdonaré sus iniquidades "y
Is. 43, 25. no me acordaré de sus pecados". Alianza grabada en el
alma y no en la piedra. Alianza de perdón y no de cas-
tigo. Y el Mesías tendrá un precursor que lo anunciará.
"He aquí que yo enviaré mi Angel y preparará el camino
Malaq. 3,1. ante mi faz". "Nos ha nacido un niño —grita Isaías—
y será llamado el Admirable, el Consejero, el Dios, el
Is. 9, 6. Fuerte, el Padre del Siglo Futuro, el Príncipe de la Paz".
Pero las gentes se cegarán en su presencia y no lo escu-
charán. "Ciega el corazón de este pueblo y agrava sus
orejas y cierra sus ojos: no sea que vea con sus ojos y
Is. 6, 10. oiga con sus orejas y se convierta...". "Y él será... pie-

dra de tropiezo y piedra de escándalo a las dos casas de
Israel, en lazo y ruina a los moradores de Jerusalén". Is. 8, 14.
No tratará de hacerse grande ni deslumbrar con su pom-
pa; no vendrá como un triunfador y un soberbio. "Re-
gocíjate mucho, hija de Sion (27), canta hija de Jerusa-
lén. Mira cómo tu rey viene a ti, justo y salvador. El es
pobre y cabalga una asna y un pollino". Zac. 9, 9.

Traerá la justicia y levantará a los infelices. "El Señor
me ha ungido para que anunciara a los mansos la Buena
Nueva; me envió para sanar a los desgarrados de cora-
zón, a predicar la manumisión a los esclavos y la libertad
a los encarcelados"... "para que consolara a todos los Is. 61, 1.
que lloran". "Los mansos se alegrarán cada día más... Is. 61, 2.
y los pobres se regocijarán", "porque faltó el que podía Is. 29, 19.
más, consumido fué el escarnecedor y han sido extermi-
nados todos los que velaban para hacer mal". "Entonces Is. 29, 20.
serán abiertos los ojos de los ciegos y serán abiertas las
orejas de los sordos". "Entonces el cojo saltará como el Is. 35, 5.
ciervo y la lengua de los mudos será desatada". "Yo el Is. 35, 6.
Señor te llamé por amor a la justicia"... "para que abrie- Is. 42, 6.
ras los ojos de los ciegos y sacaras del encierro al preso
y de la casa de la cárcel a los que yacían en las tinieblas". Is. 42, 7.
Pero él será insultado y torturado por aquellos mismos
a quienes viene a salvar. "No hay buen parecer en él
ni hermosura y le vimos y no era de mirar; y le echamos
menos". "Despreciado y el postrero de los hombres, va- Is. 53, 2.
rón de dolores y que sabe de trabajos. Y como escondido
su rostro y despreciado, por lo que no hicimos aprecio
de él". "En verdad tomó sobre si nuestras enfermedades Is. 53, 3.
y él cargó con nuestros dolores; y nosotros le reputamos
como leproso y herido de Dios y humillado". "Mas él fué Is. 53, 4.
llagado por nuestras iniquidades, quebrantado fué por
nuestros pecados; el castigo para nuestra paz fué sobre

(27) SION. Una de las montañas encerradas en el reino de Jerusalén y la más elevada de todas, razón por la cual Josefo la llama "ciudad alta" en contraposición a la de Acra, que llama "ciudad baja". Era la ciudad del rey David; y, en tiempos de la Pasión y Muerte de nuestro Divino Redentor, encerraba los palacios de los grandes sacerdotes Anás y Caifás. Desde entonces se la toma como sinónimo de Jerusalén.

Is. 53, 5. él y con sus cardenales fuimos sanados". "Todos nos-
otros como ovejas nos extraviamos, cada uno se desvió
por su camino; y cargó el Señor sobre él la iniquidad de
Is. 53, 6. todos nosotros". "El se ofreció porque él mismo lo quiso
y no abrió su boca. Como oveja será llevado al matadero
y enmudeecrá como cordero delante del que lo trasquila
Is. 53, 7. y no abrirá su boca"... "El fué cortado de la tierra de
Is. 53, 8. los vivos: por la maldad de mi pueblo lo he herido"...
"Y el Señor quiso quebrantarle con trabajos. Si ofreciera
su alma por el pecado, verá una descendencia muy du-
radera y la voluntad del Señor será prosperada por su
Is. 53, 10. mano". "Por cuanto trabajó su alma... justificará a
muchos con su ciencia y él llevará sobre sí los pecados
Is. 53, 11. de ellos". No volverá atrás en presencia de los más atro-
ces insultos. "Di mi cuerpo a los que me herían y mis
mejillas a los que me mesaban la barba: no retiré mi
rostro de los que me injuriaban y escupían". Todos le
Is. 53, 6. serán contrarios en la hora suprema. "Han hablado con-
Salmo 109, 9. tra mí con la lengua engañosa" "y con palabra de odio
me han cercado y sin causa me han combatido". "En vez
Sal. 109, 4. de amarme decían mal de mí". "Y me devolvieron mal
Sal. 109, 5. por bien y su odio por mi amor". "Tú sabes —grita el
Hijo al Padre— mi afrenta y mi confusión y mi vergüen-
Sal. 69, 19. za"... "Y esperé que alguien se entristeciese conmigo
Sal. 69, 20. y no lo hubo; y que alguien me consolase y no lo hallé".
"Y me dieron hiel por comida y en mi sed diéronme a
Sal. 69, 21. beber vinagre".

Y finalmente lo clavarán en una cruz y se dividirán sus
vestidos. "Muchos perros me rodearon y concilio de ma-
Sal. 22, 16. lignos me sitió: horadaron mis manos y mis pies...".
Sal. 22, 17. "Y ellos me estuvieron observando y mirando". "Se re-
Sal. 22, 10. partieron mis vestidos y sobre mi túnica echaron suerte".
Demasiado tarde será cuando adviertan lo que han hecho.
"Y pondrán sus ojos en aquel a quien traspasaron: y lo
llorarán como suele llorarse la muerte de un hijo único
y harán duelo sobre él como acostúmbrase en la muerte
Sal. 12, 10. de un primogénito".

"Y lo adorarán todos los reyes de la tierra: todas las
Sal. 72, 11. naciones le servirán". "Porque librará al pobre del do-
Sal. 72, 12. minio del poderoso..." "salvará las almas de los pobres".

"Y vendrán a ti encorvados los hijos de aquellos que te
abatieron y adorarán las huellas de tus pies todos los
que te desacreditan". "Y las tinieblas cubrirán la tierra Is. 60, 14.
y la obscuridad de los pueblos: mas sobre ti nacerá el
Señor y su gloria se verá en ti". "Y andarán las gentes a Is. 60, 2.
tu luz y los reyes al resplandor de tu nacimiento". "Alza Is. 60, 3.
tus ojos alrededor y mira: todos éstos se han ocngrega-
do, vinieron a ti. Tus hijos vendrán de lejos y tus hijas
se levantarán de todas partes". "Lo di a los pueblos por Is. 60, 4.
testigo, por caudillo y por maestro a las naciones..." Is. 55, 4.
"y las gentes que no te conocieran correrán a ti, Israel,
por causa del Señor tu Dios". Is. 55, 6.

Estas y otras palabras recuerda Jesús en la víspera de su partida. Sábelo todo y no se rehusa; conoce desde ahora la suerte que le espera, la ingratitud de los corazones, la sordera de los amigos, el odio de los poderosos, los azotes, los salivazos, los insultos, las burlas, los ultrajes, la enclavación de las manos y de los pies, los tormentos y la muerte; conoce las espantosas pruebas del Hombre de los Dolores y, a pesar de todo, no vuelve atrás.

Sabe que los Hebreos, carnales, materiales, mundanos, abrumados de humillaciones, llenos de rencores y de malos pensamientos, no esperan un Mesías pobre, odiado y manso. Todos sueñan, excepción hecha de los videntes y de los mensajeros, un Mesías terrestre, un Rey armado, un segundo David, un guerrero que exterminará a sus enemigos, que derramará verdadera sangre, la sangre roja de los enemigos y hará resurgir más espléndido el palacio de Salomón y el templo de Salomón y todos los reyes le serán tributarios, no tributarios de amor y de veneración sino de oro sonante y de plata contante; y este rey terrestre de la tierra presente se vengará de todos los enemigos de Israel y de los que hicieron sufrir a Israel, que tuvieron esclavo al pueblo de Israel; y los esclavos serán patrones y los dominadores se convertirán en siervos; y todos los pueblos del mundo tendrán su capital en Jerusalén y los reyes de corona se arrodillarán ante el trono del nuevo rey de Israel; y los campos de Israel serán más fértiles que todos los otros y sus pastos

más fuertes, y las manadas se multiplicarán sin límite y el trigo y la cebada se cosecharán dos veces al año y las espigas serán más abundantes en granos que en los tiempos pasados y un solo racimo de uvas hará encorvar bajo su peso a dos hombres y serán pocos los odres para contener el vino nuevo ni bastarán las tinajas para guardar todo el aceite, y la miel será encontrada en las hendiduras de los árboles, en los setos vivos de los caminos y los ramos de los árboles se troncharán bajo el peso de los frutos y las frutas serán gruesas y dulces como nunca...

Esto esperan los Hebreos carnales y terrenos que viven en torno de Jesús. Y él sabe que no les podrá dar lo que buscan; que no podrá ser el guerrero victorioso y el rey soberbio que sobresale entre los reyes sometidos. El sabe que su reino no es de esta tierra; y no podrá ofrecer más que un poco de pan, toda su sangre y todo su amor. Y ellos no creerán en él; y lo atormentarán y lo matarán como farsante y charlatán. Sabe todo esto: lo sabe como si lo hubiera visto con sus ojos y padecido con su cuerpo y con su alma. Pero sabe también que la simiente de su palabra, caída en tierra entre cardos y espinas, triturada por los asesinos, despuntará en la primera primavera, brotará poco a poco, crecerá, al principio, como un arbusto sacudido por el viento y se convertirá, por último, en un árbol que cubrirá con sus ramas toda la tierra, y todos los hombres podrán sentarse a su sombra y recordar la muerte de quien lo sembró.

EL PROFETA DE FUEGO

Mientras Jesús, en el chiribitil de Nazaret, manejaba el hacha y la escuadra, en el Desierto, entre el Jordán y el Mar Muerto, se había levantado una Voz.

El último de los Profetas, Juan el Bautista, llamaba a los Judíos a penitencia, anunciaba la aproximación del Reino de los Cielos, predecía la inminente venida del Mesías, reprendía a los pecadores que acudían a él y los sumergía en las aguas del río, para que esa lavadura exterior fuera como principio de la purificación interior.

En esa revuelta edad herodiana la vieja Judea, profanada por los usurpadores idumeos, contaminada por las filtraciones helénicas, tiranizada por la soldadesca romana; sin rey, sin unidad, sin gloria, casi la mitad dispersa ya por todo el mundo, traicionada por sus propios sacerdotes, recordando siempre con amargura el fin del reinado terrestre pasado hacía mil años, esperando siempre y obstinadamente una venganza grande, una vuelta de la victoria, un triunfo de su Dios, la venida de un Libertador, que debería reinar en la nueva Jerusalén, más fuerte y hermosa que la de Salomón y, desde Jerusalén, subyugar a todos los pueblos, vencer a todos los monarcas y hacer la felicidad de su nación y de los hombres todos, la vieja Judea, descontenta de sus patrones, esquilmada por los Publicanos [28], hastiada de sus Escribas

[28] PUBLICANOS. De la voz latina *"publicum"*, que indica el erario del Estado, fueron así llamados, entre los latinos, los recaudadores de los impuestos o rentas públicas, los cuales, como es consiguiente, pertenecían a la clase más acaudalada y, en general, a la de los caballeros. Generalmente se reunían ellos en corporación reconocida legalmente, debiendo dar garantías al Estado por la suma con que compraban el derecho de recaudar los impuestos en una o más provincias. Venían así a formar como un banco gubernativo al cual llamaba Cicerón "el ornamento de la ciudad

mercenarios y de sus Fariseos (29) hipócritas, la vieja Judea dividida, humillada, saqueada y, sin embargo, y a pesar de todas las vergüenzas, rebosando de fe en lo

y el sostén de la república", dirigido por un "magistratus" residente en Roma y por sus encargados en las provincias que vigilaban la exacta recaudación de los impuestos. El principe de los publicanos citados por Lucas (cap. 19, 2), parece haber sido precisamente uno de estos intendentes de las gabelas por encargo de los romanos. Si el oficio de recaudador de impuestos era odioso entre los latinos, por las vejaciones con que molestaban a los contribuyentes, más odioso era indiscutiblemente para los judíos, los cuales, contra toda su voluntad, pagaban los impuestos a sus dominadores; tanto que para ellos la palabra PUBLICANO se convirtió en sinónimo de pecador público cuyo contacto había que evitar. Por esto los publicanos son siempre citados con desprecio y hasta el Divino Maestro los nombra con los pecadores, aunque diciéndoles a los fariseos que "los publicanos y las rameras los habrían precedido en el Reino de los Cielos". Es conocidísima la parábola del fariseo y el publicano, con la cual quiso Jesús mostrar que la humanidad de los pecadores los dispone a la justificación, mientras la soberbia de aquellos que se creen justos los hace odiosos a Dios.

(29) FARISEOS. Este nombre, y el de FARISEISMO, después de lo que al respecto se lee en los Evangelios, se han convertido en nombres de odio y de desprecio, símbolo de la más tenebrosa hipocresía religiosa.

Los fariseos formaban una secta judaica que se diseñó netamente en el seno del pueblo judío a la vuelta del destierro en Babilonia. Su nombre no significa más que "los separados", "los divididos de los otros". Parece que ellos se llamaron con ese nombre apropiándose de un pasaje de Neemías profeta, en el cual se habla de ellos que fueron separados de entre las gentes de las naciones todas del mundo, para observar la ley divina. Eran ellos que, vueltos del destierro, habían firmado solemnemente una promesa de observarla. Era natural, y así sucedió, que con el tiempo la secta degenerase y sus miembros se creyeran más que los otros, como escogidos para estudiar y ejecutar la ley; y que el rigor se cambiara en santurronería y la piedad en hipocresía. Otros, en cambio, opinan que este nombre no se lo daban ellos mismos, sino que era un sobrenombre que les aplicaba el pueblo por burla, porque o eran demasiado celosos, o demasiado rígidos y austeros e intolerantes. También el "Talmud" da a la palabra FARISEO un significado de reprobación, más que por otra cosa, por demasiado rígidas abstinencias a que ellos se entregaban y que no todos podían soportar. Pero para mejor entender quiénes eran los fariseos y qué pretendían, es oportuno compararlos con otra secta contemporánea de ellos, muy diferente, la secta de los SADUCEOS, también fustigados en los Evangelios.

Los SADUCEOS hacían consistir toda la religión en la observancia de los ritos, en las formas de las ceremonias, en el ritual de los

futuro, daba gustosa oído a la Voz del Desierto y acudía a las orillas del Jordán.

sacrificios; mientras los FARISEOS, aunque respetando al sacerdocio, los ritos y las fórmulas, admitían que había otras cosas que hacer, y meritorias, además del rito y de la fórmula y aplicaban, o querían aplicar, la idea de los grandes profetas según los cuales (como se lee repetidas veces en sus libros), Dios desprecia los sacrificios y las ofrendas hechas porque la ley las impone y separadas de las obras buenas. Eran ellos los continuadores de la obra de los Escribas (de los cuales, como hemos visto, el primero fué Esdras), restauradores del culto divino; y los Escribas a su vez, procedían de los antiguos profetas. Los FARISEOS además profesaban ideas mesiánicas, esperando siempre una próxima o remota venida del Mesías, el cual resucitaría el reino y el pueblo judíos, se había reconstituído, es verdad; los Macabeos habían levantado el sentimiento nacional, es cierto; pero, a pesar de eso se estaba bien lejos del esplendor, de la gloria, de la felicidad, que debía traer consigo el reino del Mesías. Con esto, pues, que las esperanzas se iban esfumando día por día, y el reinado de los justos no parecía aproximarse, fué propio de los FARISEOS el creer en una vida futura, en la cual los cuerpos de los justos que habían sufrido por la justicia resucitarían de sus sepulcros, y verían al esperado Mesías en su seno. Los SADUCEOS, al contrario, viendo restablecido el culto después del destierro y renovadas y afianzadas de nuevo las prácticas religiosas y reconstituído el pueblo judaico, se daban por satisfechos y nada o muy poco creían en la venida del Mesías y nada en absoluto en una vida futura y en la resurrección de los muertos, como lo atestiguan los propios Evangelios (Mateo 22, 23); apoyándose en la autoridad de Moisés, en cuyos libros, decían, no se encuentra ninguna mención explícita ni de la resurrección de los muertos ni de la vida futura. Las dos sectas, pues, como se ve, eran esencialmente contrarias. Mas se podría decir que mientras los SADUCEOS eran rígidamente y pedantescamente conservadores, los FARISEOS eran innovadores; pero innovadores en un sentido tan especial que les hacía decir a ellos mismos que no querían innovar nada. Respetaban la ley, pero torcían después su texto, más o menos haciéndole decir lo que ellos querían; de suerte que mientras ateniéndose a la letra nada innovaban, según sostenían, innovaban muchísimo en las consecuencias que sacaban.

En lo que se refiere a determinadas prescripciones de la ley mosaica acerca de la abstención de ciertos alimentos, de la limpieza personal y de los objetos tanto sagrados como profanos, así como en conducta en público y en privado, y la frecuencia de la oración, los FARISEOS exageraban mucho. Fueron en esto tan rigurosos y tenaces que hicieron casi imposible la observancia de cuanto ellos creían que se debía observar. Añádase la circunstancia de la ninguna observancia, de parte de muchos de ellos, de cuanto inculcaban y, con el degenerar inherente a toda institución y a toda clase de personas, se convirtieron en objeto de burla y de desprecio por

La figura de Juan era como hecha de intento para impresionar y conquistar las imaginaciones. Hijo de la vejez y del milagro fué, desde su nacimiento, consagrado a ser Nazir [30], es decir, puro; y nunca, jamás se había cortado la cabellera ni había bebido vino o sidra, ni tocado a mujer alguna ni conocido otro amor que el amor de Dios.

Pronto, joven aún, había dejado la casa de los viejos padres y se había escondido en el Desierto. Hacía muchos años que vivía allá, solo, sin hogar, sin tienda, sin sirvientes, sin nada más suyo que lo que llevaba puesto. Envuelto en una piel de camello, ceñida su cintura por una correa de cuero, alto, adusto, huesudo, tostado por el sol, el pecho cubierto de pelos, la cabellera colgante sobre sus espaldas, la barba tan larga que casi le cubría el rostro, dejaba asomar bajo las cejas boscosas dos pupilas relampagueantes e incisivas cuando de su escon-

parte de la gente que los vió y los descubrió como verdaderos hipócritas, sepulcros blanqueados, como los llama el Señor, en el Evangelio.

EL FARISEISMO, que empezara entre el II y III siglo antes de Cristo, no fué así en sus principios; pero, en tiempos del Salvador, había degenerado tanto que mereció las sangrientas censuras de parte del más bondadoso de los hombres. El propio S. Juan Bautista también los reprendía, pero asociados con los SADUCEOS con las palabras: "Raza de víboras" (Mat. 3, 7). A todo esto se debe el que en las lenguas modernas, por la influencia cristiana, las palabras FARISEISMO, FARISEOS, sean como sinónimos de hipocresía y de hipócritas: especialmente tratándose de personas que hacen profesión, falsamente, de santidad, de castidad y de pureza de vida.

(30) NAZIR, NAZARENO, NAZAREO. Llamábase en la antigüedad judaica "nazireos", etc., es decir, "votados" o "consagrados" (se entiende, a Dios), todos aquellos que, precisamente por ser tales, debían mantenerse en estado de santidad, absteniéndose de cortarse los cabellos y de usar bebidas que pudieran embriagar. Este estado de perfección constituía el NAZIREATO. El nombre deriva del verbo hebreo "nazar", votar, consagrar, y las prescripciones relativas se hallan en el libro de los Números (VI, 2 y sig.). El Nazareno podía serlo por un determinado tiempo o bien por toda la vida. Sansón, por ejemplo, que fué hecho Nazareno antes de nacer por sus propios padres, es llamado en la Escritura nazareno para siempre: "porque el niño será Nazareno de Dios desde su infancia, desde el vientre de su madre hasta el día de su muerte". Así en el libro de los Jueces (XIII, 7). De los Nazarenos habla también el profeta Amós (II, 11).

dida boca brotaban las grandes palabras de maldición.

Este salvaje atrayente, solitario como un yogui [31], despreciador de los placeres como un estoico, aparecía a los ojos de los bautizados como la última esperanza de un pueblo desesperado.

Juan, con el cuerpo quemado por el sol del Desierto y el alma quemada por el deseo del Reino, es el anunciador del Fuego. Ve en el Mesías que está por llegar al patrón de la Llama. El nuevo Rey será un campesino feroz: el árbol que no da buen fruto será cortado y arrojado al Fuego; cribará el trigo en la era y quemará la Mt. 3, 10.
paja y la cascarilla con Fuego inextinguible. Será un Mt. 3, 12.
Bautizador que bautizará con fuego.

Erizado de puntas, rápido para el insulto, impaciente y apremiante, no acaricia a los que se le acercan; aunque pudiera gloriarse de haberlos atraído hasta allí. Y cuando acuden al bautismo Fariseos y Saduceos [32], hombres notables, versados en las Escrituras, estimados por el vulgo, con autoridad en el templo, los avergüenza más que a los otros.

"Raza de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira que os amenaza?": "Haced, pues, frutos dignos de penitencia y no comencéis a decir: Tenemos por padre a Abraham. Porque yo os digo que puede Dios de estas piedras levantar hijos de Abraham". Luc. 3, 7.

Vosotros que os encerráis en casas de piedra, como las víboras se esconden bajo los peñascos; vosotros, Fariseos y Saduceos, sois más duros que la piedra. Petrificado Luc. 3, 8.
está vuestro entendimiento en la letra de la ley y en los ritos; petrificado está vuestro corazón egoísta; al hambriento que os pidió pan, pusisteis en la mano una piedra; y apedreasteis a quien había pecado menos que vosotros. Vosotros, Fariseos y Saduceos, sois estatuas orgullosas de piedra que sólo el fuego será capaz de vencer, porque el agua no hace más que correr por encima de ella e inmediatamente se evapora. Mas aquel Dios

(31) YOGUI, Filósofo indio. Esta filosofía Yogui, que tiene mucho de TEOSOFIA y no poco de OCULTISMO, está hoy de moda, y sus libros se traducen a todos los idiomas.

(32) SADUCEOS. Véase la nota (29) Fariseos.

que con sus manos hizo a Adán de la tierra, podrá hacer con guijarros del arenal, con el granzón de las calles, con los fragmentos de las rocas, otros hombres, otros vivientes, otros hijos suyos; cambiará la piedra en carne y en alma, mientras vosotros, por lo contrario, habéis cambiado el alma y la carne en piedra. No basta, pues, lavarse en el Jordán. La ablución es saludable, pero no es más que un principio: haced todo lo contrario de lo que habéis hecho hasta ahora; pues de no hacerlo, seréis reducidos a cenizas por Aquel que bautizará con Fuego.

Entonces la gente le preguntaba:
Luc. 3, 10. —¿Qué debemos hacer?
—El que tiene dos vestidos dé al que no tiene; y el
Luc. 3, 11. que tiene que comer, haga lo mismo.

También fueron a él los Publicanos para que los bautizara, y le dijeron:
—Maestro: ¿qué haremos?
Luc. 3, 12, 13. —No exijáis más de lo que os está ordenado.
Los soldados también lo interrogaron:
—Y nosotros, ¿qué haremos?
Y les dijo:
—No maltratéis a nadie ni le calumniéis y contentaos
Luc. 3, 14. con vuestro sueldo.

Juan, tan majestuoso y casi sobrehumano cuando anuncia la terrible separación entre los Buenos y los Malos, apenas desciende a las particularidades se hace ordinario; se diría que cae en el "justo medio" de la tradición farisaica. No sabe aconsejar más que la limosna: la dádiva de las obras, de aquello de que se puede prescindir. A los publicanos no les pide más que estricta justicia: tomen lo que se ha ordenado y nada más. A los soldados, gente sanguinaria y ladrona, no recomienda *sino* la discreción: contentaos con vuestras soldadas y no robéis. Estamos en pleno Mosaísmo: Amós e Isaías, antes que él, habíanse atrevido a más.

Es tiempo ya de que el Acusador del Mar Muerto ceda el puesto al Libertador del Mar de Tiberíades.

¡Triste suerte la de los Precursores! Ellos saben, pero no verán; llegarán a las orillas del Jordán, pero no gozarán de la Tierra Prometida: allanarán el camino al que viene en pos de ellos y éste los aventajará; prepararán el trono, mas no se sentarán en él; son servidores de un patrón cuya cara, frecuentemente, no ven. Acaso la aspereza de Juan se justifique mejor con ésta su conciencia de ser un simple embajador y nada más; conciencia no rayana en la envidia, pero que, acaso, dejaba un poco de tristeza en su misma humildad.

Llegaron de Jerusalén a preguntarle quién era: Juan 1, 19.
—¿Eres Elías?
—No.
—¿Eres un Profeta?
—No.
—¿Eres el Cristo?
—No. Yo soy la Voz que grita en el Desierto. Después Juan 1, 23.
de mí vendrá otro de quien nó soy digno de desatar la
correa de sus zapatos ni de presentarle las sandalias. Juan 1, 27.

Entre tanto, en Nazaret, un Obrero ignorado estaba por atarse con sus propias manos la correa de sus zapa*tos para ir al Desierto donde tronaba la Voz que por* tres veces había contestado: No.

Se hallaba en su trigésimo año. La edad justa y destinada. Antes de los treinta el hombre no es más que un bosquejo y una aproximación; los sentimientos comunes, los amores de todos, lo dominan; no conoce bien a los hombres, no puede, por lo tanto, amarlos con aquel amor dulce de piedad con que deben ser amados; y si no los conoce y no los sabe amar, no tiene el derecho de hablar con autoridad ni el poder de hacerse escuchar ni el don de salvarlos.

LA VISPERA

Juan llama a los pecadores para que se laven en el río antes de hacer penitencia. Jesús se presenta a Juan para ser bautizado: ¿confiésase, pues, pecador?

Los textos son claros. El Profeta "predicaba el bautismo de penitencia en remisión de los pecados". Quien acudía a él se reconocía pecador; quien va a lavarse se siente sucio.

Luc. 3, 3.

El no saber nada de la vida de Jesús desde los doce a los treinta años —los años, precisamente, de la adolescencia viciable, de su juventud ardorosa y fanática— ha dado motivo a los racionalistas para pensar que él fuera en aquel tiempo, o por lo menos se estimara, un pecador como los demás.

Lo que por cierto sabemos de los tres años que le restan de vida —los más iluminados por la palabra de los Cuatro Testigos, porque de los muertos mejor se recuerdan los últimos días y las últimas conversaciones— no da el menor indicio de esta pretendida interpolación de la Culpa entre la Inocencia del principio y la Gloria del fin.

Es que en Cristo no pueden existir ni siquiera las apariencias de una conversión. Sus primeras palabras suenan como las últimas; la fuente de donde dimanan es clara desde el primer día: no hay fondo turbio ni pozo de malos sedimentos. Se inicia seguro, abierto, absoluto: con la autoridad propia de la pureza. Se comprende que no ha dejado nada obscuro tras de sí. Su voz es alta, libre, desplegada, un canto melodioso que en absoluto tiene el dejo del mal vino de los placeres y de la roca de los arrepentimientos. No es la serenidad del aire que sucede a los negros nubarrones de la tormenta o la blancura incierta de la luz del alba que, lenta, va ven-

ciendo las sombras malignas de la noche. Es la limpidez de quien ha nacido una sola vez y ha permanecido niño, aun en la madurez; la limpidez, la trasparencia, la tranquilidad, la paz de un día que terminará en la noche, pero que antes del ocaso no se ha entenebrecido; día eterno e igual, infancia intacta que no será empañada hasta la muerte.

El anda entre los impuros con la sencillez natural del puro; entre los pecadores con la fuerza natural del inocente; entre los enfermos con la despreocupación natural del sano.

En cambio, el convertido está siempre, en el fondo del alma, un poco turbado. Una sola gota de amargo que haya quedado, nna sombra ligera de inmundicia, un conato de pesar, nn aleteo fngaz de tentación bastan para devolverlo a las viejas torturas del espíritu. Le queda siempre la sospecha de no haberse arrancado por completo la piel del hombre viejo, de no haber destruído, sino simplemente adormecido, al Otro que habitaba en su cuerpo; ha pagado, ha soportado, ha sufrido tanto por su salud, y le parece un bien tan precioso a la vez que tan frágil, que teme siempre ponerla en peligro, perderla. No huye de los pecadores, sino que se aproxima a ellos con un sentimiento de involuntaria repugnancia, con el temor, no siempre confesado, de un nuevo contagio; con la sospecha de que el volver a ver la suciedad en que él también un día tuvo sus complacencias, le renueva demasiado atrozmente el recuerdo ya insostenible de la vergüenza y suscite en él la desesperación acerca de su salvación eterna. Quien fué sirviente, no es, convertido en patrón, muy dado con los sirvientes; quien fué pobre, llegado a rico no es generoso con los pobres; quien fué pecador no es, después de la penitencia, siempre amigo de los pecadores. Aquel resto de soberbia, que se esconde hasta en el corazón de los santos, une a la piedad una levadura de desprecio regañón: "¿Por qué no hacen lo que ellos han sabido hacer? La senda que lleva a la cima está abierta a todos, aun a los ensuciados y encallecidos; el premio es grande: ¿por qué quedan allá en el fondo, sumergidos en el ciego infierno?"

Y cuando el convertido habla a sus hermanos para convertirlos, no puede abtenerse de recordar su propia experiencia, su caída, su liberación. Le urge —acaso más por el deseo de ser eficaz que por un sentimiento de orgullo— presentarse como ejemplo vivo y presente de la gracia, como un testigo verídico de la dulzura de la salud espiritual.

Puédese renegar de lo pasado, mas no se le puede destruir: él reverdece, hasta inconscientemente, en los hombres mismos que empiezan de nuevo la vida con el segundo nacimiento de la penitencia.

En Jesús este presunto pasado de convertido nunca jamás reflorece en ninguna forma; no se advierte ni aun por alusión ni por sobreentendido; no se le reconoce en ninguno de sus actos ni en la más obscura de sus palabras. Su amor por los pecadores no tiene nada de la febril tenacidad del arrepentido que quiere hacer prosélitos. Amor de naturaleza, no de obligación. Ternura de hermano, sin mezcla de reproches. Fraternidad espontánea de amigo que no tiene que tragar saliva. Tendencia del puro hacia el impuro, sin temor de contaminarse y sabiendo que puede purificar a los otros. Amor desinteresado. Amor de los santos en los momentos supremos de la santidad. Amor en cuya presencia parecen vulgares todos los otros amores. Amor cual no se vió igual antes que él. Amor que se ha vuelto a hallar, algún día raro, solamente en recuerdo y por imitación de aquel amor. Amor que se llamará cristiano y nunca jamás con otra palabra. Amor divino. Amor de Jesús. AMOR.

Jesús iba a mezclarse con los pecadores, pero no era pecador. Venía a bañarse en el agua que corría bajo los ojos de Juan, pero no tenía manchas internas.

El alma de Jesús era la de un niño tan niño que superaba a los sabios en la sabiduría y a los santos en la santidad. Nada del rigorismo del puritano, o del temblor del náufrago salvado a duras penas en la orilla. A los ojos de los escrupulosos sutilizadores, podían parecer pecados hasta las mínimas fallas con respecto a la perfección absoluta y las inobservancias involuntarias de algunos de los seiscientos "mandamientos" de la Ley.

Pero Jesús no era fariseo ni maniático. Sabía muy bien lo que era pecado y lo que era el bien y no perdía el espíritu en los laberintos de la letra. Conocía la vida; no rechazaba la vida, que no es un bien sino la condición de todos los bienes. El comer y el beber no era el mal; ni el mirar el mundo, ni compadecer con la mirada al ladrón que se desliza en la sombra o a la mujer que se ha pintado los labios para cubrir la baba de los besos no pedidos.

Y, sin embargo, Jesús va, entre la turba de los pecadores, a sumergirse en el Jordán. El misterio no es misterioso sino para quien ve en el rito renovado por Juan solamente el sentido más familiar.

El caso de Jesús es único. El bautismo de Jesús es idéntico a los otros sólo en apariencia, pero se justifica por otras razones. El Bautismo no es solamente la limpieza de la carne como manifestación de la voluntad de querer limpiar el alma, resto de la primitiva analogía del agua que hace desaparecer las manchas materiales y puede borrar las manchas espirituales. Esta metáfora física, útil en la simbólica, vulgar ceremonia necesaria a los ojos carnales de los más, que necesitan de un sostén material para creer en lo que no es material, no era cosa para Jesús.

Pero él fué hacia Juan para que se cumpliera la profecía del Precursor. Su arrodillarse ante el Profeta del Fuego es reconocerle en su calidad de embajador leal que ha cumplido con su deber y que puede decir, desde ese momento, haber terminado su obra. Jesús, sometiéndose a esta investidura simbólica, da en realidad a Juan la investidura legítima de Precursor.

Si se quisiera ver en el Bautismo de Jesús un segundo significado, podría, acaso, recordarse que la inmersión en el agua es la supervivencia de un Sacrificio Humano. Los pueblos antiguos acostumbraron durantes siglos matar a sus enemigos o a algunos de sus propios hermanos, como ofrenda a las divinidades irritadas, para expiar algún grave delito del pueblo, o para obtener una gracia extraordinaria, una salvación que parecía desesperada. Los Hebreos habían destinado a Jehová la vida de los primogénitos. En tiempo de Abrahán la costumbre fué

abolida por mandato de Dios, pero no sin inobediencias posteriores.

Se sacrificaban las victimas destinadas, de distintas maneras: una de ellas la anegación. En Curio de Chipre, en Terracina, en Marsella, en tiempos que ya pasaron a la historia, cada año un hombre era arrojado al mar y se consideraba a la víctima como salvador de sus conciudadanos. El Bautismo es un resto de la anegación ritual; y como esta oferta propiciatoria al agua era reputada benéfica para los sacrificadores y meritoria para la víctima, muy fácil cosa era estimarla como el principio de una nueva vida, de una resurrección. El que es afixiado por sumersión muere por la salvación de todos y es digno de volver a vivir. El Bautismo, aun después de olvidado este su feroz origen, quedó como símbolo del nacimiento espiritual.

Jesús estaba precisamente por iniciar una nueva época de su vida: más aún, su verdadera vida. Sumergirse en el agua era afirmar la voluntad de morir, mas al mismo tiempo la certeza de resucitar. No baja al río para lavarse, sino para significar que empieza su segunda vida y que su muerte será sólo aparente, como sólo aparente es su purificación en el agua del Jordán.

EL DESIERTO

Salido apenas del agua, Jesús se encaminaba al Desierto: de la Muchedumbre a la Soledad.

Hasta entonces había permanecido entre las aguas y los campos de Galilea y por la verde cuenca del Jordán; ahora sube a los montes roqueños donde no brota la fuente, donde el trigo no espiga, donde solamente crecen reptiles y zarzales.

Hasta entonces había estado entre los braceros de Nazaret, entre los penitentes de Juan; ahora sube a los montes solitarios donde no se ven caras ni se oyen voces humanas. El hombre nuevo pone, entre ellos y él, el Desierto.

El que dijo: "¡Ay del hombre solo!" no midió más que el propio miedo. La sociedad es un sacrificio tanto más meritorio cuanto más repugnante. La soledad para los de alma selecta es Premio y no Expiación. Una antevigilia de un bien cierto y seguro, una creación de la belleza interior, un libre reconciliarse con todos los ausentes. Sólo en la soledad vivimos con nuestros iguales: con aquellos que hallaron, solos, los pensamientos sublimes que nos consuelen de todo otro bien abandonado.

El mediocre, el pequeño, no puede soportar la soledad. El mediocre: quien tiene qué ofrecer, quien tiene miedo de sí y de su vacío interior, quien está condenado a la eterna soledad del propio espiritu, desolado desierto interior donde no crecen más que las hierbas venenosas de los terrenos incultos, quien está intranquilo, hastiado, acobardado cuando no puede olvidarse en los otros, atolondrarse con las palabras de los que se ilusionan en él y como él; quien no puede vivir sin mezclarse, átomo pasivo, en los caños por donde desaguan todas las mañanas las cloacas de la ciudad.

Jesús ha estado entre los hombres y volverá a los hombres porque los ama. Pero con frecuencia se esconderá para estar solo, lejos también de sus discípulos. Para amar a los hombres hay que abandonarlos de vez en cuando.

Lejos de ellos nos aproximaremos a ellos. El pequeño sólo recuerda el mal que le han hecho; su noche pasa agitada por el rencor y su boca está atosigada por la ira. El grande no recuerda sino lo bueno, y por ese pequeño bien olvida lo mucho de malo que ha recibido. Hasta lo que no fué perdonado en el acto se borra de corazón. Y vuelve a sus hermanos con el mismo amor de antes.

Estos Cuarenta días de soledad son para Jesús la última preparación. Durante Cuarenta años el Pueblo Hebreo —figuración profética de Cristo— tuvo que andar errante por el Desierto antes de entrar en el Reino prometido por Dios; durante Cuarenta días Moisés tuvo que permanecer en el monte junto a Dios para escuchar sus leyes; durante Cuarenta días tuvo que caminar Elías a través del Desierto para escapar a la venganza de la perversa reina.

También el nuevo libertador debe esperar Cuarenta días antes de anunciar al Reino Prometido, y permanece con Dios Cuarenta días, para recibir de El las supremas inspiraciones.

Pero no estará completamente solo. Con él están las Fieras y los Angeles. Los seres inferiores al hombre y los seres superiores al hombre. Los que arrastran hacia abajo y los que llevan a lo alto. Los vivientes que son toda materia y los vivientes que son todo espíritu.

El hombre es una Bestia que debe convertirse en Angel. Es Materia que está transformándose en Espíritu. Si la Bestia priva sobre el hombre, el hombre desciende más bajo que las Bestias, porque pone los restos de su entendimiento al servicio de la bestialidad; si el Angel vence al hombre, lo iguala a él y en vez de ser simple soldado de Dios, participa de la misma Divinidad. Pero el Angel caído, condenado a tomar forma de Bestia, es el enemigo rencoroso y tenaz de los hombres que se hacen ángeles y quieren remontarse a la altura de la cual él fué arrojado.

Jesús es el enemigo del mundo, de la vida bestial de los más. Ha venido con el fin de que las Bestias se conviertan en hombres y los hombres en Angeles. Ha nacido para cambiar el mundo y vencerlo. Es decir, para combatir al Rey del Mundo, al Adversario de Dios y de los hombres, al maligno, al tentador, al seductor. Ha nacido para arrojar a Satanás de la tierra, como el Padre lo arrojó del Cielo.

Y Satanás, al terminar los Cuarenta días, se presenta en el Desierto para tentar a su Enemigo.

La necesidad de llenar cada día el propio saco es la primera marca de servidumbre para con la materia. Y Jesús quería vencer también la materia. Cuando se halle entre los hombres comerá y beberá para acompañar a sus amigos, y también porque se debe dar a la carne lo que es de la carne y, finalmente, como protesta visible contra los hipócritas ayunos, de los Fariseos. El último acto de la misión de Jesús será una Cena; pero el primero, después del Bautismo, un Ayuno. Ahora que está solo y no humilla a sus compañeros de vida sencilla ni puede ser confundido con los pietistas, se olvida de comer.

Pero después de Cuarenta días tuvo hambre. Satanás esperaba, escondido e invisible, ese momento. Y el Adversario habla:

—Si tú eres hijo de Dios, di que estas piedras se con-
viertan en panes. Mt. 4, 3.

La réplica está pronta:

—"No sólo de pan vive el hombre, mas de toda pala-
bra de Dios." Mt. 4, 4.

Satanás no se da por vencido y, desde la cima de un
monte, le muestra los reinos de la tierra: Luc. 4, 5.

—Te daré todo este poder y la gloria de aquéllos; a
mí fueron dados y yo los doy a quien quiero. Si te in- Luc. 4, 6.
clinas ante mí, todo será tuyo. Luc. 4, 7.

Y Jesús contesta:

—Vete, Satanás, porque escrito está: "Adorarás al Se-
ñor tu Dios, y a él sólo servirás." Mt. 4, 10.

Entonces Satanás lo lleva a Jerusalén y lo coloca sobre el pináculo del Templo:

—Si eres hijo de Dios, ¡échate de aquí abajo! — Y Je- Luc. 4, 9.
sús, inmediatamente:

Luc. 4, 12. —Ha sido dicho: "No tentarás al Señor, tu Dios".

"Y acabada toda tentación, prosigue Lucas, el demo-
Luc. 4, 13. nio se alejó de él por un tiempo". Veremos también su vuelta y su última tentativa.

Este diálogo ternario no parece, a primera vista, sino un pelotear de textos bíblicos. Satanás y Jesús no hablan con palabras propias suyas, sino que rivalizan en tomarlas de los Libros. Parécenos presenciar una escaramuza teológica: y es, en cambio, la Primera Parábola, representada y no hablada del Evangelio.

No debe sorprendernos que Satanás se haya presentado con la absurda esperanza de hacer caer a Jesús. No debe sorprendernos que Jesús, en cuanto hombre, esté sujeto a la tentación. Satanás no tienta sino a los grandes y a los puros. Para los otros no necesita ni siquiera susurrarles una palabra de invitación. Son ya suyos desde el fin de la niñez, en la juventud. No tiene que trabajar para que le obedezcan. Están en sus brazos antes de que él los llame. Los más ni advierten siquiera que él existe. Mas, no habiéndolo conocido, se sienten inclinados a negarlo. Los diabólicos no creen en el diablo. Se ha escrito que la última astucia del demonio es echar a volar la especie de su muerte. Toma todas las formas: tan hermosas, a veces, que no se diría ser él quien es. Los Griegos, por ejemplo, monstruos de inteligencia y de elegancia, no tienen puesto para Satanás en su mitología. Porque todos sus dioses, si se los estudia bien, muestran los cuerpos de Satanás bajo las coronas de laurel y de pámpanos. Satánico es Júpiter prepotente y lascivo, Venus adúltera, Apolo pedante, Marte homicida Dionisio borracho. Son de tal suerte astutos los dioses de Grecia que dan al pueblo pociones afrodisíacas y destilaciones perfumadas para que no se advierta la hediondez del mal que agusana la tierra.

Pero si los más no se dan cuenta de las existencias de él y se ríen a mandíbula batiente, como de un espectro inventado en la iglesia para las necesidades de la penitencia, es que él se encarniza precisamente en aquellos que lo conocen, pero no lo siguen.

El seduce la inocencia de las dos primeras criaturas hnmanas; tienta a David el Fuerte; corrompe a Salomón

el Sabio; acusa ante el Altísimo a Job, el Justo. Todos los santos que se esconden en el desierto, todos los amantes de Dios, serán tentados por Satanás. Cnanto uno más se aleja de él, tanto más trata él de aproximársele. Cuanto más alto nos hallamos, tanto más se encarniza él en traernos abajo. No puede ensuciar sino al limpio; no se cuida de la indumentaria que de suyo fermenta en el mal, bajo el cálido aliento de la voluptuosidad. Ser tentados por Satanás es indicio de pureza, señal de grandeza, prueba evidente de la ascensión. Quien ha conocido a Satanás y lo ha mirado a la cara, puede esperar en sí mismo. Jesús merecía más que nadie esta consagración. Satanás lo desafía dos veces y le hace un ofrecimiento. Le pide que cambie la materia muerta en materia que da vida, y que se arroje de lo alto para que Dios, salvándolo, lo declare su vedadero Hijo. Le ofrece la posesión y la gloria de los reinos de la tierra, con tal que Jesús, en vez de servir a Dios, prometa servir al Demonio. Le pide el pan material y el milagro material y le promete el poder material. Jesús no acepta esos desafíos y rehusa el ofrecimiento.

No es él el Mesías carnal y material esperado por la plebe judía, el Mesías de la materia, tal como se lo imagina el Tentador en su bajeza. No ha venido a traer el alimento a los cuerpos sino el alimento del alma: aquel alimento único que es la Verdad. Cuando sus hermanos, alejados de los hogares, no tengan pan suficiente para acallar el hambre, partirá los pocos panes que tienen los suyos y todos quedarán satisfechos y sobrarán espuertas repletas. Pero fuera de los casos de necesidad, no será distribuidor del pan que viene de la tierra y a la tierra vuelve. Si cambiara en panes las piedras de las calles, todo el mundo lo seguiría por amor, cada uno, de su propio cuerpo, y fingiría creer todo lo que él dice; hasta los perros acudirían a su banquete. Pero él no quiere esto. Quien cree en él, debe creer en su palabra, a despecho del hambre, del dolor, de la miseria, Mas, quien quiera seguirlo, tendrá que dejar los campos que producen trigo, los dineros que se pueden cambiar por pan. Debe seguirlo sin saco y sin sueldo. con una sola

túnica, vivir como las aves del aire, desgranando espigas en los campos o pidiendo lismona en las puertas de las casas. Se puede prescindir del pan terrestre; un higo olvidado entre las hojas, un pez peseado en el lago pueden suplirlo. Pero nadie puede prescindir del pan celestial, a no ser que quiera morir para siempre, como aquellos que nunca lo gustaron. El hombre no vive solamente de pan, sino de amor, de entusiasmo y de verdad. Jesús está pronto para transformar el Reino de la Tierra en Reino de los Cielos, la loca Bestialidad en feliz Santidad; pero no se digna transformar las piedras en pan, la Materia en otra Materia.

Por razones de la misma naturaleza, Jesús rechaza el otro desafío. Los hombres aman lo maravilloso. Lo maravilloso exterior, el Prodigio, la imposibilidad física hecha posible ante sus ojos. Tienen hambre y sed de portentos. Están prontos para postrarse ante el Taumaturgo, así sea diabólico a charlatán. Todos pedirán a Jesús un Milagro o lo que es lo mismo para ellos, un gigantesco juego de prestidigitación. Pero Jesús se negará siempre. No quiere seducir con maravillas. Sanará a los enfermos, especialmente a los enfermos de espíritu y a los pecadores; con frecuencia evitará también la ocasión de estos milagros y pedirá a los sanados que no digan quién los sanó. Los hombres deberán creer a despecho de todas las evidencias contrarias; creer en su grandeza aun en la hora más atroz de su humillación; creer en su divinidad aun en presencia del visible ultraje a su humanidad. Arrojarse del Templo abajo, no habiendo necesidad absoluta de mitigar una pena ajena, con el único objeto de subyugar a los hombres con el prestigio del estupor y del terror; comprometer a Dios; forzarlo, casi, a obrar un milagro superfluo y temerario, sólo para que Satanás no resulte vencedor en la apuesta infame, fundada en el sarcasmo y en la perversidad, no es propio de Jesús. Corazón, quiere hablar a los corazones; sublime, quiere sublimar; espíritu puro, quiere purificar a los espíritus; amor, quiere encender a los otros en amor; alma grande, quiere engrandecer las almas pequeñas y abandonadas. En cambio de arrojarse,

como un mago vulgar, al precipicio que está bajo el Templo, del Templo subirá a la Montaña para narrar desde lo alto las bienaventuranzas del Reino de los Cielos.

El ofrecimiento de los reinos de la tierra debe horrorizarlo y más aún el precio que Satanás le pone. Satanás tiene derecho de ofrecer lo que es suyo. Los reinos de la tierra están fundados en la fuerza y se sostienen con el engaño; allí está su campo y el paraíso hallado de nuevo; Satanás duerme todas las noches a la cabecera de los poderosos; ellos lo adoran con los hechos y le pagan el tributo diario de pensamientos y de obras. Pero si Jesús ofreciera a todos el pan sin trabajar; si Jesús, funámbulo prestigioso, abriera un teatro de milagros populares, podría arrebatar los reinos a los reyes sin necesidad de doblegarse al Adversario. Si quisiera parecer el Mesías con que sueñan los Judíos en sus pesadillas nostálgicas de esclavos, sabe el camino: podría corromperlos con la abundancia y las maravillas; hacer de cada tierra un país de ganancias y de sortilegios e inmediatamente ocuparía todos los sillones de los procuradores de Satanás.

Pero Jesús no quiere ser el que levante de nuevo el reino decaído, el conquistador de los reinos enemigos. El mando no le importa y menos aún la gloria. El Reino que anuncia y prepara nada tiene que ver con los reinos de la tierra; antes bien, su reino está destinado a anular los reinos de la tierra. El Reino de los Cielos está en nosotros; cada día, convertida una alma, se extiende, porque adquiere un nuevo ciudadano, arrebatado a los reinos terrenales. Cuando cada cual sea bueno y justo: cuando todos amen a los hermanos como los padres aman a los hijos; cuando sean amados también los enemigos: cuando ninguno piense en acumular tesoros y, en vez de quita a los otros, dé pan a quien tiene hambre, y vestido a quien tiene frío, ¿dónde estarán, ese día, los reinos de la tierra? ¿Qué necesidad habrá de soldados cuando nadie aspire a ensanchar su propia tierra usurpando la del vecino? ¿Qué necesidad de reyes, cuando uno tenga su ley en la conciencia y no habrá ejércitos que mandar ni jueces que escoger? ¿Qué necesidad de mo-

neda y de tributo cuando cada uno esté seguro de su pan y se contente con él y no habrá que pagar salario a soldados y sirvientes? Cuando el alma de todos esté cambiada, esos tablados que se llaman sociedad, patria, justicia, se derrumbarían como alucinaciones de una larga noche. La palabra de Cristo no necesita de dinero ni de armas y si se convierte en acción en todos y siempre, lo que ata y ciega al hombre —el poder injusto y necesario, la gloria criminal de las batallas— caerá, como se disipa la niebla matutina a los rayos del sol y al soplo del viento. El Reino de los Cielos, que es uno, ocupará el lugar de los Reinos de la Tierra, que son muchos. Los hombres no estarán más divididos en reyes y en súbditos, en patrones y en esclavos, en ricos y en pobres, en pecadores hipócritas y pecadores cínicos, en virtuosos soberbios y pecadores humillados, en libres y prisioneros. El sol de Dios brillará por encima de todos. Los ciudadanos del Reino constituirán una sola familia de padres y hermanos y las Puertas del Paraíso se abrirán de nuevo ante los hijos de Adán, hechos ya, en verdad, semejantes a dioses.

Jesús ha vencido a Satanás en sí mismo; ahora sale del Desierto para vencerlo entre los hombres.

EL REGRESO

Apenas bajó Jesús a mezclarse nuevamente con los hombres, supo que el Tetrarca (33) —el segundo marido de Herodías— había hecho encerrar a Juan en la fortaleza de Maqueronte (34).

La boca que llamaba en el Desierto estaba al fin amordazada, y quien hubiera ido al Jordán no hubiera visto más reflejarse en el agua la sombra larga del rústico Bautizador.

Ha hecho su papel y debe ceder el puesto a una voz más poderosa. Juan espera en la oscuridad de su mazmorra que su cabeza, aderezada con sangre, sea llevada en una fuente de oro a la mesa del festín natalicio, casi como último manjar de la mala mujer aleve.

Jesús es advertido de que su día empieza. Y, atravesada Samaría, vuelve a Galilea para anunciar sin dilaciones la aproximación del Reino.

No va a Jerusalén. Jerusalén, la ciudad del Gran Rey, es la Capital. Jesús viene para destruir a Jerusalén, a esta Jerusalén de piedra y de soberbia; soberbia sobre las colinas, dura de corazón como las piedras. Jesús viene para combatir precisamente contra aquellos que se pavonean en las grandes ciudades, en las capitales, en las Jerusalenes del mundo.

(33) TETRARCA. Según su etimología griega significa señor de la cuarta parte de un reino o provincia y, en general, gobernador de una provincia o territorio.

(34) MAQUERONTE. A 10 km. de la playa del Mar Muerto, a una altura de 1.120 m. se ven al S. de "Uadi-Zerka Main" las ruinas de Mekaure, que viene a ser la ciudad de "Machaeros" o "Maqueronte", construida por Alejandro Janeo y fortificada por Herodes, el Grande. A la muerte de este último, la ciudad quedó en poder de Herodes Antipas, y su celebridad se la debe a la degollación del Bautista.

En Jerusalén viven los poderosos del mundo, los Romanos, Señores de la Tierra y de la Judea, con sus soldados en armas. En Jerusalén manda el representante de los Césares; de Tiberio, borracho, asesino, heredero de Augusto, el hipócrita corrompido, y de Julio, el adúltero derrochador.

En Jerusalén viven los grandes sacerdotes, los viejos guardianes del Templo, los Fariseos, los Saduceos, los Escribas, los Levitas (35) y sus esbirros; los descendientes de aquellos que expulsaron y mataron a los Profetas; los petrificantes de la Ley; los devotos esclavos de la letra; los soberbios depositarios de la árida Mojigatería.

(35) LEVITAS. Nombre de los descendientes de Leví, hijo de Jacob, y que, en un principio, señalaba la tribu levítica en general y después, porque le fué asignado desde los tiempos de Moisés el oficio sacerdotal, se convirtió en sinónimo de sacerdotes, a los que también los cristianos suelen llamar "levitas". Mientras en el libro de los Números se narra la manera como fueron escogidos por Moisés para el sacerdocio por mandato divino (cap. 1-3), en el Levítico, se describen minuciosamente sus funciones y sus atribuciones. Les correspondían todas las ceremonias de los sacrificios; sólo ellos podían aproximarse al altar para inmolar las víctimas y quemar los perfumes; los ornamentos sagrados estaban confiados a su cuidado para su limpieza y custodia; mantenían el fuego perpetuo sobre el altar, tocaban la trompeta en los oficios solemnes y bendecían al pueblo. Cuando los israelitas se establecieron en la Tierra Prometida, mientras a las otras tribus se les señaló un determinado territorio, a los "Levitas" no se les asignó ninguno propio, a fin de que pudieran atender mejor a los oficios divinos. Para su sostén se estableció que cada tribu les ofreciera, cada año, la décima parte de sus ganancias y de sus rentas. Ellos, por su parte, pagaban anualmente un décimo de su diezmo para mantener a los sacerdotes, a los sacerdotes propiamente dichos, a los de la descendencia de Aarón, primer sumo sacerdote. Mientras a estos sacerdotes descendientes de Aarón se les habían asignado trece ciudades en las tribus de Judá, de Simeón y de Benjamín, a los "Levitas" les fueron asignadas cuarenta y ocho, elegidas entre todas las tribus y algunas de las cuales tenían derecho de asilo para ciertos crímenes.

Ezequiel, reconstruyendo idealmente el reino de Judá, después del destierro de Babilonia, hubiera querido que las atribuciones de los "Levitas" fueran más restringidas, entendiendo que ellos debían concretarse únicamente a ser sirvientes y guardianes del templo, y esto porque se habían hecho indignos del sacerdocio "por sus culpas y errores" (cap. 44, 15-13).

En Jerusalén están los tesoros de Dios, los tesoreros de César, los guardianes de los tesoros, los amantes de los tesoros, los publicanos con sus recaudadores de impuestos y parásitos, los ricos con sus sirvientes y concubinas, los mercaderes con sus almacenes repletos, los bancos al aire libre, las bolsas sonantes de siclos (36) al calor del pecho, sobre el corazón.

Jesús viene contra todos éstos. Viene para vencer a los Patrones de la Tierra, que pertenece a todos; para confundir a los Patrones de la Palabra, que suena donde Dios quiere; para condenar a los Patrones del Oro, materia perecedera y funesta.

Viene para destruir el reinado de los soldados de Roma que oprimen los cuerpos; el reinado de los sacerdotes, que oprimen las almas; el reinado de los acumuladores de moneda, que oprimen a los pobres. Viene para salvar los cuerpos, las almas, los pobres. Para enseñar la libertad contra Roma, el amor contra el Templo, la pobreza contra los ricos.

No quiere, por consiguiente, empezar su misión por Jerusalén, donde están concentrados sus enemigos y son más poderosos. Quiere rodearla, tomarla desde afuera, llegar a ella más tarde, llevando en pos de sí todo un pueblo, cuando ya el Reino de los Cielos la haya cercado lentamente. La conquista de Jerusalén será la última prueba: la tremenda batalla entre Uno más grande que los Profetas y la ciudad devoradora de profetas. Si fuera ahora a Jerusalén —donde entrará luego como un rey y será sepultado como un malhechor— sería aprehendido inmediatamente y no podría sembrar su palabra en tierras menos ingratas, menos pedregosas que ésa.

Jerusalén, como todas las capitales —cloacas máximas a los que afluyen los expurgos, los desechos, la podre de las naciones— está habitada por una chusma

(36) SICLO. Peso y moneda entre los hebreos. Como moneda era de oro o de plata. Si de oro, pesaba 16.37 gramos; si de plata, pesaba 14.55 gramos. Como peso, un siclo era constituído por 20 gramos y 50 siclos hacían una mina. El siclo de plata valía 3 pesetas 27 cént.

de frívolos, de elegantes, de ociosos, de escépticos, de indiferentes; por un patriciado de ceremonieros a quienes no queda más que la tradición del ritual y el estéril rencor de la decadencia; por una aristocracia de propietarios y especuladores que constituyen la manada de Manmón [37]; y por una plebe indócil, turbulenta, ignorante, que vive entre la superstición del Templo y el miedo a las espadas extranjeras. No era Jerusalén campo bueno para la siembra de Jesús.

Hombre de provincia —es decir, sano y solitario— vuelve a su provincia. Quiere llevar la Buena Nueva a los que, antes que todos los otros, deben recibirla. A los pobres, a los pequeños, a los humildes, porque la Nueva es particularmente para ellos y la esperan de más tiempo atrás y gozarán con ella más que los otros.

Viene para los pobres y toma la manera de ser de los pueblos más pobres. Por eso, dejada a un lado Jerusalén, llega a Galilea y penetra en la Sinagoga a enseñar.

Las primeras palabras de Jesús son sencillas, pocas. Parecen las de Juan.

El tiempo se ha cumplido, se aproxima el Reinado
Marc. I, 15. de Dios: haced penitencia y creed en el Evangelio.

Palabras desnudas, incomprensibles para los modernos, por su misma sobriedad. Para comprenderlas y comprender la diferencia entre el mensaje de Juan y el de Jesús, es preciso traducirlas a nuestro lenguaje, llenarlas de nuevo con su eternamente vivo significado.

Se ha cumplido el tiempo. Es decir, el tiempo esperado, profetizado, anunciado. Juan decía que pronto había de venir un Rey a fundar un nuevo reino, el Reino de los Cielos. El Rey ha venido y declara que las puertas de su Reino están abiertas de par en par. El es el

(37) MANMON. Quiere decir "riqueza" o "lucro". Los Evangelistas (Mt. 6, 24; Leída tres veces en el cap. 16) han conservado en el griego esta palabra caldea, de la que se había servido frecuentemente Jesús en sus repetidos discursos contra la avaricia. Cuando la llama "manmón de iniquidad" en el versículo 9 del cap. 16 de Lucas, quiere significar con esa frase que las riquezas son fácilmente "fuentes de iniquidad".

guía, el camino, la mano, antes de ser Rey en todo el esplendor de la gloria celestial.

Este tiempo no es precisamente el año quince del gobierno de Tiberio. El tiempo de Jesús es ahora y siempre, es la eternidad, es el momento de su aparición, el momento de su muerte, el momento de su vuelta, el momento de su perfecto triunfo que, todavía, mientras escribimos, no ha llegado. El tiempo se cumple en cada instante; toda hora es su plenitud, con tal que los obreros estén prontos; cada día es suyo, su hora está marcada por cifras; la eternidad no admite principios ni cronologías.

Cada vez que un hombre se esfuerza por penetrar en el Reino, por realizar el Reino, por enriquecer el Reino, por consolidarlo, defenderlo, por proclamar su perpetua santidad y su perenne derecho a la faz de todos los reinos subalternos e inferiores, entonces, siempre, el tiempo se cumple. Ese tiempo se llama la época de Jesús, la era cristiana, la Nueva Alianza. Tampoco nos separan de aquel tiempo dos mil años; ni siquiera dos días, porque para Dios y para los que saben, mil años son un solo día. El tiempo se ha cumplido; también hoy estamos en la plenitud de los tiempos. Jesús nos llama también ahora; el segundo día no ha pasado aún; la fundación del Reino ha empezado apenas. Nosotros que todavía estamos vivos, en este año, en este siglo (y no estaremos siempre vivos y, acaso, no veamos el fin de este año y, seguramente no veremos el fin de este siglo) nosotros, digo, vivientes presentes, podemos tomar parte en este Reino, entrar en él, vivir en él, gozarlo.

El Reino no es una fantasía olvidada de un pobre Judío de veinte siglos atrás; no es un montón de trastos viejos, no es una antigualla, un recuerdo muerto, una locura sepultada. El Reino es de hoy. De mañana. De siempre. Una realidad de lo futuro, repleta de lo que está por venir, viva, actual, nuestra. Un trabajo iniciado hace poco. Cada uno es libre de poner sus manos en él, inmediatamente. La palabra parece vieja, el mensaje parece antiguo, repetido por los ecos de dos mil años, pero el Reino, como hecho, realidad, cumplimiento, es

nuevo, joven, nacido ayer, por crecer todavía, por florecer, por prosperar, por engrandecerse. Jesús arrojó en tierra la semilla; pero la semilla en veinte siglos humanos, pasados como un invierno retardado, en el período de sesenta generaciones humanas, apenas ha despuntado. ¿Será, acaso, la estación presente, después del diluvio de sangre, la divina primavera esperada?

Qué cosa sea este Reino lo deduciremos, página por página, de las propias palabras de Jesús. Pero no hay que imaginarlo como un nuevo paraíso de delicias, como una arcada aburridora de beatos, como un inmenso coro que canta los hosannas, con los pies sobre las nubes y las cabezas entre las estrellas.

El Reino de Dios, en las palabras de Cristo, es opuesto al Reino de Satanás: el Reino de los Cielos es la antítesis del Reino de la Tierra. El Reino de Satanás es el Reino del mal, del engaño, de la crueldad, de la soberbia; el Reino de lo Bajo. Por consiguiente, el Reino del Bien, de la sinceridad, del amor, de la humanidad: el Reino de lo Alto.

El Reino de la tierra es el Reino de la Materia y de la carne, el Reino del oro y de la envidia, de la avaricia y de la lujuria, el Reino de todo aquello que aman los hombres locos y podridos.

El Reino de los Cielos será su contrario; el Reino del espíritu y del alma, el Reino de la renuncia y de la pureza, el Reino de todos los valores que buscan los hombres que saben el no-valor de todo lo demás.

Dios es Padre, Bondad; el Cielo es lo que está encima de la tierra, por consiguiente, el Espíritu. El Cielo es la sede de Dios; el Espíritu es el dominio de la Bondad.

Quien se arrastra sobre la tierra, quien hociquea sobre la tierra, quien se complace en la materia en la materia es la Bestia. Quien vive mirando al cielo, deseando el cielo, esperando vivir para siempre en el cielo, es el Santo. La mayor parte de los hombres son Bestias; Jesús quiere que las Bestias se conviertan en Santos. Este es el sentido simple y siempre vivo del Reino de Dios y del Reino de los Cielos.

El Reino de Dios es de los hombres y para los hombres. "El Reino de los Cielos está en nosotros". Empieza inmediatamente: es obra nuestra, para felicidad nuestra, en esta vida, sobre esta tierra. Depende de nuestra voluntad, de nuestro responder o no. Haceos perfectos y el Reino de los Cielos se extenderá también sobre la tierra, el Reino de Dios será fundado entre los hombres.

En efecto, Jesús añade: Haced penitencia. También aquí ha sido torcido el verdadero y magnífico sentido de la vieja palabra. La palabra de Marcos —"*Metanoeite*"— no se puede traducir por "*poenitémini*", es decir, "haced penitencias". "*Metanoia*", es propiamente "mutatio mentis", el cambio de la mente, la transformación del alma. Metamorfosis es un cambiar de forma: *metanoia* un cambiar de espíritu. Podría más bien traducirse por "conversión", que es la renovación del hombre interior; pero las ideas de "arrepentimiento" y de "penitencia" no son más aplicaciones e ilustraciones de la invitación de Jesús.

El cual ponía como condición de la llegada del Reino —y al mismo tiempo, como la substancia misma del Nuevo Orden— la conversión completa, la subversión de la vida y de los valores de la vida, la trasmutación de los sentimientos, de los juicios, de las intenciones: aquella, en una palabra, que hablando con Nicodemo llamó "segundo nacimiento". Juan 3,3.

Explicará él, poco a poco, en qué sentido y modo debe acontecer esta transformación total del alma humana ordinaria; toda su vida estará dedicada a esta enseñanza y al ejemplo. Pero, entre tanto, se contenta con añadir una única conclusión:

—Creed en el Evangelio.

Los hombres de hoy día, generalmente entienden por Evangelio el Libro donde está impresa y encuadernada la cuádruple historia de Jesús. Pero Jesús no escribió libros ni pensaba en volúmenes. Entendía él por Evangelio —según el significado dulce y llano de la palabra— lo que la tradición literaria llama "Buena Nueva" y que se podría traducir mejor por "Feliz Mensaje".

Jesús es un Mensajero (en griego Angel) que trae el anuncio feliz, una buena embajada. Trae el Feliz Mensaje de que los enfermos serán sanados, los ciegos verán, los pobres se enriquecerán con riquezas imponderables, los cansados descansarán, los pecadores serán perdonados, los inmundos lavados; de que los imperfectos pueden hacerse perfectos, las Bestias convertirse en Santos y los Santos convertirse en Angeles semejantes a Dios.

Para que el Reino llegue, para que cada cual se empeñe en esta venida, es necesario creer en ese mensaje; creer que el Reino es realizable y está próximo. Si no hay fe en la promesa, ninguno hará las cosas precisas a fin de que la promesa pueda ser mantenida. Solamente la certeza de que el Anuncio no es un engaño y de que el Reino no es el embuste de un aventurero o la alucinación de un obseso; solamente la seguridad en la sinceridad y validez del Mensaje puede inducir a los hombres a poner mano a la gran obra de la fundación.

Jesús, con sus pocas palabras —obscuras para la mayor parte— ha puesto los principios de su enseñanza. La plenitud de los Tiempos: hay que empezar ahora, inmediatamente. La venida del Reino: victoria del Espíritu sobre la materia, del Bien sobre el Mal, del Santo sobre el Bruto. La "Metanoia": transformación total de las almas. El Evangelio: el jubiloso aviso de que todo esto es verdad y eternamente posible.

CAFARNAUM

Estas cosas enseña Jesús a sus Galileos, en los umbrales de las blancas casitas, en las plazoletas sombreadas de la ciudad o bien en las orillas del lago, apoyado a una barca en seco, con los pies entre las guijas, en la tarde, cuando el sol, completamente rojo, se hundía en el horizonte monstruoso, invitando al reposo.

Muchos lo escuchaban y lo seguían, porque, dice Lucas, "su palabra era poderosa". Las palabras no eran nuevas para todos, pero nuevo era el hombre y nuevo el calor de su voz como el bien que hacía esa voz que brotaba de un corazón y conmovía los corazones. Nuevo era el acento de aquellas palabras y nuevo el sentido que tomaban en aquella boca, iluminadas por aquellas miradas. No más el Profeta de las montañas, vociferante en los lugares áridos, lejos de los hombres, solitario, distante, que obligaba a los otros a moverse hacia él si querrían oírlo. Este es un profeta que vive como hombre entre los hombres, amigo de todos, que ama hasta a quienes nadie ama: un camarada, un compañero a la buena de Dios y a la mano, que va hacia los hermanos, que se mueve para ir por ellos donde están, donde trabajan, en las casas, en las calles habitadas, come el pan y bebe el vino a la mesa y, llegado el caso, da una mano al pescador para arrastrar a tierra las redes, y tiene una buena palabra para todos: para el melancólico, para el enfermo, para el mendigo.

Los simples, como los animales y los niños, conocen por instinto a quien los ama, y le creen y son felices cuando llega —hasta el rostro se les cambia inmediatamente— y se entristecen cuando parte. A veces no saben dejarlo y lo siguen hasta la muerte.

Jesús pasaba sus días con ellos, caminando a pie de

aldea en aldea o, sentado, hablando a los amigos de la primera hora. Siempre le gustó aquella costa solitaria de su Lago, a lo largo de la concha de agua plácida, límpida y serena, apenas rizada por el viento del desierto, apenas poblada por las barcas que bordean sileneiosas y que, de lejos, parecen no tener patrón. La costa occidental del Lago fué su verdadero reino: donde encontró los primeros oyentes, los primeros secuaces, los primeros discípulos.

En Nazaret, si es que llegó hasta allí, se detuvo poco. Volverá más tarde, acompañado por los Doce y precedido por la fama de sus milagros; y lo tratarán como todas las ciudades del mundo —aun las más ilustres por cultura: Atenas y Florencia— han tratado de aquellos de sus ciudadanos que las hicieron grandes por encima de todas las otras. Después de haberlo burlado —lo han visto niño: ¿es, acaso, posible que se haya convertido en un
Luc. 4, 29. gran profeta?— tratan de arrojarlo a un precipicio.

En ninguna ciudad se detiene para permanecer. Jesús es un Errante: es lo que el hombre ventrudo y sedentario, apoyado al marco de su puerta, llamaría un vagabundo. Su vida es un eterno Viaje. Antes que el Otro —Aquel que fué condenado a la inmortalidad de un condenado a muerte—, es el verdadero Judío Errante. Nace en la etapa de un viaje y no nace en una posada sólo porque en la de Belén no había lugar para la peregrina encinta. Niño de pecho todavía, es conducido por los largos caminos caldeados por el sol, que conducen a Egipto; de Egipto vuelve al agua y al verdor de Galilea. De Nazaret va con frecuencia, por Pascua, a Jerusalén. La voz de Juan lo llama al Jordán; una voz interior lo empuja al desierto. Y después de los cuarenta días de hambre y de tentación, empieza su inquieto vagabundear de ciudad en ciudad, de aldea en aldea, de montaña en montaña, a través de la dividida Palestina (38). Con mayor frecuencia lo encontramos en su Galilea, en Cafarnaúm, en Corazín (39), en Caná (40), en Magdala (41), en Tiberíades (42). Pero varias veces atraviesa Samaría y gusta sentarse junto al pozo de Sicar (43). Lo encontramos, de vez en cuando, en la Tetrarquía (44) de Filipos (45), en Betsaida (46), en Gadara (47), en Cesárea (48) y también en Gerasa (49), en la Perea (50) de Herodes Antipas. En Judea se detiene con mayor placer en Benia, a pocas millas de Jerusalén o en Jericó (51). No teme pasar los confines del antiguo Reino y descender hacia los gentiles. En efecto, lo encontramos en la Fenicia (52), en las regiones de Tiro (53) y Sidón (54), y su Transfiguración se realiza en la cima del monte Hermón (55) en la Siria (56). —Después de la resurrección aparece en Emaús (57) sobre las márgenes de su lago de Tiberíades

(38) PALESTINA. Con este nombre se indica hoy, comúnmente, la Tierra prometida por Dios al pueblo de Israel. Este nombre antes era propio de la tierra de los Filisteos, pero luego los griegos y los romanos lo hicieron extensivo al territorio de los israelitas hasta el Jordán; y, después del siglo III, también al territorio al otro lado del Jordán. Tal denominación se hizo más tarde nsnal

también entre los cristianos como entre los jndíos y los árabes. El antiguo nombre de la región cisjordánica era Canán (Véase nota XXXII) y el de la trans-jordánica, "Tierra de Galaad". La Palestina de hoy está situada entre los 30° 50' y los 33° 10' de latitnd norte y los 34° 36' y los 36° 31' de longitnd este del meridiano de Greenviwch. La parte Este del Jordán tiene una superficie de 19.270 kilómetros cnadrados, y la del este de 9.900 en todo 29.00 kilómetros cnadrados. Por el norte está separada de la media Siria por las cadenas del Líbano y del Hermón; al oeste está cerrada por el mar y al este y al snd por el desierto. Así y todo, cerrada como está, ocnpa ella el punto central donde se encuentran todas las antignas civilizaciones.

(39) CORAZIN o Corazaín, qne debe sn triste celebridad entre los cristianos a la maldición del Divino Salvador por sn insensibilidad, qnedaba a milla y media de Cafarnaúm y sus ruinas son conocidas hoy bajo el nombre de "Khirbet Kerazeh", a 3 km. de las ruinas del "Tel Hnm" o de Cafarnaúm.

(40) CANA. Ciudad de Galilea. De esta cindad era Natanael (Bartolomé). Ella es, probablemente, la actnal "Wefr Kenna", aldea de unos 300 habitantes, sitnada sobre nna colina a dos horas al noroeste de Nazaret en las proximidades de Cafarnaúm. La tradición señala todavía el lngar que ocnpó la casa donde se realizó la boda en la cual Nuestro Señor convirtió el agna en vino. Menos fnndada es la opinión de aquellos que quieren que la antigua Caná sea la actual "Caná-el-Geli" sitnada a dos horas más al noroeste.

(41) MAGDALA. A 4 km. de Tiberíades, al pie de la montaña que forma el flanco meridional de "Madi el Haman" (valle de las palomas), se encnentra nna miserable aldea denominada "el Mediel" donde se notan los restos de nn muro de recinto y 2 torres. Una de ellas, la más septentrional, ha sido utilizada por los tinto-

reros. "El Mejdel" es la antigua MAGDALA, que significa torre o fortaleza.

Según el TALMUD (véase nota LXXXVIII) Magdala era una cindad importante, contando según algunos autores, con 8 almacenes de tejedores de lana fina y con unos 300 donde se vendían las palomas para los sacrificios. Fué destruída por los judíos de las cercanías a causa de la corrupción profunda de sus habitantes. Fué la patria de María Magdalena. Esta, si hemos de dar crédito a los rabinos de Tiberíades, había incurrido en la pública indignación, no sólo en la ciudad, sino en todo el litoral, por haberse divorciado ilegalmente y haber contraído una nueva alianza con un pagano. María, casada con un judío llamado Papus ben Juda, lo abandonó, según ellos, para seguir a un oficial de Herodes Antipas, llamado Panther, de guarnición en Magdala. (Véase el P. Meistermann "Nueva guía de Tierra Santa", de donde copio todos los datos geográficos que van en estas notas).

(42) TIBERIADES. En árabe "Tabariyeh", ocupa una franja de tierra bañada por las ondas del lago del mismo nombre y limitada al O. por una alta montaña de escarpadas laderas. Su viejo castillo, al N. sus muros con troneras flanqueadas de torres, pero abiertos por inmensas hendiduras y vastas brechas, las muchas palmeras que elevan majestuosas sus coronas por encima de las azoteas, el color brillante de las casas enjalbegadas que se reflejan en el lago, todo, en suma, contribuye a dar a la ciudad un aspecto original y pintoresco.

Tiberíades fué fundada el año 17 de nuestra era por Herodes Antipas, tetrarca de Galilea, que la convirtió en su capital y le puso el nombre que ha conservado hasta el presente, en honor de su protector, el emperador Tiberio.

La ciudad de Herodes que tenía, cuando menos, 5 km. de circuito, ocupaba, según los Talmudistas, el puesto de "Rakkat" (la Estrecha), ciudad que el libro de Josué (19.33) menciona inmediatamente después de la "Hammath" (Emath), hoy día "Khirber el Hammam", en torno a los manantiales termales que hay al S. de la ciudad. Los judíos se rehusaron habitar en la ciudad en construcción a causa de haberse descubierto sepulcros en su recinto, toda vez que la violación de las sepulturas era para ellos un sacrilegio y su contacto les hacía incurrir en una impureza legal de 7 días. Herodes sólo logró que fuera habitada por gentes de la baja plebe, debiendo aún gratificarles por ello con toda clase de favores. Esto no obstante, los distinguidos pobladores pusieron fuego al palacio que el tetrarca se había atrevido a decorar con figuras paganas. En ninguna parte del Nuevo Testamento se lee que Jesucristo haya entrado nunca en esta ciudad, y la tradición local no se muestra menos reservada en este punto.

(43) POZO DE SICAR, o de Siquem, o, más exactamente, de Jacob. A la entrada del valle pintoresco que se interpone entre el monte Garicín y el Hebe, es donde Abraham vino a plantar su tienda. "Abraham atravesó el país hasta el lugar llamado Siquem, hasta la encina de Moreh. Jehová se apareció a Abraham y le dijo: Yo daré este país a tus descendientes. Y Abraham levantó allí un altar a Jehová que se le había aparecido" (Gén. 12, 6, 7). Más tarde, Jacob, de regreso de Mesopotamia con su familia y sus rebaños, "pasa hasta Salem, ciudad de los Siquemitas... y acampa delante de la ciudad. Compra a los hijos de Hemor, padre de Siquem, por cien corderos, el terreno donde había colocado su tienda y luego de levantar un altar en este sitio, lo llamó el "altar del Dios fuerte, del Dios de Israel" (Gén. 33, 18, 29). Jacob, mientras demoró en esta tierra entre Siquem y Salem, abrió el pozo conocido con su nombre. Luego, habiendo sus hijos dado muerte a los Siquemitas, para tomar la venganza del ultraje hecho a su hermana Dina, el patriarca debió abandonar el país y dirigirse por orden del Señor, a Betel, pero antes de marchar a este lugar santo, hizo reunir los "terapim" (idolitos) de Labán que Raquel se había traído consigo, y los enterró "bajo el terebinto que hay junto a Siquem" (Gén. Cap. 34 y 35).

Andando los años, vino José al país de Siquem en busca de sus hermanos. Jacob, antes de morir en la tierra de los Faraones, legó a José, a título de herencia, el "campo de Siquem". Por último, el mismo José, tendido en el lecho de muerte, hizo jurar a sus hermanos que trasladarían de Egipto sus restos mortales y los depositarían en la tierra de Siquem cuando realizaran la conquista del país de Canaán. A algunos pasos del camino, hacia el N. vese un cerro cubierto de ruinas; en él se halla el pozo de Jacob (Bir Yacub). Este pozo se ha hecho célebre, de un modo particular, a causa de que en él se detuvo Jesucristo para hablar con la Samaritana de Sichar y para evangelizar a los samaritanos. A este suceso se debe el que se llame comúnmente Pozo de la samaritana ("Bir Samariyeh").

El pozo de Jacob está recubierto de una bóveda cuadrada de 5 m. por lado y de 2 m. de alto; puédese llegar al interior por el N.O. El pozo, muy estrecho en el brocal, se ensancha luego y llega a adquirir un diámetro de 2.50 m. La parte superior está formada con piedras regularmente dispuestas entre sí, y la inferior abierta en el seno de una roca calcárea. Su profundidad actual es de 24 m., pero no se sabe cuál sea la altura que ocupan los escombros acumulados en el fondo. Los peregrinos antiguos hallaron dentro y en todas las estaciones del año, agua fresca y en gran cantidad, pero en la actualidad está seco con frecuencia en verano; créese que en alguna de sus paredes ha debido abrirse alguna hendidura por la que se cuela el agua, en virtud de algún movimiento sísmico del terreno. SICAR o SICHAR, a unos 800 m. del pozo de Jacob, estaba en el lugar que hoy ocupa el pequeño pueblo de "Askar", y fué la patria de la Samaritana que tuvo la dicha de encontrarse con Jesús junto al pozo de Jacob.

(44) TETRARQUIA. Los antiguos dieron el nombre de Tetrarquía: 1º a cada uno de los cuatro estados pequeños en que solía dividirse un estado grande; 2º a una forma de gobierno en que el poder se repartía entre cuatro personas. A la muerte de Herodes la Judea fué una tetrarquía porque se dividió en cuatro estados: Galilea, Samaría, Judea y Perea. El Imperio Romano, a contar desde

Diocleciano, fué una tetrarquía en segundo sentido, porque dos augustos y dos césares se repartieron el poder.

(45) TETRARQUIA DE FILIPO. Región que se extendía al E. de la Perea, y constaba de la Iturea y del territorio traconítico.

(46) BETSAIDA. "El Khirbet", "el Minieb", primera localidad antigua que se encuentra después del Medjel, a los bordes del lago de Genesaret, es, según la tradición, la BETSAIDA del Evangelio, patria de S. Pedro y de su hermano S. Andrés y de S. Felipe. En la misma fué, además, según la tradición, donde se estableció el Zebedeo con sus dos hijos Santiago y Juan. BETSAIDA fué envuelta con Cafarnaúm y Corozaín en las maldiciones del Señor, a causa de la incredulidad de sus habitantes: "¡Ay de ti, Corazaín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si los milagros que en vosotros se han hecho hubieran sido realizados en Tiro y en Sidón, hace ya tiempo que ellos harían penitencia en cilicio y en ceniza". La palabra Betsaida viene de la arameza "Bet-Saida" (casa de la pesca).

(47) GADARA. Hoy día "Umm Keís" o "Mkeis", hállase a 550 m. sobre el Hammeb, a una hora de estas termas. Fué en todos tiempos una de las ciudades más importantes de la Perea y era capital de un distrito particular llamado *Garadite.* Conquistada en 218 a de J. C. por Antíoco el Grande, fué vuelta a tomar el 198 por Alejandro Janeo. Pompeyo apoderóse de ella el año 65, y la restauró por amor a Demetrio, su liberto, originario de la misma. Más tarde, fué sede de uno de los 5 sínodos judíos, establecidos por Gabinio. Augusto la cedió a Herodes el Grande. Durante la guerra de los judíos fué devastada por Vespasiano. En el siglo IV hubo en Gadara un obispado y ésta siguió prosperando hasta el siglo VII, al igual de otras ciudades de la región; pero la fatal batalla de Yarmuk hizo desaparecer casi por completo el cristianismo en Siria y con él todo espíritu de civilización.

Las ruinas de Gadara, que ocupan una vasta planicie, son imponentes; en medio de esculturas de toda clase descúbrense allí por doquiera vestigios de templos, de teatros, de castillos y de iglesias. Los bellos sepulcros, tallados en roca, sirven en la actualidad de morada a los musulmanes. Los antiguos geógrafos árabes designaron a Gadara por "Djadar", nombre que quedó unido a las cavernas de las cercanías, "Djadar Umm Keis"

(48) CESAREA (de Filipos), antiguamente "Paneas" ciudad situada al pie del ramal del Líbano llamado Hermón, donde, según opinan algunos, se verificó la Transfiguración de Nuestro Señor Jesucristo. Herodes erigió un templo en el monte Panío, consagrado a Augusto, para ostentar su agradecimiento a este príncipe, que le había conferido la Posesión de la Traconítida. Cuando los estados de Herodes fueron repartidos entre sus hijos, cupo la citada comarca a Filipos. Ora fuese que este nuevo príncipe abundase en los mismos sentimientos de su padre para con Augusto, ora fuese con la mira de satisfacer su vanidad, cambió el nombre antiguo de "Paneas" por el de "Cesárea", que debía llamarse de Filipos para distinguirse de las demás del mismo nombre. Los cruzados la tomaron a los turcos, pero tuvieron que abandonarla poco después. En las puertas de esta ciudad hizo Simón aquella ilustre confesión de que habla S. Mateo. 16, 16.

(49) GERASA. En la costa oriental del lago de Tiberíades, frente a las ruinas de Magdala ("el Mejdel"), se descubre el "Uadi es Semack" (valle de los peces), que desemboca en el lago. Allí se eleva un promontorio que avanza algunos pasos de la playa. Un poco al S. del torrente, pero en el interior de las tierras, se notan restos de un muro de recinto y otras construcciones. Llámase el tal lugar Khibert Kersa o Kursa. En Kersa es donde indica Pedro de Sebaste una iglesia construída en memoria del milagro obrado por Jesucristo, al librar a un poseso y permitir a los demonios que entrasen en el cuerpo de los cerdos. Estos se precipitaron al momento en el lago. Eusebio y S. Jerónimo llaman Gergesa un tal lugar y añaden que en su tiempo estaba aún poblada. La región GERASA es preferible a la de Gergesa y sobre todo a la de Gadara. Conviene, sin embargo, no confundir esta Gerasa con la gran ciudad del mismo nombre, actualmente Djerasch, de la que subsisten aún restos notables en el Djebel el Adjlún, antiguo país de Galaad.

"Kersa" responde muy bien a los datos del Evangelio. Jesús se embarca en Cafarnaúm y aborda del otro lado del lago, al país de los Gerasenos, que se halla frente por frente a la Galiela, según dice S. Lucas. 8. 26-27; Mt. 8, 18; Mc. 4, 35.

(50) PEREA. Una de las cuatro provincias de Palestina bajo el mando de Herodes y los Macabeos. Estaba situada al E. del Jordán y comprendía varias extensas localidades, incluso la Perea propiamente dicha.

(51) JERICO. Ciudad de la Palestina, en la tribu de Benjamín. La primera ciudad de la tierra de Canaán contra la cual los israelitas tuvieron que combatir después del paso del Jordán. Fué Jericó, que Josué hizo reconocer por sus espías y que luego sitió de una manera extraordinaria y por último destruyó. Esta ciudad fué maldecida por Dios y Josué maldijo al que la reedificara. Esta maldición tuvo su efecto en Hiel de Bethel, el cual se atrevió a levantar nuevamente sus murallas a principios del reinado de Josafat. En tiempo de Elias Jericó fué asiento de una escuela de profetas. Es célebre en el Nuevo Testamento por haber Jesús devuelto en ella la vista a los ciegos y haber convertido a Zaqueo.

El lugar que antes ocupaba Jericó lo ocupa hoy un pobre villorrio, al que los árabes llaman "Er Riha", que equivale al "Rahab" de los hebreos, nombre de aquella famosa mujer que hospedó a los espías de Josué, y que fué la única que se salvó en la total destrucción de aquella ciudad.

La fertilidad y la belleza de los campos de Jericó era admirable, y fué causa de que diera a Jericó el nombre de "ciudad de las palmeras" Fueron también famosas sus rosas: "como una plantación de rosas en Jericó", se lee en el cap. 24, vers. 18 del Eclesiástico. Hoy esta flora tan celebrada por los libros santos y también por Josefo, sólo se encuentra en los alrededores del Mar Muerto. En la tierra de la antigua Jericó falta el riego, pero no en la nueva Jericó de este siglo.

(52) FENICIA. Significa país de los dátiles o país de los hom-

bres bermejos. Región del Asia antigua en la costa O. de Siria, desde el río Eleuteros al N. hasta la cordillera del Carmelo al S., entre el mar y el Líbauo. Tiene 280 km. de largo (N. a S.); y 40 km. de ancho. Sus ciudades principales estaban situadas en el litoral y se regían como pequeñas repúblicas a pesar de los reyes, y formaban una confederación que fué dominada por Sidón y Tiro. La religión de esas repúblicas era una especie de naturalismo politeísta. Sus habitautes primitivos se llamaron cauaneos. Siempre supieron resistir a las invasiones hebreas, hasta Salmanasar Nabucodonosor II, que se apoderó de Tiro 572 años antes de J. C. Entonces dejaron de ser libres y empezaron a sufrir varias dominaciones extrañas, hasta que los romanos los convirtieron, en tiempo de Augusto, en súbditos del imperio. En el siglo IV, el territorio fenicio se dividió en dos regiones, Fenicia Marítima y Fenicia del Líbano. Los fenicios de la antigüedad fueron muy aficionados a viajar: llegaron a monopolizar el comercio del mundo y a teuer muchas colonias en el Asia menor. Grecia, Malta, Italia, Galia, España, uorte de Africa, etc., etc. La industria fenicia fué también muy famosa, sobre todo en el ramo de la sedería, de la cristalería y de la orfebrería. Fueron los primeros en emplear registros para el comercio, en aplicar la astronomía a la navegación y en servirse de los pesos y de las medidas.

(53) TIRO. Cindad perteneciente hoy a la Siria, dista unas ocho leguas de Acre, hacia el S. No ocupa sino una mínima parte de la antigua Tiro, ni tiene mayor apariencia que una aldea cualquiera. Viven en ella árabes, griegos católicos y algunos maronitas.

La antigua Tiro, a la que muchos escritores llaman reina del mar, y que fué la más célebre plaza comercial de la antigüedad, estuvo edificada en principio en el continente: pero después que fué destruída por los reyes asirios, se fundó una nueva Tiro en una isla a muy poca distancia de tierra firme. Esta en breve tiempo eclipsó a la primera, y después de haber sido por muchos siglos la reina del mar fué tomada por Alejandro, que la unió al continente mediante un dique inmenso, reducido hoy a un mezquino istmo. También fué objeto de prolongadas guerras entre cristianos y sarracenos; finalmente cayó en poder de estos últimos el año 1231 y fné entonces completamente destruída.

Entre los antiguos reyes de Tiro figura Hirán, amigo de David y de Salomón.

Los habitantes de Tiro fueron de los primeros en abrazar el cristianismo. Sabemos que el Divino Salvador predicó e hizo algunos milagros en las proximidades de Tiro. Cuando S. Pablo pasó por esta ciudad, yendo de Cesárea a Antioquía, encontró en ella muchas familias cristianas, y luego progresó en ella de tal manera la fe cristiana que en tiempo de los emperadores romanos los habitantes de Tiro estaban siempre expuestos al martirio.

Hoy Tiro tiene unos 6.000 habitantes. Los puertos están enarenados y el comercio es insignificante.

(54) SIDON (o Saida). Grande y famosa cindad de la Fenicia en las orillas del Mediterráneo, a unos 200 km. de Damasco y 96 de Tiro. Flavio Josefo, en las "Antigüedades judaicas", dice que Sidón

fué la primera cindad construida en el mundo. No afirmaríamos nosotros lo mismo, pero de la Biblia se deduce que Sidón fué el primogénito de Canaán y padre de los cananeos (Gén. 10, 15), lo que nos daría derecho para pensar que la ciudad que lleva su nombre haya sido fundada por él. Buena parte del territorio que dependía de Sidón fné ocupada por la tribu de Aser, pero no la ciudad, y los israelitas nunca pudieron subyugar a los sidonitas sus vecinos. Parece que en tiempos de David, Sidón estuvo subordinada a Tiro, siendo el rey de Tiro también de Sidón. Hay buenos datos para deducir que más tarde el reino de Sidón se independizó de Tiro. Esta ciudad fné destruída el año 351 antes de la era cristiana por Artajerjes (Darío) Oco, rey de los persas, siendo bien pronto reedificada, pero sin llegar a alcanzar nunca más su antigua magnificencia. No pasó mucho tiempo y Alejandro el Grande se apoderó de ella. Más tarde Sidón pasó bajo la dominación de los reyes de Egipto, luego de la de los de Siria hasta que cayó en poder de los romanos. En el Nuevo Testamento se menciona a Sidón, cuyos confines fueron visitados por el Mesías.

Actualmente Sidón, llamada Saida, tiene 12.000 habitantes, y varias naciones tienen en ella sus viceconsules.

Saida está ceñida por la parte del continente de extensos y deliciosos huertos de naranjos, limoneros, palmeras, plátanos, higueras y albaricoques, a los que siguen más lejos los olivares que constituyen su principal fuente de riqueza. Acuden anualmente a su puerto muchos vapores y veleros, consistiendo su exportación en millares de toneladas de higos, millares de cajas de naranjas y de limones, millares de fardos de tabaco y millares de toneladas de algodón, además de aceite de oliva.

(55) HERMON. Yendo de Nazaret a Naím, atravesando el torrente Cisón, se llega a las primeras ondulaciones del pequeño Hermón, llamado "Djebel Dahy", del nombre de un santón musulmán, que está sepultado en lo alto del monte, en el sitio que ocupa un "Ueli" o mezquita.

Esta pequeña cadena de montañas parece no ser otra que el monte Moreh, al pie de la cual habían establecido los Madianitas su campamento antes de ser derrotados por Gedeón (Jud. 7, 1). Eusebio y S. Jerónimo lo han identificado con el "Hermonum a monte modico" del salmo 41, vers. 7, que, según el contexto, se halla de la parte de allá del Jordán. Esta errada interpretación fué causa de que este monte sea conocido desde el siglo IV con el nombre del pequeño Hermón, al sur del monte Tabor.

El gran Hermón es una cadena de montañas que vienen a ser la prolongación meridional del Antilibano. Los Sidonios la llamaban "Sirio", los Setenta Sanior" y los Amorreos "Senir". La Biblia le denomina una vez SION, que quiere decir elevado (Deut. 3, 13, 14), si no es que dicha palabra deba ser leída "Sirión". Su nombre árabe es "Djebel e Xej" (montaña del Xej), probablemente porque su cumbre cubierta de nieve, trae a la memoria la cabeza de un anciano.

La cadena de Hermón corre de NO. a SE. en una longitud de casi 30 km. El pico principal, que se asemeja a un inmenso cono

y finalmente en Betania, junto a la casa del resucitado, donde deja a sus amigos para siempre.

Es el Viajero sin descanso, el Errante sin casa, el Vagabundo por amor, el Desterrado voluntario de su propia patria. El mismo dice que no tiene una piedra donde reposar su cabeza; y es cierto que no tiene un lecho propio donde acostarse todas las noches ni una alcoba que pueda llamar suya. Su verdadera casa es la calle que lo lleva, en compañía de sus primeros amigos, en busca de amigos nuevos; su lecho es un surco en el campo, el banco de una barca, la sombra de un olivar. A veces duerme en las casas de aquellos que lo aman, pero es un huésped fugitivo, de breves estadas.

En los primeros tiempos lo encontramos con mayor frecuencia en Cafarnaúm. Allí empezaban sus itinerarios y
Mt. 9, 1. allí terminaban. Mateo la llama "su ciudad". Cafarnaúm

truncado, lo forman tres cimas, dos de las cuales alcanzan la altura de 2.670 metros, sobre el nivel del Mediterráneo.

(56) SIRIA. Región de Asia Menor, entre el Mediterráneo al O., el Eufrates y los desiertos de la Arabia el E. Mide 700 km. de largo pro 200 de ancho. Es una región montañosa atravesada de N. a S. por las cordilleras del Líbano y del Antilíbano y que comprende también el Mar Muerto y el lago Tiberíades. En los tiempos modernos se dividía en dos partes: Sirai y Alepo. En la antigüedad comprendía Siria el reino de Damasco, los de Israel y Judá y las ciudades republicanas de Fenicia. Estuvo dominada sucesivamente por los asirios, los persas y los macedonios. Fué también centro del imperio de los Seleucidas o reyes de Siria antes de caer en poder de los romanos. Después perteneció a los árabes y fué capital del califato de los omiadas y en 1517 quedó sometida al poder de los turcos otomanos.

(57) EMAUS. Nombre de un castillo que quedaba a unos 60 estadios (10 km.) de Jerusalén, como se dice en el capítulo 24 de S. Lucas, y donde Jesús apareció a dos de sus discípulos después de su resurrección. Según la tradición, la emperatriz Elena edificó en el lugar de la aparición, casa de Cleofás, una iglesia, en la cual se hallaba una fuente cuyas aguas obraban curaciones prodigiosas, debido, decíase, a que en sus aguas se había lavado los pies el divino peregrino Jesús. El viejo castillo fué destruído, y acaso en su lugar se edificó una iglesia, si es que no quedó enclavado en ella; las ruinas de la cual quedaron en descubierto en 1873. Las excavaciones llevadas a cabo por sabios palestinólogos en el sitio llamado por los árabes "Cubebe" confirman la creencia antigua de que allí estaba el pueblecito de Emaús hecho célebre por la aparición del Señor.

ha pasado a nuestro idioma con el sentido de confusión y algazara. Y en efecto, la primitiva aldea de pescadores y de campesinos había engordado en los últimos tiempos, había echado vientre. Situada sobre el camino carretero que de Damasco (58), llevaba a través de la Iturea (59), al mar, se había convertido, poco a poco, en un emporio mercantil de alguna importancia. Habían venido, para vivir allí, artesanos, traficantes, mercaderes, chalanes, tenderos. Los financieros también —como las moscas acuden presurosas a las peras podridas— habían concurrido numerosos: publicanos, recaudadores de impuestos y otros tíos empleados del fisco. La pequeña aldea medio agreste, medio pescadora, se había convertido en una ciudad mixta y cosmopolita donde la sociedad de la época —también soldados y prostitutas— estaba toda representada. Pero Cafarnaúm, tendida sobre el Lago en cuyas aguas se espejaba, ventilada por el aire de las colinas vecinas y por la brisa del agua, no estaba completamente podrida como las ciudades siríacas y como Jerusalén.

(58) DAMASCO. Antiquísima ciudad y una de las principales de la Siria, situada en la falda oriental del monte Líbano. Se hace mención de esta ciudad en el Antiguo Testamento desde los tiempos de Abraham (Gén. 14, 15). Damasco se convirtió en capital de un reino llamado de Risin Siria, hacia el año 1044 a. J. C., fundado por Risin que fué derrotado por David, como se lee en el libro de los Reyes; pasó después bajo la denominación de los reyes asirios. Más tarde fué conquistada por los generales de Alejandro el Grande. Después, subyugada durante la guerra de Pompeyo con toda la Siria, se convirtió en una provincia romana. El año 635 de la era vulgar cayó en poder de los sarracenos; dependió después de los sultanes de Egipto; y, finalmente, desde el 1517 perteneció al imperio turco, y es una de las principales ciudades comerciales del Oriente.

La religión cristiana floreció en Damasco desde los comienzos del cristianismo, y es célebre en la historia del cristianismo por la conversión de Saulo, el perseguidor de los cristianos, en el apóstol de las gentes.

Hoy Damasco, que llegó a ser la quinta ciudad del imperio turco antes de la gran guerra y capital de la gobernación de Siria, cuenta con 300.000 habitantes.

(59) ITUREA. Al E. del Antilíbano, distrito situado al NE. de la Palestina y que con la Traconítida forma el territorio de la Tetrarquía de Filipos (Luc. II, 1). El nombre de esta región tiene su origen en el de Jéthur, uno de los hijos de Ismael (Paralipómenos Lib. I, cap. I, vers. 31).

Vivían todavía en ella campesinos que, diariamente se trasladaban al campo y pescadores que, todos los días tripulaban sus barcas. Gente buena, pobre, sencilla, cordial. Hombres a los cuales se les podía hablar de algo más que de mercaderías y de dinero. Entre ellos se respiraba.

El sábado Jesús iba a la Sinagoga. Cada cual tenía derecho a entrar en ella y allí leer y luego hablar acerca de lo que se había leído. Era una simple casa, una habitación desnuda a la que se acudía en grupos, entre amigos y hermanos, para hablar y soñar de Dios.

Jesús se levantaba, se hacía alcanzar uno de los rollos (60) de la Escrituras —más frecuentemente los Profetas que la Ley— y leía con voz moderada dos, tres, cuatro, pocos versículos. Luego empezaba a hablar con una elocuencia intrépida, penetrante, que confundía a los Fariseos, conmovía a los pecadores, ganaba a los pobres y encantaba a las mujeres.

El viejo texto se transfiguraba repentinamente, se hacía transparente, de actualidad para todos; parecía una verdad nueva, un descubrimiento hecho por ellos, un discurso oído por primera vez; las palabras acartonadas por la antigüedad y resecas por la repetición, recobraban vida y color; un nuevo sol las doraba una a una, sílaba por sílaba; palabras frescas, escritas en aquel momento, resplandecientes para todos los ojos como una imprevista revelación.

En Cafarnaúm nadie recordaba haber escuchado un Rabí (61) como ése. Los sábados en que Jesús hablaba, la

(60) ROLLOS DE LAS ESCRITURAS. Las Sagradas Escrituras, como todas las escrituras de aquellas épocas, se extendían en pergaminos, es decir, en la piel de las reses, limpia del vellón, raída, adobada y estirada, y que, una vez escrita, se arrollaba de suerte que más que libros eran rollos los diversos volúmenes. Marco Varrón atribuye la invención de estos "pergaminos" a los habitantes de Pérgamo, antigua ciudad del Asia Menor, sobre el río Caico, capital del estado de este nombre, 283 años antes de J. C. Es célebre por su famosa biblioteca y por haber sido cuna de Galeno.

(61) RABI. En hebreo la palabra "Rab o Rabban" significaba propiamente maestro, es decir, "el que es excelente", "Rabi" o "Rabbuni" significa *mi maestro*. De estas voces trae su origen la palabra RABINO, título que se da entre los hebreos a los doctos

Sinagoga se llenaba; el pueblo se extendía hasta la calle. Todo el que podía concurrir, lo hacía.

El Hortelano, que aquel día había dejado su escarda y no tenía que dar vuelta al molinillo para regar sus alineadas hortalizas; el Herrero, el buen Herrero del pueblo, el hombre negro de hollín, negro de polvo y de limaduras todos los días, pero hoy, día sábado, lavado, acicalado, con la cara todavía un poco hosca, pero limpia, aclarada, enjuagada repetidas veces y lo mismo las manos, y con la barba peinada y suavizada con pomada de poco precio (pero que, sin embargo, huele tan bien como la de los ricos); el Herrero que está todos los días junto al fuego, sucio y sudoroso, menos este día, que es sábado y viene a la Sinagoga para escuchar las palabras del Anciano de los días (62), del Dios de sus padres y viene por devoción, pero aun porque sus parientes, sus amigos, sus vecinos concurren y los encuentra a todos; y también, en fin, porque el día es largo, todo este día de fiesta sin trabajo, sin martillo en mano, sin tenazas, y en Cafarnaúm, no hay otro lugar de reunión más que éste; el Albañil, el mismo que ha construído esta pequeña casa de la Sinagoga y la ha hecho pequeña porque los viejos señores, buenas personas y timoratas, pero un tanto avaras, no querían gastar mucho; el Albañil que siente todavía los brazos un poco doloridos y tronchados, casi, por el trabajo de seis días y no cuenta más las piedras que ha colocado en hiladas y los baldes de argamasa que ha echado en las paredes entre piedra y piedra en esta semana; el Albañil que se ha puesto hoy su traje nuevo y se ha sentado en el suelo, él, que todos los días está de pie, en movimiento y con los ojos alerta a fin

y encargados de interpretar la Escritura, de predicar en las sinagogas y de recitar en ellas las oraciones; siendo en la actualidad, entre los judíos, una especie de sacerdote.

(62) ANTIGUO DE LOS DIAS. Con esta especie de circunlocución se designa una sola vez en la Sagrada Escritura al Señor, como quien dice el Eterno. La expresión caldaica, que la Vulgata traduce a la letra *Antiquus dierum*, se encuentra en la profecía de Daniel, cap. VII, vers. 9, y la usa el profeta en el punto en que describe la manera como el Eterno se apresta a juzgar las cuatro bestias simbólicas que él ha visto en visión.

de que el trabajo salga bien y quede contento el patrón, también el buen Albañil ha venido a la casa que le parece un poco suya.

Han venido también los pescadores; el joven y el viejo, ambos tostados por el sol y con los ojos que han contraído el hábito de estar semicerrados para resistir la llama y el reverbero; y el viejo es más hermoso por el contraste que forma la cabellera blanca y la barba blanca sobre el rostro ennegrecido y arrugado. Los Pescadores han volteado sus lanchas sobre la arena, las han amarrado a un palo, han tendido sus redes sobre el techo y han venido a la Sinagoga, a pesar de no estar habituados a permanecer entre paredes, y sientan, acaso, una inexplicable nostalgia del lamer del agua en la proa.

También están los Agricultores de los campos vecinos, agricultores casi ricos, que visten una túnica que no desdice de las de los otros, y están contentos con la mies, que, dentro de poco, pedirá la hoz; no quieren olvidarse de Dios que hace espigar la cebada y florecer la vid. Están los Pastores, llegados en la mañana, ovejeros y cabreros, que tienen sobre sí, todavía, el hedor del aprisco; Pastores que viven toda la semana en los pasturajes de los montes, sin ver a nadie, sin cambiar una palabra con nadie, solos con los tranquilos animales que pacen la hierba nueva.

Los pequeños propietarios, los pequeños negociantes, los señores de Cafarnaúm han concurrido todos. Son hombres estimables y devotos. Están ubicados en las primeras filas, graves, con la vista baja, satisfechos con los negocios de los días pasados, satisfechos de su conciencia; y no están contaminados. Se ven las filas de sus dorsos, cubiertos de finos ropajes, dorsos encorvados, pero anchos y majestuosos, dorsos de patrones, dorsos de gente que está en regla con el mundo y con Dios, dorsos llenos de autoridad y de religión. Se ven también allí los forasteros que están de paso, mercaderes que van a Siria o vuelven a Tiberíades. Han venido por complacencia y por costumbre y, tal vez para encontrarse con un cliente; y miran a todos a la cara con la arrogancia que da el dinero a las almas indigentes.

En el fondo de la habitación —pues la Sinagoga no es más que una habitación cuadrilonga, poco mayor que una escuela, que una venta, que una cocina— están acurrucados, como perros junto a la puerta, como los que temen siempre ser expulsados, los pobres de la ciudad, los más pobres de todos, los que viven de algún trabajito ocasional, de alguna limosna enrostrada y también —¡oh, miseria!— de algún pequeño hurto; los andrajosos, los pulgosos, los esclavos, los desgraciados; las viudas viejas cuyos hijos están lejos; los huérfanos adolescentes, incapaces aún de ganarse la vida; los viejos encorvados a quienes nadie reconoce; los convalecientes sin fuerzas; los que sufren enfermedades incurables; aquéllos cuya cabeza flaquea y que no saben o no pueden trabajar. Los débiles de espíritu, los débiles de cuerpo; los fallidos, los desechados, los abandonados, los que comen cuando tienen qué y nunca lo bastante como para saciar su hambre; los que recogen los desperdicios de otros, los trozos de pan seco, las cabezas de pescados, los tronchos, las cáscaras, y duermen ora acá ora allá y sufren el frío y el invierno y esperan todos los años el verano, paraíso de los pobres, en que hay alguna fruta que coger a lo largo del camino. También ellos, los mendigos, los infelices, los haraposos, los tiñosos, los enclenques, cuando llega el sábado vienen a la Sinagoga para escuchar allí las historias de los Libros. No los pueden expulsar; tienen el mismo derecho que los demás; son hijos del mismo Padre y siervos del mismo Señor.

Ese día se sienten un tanto aliviados de su miseria porque pueden oír las mismas palabras que oyen los ricos y los sanos. Aquí no les sirven otra comida —más basta y más mala— como acontece en las casas donde el patrón come lo mejor y el mendigo, a la puerta, debe contentarse con lo peor. Aquí el manjar es el mismo tanto para el que tiene mucho como para el que no tiene nada. Las palabras de Moisés son las mismas, eternamente las mismas, para el poseedor del rebaño más gordo, como para aquel que ni siquiera tiene un cuarto de cordero el día de Pascua. Pero las palabras de los

Profetas son para ellos más bondadosas que las de Moisés. Más ásperas para los grandes, pero más suaves para los pequeños. La pobretería del fondo espera, cada sábado, que alguien lea algún capítulo de Amós o de Isaías. Porque los Profetas se inclinaban a la parte de los desnudos y anunciaban el castigo y un mundo nuevo: "Los que se crearon en ropas carmesíes se revolcarán en el
Lament. 4,5. estiércol".

Y he aquí que, precisamente este sábado, había Uno que venía expresamente por ellos, que hablaba por ellos, que había abandonado el Desierto para anunciar la Buena Nueva a los Pobres y a los Enfermos. Nadie, antes, había hablado de ellos como él. Ninguno había demostrado amarlos tanto. Como aquellos viejos Profetas que no habían regresado más a consolarlos, manifestaba una parcialidad tal, que ofendía a los afortunados, pero que henchía sus corazones de consuelo y de esperanza.

Cuando Jesús terminaba de hablar, advertían que los ancianos, los burgueses, los patrones, los señores, los fariseos, los hombres que sabían leer y ganar dinero, sacudían sus cabezas como quien prevé algo malo, o bien se levantaban, torciendo la boca, haciéndose guiñadas, entre despechados y escandalizados y, apenas fuera, un murmullo de cautelosa desaprobación salía de entre las luengas barbas negras y de plata. Pero ninguno reía.

Los seguían los mercaderes, petulantes, pensando ya en el mañana. Quedaban últimos los Trabajadores, los Pobres, los Pastores, los Agricultores, los Hortelanos, los Herreros, los Pescadores y todos los mendigos en tropel, los huérfanos sin herencia, los viejos sin salud, los errantes sin casa, los desgraciados sin compañía, los necesitados sin un céntimo; los roñosos, los estropeados, los extenuados, los desechados. No podían apartar los ojos de Jesús. Hubieran deseado que siguiera hablando todavía; que revelara el día del nuevo Reino en que ellos podrían resarcirse de toda esa miseria que los oprimía y ver con los propios ojos el desquite. Las palabras del joven habían multiplicado las palpitaciones de sus corazones cansados y heridos. Un alivio de luz, una apertura de firmamentos y de glorias, una alucinación de ven-

dimias, de banquetes, de descanso, de abundancia, brotaba al calor de aquellas palabras en las almas ricas de los pobres. Tal vez ni ellos tampoco habían entendido completamente lo que el Maestro había querido decir y el Reino entrevisto por ellos se asemejaba aún al País de la Cucaña de los filisteos (63).

Pero nadie lo amaba, nadie lo amará jamás como los hambrientos de paz y de verdad de Galilea. También los pobres menos pobres, los trabajadores, los braceros, los pescadores, los que tenían menos hambre de pan, lo amaban por el amor de aquéllos.

Y todos, cuando salía de la Sinagoga, lo esperaban en la calle para volverlo a ver; lo seguían, tímidos, alelados. Cuando penetraba en casa de algún amigo para comer con él, se mostraban casi celosos y alguno de ellos se ponía cara a la puerta, como centinela, hasta que reaparecía. Entonces, cobrando ánimos, se le aproximaban e iban todos juntos por la ribera del Lago. A medida que avanzaban, otros se les agregaban y, ora uno, ora otro —el valor, fuera de la Sinagoga y al aire libre, aumentaba— le hacían preguntas. Y Jesús, deteniéndose, contestaba a esa gentuza obscura con palabras que no serán jamás olvidadas.

(63) PAIS DE LA CUCAÑA. En sentido familiar y figurado se dice cucaña, lo que se consigue con poco trabajo o a costa ajena. Y como quiera que la tierra prometida por Dios a los israelitas, "donde corre la leche y la miel", es decir, donde el suelo rinde mucho con poco o ningún trabajo, fuera la tierra de los filisteos, la actual Palestina, los judíos pensaban en aquella tierra como en el país de la "cucaña".

LOS CUATRO PRIMEROS

Entre los pescadores de Cafarnaúm encontró Jesús los primeros discípulos. Casi todos los días estaba en la orilla del Lago; a veces las barcas se internaban aguas adentro; otras veces veíalas llegar con la vela hinchada por la brisa y de ellas bajaban los hombres, descalzos, caminando con el agua hasta media pierna, llevando entre dos los canastos llenos de la húmeda plata de los pescados muertos, mezclados en montón, buenos y de desecho, y las grandes y viejas redes goteando.

A veces partían, entrada ya la noche, cuando alumbraba la luna, y regresaban por la mañana temprano, cuando hacía poco se había ocultado aquélla y el sol no había despuntado aún. Pero no siempre la pesca era provechosa. Cuando volvían con las manos vacías, deshechos y enojados, Jesús los saludaba con palabras que hacían bien a esos corazones y ellos, los desilusionados, aunque no habían dormido, lo escuchaban complacidos.

Una mañana dos de esas barcas regresaban a Carfarnaúm, mientras Jesús, en la orilla, hablaba a la gente que se había detenido y le formaba corro. Los pescadores, desembarcados, empezaron a repasar sus redes. Entonces Jesús, subiendo a una de las barcas, pidió la apartasen un poco de tierra para no sentirse oprimido por la muchedumbre. Y de pie, junto al timón, enseñaba a los que habían quedado en tierra. Y, una vez que hubo hablado, díjole a Simón:

Luc. 5, 4. —"Rema mar adentro y echa las redes".

Respondióle Simón, hijo de Jonás, patrón de la barca:

—"Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, y no hemos cogido nada, ni un pescadito siquiera. Sin embargo, por obedecerte, soltaré la red".
Louc. 5, 5.

Apenas se hubieron alejado un poco de la costa, Simón y su hermano Andrés lanzaron al agua una red grande. Y cuando la recogieron estaba tan llena de peces que casi se rompían las mallas. Entonces los dos hermanos llamaron a los compañeros de la otra barca para que los ayudaran y, lanzadas nuevamente las redes, las recogieron repletas. Simón, de temperamento impetuoso, se arrojó a los pies del huésped, gritando:

—"Señor, ¡apártate de mí que soy un pecador" y no soy digno de tener un santo a bordo de mi barca! Luc. 5, 8.

Pero Jesús, sonriendo, le dijo:

—Ven conmigo. Cree en mi palabra y "te haré pescador de hombres". Luc. 9, 19.

Vueltos a la costa, sacaron a tierra las barcas y abandonadas éstas y las redes, los dos hermanos le siguieron.

Pocos días después, Jesús vió a otros dos hermanos, Santiago y Juan, hijos del Zebedeo, los que antes eran socios de Simón y de Andrés; los llamó, mientras se entretenían en componer las redes rotas. Y ellos también, despidiéndose del padre que estaba a bordo con los mozos, y dejadas a medio componer las redes, le siguieron.

Jesús ya no estaba solo. Cuatro hombres, dos pares de hermanos que se hèrmanaban más profundamente en la fe común, estaban prontos a acompañarlo a cualquier parte donde le pluguiera ir, a repetir sus palabras, a obedecerlo como a padre y mejor aún que si hubiera sido padre. Cuatro pobres pescadores, cuatro hombres sencillos del lago, hombres que no sabían leer y a duras penas sabían hablar, cuatro hombres humildes, que nadie hubiera distinguido entre otros, eran llamados por Jesús para que fundaran con él un Reino que debía ocupar toda la tierra. Por él habían abandonado las fieles barcas que tantas veces habían lanzado al agua y amarrado al desembarcadero, y los viejos tramallos y las redes que habían sacado del agua millares de peces, y al padre y a la familia y la casa; todo lo habían dejado por seguir a este hombre que no prometía dinero ni tierras y que hablaba solamente de amor de pobreza y de perfección.

A pesar de que su espíritu quedará siempre tosco y en un plano inferior, comparado con el del Maestro, y más de una vez dudarán y vacilarán y no entenderán sus verdades y sus parábolas y, por último, lo abandonarán, todo les será perdonado por la prontitud cándida y decidida con que lo siguieron al primer llamado.

¿Quién de nosotros, quién de cuantos estamos vivos, sería capaz hoy, de imitar a los cuatro pescadores de Cafarnaúm? Si viniese un Profeta y dijese a un Comerciante: "deja el mostrador y la caja"; y al Profesor: "baja de la cátedra y arroja lejos de ti los libros"; y al Ministro: "abandona tu cartera y tus mentiras, redes para los hombres"; y al Obrero: "vuelve a su lugar tus herramientas que te daré otro trabajo"; y al Agricultor: "interrumpe el surco que estás abriendo y deja la pala entre los arbustos, que yo te prometo una mies más maravillosa"; y al Maquinista: "para tu máquina y ven conmigo, pues el espíritu es más elevado que el metal"; y al Rico: "da todo lo que tienes pues conmigo adquirirás un tesoro incalculable"; si un Profeta hablara así a nosotros, hombres del día, ¿cuántos lo seguirían con la sencilla espontaneidad de aquellos antiguos pescadores? Pero Jesús no se ha dirigido a los mercaderes que comercian en las plazas y en las tiendas, ni a los observantes que mascullan hasta los mínimos preceptos de la Ley y saben citar de memoria los versículos de los Libros, ni a los agricultores demasiado apegados a la tierra y a las bestias, ni mucho menos a los hartos, a los repletos, a los contentos que no se cuidan de otros reinos porque el de ellos hace mucho tiempo que ha llegado.

No al acaso Jesús escoge sus primeros compañeros entre los Pescadores. El Pescador, que pasa gran parte de su vida es la pura soledad del agua, *es el hombre que sabe esperar.* Es el hombre paciente, que no tiene prisa, que lanza su red y confía en Dios. El agua tiene sus caprichos, el lago sus rarezas; los días no son siempre iguales. Al partir, el Pescador no sabe si volverá con la barca llena hasta el tope o sin nada, sin ni siquiera un pescado que poner a la lumbre para su desayuno. Se pone en manos de Aquel que manda la abundancia

como la carestía; se consuela del día malo pensando en el bueno que ya pasó o en el que ha de venir. No desea enriquecerse repentinamente, contento si puede trocar el fruto de su pesca por un poco de pan y de vino. Es puro de alma y de cuerpo; lava sus manos en el agua y su espíritu en la soledad.

De estos pescadores, que habrían muerto en la obscuridad de Cafarnaúm, inadvertidos para todos menos para sus vecinos, Jesús hizo Santos que los hombres, aún hoy día, recuerdan e invocan. Uno, que es grandísimo, es creador de grandes: de un pueblo soñoliento saca despertadores; de un pueblo muelle, guerreros; de un pueblo ignorante, maestros. En todos los tiempos se levanta el fuego si hay una mano que sepa encenderlo. Si aparece un David, encuentra inmediatamente a sus Guibborim, un Agamenón a sus Héroes, un Arturo a sus Pares, un Carlomagno a sus Paladines, un Napoleón a sus Mariscales. Y Jesús encontró, entre la plebe de Galilea, a sus Apóstoles.

LA MONTAÑA

El sermón de la Montaña es el mayor título de los hombres a la existencia. A la presencia de los hombres está el universo infinito. Nuestra suficiente justificación. La credencial de nuestra dignidad de seres dotados de alma. La prenda de que podremos elevarnos por encima de nosotros mismos y ser más que hombres. La promesa de esta posibilidad suprema, de esta esperanza: de nuestra ascensión por cima de la bestia.

Si un Angel, bajado hasta nosotros de un mundo superior, nos pidiera lo mejor y más caro que tenemos en nuestras casas, la prueba de nuestra certeza, la obra maestra del espíritu en el apogeo de su poder, no lo llevaríamos ante las grandes máquinas estruendosas, perfectamente aceitadas, ante los prodigios mecánicos de que tontamente nos gloriamos, pues ellos han hecho la vida más trabajosa, más esclava, más corta —y son materia al servicio de las necesidades y superfluidades materiales— sino que le presentaríamos el Sermón de la Montaña; y después, tan sólo después, algunos centenares de páginas arrancadas a los poetas de todos los pueblos. Pero el Sermón sería siempre el diamante único, refulgente con su límpido brillo de luz pura en medio de la coloreada miseria de las esmeraldas y de los zafiros.

Y si los hombres fueran citados ante un tribunal sobrehumano y tuvieran que rendir a los jueces cuenta de todos los errores inexplicables y de las viejas infamias renovadas diariamente y de las matanzas que duran miles y miles de años y de toda la sangre salida de las venas de nuestros hermanos y de todas las lágrimas caídas de los ojos de los hijos de los hombres y de nuestra dureza de corazón y de nuestra perfidia —que acaso solamente nuestra imbecilidad llega a igualar— no llevaríamos ante ese tribunal las razones de los filósofos, aunque sabias y bien biladas; ni las ciencias, efímeros sistemas de símbolos y de recetas; ni nnestras leyes, turbias transacciones entre la ferocidad y el miedo. No tendríamos que mostrarle, como compensación de tanto mal, como resarcimiento de nuestras tenaces morosidades, apología de sesenta siglos de historia atroz, como único y supremo atenuante de todas las acusaciones, nada más que los pocos versículos del Sermón de la Montaña.

Quien lo haya leído una vez siquiera y no haya sentido, al menos en aquel breve momento de la lectura, un estremecimiento de ternura agradecida, un principio de llanto en la garganta, una angustia de amor y de remordimiento, una necesidad confusa, pero apremiante de hacer algo para qne aquellas palabras no sean solamente palabras, para que ese Sermón no sea solamente sonido y señal, pero sí una esperanza inminente, verdadera vida en todos los vivos, verdad presente, verdad para siempre y para todos; quien lo haya leído una vez sola y no haya sentido todo esto, merece más y mejor que nadie nuestro amor, porque todo el amor de los hombres no podrá jamás compensarle lo que ha perdido.

La Montaña sobre la cual se sentaba Jesús el día del Sermón indudablemente era menos elevada que aquella desde donde Satanás le había mostrado los reinos de la tierra. Desde allá arriba no se veía más que el campo tendido bajo el sol afectuoso de la tarde y a un lado el óvalo verdeplata del lago y al otro la larga cresta del Carmelo [64], donde Elías venció a los lavaplatos de

(64) CARMELO. La bella cadena de montañas que lleva este nombre, en su mayor parte de formación calcárea, se extiende de NO. a SO. en una longitud de casi 24 km., y en nna anchura qne varía entre 5 y 8 km. al NO. Sn altura apenas pasa los 300 metros, pero en el centro alcanza hasta los 540, y domina majestuosamente por su lado, el mar; del otro, la dilatada llanura de Esdrelón.

La Biblia llama en una ocasión (Jos. 19, 26) a este monte *Carmelus maris*, para distinguirlo de otra montaña de igual nombre, situada al S. de la Palestina.

Carmelo en hebreo tiene la significación de huerto, o de puesto plantado de árboles. En la Sagrada Escritura se habla de él más que como indicación geográfica como figura metafórica y tipo de

Baal (65). Pero desde aquel modesto monte, que únicamente la hipérbole de los memorialistas llamó montaña, y acaso fué sencillamente algún pequeño otero, una peña apenas elevada sobre el suelo; desde aquel monte que ni el nombre de tal merecía, Jesús mostró el Reino que no tiene fin ni confín, y escribió en la carne de los corazones —no en tablas de piedra como Moisés— el canto del hombre nuevo, el himno del triunfo sobre sí mismo.

Mt. 9, 19. "¡Cuán hermosos son los pies de aquel que sobre la Montaña anuncia y predica la paz!" Isaías nunca fué tan profeta como en el momento en que le brotaron del alma estas palabras.

Estaba Jesús sentado sobre una elevación, entre los primeros Apóstoles, rodeado por centenares de ojos que le miraban en los ojos, y alguien le preguntó a quién tocaría ese Reino de los Cielos de que hablaba con tanta frecuencia.

Jesús contestó con las Nueve Bienaventuranzas, que son como el peristilo "fúlgido de fulgor" de todo el Sermón.

fecundidad y hermosura. Pero lo que dió celebridad inmortal a esta montaña fué el haber morado en ella el profeta Elías y los prodigios de que la bizo teatro. El Carmelo llegó a ser conocido en el lenguaje popular con el nombre de "Dejbel Mar Elías" (montaña de S. Elías). En la cima de ese monte puede decirse que tuvo principio el culto a la Santísima Virgen, adivinada por Elías en una nube misteriosa y fecunda que, al deshacerse en lluvia benéfica sobre la llanura de Sarón, puso fin a una terrible y prolongada sequía que azotaba a toda la región.

(65) BAAL. Nombre de un dios invocado bajo diversas formas por la mayor parte de los pueblos semitas y, particularmente, por los cananeos, por los fenicios, por los babilonios, y de los cuales los israelitas copiaron ese culto, especialmente cuando las dos casas de Israel y de Tiro contrajeron alianza, empezando del reinado del impío Acab (III de los Reyes, 16, 31 y IV de los Reyes, 8, 6 y 7). Desgraciadamente desde aquella época hasta el destierro, este culto se perpetuó casi sin interrupción en la masa del pueblo, mezclándose con el culto al Dios verdadero y existieron sacerdotes y falsos profetas consagrados a su servicio. Baal significa Señor, y era adorado en el sol, como principio de la vida física y animal. Al nombre de Baal va unida, generalmente, otra palabra según las diversas localidades en que él era adorado por los israelitas idólatras, como Baal-Zebub, Baal mosca, porque defendía de las moscas y de los insectos; Baal-Phagor, nombre de la montaña en que era adorado; Baal-Berith, dios de la alianza, etc.

Las Bienaventuranzas, frecuentemente deletreadas aun por los que han perdido el sentido de las mismas, casi siempre son mal interpretadas. Amputadas, mutiladas, contaminadas, deformadas, echadas a perder, torcidas. Y sin embargo, comprendían la primera jornada, la festiva, de la enseñanza de Jesús.

"Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos será el Reino de los Cielos". Lucas dejó las pa- Mt. 5, 3.
labras "de espíritu" y entendió los pobres, sin ningún Luc. 6, 20.
otro agregado; y muchos otros después de él, lo entendieron así. Algún moderno malicioso entendió los simples, los tontos, los desmañados. Hay, en suma, donde elegir, entre los indigentes y los mentecatos.

Jesús, en ese momento, no pensaba ni en los unos ni en los otros. Jesús no quería a los ricos y detestaba con toda su alma la avidez de riqueza, el mayor obstáculo que se pueda oponer a la verdadera prosperidad del alma; Jesús amaba a los pobres y los tenía cerca de sí por más necesitados de ser calentados, y les hablaba porque tienen ellos mayor necesidad de ser saciados con palabras de amor; pero no era tan necio como para pensar que bastaba ser pobres —materialmente, socialmente pobres— para tener, sin más, derecho al goce del Reino.

Nunca ha demostrado Jesús admiración por la inteligencia que se reduce a inteligencia de cosas abstractas y memoria de frases; los puramente sistemáticos y metafísicos, los sofistas, los investigadores de la naturaleza, los tragones de libros no habrían hallado gracia ante sus ojos. Mas la inteligencia: el poder comprender las señales de lo por venir y el sentido de los símbolos —la inteligencia iluminadora y profética, posesión amorosa de la verdad— era don también a sus ojos; y más de una vez se lamentó de la poca que manifestaban sus oyentes y sus discípulos. Para él, la inteligencia suprema consistía en comprender que la inteligencia sola no basta; que es menester cambiar completamente el alma para lograr la felicidad —porque la felicidad no es un sueño absurdo, sino eternamente posible y al alcance de la mano— pero que la inteligencia debe ayudarnos en esta total

transmutación. No podía, pues, invitar al goce del Reino de Dios a los idiotas y a los tontos.

"Pobres de espíritu" son, pues, los que tienen plena y dolorosa conciencia de su pobreza espiritual, de la imperfección de la propia alma, de la escasez de bien que hay en nosotros todos, de la indigencia moral en que yacen los más. Solamente los pobres que conocen que lo son realmente sufren de su pobreza y, porque sufren, de ella, se esfuerzan por abandonarla. Diferentes, ¡y cuántos!, de los falsos ricos, de los orgullosos que se creen ricos de espíritu, es decir, completos y no susceptibles de mayor perfección, en paz, con todo el mundo, en gracia de Dios y de los hombres, y no sienten ansias de subir porque se forjan la ilusión de estar ya en lo alto, y no se enriquecerán nunca porque no se percatan de su insondable miseria.

Aquellos, pues, que se confesarán pobres y sufrirán por adquirir aquella verdadera riqueza que es la perfección, serán santos como santo es Dios, y de ellos será el Reino de los Cielos; en cambio, aquellos que no sentirán el hedor de la inmundicia amontonada debajo de la vanagloria, no entrarán en el Reino.

"BIENAVENTURADOS LOS MANSOS, PORQUE ELLOS POSEE-
Mt. 5, 4. RÁN LA TIERRA". La tierra aquí prometida no es la tierra de pan de llevar ni las monarquías con las ciudades edificadas. En el lenguaje mesiánico "poseer la tierra" significa tener participación en el nuevo Reino. El soldado que pelea por la posesión de la tierra terrestre debe ser feroz. En cambio, el que combate en sí mismo, por la conquista de la nueva tierra y del nuevo cielo, no debe abandonarse a la ira, consejera del mal, ni a la crueldad, negación del amor. Los mansos son aquellos que soportan la proximidad de los malos y la propia, con harta frecuencia más desagradable; que no se vuelven contra los malos sino que los vencen con la dulzura; y no se enfurecen en presencia de las primeras contrariedades, sino que vencen al adversario interior con aquella obstinación plácida que revela más fortaleza de ánimo que los furores estériles y repentinos. Se asemejan al agua

que es suave a la mano y se desplaza en favor de todos, pero que sube lentamente, silenciosamente invade y tranquilamente consume, con la paciencia de los años, las penas más duras.

LOS QUE LLORAN

Mt. 5, 5. "BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN, PORQUE ELLOS SERÁN CONSOLADOS". Los angustiados, los que sienten asco de sí y compasión del mundo y no viven en la supina y ebria estupidez de la vida común y lloran la propia infelicidad y la de los hermanos, y lloran sobre los esfuerzos fallidos, sobre la ceguera que retarda la victoria de la Luz —porque la Luz no puede venir del cielo si los ojos de los hombres no la reflejan— y lloran la lejanía de aquel bien infinitas veces soñado, infinitas veces prometido y, no obstante, cada vez más alejado por culpa nuestra y de todos; los que lloran las ofensas recibidas, y en vez de aumentar las angustias con las venganzas lloran el mal que han hecho y el bien que hubieran podido hacer y que no han hecho; los que no se desesperan por haber perdido un tesoro visible; los que así lloran, aceleran con sus lágrimas la conversión de los hombres y es justo que, algún día, sean consolados.

Mt. 5, 6. "BIENAVENTURADOS LOS QUE TIENEN HAMBRE Y SED DE JUSTICIA, PORQUE ELLOS SERÁN SACIADOS". La justicia a que se refiere Jesús no es la justicia de los hombres, la mera obediencia a las leyes humanas, la conformidad de los códigos, el respeto de los usos y transacciones establecidas por los hombres. El "justo", en el idioma de los salmistas y de los profetas, es el hombre que vive conforme a la voluntad de Dios, es decir, del supremo arquetipo de toda perfección. No según la Ley escrita por los escribas y registrada por las sutilezas de los fariseos, pero sí segun la Ley única y simple que Jesús reduce a un solo precepto: "Ama a todos los hombres próximos y lejanos, conciudadanos y forasteros, amigos y enemigos". Los que padecen un continuo deseo de esta justicia verán saciada su hambre y su sed en el Reino. Aun cuando no lograron ser perfectos en todo, mucho les será condonado en mérito de lo que padecieron la víspera.

"BIENAVENTURADOS LOS MISERICORDIOSOS, PORQUE ELLOS ALCANZARÁN MISERICORDIA". Quien ame será amado; Mt. 5, 7. quien preste auxilio será auxiliado. La ley del talión ha sido abrogada en lo malo, mas en lo bueno es siempre válida. Nosotros cometemos continuamente pecados contra el espíritu y estos pecados nos serán perdonados sólo y cuando nosotros perdonemos los cometidos contra nosotros. Cristo está en todos los hombres y lo que hiciéramos con ellos será hecho con nosotros. "Lo que hiciereis a uno de estos pequeñitos, lo hicisteis a mí". Si te- Mt. 25, 40. nemos piedad de los otros podremos tener piedad de nosotros mismos; sólo si perdonamos el mal que otros nos hicieron podrá Dios perdonar el que nos hacemos a nosotros mismos.

"BIENAVENTURADOS LOS LIMPIOS DE CORAZÓN, PORQUE ELLOS VERÁN A DIOS". Son limpios de corazón los que no Mt. 5, 8. tienen más deseo que la perfección, ni más alegría que la victoria sobre el mal que por todos lados nos busca. Quien tiene el corazón atiborrado de deseos locos, de ambiciones terrenales y de todas las lascivias de que está lleno el gusanero que se retuerce sobre la tierra, nunca podrá ver a Dios cara a cara, ni jamás le será dado el dulce naufragar en su magnificiencia feliz.

"BIENAVENTURADOS LOS PACÍFICOS, PORQUE ELLOS SERÁN LLAMADOS HIJOS DE DIOS". Los pacíficos no son los man- Mt. 5, 9. sos de la segunda Bienaventuranza. Estos no respondían al mal con el mal; los pacíficos en cambio son los que llevan el bien allá donde está el mal, que firman las paces donde se encarnizan las guerras. Cuando Jesús dijo que había venido a traer la guerra y no la paz, entendía decir la guerra al Mal, a Satanás, al Mundo: al Mal que es ofensa, a Satanás que mata, al Mundo que es una eterna reyerta; entendía decir, en una palabra, la guerra

a la guerra. Los pacíficos son aquellos precisamente que declaran guerra a la guerra; los aplacadores, los autores de la concordia. El origen de toda guerra es el amor de sí mismo —amor que se convierte en amor a las riquezas, soberbia de lo poseído, envidia de quien tiene más, odio hacia los hombres— y la nueva ley viene a enseñar el odio de sí, el desprecio de los bienes que se pueden medir, el amor a todas las criaturas, también a las que nos odian. Los pacíficos que enseñan y practican este amor, arrancan la raíz de toda guerra; cuando cada hombre ame a sus hermanos más que a sí mismo, no habrá más guerras, ni pequeñas, ni grandes, ni domésticas, ni imperiales —ni de palabras ni de hecho— entre hombre y hombre, entre casta y casta, entre pueblo y pueblo. Los pacíficos habrán tranquilizado la tierra y, con justicia, serán llamados hijos legítimos de Dios y serán de los primeros en entrar en su Reino.

Mt. 5, 10. "BIENAVENTURADOS LOS QUE SUFREN PERSECUCIÓN POR AMOR A LA JUSTICIA; PORQUE DE ELLOS ES EL REINO DE LOS CIELOS". Os envío a fundar este Reino, que es el Reino del Cielo; de la más alta justicia, que es el amor; de la paterna bondad que se llama Dios. Os envío, pues, a combatir contra los sostenedores de la injusticia, contra los lacayos de la materia, contra los prosélitos del Adversario. Estos, atacados, se defenderán; para defenderse os ofenderán. Seréis torturados en el cuerpo y atormentados en el alma, privados de la libertad y, tal vez, de la vida. Pero si aceptareis sufrir con alegría para llevar a los otros esa Justicia que os hace sufrir, la persecución será título incontestable para entrar en el Reino que, por vuestra parte, habréis contribuído a fundar.

Mt. 5, 11-12. "BIENAVENTURADOS CUANDO OS ULTRAJAREN Y, MINTIENDO, DIJEREN TODO MAL CONTRA VOSOTRO. GOZAOS Y ALEGRAOS, PORQUE VUESTRO GALARDÓN ES GRANDE EN LOS CIELOS; PUES ASÍ PERSIGUIERON A LOS PROFETAS ANTES QUE A VOSOTROS". La persecución es especialmente material, en el orden físico, en el orden jurídico y político. Os podrán quitar el pan y la luz pura del sol y la divina

libertad y querrán romperos los huesos. Mas no bastará la persecución. Esperaos el insulto y la calumnia.

No se contentarán con condenaros porque queréis convertir a los hombres-bestias en santos: estos hombres-bestias, tendidos a la bartola en la podredumbre hedionda de la animalidad, no quieren dejarla por ningún motivo; no se contentarán, pues, con torturar vuestro cuerpo. Tocarán también vuestra alma: os acusarán de toda clase de torpezas, os lapidarán con vituperios y contumelias; y los puercos dirán que sois sucios, los asnos jurarán que sois ignorantes, los cuervos os acusarán de comer las carroñas, los cabrones os alejarán como a hediondos, los disolutos gritarán escandalizados de vuestra lujuria, los ladrones os denunciarán por hurto. Pero vosotros deberéis alegraros cada vez más, porque el insulto de los malos es la consagración de vuestra bondad y el fango que os arrojan los impuros es la prenda de vuestra pureza.

Es ésta, como dirá San Francisco, la Perfecta Alegría. "Por encima de todas las gracias que Cristo concede a sus amigos, la mayor es la de vencerse a sí mismo y soportar, con gusto, penas, injuria, oprobios e incomodidades; porque de todos los otros dones de Dios, nosotros no nos podemos gloriar, porque no son nuestros, sino de Dios. Pero de la tribulación y de la aflicción nos podemos gloriar porque esto es nuestro". Todos los Profetas que hablaron en la tierra fueron insultados por los hombres; lo mismo les acontecerá a los que vendrán. Precisamente por esto se reconocen los Profetas: cuando, cubiertos de fango de pies a cabeza, encorvados bajo los insultos, pasan por entre los hombres, con la cara sonriente y siguen hablando de lo que su corazón les dicta. No basta el fango para cerrar los labios de los que deben hablar. Aunque el obstinado importuno fuera asesinado, no por eso podrán reducirlo a silencio, porque su Voz, multiplicda por los ecos de la muerte, se oirá en todas las lenguas y por todos los siglos.

Con esta promesa terminan las Bienaventuranzas.

Los ciudadanos del Reino son encontrados y marcados.

Todo el mundo podrá reconocerlos. Los reacios están advertidos; los vacilantes, animados.

Los ricos, los soberbios, los satisfechos, los violentos, los injustos, los peleadores, los *que ríen*, los que no tienen hambre de perfección, los que persiguen y ultrajan no podrán entrar en el Reino de los Cielos. No podrán entrar mientras ellos también no sean vencidos y cambiados, hechos lo contrario de lo que son ahora. Los que parecen felices según el mundo,, aquellos a quienes el mundo envídia, imita y admira, están infinitamente más lejos de la efectiva felicidad que los otros a quienes el mundo desprecia y detesta.

En este preámbulo regocijante Jesús ha invertido las jerarquías humanas; luego, prosiguiendo, invertirá los valores de la vida. Y ninguna otra revolución será tan divinamente paradójica como la suya.

EL SUBVERSOR

Los Gimnosofistas del Eunuquismo, y la secta poltrona de los Saturninos (66) —son los Hombres Serios, que llegan siempre cuando las cosas están hechas y a éstas no las rehacen, sino que las repiten y gastan— han puesto siempre mala cara a todo aquello que parece paradójico. Para no tomarse la molestia de distinguir entre las Paradojas sagradas y las que no son más que fatuos esparcimientos de cerebros enfermos o extravagantes, salen del paso dogmatizando que las Paradojas no son más que subversiones de verdades antiguas y conocidas; por consiguiente, falsedades y —esto lo agregan para cortar las alas a la vanidad— de facilísima invención. Porque se diría que a ellos paréceles difícil el caminar por el sendero trillado y deletrear, renglón por renglón, escrito mucho antes de que ellos nacieran, por hombres que, indudablemente, no tenían su bellaca costumbre.

Si estos santones del "Ya ha sido dicho" —soportables

(66) SATURNINOS. Secuaces de Saturnino, hereje gnóstico del siglo segundo. Ireneo, el primero que lo recuerda, lo pone después de Simón y Meandro, y le atribuye las opiniones del último acerca de la creación del mundo invisible y visible. Corre mucha semejanza también entre el sistema de Saturnino y el de los Ofitas; pero el primero es más sencillo. La Cristología de Saturnino es afín de la de los Docetos o Fantasmagóricos, a saber: que Cristo sólo tuvo apariencia humana y fué enviado a destruir los espíritus del mal entre los cuales también el Dios de los judíos, el Creador de la materia que, en el concepto gnóstico, representa el mal. En moral, Saturnino es más coherente que los demás gnósticos; pues mientras éstos se entregaban fácilmente a la sensualidad, como una valiente protesta contra los preceptos del Dios judío, él, persuadido de que la materia era creatura del espíritu maligno, condenaba todo el placer sensual y hasta el matrimonio; se abstenía de la carne y exigía a sus secuaces una continencia especial. Recuerdan su secta Justino (Diálogo con Trifón, c. 35), y Egesipo.

como guardadores de la tradición, perniciosos como obstáculos para lo Nuevo— quisieran tener la fineza de extraer del depósito de su abarrotada Memoria las poquísimas Ideas Madres sobre las cuales vive, o mejor, agoniza el pensamiento moderno, caerían en la cuenta, ¡qué escándalo enorme!, dc que son todas, o casi todas, subversiones: es decir, Paradojas.

Cuando Rousseau os dice que los hombres nacieron buenos, pero que la soeiedad los ha echado a perder, subvierte el dogma revelado del pecado original; y cuando el teorizador del Progreso afirma que de lo Peor viene lo Mejor; y el de la Evolución que lo Complejo brota de lo Simple; y el Monista que todas las Diversidades no son sino manifestaciones de lo Unico; y el Marxista que lo Económico engendra lo Espiritual; cuando los modernos Filósofos Matemáticos afirman que el hombre no era, como siempre se ha creído, centro del universo, pero si una minúscula especie animal establecida en una de las infinitas esferas esparcidas en lo infinito; y cuando los Protestantes gritaron: "del Papa no hacemos cuenta; sólo la haremos de la Biblia"; y los revolucionarios de Francia: "el Tercer Estado hoy es nada y debe serlo todo"; ¿qué hicieron todos éstos sino subvertir opiniones antiguas y comunes?

Pero el Subversor más grande es Jesús. El supremo Paradojo, el Subversor radical y sin miedo. Su grandeza en esto estriba. Su eterna novedad y juventud. El secreto de tender todo corazón grande, pronto o tarde, hacia su Evangelio.

Se encarnó para rehacer a los hombres, clavados en el error y en el mal. Encuentra error y mal en el mundo, ¿y cómo podría no subvertir al mundo?

Volver a leer las palabras de la Montaña. A cada paso Jesús quiere que lo Bajo sea reconocido como Alto, que el Ultimo sea el Primero, que el Desechado sea el Preferido, que el Despreciado sea Venerado y, por fin, que la vieja Verdad sea considerada como Error y la Vida común Corrupción y Muerte. El ha dicho a lo Pasado, aterido en su agonía, a la Naturaleza, obedecida con sobrada buena voluntad, a la Opinión universal y vulgar,

el NO más rotundo que registre la historia del mundo.

En esto se manifiesta fiel al espíritu de su raza, que de sus caídas más profundas ha sacado siempre motivos de mayores esperanzas. El pueblo más esclavo sueña en dominar a los otros pueblos con el Hijo de David; el más despreciado se siente prometido de la Gloria; el más castigado por Dios se cree el más amado; el más pecador está convencido de que es el único que se ha de salvar. Pero este absurdo desquite de la conciencia hebraica, en Cristo se convierte en una revisión de valores que llega, por la lógica misma de su principio sobrenatural, a una reforma divina de los principios que la humanidad sigue y respeta.

La certidumbre sobreentendida de Jesús es igual al primer descubrimiento de Buda. Los hombres son infelices. Todos. También aquellos que parecen felices. Sidarta enseña que para suprimir el dolor hay que suprimir la vida; Jesús se ase de otra esperanza tanto más sublime cuanto más absurda a primera vista. Los hombres son infelices porque no han sabido hallar la verdadera vida; conviértanse en lo contrario de lo que son, hagan lo contrario de lo que hacen, y se iniciará la fiesta de la felicidad sobre la tierra.

Hasta aquí han seguido a la naturaleza; se han dejado guiar por sus instintos; han aceptado, sólo de dientes afuera, una ley provisoria e insuficiente; han adorado a los dioses falsos; han creído hallar la felicidad en el vino, en la carne, en el oro, en el mundo, en la crueldad, en el arte, en la sabiduría, y no han hecho más que irritar su mal. Quiere esto decir que se han equivocado de camino; que se debe volver atrás; renunciar a lo que pareció bueno y recoger lo que se arrojó lejos; adorar lo que se quemó y quemar lo que hemos adorado; vencer los instintos animales en vez de satisfacerlos; luchar contra nuestra naturaleza en vez de justificarla; rehacer una nueva ley y vivirla en el espíritu sin restricciones mentales.

Si hasta ahora no se ha conseguido lo que se buscaba, no queda otro recuerdo que subvertir la vida presente, es decir, cambiar completamente el alma.

Nuestra infelicidad permanente es la demostración acabada de que la experiencia del viejo mundo ha fracasado; que la naturaleza es enemiga; que lo pasado no tiene razón; que el vivir como bestias y según los instintos elementales de la bestia, apenas teñidos y barnizados de humanidad, es lo mismo que enmohecer en el descontento y debatirse en la desesperación.

Los que, doloridos o escarnecedores, han denunciado la infinita miseria del hombre, han visto bien. Los pesimistas tienen razón. A los acusadores de nuestra bribonería, a los despreciadores de nuestra impotencia, a los escarnecedores de nuestra villanía, ¿cómo refutarlos?

Todo aquel que no ha nacido para revolcarse contento en la gusanera y engullir su partícula de tierra; todo aquel que no tiene solamente un estómago y dos manos sino una alma también y un corazón; quien no ha sido dotado de una alma de temple más fino y por lo tanto incesantemente herida, no puede por menos que sentir horror de los hombres. En los de naturaleza más árida, este horror se convierte en asco y odio; en los otros, de naturaleza más generosa y más rica, en compasión y amor.

Cuando Giácomo Leopardi, después de haber perdido el amor al Cristo de su niñez, acaso por culpa de los cristianos imperfectos que lo rodeaban, se consumía en la desesperación raciocinadora, y concluía: "Amargura y hastío es la vida y nada más", ¡quién hubiese tenido valor para gritarle: "¡Calla, desdichado! Si no adviertes que el amargor depende del ajenjo que masticas, y si te hastías, tuya es la culpa, pues has cauterizado, con la piedra infernal del raciocinio, los sentimientos que te hubieran hecho alegre o, por lo menos, soportable tu vida".

No. No se equivocó Leopardi. Cuando uno ve a los hombres como son y no tiene la esperanza de salvarlos, es decir, de cambiarlos, y no puede vivir, como ellos viven, porque es de ellos muy diferente, y no logra amarlos porque los cree condenados a la infelicidad y maldad eternas, y para él los brutos serán siempre brutos y los cobardes siempre cobardes y los sucios cada vez

más sumidos en la inmundicia, ¿qué otra cosa puede hacer sino aconsejar al corazón que calle y esperar en la muerte? No hay más que un único problema: ¿son los hombres inmutables, incapaces de ser transformados, incapaces de ser mejorados? ¿Puede en cambio el hombre transhumanarse, santificarse, endiosarse? Todo nuestro destino está encerrado en esta pregunta.

También entre los hombres que están por encima de los otros, los más no han tenido pleno conocimiento del alma. Muchos han creído y creen que pueden cambiarse las formas de la vida mas no el fondo, y que al hombre le será posible todo menos el cambiar la naturaleza de su espíritu. El hombre podrá llegar a ser más dueño del mundo, más rico, más docto, pero su estructura moral no podrá cambiar; sus sentimientos, sus primeros instintos seguirán siendo los mismos que eran en los salvajes habitadores de las cavernas, en los constructores de las ciudades lacustres, en los bárbaros de las primeras hordas, en los pueblos de las monarquías más antiguas.

Otros sienten el mismo horror por el hombre como ha sido y como es; pero, antes de dejarse caer en la desesperación de la nada, miran al hombre cual podría ser, abrigan una firme esperanza en un mejoramiento del alma y hallan la felicidad en la divina pero terrible empresa de preparar la felicidad de sus hermanos.

Para los hombres no hay otra elección: o la angustia más desconsoladora o la fe más temeraria; o morir o salvar.

Lo pasado es horrible; lo presente, asqueroso. Demos toda nuestra vida, ofrezcamos todo nuestro poder de amar y de comprender, a fin de que el mañana sea mejor, a fin de que lo futuro sea feliz. Si hasta aquí nos hemos equivocado —y la prueba irrefutable es que estamos mal— trabajemos por el nacimiento de un hombre nuevo y de una vida nueva. Esta es la única luz. O la felicidad no será nunca concedida a los hombres, o bien —y esto lo cree firmemente Jesús— si la felicidad puede ser nuestra común y eterna herencia, no la podremos conseguir sino a este precio. Cambiar de camino, transformar el alma, crear nuevos valores, negar los antiguos,

decir el NO de la Santidad y los SI engañadores del Mundo. Si Cristo se ha equivocado, no nos queda más que la negación absoluta y universal y el voluntario aniquilamiento. O el ateísmo estricto y perfecto —no el hipócrita y trunco de los menguados escépticos de hoy— o la fe activa en el Cristo que salva y resucita en el amor.

"SE DIJO"

La historia del hombre es la historia de una enseñanza. Historia de una guerra entre los menos fuertes de espíritu y los más fuertes en número. Es la historia de una educación siempre fallida y siempre reanudada, de una educación ingrata, dificultosa, soportada con disgusto, frecuentemente rechazada, abandonada de vez en cuando y, poco después, reasumida.

Los primeros Profetas, los más antiguos Legisladores, los Pastores de las naciones nacientes y principalmente los Reyes fundadores de ciudades e instituciones de justicia; los Maestros sabios y santos han empezado temprano la doma de la bestia. Con la palabra hablada y esculpida domesticaron a los hombres lobos, devastaron a los selváticos, refrenaron a los bárbaros, amaestraron a los niños encanecidos, amansaron a los feroces, doblegaron a los violentos, a los vengativos, a los inhumanos. Con la suavidad de la palabra o con el terror de las penas. Orfeos o Dracones, prometedores o amenazadores, en nombre de los Dioses del alto cielo o de los Dioses del abismo, cortaron las uñas, que volvieron a crecer, pusieron bozal y freno a las bocas dentadas, protegieron a los indefensos, a las víctimas, a los peregrinos, a las mujeres.

La Ley vieja, la que, con pocas diferencias, se encuentra en el Manava Dharmasastra y en el Pentateuco (67),

(67) PENTATEUCO. Con el nombre griego de "Pentateuco" se puede designar la colección o, más bien, el volumen de los primeros cinco libros de la Biblia, cuyo autor, según la tradición constante, tanto judía como cristiana, es Moisés, profeta, legislador y libertador del pueblo hebreo de la esclavitud de Egipto. Significando, pues, el nombre así como el "Quíntuplo", se adaptó admirablemente al conjunto de la obra. Los judíos lo designan, gene-

en el Ta-lio y en las tradiciones de Solón y de Numa Pompilio, en las sentencias de Hesíodo y de los Siete Sabios, es un primer esfuerzo, imperfecto, tosco, inadecuado, para sacar de la resaca de la animalidad un bosquejo, un principio, un simulacro de humanidad.

Esta Ley reducíase a pocas prohibiciones: no robar, no matar, no perjurar, no fornicar, no abusar del débil, no maltratar más de lo necesario al extranjero vencido y al esclavo. Son las virtudes sociales estrictamente nece-

ralmente, con el nombre de *torak* (Ley), porque la parte principal la ocupan las leyes y reglamentos particularmente en los últimos libros. Los libros que componen el "Pentateuco" son los siguientes:

El *Génesis* que comprende, además de la historia de la creación, la historia primitiva del género humano, empezando por Adán y Eva y descendiendo hasta la historia de José, es decir, hasta el último patriarca de la nación hebrea, cuya serie comprende a Noé, Sem, Thare, Abraham, Isaac y Jacob, padre de José.

El *Exodo;* conmovido Dios de las condiciones miserables en que vivían los israelitas bajo los Faraones, narra este libro la misión de Moisés, que le fuera confiada para librarles de la esclavitud. Habla de los acontecimientos que precedieron y acompañaron la salida del pueblo escogido de los límites de Egipto, del viaje del mismo a través del desierto, atacado por diversos pueblos en su marcha, hasta la promulgación de la ley divina en la cumbre del Sinaí y la construcción del Tabernáculo. Esta última parte (cap. XIX-XL) es independiente y de capital importancia.

El *Levítico* (véase otra nota anterior), contiene las leyes especiales para el culto, y se divide en tres partes que se refieren, respectivamente, a los sacrificios, a las impurezas legales y al sábado y demás fiestas.

Los *Números* constan también de tres partes: preparación para la partida del Sinaí, acontecimientos que corren desde la partida del Sinaí hasta el año cuadragésimo de la salida de Egipto, incluyendo algunas revueltas y murmuraciones contra Moisés; acontecimientos que se han verificado y leyes promulgadas en los primeros diez meses del citado año cuadragésimo.

El *Deuteronomio* dedica muy poco espacio a la narración histórica, la cual está confinada en los últimos capítulos (XXXI-XXXIV), que cuentan de la designación de Josué por sucesor de Moisés, y la muerte de Moisés. La mayor parte la llenan tres discursos legislativos y morales que, en su conjunto, forman como un código de leyes civiles y religiosas, que justifican el nombre del libro que quiere decir "Segunda Ley".

Cuando a los cinco libros mencionados se les añade el libro de Josué, que es la continuación del Pentateuco, al conjunto se lo llama *Exateuco.*

sarias para una convivencia útil a todos. El legislador se contenta con reducir el número de los crimenes más comunes. Se conforma con un mínimo de prohibiciones; su ideal raramente va más allá de una justicia relativa.

Mas la Ley supone, antes de sí y junto a sí, el predominio del mal, la soberanía del instinto. Todo precepto implica su infracción; toda norma, la práctica contraria. Por esto la Ley antigua, la Ley de los pueblos primitivos, no es más que un dique insuficiente opuesto al bruto eterno y triunfador. Es un conjunto de concesiones y de medias tintas: entre las costumbres y la justicia, entre la naturaleza y la razón, entre la bestia recalcitrante y el modelo divino.

Los hombres de los tiempos antiguos, los hombres carnales, físicos, corporales, corpulentos, sanguíneos, robustos, bien formados, de pelo tupido, de cara roja, comedores de carne cruda, violadores de vírgenes, ladrones de manadas, desolladores de enemigos dignos de ser llamados, como Héctor Troyano, "matadores de hombres"; los guerreros de fuerza y apetito que, después de haber arrastrado por los pies al matado antagonista, se reponían hincando los dientes en gordos lomos de terneros y de capones, rociándolos con desmedidos jarros de vino; los hombres mal uncidos al yugo de la Ley, como los vemos en el "Mahabharata" y en la "Ilíada", en el "Poema de Izdubar" y en el libro de las guerras de Jehová, hubieran sido, sin el terror de los castigos y de los dioses, más feroces aún y desenfrenados. En tiempos en que por un ojo se exigía la cabeza, por un dedo un brazo y por una vida cien vidas, la ley del Talión, que sólo pedía ojo por ojo y vida por vida, era una señalada victoria de la generosidad y de la justicia, aunque a nosotros, después de la venida de Jesús, nos parezca sencillamente espantosa.

Pero la Ley era más desobedecida que observada; los fuertes la soportaban tascando el freno; los poderosos, que debían protegerla, escapaban a ella; los malos la violaban abiertamente; los débiles cometían fraudes contra ella. Y aun cuando hubiera sido obedecida toda, y por todos y cada día, no era suficiente para vencer el

mal rebullente y en perpetua refloración, detenido por momentos pero no suprimido, hecho más difícil pero no imposible, condenado pero no abolido. Significaba una reducción de la ferocidad nativa, no su total extirpación. Y los hombres, trabados pero reacios, habían caído en la simulación de la obediencia; hacían un poco de bien a la vista de todos a fin de estar más libres para hacer el mal en secreto, y exageraban la observancia de los preceptos exteriores para burlarse mejor del fundamento y del espíritu de la ley.

A esto habían llegado cuando Jesús habló desde la Montaña. El sabía que la antigua Ley estaba consumida, enervada, ahogada en los pantanos muertos del formulismo. La obra milenaria de la educación del género humano debía ser empezada de nuevo. Era menester apartar y barrer las cenizas, reanimar a la humanidad con el fuego del entusiasmo primitivo, llevarla de nuevo a su destino inicial, que es siempre la "*Metanoia*", el cambio del alma. Para esto, cumplir la Ley vieja, la Ley disecada y consumida. Mas para cumplirla nada mejor que llevarla al extremo, exasperarla hasta la paradoja y, por último, crear una Ley nueva que substituyese a la antigua y obrara una verdadera y completa subversión de la naturaleza humana.

Un pasaje de los Evangelios parece negar que éste fuera el supremo propósito de Jesús. "No penséis que he venido a abrogar la Ley o los Profetas: no he venido a
Mt. 5, 9. abrogarlos sino a darles cumplimiento". Pero en el mismo Mateo a esta afirmación tan categórica sigue un pensamiento que la limita y, al menos en parte, la contradice. Este pensamiento acaso no ha sido comprendido en su sentido propio, porque todos están dominados por la idea de que la Ley de Jesús no es más que la continuación de la Ley de Moisés. "Porque en verdad os digo que hasta que pase el cielo y la tierra no pasará de la Ley
Mt. 5, 10. ni un punto, ni un tilde, sin que todo sea cumplido" Es decir, no sucederá nunca (como no puede suceder que el cielo y la tierra desaparezcan) que desaparezca la mínima parte de la Ley "sin que todo sea cumplido". Estas últimas palabras están traducidas al pie de la letra

porque aquí, precisamente, está la solución del misterio. Jesús no quiere decir más que esto: sin que todo, es a saber: aquel tanto de justo y verdadero que hay en la antigua Ley, sea cumplido, sea realmente regla constante de vida, uso universal y preliminar, los antiguos mandamientos estarán en su pleno vigor. Son un mínimo y, por lo tanto, el primer peldaño necesario para subir a la Ley nueva. Pero cuando todo sea cumplido, y la Ley antigua sea sangre de vuestra sangre y la Ley nueva sea anunciada, entonces no habréis más menester de las viejas y defectuosas legislaciones; y una Ley superior y mayor, que dejará atrás a la otra y, en parte, la negará, será puesta en su lugar.

En el ardor de su polémica con los fariseos, Jesús fué más explícito: "La Ley y los Profetas han durado hasta Juan. Desde entonces es anunciada la Buena Nueva del
Reino de Dios y cada uno entra en él haciendo fuerza". Mt. 5,11-12.
Se abre, pues, con Jesús la Ley nueva, y la vieja es abrogada y declarada insuficiente.

En cada ejemplo él empieza con las palabras: "*Se dijo*". E inmediatamente hace seguir al viejo mandamiento, que purifica en la paradoja o por completo subvierte, el nuevo: "*Mas yo os digo...*"

Con estos "*mas*" empieza un nuevo día de la educación humana. No es de Jesús la culpa si nosotros andamos todavía a tientas en el crepúsculo de la mañana.

"MAS YO OS DIGO"

"Se dijo a los antiguos: *¡no matarás!...*; mas yo os digo: todo aquel que se enoja con su hermano, obligado será a juicio; y quien dijere a su hermano: *Raca* (68),

(68) RACA. Esta voz en la lengua siríaca indica un hombre de nada, un fatuo, un tonto, como las voces "rik, rek y rekin" expresan ideas afines. Esa voz se encuentra en el evangelio de San Mateo, donde Jesucristo, enseñando a las turbas, les dijo: "Oísteis que fné dicho a los antigos: ¡No matarás!".

El sentido del discurso que aparece en este evangelio muchos no lo han expuesto satisfactoriamente. Transcribimos lo que al respecto dice monseñor Martini, con otros: "Los jndíos tnvieron tres tribunales diferentes. El primero, de los triunviratos, el segundo de los veintitrés, el tercero de los setenta o más bien setenta y nno y se llama Sanedrín. El evangelio con el nombre de "juicio", se refiere aquí al segundo; mientras que con el nombre de congreso o concilio, se refiere al tercero. No son bien conocidos los límites de la jurisdicción de estos tribunales; pero seguramente al tercero correspondía el conocimiento de las causas gravísimas, por ejemplo las qne se relacionaban con la religión, con la república y con el snmo sacerdote. A los dos últimos tribunales alude el Salvador cuando dice: "obligado será a juicio". Según la opinión más verosímil, quiere decir que será reo de pena capital, cual es la qne contra los homicidas se decreta en el juicio. Estará obligado a concilio, quiere decir que se hará reo de tal delito que merece ser castigado por el supremo Tribunal con pena capital y gravísima. Y quiere decir con esto: la Ley castiga con pena de mnerte al qne mata a otro, y yo os digo que todo aquel que se enoje con sn propio hermano hasta desearle por venganza la muerte, ya es reo de homicidio, aunque no derrame la sangre de su hermano. Y todo aquel que, con semejante ira en el corazón, se desate en palabras villanas e insultantes, llamándolo Raca, es decir hombre ligero y sin talento, merecerá pena de muerte aún más grave; quien con semejante disposición en el corazón llegara con mayor injnria, a llamarlo tonto o necio, merece pena mayor qne la capital, es decir, merecer ser quemado vivo (qnedará obligado a la gehena del fuego)". (Véase Gehena más abajo).

El querer ver en las palabras de Jesucristo tres grados tanto de culpa cnanto de pena, como si el citado texto quisiera decir: es

será llevado al Sanedrín; y quien le dijere: loco, será condenado al fuego de la gehena". Jesús va derechamente a los extremos. No admite ni siquiera la posibi- Mt. 5, 21-22.
lidad de matar; no quiere pensar que haya un hombre capaz de matar a un hermano. Ni aun de herirlo. No concibe siquiera la intención, la voluntad de matarlo. Un solo instante de ira, una sola palabra de insulto, un solo arranque de ofensa, equivalen al asesinato. Los espíritus muelles y flojos gritarán: ¡exageración! Porque no hay grandeza donde no hay pasión, es decir, exageración.

malo enojarse, peor llamar a uno Raca y pésima cosa es decirle tonto; y, por lo tanto, aumentar las penas de las del juicio a la de concilio y de ésta a la gehena, no agrada a otros expositores de la Biblia, que no encuentran diferencia entre la palabra Raca y la palabra "tonto", pues las toman como sinónimas; ni saben conocer cómo ni cuándo una de estas expresiones contenga una injuria mayor que la otra. Weintenauer, por ejemplo, halla mny oportuna y hace suya la interpretación que de este paso del Evangelio da Roseto, a saber: "A los antiguos (quien habla es Jesús), les estaba prohibido matar, so pena de incurrir en la ira divina; yo os intimo el propio enojo y jnicio de Dios, si os enojáis gravemente e injustamente contra vuestro hermano. Si alguno de vosotros por injuria llamare a otro necio o tonto, lo lleváis a concilio de los jueces (Sanedrín) a fin de que dé satisfacción por la injuria; en cambio a aquel que seriamente y para injuriarlo gravemente, haya tratado de tonto a su hermano, no lo condenaré a penas humanas sino al fuego eterno". Ese antor, haciendo eco a esta exposición, hace notar que el mismo nombre de Sanedrín da a entender claramente que aquella no es sentencia de Cristo sino de los escribas; porque el Juez Supremo nunca amenazó con penas aplicadas por jueces humanos y menos por aqnellos jneces cuya jnrisdicción estaba por terminar con la próxima destrucción del pueblo hebreo y de su Tribunal supremo.

GEHENA. Este nombre en el A. Testamento designaba un pequeño valle al S. de Jerusalén, en el que se ofrecían a Moloch los niños, arrojándoselos en el regazo de sn estatua calentada al rojo. Llamábase entonces, en hebraico, el valle de Hirmón, el valle de los hijos de Hinnón. No se sabe con exactitud si este nombre "hinnóm" es un nombre propio o común. En el segundo caso, que es el más probable, significa "quejido", "lamento", y entonces el nombre entero significa "el valle de los lamentos" y "el valle de los que gimen", nombre muy apropiado al lugar de los sacrificios horribles y de los desgarradores gemidos que en él se oían. Más tarde, desde los primeros tiempos del cristianismo, se tomó ese nombre para significar con él el infierno, lugar de castigo para los réprobos. El Nuevo Testamento emplea precisamente en este sentido la palabra gehena.

Jesús tiene su lógica y no se equivoca. El homicidio no es más que la última manifestación de un sentimiento. De la ira se pasa a las malas palabras, de las malas palabras a las malas acciones, de los golpes al asesinato. No basta, pues, prohibir el acto final, acto material y externo. Este no es más que el momento resolutivo de un proceso interior que, al fin, lo ha hecho como necesario. Conviene, en cambio, cortar el mal desde su primera raíz; quemar la mala planta del odio, que reproduce frutos venenosos, desde la primera semilla.

Aquiles, el Pelida, el mismo Aquiles que se enojó porque le arrebataron la concubina y ante el enemigo muerto pidió a los Dioses que lo hicieran caníbal para poder clavar los dientes en aquellas carnes; Aquiles, a su madre de argentados pies, decía: "¡Venga de los Dioses o de los hombres, maldita sea la guerra que hace que hasta el hombre prudente se enoje! Enojo que, más dulce que la miel que cae gota a gota en la boca, crece en el fondo del pecho de los hombres y se eleva como el humo".

Aquiles, después de la matanza de sus compañeros, después de la muerte del amigo más querido, descubre, al fin, lo qué es la ira, la cual surge y se impone, y a la que ni un río de sangre es capaz de apagar. Lo sabe el héroe irascible, mas no se convierte. Y no da oídos a su odio contra el Rey de los troyanos sino para poder desahogar el ardor de su venganza en el cuerpo desfigurado de Héctor.

La ira es como el fuego, que no puede ser extinguido sino cuando es chispa todavía. Después ya es tarde. Con profunda razón Jesús condenó la primera injuria a la misma pena del asesinato. Cuando todos sepan ahogar desde el principio cualquier resentimiento y suprimir las imprecaciones, no se suscitarán más riñas de palabras o de manos entre los hombres y el homicidio no será más que un triste recuerdo de nuestra antigua bestialidad.

"Oísteis que se dijo a los antiguos: *¡No harás adulterio!* Pues yo os digo que todo aquel que pusiere los ojos en una mujer, para codiciarla, ya cometió adulterio en
Mt. 5, 27-28. su corazón con ella"

Jesús no se detiene tampoco aquí, en el hecho material, que es lo único en que paran mientes los hombres groseros. Sube siempre del cuerpo al alma, de la carne a la voluntad, de lo visible a lo invisible. El árbol se juzga por los frutos, pero la semilla es juzgada por el árbol.

Cuando se ve el mal que todos ven, es demasiado tarde. En ese punto de su madurez ya es inevitable. El pecado es el tumor que revienta en un instante, pero que no hubiera aparecido de haber sido purificada con tiempo la sangre de sus humores malignos.

Cuando un hombre ha convencido al mal a la esposa de otro hombre, la traición es ya completa, el adulterio perfecto, vayan o no juntos al lecho fatal. El hombre no se desposa solamente con la carne de su mujer, sino también con su alma; si esta alma se ha perdido para él, ya ha perdido lo más. El perder también lo menos puede resultar insoportablemente doloroso, mas no es esencial. Una mujer forzada sin su consentimiento por un extraño, *no amado por ella, no es adúltera. Lo que importa* es la intención, el sentimiento. Quien quiera mantenerse puro debe abstenerse también de la simple concupiscencia pasajera y muda. Pues la mirada del deseo, si no es reprimida, se reitera, y de las miradas se pasa pronto a la palabra, a los besos; y la pasión, como lo saben también en el Infierno, "*a ningún amado perdona*"

Pensar, imaginar, desear una traición, ya es traición; sólo quien corta el primer hilo podrá salvarse de la vasta y perversa red que empieza a tejer una mirada y que, después, ni aun la muerte desteje. Jesús aconseja, sin más, arrancarse el ojo y arrojarlo de sí, si el mal viene del ojo, y tronchar la mano y tirarla, si ella causa el mal. Mt. 5, 29-30.
Consejo que espanta a los pusilánimes y también a los fuertes; tremendo como la lógica de lo absoluto. Y sin embargo, los más cobardes, cuando amenaza la gangrena, se hacen aserrar brazos y piernas; y si un tumor se forma en las entrañas, están prontos para hacerse abrir el vientre, con tal de salvarse. Esto si se trata de salvar el cuerpo; ¡y para salvar el alma, sin la cual el cuerpo no es

más que una loca máquina de carne, todo sacrificio parece monstruoso!

"Además oísteis que se dijo a los antiguos: "*¡No per-*
Mt. 5, 33. *jurarás!...*" "Mas yo os digo, que de ningún modo ju-
réis: ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por
la tierra, porque es la peana de sus pies; ni por Jeru-
salén, porque es la ciudad del gran Rey. Ni jures por tu
cabeza, porque no puedes hacer un cabello blanco o
negro. Mas vuestro hablar sea: Sí, sí, no, no; porque lo
Mt. 5, 34-37. que excede de esto, de mal procede".

Quien jura con verdad, teme. Quien jura con mentira, engaña. El primero piensa que el poder por él invocado puede castigarlo; el otro es un impostor que aprovecha de la fe de los demás para mejor engañarlos. En ambos casos es malo el juramento. El invocar nosotros, impotentes, un poder superior para que sea testigo y esbirro de nuestros miserables contrastes de intereses; jurar por nuestra cabeza o por la de nuestros hijos, cuando somos incapaces de cambiar hasta la apariencia de la mínima parte de nuestro cuerpo, es un desafío absurdo, una blasfemia. Quien dice siempre la verdad, no por temor supersticioso, sino por natural voluntad del alma, no necesita echar mano de los juramentos. Los cuales casi siempre son impugnables y sin fuerza, y no sirven ni aun para dar seguridad perfecta a quienes fingen contentarse con ellos. Porque son más en la historia del mundo los juramentos quebrantados que los mantenidos; y quien con más palabras jura es precisamente aquel que al jurar ya está pensando en traicionar.

"Se dijo a los antiguos: *Honra al padre y a la madre*".
Mt. 18, 19. Mas yo os digo: "El que ama al padre o a la madre más
Mt. 10, 37. que a mí, no es digno de mí". Más aún: "Si alguno viene
a mí y no aborrece a su padre y madre y mujer e hijos
y hermanos y hermanas y aun también su vida, no puede
Mt. 14, 26. ser mi discípulo". También aquí el antiguo precepto que
ata los hombres nuevos a los hombres viejos con la ma-
niota de la reverencia está cruelmente subvertido.

Jesús no condena el amor filial, sino que lo pone en su debido lugar, que no es el primero, según pensaban los antiguos. El mayor amor, el más puro, es para él el

amor paterno. El padre ama en el hijo lo por venir, la novedad; el hijo ama en el padre lo pasado, lo viejo. Mas Jesús viene para cambiar lo pasado, para destruir lo viejo; el reverenciar en todo a los parientes, el encerrarse en la tradición y en la familia, es un obstáculo para la renovación total del mundo.

El amor a todos los hombres es algo más que el amor
a aquellos que nos han dado la vida; la salvación de
todos los hombres es infinitamente preferible al servi-
cio de la familia, constituída por pocos. Para conseguir
lo más hay que abandonar lo menos. Sería más cómodo,
indudablemente, amar solamente a los nuestros y va-
lerse de este amor, frecuentemente forzado o fingido,
como de un pretexto para no amar a los demás. Pero
todo aquel que ha consagrado su vida a algo superior
a sí, a alguna empresa grande que exige todo el hombre
y todos los minutos de sus horas hasta la última; todo
aquel que quiera servir al universo con espíritu univer-
sal, debe abandonar y, si no basta esto, renegar los afec-
tos comunes. Todo aquel que quiere ser padre en sentido
profundo y divino, aun sin la paternidad física, no puede
ser solamente hijo. "Deja que los muertos entierren a
sus muertos". Luc. 9, 60.

En la Ley antigua, y más que en otra parte alguna en las tradiciones doctorales, existían centenares de preceptos acerca de la purificación del cuerpo. Preceptos minucioso, fastidiosos, complicados, y sin verdadera base terrenal o celestial. Pero los Fariseos hacían consistir la flor y nata de la fe en la observancia de esas tradiciones. Porque es menos trabajoso lavar un vaso que lavar la propia alma. Para las cosas muertas basta un poco de agua y una toalla; para el alma son necesarios el llanto del amor y el fuego de la voluntad.

"No ensucia al hombre lo que entra en la boca: mas
lo que sale de la boca eso ensucia al hombre...". ¿No Mt. 15, 11.
comprendéis que toda cosa que entra en la boca va al
vientre y es echada en la letrina?" Lo que sale del hom- Mt. 15, 17.
bre, eso ensucia al hombre; porque de dentro, es decir,
"del corazón de los hombres, salen los pensamiento ma-
los, homicidios, adulterios, fornicaciones, codicias, mali-

cia, fraude, lascivia, envidia, calumnia, soberbia, necesidad". Mt. 15, 18-19.

El baño con agua de pozo o de fuente, el baño corporal y ritual, no dispensa del mucho más necesario lavado interior; y es preferible comer con las manos sucias de sudor que rechazar al hermano hambriento, con manos lavadas en tres aguas.

El excremento sale del cuerpo, desaparece en la letrina y luego engorda las huertas y los campos. Pero hay tanto señores bien vestidos y tan llenos hasta la garganta de otra clase de estiércol, que su hedor les sale, junto con las palabras, de las bocas enjuagadas y perfumadas. Y esa hez no cae en las letrinas, bajo tierra, sino que ensucia la vida de todos, infecta el aire, mancha hasta a los inocentes. Debemos estar lejos de esos hombres excrementicios, aunque se laven doce veces al día: las enjabonaduras de la piel no bastan, si el corazón exhala pensamientos pestíferos. El que remueve las letrinas, si no piensa en el mal, es sin comparación más limpio que el rico que, mientras se zambulle en el agua perfumada de su pileta de mármol, medita alguna nueva fornicación o superchería.

NO RESISTIR

Pero Jesús no ha llegado aún a la más estupenda de sus subversiones.

"Habéis oído que se dijo: Ojo por ojo y diente por diente. Mas yo os digo que no resistáis al mal; antes si alguno te hiere en la mejilla derecha, preséntale también la otra; y a aquel que quiere ponerte a pleito y tomarte la túnica, déjale también la capa; y al que te precisare a ir cargando mil pasos, ve con él otros dos mil". Mt. 5, 38, 41.

La vieja Ley del Talión no podía ser subvertida con palabras más absolutas. La mayor parte de los que se dicen cristianos, no sólo no han observado nunca este mandamiento nuevo, pero ni aun han querido simular que lo aprobaron. El principio de la no resistencia al mal ha sido para una infinidad de creyentes el escándalo insoportable e inaceptable del Cristianismo. La respuesta de los hombres a la violencia puede ser de tres maneras: la venganza, la fuga y el presentar la otra mejilla. La primera es el principio bárbaro del talión, hoy ennoblecido y disfrazado en los códigos, pero todavía dominante en la práctica. Al Mal se responde con el Mal, o personalmente o por medio de interpuestas personas, mandatarios de la horda civilizada llamados jueces o verdugos. Al Mal hecho por el primer ofensor se añaden los males perpetrados por los distribuidores de la justicia. Frecuentemente el castigo se vuelve contra el vengador y la cadena terrible de las venganzas —y de las venganzas de las venganzas— se alarga sin reposo. El Mal es reversible. Aun hecho con voluntad de hacer bien, recae sobre quien lo perpetra. Trátese de naciones, de familias o de particulares, un primer crimen trae aparejados y suscita expiaciones y castigos que se distribuyen con im-

parcialidad siniestra entre defensores y defendidos. La Ley del Talión puede ser un consuelo bestial para quien ha sido herido primero, pero lejos de disminuir el Mal, lo multiplica.

La fuga no es mejor expediente que el primero. Quien se oculta redobla el valor al enemigo. El temor de la venganza puede, algunas veces, detener la mano del violento. Pero quien huye invita con esto mismo al otro a que lo persiga; quien se echa a muerto incita al adversario a que lo ultime; su debilidad se hace cómplice de la ferocidad ajena. Aquí también el Mal engendra Mal.

El único camino, no obstante el absurdo aparente, es el impuesto por Jesús. Si uno te da una bofetada y tú le respondes con dos, el otro replicará con puñetazos y tú recurrirás a los puntapiés y saldrán a relucir las armas y uno de vosotros perderá, frecuentemente por una minucia, la vida. Si huyes, tu enemigo te perseguirá o bien, apenas te vuelva a encontrar, envalentonado con la primera prueba, te tomará a puntapiés.

Presentar la otra mejilla significa no recibir la segunda bofetada. Significa cortar desde el primer eslabón la cadena de males inevitables. Tu adversario, que espera la resistencia o la fuga, se siente humillado ante ti y ante sí mismo. Se lo esperaba todo menos esto. Está confundido y con una confusión rayana en la vergüenza. Tiene tiempo para recapacitar. Tu inmovilidad le hiela la cólera, le da tiempo para reflexionar. No puede acusarte de miedo desde que estás dispuesto a recibir el segundo golpe, y tú mismo le señalas el sitio donde debe golpear. Cada hombre tiene un oscuro respeto por el valor ajeno, particularmente si este valor es moral, es decir, de la especie más rara y difícil. El ofendido que no se resiente y no huye demuestra más fortaleza de ánimo, más dominio de sí, más verdadero heroísmo que aquel que, en la ceguera de la furia se precipita sobre el ofensor para devolverle, duplicado, el mal recibido. La impasibilidad, cuando no es mentecatez, y la dulzura, cuando no es cobardía, asombran, aún a las almas más vulgares como todas las cosas maravillosas. Hacen sentir a la bestia que aquel hombre es más que un hombre.

La bestia misma, cuando no es incitada a proseguir por lo repetido de los golpes o por la húmida cobarde, queda sorprendida, siente una sujeción casi medrosa en presencia de esta nueva fuerza que no conocía y que la confunde.

Tanto más que entre los mayores estímulos del que golpea está el gusto, saboreado de antemano, de la cólera del golpeado, de su resistencia, de la lucha que nacerá del primer ataque.

El hombre es animal luchador. Pero aquí, en la Ley Nueva, ese placer desaparece; ese gusto queda anulado. No hay ya un adversario, pero sí un superior que dice tranquilo: ¿No te basta? Aquí tienes la otra mejilla; desahógate cuanto quieras. Es preferible que sufra mi rostro y no mi alma. Podrás hacerme todo el mal que quieras, pero no podrás forzarme a enfurecerme como tú, a ser loco como tú, bruto como tú. No podrás obligarme a hacer el mal con la excusa de que otro me lo hace a mí."

Para seguir al pie de la letra el precepto de Cristo, es menester un dominio de la sangre, de los nervios y de todos los instintos del alma inferior, que poquísimos tienen. Es para la naturaleza una orden amarguísima y repelente. Pero tampoco ha dicho alguna vez Jesús que sea fácil practicarla. Nunca ha afirmado que sea posible obedecerle sin duros renunciamientos, sin ásperas y continuadas batallas interiores, sin renegar del viejo Adán y sin el nacimiento de un hombre nuevo. Mt. 16, 24.

Pero los frutos de la no resistencia, aun suponiendo que no siempre cuajen, aunque sean atacados de raquitismo al nuevo aparecer del mal tiempo, son siempre incomparablemente superiores a los de la resistencia y de la fuga. El ejemplo de una dominación espiritual tan fuera de lo ordinario, tan imposible hasta de ser concebida por parte de la generalidad de los hombres; el encanto casi sobrenatural de una conducta tan contraria a los hábitos, a las tradiciones, a las pasiones comunes; este ejemplo, este espectáculo de fuerza, este milagro casi absurdo, inesperado como todos los milagros, difícil de comprender como todos los prodigios; el ejem-

plo de un hombre sano y fuerte, que exteriormente parécese a los otros hombres y sin embargo se porta como un Dios, como un ser que está por encima de los otros seres, tan por encima de las fnerzas que mneven a sus semejantes; que se porta él, hombre, de una manera tan extrañamente diversa de todos los demás hombres; este ejemplo, si se repitiera más de una vez, sin que se pudiera atribuir a supina estupidez, y no desacompañado de pruebas de valor físico cuando el valor físico es necesario para favorecer y no para dañar, este ejemplo, digo, tiene una eficacia que bien podemos imaginar no obstante el estar empapados en las ideas de réplica y de represalias. Imaginar con esfnerzo. Probar no, porque tales ejemplos son tan pocos que no nos autorizan para adncir una experiencia, aunque parcial, en apoyo de la previsión.

Pero si el precepto de Jesús no ha sido obedecido, o lo ha sido mny raramente, no se pnede decir que sea imposible de practicar y, mucho menos, que deba ser rechazado. No hay duda de que repugna a la naturaleza humana; pero todas las conquistas morales más grandes repugnan a nuestra naturaleza. Son una ampntación salndable de una parte de nnestra alma —para algunos, del rennevo más vigoroso del alma— y es mny comprensible que la amenaza de la poda espante.

Pero, guste o no, el mandato de Cristo es el único que puede resolver el problema de la violencia. Es el único que no añade mal al mal, que evita la irritación de la herida, que corta el bubón cuando no es más que una bolita. Responder con golpes a los golpes y con delitos a los delitos, es aceptar el principio del malhechor, es reconocerse ignal a él. Responder con la fnga, es hnmillarse ante él y animarlo a continnar. Responder con razones al encolerizado, mal dispuesto, es trabajo inútil. Pero responder con un gesto sencillo de aceptación ofrecerle el pecho a quien te ha golpeado las espaldas, dar mil a quien quiere robarte cien, soportar durante tres días a quien quiere afligirte durante una hora, es el acto heroico por excelencia en su apariencia de cobardía, de tal suerte extraordinario, que vence al abo-

feteador animalizado con la majestad irresisttible de lo divino. Sólo quien ha sabido vencerse a sí mismo puede vencer a los enemigos; sólo los santos persnaden la mansedumbre, persuaden a los lobos; sólo quien ha transformado la propia alma pnede transformar el alma de los hermanos y hacer de manera que el mundo resulte menos doloroso para todos.

CONTRANATURAL

La no resistencia al mal repugna profundamente a nuestra naturaleza. Pero Jesús insiste a fin de que nuestra naturaleza llegue a sentir asco de lo que hoy le agrada y se contente con lo que ayer le causaba horror. Cada palabra suya presupone esta total renovación del espíritu humano. El contradice, sin temor, nuestras inclinaciones más comunes y nuestros instintos más profundos. Alaba lo que todo el mundo detesta; condena lo que todos buscamos. No sólo desmiente lo que los hombres enseñan —que de ordinario es muy distinto de lo que realmente piensan y hacen—, sino que se opone a lo que efectivamente piensan y hacen cada día.

Jesús no cree en la perfección natural del alma dañada por la caída. Cree en su perfección futura, que se alcanzará solamente mediante la subversión radical de su estado presente. Su misión es la reforma del hombre; más que la reforma *el rehacimiento del hombre*. Con él empieza la nueva estirpe; es el modelo, el arquetipo, el Adán de la humanidad modelada de nuevo y refundida. Sócrates quiso reformar la razón; Moisés la ley; otros se contentaron con cambiar un ritual, un código, un sistema, una ciencia. Pero Jesús no quiere cambiar una parte del hombre, sino todo el hombre, de la cabeza a los pies. Es decir, el hombre interior, el que es motor y origen de todos los hechos y palabras del mundo. No hay nada, por consiguiente, que no sea de su incumbencia. No es él quien debe conceder y adular. No llegará a transacciones con la naturaleza mala e imperfecta; no hallará argumentos especiosos para justificarla como hacen los filósofos. No se puede servir a la vez a Jesús y a la naturaleza. Quien está con Jesús, está contra la vieja naturaleza bestial y trabaja por la angélica lla-

mada a vencer. Todo lo demás es ceniza y palabrerío

Nada más común entre los hombres que el ansia de riquezas. Amontonar dinero de cualquier manera que sea, aun la más infame, ha parecido siempre la más dulce y respetada ocupación, Pero el que quiere venir conmigo, dice Jesús, dé todo lo que tiene y cambie contento los bienes visibles y presente por los futuros e invisibles. Luc. 21, 22.

Cada hombre piensa afanoso en el mañana; tiene siempre miedo de que el terreno le falle bajo los pies, que el pan no alcance hasta la próxima cosecha y tiembla porque le parece no tener suficiente tela para vestirse él y sus hijos. Pero Jesús nos enseña: "No andéis cuidadosos por el día de mañana. Le basta a cada día su propio afán". Mt. 6, 34.

Cada hombre desea ser el primero aun entre los iguales. Por una razón o por otra quiere ser superior a cuantos lo rodean. Quiere mandar, dominar, aparecer más grande, más rico, más hermoso, más sabio. Toda la historia de los hombres se compendia en el terror a las segundas partes. Pero Jesús enseña: "Si uno quiere ser el primero, sea el último de todos y el criado de todos". El más grande es el más pequeño; "el más po- Mc. 10, 44.
deroso debe servir al más débil". "Quien se ensalzare será humillado y quien se humillare será ensalzado." Mt. 23, 11-12.

La vanidad es otra sarna universal de los hombres, que envenena hasta el bien que hacen, porque casi siempre eso poco de bueno que hacen es solamente para ser vistos. Obran mal a escondidas, y bien en las plazas. Jesús manda todo lo contrario: "No sepa tu izquierda lo que hace tu derecha". "Cuando quieras orar, entra en Mt. 6, 3.
tu aposento y cierra la puerta, y no te golpees el pecho en las esquinas, a la vista de todo el mundo". "Si ayunas Mt. 6, 5-6.
no andes por las calles, enmarañados los cabellos y triste el rostro para hacer saber que haces penitencia; antes bien, unge tus cabellos y muestra el rostro alegre como Mt. 6, 16-17.
los otros días". "No hagas el mal nunca, ni en público ni en privado; pero cuando hagas el bien hazlo a ocultas, de suerte que no se crea que lo haces con el fin de ser alabado".

El instinto de conservar la vida es el más fuerte de cuantos nos dominan: no hay infamia, crueldad y bellaquería que nos parezca pesada cuando se trata de salvar este puñado de polvo animado. Pero amonesta Jesús *que quien quiere salvar su vida la perderá y quien la*
Luc. 9, 24. *pierde la salvará*. Que no es vida la que los más llaman vida; y quien renuncia a su alma pierde también la carne que la encierra.

Cada uno de nosotros pretende juzgar a sus hermanos; juzgando, parécenos estar por encima de los juzgadores, ser más buenos, más justos. Inocentes. Acusar es como decir: nosotros no somos así. En efecto, son siempre los jorobados los que señalan a los que son un poco cargados de espaldas. Pero Jesús grita: "No juzguéis y no seréis juzgados: no condenéis y no seréis condenados.
Luc. 6, 37. Perdonad y seréis perdonados."

Cada hombre se gloría de ser verdaderamente hombre; a saber, persona grave, madura e instruída, persona de peso y de respeto, que lo sabe todo y que de todo puede hablar y sèntenciar. Una conversación demasiado sincera es llamada *conversación de niños*, al hombre sencillo se le llama despectivamente: criatura. Pero cuando los discípulos preguntaron a Jesús quién es el más grande en el Reino de los Cielos, él contestó: "En verdad os digo, que si no os volviereis e hiciereis
Mt. 18, 3. como niños, no entraréis en el Reino de las Cielos."

El hombre serio, el devoto, el puro, el fariseo, huye cuanto puede de la compañía de los pecadores, de los caídos, de los contaminados y no admite a su mesa más que a los justos como cree serlo él mismo. Pero Jesús no se cansa de proclamar que ha venido en busca de los pecadores y no de los justos, de los malos y no de los
Mt. 9, 10, 13. buenos; y no se ruboriza al tenderse a cenar en casa de los publicanos y a permitir que le unja los pies una
Luc. 7, 37. pecadora. Quien está limpio de veras, no puede ser corrompido por los corrompidos y no debe dejarlos morir en su podre por temor de ensuciarse.

La avaricia de los hombre es tal, que cada uno se ingenia para ver de sacar mucho a los otros y dar poco de su parte. Todos tratan de poseer: los elogios a la liberalidad no son más que un disfraz honesto de la mendicidad. Pero Jesús afirma: "Mejor es dar que recibir". H. de Ap. 20, 35.

Cada uno de nosotros odia a la mayor parte de los hombres con quienes vive. Los odiamos porque tienen más que nosotros, porque no nos dan todo lo que desearíamos, por que no se cuidan de nosotros, porque son diversos de nosotros; en fin, porque existen. Llegamos a odiar a nuestros amigos, aun a los que nos han hecho bien. Y Jesús ordena amar a los hombres, a todos aun a los que nos odian. Mt. 5, 44.

Quien no practica este mandamiento no puede decirse cristiano. Aunque esté pronto a morir, si no ama al que lo mata, no tiene derecho de llamarse cristiano.

Porque el amor a nosotros mismos, origen primero y último del odio a los otros, compendia todas las otras tendencias y pasiones. Quien vence el amor de sí y el odio a los otros ya está completamente cambiado. Lo demás es consecuencia y derivación natural. El odio de sí y el amor a los enemigos es el principio y el fin del Cristianismo. La mayor victoria sobre el hombre antiguo, feroz, ciego y bruto, es ésta. Y ninguna otra. Los hombres no podrán renacer a la felicidad de la paz mientras no amen hasta a aquellos que los ofenden. Amar a los enemigos es el único medio capaz de hacer que no quede ningún enemigo sobre la tierra.

ANTES DEL AMOR

Los que rechazan a Jesús, y que tienen sobradas razones para no aceptarlo —deberían renegar de sí mismos radicalmente, pero son incapaces de ver cuánto ganarían en el cambio, y tienen demasiado miedo de perder porque están apegados a lo que es basura y a ellos paréceles magnificencia— los refutadores de Cristo, para excusarse de no seguirlo han sacado a lucir, de un tiempo acá, una razón más, una razón "docta": Jesús no ha dicho nada nuevo. Sus palabras —afirman— se encuentran en Oriente y en Occidente siglos antes; o las ha robado a secas, o las repite sin percatarse de que no le pertenecen. Si no ha dicho nada nuevo, no es tan grande como ponderan; si no es grande, no merece ser oído; y es de ignorante el admirarlo, de mentecatos el obedecerlo, de necios el respetarlo.

Pero entretanto estos príncipes de la genealogía ideal no nos dicen si las ideas de Jesús, sean ellas nuevas o viejas deben ser aceptadas o rechazadas no se atreven a buscar si el volver a consagrar con la propia muerte una verdad grande, una verdad olvidada y no practicada, sea lo mismo que nada; entretanto no se fijan bien para ver si entre las ideas de Jesús y las otras más antiguas existe verdadera identidad de sentido y de espíritu, o si no hay más bien una simple asonancia y lejana semejanza de palabras; entre tanto, para no equivocarse, no aceptan la ley de Jesús ni la de los pretendidos maestros de Jesús y siguen viviendo tan tranquilos su puerca vida, como si el Evangelio no se dirigiera también ellos.

Hubo un tiempo, después de la promulgación de la Ley, en que se amaban entre sí los de una misma sangre y los ciudadanos de la misma ciudad se toleraban hasta que uno no hiciese mal a otro; para los extran-

jeros que no eran huéspedes no había más que odio y exterminio. Dentro de la familia, un poco de amor; dentro de la ciudad, una justicia aproximativa; fuera de los muros y de los confines, odio inextinguible.

Se levantaron, entonces, distanciadas por los siglos, voces que pedían un poco de amor también para los prójimos, para aquellos que no eran de la misma casa, pero sí de la misma nación; que pedían un poco de justicia también para los extranjeros, también para los mismos enemigos. Hubiera sido aquello un progreso admirable. Pero esas voces —raras, débiles, lejanas— no fueron oídas y, si lo fueron, no escuchadas.

Cuatros siglos antes de Cristo, un sabio de la China, Me-ti, escribió todo un libro, el "Kie-siang-ngai", para decir que los hombres deberían amarse. "El sabio que quiere mejorar el mundo puede mejorarlo sólo conociendo con certeza el origen de los desórdenes; si no lo conoce, no puede mejorarlo... ¿Por qué nacen los desórdenes? Nacen porque no se aman los unos a los otros. Los empleados y los hijos no tienen el respeto filial por los príncipes y por los padres; los hijos se aman a sí mismos pero no aman a los padres y, en provecho propio, ofenden a los padres. Los hermanos menores se aman a sí mismos, pero no aman a los hermanos mayores; los súbditos se aman a sí mismos, pero no aman a sus príncipes... El padre no tiene indulgencia con el hijo, el hermano mayor con el menor, el príncipe con los súbditos. El padre se ama a sí mismo y no ama al hijo y hace mal al hijo en provecho propio... Así, bajo el Cielo aman los bandoleros sus casas y no aman a los vecinos, y por eso saquean las casas ajenas para llenar la propia. Los ladrones aman su cuerpo y no aman a los hombres, y por eso roban a los hombres en provecho del propio cuerpo. Si los ladrones consideraran los cuerpos de los otros hombres como el propio cuerpo, ¿quién robaría? Los ladrones desaparecerían... Si se llegara al recíproco amor universal los Estados no reñirían, las familias no serían turbadas, los ladrones desaparecerían, los príncipes, los súbditos, los padres y los hijos serían respetuosos e indulgentes y el mundo mejoraría".

Para Me-ti el amor —o, para traducir mejor, una benevolencia hecha de respeto y de indulgencia— es la argamasa que debe tener más unidos a los ciudadanos con el Estado. Es un remedio contra los males de la convivencia: una panacea social.

"Paga las ofensas con la cortesía", sugiere tímidamente el misterioso Lao-tse. Pero la cortesía es prudencia o mansedumbre, no amor.

Su contemporáneo, el viejo Confucio, enseñaba una doctrina que, según su discípulo Tseng-the, consistía en la reetitud del corazón y en amar al prójimo como a nosotros mismos. Adviértase bien: al *prójimo* y no al *lejano*, al extraño, al enemigo. *Como* a nosotros mismos; y no más que a nosotros mismos. Confucio predicaba el amor filial y la benevolencia general, necesaria para la buena marcha de los reinos, pero no pensaba en condenar el odio. En los propios "Lun-yú", donde se leen las palabras de Tseng-tse, encontramos estas otras, tomada del más antiguo texto confuciano, el "Ta-hio": "Sólo el hombre justo y *humano* es capaz de amar y *odiar* a los hombres como conviene."

Su contemporáneo Gautama recomendó el amor por los hombres, por todos los hombres, aun por los más miserables y despreciados. Pero el mismo amor se debe tener por los animales, por los ínfimos entre los animales, por todos los seres vivientes. En el Budismo el amor del hombre al hombre no es más que un ejercicio saludable para desarraigar totalmente el amor a sí mismo, el primero y más fuerte sostén de la existencia. Buda quiere suprimir el dolor, y para suprimir el dolor no encuentra otro medio mejor que sumergir las almas personales en el alma universal, en el nirvana, en la nada. El budista nò ama al hermano por amor de hermano, sino por amor de sí mismo, es decir, para apartar el dolor, para vencer el egoísmo, para encaminarse al aniquilamiento. Su amor universal es frío, interesado, egoísta: una forma de la indiferencia estoica tanto en presencia del dolor como de la alegría.

En Egipto cada cadáver llevaba consigo al sepulcro un ejemplar del "Libro de los muertos". apología preventiva del alma ante el tribunal de Osiris (69). El muerto se alababa a sí mismo: ha sido justo y hasta ha dado a quien estaba necesitado. "¡Yo no he hecho sufrir hambre a nadie! ¡No he hecho llorar! ¡No he matado! ¡No he ordenado homieidio a traición! ¡No he defraudado a nadie!... He dado pan al hambriento, agua al sediento, vestido al desnudo, una barca a quien se había detenido en su viaje, sacrificios a los dioses, banquetes fúnebres a los muertos". Hay aquí justicia y están también las obras de misericordia —¿y las habrán practicado todos de veras?— pero no encuentras el amor, mucho menos el amor por los enemigos. Si queremos saber cómo trataban los egipcios a sus enemigos, leamos una inscripción del gran rey Pepi I Mirirí: "Este ejército marchó en paz: penetró como mejor le plugo en el país de los Hirushaitu. Este ejército marchó en paz: taló todas sus higueras y sus vides. Este ejército marchó en paz: incendió todas sus casas. Este ejército marchó en paz: mató sus soldados a millares. Este ejército marchó en paz: les arrebató sus hombres, sus mujeres, sus niños en gran número y de esto más que de otra cosa alguna se agregó Su Alteza."

También Zaratustra (70) dejó una Ley a los Iranios. Esta ley manda a los devotos de Ahura Mazda que sean buenos con sus compañeros de fe: darán un vestido a los desnudos y no negarán el pan al trabajador ham-

(69) OSIRIS. En la mitología egipcia, dios opuesto a Tifón; casó con Isis y tuvo de ella a Horo. Enseñó a los hombres el medio de cultivar la tierra, por lo cual fué adorado bajo la forma del buey Apis. Es también padre de Anubis. Murió asesinado por Tifón.

(70) ZARATUSTRA. Nombre (cuya etimologia no se ha encontrado aún) del legislador y fundador de la religión zoroastriaua llamado vulgarmente Zoroastro, según la pronunciación que nos han legado los autiguos. En la tradición zoroastriana, representada por el "Avesta" y por los libros pehlévicos, Zaratustra, hijo de Pourusbascopa, nació junto al río Dáreja eu la Airyaya Vaegiah (Iráu); predicó su religión en la corte del rey Vistacpa en Batriaua, y terminó su carrera asesinado por los Turanos en Bakhdi junto a uu altar del fuego. El profesor W. Jacksou, en un libro uotable: "Zoroaster the prophet of ancient Iran" (New York, Univers Press, 1899), ha reunido y seleccionado, entre las muchas cosas de origeu oriental y de fuente clásica que se dicen acerca de este importaute personaje, cuanto puede ser admitido

briento. Estamos siempre en la caridad material para con aquellos que nos pertenecen y nos sirven y están próximos. De amor no se habla.

Se ha dicho que Jesús no añadió nada a la Ley mosaica y que solamente ha repetido con mayor énfasis los viejos mandamientos: "Ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe..." Así habla Moisés
Ex. 21, 24-25. en el "Exodo". "Tú devorarás todos los pueblos que el Señor Dios te ha de dar. *No los perdonará tu ojo...*"
Deut. 7, 16. Así está escrito en el "Deuteronomio". Un paso más y estamos en el amor: "No contristarás al extranjero ni le angustiarás, porque vosotros fuisteis también extranjeros en la tierra de Egipto". Es un principio: no harás mal al extranjero, en recuerdo del tiempo en que tú también lo fuiste. Pero el extranjero que vive entre nosotros no es enemigo y el no contristarlo no significa ayudarlo. El "Exodo" ordena que no se le contriste. El Levítico es más generoso: "Si un extranjero habitase en tierra vuestra y fijare su morada entre vosotros, no lo zaheriréis, pero esté entre vosotros como si entre vosotros
Lev. 19, 33-34. hubiera nacido y amadlo como a vosotros mismos..." ¡Siempre el extranjero! El extranjero que vive entre vosotros y se hace vuestro conciudadano y se convierte en uno de vosotros, amigo vuestro.

Leemos en el mismo libro: "No busques la venganza ni
Lev. 19, 18. te acuerdes de las injurias de tus conciudadanos". Es otro paso adelante no hacer mal a quien te ofende con tal que sea de tu nación. Hemos llegado si no al perdón, al olvido generoso aunque reservado para los prójimos solamente.

Lev. Ibid. "*Amarás al amigo como a ti mismo*". Al amigo, es decir, al prójimo, al conciudadano que es hermano tuyo de raza, el que puede ayudarte. Pero, ¿y al enemigo? Hay algo también para el enemigo: "Si encontrares buey o

todavía y creído, aunque, acaso él haya pecado un poco de demasiada buena fe.

Conviene, pues, leer también las obras de Spiegel, de Justi, de De-Harlez, de Wilbelm, de Geldner, de Casartelli, de Rovolacque, de Geiger y de otros.

asno perdido de tu enemigo, vuélveselo a llevar. "Si vie- Ex. 23,4.
res el asno del que te aborrece caído debajo de la carga, no pasarás de largo, sino que le ayudarás a alzarlo". ¡Oh Ex. 23, 5.
gran bondad de los antiguos judíos! ¡Sería tan dulce hacer huir más lejos al jumento para que el patrón tuviere más trabajo en dar con él! Y cuando se encuentra el jumento caído en el camino bajo la carga excesiva, bello sería también sonreír en las barbas y seguir adelante. Pero el corazón del viejo Hebreo no está empedernido hasta el extremo. En aquellos lugares y en aquellos tiempos el asno era un animal harto precioso. No se vivía sin tener al menos una burra en el establo. Y cada uno tenía una burra; el amigo y el enemigo; hoy escapó la tuya, mañana puede escapar la mía. No nos venguemos en las bestias, aun en el caso en que el patrón sea una bestia. Porque si soy su enemigo, él también lo es mío. Démosle un ejemplo, un ejemplo que, es de esperarse, sea provechoso. Devolvámosle el jumento a casa, démosle una mano para colocar en su lugar los bastos y la carga en equilibrio. Hagamos a los otros lo que los otros harán, es de esperarse, por nosotros. Y en ese momento, sobre las orejas y sobre la grupa del jumento depongamos, misericordiosamente, todo mal pensamiento.

Es demasiado poco. El viejo Hebreo ya ha hecho un tremendo esfuerzo sobre sí mismo cuidando de la bestia de su enemigo. Pero los Salmos, en compensación, resuenan a cada instante de improperios contra los enemigos y de invocaciones violentas al Señor para que los persiga y aniquile. "Sobre la cabeza de los que me cercan caiga el daño de sus labios. Caigan sobre ellos, carbones encendidos; sean precipitados en el fuego, en abismos de
donde no pueden más salir" ..."Véngale encima cala- Sal. 139, 10, 11.
midad que no espera y la red que escondió para mí le pesque a él y caiga en el mismo lazo, perdido para siem-
pre". "Entonces el alma se regocijará en el Señor". En Sal. 134, 9-10.
un mundo tal, justo era que Saúl se asombrara de no haber sido matado por su enemigo David y que Job se gloriara de no haberse alegrado de la desgracia del enemigo. Sólo en los tardíos Proverbios encontramos alguna palabra precursora de las de Jesús: "No digas: tornaré mal.

Prov. 20, 22. Espera al Señor y él te librará". El enemigo debe recibir su castigo, pero de manos más poderosas que las tuyas. Sin embargo, el anónimo moralista llega hasta la caridad: "Si tu enemigo tuviese hambre, dale de comer pan;
Prov. 25, 21. si tuviese sed, dale de beber agua". Hay un progreso: la misericordia no termina en el bucy, sino que alcanza también al patrón. Pero de estas tímidas máximas, escondidas en un ángulo de las escrituras, no podrán por cierto brotar las maravillas de amor del Sermón de la Montaña.

Pero está, añaden, Hillel: el rabino Hillel, el gran Hillel, maestro de Gamaliel, Hillel Hababli o Babilónico. Este célebre fariseo vivió un poco antes de Jesús y enseñaba, dicen, lo mismo que después enseñó Jesús. Era un Judio liberal, un Fariseo razonable, un Rabino inteligente; pero Cristiano ¿por qué? Ha dicho, sí, estas palabras: "No hagas a los otros lo que a ti no te gusta; ésta es toda la ley y lo demás son comentarios". Son bellas palabras en boca de un maestro de la antigua Ley, pero ¡cuán distantes todavía de las del subversor de la misma! El precepto es negativo: *no hagas.* No dice: haz bien a quien hace mal. Pero sí: no hagas a los otros (y estos otros son seguramente los compañeros, los conciudadanos, los familiares, los amigos), lo que tú estimarías como mal. Es una blanda prohibición de dañar, no un precepto absoluto de amar. En efecto, los descendientes de Hillel fueron los Talmudistas [71], que empantanaron la Ley en la gran ciénaga de la casuística; los descendientes de Jesús fueron los mártires, que bendecían a sus martirizadores.

También Filón, hebreo alejandrino, metafísico y platonizante, unos veinte años más viejo que Jesús, ha dejado un tratadito sobre el amor de los hombres. Pero Filón, con todo su talento y con todas sus especulaciones místicas y mesiánicas, es siempre, como Hillel, un teórico,

(71) TALMUDISTAS. Llámanse así los que enseñan las tradiciones de los hebreos, contenidas en el TALMUD. La palabra TALMUD o THALMUD, significa "enseñanza" y con ella se intitula un libro que contiene el cuerpo de las doctrinas y del derecho civil y religioso de los hebreos. Consta de dos partes principales; la primera de las cuales sirve como texto y se llama *mischna,* y la otra, que es como el comentario de la primera, se llama *gemara.* La "mischna", como observa Simón en su catálogo de los autores judíos, está escrita en hebraico rabínico bastante puro, pero en un estilo tan conciso que resulta difícil de comprender, de no conocerse previamente la materia de que trata la "gemara", que es una glosa o comentario peor que el texto y que está escrita en mal caldeo, en un estilo muy confuso que hasta los propios judíos apenas entienden. Varias son las ediciones de la sola "mischna", pero la más hermosa es la de los judíos de Holanda, a la cual ellos han añadido los puntos vocales. Hay también otras ediciones del íntegro TALMUD, siendo la más buscada, y es rarísima, porque los judíos de Levante han comprado casi todos los ejemplares, la de Venecia, empezada por Daniel Bomberg o Bombergne, flamenco, en 1520, y terminada, algunos años después en once volúmenes.

Observa Simón en su suplemento a las ceremonias de los hebreos, que teniendo ellos dos escuelas célebres, a saber la de Babilonia y la de Palestina, en las que enseñaban sus tradiciones, se originaron dos colecciones distintas de traducciones y, por consiguiente dos TALMUD, uno el de Babilonia y el otro el de Jerusalén. Este de Jerusalén es el primero que se compuso; pero como es obscurísimo, los judíos casi nunca lo usan; de suerte que, cuando citan el TALMUD, se entiende ordinariamente el de Babilonia; y cuando quieren indicar el otro, dicen: Jerusalén. El TALMUD no sólo contiene tontas extravagancias, fábulas ridículas y mentiras manifiestas acerca de la historia y de la cronología, sino también impiedades y blasfemias contra la religión de Jesucristo, como se puede deducir de muchos de sus artículos, de los cuales citaremos algunos.

El TALMUD se divide en seis "seder", es decir, en seis órdenes; cada "seder" en muchos *massecht* o tratados, y cada "massecht", a su vez, en muchos *perakin,* capítulos. Puestos estos antecedentes, transcribimos algunos artículos que se refieren a la vida práctica de los judíos.

Que David no pecó cuando cometió el adulterio (Orden II, tratado I).

Que se puede cometer toda suerte de actos deshonestos en el matrimonio. (Ord. III, trat. III).

Que los testigos falsos están exentos de pena cuando es castigado aquel en cuyo daño depusieron falsamente.

Que los judíos, y particularmente los sacerdotes de la sinagoga, maldecirán tres veces al día a los cristianos, a sus autoridades, a sus pontífices y les augurarán toda clase de males y suplicios. (Ord. I. trat. 1).

Los judíos emplearán *como Dios lo manda,* toda suerte de medios y de fraudes para apropiarse de los bienes de los cristianos. (Orden I, trat. I).

Que, de parte de Dios, los judíos considerarán o tratarán a los cristianos como verdaderas bestias. (Ord. IV. trat. 8).

Que los judíos no deben hacer ningún daño a los paganos, pero

un hombre de pluma, de tintero, de estudio, de libros, de sistemas, de conceptos, de abstracciones, de clasificaciones. Su astrología dialéctica saca a relucir millares de palabras en orden de parada, pero es incapaz de encontrar la palabra que consume en un instante lo pasado, la palabra que reúne los corazones. Ha hablado del amor más que Jesús, pero no ha sabido decir —y no habríalo sabido comprender— lo que Cristo dijo a sus ignorantes amigos en la Montaña.

¿Será por ventura posible que en Grecia, manantial donde todos han bebido, tampoco se encuentre el amor a los enemigos? En Grecia, afirman complacidos los paganizantes enemigos de la "superstición palestina", hay de todo. Para las cosas del espíritu es la China de Occidente. En el "Ayax" de Sófocles, el famoso Odiseo se conmueve ante el enemigo reducido a miserable estado. En vano la misma Atenas, la sabiduría helónica personificada en la sagrada lechuza, le recuerda que el reír más grato es el reírse de los enemigos. Ulises no se convence. "Yo lo compadezco aunque sea enemigo, porque lo veo tan desgraciado, atado a una mala suerte. Y mirándolo, pienso en mí mismo. Porque veo que no somos más que fantasmas, sombras tenues, todos nosotros que vivimos... No es justo hacer mal a un hombre que muere, aun cuando lo odiaras". Paréceme que estamos todavía lejos. El astuto Ulises no es tan astuto que no deje de ver los motivos de su enternecimiento contranatural. Compadece al enemigo porque piensa en sí mismo a quien pudiera ocurrirle otro tanto; y lo perdona porque lo ve mal atalajado y moribundo.

Uno más sabio que Ulises, el hijo de Sofronisco, escultor, se planteó, entre otros muchos, también el problema de cómo contenerse en un justo medio con relación a los enemigos. Pero leyendo los textos se descubren, con asombro, dos Sócrates de contrario parecer. El Sócrates de Jenofonte acepta francamente el sentimiento común. Los amigos deben ser tratados bien y los enemigos malísimamente. Más aún: es mejor adelantarse a los enemigos al hacer el mal; "parece hombre digno del mayor elogio —dice a Querecrato— el que se adelanta a sus enemigos, tratándolos mal, y a sus amigos, sirviéndolos". Mas el Sócrates de Platón no acepta la opinión corriente. "No se debe, dice a Critón, devolver a nadie injusticia, por injustica, mal por mal, cualquiera que sea la injuria que hayas recibido". Y lo mismo afirma en la *República*, añadiendo, en su apoyo, que los malos no se hacen mejores por la venganza. Así y todo, lo que domina en la mente de Sócrates es el pensamiento de la justicia, no el sentimiento del amor. En ningún caso el hombre justo debe hacer el mal; pero entendámonos: *por respeto a sí mismo, no por afecto al enemigo*. El malo debe castigarse a sí mismo, de lo contrario, después de muerto, lo castigarán los jueces infernales. El discípulo de Platón, Aristóteles, volverá tranquilamente a la vieja idea. "El no resentirse de las ofensas —dirá en la Ética a Nicómaco— es propio de hombre cobarde y esclavo".

En Grecia, pues, hay poco que descubrir que hable en favor de los husmeadores de los precedentes cristianos.

Pero los que rechazan a Cristo, para hacer creer que el Cristianismo existía antes de Cristo, le han encontrado a Jesús un rival también en Roma, en los propios palacios del César: Séneca. Séneca, el director de conciencia de los jóvenes señores del mundo elegante, el del estoicismo reformado, el aristócrata abstracto que nunca se conmueve en presencia de las penas de los hu-

deben tentar todos los medios posibles para hacer perecer a los cristianos. (Ord. IV, trat. 8).

Que si un judío mata a otro judío, creyendo matar a un cristiano, merece la absolución. (Ord. IV, trat. 4 y 9).

Que un judío, viendo a un cristiano al borde de un precipicio, está obligado a empujarlo hacia abajo inmediatamente. (Ord. IV, trat. 8).

Que las iglesias de los cristianos son casas de idolatría y que los judíos están obligados a destruirlas. (Ord. II, trat. I).

Por lo visto, los judíos, al menos entre nosotros, han perdido todo el fervor, que fué siempre la característica de su raza, pues creo que el único artículo del TALMUD que observan escrupulosa y devotamente es aquel en que les manda "de parte de Dios" que empleen toda suerte de medios y de fraudes para apropiarse de los bienes de los cristianos.

mildes, el propietario que desprecia las riquezas pero las tiene bien aferradas, que afirma la igualdad entre los libres y los esclavos y se sirve de esclavos, el ingenioso anatomista de casos, de escrúpulos, de males, de vicios efectivos y virtudes soñadas, aquel que encauzó la vieja doctrina de Crisipo, tonta pero límpida, hacia el estuario del preciosismo, Séneca, el moralista, habría sido, sin saberlo, cristiano en los mismos años de la vida de Cristo. Porque huroneando en sus demasiadas obras —y muchas fueron escritas después de la muerte de Jesús, pues Séneca esperó para suicidarse hasta el año 65— han hallado que el "sabio nunca se venga, sino que olvida las ofensas", y que "para imitar a los dioses es menester hacer bien hasta a los ingratos, porque el sol brilla también por encima de los malos y el mar soporta también a los corsarios"; y hasta que: "es necesario socorrer a los enemigos con mano amiga". Pero *el olvido* del filósofo no es el *perdón;* y el *socorro* puede ser beneficencia, pero no es *amor.* Un soberbio, el estoico, el farisco, el filósofo, orgulloso de su filosofía, el justo satisfecho de su justicia, pueden despreciar las ofensas de los pequeños, las dentelladas de los adversarios y por ostentación de magnanimidad y para granjearse la admiración de los pueblos, pueden también dignarse a brindar un pan al enemigo hambriento para humillarlo más duramente desde la elevación de su perfección. Pero ese pan fué leudado con la levadura de la vanidad y esa mano amiga no habría sabido enjugar una lágrima ni limpiar una harina.

El mundo antiguo no conoce el Amor.

Conoce la pasión por la mujer, la amistad por el amigo, la justicia para el ciudadano, la hospitalidad para el forastero. Pero no conoce el Amor. Zeus (73) protege a los peregrinos, a los extranjeros; a quien llame a la puerta del griego no le será negado un trozo de carne, un jarro de vino y el lecho. Los pobres serán albergados, los enfermos serán asistidos, los que lloran serán

(73) ZEUS. El Dios supremo del mundo, el Dios por excelencia, era para los griegos ZEUS, como para los latinos JUPITER. El genitivo de ZEUS o de Djeus, es Dios.

consolados con bellas palabras. Pero los antiguos no conocerán el Amor, el amor que sufre y se abandona, el amor por la gente baja, por la gente pobre, por los desechados, pisoteados, maldecidos, abandonados; el amor por todos, que no distingue entre ciudadano y extranjero, entre hermoso y feo, entre delincuente y filósofo, entre hermano y enemigo.

En el último canto de la Ilíada vemos a un viejo, a uno que llora, a un padre que besa la mano de su enemigo, del más terrible enemigo, del que le ha matado los hijos y, pocos días ha, al hijo más caro a su corazón. Príamo, el antiguo rey, el jefe de la ciudad de Aroya, el dueño de muchas riquezas, el padre de cincuenta hijos, está de rodillas a los pies de Aquiles, el héroe más grande y el más grande infeliz entre los griegos, el hijo de una Diosa del mar (74), el vengador de Patroclo, el matador de Héctor. La nívea cabeza del viejo arrodillado se inclina ante la juventud altiva del victorioso. Y Príamo llora al hijo muerto, el más fuerte, el más hermoso, el más amado de sus cincuenta hijos y besa la mano de quien lo mató. "También tú, dice al matador, también tú tienes un padre encanecido, caduco, que está lejos, indefenso. En nombre del amor de tu padre devuélveme al menos el cadáver de mi hijo".

Aquiles, el feroz, el insensato, el matador Aquiles, aparta dulcemente al suplicante y se echa a llorar. Y ambos enemigos, el vencido y el vencedor, el padre que no tiene más hijo y el hijo que no verá más a su padre, el viejo todo blanco en canas y el joven de los áureos cabellos rasados, ambos lloran juntos, hermanándolos el dolor por primera vez. Los otros, en torno, miran mudos y estupefactos. Y nosotros mismos, después de treinta siglos, no podemos menos que sentirnos conmovidos en presencia de esas lágrimas.

(74) DIOSA DEL MAR. Según la mitología griega, Tetis, la más hermosa de las Nereidas, a pesar de haber sido solicitada por Apolo, Neptuno y Júpiter, fué entregada por ellos al casto Peleo, porque el oráculo les había dicho que de ella había de nacer un hijo que sería más grande que el propio padre. Efectivamente, del matrimonio de toda una ninfa oceánica nació el famoso Aquiles.

Pero en el beso de Príamo no hay perdón, no hay amor. El rey se humilla a los pies de Aquiles, porque, solo y enemigo, quiere obtener una gracia difícil, que no es costumbre conceder. Si un Dios no lo hubiera inspirado, no se hubiera movido de Ilión. Y Aquiles no llora por Héctor muerto, por Príamo que llora, por el poderoso que ha tenido que humillarse, por el enemigo que ha debido besar la mano homicida. Llora por el amigo perdido, llora por su Patroclo más caro a su corazón que todos los demás hombres, llora por Peleo abandonado allá en Phtía, por el padre que nunca más volverá a abrazar, pues sabe que sus días juveniles están contados. Y devuelve al padre el cuerpo del hijo, ese cuerpo al cual, durante tantos días, ha arrastrado por el polvo, porque Júpiter quiere que sea devuelto, no porque está saciada su hambre de venganza.

Cada uno de los dos llora por sí mismo: el beso de Príamo es una dura necesidad; la restitución de Aquiles, una obediencia a los dioses. En el mundo más noble y heroico de la antigüedad no hay sitio para el amor destructor del odio y que ocupa el lugar del odio; para el amor más fuerte que la fuerza del odio, más ardiente, más implacable, más fiel, para el amor que no es olvido del mal sino amor del mal —porque el mal es una desventura para el que lo hace más que para nosotros— no hay sitio para el amor a los enemigos.

De este amor nadie habló antes de Jesús: ninguno de aquellos que hablaron del amor. No se conoció este amor hasta que no se hubo oído el "Sermón de la Montaña".

Es la grandeza y la novedad de Jesús; su novedad más grande, su grandeza eternamente nueva. Nueva también para nosotros, porque no comprendida, no imitada, no obedecida, pero inacabablemente eterna como la verdad.

"¡AMAD!"

"Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Mas yo os digo: Amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian. Para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, el cual hace nacer el sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si saludareis tan sólo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen esto mismo los gentiles (75)? Sed, pues, vosotros perfectos, así como nuestro Padre celestial es perfecto". *Mt. 5, 43-48.*

Pocas palabras, desnudas, llanas, sin filosofía; pero son la Magna Carta de la nueva raza, de la tercera raza no nacida aún. La primera fué la de las Bestias sin Ley, y su nombre fué guerra; la segunda la de los Bárbaros desbastados por la Ley y su más alta perfección fué la Justicia, y es la raza que la Ley no ha terminado todavía de suplantar a la Bestialidad. La tercera debe ser la raza de los Hombres verdaderos, no

(75) GENTILES. Los hebreos daban el nombre de "*goiim*" a los gentiles, entendiendo decir con esa palabra todo pueblo o nación que no había, como ellos, recibido la fe y la ley del Señor. Cuando los "goiim", convirtiéndose, abrazaban el *judaísmo*, tomaban el nombre de "prosélitos".

En las cartas de San Pablo los gentiles se hallan comprendidos bajo el nombre de griegos; de manera que cuando decía "judaeus et graecus", quería indicar a los judíos y a los gentiles. Y como la misión principal de este Apóstol fué la predicación del Evangelio a los pueblos idólatras, se le llamó "Apóstol de las gentes", o sea de los "gentiles", para diferenciarlo de los otros apóstoles que, predicando ordinariamente a los judíos, fueron llamados apóstoles de la circuncisión. (Véase epístola Ad Galatas, c. II, v. 7).

solamente Justos, sino Santos, no semejantes a las Bestias sino a Dios.

La idea de Jesús es una sola, ésta sola: transformar a los hombres en Santos por medio del Amor. Circe ([76]), la maga, la consorte satánica de las bellas mitologías, convertía a los héroes en bestias por medio del placer. Jesús es el antisatanás, el anticirce, el que con una fuerza superior al placer salva a los hombres de la animalidad.

No se necesita menos para poner mano en esta obra —que a todos los animales apenas desbestializados y a los hombres bosquejados apenas parece imposible— del recurso a la imitación de Dios. Para aproximarse a la Santidad hay que mirar a la Divinidad. "Sed santos, porque Dios es santo. Sed perfectos porque Dios es perfecto".

Este llamado no suena a nuevo en el corazón del hombre. Dijo Satanás en el jardín de las delicias: "Seréis
Génesis 3, 5. como Dioses". Dijo Jehová a sus jueces: "Sed Dioses. Sed justos como justo es Dios". Pero ahora no se trata de ser sabios como Dios, ni tampoco basta ser justo a la par de Dios. Dios ya no es más sabiduría y justicia solamente. Dios se ha hecho, con Jesús, Padre nuestro; se ha convertido en Amor. Su tierra da el pan y las flores hasta al homicida; el blasfemo ve, todas las mañanas, al despertar, el mismo sol refulgente que calienta las manos juntas de los que rezan en el campo. El Padre ama con igual amor al que lo abandona y al que

([76]) CIRCE. Hermosa y célebre maga, hija de Helios y hermana de Eeta, que vivía en la isla Eea. Esta maga acostumbraba convertir en bestias a los extranjeros que desembarcaban en la isla. Como Ulises hubiera llegado a ella, mandó a la mitad de su gente con Euríloco al palacio de la maga; mas no los vió regresar, porque habían sido convertidos por Circe en marranos; sólo Euríloco, que no había bebido la bebida embrujada, escapó a este destino y regresó donde Ulises, a darle cuenta de lo acontecido. Éste, entonces, se dirigió solo al palacio de la maga, y, ayudado por Hermes que le dió una hierba que lo protegía contra todo embrujamiento, indujo a Circe a que devolviera a sus compañeros la forma humana. A pesar de todo esto, Ulises permaneció en la isla durante un año, viviendo en continua fiesta, hasta que, instado por sus compañeros, se decidió a partir.

lo busca, a quien lo obedece en casa y a quien lo vomita al par del vino. Puede ser contristado un padre, puede sufrir, puede llorar, pero ningún malvado será capaz de hacerlo semejante a él; ninguno lo llevará a la venganza.

Y nosotros que estamos tan por debajo de Dios, criaturas condenadas al fin, que apenas tenemos fuerza para recordar lo que pasó dos días atrás y que ignoramos el mañana; nosotros, criaturas inferiores y desgraciadas, ¿no tenemos sobrados motivos para ser con nuestros hermanos de miseria lo que Dios es para nosotros?

Dios es la suprema hipótesis de nuestro ideal, de nuestra voluntad de ser. Dejarlo solo, alejarse de él, no ser nosotros como le rogamos que sea él con nosotros, ¿no es por ventura alejarnos de nuestro único destino, hacer imposible, perpetuamente inconquistable, aquella felicidad para la cual hemos sido hechos, por la cual creemos vivir, que es nuestra, imaginada por nosotros, soñada por nosotros, querida, buscada, invocada, en vano perseguida en todas las falsas felicidades que no son de Dios? "¡Seamos Dioses —grita Bossuet— seamos Dioses! El nos lo permite mediante la imitación de su santidad".

¿Quién se recusará a ser semejante a Dios, a estar con Dios? *Dii estis.* La Divinidad está en nosotros; la bestialidad la baja y estrecha como una mala corteza que tarda nuestro crecimiento. ¿Quién no querrá ser Dios? ¿Estáis realmente contentos, hombres, medio bestias, centauros sin gallardía, sirenas sin dulzuras, demonios con morro de faunos y pies de cabra? ¿Estáis tan satisfechos de vuestra humanidad bastarda e imperfecta, de vuestra animalidad apenas enfrenada, de vuestra santidad apenas deseada? ¿Paréceos que la vida de los hombres, como lo fué ayer, como lo es hoy, sea tan grata, tan contenta, tan feliz que no se deba tentar nada para que no sea más así, para que sea completamente diversa, opuesta a ésta; más semejante a aquella que de miles y miles de años atrás imaginamos en lo futuro y en el cielo? ¿No se podría de esta vida hacer otra vida, cambiar este mundo en un mundo más divino,

hacer bajar, al fin, el cielo, la ley del cielo, a la tierra?

Esta nueva vida, este mundo terreno pero celestial, es el Reino de los Cielos. Y para que el reino venga a nosotros, debemos encielarnos, endiosarnos, transhumanarnos a nosotros mismos; hacernos semejantes a Dios, imitar a Dios.

El secreto de la imitación de Dios, es el Amor; el camino seguro de la transhumanación es el Amor; el amor del hombre por el hombre, el amor del amigo y del enemigo. Si este amor es imposible, imposible es también nuestra salvación. Si repugna, es señal de que nos repugna la felicidad. Si es absurdo, nuestras esperanzas de redención no son más que absurdos.

El amor a los enemigos parece locura a la razón común. Quiere decir, entonces, que nuestra salvación está en la locura. El amor a los enemigos se parece al odio de nosotros mismos. Quiere decir que sólo odiándonos a nosotros mismos llegaremos a la felicidad.

En el punto a que hemos llegado nada debe atemorizarnos. Todo se ha probado, se han consumado todos los experimentos. No diremos que nos haya faltado tiempo para todas las pruebas que hemos querido tentar. Son semanas de miles de años que estamos en la tierra ensayando y volviendo a ensayar. Hemos experimentado la ferocidad, y la sangre ha llamado a la sangre. Hemos experimentado la voluptuosidad, y la voluptuosidad nos ha dejado en la boca hediondez de podredumbre y un fuego más tormentoso aún. Hemos violentado al cuerpo con los más refinados y perversos placeres hasta encontrarnos, extenuados y tristes, tendidos en un lecho de estiércol. Hemos experimentado la Ley y no hemos obedecido la Ley; la hemos cambiado y hemos vuelto a desobedecerla, y la Justicia no ha saciado nuestro corazón.

Hemos experimentado la Razón; hemos sacado las cuentas de la creación; hemos contado las estrellas; hemos descripto las plantas, las cosas muertas y las cosas vivas; las hemos atacado en un haz con los hilos sutiles de los conceptos; las hemos transfigurado en los mágicos vapores de las metafísicas y, al fin de cuentas, las cosas eran siempre las mismas, eternamente las mismas y no nos bastaban y no se podían renovar, y los nombres y los números no acallaban nuestra hambre; y los más sabios han terminado con aburridoras confesiones de la propia ignorancia.

Hemos experimentado el Arte, y nuestra impotencia ha hecho desesperar a los más fuertes, porque lo Absoluto no está en las formas. Lo Diverso rebasa de lo Unico, la Materia trabajada no encierra lo Efímero. Hemos experimentado la Riqueza; y nos hemos encontrado más pobres; la Fuerza, y nos hemos despertado más débiles. En ninguna cosa nuestra alma se ha aquietado; bajo ninguna sombra nuestro cuerpo tendido ha gustado su reposo, y el corazón, siempre en busca y siempre desilusionado, está más viejo, más cansado, más vacío, porque en ningún bien ha hallado su Paz, en ningún placer su Alegría, en ninguna conquista su Felicidad.

Jesús nos propone su prueba, la última. La prueba del Amor. La que ninguno ha realizado y pocos han tentado y por pocos momentos de su vida. La más ardua, la más contraria a nuestros instintos, pero la única que puede cumplir lo que promete.

El hombre tal cual sale de la naturaleza no pienza más que en sí, no ama sino a sí mismo. Logra, poco a poco, con indecibles pero lentos esfuerzos, amar por algún tiempo a su mujer, amar a sus hijos, soportar a sus cómplices de caza, de asesinatos y de guerra. Puede amar, aunque raramente, a un amigo; más fácilmente puede odiar a quien lo ama; no puede amar a quien lo odia.

Y es precisamente por esto que Jesús impone el amor a los enemigos. Para rehacer completamente al hombre, para crear un hombre nuevo, es necesario extirpar el centro más tenaz del hombre viejo. Del amor de sí mismo nacen todas las desventuras, todas las matanzas, todas las miserias del mundo. Para domar al antiguo Adán es menester arrancarle este amor de sí y substituirlo por el amor más opuesto a su naturaleza

presente: el amor a los enemigos. Las transformación total del hombre es un tan sublime absurdo. Una empresa extraordinaria, contranatural y loca, que sólo puede realizarse con una locura contranatural y extraordinaria.

Hasta ahora el hombre ama a sí mismo y odia a quien le odia; el hombre futuro, el habitador del Reino, debe odiarse a sí mismo y amar a quien le odia. Amar al prójimo como a sí mismo es una fórmula insuficiente, una concesión al egoísmo universal. Pues quien se ama a sí mismo no puede amar perfectamente a los otros y, por fuerza se encuentra en conflicto con otros. Solamente el odio de nosotros mismos es resolutivo. Porque nos amamos, nos admiramos, nos acariciamos demasiado. Para vencer este amor ciego es conveniente ver nuestra nada, nuestra bajeza, nuestra infamia. El odio de sí mismo es humildad, por consiguiente principio de conversión y de perfección. Y solamente los humildes entrarán en el Reino de los Cielos, porque solamente ellos sienten cuán largo sea el camino que de él los separa.

Nosotros nos irritamos contra los demás, porque nuestro querido "yo" nos parece ofendido injustamente, no suficientemente servido por los otros; matamos al hermano porque parécenos un tropiezo para nuestro bien; robamos por amor a nuestro cuerpo; fornicamos por dar gusto a nuestro cuerpo; la envidia, madre de rivalidades, de contiendas, de guerras, no es más que el dolor de que otro posea más que nosotros, posea lo que no poseemos nosotros; el orgullo es la ostentación de nuestra certeza de que somos más que los otros, de que poseemos más que los otros, de valer y de saber más que los otros. Todo aquello que las religiones, las morales, las leyes llaman pecado, vicios, delitos, dimanan de este amor a nosotros mismos, del odio a los otros que nace de este amor único, solitario y desordenado.

¿Qué derecho tenemos para odiar a nuestros enemigos, si también nosotros hemos caído en la misma culpa por la cual parécenos lícito odiarlos; es decir, el odio?

¿Qué derecho tenemos para odiarlos, aun en el supuesto de que hubieran hecho algo malo, aun creyéndolos perversos, cuando nosotros mismos, las más de las veces, hemos hecho lo mismo, y estamos empalagados en las mismas perversidades?

¿Qué derecho tenemos para odiarlos si, casi siempre, es nuestra la responsabilidad de su odio, si somos nosotros los que los hemos forzado, con los infinitos errores de nuestro amor a nosotros mismos, a odiarnos?

Y quien odia es infeliz, y el primero en sufrir. Al menos en resarcimiento de aquel sufrir, del que con sobrada frecuencia somos la verdadera causa, próxima o remota, debemos responder con amor a ese odio, con la dulzura a esa acritud.

Nuestro enemigo es también nuestro salvador. Debemos estar cada día más agradecidos a nuestros enemigos. Sólo ellos ven claramente y dicen sin embozos lo que hay de feo, de innoble en nosotros. Nos llaman a nuestra verdadera realidad; despiertan la conciencia de nuestra pobre moral, principio esencial del segundo nacimiento. Les debemos —también por esta gratitud— el amor.

Porque nuestro enemigo necesita de amor y precisamente de nuestro amor. Quien nos ama, ya tiene en sí su goce y su recompensa. No necesita de nuestra reciprocidad. Mas quien odia es infeliz, odia porque es infeliz: el odio es un amargo desahogo de su pena. En esta pena tenemos nuestra parte de culpa. Y aun si por imprudente confianza en nosotros mismos creemos no tenerla, con el amor debemos mitigar la infelicidad de aquel que odia, aliviar su mal, pacificarlo, hacerlo mejor, convertirlo a él también a la felicidad del amor. Amándolo, lo conoceremos mejor; conociéndolo mejor, lo amaremos más aún. Sólo se ama bien lo que bien se conoce; el amor hace transparente a quien se ama. Si amamos a nuestro enemigo, su alma nos será más clara, y cuanto más penetremos en él, tanto más descubriremos que tiene derecho a nuestra compasión, a nuestro amor. Porque cada enemigo es un hermano no conocido; frecuentemente se odia a aquellos a quienes

nos parecemos; algo de nosotros, acaso ignorado por nosotros mismos, se encuentra en nuestro enemigo, y es la causa, a veces, de nuestra enemistad. Amando al enemigo purificamos nuestro espíritu en el conocimiento y llevamos el suyo *hacia lo alto. De un odio que divide puede nacer una luz que liberta.* Del peor de los males, el máximo de los bienes.

Por eso Jesús ordena la inversión de las relaciones entre los hombres. Cuando el hombre ame lo que hoy odia y odie lo que hoy ama, el hombre será otro, la vida será lo opuesto de esta vida. Y si la vida de hoy es un conjunto de males y de desesperaciones, la nueva vida, siendo precisamente lo contrario de la anterior, será todo bondades y consuelos. Por primera vez la felicidad será nuestra, el Reino de los Cielos se iniciará sobre la tierra. Volveremos a hallar el Paraíso para toda la eternidad. Pues perdido fué porque los primeros hombres quisieron conocer la diferencia entre el bien y el mal. Pero para el Amor absoluto, igual al del Padre, no hay más ni bien ni mal. El mal es vencido, destruido *por el bien. El Paraíso era el amor, el amor* entre Dios y el hombre, entre el hombre y la mujer. El amor de cada hombre a todos los hombres será el nuevo Paraíso Terrestre, el Paraíso reconquistado. En este sentido, Cristo es quien vuelve a Adán a las puertas del Jardín y le enseña cómo puede entrar de nuevo en él y habitarlo para siempre.

Los descendientes de Adán no le han creído; han repetido sus palabras, pero no las han puesto por obra; y los hombres, por la sordera de su corazón, gimen todavía en un Infierno Terrestre que, de siglo en siglo, se va haciendo más infernal. Hasta que los tormentos sean tan atroces e insoportables que hagan nacer en los mismos condenados repentino odio al odio; hasta que los moribundos rebeldes, en el frenesí de la desesperación, lleguen a amar a sus propios verdugos. Entonces, ¡ah! entonces, de la gran tiniebla dolorosa surgirá finalmente el casto esplendor de una milagrosa primavera.

"PADRE NUESTRO"

Los Apóstoles pidieron a Jesús una oración. Luc. 11, 1.

Habíales dicho, a ellos y a todos, que hicieran oraciones breves y secretas. Pero no se contentaban con las recomendadas por los tibios sacerdotes rutinarios del Templo. Querían una oración suya propia, que fuera como una contraseña de los que seguían a Jesús.

Y Jesús, en la Montaña, enseñó por primera vez el Padrenuestro. Es la única oración que haya aconseja- Mt. 6, 9-13.
do Jesús. Una de las oraciones más sencillas del mundo. La más profunda que se eleve de las casas del hombre y de Dios. Una oración sin literatura, sin teología, sin altivez y sin servilismo. La más bella de todas.

Pero no por ser simple el *Padrenuestro* todos lo entienden. La secular repetición, mecánica repetición de la lengua y de los labios, la repetición milenaria, formal, ritual, distraída, indiferente, ha hecho de esa oración una como sarta de sílabas de las cuales se ha perdido el sentido primitivo y familiar. Volviéndolo a leer hoy, palabra por palabra, como un texto nuevo, como si hubiérase ofrecido a la vista por primera vez, pierde él su carácter de trivialidad ritual y se renueva en su primer signifieado.

Padre Nuestro: he aquí que hemos venido a Ti y nos amas como a hijos. De Ti no tendremos mal alguno.

Que estás en los cielos y en lo que se opone a la Tierra: en la esfera opuesta a la Materia; por consiguiente, en el Espíritu y también en aquella mínima parte —pero así y todo eterna— del Espíritu que es nuestra alma.

Santificado sea el tu nombre. No debemos adorarte solamente con palabras, sino ser dignos de Ti, aproxi-

marnos a Ti con amor más fuerte. Porque Tú ya no eres más el Vengador, el Señor de las Batallas, pero sí el Padre que enseña la bienaventuranza de la paz.

Venga a nos el tu reino: el Reino de los Cielos, el Reino del Espíritu y del Amor, el del Evangelio.

Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. Tu ley de Bondad y de Perfección domina en el Espíritu y en la Materia, en todo el universo visible e invisible.

El pan nuestro de cada día dánosle hoy, porque la materia de nuestro cuerpo, sostén necesario del espíritu, ha menester, todos los días, de un poco de materia para mantenerse. No te pedimos riquezas, estorbo pernicioso, sino aquel tanto que nos permita vivir para hacernos más dignos de la vida prometida. No solamente de pan vive el hombre; pero sin este mendrugo de pan, el alma, que vive en el cuerpo, no se podría nutrir tampoco con las otras cosas más preciosas que el pan.

Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Perdónanos porque nosotros perdonamos a los otros. Tú eres nuestro eterno e infinito acreedor: no podremos jamás saldar nuestra deuda contigo. Pero piensa que a nosotros, por nuestra gastada naturaleza, nos cuesta más perdonar una dueda sola a uno solo de nuestros deudores de lo que te cueste a Ti borrar hasta el recuerdo de todo lo que te debemos.

No nos dejes caer en la tentación. Somos débiles, ligados todavía en la carnalidad, en este mundo que, por momentos, aparece tan hermoso que incita a todas las molicies de la infidelidad. Ayúdanos, a fin de que nuestro cambio no sea demasiado dificultoso y combativo, y nuestra entrada en el Reino no sufra demora.

Líbranos del mal. Tú, que estás en los cielos, que eres Espíritu y tienes poder sobre el Mal, sobre la Materia irreductible y hostil que por todas partes nos rodea, y no es fácil desvincularse de ella a cada instante; Tú, adversario de Satanás y negación de la Materia, ¡ayúdanos! En esta victoria sobre el Mal —sobre el Mal que siempre retoña porque no será de veras vencido sino cuando *todos* lo hayan vencido— está nuestra grandeza, pero esta vic-

toria decisiva se hallará menos lejos si nos socorres con tu alianza.

Con este pedido de auxilio termina el *Padrenuestro.* En el cual no encuentras la adulación empalagosa de las oraciones orientales, retahila de elogios y de hipérboles que parecen haber sido inventadas por un perro que adora con su alma canina al patrón porque le permite existir y hartarse. Ni encuentras tampoco la quejumbrosa y lamentadora súplica del Salmista que pide a Dios todos los socorros, con más frecuencia los temporales que los espirituales, y se queja si la cosecha no ha sido buena, si los conciudadanos no lo respetan, mientras invoca plagas y saetas contra los enemigos que es incapaz de vencer solo.

Aquí el único elogio es la palabra *Padre.* Una alabanza que es una obligación, una manifestación de amor. A este Padre no se le pide más que un poco de pan —prontos a ganarlo con el trabajo, porque también el anuncio del Reino es un trabajo necesario— y se pide, además, aquel perdón que otorgamos a nuestros enemigos; por último una protección suficiente para combatir al Mal, enemigo común de todos, muralla opaca que nos impide la entrada al Reino.

Quien reza el Padrenuestro no es orgulloso, pero tampoco se rebaja. Habla a su Padre con el acento íntimo y plácido de la confianza, casi de igual a igual. Está seguro de su amor y sabe que el padre no ha menester de largos discursos para conocer sus deseos. "Vuestro Padre —advierte Jesús— sabe lo que habéis menester antes que se lo pidáis". También la más bella de las Mt. 6, 8.
oraciones es el recuerdo cotidiano de cuanto nos falta para hacernos semejantes a Dios.

OBRAS PODEROSAS

Jesús, después de haber promulgado la nueva Ley de la imitación de Dios, bajó de la Montaña.

No se puede estar siempre en las montañas. Apenas llegados a una cumbre estamos destinados a bajar de allí. Condenados a descender de ella. Necesariamente, inapelablemente obligados a descender de ella. Existe una promesa tácita de volver al llano. Un compromiso de volver a bajar. Y la ascensión se paga con el descenso; es descontada, expiada, compensada con el descenso. La tristeza de descender es el precio estipulado de la alegría del subir. La voluptuosidad de la subida es un anticipado resarcimiento por la melancolía del descenso.

Quien tiene que hablar debe hacerse oír; si habla siempre sobre las cumbres, pocos quedan con él —en las cumbres hace frío para aquellos que no son todo fuego— y a pocos llega su voz. Quien ha venido a dar, no puede pretender que los hombres —pulmones débiles, corazones cansados, piernas encorvadas— lo sigan a lo alto arrastrándose por los repechos. Debe buscarlos en las llanuras, en las casas donde se agazapan: bajarse hasta ellos para levantarlos.

Jesús sabe que no son necesarios los discursos muy elevados, dichos desde las montañas, para que todos conozcan la Buena Nueva. Sabe que es menester valerse de palabras menos genéricas, de palabras que se aproximen más a los hechos, palabras-imágenes, palabras-narraciones, palabras que sean casi hechos. Y sabe también que tampoco estas palabras bastan.

El pueblo sencillo, rústico, grosero; el pueblo pequeño, que sigue a Jesús, se compone de hombres que viven en las cosas materiales; hombres que llegan —¡y con

cuánta lentitud y cuánta fatiga!— a las cosas espirituales solamente a través de las pruebas materiales, de las señales, de los símbolos materiales. No conciben una verdad espiritual sin su encarnación material. Una imagen sensible puede encaminarlos hacia la revelación moral; un prodigio es la confirmación de una verdad nueva, de una misión discutida.

La predicación —que procede siempre por axiomas y aforismos— no era suficiente para aquellas imaginaciones orientales. Y Jesús recurrió a lo maravilloso y a la poesía. Obró Milagros y habló en Parábolas.

Los Milagros que narran los Evangelios han sido, para muchísimos modernos, la primera razón para abandonar a Jesús y el Evangelio. No pueden creer en el milagro; el milagro no cabe en sus cerebros atrofiados, luego... el Evangelio miente; y si miente en tantos lugares, no se le puede creer tampoco en lo demás. Jesús no puede haber resucitado muertos; luego... sus palabras no tienen valor alguno.

Los que así razonan —y razonan mal, porque solamente una doctrina puede dar valor a los milagros, en tanto que los milagros no siempre prueban las doctrinas— dan a los hechos milagrosos un valor y un peso mucho mayor del que el mismo Jesús les ha dado.

Si hubieran leído atentamente los Cuatro Evangelios habrían advertido que *Jesús frecuentemente se muestra reacio a obrar milagros*. Se aleja cuando se le llama para que los obre; y no da una importancia suprema a este su divino poder.

Se rehusa cada vez que encuentra una buena razón para ello. Si después de su repulsa insisten, cede para premiar la fe de los doloridos que piden. Pero para sí, para su salvación, no obrará jamás milagros. No quiere obrarlos ni en el desierto para ahuyentar a Satanás; no los obra en Nazaret, cuando quieren matarlo, ni en el Luc. 4, 29.
Getsemaní (77), cuando van a arrestarlo, ni en la Cruz

(77) GETSEMANI. S. Marcos designa al Getsemaní con el nombre de "campo" o propiedad; S. Mateo lo llama "villa" y S. Juan "jardín, huerto o bosquecillo". Es necesario, pues, que uno se imagine un jardín a lo oriental, un huerto cerrado por un muro

cuando lo desafían a que se salve. Su poder sobrenatural es solamente para los otros, para bien de sus hermanos mortales.

Son tantos los que le piden una señal, una señal del cielo, una señal que convenza a los incrédulos de que su palabra es palabra de verdad. "Esta generación perversa y adúltera señal pide: y señal no le será dada, sino la
Mt. 12, 39. señal de Jonás profeta". ¿Cuál es esta señal? Los Evangelistas, que escriben después de la Resurrección, entienden que Jonás, salido del vientre de la ballena al tercer día, es la figura de Jesús que, al tercer día, saldrá del sepulcro. Pero la continuación de la conversación demuestra que Jesús entendía decir también otra cosa. "Los Ninivitas ([78]) se levantarán en juicio con esta generación y la condenarán: *porque ellos hicieron penitencia por la predicación de Jonás*. Y he aquí en este lugar a uno que es más que Jonás". Nínive no pidió pro- Mt. 12, 41.
digios; la sola palabra la convirtió. Los que no se convierten con la sola predicación de Jesús —que anuncia verdades infinitamente superiores a las anunciadas por Jonás— están por debajo de los Ninivitas, de los idólatras, de los bárbaros.

No debéis creerme sólo "porque" obro milagros: debéis recordar que la fe —más alta y perfecta si es conquistada sin milagros— puede obrar *también milagros*. A los corazones endurecidos, cerrados a la verdad, no los convierte ni el mayor de los milagros. "Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco creerán, aun cuando alguno de los muertos resucitare". Las ciudades donde ha obrado Luc. 16, 31.
los mayores prodigios lo han abandonado. "¡Ay de ti, Corozaín! ¡Ay de ti, Betsaida! que si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho las maravillas que han sido realizadas en vosotras, ya mucho ha que hubieran hecho penitencia en cilicio y en ceniza". Mt. 11, 21.

Todos pueden obrar prodigios que parecen milagros; hasta los brujos embaucadores. En su tiempo, un tal Simón obraba prodigios en Samaría; también los discípulos de los Fariseos los obraban. Pero no serán tenidos en cuenta. No bastan los milagros para entrar en el Reino. "Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿pues no profetizamos en tu nombre? ¿Y en tu nombre no lanzamos demonios, y en tu nombre no hicimos muchos milagros? Y entonces yo les diré claramente: Nunca os conocí: apartaos de mí "los que obráis la iniquidad". Mt. 7, 22-23.
No basta echar a los demonios si no has echado al que está en ti, el demonio de la soberbia y de la codicia.

También después de su muerte vendrán otros a obrar milagros. "Se levantarán falsos cristos y falsos profetas y darán grandes señales y prodigios, de modo que, si puede ser, caigan en error aun los escogidos". "Os he Mt. 24, 24.
prevenido: no creáis en aquellas señales y en aquellos prodigios hasta que no venga el Hijo del Hombre. Los milagros de los falsos profetas no prueban la verdad de sus dichos".

de piedra o por un cercado de plantas espinosas (cerco vivo). El arbolado y la sombra de éste convertíanlo en un lugar de campo muy apto para defender a uno del fuego de los rayos solares. El nombre de Getsemaní "Gath-Schemane" (lugar del aceite), basta para indicarnos que dicho lugar estaba plantado de olivos. "Jesús iba a él con frecuencia en compañía de sus discípulos", nos dice S. Juan (18,2). La circunstancia de que el Divino Salvador se dirigiera frecuente y libremente a este lugar para hacer oración y pasar allí la noche con los suyos, nos induce a suponer que dicho sitio era propiedad de su familia. Contribuye a vigorizar esta conjetura el hecho de que María haya sido sepultada en este mismo lugar.

Por lo que atañe a la posición de Getsemaní, sabido es que, en frase de S. Juan (18,1), "se hallaba de la parte de allá del torrente de Cedrón". Eusebio y S. Jerónimo lo indican en la base del monte de los Olivos. El Peregrino de Burdeos encontró "la piedra de donde Judas Iscariote entregó a Cristo, a la izquierda del camino que conduce al monte de los Olivos"; a la derecha del mismo camino, había ya en el siglo IV una iglesia en el lugar de la agonía de Jesús.

([78]) NINIVITAS. Habitantes de la ciudad de Nínive, capital que fué de los imperios de Nínive y Asiria, situada al N. O. de Babilonia a orillas del Tigris; fué fundada por Asur y elevada a su mayor grado de esplendor por Nino, siendo tomada en 759 a. de J. C. por Arbaces y Belisis y destruída en 625 por Ciajares I y Nabucodonosor.

Los Ninivitas creyeron en la predicación del profeta Jonás y se convirtieron; por eso Cristo reprocha a la generación que le escucha, pues ve los prodigios que él obra —que lo declaran mucho más que Jonás— y que no obstante permanece insensible; ni se convierte al Reino, ni quiere reconocer en él al Mesías prometido y esperado.

Por todas estas razones Jesús se abstenía, en cuanto era posible, de los Milagros; pero no siempre podía resistir a las súplicas de los doloridos, y muchas veces su compasión no esperaba los pedidos. Porque el Milagro es poder de fe, y grande era la fe de los que pedían. Pues con frecuencia, concluída apenas la curación, recomendaba al sanado que guardara secreto: "Ve y no lo digas
Mc. 1, 44. a nadie".

Los que no escuchan las verdades de Cristo porque están escandalizados de los milagros, deberían recordar aquella profunda palabra que dirigió a Tomás: "¡Bien-
G. 20, 29. aventurados los que no vieron y creyeron!"

De tres cosas no pueden prescindir los hombres. Y son ellas el Pan, la Salud y la Esperanza.

Sin las otras logran, arrastrándose, imprecando, vivir. Mas si no tienen al menos esas tres, suplican a la muerte que acelere su llegada. Porque la vida se hace igual a la muerte. Es una muerte a la que se le agrega el sufrimiento. Una muerte agravada, empeorada, exacerbada, sin ni siquiera la tranquilidad de la insensibilidad. El hambre es la consumición del cuerpo; el dolor hace odiar al cuerpo; la desesperación —el no esperar más un algo mejor, un consuelo, un alivio— vuelve insípidas todas las cosas. Suprime toda razón de ser, toda razón de obrar. Hay quien no se mata porque el matarse también es un trabajo.

El que quiere atraerse a los hombres debe dar Pan, Salud y Esperanza. Debe saciarlos, sanarlos y crear en ellos la fe en una vida más bella.

Jesús ha dado esta fe. A los que le seguían al desierto y a los montes ha repartido el pan material y el espiritual. No ha querido transformar las piedras en pan, pero ha hecho de suerte que los panes verdaderos bastaran para las necesidades de millares de hombres. Y las piedras que los hombres tenían en el pecho las ha trocado en corazones que aman.

No ha rechazado a los enfermos. Jesús no es un atormentador de sí mismo, un flagelante. No cree que el dolor en sí sea necesario para vencer al mal. El mal es mal y debe ser expulsado, pero también el dolor es mal. Bastan, para conseguir la verdadera salud, los dolores del alma; ¿por qué debe padecer, sin necesidad, también el cuerpo? Los antiguos Hebreos veían en la enfermedad solamente un castigo: los cristianos ven en ella un poderoso auxiliar para la conversión.

Pero Jesús no cree en la venganza sobre los inocentes y no espera de los tormentos, de las úlceras o de los cilicios la verdadera salvación. Dad al cuerpo lo que es del cuerpo y al alma lo que es del alma. No le desagrada estar tendido junto a la mesa cordial de la cena; no rechaza a quien le escancia el vino; y no aleja a las piadosas mujeres que le derraman perfumes en los cabellos y en los pies. Jesús puede pasar en ayunas muchos días; puede contentarse con una orcita de pan y con medio pescado asado, y dormir en tierra, teniendo por almohada una piedra. Pero, mientras puede, no busca la escasez, el hambre, el padecimiento. Para él la salud es un bien y son bienes aceptables también —siempre que por ellos otro no sufra— el placer inocente de un almuerzo con los amigos, un vaso de vino bebido en compañía, la sana fragancia de un pote de nardo.

Si un enfermo se le acerca, él lo sana. Jesús no ha venido para negar la vida, pero sí para afirmarla. Para afirmar, para instaurar una vida más perfecta y feliz. No va de intento en busca de los enfermos. Su misión es expulsar el dolor espiritual, traer la alegría espiritual. Pero si, andando, se le presenta la ocasión de expulsar también los dolores materiales, de calmar un tormento, de restituir a la par de la salud del alma también la del cuerpo, no puede negarse. Las más de las veces se muestra esquivo, porque no es ésa su profesión; su mira es más elevada, y no quisiera aparecer a los ojos del mundo un brujo vagabundo o el Mesías mundano que los más esperan. Pero, como quiera que su propósito sea vencer al mal y haya hombres que lo saben capaz de vencer *todos* los males, su amor se ve forzado a expulsar también los males del cuerpo.

Cuando en los caminos frecuentados por los sanos le salen al encuentro en grupos de diez los leprosos, los repelentes, desfigurados, horribles leprosos, y ve esa blan-

ca hinchazón y las escamas a través de las casacas andrajosas; ve esa piel llena de pústulas, manchada, rajada; esa piel arrugada que deforma la boca, hunde los ojos, hincha las manos; ve esos espectros miserables que sufren, que todos evitan, separados de todos, que causan asco a todos y mucho es si tienen un mendrugo de pan, una escudilla para el agua, una cueva donde esconderse, y a duras penas logran hacer salir las palabras de los labios tumefactos y postillosos y le piden, a él, que saben poderoso en palabras y en obras, a él, última esperanza de aquellas desesperaciones, la salud, la curación, el prodigio, ¿cómo podría Jesús apartarse al igual que los otros, no escucharlos?

Y los epilépticos que se retuercen en el polvo con el rostro contrahecho en un espasmo que los deja inmóviles, con la baba en la boca; los poseídos que lanzan alaridos entre los sepulcros en ruinas, siniestros perros nocturnos, inconsolados; los paralíticos, troncos inertes que sienten cuanto es estrictamente necesario para sufrir, cadáveres vivientes, habitados por una alma encarcelada y suplicante; y los ciegos, los asustadizos ciegos, encerrados desde su nacimiento en la noche —anticipación de la negrura de bajo tierra— que tropiezan con los felices que van donde quieren, los ciegos amedrentados que caminan, alta la cabeza, fijos los ojos, como si la luz debiera llegar del fondo de lo infinito, y para quienes el mundo no es más que una gradación de durezas palpadas con la mano; los ciegos eternamente solitarios, que del sol no conocen más que la tibieza y el ardor.

¿Cómo podría Jesús responder con un no a esas miserias? Su amor, que supera la piedad común cuanto su naturaleza supera a la humana, no puede rechazar las súplicas que conmoverían hasta a un pagano. Conmovedoras hasta en su mutismo.

LA RESPUESTA DE JUAN

Jesús sana, pero no tiene nada de brujo o de exorcista. No echa mano de tetragramatones [79], de encantamientos, de talismanes, de humos, de velos, de misterios. No llama en su auxilio ni al Cielo ni al Infierno. Le basta una palabra, un grito, una voz suave, una caricia. Basta su voluntad y la fe de quien pide. Pregunta a todos: "¿Crees que yo puedo hacer esto?" Y cuando la curación se ha efectuado: "Ve, tu fe te ha sanado". Mc. 10, 52.

Para Jesús el milagro es la concurrencia de dos voluntades buenas; el contacto vivo entre la fe del que obra y la fe del que recibe la acción del primero. La colaboración de dos fuerzas. Una yuxtaposición, una convergencia de certezas salvadoras.

"Porque en verdad os digo, que si tuviereis fe cuanto un grano de mostaza, diréis a este monte: ¡Pásate de aquí allá!, y se pasará; y nada os será imposible..." Mt. 17, 19.
"Si tuviereis fe cuanto un grano de mostaza, diréis a esta morera: ¡Arráncate de raíz y trasplántate en el mar!, y os obedecerá". Luc. 17, 6. Los que no tienen fe ni por valor de una milésima parte de un grano de mostaza, juran que este poder nadie lo tiene y que Jesús es un impostor.

En los Evangelios griegos los Milagros son llamados de tres maneras: *"Dunameis"*, fuerzas; *"Térata"*, maravillas; *"Sémeia"*, señales. Son señales para quien recuerda las profecías mesiánicas; maravillas para quien las presencia. Pero para Jesús y en Jesús no son sino *Dunameis*,

[79] TETRAGRAMATONES. (Del latín "teagrammatos" y éste del griego tetra, cuatro, y gramma, letras). Nombre o palabra compuesta de cuatro letras. Por excelencia, nombre de Dios, que en hebreo se compone de cuatro letras, como en gran parte de otros idiomas. (Dic. de la Real Academia).

obras poderosas, relampagueos triunfantes de un poder sobrehumano.

Las curaciones de Jesús revisten un doble carácter. No son solamente curaciones de cuerpos, sino también de espíritus. Y justamente de aquellas enfermedades espirituales que Jesús quiere sanar a fin de que el Reino de los Cielos pueda fundarse también sobre la tierra.

La mayor parte de las enfermedades son de doble naturaleza y se prestan de una manera singular para la metáfora. Jesús sana a mancos, estropeados, calenturientos, a un hidrópico, a una mujer con flujo de sangre. Sana también una herida de espada, la oreja de Malco amputada por Pedro en la noche de Getsemaní, pero solamente para que su Ley —"Haz bien a quien te hace mal"— sea observada hasta lo último.

Los sanados por Jesús son, casi siempre, Endemoniados, Paralíticos, Leprosos, Ciegos, Sordomudos. Endemoniados es la antigua palabra para las enfermedades mentales; también el "profesor" Aristóteles creía en la posesión de los demonios. Era creencia que los Obesos, los Lunáticos, los Epilépticos, los Histéricos estaban invadidos por espíritus malignos. Las contradictorias y, frecuentemente, verbales explicaciones modernas de estas enfermedades, no destruyen el hecho de que los Demoníacos, en muchos casos, son tales en el sentido verdadero y propio de la palabra.

A Jesús se le prestaba de manera admirable esta interpretación docta y popular de las enfermedades del espíritu, para aquella enseñanza alegórica y alusiva de que gustaba. El quería fundar el Reino de Dios y arrasar con el de Satanás. Expulsar demonios formaba parte del programa de su misión. No le interesaba distinguir entre lo que era desorden culpable o verdadera posesión maligna. Entre las enfermedades corporales y las espirituales existe un paralelismo consagrado por el lenguaje y que se funda en afinidades efectivas. El Furioso y el Epiléptico, el Holgazán y el Paralítico, el Inmundo y el Leproso, el Ciego y quien no sabe ver la verdad, el Sordo y quien no quiere oír la verdad, el Salvado y el Resucitado.

Cuando Juan, encerrado en una mazmorra, envió a dos

de sus discípulos donde Jesús para que le preguntaran si él era el esperado o si debían esperar a otro, Jesús les respondió: "Id y contad a Juan lo que habéis oído y visto: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos se limpian, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados". Mt. 11, 4-5. Jesús no espera el Evangelio de las curaciones milagrosas. Son obras del mismo orden; quiere decir él, con esa respuesta, que ha sanado los cuerpos a fin de que las almas estén mejor dispuestas para recibir el Evangelio.

Quiere decir: los que no veían la luz del sol, ven ahora también la de la verdad; los que no oían ni las palabras de los hombres, escuchan, ahora, también la de Dios; los que estaban poseídos por Satanás, son librados de Satanás; los podridos y ulcerados, están ahora limpios y puros como niños; los que no podían moverse, baldados y tullidos, caminan siguiendo mis huellas; los que estaban muertos a la vida del alma, han resucitado a una palabra mía; y los pobres, después de la Buena Nueva, son más ricos que los ricos. Ahí tenéis mis credenciales, mi ejecutoria.

Jesús, médico y libertador, no es lo que sus enemigos de hoy, con pésima fe, quieren imaginarse, para renovar contra su ascética el cómodo vivir del paganismo. Es el Dios, dicen, de los enfermos, de los débiles, de los sucios, de los miserables, de los impotentes, de los siervos. Pero toda la obra de Jesús es un don de salud, de fuerza, de pureza, de riqueza, de libertad. Jesús se acerca a los enfermos para ahuyentar la enfermedad; a los débiles para librarlos de la flaqueza; a los sucios para lavarlos, a los esclavos para libertarlos. No ama a los enfermos sólo porque son enfermos; ama, a la par de los antiguos, la salud; y de tal suerte la ama que quiere devolverla a quien la ha perdido.

Jesús es el profeta de la felicidad, el garante de la vida, de una vida más digna de ser vivida. Los milagros no son más que arras de su promesa.

"TALITHA CUMI"

Mat. 11, 5. "Los muertos resucitan". Es nna de las señales que deben bastar al Bautista prisionero. A la buena hermana, a Marta hacendosa, díjole: "Yo soy la resnrrección y la vida; el que cree en mí aunque hubiere muerto, vivirá;
Juan 11, 25-26. y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá jamás. La resurrección es un renacimiento de la fe; la inmortalidad es la afirmación permanente de esta fe. Las palabras del evangelista Juan son una parábola abstracta, casi teológica, que remite a una experiencia rigurosamente individual.

Pero los Evangelios conocen tres resurrecciones corporales; tres acontecimientos históricos, narrados con el estilo sobrio, pero explícito del testigo presencial. Jesús ha resucitado tres muertos: a un jovencito, a una niña y a un amigo.

Estaba por entrar en Naím (80) —la "hermosa" acu-

(80) NAIM. La alta planicie que se asienta al pie del pequeño Hermón comprende el pueblo de "Naím" habitado hoy por nnos 150 mnsulmanes. Este lngar al cual el TALMUD llama "Naím" (la Agradable) es, en sentir de Ensebio y de San Jerónimo, la ciudad de *Naím*, que debe su celebridad al milagro obrado por Cristo en favor de la viuda que había perdído sn hijo.

Los sepulcros abiertos en la roca, que se ven no lejos de allí, al S. E., son probablemente de aquellos hacia los cuales se encaminaba la multitud formando el dnelo y acompañando a la madre desolada. En la extremidad oriental de la planicie, en el sitio en donde se sitúa natnralmente la pnerta de la cindad junto a la cnal se encontró Jesús con la fúnebre comitiva, nos señala una iglesia, probablemente desde el siglo IV, el sitio tradicional donde el divino Salvador resucitó al joven y lo devolvió a su madre.

A pocos pasos de la iglesia que los franciscanos hicieron edificar sobre las rninas del antiguo santuario, mana un copioso manantial, el "Ain Naim", dentro de la cámara abovedada a la que

rrucada sobre un cerro a pocas millas de Nazaret— y se encontró con un cortejo fúnebre. Llevaban a sepnltar al joven hijo de una vinda. Esta había perdido, haeía poco, a su esposo; quedádole había este hijo solo; ahora lo llevaban a enterrar también a él. Jesús vió a la madre que iba entre las mujeres, llorando con aquel llanto alelado y contenido de las madres que consterna. Contaba ella en el mundo con sólo dos hombres que la amaban; mnerto el primero, acababa de morir el segundo, el uno después del otro. Ambos desaparecidos, quedaba ella sola: una mnjer sola, sin un hombre. Sin marido, sin hijo, sin una ayuda, sin nn sostén, sin un alivio, ¡sin tener a nadie con quien poderse desahogar, a quien poder contarle sns cnitas, con quien poder, al menos, llorar! Desaparecido el amor, recuerdo de la juventud; desaparecido el amor, esperanza de la edad que tiende al ocaso. Habían terminado esos dos pobres y sencillos amores. Un marido puede consolar por la pérdida del hijo; un hijo puede compensar la falta de nn esposo. ¡Si al menos le hubiera quedado uno! Ahora su rostro no será besado jamás.

Jesús tuvo compasión de esa madre. Ese llanto sonaba como nn sensible reproche.

—"No llores", le dijo. Luc. 7, 13.

Se acercó al féretro y lo tocó. El mancebo yacía en él envuelto en la mortaja, pero con el rostro descubierto, compnesto en la lividez ansiosa de los muertos. Los que lo llevaban se detuvieron. Todos callaron. También la madre, que se había recobrado, se tranquilizó.

—"Joven, a ti te lo digo: ¡levántate!" Ya no es tiem- Luc. 7, 14.
po de estar acostado. Tú duermes tranquilo y tu madre se desespera. ¡Levántate!

Y el muerto, obedeciendo en el acto, se incorporó en el féretro y empezó a hablar. Jesús lo devolvió a la madre. "Se lo devolvió" porque ya era suyo. El lo había Luc. 7, 15.
arrebatado a la muerte para restituirlo a aquella que no

se desciende por algunos escalones. A lo largo de un recipiente deteriorado hay 3 sarcófagos antiguos, mny mutilados, que sirven para abrevar los ganados.

no podía vivir sin él. Para que una madre cesara de su llanto.

Otro día, al regresar de Gadara, un padre se arroja a sus pies. Su única hijita agonizaba. Llamábase el hombre Jairo y, a pesar de ser uno de los jefes de la Sinagoga, creía en Jesús.

Echaron a andar juntos. Pero, a mitad del camino, les salió al encuentro un criado de Jairo. "Tu hija ha muerto; ahora es inútil que traigas contigo al Maestro".

Pero Jesús no cree en la muerte: "No temas —dice al
Mc. 5, 36. padre—. Basta que tengas fe", y será salva.

Llegan a la casa. Fuera estaban los músicos y otros que hacían ruidos. Dentro, mujeres y familiares.

—¡Idos de aquí! ¡No lloréis! Pues "la niña no está
Mc. 5, 39. muerta, sino que duerme".

Penetró en la alcoba con sólo tres discípulos y con los padres de la niña; y tomándola de la manecita le dijo:
Mc. 5, 40, 41. —"¡Tálitha Cumí! ¡Tú, niña, levántate!"

"E inmediatamente la niña se levantó y se puso a caminar por la alcoba, pues tenía doce años", añade Mar-
Mc. 5, 42. cos. ¡Mas estaba tan débil y delgada después de esos días de enfermedad! Jesús ordenó que inmediatamente
Mc. 5, 43. le dieran de comer. No era un espíritu visible, un espectro, sino un cuerpo vivo, que había despertado un poco cansado para una nueva jornada después de las pesadillas de la fiebre.

Lázaro y Jesús se amaban. Más de una vez Jesús había comido en su casa de Betania, con él y con sus hermanas.

Pues bien, un día Lázaro enfermó, y ellas se apresuraron a poner el hecho en conocimiento de Jesús. Y Jesús respondió: "Esta enfermedad no terminará con la muer-
Juan 11, 4. te". Y permanece dos días más en el lugar donde recibe la nueva. Pero al tercer día dijo a sus discípulos: "Lá-
Juan 11, 11. zaro, nuestro amigo, duerme. Voy a despertarlo".

Se aproximaba a Betania cuando Marta le salió al encuentro y, como recriminándolo, le dijo:

—"¡De haber estado tú aquí, Señor, mi hermano no
Juan 11, 21. hubiera muerto!"

A poco, llegó también María.

—"¡De haber estado tú aquí, mi hermano no hubiera
Juan 11, 32. muerto!"

Este reproche repetido conmueve a Jesús, no porque temiese haber llegado tarde, sino porque siempre lo entristecía la poca fe de sus más caros.

—"¿Dónde le pusisteis?" Juan

Y le dijeron: "Ven y lo verás". Y Jesús lloró; y llo- Juan
rando —era la primera vez que se le veía llorar— se encaminó al sepulcro.

—"Quitad la piedra". Juan

Marta, el ama de casa, la mujer del buen sentido y de la práctica, intervino:

—"Señor, ya huele, que es de cuatro días".

Pero Jesús no la escucha.

—"Quitad la piedra".

Quitaron la piedra y Jesús, hecha una breve oración con la cara vuelta al cielo, se acercó a la cueva y con gran voz llamó a su amigo:

—"¡Lázaro, sal afuera!" Ju

Y Lázaro salió del sepulcro, tambaleándose, pues tenía las manos y los pies atados con vendas y cubierto el
rostro con un sudario. Ju

—"Desatadle y dejadle ir".

Y los cuatro, seguidos por los Doce y por un cortejo de Judíos, con los ojos saltados por el estupor, volvieron a casa. Los ojos de Lázaro se fueron acostumbrando nuevamente a la luz; sus pies, aunque doloridos, caminaban y se tocaban sus manos. La activa Marta preparó la cena lo mejor que pudo con esa confusión, después de cuatro días de luto; y el Resucitado comió con Jesús, con sus hermanas y con los amigos de la familia. Marta casi no probaba bocado, tan absorta estaba en la contemplación del Vencedor de la muerte que, habiéndose secado el rostro, partía su pan y bebía su vino como si ese día no se diferenciara de los otros días.

Estas son las resurrecciones que narran los Evangelistas. Y de sus narraciones podemos sacar algunas observaciones que nos excusarán de todo comentario doctoral, es decir, intempestivo.

Jesús, durante toda su vida, resucita, por lo que sabemos, solamente a tres muertos; no los resucita para hacer alarde de su poder y herir la imaginación de las muche-

dumbres, sino por compasión, en presencia del dolor de los que amaban a esos muertos: por consolar a una madre, a un padre, a dos hermanas. Dos de estas resurrecciones fueron públicas. Una, la de la hija de Jairo, fué hecha ante pocos; a esos pocos Jesús les ordenó que no
Juan 11, 43. dijeran nada.

Otro hecho, y de lo más importante. En todos los tres casos Jesús habla del muerto como si no estuviera muerto y *sí solamente* dormido. Del hijo de la viuda no tiene tiempo para hablar, porque su decisión es demasiado repentina; pero también a él le dice, como a un chico que se deja dominar por la pereza, durmiendo demasiado: "¡Joven, a ti te lo digo: levántate!"

Cuando le anuncian que la hija de Jairo está muerta, responde: "Duerme". Cuando le confirman la muerte de Lázaro, insiste: "No está muerto, sino que duerme"

No pretende resucitar, sino despertar. La muerte no es para él sino un sueño, más profundo que el sueño común y de todos los días. Tan profundo, que sólo un amor sobrehumano lo interrumpe. Amor más a los sobrevivientes que al dormido. Amor de uno que llora cuando ve el llanto de los que ama.

LAS BODAS DE CANÁ

Jesús asistía gustoso a las bodas.

El día de las bodas es el día más memorable de toda la vida para el hombre del pueblo que tan raramente derrocha y loquea, y que nunca come y bebe hasta la saciedad. Es un intervalo de riqueza, de generosidad, de tripudio en la larga y siempre gris mediocridad de sus días.

Los señores que pueden banquetear todas las noches; los nuevos ricos que tragan de una sola vez cuanto hubiera bastado al pobre de antaño para toda una semana, no sienten más la solemne alegría de ese día. Pero el pobre antiguo, el trabajador, el hombre de los campos, el oriental que vivía todo el año con pan de cebada, con higos secos, con un poco de pescado, con algunos huevos duros y que solamente en las grandes fiestas mataba un cordero o un cabrito: el hombre acostumbrado a sufrir, a ahorrar, a prescindir de tantas cosas, a contentarse con lo estrictamente necesario, veía en las bodas la más verdadera y la más grande de las fiestas de toda la vida. Las otras fiestas populares y las religiosas eran de todos, iguales para todos y volvían cada año; pero sus bodas eran una fiesta toda suya, exclusivamente suya, y que no venía para él más que una vez sola en el curso de sus años.

Y entonces todas las delicias y esplendores del mundo eran convocados alrededor de los esposos para que no pudieran olvidar jamás ese día. Una procesión de antorchas con los músicos, los bailarines y los acompañadores, salía de noche al encuentro del esposo. En casa todas las abundancias; carnes diversas y diversamente aderezadas, los pellejos de vino apoyados en las paredes, los potes de ungüento para los amigos. La luz, la música, el

perfume, la ebriedad, la danza: nada faltaba para el contento de los sentidos. Todas aquellas cosas que constituyen el privilegio cotidiano de los príncipes y de los ricos triunfaban, en ese día único, en la pobre casa del pobre.

Jesús gustaba de este inocente regocijo. La viva alegría de esos simples, arrancados por tan breves horas a la melancólica pobreza de la vida habitual, lo conmovía.

No veía en las bodas solamente una fiesta. El matrimonio es la tentativa suprema de la juventud del hombre para vencer al destino mediante el Amor, con la unión de dos amores, con el amoroso acuerdo de dos juventudes enamoradas. Es la afirmación de una doble fe en la vida, la afirmación en la continuidad y en la vida. El hombre que se desposa es un rehén en manos de la sociedad de los hombres. Haciéndose jefe de una nueva sociedad y padre de una generación, se hace más libre y se profesa más esclavo.

El matrimonio es una promesa de dicha y una aceptación de martirio. La ilusión y la conciencia tienen parte en él. En la sombra de tragedia, que proyecta sobre el porvenir una temblorosa esperanza de alegría, está la grandeza heroica y santa del matrimonio. De él no se puede prescindir y, sin embargo, si se hiciera caso a la razón egoísta, no debería realizarse. ¿Quién ha visto nunca, fuera del matrimonio, una condenación tan ávidamente deseada?

Para Jesús el matrimonio tiene un significado más profundo todavía: es el principio de una eternidad. "Lo
Mt. 19, 6. Mc. 10, 9. que Dios ha atado el hombre no puede desatarlo". Cuando los corazones se han comprendido, cuando los cuerpos se han unido, no hay espada o ley capaz de separarlos. En esta vida humana, mudable, efímera, frágil, fugitiva, caduca, sólo hay una cosa que debe durar siempre, hasta la muerte y después de la muerte: el Matrimonio. Es él el único eslabón de eternidad en un collar perecedero.

Frecuentemente Jesús, en sus discursos, evoca el recuerdo de las bodas y de los banquetes. Entre sus parábolas más bellas encontramos la de aquel rey que invita a las bodas de su hijo; la de las vírgenes que esperan

en la noche al amigo del esposo; la del señor que ofrece un festín. El mismo se compara al esposo festejado por los amigos, cuando contesta a los que se escandalizan porque sus discípulos comen y beben.

El no despreciaba el vino, como los hipócritas abstemios, y cuando beba con sus Doce aquel vino que es su sangre, pensará en el vino nuevo del Reino.

No debe, pues, sorprendernos el que haya aceptado la invitación para las bodas de Caná. No hay quien ignore el prodigio que obró en ese día. Seis tinajas llenas de agua fueron cambiadas por Jesús en vino mucho mejor que el que se acababa de beber. Los viejos racionalistas dicen que ése fué un regalo mantenido oculto hasta ese momento, una sorpresa de Jesús al final del banquete, en honor de los esposos. Y seiscientos litros de buen vino, añaden, constituyen un buen regalo que demuestra la liberalidad del Maestro. Estos piojos volterianos no han advertido que solamente Juan —el hombre de las alegrías y de los símbolos filosóficos— cuenta el milagro obrado en las Bodas de Caná.

El cual milagro no fué un juego —ni juego de sorpresa ni juego de prestidigitación— sino una verdadera transmutación, obtenida con el poder que tiene el Espíritu sobre la materia; es, al mismo tiempo, una de aquellas parábolas representadas, en lugar de narradas, por medio de los sucesos reales.

Para quien no se detiene en la letra de la anécdota, el agua que se convierte en vino es otra figura de la época nueva que empieza con el Evangelio. Antes del anuncio, la víspera, en el desierto, el agua bastaba: el mundo estaba abandonado y doliente. Pero ha llegado la Buena Nueva: el Reino está cerca: la felicidad está próxima. Se está por pasar de la tristeza a la alegría: de la viudez de la antigua Ley se entra a las nuevas nupcias con la Ley nueva. El Esposo está con nosotros. No es ya tiempo de decaimiento, sino de entusiasmo; no más ayuno, sino ebriedad; no más agua, sino vino.

¿Recordáis las palabras del architriclino al esposo? "Todo hombre sirve el vino bueno al principio y cuando

ya se han hartado sirve el peor; tú en cambio has guardado el vino bueno hasta ahora". Juan 2, 10.

Tal era la costumbre antigua de los viejos Hebreos y de los Paganos. Pero Jesús quiere subvertir hasta esta vieja tradición de los anfitriones. Los antiguos escanciaban el buen vino al principio y luego el malo; él, después del bueno, da el mejor. El aguapié que se bebe al principio de la comida es el vino de la antigua Ley, el vino dañado que ha vuelto a fermentar y se ha agriado y que no se puede beber más. El vino que trae Jesús, más exquisito y más fuerte, que alegra el corazón y calienta la sangre, es el vino nuevo del Reino, el vino destinado a las bodas del cielo con la tierra, el vino que produce aquella divina embriaguez que se llamará, más tarde, la locura de la cruz.

Las Bodas de Caná —en Juan es el primero de los milagros— son una alegoría de la revolución evangélica.

Otra parábola, expresada en forma de milagro, es la de la Higuera Seca:

Una mañana, cerca de la fiesta de Pascua, yendo Jesús de Betania a Jerusalén sintió hambre. Se aproximó entonces a una higuera, mas no encontró en ella sino hojas. En realidad, aunque nacida en tierra meridional y de clase precoz, era demasiado temprano para que tuviera frutos.

Pero Jesús, según cuentan Marcos y Mateo, se irritó contra el pobre árbol y lo maldijo.

—"¡Nunca jamás nazca fruto de ti! — Y se secó al
Mt. 21, 19. punto la higuera".

Según Marcos, dijo:

Mc. 11, 14. "¡Nunca más nadie coma fruto de ti para siempre!".

"Y cuando volvieron a pasar en la siguiente mañana
Mc. 11, 20. la higuera se había secado".

En los Evangelistas la narración de los efectos de la maldición es seguida de una vuelta al pensamiento, repetidas veces expresado por Jesús, de que, con una fe viva se puede obtener todo lo que se pide.

Otros, en cambio, ven allí una transposición figurada de un lamento que brota frecuentemente de los labios de Cristo.

La Higuera es Israel, la vieja religión judaica que ya no tiene más que la frondosidad inútil y no comestible de sus ritos: hojas que perjudican a otras plantas con su sombra, hojas vanas, destinadas a secarse sin haber alimentado a nadie. Jesús, hambriento de justicia, hambriento de amor, buscaba por entre esas hojas los frutos substanciosos de la misericordia y de la santidad. No los halló. Israel no ha saciado su hambre, no ha respondido a sus esperanzas. En adelante nada se debe esperar de ese árbol viejo, tronco frondoso pero estéril. ¡Que se seque para siempre! Los frutos los darán ahora otros pueblos.

El milagro de la Higuera maldita, no es, en el fondo, más que una glosa visible de la parábola de la higuera estéril que se lee en Lucas: "Tenía uno en su viña plantada una higuera. Y vino a buscar fruto de ella y no le halló. Y dijo al viñador: Hace ya tres años que vengo buscando fruto de esta higuera y no le hallo. Córtala, pues. ¿Para qué ha de ocupar más la tierra? — Respondió el viñador y dijo: —Señor, déjala todavía este año, mientras la cavo en torno y le echo estiércol. Y a ver si da fruto. Y si no, más adelante la cortas". Mc. 13, 6-9.

El árbol no es condenado inmediatamente, sino después de tres años de esterilidad. Y la sentencia, por intercesión del obrero, es prorrogada por un año y en ese lapso la planta será cuidada y tratada con cariño. Será el último ensayo. Si falla, queda el hacha y el fuego.

Hacía tres años que Jesús predicaba a los Judíos y pensaba abandonarlos para ir a anunciar a otros el Reino. Pero un obrero suyo, un discípulo, pegado aún a su pueblo, pide gracia, otra tregua más: "Veamos si, a fuerza de amor, esta generación adúltera y bastarda al fin se convierte" Mas cuando se hallan en el camino de Betania, el experimento ya está hecho; del Judaísmo no cabe esperar más que dos maderos en cruz. La mala higuera judía merece ser quemada y nadie comerá nunca más sus frutos marchitos y tardíos.

PANES Y PECES

Dos son las multiplicaciones de los panes y se parecen en todo, excepto en las proporciones de la cantidad, es decir: precisamente en aquello donde reside el sentido espiritual que se puede sacar de las mismas.

Millares de pobres han seguido a Jesús a un sitio desierto, apartado de las poblaciones. Va para tres días que no comen, tal es el hambre del pan de vida que es su palabra. Pero el tercer día Jesús se compadece de ellos —hay allí mujeres y niños— y ordena a sus discípulos que den de comer a esa muchedumbre. Mas no tienen sino pocos panes y pocos peces; y las bocas se cuentan por millares. Entonces Jesús los hace sentar a todos, sobre la verde hierba, en grupos de cincuenta y de ciento: bendice el poco alimento que hay, todos se hartan y sobran canastos llenos.

Si comparamos las dos multiplicaciones advertimos un hecho singular. La primera vez los panes eran cinco, y cinco mil las personas, y quedaron doce canastos de sobras. La segunda vez los panes eran siete —dos de más— las personas cuatro mil —mil menos— y al final quedaron sólo siete espuertas. Con menos panes se sacia el hambre de más personas y sobra más; cuando los panes son más, menos son las personas saciadas y sobra menos pan. ¿Cuál es el significado moral de esta proporción inversa? Menos alimento tenemos y más podemos distribuir. Lo menos da lo más. Si los panes hubieran sido aún menos, doble cantidad de gente hubiera sido saciada y más también fueran las sobras. Si con cinco panes se satisfizo a cinco mil personas, con un pan solo se saciaban cinco veces más. El pan verdadero, el pan de la verdad satisface tanto más cuanto menos es. La Ley Vieja es abundante, copiosa, dividida en innumerables por-

ciones. La forman centenares de preceptos escritos y otros millares inventados por los Escribas y Fariseos. A primera vista parece una mesa gigantesca en la cual puede saciarse todo el pueblo. Pero todos esos preceptos, esas reglas, esas fórmulas no son más que hojas secas, ligeras virutas, jemas, trapos. Nadie puede vivir con esa clase de alimentos: cuanto más son menos sacian. El pueblo de los humildes y de los simples no logra quitarse el hambre de justicia con esas viandas innumerables pero imposibles de comer. Bástale en cambio una sola palabra que resuma todas las palabras y aventaje las beaterías petrificadas de los repletos y hartos; una palabra que llene el alma, que reconcilie el corazón, que calme el hambre de justicia y las muchedumbres serán hartas y sobrará comida aun para aquellos que no estaban presentes ese día.

El pan espiritual es de suyo milagroso. Un pan de trigo basta para pocos; una vez consumido, no queda más para nadie. Pero el pan de la verdad, el pan de la alegría, el pan místico no se consume, no puede consumirse nunca. Partidlo entre millares de personas y siempre hay; distribuidlo entre millones y queda siempre intacto. Cada cual ha tomado su parte, como los hombres y las mujeres que tenían hambre en el desierto, y cuanto más se dé tanto más queda para los que vendrán más tarde.

Otro día en que los discípulos se encontraron sin pan, Jesús los amonestó que se guardaran de la levadura de los Fariseos y de los Saduceos. Y los discípulos, casi Mt. 16, 6.
siempre tardos en comprenderlo, se decían en su interior: "Habla así, porque no hemos tomado panes". "Pero Mc. 16, 7.
Jesús, conociéndolo, les dijo: ¡Hombres de poca fe! ¿por qué estáis pensando dentro de vosotros que no tenéis panes? *¿No comprendéis aún* ni os acordáis de los cinco panes, de los cinco mil hombres y de cuántas cestas alzasteis?... ¿Cómo no comprendéis que *no por el pan* os dije: Guardaos de la levadura de los Fariseos y de los Saduceos?" Es decir, de los ciegos guardianes de Mt. 16, 8.
la Ley decaída.

Son los Doce, los escogidos, y sin embargo no son rápidos en comprender y no creen como debe creerse.

También en la barca, la noche de la tempestad, Jesús tuvo que reprenderlos. Dormía Jesús a popa, apoyada la cabeza en el cabezal de un remero. Repentinamente se levanta recio viento; y un turbión échase sobre el lago. Las olas se precipitan sobre la barca y parecía que de un momento a otro debían tragarla. Los discípulos, amedrentados, despiertan a Jesús: "¡Sálvanos, que
Luc. 8, 24. Mc. 4, 38. perecemos!" "¿A ti no te importa que nos hundamos?"

Y levantándose Jesús, gritó al viento: "¡Cállate!" y al mar: "¡Cálmate!" Y calló el viento y sobrevino una
Mc. 4, 39. grande bonanza.

Entonces dijo a los discípulos: "¿Por qué habéis teni-
Mt. 8, 26. do miedo, hombres de poca fe?" "¿Por qué no tenéis fe? ¿Dónde, pues, está vuestra fe?"

Y los salvados, avergonzados, decían: ¿Quién es éste
Mt. 8, 27. que aun el viento y la mar le obedecen?"

Es uno, ¡oh Simón Pedro!, que no tiene miedo. No solamente su naturaleza supera a la humana sino que tiene grande la fe, grande el amor, grande la voluntad. Nada animado o inanimado resiste a estas tres grandezas. Ha renunciado a todo lo que es temporal, y tiene la victoria sobre el tiempo; ha renunciado a los bienes de la carne y, por lo mismo, puede salvar la carne; ha renunciado a lo que viene de la materia y, por lo mismo, es Señor de la materia. Cada cual puede ser partícipe de esta dominación. La fe basta, con tal que no sea solamente fe en sí mismo.

Antes de Cristo, pocos años antes de Cristo, un gran hombre de Italia, capitán de muchas guerras, corrompido pero digno de mandar la ya putrefacta República, se encontró en el mar, en el verdadero mar, a bordo de un barquito de pocos remos, en busca de un ejército que no llegaba con la urgencia suficiente para darle la victoria. Y se levantó viento y estalló la tormenta y el piloto quería volver al puerto. Pero César, aferrada la mano del piloto, le dijo: "¡Sigue y no temas! Llevas a César ¡y su fortuna navega con vosotros!"

Estas palabras de fe soberbia reanimaron a la chusma

y, cada cual, como si un poco de la energía de César hubiera penetrado en esas almas, hizo cuanto estuvo de su parte por vencer la tempestad. A pesar de los renovados esfuerzos de los marineros, la nave estuvo en un tris de zozobrar y tuvo que virar y regresar al puerto. Esa fe de César no era sino orgullo y ambición: fe en sí mismo. La fe de Jesús era todo amor: amor al Padre, amor a los hombres.

Con esta fe pudo ir caminando sobre las aguas como sobre la mullida hierba de un prado, al encuentro de la barca de los discípulos que bogaban afanosamente contra el huracán. En la obscuridad creyeron ellos que fuera un fantasma; y también esa vez, tuvo que confor-
tarlos: "No temáis, soy yo". Apenas a bordo, calmó el Mt. 6, 49.
viento, y en pocos instantes más estuvieron en la orilla. Mc. 6, 50.
Esta vez también los discípulos se "asombraron, porque Mc. 6, 51.
—añade el honrado Marcos— todavía no habían entendido lo de los panes, por cuanto su corazón estaba
ofuscado". Mc. 6, 51, 52.

El recuerdo puede parecer ingenuo y es revelador. Porque el milagro de los panes es el fundamento de todos los demás. Cada parábola, dicha con palabras de poesía o representada con prodigios visibles, no es más que un pan elaborado de diversa manera para que los suyos —¡al menos los suyos!— comprendan la sola verdad necesaria: el espíritu es el único alimento digno del hombre y el hombre que se nutre con ese alimento es dueño del mundo.

NO OCULTADOR: POETA

Jesús, a primera vista, parece un ocultador, propenso al secreto.

Ordena a los que han sido objeto de un milagro que no digan a nadie que él los ha curado; quiere que las oraciones y las limosnas se hagan a ocultas; cuando los discípulos se convencen de que es el Mesías, les ruega no lo repitan; después de la Transfiguración pide el silencio a los tres testigos; y cuando enseña, habla casi siempre en parábolas que no todos son capaces de comprender.

Para la segunda vista, y que vale más que la primera, el misterio ya no es más misterioso. Jesús nada tiene de esotérico. No tiene una doctrina oculta comunicable solamente a pocos hierofantes. Su obra fué pública y ostensible. Habló siempre en las plazas de las ciudades, en las orillas de los lagos, en las sinagogas, en medio del pueblo.

Prohibió que hablaran de sus milagros para que no se le confundiera con los brujos, y con los exorcistas; ordenó se hiciera el bien calladamente, a fin de que la vanagloria no destruyera su mérito; quiso que los Doce no dijeran que él era el Cristo, antes de su entrada en Jerusalén, inauguración pública de su Mesianidad; y habló en parábolas para ser mejor comprendido por los simples, que escuchaban con más gusto una narración que un sermón y recuerdan mejor una historia que un razonamiento.

Tres Evangelistas refieren un discurso de Jesús que parece decir lo contrario: haber hecho algo de intento para no ser comprendido por todos. "Porque a vosotros os es dado saber los misterios del Reino de los Cielos; mas a ellos no les es dado... Por eso les hablo en pa-

rábolas. Aunque tienen ojos no ven y aunque tienen oídos no oyen ni entienden." Mt. 13, 11-13.

Pero Jesús no quiso decir más que esto: "Vosotros comprendéis estos misterios, pero los más no los entienden a pesar de tener como vosotros oídos y espíritu. Y a éstos, a fin de que comprendan, hablo en parábolas, es decir, en un lenguaje figurado de hechos y, por lo mismo, más fácil y familiar. A los niños se les instruye con los apólogos, a los simples con las historias y éstos son reacios como los simples y nuevos como los niños. Para vencer su sordera adapto mi palabra a su manera de ser. Son pura fantasía y poco entendimiento, y las parábolas son un llamado a la imaginación más que al raciocinio. No las uso, por consiguiente, para ocultar sino para mejor revelar la verdad, aun a los que no serían capaces de verla en las formas solamente intelectuales. Que si no obstante esto tampoco comprenden, culpa es de la terquedad que, frecuentemente, cierra los ojos y los oídos del alma.

Jesús no tenía arcanos que disfrazar. Quería que todos, aun los más humildes, los más ignorantes lo comprendieran. Las parábolas no las empleaba para ocultar su enseñanza a los profanos sino para hacerla más explícita y asequible para la generalidad. Que a veces también la inteligencia de los Doce fuera incapaz de alcanzarla, es una triste conclusión que no desconocía Jesús.

Lo maravillosamente excepcional de su mensaje dejó en la sombra su originalidad poética, no menos maravillosa por cierto. Jesús nunca escribió nada —sólo una vez escribió en la arena, y el viento ha borrado para toda la eternidad su escritura— pero hubiera llegado a ser, en medio de un pueblo de imaginación poderosa, en el pueblo que ha producido el Salterio, la Historia de Ruth, el Libro de Job y el Cantar de los Cantares, uno de los más grandes poetas de todas las edades.

Su victoriosa niñez de espíritu, el terruño agreste y popular en que creció, la lectura de pocos libros —pero de los más ricos de todas las poesías— su amorosa comunión con la vida de los campos y de los animales y,

sobre todo y ante todo, la divina y apasionada ansia de iluminar a quien sufre en las tinieblas, de salvar a quien se está perdiendo para siempre y de llevar la felicidad suprema a los más infelices —porque la verdadera poesía no se enciende a la luz de las lámparas sino a la luz de las estrellas y del sol, y no se encuentra en los legados escritos de los tatarabnelos pero sí en el amor, en la profnndidad conmovida del alma— hicieron de Jesús un creador de imágines vivas y eternas con las cuales ha obrado un milagro nuevo no rubricado por los Evangelistas; el milagro de comunicar las verdades más elevadas por medio de narraciones tan sencillas, familiares, llenas de donaire, que, después de veinte siglos, resplandecen aún con aquella juventud única que es la eternidad.

Algunas de estas narraciones no son más que refundiciones idílicas o épicas de revelaciones expuestas otras veces por él con palabras que eran conceptos; pero algunas dicen cosas nunca dichas en ninguna forma en sus predicaciones. Las parábolas son el comentario gráfico del Sermón de la Montaña, como podía hacerlo un poeta al cual convenía, en sentido más propio que a todos los nacidos en la tierra, el nombre de divino.

LA LEVADURA

Las señoras de la ciudad no hacen el pan en su casa. Pero las viejas mujeres del campo, las esposas caseras, las amas de casa, saben lo que es la Levadura: una porción de masa de la pasta anterior gruesa como el puño de un niñito, disuelta en el agua hirviendo y que, puesta en la masa nueva, leuda hasta dos arrobas de harina.

Entre las semillas de las plantas, la de la Mostaza es de las más pequeñas: apenas se la ve. Pero de ese granito, sembrado en tierra bnena, surge un lindo arbusto entre cuyas ramas pueden esconderse los pájaros.

Tampoco es grueso el grano de trigo. El agricultor lo arroja a la tierra y prosigue en sus quehaceres. Duerme, se despierta, sale de casa, vuelve. Pasan los días, pasan las noches y no piensa en el grano. Pero allí abajo, en la húmeda barbechera, la semilla ha germinado; sale afuera una hebra de yerba y en la punta de la hebra una espiga, grácil y verde al principio y que, poco a poco, grana y amarillea; ya el campo pide la hoz y el agricultor puede iniciar la siega.

Lo mismo acaece con el Reino de los Cielos y su anuncio. La palabra parace ser una cosa de nada —¿qué es una palabra? Sílabas, sonidos que con frecuencia salen de los labios y con dificultad penetran en los oídos; y sólo cuando salen del corazón encuentran los corazones; es una cosa de nada, pequeña, corta, un hálito, un soplo, nn sonido que va y viene y el viento se la lleva. Y sin embargo, la palabra del Reino es como la Levadura; si va a la harina buena, harina pura, sin mezcla de salvado y de otros cereales, fermenta y se leuda; es como la semilla de los campos, que abajo, muy abajo, germina, paciente como la tierra que la esconde; mas

cuando llega la primavera verdea, se vigoriza y apenas empieza el verano ya está pronta la mies.

El Evangelio se compone de pocas palabras: "el Reino está cerca, cambiad vuestras almas" pero si caen en hombres bien dispuestos, en simples que quieren llegar a ser grandes, en justos que quieren ser santos, en pecadores que buscan en el bien aquella felicidad que en vano buscarán en el mal, entonces esas palabras echan raíces, se arraigan hondo, emiten brotes y capullos, florecen en corimbos y espigas y en el verano lucen un vigor que nunca será seguido por las podredumbres otoñales.

De los que rodean a Jesús, pocos son los que creen de veras en el Reino y se preparan para la Gran Jornada. Pocos y pequeños hombres, dispersos como las partículas de la levadura en medio de las divididas naciones y de los ilimitados imperios. Pero esas pocas docenas de hombrecitos de poca monta, colocados en medio de un pueblo predestinado se convertirán, por contagio de ejemplo, en millares, y, a la vuelta de trescientos años, reinará en el puesto de Tiberio un hombre que se arrodillará ante los herederos de los Apóstoles.

Pero para disfrutar del Reino Prometido es menester renunciar a todo lo demás.

¿Por ventura no hacen lo mismo, en los negocios temporales, los hombres temporales? Si un hombre, trabajando en un campo ajeno, descubre un tesoro, inmediatamente lo esconde y corre presuroso a vender todo lo
Mt. 14, 14. que tiene para comprar ese campo. Si un mercader, que anda en busca de joyas preciosas, dignas de ser ofrecidas a los reyes, encuentra una más gruesa y pura de cuantas ha visto en su vida, una perla cual no la tenga ni el gran Rey en su palacio, va y vende todo lo que posee, incluso las perlas de menor precio, para comprar esa perla
Mt. 14, 45, 46. única y extraordinaria,

Si el cavador y el mercader, hombres materiales que se contentan con ganancias caducas, están prontos a vender todos sus bienes para adquirir un tesoro que a ellos paréceles más precioso que cuanto poseen— y se trata de un tesoro material y perecedero— ¿con cuánta mayor razón no deben renunciar a cuanto tienen de más

caro los que quieran adquirir el Reino de Dios? Si el cavador y el mercader por una ganancia en dinero, expuestos al robo y a la consunción, están prontos para un sacrificio provisorio, que, acaso, les rinda el ciento por ciento, ¿no deberemos, por una ganancia infinitamente superior, de una naturaleza muchísimo más elevada, por un tesoro eterno, arrojar lejos de nosotros cuanto tengamos, aunque hasta hoy nos haya parecido de precio inestimable? Luc. 14, 33.

Mas antes de la renuncia debemos pensar bien sobre si lo que nos queda es o no bastante para llegar al término de la nueva empresa. Debemos sondear nuestra alma, medir las fuerzas. No sea que nos suceda como al que quería edificar una torre, una hermosa torre, que se elevase hacia el cielo como la de Jerusalén. Y no calculó previamente los gastos de la empresa y llamó a los cavadores, hizo abrir los cimientos, llamó a los albañiles e hizo empezar las cuatro paredes de la base. Pero cuando la torre empezaba apenas a elevarse sobre el nivel del suelo y no llegaba aún a los techos de las casas vecinas, debió abandonar la empresa porque no tenía ya con qué pagar la cal y los ladrillos, las piedras y a los obreros. Y así quedó la torre, baja, y mutilada, en recuerdo de su presunción; y los vecinos hacían burla Luc. 14, 28-30.
de él

Un rey que quiere llevar la guerra a otro rey, ante todo pasa revista a su tropa. Si no puede contar con más de diez mil soldados, teniendo el contrario veinte mil, abandona toda idea de guerra y envía una embajada de paz antes que el enemigo se mueva. Quien no Luc. 31, 32.
está seguro de sí mismo, de no poder perseverar hasta el fin, no se ponga en seguimiento de Cristo. Porque la fundación del Reino es un trabajo muy distinto de la edificación de una torre, y la creación del hombre nuevo es una guerra no menos dura que las otras, aunque silenciosa e interior.

No entramos al Reino sino cuando somos dignos y estamos limpios. El Reino es un festín eterno y hay que concurrir a él con las vestiduras de fiesta. Aquel Rey que festejaba las bodas de su hijo, como los invitados no se presentaban llamó a la chusma, a los pasantes, a los

mendigos, a todos sin distinción; pero cuando penetró en la sala del banquete y vió a uno todo cubierto de pringajos y salpicado de lodo lo hizo arrojar a la calle
Mt. 12, 8-13. a dar diente con diente en el frío de la noche.

Si los primeros llamados no concurren al banquete del Reino, todo el mundo es admitido: hasta los miserables y los pecadores. El Rey había invitado con tiempo a los escogidos, pero uno había comprado una granja, otro cinco yuntas de bueyes, un tercero se casaba precisamente esa noche. Todos estaban ocupados en sus intereses particulares. Y alguno ni siquiera se excusó. Entonces el Rey ordenó a sus siervos que recogieran por las calles a todos los ciegos, a los estropeados, a los harapientos, a los miserables, a la ínfima canalla. Y aun había lugar; entonces mandó que forzaran a entrar a cuantos encontrasen junto al palacio, fueran quienes fueran; y el
Luc. 14, 17-23. banquete empezó.

Era una cena regia, sin duda una fiesta suntuosa, una magnificencia. Pero, en resumidas cuentas, consistía en atiborrarse de cordero o de pescado, emborracharse con vino o con sidra. Al siguiente día, terminada la algazara y levantadas las mesas, cada uno debía regresar a su casa y a su miseria. Si alguno de los primeros invitados prefirió otro placer material a ese placer material podía ser perdonado.

Pero la invitación al banquete del Reino promete una felicidad espiritual, absoluta, saciadora, perpetua. Cosa muy diversa de las recreaciones pasajeras de la vida terrenal, de las borracheras que provocan el vómito, de las comilonas que inflan el vientre, de los torneos lujuriosos que muelen los huesos y envilecen el alma. ¡Sin embargo, los invitados que Jesús ha escogido entre todos los hombres y ha llamado antes que a nadie, para la fiesta divina de los vueltos a nacer, no han respondido! Tuercen la vista, titubean, se quejan, huyen doblando la primera esquina y van a sus acostumbrados y sucios asuntos. Prefieren la mugre de los bienes carnales al esplendor de la alta esperanza, única razonable de vivir.

Entonces, todos los otros son llamados en su lugar: los mendigos en lugar de los ricos, los pecadores en lugar de los fariseos, las prostitutas en lugar de las damas, los ignorantes en lugar de los intruídos, los enfermos y dolientes en lugar de los sanos y de los felices.

También los últimos en llegar, con tal que lleguen a tiempo, serán admitidos a la fiesta. El patrón de la viña vió en la plaza a algunos obreros que esperaban a quien los alquilase, y los mandó a podar sus vides y ajustó con ellos, a denario por día. Más tarde, a medio, día, vió a otros que también estaban sin trabajo; también los mandó a ellos. Y más tarde aún vió a otros, los ajustó y los envió, como los anteriores, a su viña. Y todos trabajaron, los unos en cavar la tierra, los otros en destripar terrones. Llegada la noche, el patrón paga a todos su salario y a todos da un denario. Pero los que habían empezado por la mañana temprano, murmuraban: "¿Por qué los que han trabajado menos que nosotros perciben la misma paga?" Pero el patrón los oyó, y les dijo: "¿Por ventura no he ajustado con vosotros que os daría un denario? ¿Por qué, pues, os quejáis? Si quiero dar la misma paga a los obreros de la última hora, os quito, acaso, algo a vosotros?" Mt. 20, 1-16.

La aparente injusticia del patrón no es sino una justicia más generosa. A todos da lo que ha prometido; y quien llegó último, pero trabajó con igual esperanza, tiene derecho, como los otros, a disfrutar de aquel Reino por el cual ha penado hasta la noche.

¡Ay, empero, de quien demora demasiado! Nadie sabe el día preciso; y después de aquella hora, quien no haya entrado llamará a la puerta, mas no le abrirán y sufrirá en las tinieblas exteriores.

El patrón ha concurrido a las bodas y los sirvientes no saben cuándo regresará. ¡Felices los que lo esperan y a quienes él encuentre despiertos! El propio patrón los hará sentar a la mesa y los servirá personalmente.
Pero si los encontrare dormidos y nadie estuviere pronto Mc. 13, 34-36.
para recibirlo y le hicieren golpear con enojo la puerta antes de abrirle y le salieren al encuentro soñolientos, desgreñados, medio desnudos, y en la casa no encontrare la luz encendida ni el agua caliente, los tomará por un brazo y los arrojará puertas afuera sin misericordia alguna.

Cada una esté preparado, porque el Hijo del Hombre es como un ladrón nocturno y no avisa anticipadamente la hora en que se presentará. O como un esposo que debe llegar y a quien alguien ha entretenido en el camino y por eso ha demorado. En la casa de la esposa hay Diez Vírgenes que lo esperan para salirle al encuentro con las luces encendidas y acompañarlo. Cinco, las Prudentes, han preparado el aceite para las lámparas y están alerta a fin de oír los pasos y las voces de quien se aproxima. Las otras Cinco, las Necias, no han pensado en el aceite y, cansadas de esperar, se duermen. De repente se oye a lo lejos el rumor del cortejo nupcial que llega. Las Cinco Prudentes encienden sus lámparas y saltan a la calle, felices, al encuentro del esposo. Las otras Cinco despiertan y suplican a las compañeras por un poco de aceite; pero las otras les replican: "¿Por qué no haberlo pensado antes? Id por él donde lo vendan." Y las Necias corren presurosas de una casa a otra para comprar un poco de aceite; mas todos duermen, nadie responde y las tiendas están cerradas y los perros sueltos ladran a la zaga de las ligeras vestiduras. Vuelven a la casa de las bodas y se encuentran con la puerta cerrada. Las Cinco Prudentes han entrado ya y festejan al esposo. Las Cinco Necias, golpean, suplican, gritan, pero nadie acude a abrirles. El esposo "no las conoce". Por los entreabiertos cortinajes ven la luz roja de la cena; oyen el chis de los platos, el chocar de las copas, el canto de los jóvenes, la música de los instrumentos, pero no pueden entrar. Deberán permanecer allí, en la oscuridad, hasta que amanezca; y el viento y el miedo harán temblar a las excluídas del festín nupcial.

Luc. 12, 40.

Mt. 25, 1.

LA PUERTA ESTRECHA

"Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por él. Estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida y pocos son los que atinan con él". Los que tratarán de entrar, al final, no lo lograrán, porque el dueño de casa, una vez cerrada la puerta, no reconocerá más a nadie. Mt. 7, 13-14.

Hasta el Gran Día, hasta que no sea demasiado tarde, pedid y se os dará, golpead y se os abrirá. Los hombres, que son duros, perezosos y despiadados, no resisten a la obstinación del postulante y al fin ceden. Si ellos, no son siempre insensibles a las súplicas, ¿cuánto más segura será la respuesta de un Padre que nos ama? Mt. 7, 7.

Un hombre, a media noche, llama a la puerta de un amigo, lo despierta a través de la puerta, le dice: "Préstame tres panes, que me ha llegado inesperadamente un huésped y no tengo nada que darle". Pero el otro, entre sueños, le contesta: "¡No me molestes, que estoy cansado y no quiero levantarme! Y aquí en el lecho tengo a mis chicos que duermen y si me levanto se despertarán y fastidiarán". Mas el otro no se da por vencido y vuelve a golpear la puerta y levanta la voz y suplica, juntas las manos, que le haga este favor, que el vecino no tiene otros amigos, que la hora es avanzada y que el huésped hambriento lo espera. Y tanto ruido hace, que el amigo abandona el lecho, le hace entrar y le da cuantos panes necesita. Luc. 11, 5-9.

El amigo es perezoso, pero de buen corazón. Sin embargo también los malos proceden así. En una ciudad existía un juez que no respetaba a nadie. Un hombre malo y rabioso que quería siempre hacer su capricho. Una viuda iba todos los días donde él y pedía justicia;

y por más que la razón estuviera de su parte, el juez siempre la rechazaba y no quería contentarla. Pero la viuda soportaba en paz las respuestas y no cejaba en su empeño de importunarlo. Al fin el juez, para alejar a esa mujer, que de tanto tiempo atrás le traía loco con sus súplicas, instancias y solicitudes, dictó la sentencia y la mandó en paz. Luc. 18, 2-5.

Pero no hay que pedir más de lo que nos corresponda. Quien ha terminado su trabajo comerá y beberá, pero no tendrá un puesto particular ni será mejor servido que su hermano y mucho menos que su supeior.

Cuando el siervo, después de haber estado en el campo sembrando o apacentando el ganado, vuelve a casa, el patrón no lo llama a su mesa, sino que antes se hace servir y luego da también a su siervo la cena apropiada. Es una parábola que Jesús ha dedicado a sus Apóstoles, quienes ya se disputaban los mejores puestos del Reino. "¿Por ventura el patrón debe agradecimiento al siervo, porque éste hizo lo que le mandó? Así también vosotros, cuando hiciereis todas las cosas que os son mandadas, decid: Siervos inútiles somos. Lo que debíamos hacer hicimos". Luc. 17, 7-10.

Hacer es lo único que importa. Los hay que dicen sí a los mandatos, pero luego no trabajan. Estos serán condenados más que aquellos que de palabra se rehusaron pero que después, arrepentidos, obedecieron. Un padre tenía dos hijos. Y dijo al mayor: "Ve a la viña y trabaja." El hijo contento afirmativamente, pero en vez de ir a la viña, se tendió a la sombra a dormir. Díjole el padre al menor: "Ve tu también a la viña a trabajar con tu hermano". Pero el hijo contestó: "No, hoy quiero descansar porque no me siento bien". Luego, pensando en el viejo padre que no podía desempeñarse solo en el trabajo y que se había entristecido por la negativa, sacudió la pereza, fué a la viña, y trabajó hasta la noche con buena voluntad. Mt. 21, 2480.

No basta oír la Palabra del Reino. Consentir con sólo la boca y continuar la vida de antes, sin tentar siquiera el cambio del corazón, es menos que nada. "Todo el que oye mis palabras y las cumple, será comparado

a un varón sabio, que edifica su casa sobre la peña. Descendió la lluvia y vinieron ríos y soplaron vientos y dieron impetuosamente en aquella casa y no cayó; porque estaba cimentada sobre la peña. Y todo el que oye mis palabras y no las cumple, será semejante a un hombre loco que edificó su casa sobre arena. Descendió la lluvia y vinieron ríos y soplaron vientos y dieron impetuosamente sobre aquella casa y cayó y fué su ruina grande". Mt. 7, 24-27.

La misma enseñanza se halla en la parábola de la semilla. "Salió un sembrador y al sembrar, una parte cayó hacia el camino y fué pisada y vinieron las aves del cielo y la comieron. Otra parte cayó en terreno pedregoso, que no tenía mucha tierra y nació al momento, por ser poco honda la tierra; mas al salir el sol, se quemó; y porque no tenía raíz se secó. Otra parte cayó entre espinas, y nacidas las espinas juntamente con la semilla, la ahogaron. Y otra cayó en buena tierra y nació y dió el ciento por uno". Luc. 8, 25-8.

Es ésta la parábola que los Doce no eran capaces de comprender. Y Jesús tuvo que hacerse glosador de sí mismo. La semilla es la Palabra. En aquel que no la comprende viene Satanás y se la lleva. Quien la comprende y la acoge con alegría pero no la hace arraigar en su alma, en la primera persecución la olvida. Hay quien la escucha y la acoge, pero no sabe alejar los cuidados del mundo, de las riquezas, de los honores, y entonces estas zarzas usurpadoras la ahogan. Pero quien escucha la Palabra y la comprende y la hace única señora del espíritu y regla de su vida, es en realidad de verdad semejante al campo feraz donde el grano da el ciento por uno. Luc. 8, 11-15.

Tampoco basta escucharla, comprenderla, practicarla.

¿Quién es aquel que teniendo una antorcha la esconde bajo la cama, la cubre con alguna vasija o la coloca bajo el celemín? La luz debe estar en medio de la habitación y en alto, de suerte que todos la vean y ella a todos alumbre. Luc. 8, 16.

Un señor que debía emprender un largo viaje, dejó a

cada uno de sus servidores diez minas [81], para que las negociaran. Y cuando volvió, mandó llamar a los siervos y les pidió cuenta a razón del dinero que les había dado. Y el primero le devolvió veinte minas, porque con las primeras diez había ganado otras tantas. Y el señor le hizo administrador de todos sus bienes. El segundo le devolvió quince, porque no había logrado ganar más que cinco. Pero el tercero se le presentó todo y le mostró, envueltas en un pañuelo las diez minas que había recibido en depósito. "Señor, aquí tienes tns minas, porque tuve miedo de ti, que eres hombre rígido, exiges lo que no has puesto y siegas lo que no has sembrado: tuve miedo y las escondí". Y el señor: "Siervo malo y perezoso, te condenaré por tus propias palabras. ¡Quitadle las minas y dádselas al que tiene veinte!" —Pero ya tiene bastante. —Yo os digo, replicó el señor, que a todo el que tiene se le dará más y al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará. Y al siervo inútil arrojadlo a las tinieblas exteriores; allí será el llorar y el crujir de dientes" Mt. 25, 14-30 y Luc. 19, 11-28.

Quien ha recibido la Palabra debe hacer de manera que duplique sus beneficios. Le fué dado un tesoro tal que, si lo deja inactivo, justo es que le sea quitado. A quien no le añadió nada le será quitado hasta lo que tiene y a quien lo ha duplicado le será dado más aún. Estos no son pobres, a los que haya que regalar porque no tienen, sino agricultores infieles y perezosos a los que fué confiado el campo más feraz del universo.

¡Feliz el mayordomo a quien encontrará el señor tomando cuenta a sus subordinados y distribuyendo a todos la justa parte del trigo! Luc. 12, 41. Pero si el mayordomo comenzare a maltratar a los siervos y a las criadas y a comer y a beber y embriagarse, cuando el patrón vuelva —y será cuando menos lo espere— lo hará azotar y le asignará la suerte de los infieles. Luc. 12, 45, 46.

Porque el siervo que no sabe las voluntades del patrón y no conociéndolas no las ejecuta, recibirá pocos

(81) (a). MINA. Moneda del tiempo de Cristo en uso entre los judíos. Había minas de oro y minas de plata. Las de oro, según monseñor Bonomelli, valían 2.000 pesetas y las de plata 140 pesetas. También se llama *Mna.*

golpes, pero el que conociéndolas no las puso en práctica, será castigado con muchos golpes y echado de la casa donde mandaba. Luc. 12, 48.

Los que llevan la Palabra no tienen excusa alguna si no son los primeros en obedecerla. A quien mucho fué dado mucho también le será exigido.

EL HIJO PRODIGO

Un hombre tenía dos hijos. Se le había muerto la esposa, pero le habían quedado estos dos hijos. Dos solos. Pero dos son siempre mejor que uno. Si el primero está fuera, queda en casa el segundo; si el más pequeño se enferma, el mayor trabaja por dos, y si uno llegara a morir —también los hijos mueren, también los jóvenes mueren y, a veces, antes que los viejos— queda al menos uno que pensará por el pobre padre.

Este hombre amaba a sus hijos, no solamente porque eran sangre de su sangre, sino porque era de temperamento amoroso. Quería a ambos, al más grande y al más pequeño; acaso un tantico más al menor que al mayor, tan poco empero, que ni él mismo lo advertía. Es que por el último hijo todos los papás y todas las mamás sienten una debilidad, una preferencia; porque es el más chiquito, el más bonito de todos y el menos contemplado por la ley. Además es el último que se ha tenido y después del suyo no ha habido en casa otro nacimiento; de suerte que su niñez, todavía tan reciente, se alarga, se prolonga, se extiende casi hasta los umbrales de la juventud, como un halcón obstinadamente hambriento de caricias. ¿No parece, acaso, que era ayer que mamaba todavía, que daba los primeros pasitos con su pollerita corta, que se lanzaba al cuello del padre y que cabalgaba sobre su rodilla?

Pero este hombre no era parcial. Tenía a sus hijos como los dos ojos y las dos manos: igualmente caros, uno a su diestra y el otro a la siniestra. Y cuidaba de que el uno y el otro estuvieran contentos y nada faltase a ninguno de los dos.

Empero sucede que también entre los hijos de un mismo padre hay quien tiene una idea, quien otra. Casi

nunca se da el caso de que dos hermanos sean de los mismos gustos. O por lo menos de parecidos.

El mayor era un joven serio, reposado; ya hombre hecho, maduro, un marido, un jefe de familia. Respetaba al padre pero más como a patrón que como a padre, sin una palabra, sin una señal de afecto; trabajaba puntualmente, pero era hosco y descontentadizo con los suyos; practicaba las devociones impuestas, con tal que los pobres no se le acercaran; según él, aunque la casa estuviera llena de toda gracia de Dios, para ellos nunca había nada. Fingía querer a su hermano, pero en su interior rumiaba el veneno del hastío. Cuando se dice "amarse como hermanos", se dice lo contrario de lo que se entiende decir. Raramente los hermanos se quieren de veras. La historia hebrea, para no hablar de otras, empieza con Caín, prosigue con Jacob, que embrolla a Esaú, con José, vendido por sus hermanos, con Absalón que mata a Amón, con Salomón, que hace degollar a Adonias. Es todo un gotear de sangre sobre un largo sendero de celos, de contrastes, de traiciones. Dígase en lugar de amor fraternal amor paternal y serán menores las equivocaciones.

El segundo hijo parecía de otra raza. Era más *joven* y no se avergonzaba de su juventud. Nadaba en ella como en las aguas de un lago. Tenia todos los antojos, los ardores, las gracias (y las desgracias) de su edad. Con el padre iba según las lunas: un día lo hubiera atravesado de parte a parte, otro lo hubiera llevado al cielo; era capaz de hacer el mohino durante semanas enteras y después, de repente, le echaba los brazos al cuello, rebosante de alegría. Más que el trabajar le gustaban las diversiones con los amigos y no se negaba si le invitaban a beber; miraba a las mujeres y deseaba vestir bien y aparecer mejor que los otros. Pero era de corazón; pagaba por el que no podía, hacía caridad a escondidas del hermano mayor y no despachaba a nadie sin un consuelo. Se le veía raras veces en la sinagoga; por esto y por otras actitudes raras los burgueses del barrio, las personas honestas y de importancia, las personas de reconocida probidad y timoratas, religiosas

e interesadas, no lo veían de buen ojo y pedían a los propios hijos que no se juntaran con él. Tanto más que ese joven quería figurar más de lo que le permitían los recursos del padre —buen hombre, decían, pero débil y ciego— y se despachaba con ciertas conversaciones que no estaban bien en un hijo de familia, educado como es debido. La vida pequeña de aquel villorrio lo nauseaba; decía que era mejor buscar aventuras en los países ricos, poblados, lejanos, al otro lado de los montes y del mar, donde hay grandes ciudades con pórticos de mármol y los vinos de las islas, y las tiendas llenas de seda y platería y las mujeres vestidas de gala, como maceradas en aromas, que daban toda su carne tendida por una pieza de plata.

Allá en la campaña, en cambio, había que llevar una vida ordenada y no había manera de dar rienda suelta a los humores tornadizos. El padre, si bien era rico, si bien era bueno, contaba los dracmas como si fueran talentos; el hermano abría tamaños ojos si él cambiaba de traje o regresaba a casa un poco chirlo mirlo; en la familia no se conocía más que el campo, el surco, el pasturaje, las bestias: una vida que no era vida sino una consunción.

Y un día —había pensado en ello más de una vez, pero nunca había tenido el valor de decirlo— endureció su corazón y su cara y dijo al padre:

Luc. 15, 12. —"Dame mi parte, lo que me corresponde" y no te pediré nada más.

El viejo, al oír eso sintió como si le estrujaran el corazón, mas no contestó y encaminóse a la alcoba para que no se le viera llorar. Y ninguno de los dos habló más del asunto por un tiempo.

Pero aquel hijo sufría, estaba siempre amohinado y había perdido el ardor, el brío y hasta los colores del rostro. El padre, al verle sufrir, se acongojaba y más aún al pensar que lo iba a perder. Pero al fin pudo más en él el amor paternal que el amor propio. Se estimaron las cosas, se contaron los dineros y el padre dió a sus dos hijos la legítima, guardando lo restante para sí. El joven no perdió tiempo. Vendió lo que no

podía llevar consigo y, reunida una vistosa suma, sin decir nada a nadie, una noche, montó un hermoso jumento y partió. Al hermano mayor aquella partida no le causó pena alguna. "Así ese holgazán no tendrá más el valor de volver, y ahora soy hijo único. Mando yo solo; y el resto de la herencia nadie me lo quita."

Pero el padre lloró en secreto todas sus lágrimas, todas las lágrimas de sus pestañas rugosas y cada arruga de su viejo rostro fué lavada por sus lágrimas; todo el viejo rostro fué mojado, empapado por el llanto. Desde ese día ya no fué más él y se necesitó todo el amor al hijo que le quedaba para vencer la tristeza de aquella separación.

Pero una voz interior le decía que, tal vez, no lo había perdido para siempre a su segundógenito y que habría tenido el consuelo de volverlo a besar antes de morir. Esa voz le ayudaba a soportar más resignadamente lo acerbo de aquella ausencia.

Entre tanto el joven libertino se aproximaba a grandes jornadas al país opulento y alegre donde había resuelto establecerse. A cada vuelta del camino tanteaba las alforjas llenas de monedas que colgaban a ambos lados de la silla. Llegó pronto al país de sus anhelos y empezó la fiesta. Parecíale que aquellos miles que había llevado consigo no habían de tener fin. Se alojó en una hermosa casa, compró cinco o seis esclavos, se vistió como un príncipe, pronto tuvo amigos y amigas que se quedaban a almorzar y a comer con él y bebían su vino hasta que el vientre decía ¡basta! No mezquinó con las mujeres y eligió las más hermosas que caían a la ciudad: que supieran bailar y tocar y vestirse con magnificencia y desnudarse con gracia. Nunca le parecían demasiado ricos los regalos para gozar de aquellas carnes que se abandonaban con tan voluptuosa molicie y le hacían saborear las más disparatadas torturas del placer. El pequeño señor de provincia, venido de la campaña que carecía de sitios de esparcimiento, tenido a rienda corta en la época de la sensualidad prepotente, hambriento de figuración, desahogaba ahora la lujuria sofrenada y el amor al fausto en esa vida de holgorio, peligrosa como un puente sin barreras.

Una vida que no podía durar. "Quita y no repongas y no hay monte que no baje", dicen los agricultores cuando van al granero para llevar las cargas al molino. Los sacos del Pródigo tenían un fondo, como todas las bolsas; y llegó el día en que no hubo más en ellos oro ni plata. Ni un cobre; sólo trozos de tela y de cuero que se deshacían, fofos, sobre los ladrillos del pavimento. Desaparecieron los amigos y desaparecieron las mujeres; esclavos, lechos y mesas fueron vendidos y con su producido hubo que comer, así a la buena, pero poco. Para colmo de desgracias, se dejó sentir en aquel país la carestía y el Pródigo se halló hambriento en medio de un pueblo de hambrientos. Ya nadie le miraba. Las mujeres habían partido para otras ciudades donde se vivía mejor; los amigos de las noches y de las borracheras a duras penas vivían ellos mismos.

El infeliz, gusano desnudo, dejó la ciudad, y se asoció a un señor que iba al campo donde poseía una buena granja. Y tanto le suplicó que al fin le aceptó como porquero, porque era joven y sano y los porqueros no abundaban, pues el que lo era, apenas podía dejaba ese oficio. Para un hebreo no podía haber castigo peor. Hasta en Egipto, donde las bestias eran adoradas, solamente a los porqueros les estaba vedado el penetrar en el templo y ningún padre les daba sus hijas por esposas y nadie hubiera casado, ni por todo el oro del mundo, con la hija de un porquero.

Pero el Pródigo no tenía donde elegir y tuvo que sujetarse a conducir una piara de cerdos al pasturaje. No le daban salario; y la comida era escasa, porque había poca para todos. Mas para los cerdos no hay carestía, puesto que ellos comen de todo y en la región esa tenían bellota a discreción y se hartaban. El pobrecito hambriento miraba con envidia a los animalazos negros y rojos que hociqueaban en tierra y agramaban las vainas y las raíces; ansiaba llenarse el vientre con todo
Luc. 15, 11-16. aquello y lloraba recordando la discreta abundancia de su casa y los festines de la gran ciudad. A veces, vencido por el hambre, arrebataba de debajo del hocico gañidero de los marranos una vaina obscura de algarrobo,

amortiguando la amargura del arrepentimiento con esa dulzura acre y leñosa. ¡Y guay de él cómo lo viera el patrón!

Su vestido era una rotosa túnica de esclavo, que hedía a establo; su calzado, un par de sandalias sin calcañar y sujetadas de la mejor manera posible con juncos; cubría su cabeza un harapo descolorido. Su hermoso rostro de joven bien, tostado ahora por el sol de los collados, era enjuto y alargado, tomando un color entre el plomo y el lodo.

¿Quién usará, ahora, sus limpias capas, hiladas y tejidas en casa, que dejó en el arca para el hermano? ¿Dónde estarán las hermosas túnicas de seda teñida de púrpura que tuvo que vender por pocos centavos a los ropavejeros? Los sirvientes de su padre vestían mejor que él. ¡Y comían más que él!

Y vuelto en sí, dijo:

¡Cuántos asalariados en casa de mi padre tienen pan que les sobra, y yo que me muero de hambre! Luc. 15, 17.

Hasta aquel entonces, siempre que asomaba la idea del regreso, la rechazaba resueltamente. ¡Regresar en aquel estado, después de haber despreciado el hogar, después de haber hecho llorar al padre, después de haber cedido el campo al hermano! ¡Regresar sin un vestido, sin calzado, sin un dracma, sin el anillo —símbolo de libertad— desfigurado y afeado por aquella esclavitud famélica, hediondo y contaminado por aquel oficio abominable y tener que dar razón a los prudentes vecinos y al sensato hermano, humillarse a los pies del viejo que abandonó sin despedirse siquiera! ¡Regresar como un andrajo de oprobio allá de donde había partido como un rey! Regresar a la escudilla en la cual había escupido... A una casa donde ya no había más nada suyo...

No. Siempre había algo suyo. El padre. Si él pertenecía al padre, el padre, a su vez, le pertenecía a él. Era su engrendro, hechura de su carne, brotada de su semilla en un momento de amor. El padre, por más ofendido que estuviera, ¡no podría rechazar su propia sangre! Si no lo admite como hijo, por lo menos lo ten-

drá como sirviente. En lugar de un extraño, de un hombre nacido de otro hombre. 'Voy a levantarme, voy a ir a mi padre y le diré: —Padre, he pecado contra el cielo y delante de ti; ya no soy digno de llamarme hijo tuyo,
Luc. 15, 18. recíbeme como uno de tus jornaleros". No regreso como hijo sino como siervo; como trabajador; no te pido amor, al que no tengo ya derecho, sino un trozo de pan en tu cocina.

Y el joven, entregada la piara a su dueño, se encaminó hacia su pueblo. Pedía un mendrugo de pan a los campesinos, que se lo daban, y ese pan de misericordia y de limosna lo mojaba con la salmuera de sus lágrimas, a la sombra de los sicomoros. Los pies, despellejados y excoriados, apenas lo llevaban; ya estaba completamente descalzo, pero su fe en el perdón lo conducía paso a paso, hacia su casa.

Finalmente, un día, cuando el sol estaba en el cenit, llegó a la vista de la granja de su padre. Mas no se atrevía a llamar, ni menos a entrar. Vagaba alrededor de ella, espiando para ver si salía alguno. Cuando he ahí a su padre que se asoma a la puerta y de lejos lo reconoce —el hijo no es el mismo, está muy cambiado, pero los ojos de un padre, aunque gastados de tanto llorar, no pueden menos que reconocerlo— y corre a su encuentro y se le echa al cuello, lo besa y vuelve a besar y no se cansa de poner sus viejos y pálidos labios sobre ese rostro consumido, sobre esos ojos que han cambiado de expresión, pero siempre hermosos, sobre esos cabellos polvorientos, pero siempre ondulados y suaves, sobre esa
Luc. 15, 20. carne que es carne suya.

El hijo, confundido y enternecido, no sabe responder a los besos. Y apenas libre de los brazos paternos, se arroja al suelo y repite, temblando, el discurso preparado: "¡Padre! he pecado contra el cielo y delante de ti. Yo
Luc. 15, 21. no soy digno de llamarme hijo tuyo..."

Pero si el joven se humilla hasta rechazar el nombre de hijo, el viejo, en ese momento, se siente más padre todavía: le parece que vuelve a ser padre por una segunda vez. Y sin replicarle siquiera, con los ojos nublados y humedecidos, pero con la voz penetrante de sus buenos tiempos, llama a sus siervos:

—"¡Pronto! ¡Traed la mejor ropa y vestidle y ponedle
un anillo en su mano y calzado en sus pies!" Luc. 15, 22.

El hijo del patrón no debe entrar en su casa tan mal trajeado como un mendigo. El vestido más hermoso, los borceguíes nuevos, el anillo al dedo. Y los siervos deben servirlo, porque él también es un patrón.

—"¡Y traed el becerro cebado y matadlo! y comamos
y tengamos festín; porque este hijo mío, estaba muerto Luc. :
y ha revivido, estaba perdido y ha sido hallado". Luc.

El becerro cebado se guardaba para la fiesta; pero, ¿qué fiesta más bella que ésta para mí? Había llorado a mi hijo como muerto y helo aquí vivo y conmigo; lo había perdido en el mundo, y el mundo me lo ha restituído. Estaba lejos y ahora está con nosotros; era un mendicante de puerta en puerta, en las casas extranjeras y ahora es patrón en su casa; estaba hambriento y ahora banqueteará en su propia mesa.

Los siervos obedecieron y el ternero fué degollado, cuereado, descuartizado y puesto al fuego. En la bodega se buscó el vino más viejo. Y fué aparejada la sala más hermosa para la cena del regreso. Y algunos siervos fueron por los amigos del padre y otros por los músicos, a fin de que acudieran prestamente con sus instrumentos.

Y cuando todo estuvo alistado y el hijo hubo terminado su baño y el padre le hubo besado repetidas veces —como para comprobar con la boca que realmente el hijo estaba ahí con él y que no era la visión de un sueño— comenzaron el festín. Se escanciaron los vinos y los músicos acompañaron los cánticos de alegría.

El hermano mayor estaba en el campo, trabajando. Al regresar, a la hora de oración, y cuando se aproximaba a la casa oyó música y algarabía y el castañetear de los dedos y el zapatear de los bailarines. Y no sabía a qué atenerse. ¿Qué habrá acontecido? ¿Se habrá enloquecido mi padre? ¿O un cortejo nupcial ha llegado inesperadamente a nuestra casa?

Enemigo de los ruidos y de las caras nuevas, no quiso entrar para ver con sus propios ojos de qué se trataba; sino que, llamando a un muchacho que salía, le preguntó el porqué de tanta batahola.

—Tn hermano ha regresado. Y tu padre mató el becerro cebado, porque ha vuelto a hacerse con él sano y
Luc. 15, 17. salvo.

Al oír estas palabras le dió un soponcio y palideció. No de placer, sino de rabia y de celos. El antiguo hastío rebulló en su interior, como que le parecía que toda la razón estaba de su parte. Y no quiso entrar; y quedó fuera amohinado.

Entonces salió el padre y lo llamó: —¡Ven, que tn hermano ha regresado y ha preguntado por ti y estará
Luc. 15, 28. contento de verte y haremos fiestas jnntos.

Pero el jnicioso no pndo reprimir las palabras y, por primera vez en su vida, osó condenar al padre en su propia cara.

"¡Aquí estoy sirviéndote hace tantos años, y jamás he faltado a tu mandato; y nnnca me has dado un cabrito para merendar con mis amigos. En cambio cuando este hijo tuyo, que se ha comido tu hacienda con meretrices,
Luc. 15, 29. ha venido, has matado el becerro cebado".

Con estas pocas palabras descubre toda la villanía de su alma, escondida hasta entonces bajo el manto farisaico de la sensatez. Echa en cara al padre la propia obediencia y le reprocha su avaricia —¡no me has dado ni un cabrito!— y le reconviene él, hijo desamorado, de ser nn padre demasiado amoroso. 'Este hijo tuyo". No dice "hermano". Que el padre lo reconozca como hijo si quiere, pero como hermano él no lo quiere reconocer. "Ha consumido tn hacienda con meretrices". La hacienda no suya con mujeres no suyas; mientras yo te estado contigo, sudando en tns tierras, sin recompensa alguna.

Mas el padre, así como ha perdonado al otro hijo, perdona también a éste:

—"Pero, ¡mnchacho! Tú siempre estás conmigo y todo lo mío es tuyo; ¡pero ahora era preciso celebrar un banquete y alegrarnos, porque este *hermano tuyo* estaba
Luc. 15, 31, 32. mnerto y ha revivido; estaba perdido y ha sido hallado!"

El padre se siente seguro de que esas palabras bastan para taparle la boca. "Estaba muerto y ha revivido, estaba perdido y ha sido hallado". ¿Hay necesidad de otras razones? ¿Y qué otras razones podrían ser más poderosas que éstas? Haya hecho en hora buena lo que haya hecho. Ha consnmido mi hacienda con mujeres; ha prodigado hasta no poder más. Me abandonó sin una palabra de despedida, me dejó sumido en el llanto. Y bien, aunque hubiera hecho cosas peores, es siempre un hijo mío. Annque hnbiera robado en los caminos, aunque hnbiera asesinado inocentes, aunque me hubiera ofendido más, no puedo olvidar que es un hijo mío, sangre mía. Habíase partido y ha regresado; había desaparecido y ha vuelto a aparecer; estaba perdido y se lo ha hallado, estaba mnerto y ha revivido. No pido más. Y para festejar tamaño milagro parécemc poco un becerro cebado. Tú no me has dejado; he gozado siempre de tn presencia; todos mis cabritos son tuyos, basta que me los pidas; has comido todos los días a mi mesa. Pero éste hacía tantos días que estaba lejos, tantas semanas, tantos meses. No lo veía más que en sueños; hacía tanto tiempo que no comía un bocado de pan conmigo. ¿No tengo por ventura el derecho de gozar al menos este día?

Jesús se detuvo aquí. No siguió la narración. No había necesidad. El significado de la parábola no exigía agregado alguno. Pero, después de la de José el Hebreo, ninguna historia más bella que ésta y que se adueñe tan profundamente del corazón de los hombres ha sido narrada por labios humanos.

Los intérpretes pneden fantasear y divertirse cuanto quieran. El Pródigo es el hombre nuevo, pnrificado por la prueba del dolor; y Juicioso el Fariseo que observa la ley vieja, pero que no conoce el amor. O bien, el Juicioso es el pueblo judío que no comprende el amor del Padre, quien acogerá al pagano por más que se haya revolcado en los sucios amores del gentilismo y haya vivido en compañía de los cerdos.

Jesús no era un planteador de enigmas. El mismo ha dicho, al final de la parábola, que hay más alegría en el cielo por un pecador arrepentido que por millares de justos que se glorían de su justicia espuria; que por todos los puros que se enorgullecen de su pureza exterior; que por todos los celantes que disimulan la dureza de su corazón bajo el aparente respeto a la ley.

Los verdaderos justos serán acogidos en el Reino; pe-

ro de ellos se estaba seguros. No nos han hecho trepidar y sufrir y, por lo mismo, no hay razón de alegría especial. Mas por aquel que estuvo en un hilo de perderse, que ha sufrido más para rehacerse un alma nueva, para vencer la bestialidad que existía en él, que más ha merecido su lugar porque ha tenido que renegar todo su pasado para conseguirlo, por éste resonarán los cánticos de regocijo.

"¿Quién de vosotros, si tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el campo y va por la que se perdió hasta que la encuentra? Y en cuanto la encuentra se la pone sobre sus hombros, lleno de gozo y, apenas llegado a casa, convoca a todos los amigos y vecinos, diciéndoles: ¡Dadme la enhorabuena, porque he hallado mi oveja que se había perdido!"

"¿O qué mujer, si tiene diez dracmas y pierde una, no enciende un candil y barre la casa y busca con afán hasta que la halla? Y en cuanto la halla, llama a las amigas y vecinas, diciendo: Dadme el parabién, porque he hallado la dracma que había perdido".

Luc. 15, 3-6, 8-10.

¿Y qué es una oveja comparada con un hijo resucitado, con un hombre salvado? ¿Y qué vale una dracma frente a un hombre perdido que vuelve a encontrar la santidad?

LAS PARABOLAS DEL PECADO

Pero el perdón crea una obligación que no admite excepciones. Es transmisible y debe ser transmitido. El amor es un fuego que se extingue si no abrasa a otros. Te han quemado con la alegría; quema tú también a todo aquel que se te aproxime; de lo contrario te convertirás en una piedra ahumada, pero helada. Quien ha recibido debe restituir; cuanto más mejor; pero al menos una parte.

Quiso, un día, cierto soberano, ajustar las cuentas con sus subalternos. Y uno a uno los llamó a su presencia. Entre los primeros le llevaron uno que le debía diez mil talentos. Mas como no tenía con qué pagar, mandó el rey que fuese vendido él, su mujer y sus hijos y todo lo que tenía, para cobrarse con ello parte de la deuda. El criado, desesperado, se arrojó a los pies del soberano. "¡Ten paciencia conmigo!; espera un poco más y todo te lo pagaré. Pero ¡no permitas que mi mujer y mis hijos sean enviados al mercado como ovejas, separados de mí, llevados luego quién sabe dónde!"

El rey se enterneció. También él tenía hijos pequeños. Lo soltó y le perdonó la grandísima deuda.

El siervo salió que parecía otro; mas el corazón, aun después de tan señalado favor, era el mismo de antes. Y como encontrara a uno de sus consiervos que le debía cien denarios ([82]) —una minucia comparados con los diez mil talentos— se arrojó sobre él y cogiéndole por el cue-

([82]) DENARIOS. Estaba en uso en aquella época el denario de oro, a un áureo que valía 27 pesetas con 16 céntimos; y el de plata que siendo la 25ª parte de un áureo debería haber valido pesetas 1.08. Pero su valor metálico intrínseco hasta los tiempos de Nerón, fué de 87 céntimos de peseta. De cualquier manera que sea, un denario en aquel tiempo era el pago de un día de trabajo.

llo: "¡Págame, le dijo, lo que me debes, e inmediatamente, o te hago atar por los esbirros!" El malaventurado, agredido de esa suerte, hizo lo que su perseguidor había hecho poco antes en presencia del rey: se arrojó a sus pies, suplicó, lloró, juró, que le iba a pagar todo en pocos días, le besó la orla del vestido, le recordó la antigua amistad, le rogó que esperara, en nombre de los hijos que aguardaban en casa.

Pero aquel bribón, que era siervo y no rey, no tuvo compasión: tomó al deudor por un brazo, lo entregó al tribunal y lo hizo encarcelar. La nueva corrió entre los servidores de palacio y apenó a todos. De manera que pronto llegó también a oídos del rey el cual, llamando al despiadado, lo entregó a los sayones para que lo torturaran: "Yo te perdoné toda aquella gran deuda, ¿no debías tú perdonar la de tu hermano que era tanto más pequeña? Yo tuve compasión de ti; ¿no debías tu compadecerte de él?" Mt. 18, 23-34.

Los pecadores, cuando reconocen lo malo que hay en ellos y lo detestan con corazón humillado, están más cerca del Reino que los devotos que se pringan con las alabanzas de su propia devoción.

Subieron al Templo dos hombres a orar; el uno era Fariseo y el otro Publicano. El Fariseo con las filacterias [83] colgadas de la frente y del brazo izquierdo, con

(83) FILACTERIAS o amuletos hebraicos. Son algunos versículos de la Sagrada Escritura, encerrados en una capita que cuelga en mitad de la frente de una correa que, después de ceñir la cabeza, desciende por los hombros sobre el pecho. Otros versículos se atan en el antebrazo izquierdo a fin de que estén cerca del corazón. Esto lo hacen los judíos aún hoy, mientras rezan las oraciones de la mañana.

Las franjas colgaban de la punta de la capa para despertar en quien las veía el recuerdo de la Ley. En la actualidad, como los judíos no usan ropa talar, las llevan colgadas de una especie de peto o escapulario ancho que llevan debajo del chaleco. Como es natural, semejantes devociones pueden servir para recordar los deberes de cada uno y excitar afectos piadosos. Tanto en los judíos como en los cristianos se convierten en deplorables supersticiones cuando se les atribuye a estos símbolos virtudes que no tienen, o se cifra el cumplimiento de los propios deberes única y exclusivamente en el uso de estos signos exteriores del culto.

"Porque Moisés les había dicho (escribe el P. Vilariño Ugarte en su "Vida de Nuestro Señor Jesucristo", pág. 503), que debían

las largas franjas brillantes en la capa, muy engallado, de pie, como quien se siente en casa propia, oraba en su interior de esta manera: "¡Oh, Dios! te doy gracias porque no soy como los demás hombres, rapaces, inicuos, adúlteros, o también ese Publicano. Ayuno dos veces por semana, pago los diezmos de cuanto poseo y observo todos los artículos de la Ley".

En cambio el Publicano no tenía valor ni para alzar los ojos y parecía avergonzado de comparecer ante el Señor. Suspiraba y golpeaba su pecho y no decía más que esto: "¡Oh Dios¡ ¡Compadécete de mí, pecador!"

"Os aseguro que éste bajó justificado a su casa y no aquél. Porque todo el que se ensalza a sí mismo será humillado y el que a sí mismo se humilla será ensalzado". Luc. 18, 10-14.

Un doctor de la Ley preguntó a Jesús quién era el prójimo. Jesús narró: Un hombre, un hebreo, bajaba de Jerusalén a Jericó, por las gargantas de los montes. Los bandidos lo asaltaron, y después de haberlo herido y despojado, lo dejaron medio muerto en el camino. Pasa un Sacerdote, uno de aquellos que ocupan los primeros puestos en las fiestas y en las reuniones y se precian de conocer la voluntad de Dios con pelos y señales; ve al desgraciado tendido en el suelo, pero no se detiene y, para evitar contactos inmundos, pasa por la otra parte del camino. Poco después aparece un Levita. También

tener la ley en la mano y en los ojos, ellos tomando estas palabras a la letra, se hacían unas "filacterias", es decir, un "preservativo", especie de amuleto contra las maldiciones divinas o como también decían, "tefillin", es decir, oraciones, que consistían en unas cajitas en las cuales estaban encerrados cuatro principales pasajes de la ley de Moisés, y éstos los sujetaban ora a la frente, ora a la mano por medio de bandas y lazos, que, como indica Jesucristo, se complacían en dilatar para que así fueren más vistos y se los tuviese por más observadores.

"Asimismo habíales aconsejado Moisés que para acordarse de la observancia de la ley, llevasen en sus vestidos los "gedilim" o "zizit", especie de caireles o flecos, hechos de cordones con nudos y borlas, que pendían a los cuatro bordes de sus mantos; y los fariseos, no contentos con unos gedilim sencillos, complacíanse en poner en sus mantos largos borlones, como si gran borlón fuese gran observancia".

éste era, entre los celantes, uno de los más acreditados y conocía al dedillo todas las ceremonias y le parecía ser algo más que sacristán: uno de los dueños del Templo. Mira de soslayo el cuerpo ensangrentado y pasa de largo, prosiguiendo su camino. Llega por último un Samaritano. Para los Judíos los Samaritanos eran infelices, traidores, poco menos detestables que los Gentiles, sólo porque no querían sacrificar en Jerusalén y aceptar la reforma de Nehemías [84]. El Samaritano, empero,

[84] NEHEMIAS. Nombre de uno de los hombres más eminentes de la Historia del pueblo de Israel, que tuvo muchísima parte en la restauración del mismo después de la cautividad de Babilonía y en la reedificación de Jerusalén. Lo que sabemos de su vida está sacado del libro de la Biblia que lleva su nombre y que, sin embargo, generalmente es conocido como el libro segundo de Esdras. Era hijo de Melquías, y vivió en tiempos de Artajerjes Longimano, rey de Persia (465-424 a. J. C.), del que era copero, en la corte de Susa. Valiéndose de la autoridad de que gozaba ante el rey, supo poner fin a las dificultades y oposiciones que encontraba Esdras en la Palestina, una vez terminada la cautividad de Babilonia, para reedificar la ciudad de Jerusalén. Sabedor Nehemías de estas dificultades y oposiciones en el vigésimo año del reinado de Artajerjes (455 a. de J. C.), pidió y obtuvo permiso para trasladarse a Judea, a fin de ver con sus propios ojos cómo estaban las cosas. En Judea se oponían a la reconstitución del pueblo y la reedificación de los muros de Jerusalén, que ya se había emprendido antes de Esdras, algunos caudillos como un Sanaballat Hononeo, gobernador de Samaría, un Tobías amonita, un Gesem árabe y muchos otros; y no se contentaban con hostilizar la reconstrucción sino que injuriaban e insultaban a los que estaban dedicados a esa obra y llegaban hasta golpearlos, afirmando que ellos, los reconstructores, obraban contra las intenciones del rey de Persia. Nehemías, llegado inesperadamente como gobernador en nombre del rey y provisto de plenos poderes, hizo levantar de nuevo las derruídas murallas, empleando a los judíos divididos en escuadras de guerreros y de albañiles, éstos armados también, a fin de que en el momento oportuno ayudaran a los primeros. Logró llevar a término la gloriosa y patriótica empresa, mientras las acusaciones promovidas contra él en la corte por sus enemigos no tuvieron éxito. Pero otros cuidados, acaso más graves, llamaron bien pronto la atención de Nehemías. Las condiciones económicas de la mayor parte de los Judíos eran todo menos halagüeñas, particularmente por las vejaciones y la codicia y la avaricia de los que entre ellos eran los más ricos, y oprimían y vejaban a los pobres. De esto le fueron presentadas varias quejas a Nehemías; y él, compadecido al oír tantos lamentos, convocados los jefes y los ancianos, los reprendió y los conmovió, diciendo: "Nosotros, como sabéis,

según nuestras facultades hemos rescatado a nuestros hermanos los Judíos, que fueron vendidos a las gentes: y vosotros ¿venderéis ahora vuestros hermanos para que nosotros los rescatemos?" (Cap. 5, 8). Al oír estas palabras, todos callaron y no supieron qué replicar. Pero se hizo solemne promesa de que las deudas serían condonadas, devueltas las prendas, restituidos los campos. Nehemías, recibido este juramento, sacudió la vestidura que le cubría el busto y dijo: "Así sacuda Dios a todo hombre que no cumpliere esta palabra, de su casa y de sus labores; así sea sacudido y quede sin nada". Y respondió todo el pueblo: ¡Amén!" (5,13). A estos cuidados sucedieron los relacionados con la religión y para éstos, muy importantes, Nehemías llamó en su ayuda a Esdras que por algún tiempo, se había alejado de los negocios públicos. En una solemne reunión, memorable porque el pueblo se conmovió hasta las lágrimas cuando oyó repetir las palabras divinas, se leyó públicamente el libro de la Ley y se hizo solemne promesa, también por escrito, de observar los preceptos de la misma. Se realizaron ceremonias y actos públicos de penitencia con ayuno, en expiación de los pecados cometidos. En estas atenciones había pasado Nehemías doce años en Judea, es decir, hasta el año 432 a. de J. C., después de los cuales, se restituyó a su antiguo oficio de copero del rey de Persia. Pero regresó de nuevo a Judea, poco después, y entonces todo su empeño se contrajo a exterminar ciertos abusos que se habían ido introduciendo poco a poco, particularmente en las costumbres, como el de matrimonios de judíos con mujeres extranjeras, es decir, de Amón, de Noab y de otros pueblos; el de la violación del sábado y el de no pagar los diezmos a los levitas. Tambien fué expulsado, y depuesto de su oficio, un sacerdote que había contraído matrimonio prohibido por la ley. Tal fué la obra enérgica y purificadora de Nehemías, que encontró un poderoso auxiliar en Esdras. Pero después, ni de éste ni de aquél se tiene noticia alguna. La Sagrada Escritura calla al respecto. Sólo sabemos lo que nos dice el historiador Josefo (Antigüedades Judías, XI, V, 8), y es que Nehemías murió en edad avanzada.

El libro que, como hemos dicho, lleva su nombre, contiene con muchas particularidades toda esta historia que hemos compendiado aquí. El autor narra cuanto ha hecho por la reconstitución del nuevo estado judaico, y habla en primera persona, de suerte que todo el libro resulta un bello comentario de su obra importantísima. Solamente toda aquella parte comprendida entre el cap. VII, vers. 70, hasta el cap. XII, vers. 26, inclusive, pone la narración no en boca de Nehemías, sino de otro. En vista de esto, algunos críticos modernos han opinado que, tal vez, esta parte del libro sea de otro autor, de edad algo posterior. De cualquier manera que sea, éste con el otro libro de Esdras (si así se quiere, porque el libro de Nehemías se llama también libro segundo de Eedras), son de inmenso valor para la historia del pueblo judío, después del destierro. No solamente nos cuentan las diversas vicisitudes de la restauración, sino que nos instruyen también acerca de las condiciones civiles, religiosas, morales, económicas, sociales de los judíos, a lo que se añaden no pocos documentos de decretos de cartas, de censos y de otros datos estadísticos.

no se preocupaba de averiguar si el que está tendido entre las piedras del camino es circunciso o incircunciso, de Judea o de Samaria; se aproxima y, al verlo redncido a estado tan deplorable, inmediatamente se conmueve. Sacando de los arzones de su silla los chifles le vierte en las heridas un poco de aceite y un poco de vino, las venda de la mejor manera posible con un pañnelo, lo atraviesa sobre su burra, lo lleva a un mesón, hace que lo pongan en cama, busca de fortalecerlo poniéndole en la boca algo caliente, y no lo abandona hasta que no lo ve tan aliviado que puede hablar y comer... Al día siguiente llama aparte al mesonero y le da dos denarios, diciéndole: "Ten cnidado de éste; asístelo lo mejor que puedas, y todo lo que gastes de más yo te lo pagaré
Luc. 10, 29-25. cuando vuelva".

El prójimo, por consiguiente, es todo aquel que sufre, todo aquel que necesita de auxilio. Quienquiera que él sea. También tu enemigo, si necesita de ti, aun cuando no te suplique, es el primero de tus prójimos.

La caridad es el mayor título para ser admitido en el Reino. Bien lo supo el rico tragón, vestido de púrpnra y batista, que todos los días banqueteaba opíparamente con sus amigos. Arrimado a la puerta de su palacio estaba Lázaro, el pobre, el hambriento, cubierto de úlceras, que se hubiera contentado con las migajas y con los huesos que caían bajo la mesa del Epulón. Los perros tenían lástima de Lázaro y, no pudiendo hacer más por él, lamíanle las llagas y él acariciaba aquellas bestias dóciles y amorosas, con su mano descarnada. Pero el rico no tenía compasión de Lázaro y nunca jamás se le ocurrió invitarlo, una vez siquiera, a su mesa ni le enviaba un mendrugo de pan o las sobras de la cocina destinadas a la basura y que hasta los lavaplatos despreciaban. Sucedió que ambos, el pobre y el rico, murieron; y el pobre fné admitido a la mesa de Abrahán y el rico fué arrojado a sufrir en el fuego eterno. Y una sed terrible lo atormentaba y nadie lo aliviaba. Vió desde lejos a Lázaro que banqneteaba con los Patriarcas y, entre las llamas, gritó: "¡Padre Abrahán, compadécete de mí y envía a Lázaro que moje la punta de sn dedo en agua

y refresque mi lengua, porque me consumo en estas llamas".

No le había dado ni una migaja, mientras vivía; ahora no pedía ni la libertad ni un vaso de agua, ni siquiera nn trago o una gota; se contentaba con la poca humedad que podía permanccer en la punta de un dedo, del dedo más pequeño del pobre. Pero Abrahán le contestó: "Hijo, acuérdate que tú recibiste todos los bienes en tu vida y Lázaro, al contrario, todos los males. Ahora él es consolado y tú atormentado. Si tú dádole hubieras la mí- Luc. 16, 19-25.
nima parte de tu cena —y sabías que tenía hambre y estaba acurrucado en el portal de tu palacio peor que un perro y hasta los perros le tenían más lástima que tú— si le hubieras dado un trozo de pan una sola vez, no necesitarías ahora pedir la pnnta de su dedo mojada en el agua".

El rico tiene sus complacencias en su patrimonio y le duele el tener que desprenderse de la más mínima parte del mismo, porque cree que la vida nunca termina y que lo futuro será igual a lo pasado. Pero la muerte llega también para él, y cuando menos piensa. Había nna vez nn propietario, cuya tierra un año llevó cosecha más abundante de lo acostumbrado. Y estaba pensando entre sí sobre esa nneva riqueza. Y decía: "Derribaré mis graneros y edificaré otros más grandes y recogeré allí mis cosechas: el trigo, la cebada, los forrajes, y haré otras cabañas para el heno y la paja y otros establos para los bueyes que compraré y también un establo grande que pueda albergar todas mis ovejas y mis cabras. Y diré a mi alma: "Tienes acumulada mucha riqueza para muchos años; ¡descansa, ahora, come, bebe, goza y no pienses en nada más!"

Ni por un instante siquiera le pasó por la mente la idea de que podía separar una porción de todos esos beneficios de la tierra para consolar a los pobres vecinos suyos. Pero en esa misma noche en que había fantaseado tantas reformas y embellecimientos, el rico murió y al siguiente día fué sepultado, solo y desnudo bajo tierra; y no hubo nadie en el cielo que intercediera por él. Luc. 12, 16-20.

Quien no sabe hacerse amigos a los pobres, quien no emplea su riqueza en aliviar la miseria, no pretenda entrar en el Reino. A veces los hijos del siglo saben manejar mejor sus negocios terrenales de lo que lo sepan hacer con los celestiales los hijos de la ley. Como aquel mayordomo que había embrollado a su patrón y debía dejar su puesto: Llamó uno por uno de los deudores de su amo y a todos condonó una parte de la deuda, de suerte que cuando fué despedido, se había hecho, acá y allá, con su estratagema fraudulenta, tantos amigos
Luc. 16, 1-8. que no lo dejaron morir de hambre. Se había hecho un bien a sí mismo y habíalo hecho a los otros, engañando y robando al patrón. Era un ladrón, es verdad, pero era un ladrón prudente. Si los hombres para salvar su alma se valieron de la astucia de que éste usó para salvar su cuerpo, ¡cuántos más serían los convertidos a la fe del Reino!

Quien no se convierte con tiempo será hachado como la higuera infructuosa. Pero la conversión debe ser perfecta, porque las recaídas alejan más de lo que los remordimientos hayan aproximado. Un hombre estaba poseído por un espíritu malo y logró alejarlo de sí. El demonio anduvo por lugares áridos buscando reposo, mas no lo halló. Entonces pensó en volver allá de donde había salido. Pero al hacerlo advierte que la casa —el alma de aquel hombre— está desocupada, barrida y alhajada, que cuesta trabajo reconocerla. Entonces vase, toma consigo otros siete espíritus peores que él y, al frente de esa banda, logra penetrar en la casa; de suerte que la última condición de aquel hombre fué peor
t. 12, 43-45. que la primera. En el día del triunfo los lamentos y las justificaciones valdrán menos que el susurrar del viento por entre las cañas. Haráse entonces la última e inapelable selección. Como la del pescador que, sacada a la playa la red llena de peces, se sienta y va colocando en los cestos los aptos para el consumo y desechando la borra. A los pecadores les es acordada una tregua larga, a fin de que tengan tiempo suficiente para cambiar. Mas llegado el día, quien no está a las puertas o no es digno de pasarlas, quedará eternamente fuera. Un buen campesino había sembrado en

su campo buen trigo. Pero he ahí que un su enemigo va de noche al campo y esparce a manos llenas cizaña en lo sembrado. Después de algún tiempo el campo empieza a verdear, los criados advierten la cizañas y van a decírselo al patrón.

—¿Quieres que vayamos y cojamos la cizaña?

—No, no. No sea que recogiendo la cizaña arranquéis con ella el trigo. Dejad que crezcan los dos hasta el tiempo de la mies y entonces diré a los segadores: "Recoged primero la cizaña y haced con ella gavillas para el fuego; y el trigo, el buen trigo llevadlo a mi granero". Mt. 13, 24-30.

También espera Jesús, como honrado colono, el fin de la siega. Una vez una muchedumbre inmensa lo rodeaba para escucharlo; y al ver a todos aquellos hombres y a aquellas mujeres que tenían hambre de justicia y sed de amor, se compadeció de ellos, y dijo a los Discípulos:

—La mies verdaderamente es mucha, mas los obreros pocos; rogad, pues, al señor de la mies que envíe otros trabajadores a su mies. Mt. 9, 36-38.

Su voz no llega a todas partes, ni bastan tampoco los Doce; se necesitan otros pregoneros para que la Buena Nueva llegue a todos los que sufren y la esperan.

LOS DOCE

La suerte, no sabiendo cómo hacer pagar a los grandes su grandeza, los castiga con su discípulos.

Cada discípulo, por el mero hecho de serlo, no comprende todo, sino solamente, y en el mejor de los casos, a medias, es decir, a su manera, según la capacidad de su espíritu; y por ello, aun sin quererlo, traiciona la enseñanza del maestro, la deforma, la rebaja, la empequeñece, la corrompe.

El discípulo tiene, casi siempre, compañeros, y no siendo el único, tiene celos de los otros; quisiera ser al menos el primero entre los segundos; y por eso difama a sus compañeros y les tiende lazos. Cada uno cree ser, o por lo menos quiere ser creído, el único intérprete del maestro.

El discípulo sabe que es discípulo y alguna vez se avergüenza de ser uno que come en la mesa de otro. Entonces retuerce y desgarra el pensamiento del maestro para hacer creer que él tiene un pensamiento propio, diferente de aquél. O bien enseña todo lo contrario de lo que le fué enseñado, que es, indudablemente, la manera más tonta de ser discípulo.

En todo discípulo, aun en aquellos que parecen más sumisos y leales, se esconde siempre el germen de un Judas.

Un discípulo es un parásito, un pasivo. Un intermediario que roba al vendedor y estafa al comprador. Un gorrón que, invitado a almorzar, pellizca los principios, lame las salsa, piea en la frutera y si no ataca los huesos es porque no tiene dientes —o sólo dientes de leche— para partirlos y chuparles el substancioso meollo. El discípulo parafrasea las frases, obscurece los misterios, complica las cosas claras, multiplica las dificultades, glosa las sílabas, altera los principios, nubla la evidencia, agiganta lo accesorio, enerva lo esencial, agua el vino fuerte y, a pesar de todo esto, despacha su vomitivo como elixir destilado hasta la quintaesencia. En vez de una antorcha que alumbra y calienta, es un humeante candil que no se alumbra ni a sí mismo.

Y sin embargo, ninguno ha podido prescindir de estos discípulos y secuaces. Ni aun queriéndolo. Porque el grande, demasiado extraño a la muchedumbre, tan alejado, tan solitario, necesita sentirse próximo a alguien: no puede vivir sin la ilusión de que alguno oíga sus palabras, reciba su idea y la transmita a otros, lejos, muy lejos, antes de su muerte y después de su muerte. Este nómade sin casa propia, desea un hogar amigo. Este desarraigado, que no puede tener una familia según la carne, ama a los hijos espirituales. Este capitán cuyos soldados han de nacer sólo después que su propia sangre haya empapado la tierra, ansía sentir a su alrededor un pequeño ejército.

Entre las formas de lo trágico inmanente en toda grandeza, una es ésta: los discípulos son repugnantes y peligrosos; pero de los discípulos, aunque sean ellos falsos, nadie puede prescindir. Sufren los profetas si no los encuentran, ¡y acaso sufren más cuando los han encontrado!

Porque un pensamiento está ligado con millares de hilos a toda el alma, mucho más que un hijo. Tan precioso, tan delicado, tan frágil, tanto más incomunicable cuanto es más nuevo. Confiarlo a otro, injertarlo en un pensamiento ajeno, necesariamente más bajo, ponerlo en manos de quien no sabrá respetarlo —este depósito tan raro: un pensamiento grande, un pensamiento nuevo— es una responsabilidad sin límites, una tortura continuada, un padecer verdadero.

Y sin embargo existe en el grande el anhelo de repartir entre todos lo que él ha recibido; y el trabajo es harto pesado para uno solo. Existe en él la vanidad, que logra agazaparse aun junto a la más alta soberbia, y la vanidad ha menester de palabras acariciadoras, de elogios, aunque sean ofensivos; de consentimientos, aun-

que sean puramente verbales; de consagraciones, aunque sean mediocres; de victorias, aunque sean aparentes.

Cristo estaba exento de las pequeñeces de los grandes, pero aceptando todas las molestias de la humanidad no quiso eximirse ni aun de aquellas que causan los discípulos. Antes que por los enemigos, quiso ser mortificado por los amigos.

Los sacerdotes lo hicieron morir una sola vez; los discípulos le hicieron sufrir todos los días. Su pasión no hubiera sido perfecta en crueldad, si además de haber sido victima de los Saduceos, de los Esbirros, de los Romanos, de la Plebe, no lo hubiera sido también del abandono de sus Apóstoles.

Sabemos quiénes eran éstos. Galileo, los escogió entre los galileos; pobre, los tomó de entre los pobres; simple, pero de una simplicidad divina que superaba todas las filosofías, llamó a los simples, en los cuales la simplicidad quedaba envuelta en la tierra. No quería elegirlos entre los ricos, porque venía a combatirlos; no entre los Escribas y Doctores, porque venía a subvertir su Ley; no entre los filósofos, porque en la Palestina no vivían filósofos, y aunque hubieran vivido, habrían tratado de apagar su mística sobrenatural bajo el celemín de la dialéctica.

Sabía que aquellas almas rústicas, pero intactas, ignorantes pero entusiastas, habría podido, al fin, cambiarlas según su deseo, elevarlas hasta él, modelarlas como el barro del río, que es fango, pero que, una vez modelado y cocido en el horno, puede convertirse en belleza eterna. Pero para este cambio fué menester la venida de la llama de la tercera Persona. Hasta Pentecostés (85), la naturaleza imperfecta de ellos con sobrada frecuencia se impuso, cómplice de todas las caídas.

(85) PENTECOSTES. Esta fiesta, seguía siete semanas después del segundo día de Pascua, es decir, después del 16 de Nisán (marzo-abril) día en que se ofrecía el primer manojo de espigas. Por eso se llamaba también "la fiesta de las semanas"; pero también se la llamaba la fiesta de las cosechas, porque era la fiesta de acción de gracias y de clausura de la cosecha de los forrajes; y fiesta de las primicias porque en ella se ofrecían los primeros panes del trigo nuevo. El nombre de "Pentecostés" se halla en Flavio Josefo y en el Nuevo Testamento (Hechos de los Apóstoles, 2, 1; 20, 16), y es lo mismo que si dijera dia quincuagésimo (después del principio de la cosecha). Por lo demás la fiesta duraba solamente un día que, como el primero y el último mes de Pascua, se celebraba con la abstención del verdadero trabajo servil. La celebración de la fiesta consistia en la mencionada oferta de los panes a la que se añadían también especiales sacrificios festivos. La ley deseaba también el ofrecimiento de sacrificios voluntarios y prescribía la participación del criado y de la criada en el banquete de sacrificio que debía realizarse en Jerusalén, a fin de que así se recordase la liberación del pueblo de Israel de la cautividad de Egipto. Entonces, como ahora, la "Pentecostés" era la fiesta "amable", y cayendo en la estación más propicia era muy frecuentada también por los judíos residentes en el extranjero.

Para los cristianos la "Pentecostés" conmemora la venida del Espíritu Santo sobre el colegio apostólico el día de la "Pentecostés" judía, venida que fué un acontecimiento de la mayor importancia. El Redentor más de una vez había prometido el hecho y haciendo notar la grandeza del misterio que él habria encerrado (L. 14,49; J. 7. 37, 39; 14, 16 ss. 16, 7, 15: Hech., 1, 4, ss.). La "Pentecostés" debia resultar para la Iglesia la fiesta más importante después de la Pascua de Resurrección. Esta era la fiesta del Cristo, y aquélla la del Espíritu Santo; los dos términos de aquel desenvolvimiento divino que caracterizaban la nueva creencia (Duchesne). La Iglesia tenía en la Pascua el principio de su ser, en la "Pentecostés" el de su obrar.

Hay que perdonar mucho a los Doce, porque tuvieron, excepto algún momento, fe en él; porque se esforzaron en amarlo como él quería ser amado, y, particularmente, porque, después de haberlo abandonado en el huerto de Getsemaní, no lo olvidaron nunca y legaron para la eternidad el recuerdo de sus padres y de su vida.

Pero si miramos de cerca, en los Evangelios, a esos discípulos de los cuales tenemos algunas noticias, no podemos menos que sentir profunda pena. Aquellos felices que tuvieron la gracia inestimable de vivir con Cristo, junto a Cristo; de caminar, de comer con él, de dormir en la misma alcoba, de mirarlo en la cara, de tocar su mano, de besarlo, de escuchar de sus propios labios sus palabras; estos Doce felices, que millones de almas han envidiado en secreto a través de los siglos, no se mostraron siempre dignos de la felicidad suprema que a ellos sólo estaba reservada.

Los vemos duros de cabeza y de corazón, tardos en comprender las palabras más transparentes del Maestro; no siempre capaces de darse cuenta, ni aun despnés de su muerte, de quién había sido Jesús y de qué naturaleza era el Reino que él había anunciado; faltos, con frecuencia, de fe, de amor, de fraternidad, ambiciosos de recompensa, envidiosos los unos de los otros, impacientes del desquite que les compensara por la prolongada espera, intolerantes para con quien no está con ellos, vengativos contra quien no quiere recibirlos, dormilones, vacilantes, materiales, avaros, cobardes.

Uno lo niega tres veces; uno espera que esté en el sepulcro para venderlo; uno no cree en su misión porque ha nacido en Nazaret; uno no quiere creer en su Resurrección; uno, finalmente, lo vende a sus enemigos, y lo entrega con un beso a los esbirros; algunos, después de discursos demasiado elevados para sus inteligencias torpes, "volvieron atrás y no andaban más con
Juan 6, 67. él.".

Jesús más de una vez tuvo que reprenderlos por esta su torpeza de entendimiento. "¿No entendéis esta pará-
Mc. 4, 13. bola? ¿Pues cómo vais a entender todas las demás? Los pone en guardia contra el fermento de los Fariseos y de los Saduceos y creen que habla del pan material. "¿Todavía no tenéis juicio ni entendimiento? ¿Todavía tenéis cegado el corazón? ¿Tenéis ojos y no veis, y no
Mc. 13, 17, 17. recordáis?"

Casi siempre creen, como la chusma, que Jesús es el Mesías carnal, político, guerrero, venido para levantar de nnevo el trono temporal de David. Aun entonces, cuando está por snbir a los cielos, siguen preguntándole: "Señor, ¿restituirás en este tiempo el Reino de
Hechos, 1, 6. Israel?" Y antes, después de la Resurrección, los dos discípulos de Emaús: "Nosotros esperábamos que él fue-
Luc. 24, 21. ra el que había de redimir a Israel, pero es el caso..."

Discutieron entre sí acerca de quién de todos ellos era el que había de ocupar el primer puesto en el Reino y Jesús tuvo que reprenderlos: "¿Qué ibais tratando por el camino?" Mas ellos callaban porque en el camino habían altercado entre sí cuál de ellos sería el

mayor. Y sentándose llamó a los Doce y les dijo: "Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos y el siervo de todos". Mc. 9, 32-34.

Celosos de sus privilegios, denunciaron a Jesús que uno, en su nombre, echaba a los demonios. "No se lo vedéis, responde Jesús, porque no hay ninguno que haga milagros en mi nombre y que luego pueda decir mal de mí. Porque el que no está contra nosotros, está Mc. 9, 37-39.
por nosotros".

Después de un discurso, en Cafarnaúm, algunos se indignaron de sus palabras. Muchos de sns discípulos que esto oyeron, dijeron: "Duro es este razonamiento; ¿y quién lo puede oír?" Y lo dejaron.

Sin embargo, Jesús no regatea los avisos a quien quicre seguirlo. Un Escriba le dice que lo seguirá a cualquier parte, y Jesús le replica: "Las raposas tienen cuevas y las aves del cielo, nidos; más el Hijo del Hombre no tiene en dónde apoyar su cabeza". Otro, y era un Mt. 8, 19, 20.
discípulo, quería antes enterrar al padre. Y Jesús le Luc. 9, 59, 60.
dijo: "Deja que los muertos entierren a sus muertos". Y todavía otro: "Te seguiré, Señor, mas primeramente, déjame ir a despedirme de los de casa". Y Jesús le dijo: "Ninguno que pone su mano en el arado y mira atrás Luc. 9, 61, 62.
es apto para el Reino de Dios".

Se le aproximó también un joven rico, piadoso, quien observaba fielmente los mandamientos. Y Jesús, mirándolo con ternura le dijo: "Una sola cosa te falta: anda, vende cuanto tienes y dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; y ven, sígueme". Mas él, afligido al oír esta palabra, se retiró, triste, porque tenía muchas Mc. 10, 20-22.
riquezas.

Para estar con él debe el hombre abandonar la Casa, los Muertos, la Familia, el Dinero: todos los amores vulgares, todos los bienes vulgares. Lo que él da en cambio es tal que compensará con creces todo renunciamiento. Pero pocos son capaces de estos abandonos y algunos después de haber creído, volverán atrás.

A los Doce, casi todos pobres, les era más fácil la renuncia; con todo, nunca lograron ser como Jesús los

quería. "Simón, Simón —dijo un día a Pedro—, mira que Satanás os ha pedido para zarandearos como trigo". Pero por más tupida que fuera la criba de Cristo, en su buen trigo quedaron también malas semillas.

SIMON, LLAMADO PIEDRA

Pedro, antes de la Resurrección, es como un cuerpo junto a un espíritu, como la voz de la materia que acompaña la sublimación de una alma. Es la plebe esperando una próxima aristocracia prometida; es la tierra que cree en el cielo, pero que queda siempre terrena. El Reino de los Cielos es todavía, en su imaginación de hombre tosco, demasiado parecido al Reino Mesiánico de los Profetas.

Jesús pronuncia sus famosas palabras contra los ricos: "Más fácil cosa es pasar un camello por el ojo de una aguja que entrar un rico en el Reino de los Cielos". Mt. 10, 24.
A Pedro parécele dura esta condenación tan intransigente de la riqueza. Y empezó a decirle: "Ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué es, pues, lo que tendremos?" Parece un prestamista que pregunta por los intereses que se le han de pagar. Y Jesús, para consolarlo, le promete que se sentará en un trono para juzgar a una de las tribus de Israel —las otras once las juzgarán los otros once— y añade que cada uno tendrá cien veces más de lo que ha dejado. Mt. 19, 27-29.

Jesús afirma que sólo lo que sale de la boca del hombre puede contaminarlo, pero Pedro no entiende. Y le dijo: "Explícanos esta parábola". Contestó Jesús: "¿Estáis vosotros también privados de entendimiento? No comprendéis..." Entre los Discípulos, tan escaso de entendimiento, Pedro es uno de los más duros. Su sobrenombre —Cefas, Piedra, trozo de peña— no tiene su origen solamente en la solidez de su fe (frecuentemente Jesús lo reprende también por su poca fe y su negación final es una triste confirmación de lo mismo), sino en la dureza de su caletre. Mt. 15, 11, 15, 16, 17.

No era un espíritu despierto, en el sentido propio y

eu el figurado. Tenía un sueño fácil, aun eu los momentos supremos. Se durmió en el monte de la Transfiguracióu; se durmió la uoche del Getsemaní —después de la Ultima Ceua, eu que Jesús había dicho cosas que hubieran causado un insomnio eterno hasta en un Escriba.

Y sin embargo era mucha su osadía. Cuando Jesús anuncia que deberá sufrir y morir, Pedro brinca: "Señor, ¡estoy listo para ir contigo a la cárcel y hasta la
Luc. 22, 33. muerte!" "Aunque fueras para todos motivo de caída, ¡para mí no lo serás uunca!" "Aunque fuera menester
Mt. 26, 33,35. que yo muriera contigo, uo te negaré!" Y Jesús replica: "Pedro, yo te digo que esta uoche, antes que cante el
Mt. 26, 34. gallo dos, me negarás tres veces".

Jesús conocía a Pedro mejor de lo que el mismo Pedro se conociera. Y cuando éste, en el patio de Caifás, estaba calentándose junto al brasero, mientras los sacerdotes examinaban e insultaban a su Dios, por tres veces negó ser uno de sus secuaces.

Eu el momento de la captura en el Huerto, había hecho —contra los cousejos de Jesús— un simulacro de resistencia: había cortado una oreja a Malco. No había llegado aún a compreuder, después de tres años de trato cotidiano, que a Jesús le repugnaba toda forma de violencia material. No había comprendido que, de haberse querido salvar, Jesús habría podido esconderse en el desierto, sin que nadie lo supiera, o hnir de las manos de los soldados, como lo había hecho tiempo atrás en Nazaret. Jesús dió tan poco valor a aquel acto contrario a sus intenciones, que curó inmediatamente la herida y repreudió al intempestivo vengador.

No era la primera vez que Pedro se manifestaba inferior a la grandeza de los acontecimientos. Tenía, como todas las almas mezquinas, una tendencia a ver la escoria material eu las manifestaciones espirituales, lo bajo en lo alto, lo trivial en lo trágico. En el monte de la Transfiguración, cuando despertó, vió a Jesús, todo refulgente de albura, que hablaba con otros dos, con dos espíritus, cou dos Profetas. Y lo primero que se le ocurrió, en vez de adorar y callar, fué el improvisar un
Mt. 17, 12. albergue para estos tres persouajes: "Maestro; bueuo

es que nos estemos aquí y hagamos tres tieudas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías". Y Lucas, hombre sensato, añade: "no sabiendo lo que decía". Luc. 9, 33.

Cuando vió a Jesús que, sereno, caminaba sobre las aguas del lago, se le ocurrió hacer lo mismo: "Y bajando Pedro de la barca, audaba sobre el agua para llegar a Jesús. Pero viendo el viento recio, "tuvo miedo" y como empezara a hundirse, gritó: "¡Valedme, Señor!" Y luego extendiendo Jesús la mano, le tomó y le dijo: "Hombre de poca fe, ¿por qué dndaste?" El bueno del Mt. 14, 29-31.
pescador, por estar familiarizado con el lago y con Jesús, creía poder hacer lo mismo que el Maestro y no sabía que se necesitaba una alma muchísimo más grande, una fe muchísimo más poderosa que la snya, para mandar a las tempestades.

El fuerte amor de Jesús, que compeusa todas las debilidades, le arrastró un día hasta casi a contradecirlo. Jesús había anunciado a los discípulos Su Pasión y que lo habrían matado. Entonces Pedro, tomáudole aparte, comenzó a increparle, diciéudole: "¡Lejos esto de ti, Señor! ¡No te sucederá esto!" Pero vuelto Jesús hacia Pedro, le contestó: "¡Quítateme de delante, Satanás! Estorbo me eres, porque uo entiendes las cosas según la mente de Dios, sino como los hombres". Mt. 16, 22, 23.

Nadie ha pronunciado jamás un jnicio tan tremendo acerca de Simón, llamado Piedra. Fué llamado a trabajar para el Reino de Dios "y pensaba como los hombres". Su inteligencia enviciada aún en las ideas vulgares de la Mesianidad triunfante, se resistía a imaginar un Mesías perseguido, condenado y ahorcado. No estaba viva todavía en su alma la idea de la Expiación divina, la idea de que uo hay salvación sin un ofrecimiento de dolor y de sangre y que los grandes deben sacrificar su cuerpo a la ferocidad de los pequeños, a fin de que los pequeños, después de haber sido iluminados por aquella vida, sean salvados por aquella muerte. Amaba a Jesús; pero su amor, a pesar de ser tan afectuoso y potente, tenía aún algo de terrestre; y se enfurecía al solo pensar que su Rey debiera ser vilipendiado, que su Dios debiera morir. Cou todo había sido el primero en

reconocer en Jesús al Cristo, y este primado es de tal suerte grande que nada lo ha podido borrar.

Sólo después de la Resurrección fué todo de su Maestro. Y cuando se le apareció en las orillas del mar de Tiberíades, Jesús le pregunta: ¿"Me amas tú?" Pero Pedro no se atreve a decir, después de haberlo negado, que lo ama. Le contesta, asustado casi: "Sí; tú sabes que te quiero". Jesús pedía amor y no simple amistad. Y repite una segunda vez: "¿Me amas tú?" Pedro nuevamente: "Sí, te quiero". Pero Jesús insiste: "Simón de Jonás, ¿realmente me quieres?" Y entonces Pedro, vencido, finalmente responde, casi impaciente, con la palabra que Jesús le arranca de la boca: "Señor, ¡tú lo
Mt. 16, 23,23. Juan 21, 15-17. sabes todo, y sabes que te amo!"

Por tres veces, en la noche que precedió a la muerte, Pedro lo había negado. Ahora, después de la victoria sobre la muerte, Pedro reafirma, por tres veces, su amor. Y a este amor, que dentro de poco será iluminado por la Sabiduría perfecta, permanecerá fiel hasta el día en que morirá en Roma, sobre un árbol de suplicio igual al de Cristo.

LOS "HIJOS DEL TRUENO"

Los dos hermanos pescadores, Santiago y Juan, que habían dejado, en la ribera de Cafarnaúm, barca y redes para unirse a Jesús y que, juntamente con Pedro, forman un como triunvirato preferido —son ellos los únicos que acompañan a Jesús en la casa de Jairo y sobre la cumbre de la Transfiguración, y a ellos el Maestro retiene consigo la noche del Getsemaní— no habían adquirido en su trato prolongado con el Maestro, una humildad suficiente. Jesús les había impuesto el sobrenombre de "Bonaergés": Hijos del Trueno. Sobrenombre irónico que acaso aludía a su carácter impetuoso e irascible.

Cuando se movieron todos juntos para encaminarse a Jerusalén, Jesús hizo adelantar a algunos de ellos para que le prepararan un albergue. Atravesaban Samaria y en una granja fueron acogidos de mala manera. Y no le recibieron, porque se dirigía a Jerusalén. Viendo esto Santiago y Juan, sus discípulos, dijeron: "Señor, ¿quieres que digamos que descienda fuego del cielo y los acabe?" Mas él, volviéndose hacia ellos, los reprendió.
Para ellos, Galileos, fieles a Jerusalén, los Samaritanos Luc. 9, 52, 55.
eran siempre enemigos. En vano habían escuchado el Sermón de la Montaña; "haced bien a los que os aborrecen y rogad por los que os persiguen"; en vano ha- Mt. 5, 44.
bían recibido las reglas para conducirse entre la gente: "si alguno no os recibiere... saliendo de aquella casa y de aquella ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies". Luc. 10, 10, 11.
Ofendidos en la persona de Jesús, presumian poder mandar al fuego del cielo. Parecíales un merecido acto de justicia el reducir a cenizas una aldea culpable de inhospitalidad.

Sin embargo, y a pesar de estar tan lejos de aquella

renovación amorosa que, de suyo, constituye la realidad del Reino, pretendían ocupar los primeros puestos en el mismo, en los días del triunfo.

Narra el Evangelio que se le aproximaron Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, y le dijeron: "Maestro, queremos que nos concedas todo lo que pudiéramos". Y él les preguntó: "¿Qué queréis que os haga?" "Concédenos que nos sentemos en tu gloria el uno a tu diestra y el otro a tu siniestra". Mas Jesús les observó: "No sabéis lo
Mc. 10, 35-38. que pedís..." Y cuando los otros diez oyeron esto, comenzaron a indignarse contra Santiago y Juan... Mas Jesús los llamó y les dijo: "El que quiera ser el mayor entre vosotros, sea vuestro criado; y el que quiera ser el primero entre vosotros será siervo de todos; porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido,
Mc. 10, 41-45. sino para servir".

El Subversor sacó partido de la ingenua petulancia de los Hijos del Trueno para repetir la palabra que conviene a todos los magnánimos. Solamente los nulos, los pusilánimes, los parásitos, los inútiles, quieren ser servidos también por los inferiores, si es que en lo Absoluto existe alguno inferior a ellos. Pero quien es superior, y precisamente por serlo, está siempre al servicio de los pequeños.

Este milagroso Absurdo —que repugna al egoísmo de los ególatras, a la monería de los superhombres y a la miseria de los avaros, porque lo poco que tienen ni siquiera les basta para ellos— es la prueba de fuego del Genio. Quien no puede o no quiere servir indica con esto que no tiene nada que dar: es enfermo, impotente, imperfecto, vacío. Pero el genio no es del legítimo si no rebalsa en beneficio de los inferiores.

Servir no es siempre lo mismo que obedecer. A veces se puede servir mejor a un pueblo poniéndose a su cabeza y arrastrándolo, aun contra su voluntad, a salvamento. En servir no hay servilismo.

Santiago y Juan comprendieron la fuerte palabra de Jesús. A uno, a Juan, lo volvemos a encontrar, poco después, entre los más amorosos y más próximos. En la última Cena descansa su cabeza sobre el pecho de Jesús

y, desde lo alto de la cruz, el Crucificado le confiará la Virgen Madre para que la tenga como un hijo.

Tomás debe su popularidad a lo que debiera ser su vergüenza. Tomás el Gemelo es el patrono de la modernidad, como Tomás de Aquino lo fué de la Edad Media. Es el protector ortodoxo de Espinosa y de todos los otros negadores de las resurrecciones. Es el hombre que no no se contenta ni con el testimonio de los ojos —más respetuoso, pero más ilusivo— sino que quiere el de las manos. Pero su amor a Jesús lo hizo digno de perdón. Cuando vinieron a decirle al Maestro que Lázaro había muerto, a los discípulos les repugnaba la idea de ir a Judea, entre enemigos; Tomás fué el único que exclamó: "¡Vamos también nosotros para morir con él!" El Juan 11, 16.
martirio que entonces no tuvo que soportar, lo encontró, después del de Cristo, en la India.

Mateo es el más simpático de los Doce. Era un recaudador de impuestos, una especie de publicano superior y, probablemente, el más instruído de todos sus compañeros. Su adhesión a Jesús, empero, no fué menos pronta que la de los pescadores. "Pasando, vió a un hombre llamado Mateo, sentado en su garita y le dijo: "¡Sígueme!" Y él, levantándose, dejó todas sus cosas y lo siguió y le hizo un gran banquete en su casa..." Mateo no de- Luc. 5, 27-29.
jaba solamente un montón de redes maltrechas, pero sí un cargo, un sueldo, una ganancia segura y creciente. La renuncia a las riquezas era fácil para quien no tenía casi nada. Entre los Doce, Mateo era ciertamente el más rico antes de la conversión —de ningún otro se cuenta que pudiera ofrecer un gran banquete— y por eso su obediencia pronta, su levantarse, al primer llamado, de la garita donde se amontonaba el dinero, es un sacrificio mayor y, por lo mismo, más meritorio.

A Mateo —que tal vez era el único, a la par de Judas, que sabía escribir— debemos, si el testimonio de Papías ([86]) es verídico, la primera colección de los "Logias"

([86]) PAPIAS (S). Obispo de Gerápolis en la Pequeña Frigia (Asia Menor). Sabemos por S. Ireneo que Papías fué "oyente de Juan y familiar de Policarpo". (Ad. haer. V. 33, 4). Por el

contexto se deduce claramente que el Juan de quien se dice haber sido oyente Papías es el Evangelista. También S. Jerónimo. (De vir. ill., c. XVIII) da a Papías por discípulo de S. Juan Apóstol y Evangelista. Eusebio en su "Crónica" sigue a Ireneo, pero después, en su "Historia de la Iglesia", se contradice al afirmar que de las primeras expresiones de la obra de Papías se debe concluir que el tal obispo no conoció a los apóstoles, pero fué simplemente oyente de un sacerdote llamado Juan. La conclusión es demasiado arbitraria, desde que mientras no es posible basarla sobre las expresiones a que se refiere Eusebio, es por otra parte inaceptable, desde que es evidente que Eusebio en su "Historia de la Iglesia" tuvo la intención de disminuir la autoridad del libro de Papías. En cambio el propio Papías nos dice que él conoció a Aristión y al sacerdote Juan ambos discípulos del Señor. Es probable también que Papías haya visto también a Felipe; por lo menos es cierto que conoció a sus hijas. Que Papías fuera obispo de Gerápolis lo atestigua toda la antigüedad. No es posible, careciendo de otros puntos de referencia seguros, señalar una fecha precisa a la vida de Papías. Tal vez nació entre el 70 y el 90, y murió el 161 o el 165. Según el "Chronicon Parhale" él sufrió el martirio en Pérgamo, más o menos en la misma época en que S. Policarpo lo sufrió en Esmirna. La noticia nos viene directamente de Eusebio (Historia eclesiástica IV, 15); pero fué por error del autor del Chronicon o un copista sustituyó al nombre de Papilo, habitanto de Pérgamo, el de Papías. Es cierto que Focio también da el nombre de mártir a Papías; pero, en vista del silencio de los antiguos, hay sobrado motivo para dudar de que ese título sea merecido. El obispo de Gerápolis pasó su vida recogiendo, bebiéndolas en la tradición o en las Sagradas Escrituras, todas las palabras del Señor, y comentándolas, clasificándolas metódicamente, según el orden de materias. Hacia mediados del siglo II, reunió en cinco libros los frutos de sus indagaciones, y los publicó, como lo dice expresamente Eusebio, bajo el título de "Logion kuriokon exegesis", que S. Jerónimo traduce por "Explanación de los dichos del Señor". Bajo este título de "logia kuriaka" hay que entender las enseñanzas de Jesucristo; puesto que la expresión es familiar a Papías en sus notas, que Eusebio nos ha conservado, acerca de los dos evangelios de S. Marcos y de S. Marco. "Marcos en su Evangelio, escribe el obispo Papías, nos ha transmitido los "dichos" del Señor predicados por Pedro, y S. Mateo, a su vez, nos ha referido los "dichos" de Jesús en hebreo". Sería, empero, un error, como diversos fragmentos lo demuestran claramente, creer que el libro de Papías no sea más que un comentario de los Evangelios; éstos no son, según la tradición, más que una fuente de las doctrinas que Papías se propone explicar y desenvolver. Una palabra dicha incidentalmente acerca del reinado de Adriano, y que una cita de Felipe Sidonio nos ha conservado, da margen a suponer que la obra haya sido compuesta después de la muerte de este emperador (138). Lo que es cierto es que la obra de Papías siguió circulando, si no en Oriente al menos en Occidente, hasta el declinar de la Edad Media. En la actualidad no poseemos sino fragmentos insignificantes en las

o dichos memorables de Jesús. En el Evangelio que lleva su nombre encontramos el texto más completo del Sermón de la Montaña. La gratitud de los hombres para con ese recaudador de impuestos debería ser mayor de lo que es. De no ser él, muchas palabras de Jesús —y de las más bellas— acaso se hubieran perdido. Este contador de dracmas, de siclos y de minas, cuyo oficio, considerado infame, debía predisponer a la avaricia, ha puesto aparte, para nosotros, un tesoro que vale más que todas las monedas acuñadas en el mundo antes y después de él.

citaciones de Ireneo y de Eusebio y de otros escritores eclesiásticos de edades posteriores. El obispo de Gerápolis es, indudablemente, del número de aquellos a quienes S. Ireneo llama "antignos", de los que toma diversos testimonios para oponerlos a los adversarios. Los señores Grenfell y Hunt encontraron, por allá por el 1897, en Osirinco, en los deslindes del Egipto con la Libia, un texto horriblemente mutilado de ocho "logía" que publicaron con el título: "Extracanonical Scripture, Callings of our Lord" (London, 1897). Hasta ahora nada nos autoriza a ver en esos "logia" una página del texto de Papías; pero aquel fragmento, probablemente de un contemporáneo de Papías, revela una obra de la misma índole de la "Explanación de los dichos del Señor", del obispo de Gerápolis; mas tiene el mismo plan y la misma forma de redacción. El lenguaje de Papías acerca de los dos primeros Evangelios ha dado ocasión a muchas discusiones. Lo que merece nuestra atención es una frase, recalcada por Eusebio y en la cual Papías atribuye una importancia especial a la tradición oral de los primeros testigos oculares: llega hasta el extremo de poner en segunda línea la propia Sagrada Escritura frente a la Tradición. "Yo no creía poder sacar tanto provecho de la palabra de los Libros cuanto de aquella viva que se graba más profundamente en el alma". Eusebio tuvo desprecio por Papías, declarándolo "un pobre de espíritu". El no puede especialmente perdonar al obispo de Papías sus ideas y esperanzas milenarias. En efecto, Papías, debido a que no comprendió el lenguaje figurado de los Apóstoles, soñó, para después de la resurrección de los justos, con un reinado temporal de Cristo que habría durado "mil años". La antigüedad de Papías y sus relaciones con los Apóstoles indujeron a muchos otros autores, precedidos por S. Ireneo, a creer en las mismas fantasmagorías. Las críticas de Eusebio le valieron a Papías el título de "Padre del Milenarismo". Los fragmentos de la obra de Papías y los testimonios de los escritores eclesiásticos posteriores, pueden verse en Routh, "Reliquiae sacrae" (Oxford, 1848) y en la colección de Migne (P. G. V. 1255-1282).

La figura de Papías, muy despreciada por Eusebio, es todavía indecisa y obscura. Pero su nombre evoca inmediatamente el recuerdo de una pérdida grave, acaso la más deplorable que haya sufrido la literatura cristiana primitiva.

También Felipe de Betsaida sabía de cuentas. A él se dirige Jesús, cuando la muchedumbre hambrienta lo rodea, para preguntarle cuánto se necesitaría para comprar pan para toda esa gente. "Doscientos denarios no
Juan 6, 7. bastan", respondió Felipe; y aquella suma —que hoy sería algo así como unas ciento sesenta pesetas— acaso le pareció un disparate. Pero debía ser un propagandista de su Maestro. El fué quien anunció a Natanael la venida de Jesús y a él se dirigieron los griegos de Jerusalén que
Juan 12, 20-21. querían hablar con el nuevo Profeta.

Natanael hijo de Tolomai, más conocido con el nombre de Bartolomé —respondió con un sarcasmo al
Juan 1, 46. anuncio de Felipe: "¿Puede salir cosa buena de Nazaret?" Pero Felipe se empeñó tanto que lo condujo a la presencia de Jesús, el cuál, apenas lo vió, exclamó: "¡He aquí un verdadero israelita en quien no hay engaño!" Natanael le preguntó: "¿De dónde me conoces?" Jesús le contestó: "Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi" Natanael exclamó: "¡Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el rey de Israel!" Jesús replicó: "Porque te dije: —Te vi debajo
Juan 1, 46-50. de la higuera— crees; mayores cosas que ésta verás".

Menos entusiasta e inflamable fué Nicodemo, que, efectivamente, nunca quiso aparecer como discípulo de Jesús. Nicodemo era viejo, había frecuentado las escuelas de los Valenios, era amigo de los miembros del Sanedrín de Jerusalén. Pero la narración de los milagros lo había impresionado y fué de noche donde Jesús para
Juan 3, 9. decirle que lo creía enviado por Dios. Jesús le respondió: "En verdad, en verdad te digo que quien no volviere a nacer, no puede ver el Reino de Dios" Nicodemo no entendió estas palabras o, tal vez, lo atemorizaron: había ido a ver a un taumaturgo y se encontraba con una sibila. Y con ese buen sentido práctico del hombre que no quiere ser engañado, pregunta: "¿Cómo puede un hombre nacer, siendo ya viejo? ¿Puede él por ventura, volver al vientre de su madre y nacer otra vez?" Jesús le responde con palabras profundas: "Si no nace una segunda vez en el espíritu, no podrá entrar en el Reino". Pero Nicodemo no entiende todavía: "¿Cómo es posible todo

esto?" Jesús le contestó: "¡Cómo! ¿Tú eres maestro en Israel y lo ignoras?" Juan 3, 10.

Un sentimiento de respeto por el joven galileo le quedó siempre; pero su simpatía fué circunspecta como su visita. Una vez, cuando los jefes de los sacerdotes y los Fariseos pensaron apoderarse de Jesús, Nicodemo se atrevió a aventurar una defensa: "¿Por ventura nuestra ley juzga a un hombre sin haberlo oído primero y sin informarse de lo que ha hecho?" Es un legista. Habla en Juan 7, 51.
nombre de la ley humana, no en nombre del hombre nuevo. Nicodemo es siempre el hombre viejo, el curial, el prudente amigo de la letra. Bastan pocas palabras de reproche para hacerlo callar: "¿Eres acaso tú también galileo? Escudriña bien las Escrituras y verás que de Galilea no se levantó jamás un profeta". El pertenecía, Juan 7, 52.
por derecho, al Sanedrín, pero no se recuerda que haya levantado nunca la voz en favor del acusado, cuando fué conducido ante Caifás. También entonces era de noche, pero, probablemente, para escapar a las burlas de los colegas y al remordimiento del asesinato legal, quedó en cama. Despertó cuando Jesús ya había muerto, y entonces —¡reviente la avaricia!— compró cien libras de mirra y de áloe para el embalsamiento. El Resucitador estaba muerto, pero el vacilante no volvería jamás a nacer en aquel segundo nacimiento en el cual no quiso creer.

Nicodemo es el arquetipo eterno de los tibios, que la boca de Dios vomitará en el día de la ira. Es el alma dividida, que quisiera decir sí con el espíritu, pero la carne le sugiere el no del miedo. Es el hombre de los libros, el discípulo nocturno que quisiera ser, pero no aparecer, que no sentiría disgusto en volver a nacer, pero no sabe romper la corteza arrugada del cuerpo envejecido; es el hombre de los respetos y de las precauciones. Una vez que aquel a quien admiraba está ya martirizado y muerto, y los enemigos se han saciado en él y no hay peligro de comprometerse, entonces llega con bálsamos para derramarlos sobre aquellas llagas que fueron abiertas también por su cobardía.

La Iglesia, para premiar aquella su póstuma y tem-

pestiva piedad, lo ha colocado entre sus Santos; y una antigua tradición cuenta que fué bautizado por Pedro y condenado a muerte por haber creído, aunque tarde, en aquel a quien no supo salvar de la muerte.

OVEJAS, SERPIENTES Y PALOMAS

Jesús sabía, como que los había elegido él mismo, quiénes eran los hombres que debían llevar su palabra a los pueblos lejanos. Pero el sebo, por feo que sea, cuando tiene un pabilo, puede iluminar las cuevas; la rama de pino, cuando está encendida, puede dar luz a los desviados y ahuyentar las hienas. El capitán de la guerra contra el mundo quiso servirse de los pobres soldados que la Providencia pusiera a su lado. En cualquier otra época de la historia, difícilmente hubiese encontrado algo mejor. Pero de intento los eligió así; mediocres, por un misterioso designio, para que resplandeciese mucho más el prestigio de la sobrehumana póstuma victoria.

Su misión era tal, que hubiera preocupado aun a hombres poseedores de un fondo más rico de inteligencia y de ciencia. La ingenuidad, la ignorancia, la superstición misma apagan menos los ardores que otras cualidades del espíritu más fragantes para el olfato moderno.

Cristo pretendía de sus enviados una prueba que tiene apariencia de imposible y que no se puede pedir sino a los simples, en los cuales, por un milagro de la propia simplicidad, lo imposible se convierte, alguna vez en posible. "Os envío como ovejas en medio de los lobos". Mt. 10, 16.
Como pacíficos en medio de bestias feroces; y con orden de no dejarse devorar, pero sí de reducir a los descuartizadores de corderos a la mansedumbre del cordero. Y para obtener éxito en empresa tan paradójica el divino paradojo exhorta a sus embajadores a que sean, al mismo tiempo, serpientes y palomas. "Sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas". La tosca Mt. Ibid.
psicología veterinaria de los vulgares protestaría contra esta proximidad. El reptil de la tradición no puede

habitar el mismo nido del cándido volátil del amor. La serpiente que hizo expulsar a Adán del Paraíso tiene cualidades demasiado diferentes de la fiel paloma que anunció a Noé la vuelta de la paz. El envenenador que se arrastra en la sombra no tiene nada de común con el pájaro que remonta su nívea blancura a los rayos del sol.

Pero los toscos tienen todas las sinrazones en todos sus pensamientos. La sencillez es una fuerza que vence todas las astucias. La prudencia es una de las fases de la sencillez. La prudencia no es astucia. Los astutos vencen siempre en el primer momento, pero son siempre vencidos antes del fin. Los ingenuos pueden parecer mentecatos y, sin embargo, el resultado final demuestra, vuelta a vuelta, que su mentecatez escondía una prudencia superior a todas las malicias. Los sencillos, los ignorantes, los cándidos tienen un poder que confunde a los más astutos: el poder de la Inocencia. El niño que con sus preguntas hace callar al anciano, el campesino que tapa la boca al filósofo con sus respuestas, son los símbolos ordinarios de la fuerza victoriosa de la Inocencia. La sencillez sugiere palabras y acciones que superan todos los recursos de las diplomacias comunes.

Aquellos a quienes Jesús mandaba a la conquista de las almas eran groseros campesinos, pero podían, sin contradicción y dificultad, ser humildes como ovejas, prudentes como serpientes, sencillos como palomas. Pero ovejas sin cobardía, serpientes sin veneno, palomas sin lascivia.

La desnudez era el primer deber de estos soldados. Iban en busca de pobres. Debían ser más miserables que los pobres. Y, sin embargo, no mendicantes, porque "dig-
Mt. 10, 10. no es el trabajador de su alimento". El pan de vida que debían distribuir a los hambrientos de justicia merecía en compensación el pan de trigo. Pero los trabajadores debían poner mano a la maravillosa tarea desprovistos de todo. "No poseáis oro ni plata ni cobre en vuestras fajas, ni alforja para el camino ni dos túnicas ni calzado
Mt. 10, 9. ni bastón". Los metales, pesados mediadores de riqueza, son un peso para el alma: un peso que arrastra al fondo.

El brillo del oro hace olvidar el esplendor de las estrellas; el brillo del cobre hace olvidar el esplendor del fuego. Quien se apega al metal se desposa con la tierra y permanece pegado a la tierra; no conoce el cielo y el cielo no le reconoce.

No basta predicar a los pobres el amor a la pobreza, la rica hermosura de la pobreza. Los pobres no creen en las palabras de los ricos hasta que los ricos no se hacen voluntariamente pobres. Los discípulos, destinados a predicar la bienaventuranza de la pobreza a pobres y ricos, debían dar, cada día a cada hombre, en cada casa, el ejemplo de la miseria feliz. No debían llevar nada consigo, excepción hecha del vestido puesto y de las sandalias; no debían aceptar nada: solamente ese poco "pan cotidiano" que hallaban en las mesas de sus huéspedes. Los sacerdotes vagabundos de la Diosa Siria ([87]) y de otras divinidades de Oriente llevaban consigo, junto con los simulacros, la alforja para las ofrendas y el saco para la cuestación. Porque el vulgo no da valor a las cosas que no se pagan.

Los Apóstoles de Jesús debían, al contrario, rechazar cualquier regalo o paga. "Dad gratuitamente lo que gra-
tuitamente habéis recibido". Y como la riqueza, para Mt. 10, 8.
mejor ocultarse, cambia su forma ordinaria de metal por la de objetos, los mensajeros del Reino debían renunciar también a los vestidos para mudarse, a los zapatos, al bastón: a todo aquello de que se puede prescindir.

Deben penetrar en las casas —a todos abiertas en un país que no conocía aún los candados del miedo y con-

([87]) DIOSA SIRIA. En Siria septentrional además de Baal (Señor), que era considerado como el dios del poder creativo, engendrador de la vida, es decir de la fecundidad y también como el dios del sol, se veneraba a la vez, como divinidad femenina de la naturaleza y como diosa de la fecundidad femenina, a la luna, o Astarté, cuyo nombre nativo era Atargatis. En Siria, donde aun en tiempos de Adriano en ciertos ritos ocultos se ofrecían a los dioses víctimas humanas, el culto de Atargatis estaba en un nivel muy bajo, puesto que consistía particularmente en la prostitución de mujeres y de niñas en los templos de la diosa o en los bosquecillos anexos. Los romanos la llamaban sencillamente *Dea Suria*, la divinidad siria. (Véase Felten, Historia de los tiempos del Nuevo Testamento, Vol. IV.)

servaba algún recuerdo de la típica hospitalidad de los nómadas— para hablar con los hombres y con las mujeres que moran en ellas. Su mandato es advertir que el Reino de los Cielos se acerca; explicar cómo el Reino de la Tierra podía trocarse en el Reino del Cielo, y expresar la única condición para esta feliz realización de todas las profecías: el arrepentimiento, la conversión, la transformación del alma. Para probar que eran efectivamente enviados de Uno que tenía autoridad para pedir este cambio, tienen el poder de devolver la salud a los enfermos, de expulsar con la palabra a los "espíritus inmundos", es decir, a los demonios y a los vicios que
Mt. Mt. Ibi. hacen a los hombres semejantes a los demonios.

Mandan a los hombres que se renueven, pero en el mismo instante los ayudan con todos los poderes que les han sido otorgados, para empezar la renovación. No los dejan solos con esta orden de tan difícil ejecución. Después de la palabra profética —"el Reino está cerca"— volvían a ser obreros: trabajaban en restaurar, en limpiar, en rehacer esas almas que habían sido abandonadas por sus pastores legales en la selva desnuda del formulismo mosaico. Decían lo que se requería para ser dignos de la nueva tierra celestial y ponían mano de inmediato, auxiliares eficazmente dispuestos, en la obra que pedían. Eran, en suma, para completar la paradoja, asesinos y resucitadores. Mataban en cada convertido al hombre viejo, pero sus palabras eran el bautismo eficaz de un segundo nacimiento. Llevaban consigo —peregrinos sin alforjas y sin paquetes— la Verdad y la Vida: la paz.

"Y cuando entréis en una casa, saludadla". Era éste el saludo: "La paz sea con vosotros". Quien los recibiere tendrá la paz; quien no los recibiere continuará en su dura guerra. Y saliendo de aquella casa o de aquella
Mt. 10, 12. ciudad deberán sacudir el polvo de sus pies. No porque el polvo de las casas y ciudades de los que no quieren oír esté infectado o sea maléfico. El sacudir los pies es una respuesta simbólica a aquella sordera y avaricia de corazón. "Lo habéis rehusado todo, y no queremos aceptar nada de vosotros, ni siquiera lo que se ha pegado a

nuestras sandalias. Puesto que vosotros, hechos de polvo y destinados a convertiros en polvo, no queréis dar un momento de vuestro tiempo ni un trozo de vuestro pan, os dejaremos el polvo de vuestros caminos hasta el último grano".

Porque los Apóstoles, por fidelidad al sublime absurdo de Aquel que los manda, llevan la paz y, al mismo tiempo, la guerra. No todos serán capaces de convertirse. Y en la misma familia, en la misma casa, habrá algunos que creerán y otros no. Y se suscitará entre ellos la división y la guerra: dura prenda para obtener la paz absoluta y estable. Si todos escucharan en el mismo instante la voz, si todos pudieran ser transformados el mismo día, el Reino de los Cielos quedaría formado en un abrir y cerrar de ojos, sin sangrientos prólogos de batallas.

Y aquellos que no quieren cambiarse a sí mismos —porque no escuchan el anuncio o se creen llegados ya a la perfección— pondrán las manos en los convertidos y los acusarán ante los tribunales. Los detentadores de la riqueza y de la Ley Vieja serán crueles con los pobres que enseñan a los pobres la Ley Nueva. Los ricos no querrán conceder que su dinero es peligrosa miseria; los Escribas no querrán admitir que su ciencia no es más que ignorancia homicida. "Y os azotarán en sus sinagogas". Mt. 10, 17.

"Y cuando os entregaren, no penséis cómo o qué habéis de hablar". Jesús está seguro de que los pobres pes- Mt. 10, 19.
cadores, aunque no se hayan sentado nunca en los escaños de un aula de elocuencia, encontrarán, por inspiración suya, las grandes palabras necesarias en la hora de la acusación. Un pensamiento solo, cuando es grande y está Mt. Ibi.
profundamente grabado en el corazón, engendra por sí mismo todos los pensamientos derivados o accesorios y, a la vez, las formas perfectas de expresarlos. El hombre árido, que no tiene nada en sí, que no cree en nada, que no siente, no arde, no sufre, será siempre inhábil, aun después de haber encanecido con los sofistas de Atenas y con los retóricos de Roma, para improvisar una de aquellas réplicas iluminadoras y poderosas que turban la conciencia de los jueces más sordos.

Que hablen, pues, sin miedo y sin ocultar nada de lo que les ha sido enseñado. Al contrario: "Lo quc os digo en las tinieblas, decidlo en la luz, y lo que se os susurra
Mt. 10,27. al oído, predicadlo desde los techos". Jesús no pide a sus discípulos, con estas palabras, más atrevimiento del que se haya impuesto a sí mismo. El ha hablado en las tinieblas, es decir, en la obscuridad. Les ha hablado a cllos, a sus primeros fieles; pero lo que ha dicho a ellos a lo largo de los caminos desiertos o en las alcobas solitarias, deben repetirlo, como él mismo ha dado el ejemplo, en las plazas de las ciudades, ante las muchedumbres. El ha susurrado en sus oídos la verdad, porque la verdad puede, las primeras veces, amedrentar a los no preparados, y porque ellos eran pocos y no había necesidad de gritar. Pero ahora esa verdad debe ser gritada desde lo alto, a fin de que todos la oigan y no pueda haber nadie que diga en aquel Día, no haberla oído. El tesoro de la Buena Nueva debe ser distribuído entre todos los pobres como los tesoros de tierra y de metal.

Si los hombres pueden matar el cuerpo de quien reparte la verdad, no podrán matar el alma: de la muerte de un solo cuerpo, millares de almas nucvas nacerán a la vida. "Es que tampoco vuestro cuerpo morirá, porque hay Uno que lo protege. ¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Y sin embargo ninguno de ellos cae en tierra sin el permiso de vuestro Padre. En cuanto a vosotros, hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis, pues: vosotros valéis más que mu-
Mt. 10, 29-31. chos gorriones". Las aves del aire, que no siembran, no mueren de hambre; vosotros que no lleváis ni siquiera un bastón, no moriréis a manos de los enemigos.

Tienen consigo nn secreto harto precioso para que la carne que lo contiene pueda ser deshecha. Jesús, aunque esté lejos, está siempre con ellos. Y lo que se les hace a ellos se le hace a él. Ha sido creada para siempre una identidad mística entre el mandante y los mandatarios. "Y todo el que diere de beber aunque sea un solo vaso de agua fresca a uno de éstos mis pequeñitos, porque es un discípulo mío, en verdad os digo que no perderá su galardón".
Mt. 10, 42.

Cristo es una fuente de agua viva destinada a calmar la sed de todos los cansados y, sin embargo, tendrá en cuenta hasta el vaso de agua que habrá saciado la sed del más pequeño de sus amigos. Aquellos que llevan consigo el agua de la verdad que purifica y salva pucden necesitar, algún día, dcl agua pesada, sepultada en el fondo de los pozos de las aldeas. Quien les brinde un poco de esa agua común y material tendrá cn cambio una fuente que produce en el alma una cbriedad más fuerte que los vinos más fuertes.

Los Apóstoles quc viajan con un solo vestido, con un solo par de sandalias, sin fajas ni alforjas, pobres como la pobreza, desnudos como la verdad, sencillos como la alegría, son, a pesar dc su aparente miseria, manifestaciones diversas de un Rey que ha venido a fundar un Reino más vasto y feliz que todos los reinos, para regalar a los pobres una riqueza que vale más que todas las abundancias conmensurables, para ofrecer a los infclices un gozo más profundo que todas las voluptuosidades. Gusta estc Rey, como los Reyes de Oricnte, manifcstarse bajo formas distintas, aparecer a los hombres vestido de otra manera, de incógnito. Pero los disfraces que prefiere, aun hoy día, son estos tres: de Poeta, de Pobre y de Apóstol.

LAS RIQUEZAS

Jesús es el Pobre. El pobre infinitamente y rigurosamente pobre. Pobre de absoluta pobreza. El príncipe de la pobreza. El señor de la perfecta miseria. El pobre que está con los pobres, que ha venido por los pobres, que habla a los pobres, que da a los pobres, que trabaja para los pobres. El pobre de la grande y eterna pobreza. El pobre feliz y rico, que acepta la pobreza, que quiere la pobreza, que se desposa con la pobreza, que canta la pobreza. El mendigo que hace limosna. El desnudo que cubre a los desnudos. El hambriento que da de comer. El pobre milagroso y sobrenatural que cambia a los falsos ricos en otros tantos pobres y a los pobres en otros tantos ricos verdaderos.

Hay pobres que son pobres porque nunca fueron capaces de ganar. Hay otros pobres que son pobres porque, cada noche, distribuyeron lo que han ganado en la mañana. Y cuanto más dan más tienen. Su riqueza —la riqueza de estos segundos pobres— crece siempre más, a medida que es dada a otros. Es un acervo que cuanto más se le quita más aumenta.

Jesús era uno de estos pobres. Ante uno de éstos los ricos según la carne, según el mundo, según la materia, los ricos con sus casas llenas de talentos, de minas, de rupias, de florines, de cequíes, de escudos, de esterlinas, de francos, de marcos, de coronas, de dólares, no son más que lastimosos harapientos. Los plateros del Foro, los epulones de Jerusalén, los banqueros de Florencia y de Francfort, los lores de Londres, los multimillonarios de Nueva York no son, comparados con estos pobres, sino desgraciados indigentes, despojados y necesitados, criados sin salario de un patrón feroz, condenados a asesinar

cada día su propia alma. La miseria de estos indigentes es tan espantosa, que se ven reducidos a recoger las piedras que encuentran en el barro de la tierra y hurgar en los excrementos. Una miseria tan repugnante que ni los mismos pobres logran hacerles la caridad de una sonrisa.

La riqueza es un castigo como el trabajo. Pero un castigo más duro y más vergonzoso. Quien está marcado con la señal de la riqueza ha cometido, acaso sin saberlo, un crimen infame, uno de esos crímenes misteriosos e inimaginables que no tienen nombre en los idiomas de los hombres. El rico está bajo la venganza de Dios o Dios quiere someterlo a prueba para ver si logra remontarse hasta la divina pobreza. Porque el rico ha cometido el pecado máximo, el más abominable e imperdonable. El rico es el hombre que ha bajado porque ha baratado. Podía tener el cielo y ha querido la tierra; podía habitar en el paraíso y ha elegido el infierno; podía conservar su alma y la ha cedido en cambio de la materia; podía amar y ha preferido ser odiado; podía tener la felicidad y ha deseado el poder. Nadie puede salvarlo. El dinero, en sus manos, es el metal que lo sepulta, vivo aún, bajo su peso helado; es el tumor que lo consume, vivo aún, en su podredumbre; es el fuego que lo carboniza y reduce a una terrorífera momia negra: sorda, ciega, muda, paralítica momia negra, espectral carroña que tiende eternamente la mano vacía en los cementerios de los siglos. Porque nadie puede hacer la limosna de un recuerdo a este pobre imposible de individualizar.

No hay para él más que una salvación: volver a ser pobre, convertirse en un verdadero y humilde pobre, arrojar la horrenda miseria de la riqueza para volver a entrar en la pobreza. Pero esta resolución es también la más difícil que pueda tomar el rico. El rico, por el mero hecho de que está podrido y hechizado por la riqueza, es impotente hasta para concebir que la completa renuncia de la riqueza sería el principio de la redención. Y porque no sabe concebir semejante abdicación, tampoco puede deliberar, tampoco puede pesar las alternativas. Está preso en la cárcel inviolable de sí mismo. Para librarse, debería estar ya en libertad.

El rico no se pertenece, sino que pertenece, como una cosa animada, a las cosas inanimadas. No tiene tiempo para pensar, para elcgir. El dinero es un señor despiadado que no tolera otros patrones a su lado. El rico absorbido por el cuidado de sus riquezas, por el ansia de anmentar sus riquezas, por los goces materiales que brindan los trozos de materia que se llaman riquezas, no puede pensar en el alma. No puede ni siquiera suponer que que su alma enferma, asfixiada, mutilada, agusanada, pueda necesitar curación. Se ha trasladado todo entero a aquella parte del mundo a la cual ticne el derecho de llamar "suya" según los contratos y las leyes y, frecnentemente, no tiene tampoco el tiempo, el deseo, la fuerza de gozarla. Debe servirla, "salvarla"; y no puede servir, ¡no puede salvar la propia alma! Toda su potencia de amor está enviscada por este lodo de materia que lo manda, que ha ocupado el lugar de su alma, que le ha arrebatado todo resto dc libertad.

La horrible suerte dcl rico está en este doble absurdo: que para tener el poder de mandar a los hombres se ha convertido en esclavo de las cosas muertas; que para adquirir una parte —¡y una parte, en resumidas cuentas, tan pequeña!— ha perdido el todo.

Ninguna cosa es nuestra mientras es solamente nuestra. El hombre no puede poseer nada —poseer realmente— fuera de sí mismo. El secreto absoluto para poseer las otras cosas es renunciar a ellas. Al que todo lo rehusa todo se le ofrece. Pero quien quiere tomar para sí, todo para sí, nna porción de los bienes del mundo, pierde, al mismo tiempo, también la que adquiere y todas las otras. Y en el mismo momento es incapaz de conocerse, de poseer, de engrandecerse a sí mismo. Y no tiene más nada, definitivamente nada: ni siquiera las cosas que, aparentemente, le pertenecen, pero por las cuales, en realidad, es poseído; nnnca jamás ha tenido su alma, es decir, la única propiedad que valga la pena poseer. Es el mendigo más solitario y desnudo de todo el universo. Nada tiene. No puede dar nada. ¿Cómo, por consiguiente, podría amar a los otros, darse él mismo y lo que le

pertenece a los otros, ejecutar aquella amorosa caridad que lo llevaría tan cerca del Reino?

Nada es y nada tiene. Quien no existe no puede cambiarse; quien no posee no puede dar. ¿Cómo, pues, podría el rico, que no es más que sí mismo, que no tiene más alma, transformar la única propiedad del hombre en algo más grande y precioso? "¿Y qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si al fin pierde su alma?" Mt. 16, 26.
Esta pregunta de Cristo, ingenua como todas las revelaciones, da el sentido exacto de la amenaza profética. El rico no solamente pierde la eternidad, sino que, arrastrado al fondo por la riqueza, pierde también su vida aquí abajo, su alma presente, la felicidad de la presente vida terrena.

"No se puede servir a Dios y a Mammón". El espíritu Mt. 6, 24.
y el oro son dos patrones que no toleran división ni comunidad. Son celosos: quiercn al hombre entero. Y el hombre, aun queriéndolo, no se parte en dos. El oro, para quien sirve al espíritu, es una nada; el espíritu para quien sirve al oro es una palabra sin sentido. Quien elige al espíritu arroja el oro y todas las cosas que se compran con el oro; quien desea el oro suprime al espíritu y renuncia a todos los beneficios del espíritu: la paz, la santidad, el amor, la alegría perfecta. El primero es un pobre que nunca consigue consumir su infinita riqueza; el otro es un rico que no logra jamás evadirse de su infinita miseria. El pobre posee, por la ley misteriosa de la renunciación, hasta lo que no es suyo, es decir, el universo entero; el rico, por la dura ley del eterno deseo, no posee ni siquiera lo poco que cree suyo. Dios da inmensamente más de lo mucho que ha prometido: Mammón quita hasta lo poquísimo que promete. Quien renuncia a todo, todo lo tiene por añadidura; quien quiere para sí annque sea una parte sola, al fin se encuentra con que no tiene nada.

Cuando se profundiza el horrible misterio de la riqueza, se comprende por qué los Maestros del hombre han visto en ella el propio reino del demonio. Una cosa que vale menos que todas las otras se paga más que todas las otras, se compra con todas las otras. Una cosa que es

nada, cuyo valor efectivo es nada, se adquiere con todo lo demás, dando en cambio toda el alma, toda la vida. Se malbarata la cosa más preciosa por la más ruin.

Y sin embargo también este absurdo infernal tiene su razón de ser en la economía del espíritu. El hombre se siente tan naturalmente y universalmente atraído por esa nada llamada riqueza, que para disuadirlo de esta insensata búsqueda era necesario fijar un precio tan fuerte, tan elevado, tan desproporcionado, que el hecho mismo de pagarlo fuera una prueba perentoria de locura y de culpa. Pero ni aun los intercambios absurdos del mercado —lo eterno por lo efímero, el poder por la servidumbre, la santidad por la condenación— son suficientes para alejar a los hombres del absurdo intercambio demoníaco. Los pobres se desesperan solamente porque no pueden ser ricos; su alma está infectada y peligra como la de los ricos. Ellos son, casi todos, pobres involuntarios, que no han podido apoderarse del oro y han perdido el espíritu; son ricos miserables que no tiene todavía el dinero.

Porque la única pobreza que da la verdadera riqueza —la espiritual— es la pobreza voluntaria, aceptada, gozosamente querida. La Pobreza absoluta que hace a uno libre para la conquista de lo absoluto. El Reino de los Cielos no promete a los pobres hacerlos ricos, sino que quiere que los ricos, para entrar en él, se hagan libremente pobres.

La trágica paradoja que implica la riqueza justifica el eterno consejo de Jesús a los que querían seguirlo.

Todos deben dar lo que tienen de más a los que se en-
Luc. 11, 41 cuentran necesitados, pero el rico debe darlo todo. Al joven que se acerca y le pregunta qué debe hacer para ser uno de los suyos, le dice: "Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, y tendrás un
Mt. 19, 21. tesoro en los cielos". El dar la riqueza no es un sacrificio, una pérdida, un perjuicio. Es en cambio, para Jesús y para todos los que saben, una ganancia inapreciable. "Vended lo que poseéis y haced limosna; haceos bolsas que no envejecen, un tesoro en el cielo, que nunca falta, al que no alcanza el ladrón ni roe la polilla". "Porque

donde está vuestro tesoro, allí también estará vuestro corazón". "Da, pues, a todos los que te pidieren y al que Luc. 12, 33.
te tomara lo que es tuyo, no se lo vuelvas a pedir...". Luc. 6, 30 y
"Porque hay más dicha en dar que en recibir". Hechos 20, 25.

Es menester dar y sin economía, con ánimo alegre y sin cálculo. Quien da para volver a tener, no es perfecto. Quien regala para obtener la retribución de parte de los otros en materia equivalente, nada adquiere. La recompensa está en otra parte, está en nosotros. Hay que dar las cosas, no para que se nos paguen con otras, pero sí con sólo la pureza y el contento. "Cuando das una comida o una cena, no llames a tus amigos ni a tus hermanos ni a tus parientes ni a tus vecinos ricos, no sea que vuelvan ellos a convidar y te lo paguen. Mas cuando haces convite, llama a los pobres, lisiados, cojos y ciegos; y serás feliz, porque no tienen con qué corresponderte; pero se te retribuirá en la resurrección de los justos". Luc. 14, 12-14.

La renuncia a las riquezas fué también aconsejada a los hombres, antes de Jesús. No ha sido el primero él en colocar en la pobreza uno de los grados de la perfección. El gran Vardhamana en la India, el Jina o Triunfador, añadió a los mandamientos de Pareva, fundador de los Desvinculados, la "*aparigraha*", la renuncia de toda posesión. Buda, su contemporáneo, exhortó a igual renuncia a sus discípulos. Los Cínicos griegos se despojaron de todo bien material para ser independientes del trabajo y de los hombres y poder consagrarse con libertad de espíritu a la verdad. Crates, noble tebano, discípulo de Diógenes, distribuyó sus riquezas entre sus conciudadanos y se hizo mendigo. Platón quería que los guerreros de su República no poseyeran cosa alguna. Los estoicos, empero, vestidos de púrpura y sentados frente a mesas incrustadas de piedras raras, abundaron en elogios elocuentes de la pobreza. Y Aristófanes representó en la escena al dios Ploto, ciego, que distribuye la riqueza, casi como un castigo, solamente entre los bribones.

Mas en Jesús el amor a la pobreza no es mera regla ascética, o una túnica orgullosa de la ostentación. Timón de Atenas que, a fuerza de generosidades sin juicio, se

reduce a la pobreza, después de haber dado de comer a una tropilla de parásitos, no es el pobre según el corazón de Cristo. Timón es pobre por culpa de su vanagloria: ha dado a todos sin distinción, aun a quien no necesitaba, para conquistar fama de magnánimo y de liberal. Crates, que se despoja de lo suyo para imitar a Diógenes, es esclavo del orgullo: quiere hacer algo diferente de los otros, adquirir el nombre de "filósofo" y de sabio. La mendicidad de los Cínicos es una forma pintoresca de orgullo; la pobreza de los guerreros de Platón es una medida de prudencia política. Porque la pobreza es necesaria también en las sociedades humanas que se forman y se elevan. Las primeras repúblicas italianas del Medioevo se mantuvieron y florecieron mientras los ciudadanos se contentaron, como en la Esparta de Licurgo y en la Roma antigua, con nna estrecha pobreza; en cambio decayeron apenas estimaron el oro más que la existencia "sobria y púdica".

Pero los antiguos no despreciaron la riqueza en sí misma. La consideraban peligrosa cuando se amontonaba en manos de pocos; la consideraban injusta cuando no se gastaba con juiciosa liberalidad. Así Platón, que desea para los ciudadanos una condición media, equidistante de la abundancia y de la escasez, coloca la riqueza entre los bienes del hombre. La coloca la última de todos, mas no la olvida. Y Aristófanes se arrodillaría en presencia de Plnto, si el dios ciego recuperara la vista y concediera la riqueza a las personas honestas.

En el Evangelio la pobreza no es una decoración filosófica; tampoco una moda mística. No basta ser pobres para tener derecho a la eiudadanía del Reino. No basta dejar las riquezas y hacerse pobre para ser inmediatamente perfecto. La pobreza del cuerpo es un requisito preliminar como la pobreza del espíritu. Quien no está conveneido de hallarse muy bajo, no piensa en subir; quien no se ha despegado de toda propiedad material, faja que venda los ojos y ata las alas, no sabe volver a encontrar el apetito de los bienes esenciales.

El pobre, cuando no sobrelleva malamente su pobreza, cnando se gloría de su pobreza, en vez de atormentarse

por convertirla en riqueza, está más próximo a la perfección moral que el rico.

Pero el rico que se ha despojado en favor de los pobres y ha elegido vivir al lado de sus nuevos hermanos está todavía más próximo a la perfección que quien ha nacido y crecido en la pobreza. Para el que le haya tocado en suerte una gracia tan rara y prodigiosa es una prenda segura de todas las esperanzas. Renunciar a lo que nunca se ha poseído puede ser meritorio, porque la imaginación magnifica las cosas ausentes; pero renunciar a todo lo que se ha poseído, y que por todos fué envidiado, es el indicio de la suprema perfectibilidad.

El pobre que es sobrio, casto, sencillo y fácil de contentar, porque le faltan los medios y las ocasiones, se siente inclinado a buscar una compensación en los placeres que no cuestan dinero y casi un desquite en una superioridad espiritual que los que gozan no pueden discutirle. Pero, frecuentemente, sus virtudes tienen su origen en la impotencia o en la ignorancia: no prevarica porque no puede, no atesora porque no tiene más que lo estrictamente necesario, no se emborracha ni acude a los burdeles porque cantineros y prostitutas no fían. Su vida, frecuentemente dura, servil, falta de luz, paga por sus culpas. Y el dolor le hace levantar la vista a lo alto, en busca de consuelos. Hacemos tan poco por los pobres que no tenemos derecho a juzgarlos. Así como son, abandonados por sus hermanos, mantenidos lejos por quien podía hablarles al corazón, esquivados por quien no puede soportar su sucia vecindad, excluídos de los mundos de la inteligencia y del arte que, en eiertos momentos, harían más soportable la miseria, los pobres son, en la universal miseria, los menos impnros de los hombres. Más amados, serían más perfectos; y quien los ha dejado solos, ¿tendrá corazón para condenarlos?

Jesús amaba a los pobres. Los amaba por la compasión que sentía de ellos; los amaba porque los sentía más próximos a su alma, más preparados para comprenderlo. Los amaba porque proporcionábanle todos los días felicidad de servir, de poder dar pan a los hambrientos, fuerza a los débiles, esperanza a los doloridos.

Jesús amaba a los pobres, porque en ellos, por razón de justicia, veía a los legítimos habitantes del Reino; amaba a los pobres porque hacían más fácil, con el estímulo de la caridad, la renunciación de los ricos. Pero más que a todos amaba a los pobres que fueron ricos y que, por amor al Reino, se habían hecho pobres. Su renunciación era el acto de fe más grande en su promesa. Habían dado lo que en lo absoluto es nada, pero que lo es todo a los ojos del mundo, para participar en una vida más perfecta. Tuvieron que vencer en sí mismos uno de los instintos más profundamente encarnados en el hombre. Jesús, nacido pobre, entre los pobres, por los pobres, nunca ha abandonado a sus hermanos. Les ha dado la abundancia fructificadora de su divina pobreza. Pero él buscaba, en su corazón, al pobre que no fué siempre pobre: al rico pronto a hacerse pobre por su amor. Lo buscaba; acaso nunca lo encontró. Pero sentíase más tiernamente hermano de aquel desconocido que de todos los dóciles mendicantes que lo rodeaban.

"ESTIERCOL DEL DEMONIO"

Fíjense bien los hombres que todavía están por nacer: Jesús nunca quiso tocar con sus manos una moneda. Esas sus manos que empastaron el barro de la tierra para iluminar al ciego; esas manos que tocaron las carnes infectas de los leprosos y de los muertos; esas manos que estrecharon la cabeza de Judas, mucho más infecto que el barro, que la lepra, que la putrefacción; esas manos blancas, puras saludables, curadoras que nada podía contaminar, no han soportado nunca uno de esos discos de metal que llevan en relieve el perfil de los propietarios del mundo. Jesús podía nombrar en sus fábulas, más verdaderas que la verdad, las monedas; podía también mirarlas en las manos de otro; tocarlas, no. A él, a quien nada provocaba náuseas, la moneda le causaba asco. Le repugnaba con una repugnancia rayana en el horror. Toda su naturaleza se revolvía al pensamiento de un contacto con esos sucios símbolos de la riqueza.

Cuando le exigen el tributo para el Templo, no quiere ni siquiera recurrir a la bolsa de los amigos y ordena a Pedro lanzar la red: en la boca del primer pez que se saque se encontrará duplicada la cantidad pedida. Hay en este milagro una sublime ironía que nadie quizás ha visto. "Yo no poseo monedas, pero se puede prescindir tanto de las monedas, son ellas tan despreciables, que el agua y la tierra, a una palabra mía, las vomitarían. El lago está lleno. Yo sé dónde las hay y tantas que bastarían para comprar con sólo las menudas a todos los sacerdotes del Templo y a todos los reyes de las naciones; pero no muevo un dedo para recogerlas. Un subalterno mío las sacará de las fauces de un pez y las dará al recaudador, porque los sacerdotes, a lo que parece,

necesitan de ellas para vivir. Los animales mudos pueden llevar las monedas; yo soy tan extraordinariamente rico que no quiero ni verlas siquiera. Yo no soy un animal mudo, pero sí un alma que habla, y las almas no tienen dinero ni alforjas. No soy yo, pues, quien te da estas dracmas, sino el lago. Yo nunca tengo algo que comprar y regalo cuanto poseo. Mi patrimonio, inagotable, es la palabra".

Pero un día también Cristo fué obligado a mirar una moneda. Le preguntaron si era lícito al verdadero israelita pagar el censo impuesto por los romanos. De inmediato contestó: "Mostradme la moneda del censo". Y ellos se la mostraron, pero él no quiso tomarla. Era una moneda imperial, una moneda romana que llevaba impresa la cara hipócrita de Augusto. Pero él *quería* ignorar quién era aquella cara. Preguntó: "¿De quién es esta imagen y la inscripción?". Contestáronle: "De César". Entonces él arrojó al rostro de los hipócritas interrogadores la palabra que los llenó de estupor: "Pues devolved al César lo que es del César y a Dios lo que es de
Mt. 22, 17-21. Dios".

Muchos son los sentidos de estas pocas palabras. Por ahora basta detenernos en la primera: "*Devolved*", lo que no es vuestro. Los dineros no nos pertenecen. Están hechos por los poderosos para las necesidades del poder. Son propiedad de los reyes y del reino; del otro reino, de aquel que no es nuestro. El rey representa la fuerza y es el protector de la riqueza; mas nosotros nada tenemos que ver con la violencia y rehusamos la riqueza. En nuestro Reino no hay poderosos, no hay ricos; el Rey que está en los Cielos no acuña moneda. La moneda es un medio para el cambio de los bienes terrenales, pero nosotros no buscamos los bienes terrenales. Lo poco que nos es necesario —un poco de sol, un poco de aire, un poco de agua, un mendrugo de pan, una capa— gratis nos es dado por Dios y por los amigos de Dios. Os afanáis, vosotros, toda la vida para formar un gran montón de estos tejos estampados. Nosotros no sabemos qué hacer con ellos. Para nosotros son definitivamente superfluos. Por eso los devolvemos. Los devolvemos a aquel

que los ha hecho acuñar, que ha fijado en ellos su retrato para que todos supieran que son suyos".

Jesús nunca se ha visto obligado a restituir, porque jamás ha tomado una moneda. A los discípulos ordenó que en sus viajes no llevaran sacos para las ofertas. Hizo una sola excepción y tal que hace temblar. Por el inciso de un Evangelio se sabe que a un apóstol le estaba confiada la bolsa de la comunidad. Este discípulo era Judas. Y sin embargo, él también se verá obligado a "devolver" el dinero de la traición antes de desaparecer en la muerte. Judas es la víctima misteriosa inmolada a la maldición de la moneda.

La moneda lleva consigo, junto con la grasa de las manos que la han tomado y palpado, el contagio inexorable del crimen. Entre todas las cosas inmundas que el hombre ha elaborado para ensuciar la tierra y ensuciarse a sí mismo, la moneda es, tal vez, la más inmunda.

Esas fichas de metal acuñado, que pasan y vuelven a pasar cada día por manos a menudo todavía sucias de sudor y de sangre, gastadas por los dedos de los ladrones, de los mercaderes, de los bandoleros, de los chalanes y de los avaros; esos esputos redondos y viscosos de las cecas, deseados por todos, buscados, robados, envidiados, amados más que el amor y, con frecuencia, más que la vida; esos inmundos trocitos de materia historiada que el asesino da al sicario, el usurero al hambriento, el enemigo al traidor, el estafador al concusionario, el hereje al simoníaco, el lujurioso a la mujer vendida y comprada; esos sucios y hediondos vehículos del mal, que persuaden al hijo a que mate al padre, a la esposa a que traicione al esposo, al hermano a que defraude al hermano, al mal pobre que acuchille al mal rico, al criado a que engañe al patrón, al salteador a que despoje al viajero, al pueblo a que asesine a otro pueblo; estos dineros, estos emblemas materiales de la materia son los objetos más espantosos que haya fabricado el hombre. La moneda que ha hecho morir tantos cuerpos hace morir, cada día, millares de almas. Más contagiosa que los andrajos de un apestado, que la podre de una pústula, que los grumos de una cloaca, entra en todas

las casas, brilla en todos los mostradores de los cambistas, se agazapa en las cajas, profana la almohada del sueño, se oculta en las tinieblas fétidas de los escondrijos, ensucia las manos inocentes de los niños, tienta a las vírgenes, paga el trabajo del verdugo, circula sobre la faz del mundo para alimentar el odio, para aguzar la codicia, para acelerar la corrupción y la muerte.

El pan, otrora santo en la mesa de la casa, se convierte en la mesa de nuestras iglesias en el cuerpo inmortal de Cristo. Pues, también la moneda es la señal visible de una transubstanciación. Es la hostia infame del demonio. Los dineros son los excrementos corruptibles del Demonio. Quien ama el dinero y lo recibe con júbilo, comulga visiblemente con el Demonio. Quien toca el dinero con voluptuosidad, toca, sin saberlo, el estiércol del Demonio.

El puro no puede tocarlo; el sano no puede soportarlo. Ellos saben, con certeza indubitable, cuál es su sucia esencia. Y sienten por la moneda el mismo horror que el rico por la miseria.

EL REY DE LAS NACIONES

—¿De quién es esa imagen? —pregunta Jesús cuando le muestran la moneda de Roma.

El conoce esa cara. Sabe, como todos, que Octaviano, por una repetición de exorbitantes fortunas, llegó a ser el monarca del mundo, con el sobrenombre adulatorio de Augusto. Conoce ese perfil de fingido joven, la cabeza tupida de mechones ondulados, la gran nariz que se lanza hacia adelante como si quisiera esconder la crueldad de la boca pequeña, fina, rigurosamente cerrada. Es una cabeza como todas las de los reyes, despegada del busto, separada del cuerpo, truncada al final del cuello: siniestra imagen de una voluntaria y eterna degollación.

Pero Jesús no quiere nombrar con sus labios al emperador, porque no reconoce su poder. César es el rey del mundo; Jesús, el rey de un nuevo reino opuesto al mundo y donde no habrá más reyes. César es el rey de lo pasado, el jefe de los armados, el acuñador de la plata y del oro, el falible administrador de la insuficiente justicia. Jesús es el rey de lo futuro, el libertador de los siervos, el abdicador de la riqueza, el maestro del amor. Nada hay de común entre ellos. Jesús ha venido para derribar la dominación de César, para devolver el imperio de Roma y todo imperio terrestre, pero no para subrogarlo a César.

Si los hombres lo escuchan, no habrá más ningún César.

Jesús no es el heredero que conspira contra el que reina para sentarse en su lugar, sino el pacífico eliminador de todos los que reinan. César es el más fuerte y famoso de sus rivales, pero también el más singular. Porque su fuerza está en el sueño de los hombres, en la enfermedad de los pueblos. Pero ha llegado quien des-

pierta a los dormidos, quien abre los ojos a los ciegos, quien restituye la fuerza a los débiles. Cuando todo se haya cumplido y el Reino esté fundado —un reino que no ha menester de soldados, de jueces, de esclavos y de moneda —pero sí solamente de almas nuevas y amantes— el imperio de César se desvanecerá como un montón de ceniza al soplo victorioso del viento.

Mientras perdura su apariencia podemos devolverle lo que es suyo. El dinero, para los hombres nuevos, es nada. "Devolvamos a César, prometido al eterno nada, ese nada de plata que no nos pertenece".

Jesús, que anticipa siempre, con la pasión del deseo, el advenimiento del segundo Paraíso Terrenal, no se cuida de los gobiernos porque la nueva tierra que él anuncia no necesitará de gobiernos. Un pueblo de santos que se aman no sabría qué hacerse con reyes, tribunales y ejércitos. El Divino Libertador ha venido, también en la política humana, para subvertir. Una sola vez habla de los reyes y es solamente para destruir la idea vulgar y universalmente aceptada. "Los reyes de las naciones —dice a los discípulos— se enseñorean de ellas y los que tienen poder sobre ellas son llamados bienhechores. Mas no así vosotros: antes bien, el que es mayor entre vosotros hágase como el menor, y el que gobierna como
Luc. 22, 25-26. el que sirve". Es la teoría de la perfecta igualdad en el orden humano. El grande es pequeño, el patrón es sirviente, el rey es esclavo. Si quien gobierna debe ser como el que sirve, también la recíproca es exacta y quien sirve tiene los mismos derechos y honores que el que gobierna. Pueden darse santos más ardientes que los justos; bienaventurados que fueron pecadores hasta la víspera; inocentes que fueron ciudadanos del Reino desde el nacimiento. Pueden existir diferencias de grandeza espiritual en la común perfección, pero toda categoría de superior a inferior, de señor y de súbdito, será abolida al final de los tiempos. La autoridad, aun la mal ejercida, presupone una manada que conducir, una minoría que castigar, una bestialidad que trabar. Pero cuando todos los humanos sean santos, no habrá más necesidad de mando y de obediencia, de ley y de sanción, de guías y de reparos. El reino del espíritu puede prescindir de los comandos de la fuerza.

Los hombres no se odian más y no desean más las riquezas: toda razón y necesidad de gobierno deja de ser al siguiente día de estos dos cambios inmensos. La vía que conduce a la libertad perfecta no se llama destrucción sino santidad; y no se halla en los sofismas de Godwin o de Stirner, de Proudhon o de Kropotkine, pero sí y solamente en el Evangelio de Jesucristo.

Mas la total conversión de los hombres al Evangelio no se ha verificado hasta ahora. Y los reyes son todavía necesarios. Los animales necesitan de un pastor y cuanto más rebeldes y tercos son ellos, tanto más fuerte y amado debe ser el pastor. Pero las bestias humanas, hechas salvajes por la soberbia, creen que el número puede sustituir la unidad y lo bajo colocarse en lugar de lo alto y no quieren Reyes. Reyes, verdaderamente Reyes, que aun siendo mediocres, están por encima de los delirantes caprichos de las muchedumbres ciegas y locas. Reyes que gobiernan con aquella autoridad que debe ser única para ser eficaz, y que responden de sus errores, siempre menos atroces que los de la plebe, solamente a Dios. Pero los hombres de hoy a estos Reyes no los quieren. No son capaces de amarlos, ni de soportarlos siquiera. Y prefieren un enjambre de tiranuelos ineptos y codiciosos que los estrujan y ordeñan en nombre de la libertad. Los prefieren porque dan un aire de licencia a su tiranía que tiene todos los cargos de la autoridad sin tener ninguno de sus beneficios. Desde siglos atrás han desaparecido de la tierra los verdaderos Reyes y los devoradores de bellotas que la habitan no por ello se han hecho mejores. No más capaces de la obediencia necesaria en los brutos y no dignos todavía de la libertad divina de los santos.

ESPADA Y FUEGO

Cada vez que los aduladores de los poderosos han querido santificar la ambición de los ambiciosos, la violencia de los violentos, la ferocidad de los feroces, la belicosidad de los belicosos, las conquistas de los conquistadores; cada vez que los sofistas asalariados o los declamadores frenéticos han tentado conciliar la ferocidad pagana con la mansedumbre cristiana: hacer servir la cruz como empuñadura de la espada, justificar la sangre derramada por instigación del odio con la sangre que corrió en el Calvario para enseñar el amor; cada vez, en una palabra, que se quiere legitimar la guerra con la doctrina de la paz, y de Cristo hacer el fiador de Gengis-kan o de Bonaparte o bien, como refinamiento de infamia, el pregonero de Mahoma, veréis llegar, con la puntualidad inexorable de los lugares comunes, el célebre texto evangélico que todo el mundo sabe de memoria y que poquísimos han comprendido.

"No penséis que vine a traer la paz a la tierra: vine
Mt. 10, 34. a traer la espada". Algunos, desmedidamente más doc-
Luc. 12, 49. tos, añaden: "He venido a traer fuego a la tierra." Otros favorecidos por una memoria monstruosa, se precipitan con el versículo decisivo: "Los violentos arrebatan el
Mt. 11, 12. Reino de los Cielos".

¿Qué ángel de elocuencia, qué iluminador sobrenatural podrá revelar a estos empedernidos citadores el verdadero sentido de las palabras que repiten con tan frívola petulancia?

Ellos las entresacan del contexto evangélico con la misma delicadeza con que un orangután coge flores en el jardín de Titania (88). No reparan en las palabras

(88) TITANIA. Reina de las hadas, esposa de Oberón (en el *Fausto* de Goethe). Con este nombre se designa también un gé-

que están antes ni en las que siguen; no consideran la ocasión en que fueron pronunciadas; no dudan ni por un instante siquiera que puedan tener un valor diferente del vulgar.

Cuando Jesús dice que ha venido a traer la espada —o, como está escrito en el pasaje paralelo de Lucas, la "discordia"— se halla hablando a los discípulos que Luc. 12, 51.
están por partir para predicar la aproximación del Reino. E inmediatamente después de haber nombrado la espada, explica con ejemplos familiares lo que ha querido decir: "Porque he venido a poner al hijo en discordia con el padre, a la hija con la madre, a la nuera con la suegra; y cada cual tendrá por enemigos a los de su propia casa". "Porque de ahora en adelante de Mt. 10, 35, 36.
cinco que estén en una casa tres se hallarán contra dos y dos contra tres...". La espada, por consiguiente, no Luc. 12, 52.
significa la guerra. Es una imagen para significar la división. La espada es la que corta, que divide, que resta, y la predicación del Evangelio dividirá a los hombres de una misma familia. Porque entre los hombres los hay sordos y los hay que oyen; tardos y prontos; los que niegan y los que creen. Hasta que todos no hayan sido convertidos y hermanados por la Palabra, la discordia reinará sobre la tierra. Pero la discordia no es la guerra, no es la matanza. Los que han oído y creído —los Cristianos— no asaltarán a los que no oyen y no creen. Emplearán, sí, las armas contra los hermanos refractarios y que resisten, pero estas armas serán la predicación, el ejemplo, el perdón, el amor. Los no convertidos acaso declaren la verdadera guerra, la guerra de violencia y de sangre, pero la declararon precisamente porque no están convertidos, precisamente porque no son todavía cristianos. El triunfo del Evangelio es la extinción de todas las guerras entre hombre y hombre, entre familia y familia, entre casta y casta, entre pueblo y pueblo. Si el Evangelio es causa, en un principio, de separaciones y de discordias, la culpa no

nero de la familia de las orquídeas y a uno de los satélites del planeta Urano.

es de las verdades que enseña, sino del hecho de que estas verdades no son todavía practicadas por todos.

Cuando Jesús proclama que viene a traer el fuego, sólo un bárbaro puede pensar en el fuego homicida, digno auxiliar de las guerras. "¡Cómo desearía que ya
Luc. 12, 49. estuviera encendido!". Porque el fuego que desea el Hijo del Hombre es el ardor del sacrificio, la llama fulgurante del amor. Hasta que todas las almas no estén quemadas por este fuego, la palabra del Evangelio será un sonido inútil y el Reino estará todavía lejos. Para renovar la infecta familia de los hombres es necesario un incendio de dolor y de pasión. Los fríos deben arder, los insensibles deben gritar, los tibios deben encenderse como las antorchas en la noche. La suciedad amontonada en la vida secreta de los hombres, que hace de cada alma una cloaca, la podredumbre que tapa los oídos y sofoca los corazones, debe ser reducida a cenizas por el fuego espiritual que Jesús ha venido a encender y que no es destrucción sino salvación.

Pero para pasar a través de este muro de llamas se necesita un arrojo que no todos poseen. Que poseen solamente los valientes. Por eso puede decir Jesús que "los violentos arrebatan el Reino de los Cielos"; y la palabra "violentos" tiene efectivamente, en el texto, el manifiesto significado de "fuertes", de hombres que saben tomar por asalto las puertas, sin vacilar y temblar. La espada, el fuego, la violencia, son palabras que no deben ser tomadas en el sentido literal que tanto agrada a los abogados de las matanzas. Son palabras figuradas que nos vemos obligados a usar para hacernos entender por las imaginaciones torpes de la muchedumbre. La espada es el símbolo de las divisiones entre los primeros y los últimos convencidos; el fuego es el amor que purifica; la violencia es la fuerza de ánimo necesaria para llegar a los umbrales del Reino. Quien entienda de otra suerte no sabe leer o quiere engañar.

Jesús es el hombre de la paz. Ha venido a traer la paz. Todos los Evangelios no son más que anuncios y enseñanzas de paz. La misma noche del nacimiento las voces celestiales cantan en el cielo el profético augurio:

"Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad". Luc. 2, 14.
Sobre la montaña una de las primeras promesas que brotan del corazón y de los labios de Cristo es la dirigida a los pacíficos: "Bienaventurados los que buscan
la paz porque ellos serán llamados hijos de Dios". A los Mt. 5, 9.
apóstoles que están a punto de partir les ordena que
auguren la paz a todas las casas donde entraren. A los Mt. 10, 12.
discípulos, a los amigos, les recomienda la perfecta con-
cordia: "Tened paz entre vosotros". Aproximándose a Mc. 9, 49.
Jerusalén, la mira, llorando, y exclama: "Ah, ¡si tú reconocieses, al menos en este tu día, lo que puede atraerte
la paz!" Y la noche del Olivar pronuncia, mientras los Luc. 19, 42.
mercenarios armados lo están atacando, la suprema condenación de la violencia: "Todos los que echaren mano
a la espada, por espada morirán". Mt. 26, 52.

No ignora los males de la discordia. "Todo reino dividido contra sí mismo será desolado, y toda ciudad o
casa dividida contra sí misma no subsistirá". Y en el Mt. 12, 25.
discurso acerca de las cosas últimas anuncia, entre las señales del fin próximo, junto con las carestías, los terremotos y las otras tribulaciones, también las guerras. "Entonces se levantará gente contra gente y reino contra reino... y oiréis hablar de guerra y de rumores de
guerras". Luc. 21, 10, 9.

Para Jesús la discordia es un mal; la guerra, un delito. Los apologistas de las grandes matanzas confunden gustosos el Antiguo y el Nuevo Testamento. Pero el nuevo es precisamente nuevo porque reforma al antiguo.

La guerra puede llamarse divina cuando se la considera como un castigo. Pero es castigo también en sí misma. La guerra es la manifestación más cruel del odio que se incuba y rebulle en los corazones de los hombres. Para dar salida al odio que está dentro de ellos los hombres se sienten empujados a destruirse por medio de las armas. La guerra aparece una culpa y su castigo al mismo tiempo. Es culpa porque existía, aún antes de las hostilidades, en las almas de los enemigos; es castigo porque el odio, estallando, arrastra a la matanza mutua de los que odian.

Pero cuando el odio fuera extinguido en todos los

corazones, entonces la guerra sería incomprensible; la pena más horrible desaparecería junto con el mayor de los pecados. Llegaría finalmente el día que vió, con el deseo, Isaías, en el cual "los pueblos convertirán sus espadas en azadones y sus lanzas en hoces; y una nación no levantará la espada contra otra nación ni se ensa-
Is. 2, 4. yarán más para la guerra".

Ese día anunciado por Isaías será aquel en el cual el Sermón de la Montaña sea declarado como la única ley sobre la tierra.

UNA SOLA CARNE...

Jesús santifica la unión, aun la carnal, del hombre y de la mujer. Hasta tanto los Reyes no estén de más, devolveremos las monedas que llevan su nombre; hasta que los hombres no sean semejantes a los ángeles, el género humano no debe dejar de multiplicarse.

La familia y el estado, sociedades imperfectas, si se piensa en la felicidad del cielo, son necesarias en la esfera terrestre del paraíso. Pero mientras sean necesarias, deberán hacerse, al menos, menos impuras y menos imperfectas. Quien gobierna debería sentirse al igual del que sirve; la unión del hombre y de la mujer debería ser eterna y leal.

En el matrimonio, Jesús ve ante todo la unión de dos cuerpos. En este punto él ratifica la figura de la antigua Ley: "Ya no son dos carnes sino una". El esposo y la
esposa son un solo cuerpo indivisible e inseparable. Gen. 2, 24.
Aquel hombre no tendrá otra mujer; aquella mujer no conocerá a otro hombre hasta que la muerte no los divida. El aparcamiento del varón y de la mujer, cuando no es el desahogo de una lujuria vagabunda o de una fornicación furtiva; cuando es el encuentro y la oferta de dos virginidades sanas; cuando es precedido por una elección libre, por una pasión casta, tiene un carácter casi místico que nadie puede borrar. La elección es irrevocable, la pasión es confirmada, el pacto es perpetuo. En los dos cuerpos que se estrechan en el deseo hay dos almas que se reconocen y se vuelven a encontrar en el amor. Las dos carnes se hacen una sola carne: las dos almas se convierten en una sola alma.

Los dos han confundido su sangre, pero de esta unión nacerá una criatura nueva, formada con la esencia del uno y de la otra, y que será la forma visible de su

unidad. El amor los hace semejantes a Dios, obreros de la siempre nueva y milagrosa creación.

Pero este binario carnal y espiritual —el más perfecto entre las imperfectas asociaciones de los hombres— no debe ser turbado e interrumpido jamás. El adulterio lo corrompe: el divorcio lo rompe. El adulterio es la corrosión fraudulenta de la unidad; el divorcio es la apostasía definitiva. El adulterio es un divorcio secreto fundado en la mentira y en la traición; el divorcio, seguido de un nuevo matrimonio, es un adulterio legitimado.

Jesús condena siempre, y en modo solemne y absoluto, el adulterio y el divorcio. Toda su naturaleza sentía horror por la infidelidad y por la traición. Llegará un día, advierte él hablando de la vida celestial, en que los hombres y las mujeres no se desposarán; pero, mientras ese día llegue, el matrimonio debe tener al menos todas las perfecciones permitidas por su imperfección. Jesús, que se eleva siempre de lo exterior a lo interior, no llama adúltero solamente al que roba la mujer del hermano, sino también al que la mira en la calle, con los ojos del deseo. Y no es adúltero solamente el que practica a escondidas con la mujer ajena, sino también el que, después de haber repudiado a la suya, se casa con
Mt. 5, 32. otra. Sólo en un pasaje del Evangelio parece conceder el divorcio al marido de la adúltera; pero el delito de la mujer expulsada nunca podría justificar el delito que el engañado cometería tomando otra.

En presencia de una ley tan absoluta y rigurosa, hasta los discípulos se sublevan. "Si tal es la condición del hombre con su mujer, no conviene casarse". Pero él le contestó: "No todos son capaces de esto, sino aquellos a quienes es dado. Porque hay eunucos que así nacieron del vientre de su madre y hay castrados que lo fueron por los hombres; y hay los que a sí mismos se castraron por amor al Reino de los Cielos. El que pueda ser capaz
Mt. 19, 10-12. séalo".

El matrimonio es una concesión hecha a la naturaleza humana y a la propagación de la vida. "No todos son capaces" de permanecer castos, vírgenes y solos,

"sino solamente aquellos a quienes ha sido dado". El celibato perfecto es una gracia, un premio de la victoria, del espíritu sobre el cuerpo.

Todo el que quiera dar todo su amor a una obra grande debe consagrarse a la castidad. No se puede servir a la humanidad, y al individuo. El hombre que debe cumplir una misión difícil, que le exigirá todos los días hasta el último, no puede atarse a una mujer. El matrimonio exige el abandono en otro ser, pero el salvador debe concederse a todos los seres. La unidad de dos almas no le basta, y haría más difícil, acaso imposible, la unión con todas las demás almas. Las responsabilidades que trae aparejadas consigo la elección de una mujer, el nacimiento de los hijos, la creación de una pequeña comunidad en medio de la grande, son de tal suerte graves que serían un impedimento diario contra deberes infinitamente más graves.

El hombre que quiere guiar a los hombres, transformarlos, no puede atarse para toda su vida a una sola criatura. Debería ser infiel a su mujer o a su misión. Ama demasiado la universidad de sus hermanos para que pueda amar a una sola de las hermanas. El héroe es solitario. La soledad es su condena y su grandeza. Renuncia a los goces del amor marital, pero el amor que está en él se multiplica para comunicarse a todos los hombres en una sublimación de sacrificios que supera todos los éxtasis terrenales. El hombre sin mujer está solo; pero es libre; y su alma, no tratada por pensamientos comunes y materiales, puede remontarse más. El no procrea hijos de carne, pero hace nacer a una segunda vida a los hijos del espíritu.

No a todos, empero, ha sido dado resistir en la abstinencia. "El que pueda ser capaz, séalo". La fundación del Reino exige hombres que den toda el alma; la obra carnal, aunque confinada en la legimitad del matrimonio, es un debilitamiento en quien debe atender a las cosas del espíritu.

Los que resucitarán en el gran día del triunfo no tendrán más tentaciones. En el Reino de los Cielos el apareamiento del hombre y de la mujer, aunque sea san-

tificado por la perpetuidad del matrimonio, será abolido. Su fin máximo es la creación de nuevos hombres, pero en aquel tiempo la muerte estará vencida y no habrá más necesidad de la sempiterna renovación de las generaciones. "Los hombres de este mundo se casan y las mujeres son dadas en matrimonio: mas los que serán juzgados dignos del mundo futuro y de la resurrección de los muertos ni se casarán ni serán dos en matrimonio, porque no podrán ya más morir; por cuanto son iguales a los ángeles e hijos de Dios, siendo hijos de la
Luc. 20, 34-36. resurrección".

Con la conquista de la vida eterna y del estado angélico —las dos promesas y las dos certezas de Cristo— lo que parecía soportable se hace imposible de pensar; lo que parecía puro se convierte en torpe; lo que era santo se convierte en imperfecto. En aquel mundo supremo todas las pruebas de la especie humana están consumadas. Al decaído hombre bestial le bastó el coito fugaz con la mujer robada; el hombre se elevó hasta el matrimonio, hasta la unión única con la mujer única; el santo se elevó aún más y llegó hasta la castidad voluntaria. Pero el hombre ángel en el Cielo, que es todo espíritu y amor, ha vencido la carne hasta en el recuerdo; su amor, en un mundo en el cual no existen pobres, enfermos, infelices y enemigos, se transfigura en una contemplación sobrehumana.

El ciclo de los nacimientos está cerrado. El cuarto Reino queda constituído para siempre. Los ciudadanos de este Reino serán eternamente los mismos, éstos y no otros, por todos los siglos. La mujer no dará más a luz con dolor. La sentencia de destierro está revocada; la serpiente, vencida; el Padre vuelve a recibir jubiloso al hijo que había huído; se ha vuelto a encontrar el Pa[illegible]. Y nunca jamás será perdido.

PADRES E HIJOS

Jesús hablaba en una casa, tal vez en Cafarnaúm. Y los hombres y las mujeres, todos los hambrientos de vida y de justicia, todos los menesterosos de confortación y de consuelo, habían llenado la casa; y se estrechaban en torno suyo y lo miraban como se mira al padre que se ha vuelto a encontrar, al hermano que cura, al bienhechor que salva. Tan hambrientos de su palabra estaban aquellos hombres y aquellas mujeres, que no le era dado a Jesús y a sus amigos el poder comer un bocado. Hacía mucho que hablaba y hubieran querido que siguiera hablando, hasta la noche, sin interrupción, sin descansar un instante siquiera. ¡Hacía tanto tiempo que lo esperaban! Sus padres y sus madres habían esperado en la infame miseria y en la resignación de bestias, millares de años. Ellos mismos hacía demasiado tiempo esperaban en la semioscuridad miserable de una confusa nostalgia. Todos habían suspirado, noche tras noche por una línea de luz, por una promesa de felicidad, por una palabra de amor. Y ahora tenían ante ellos a aquel que otorgaba los premios a la tan prolongada espera. Los exigían sin mayores dilaciones. Aquellos hombres y aquellas mujeres rodeaban a Jesús como acreedores privilegiados e impaciente que, al fin, tenían en sus manos al divino deudor, eternamente esperado, y querían su parte hasta el último céntimo. El podía muy bien prescindir de comer el pan pero desde siglos y más siglos los padres de ellos habían tenido que prescindir del pan de la verdad, y ellos mismos no se habían podido quitar el hambre con el pan de la esperanza.

Jesús, pues, continúa hablando a la gente que llena la casa. Repite las más conmovedoras imágenes de su inspiración, narra las noticias más persuasivas del Reino,

los mira con esos ojos invocadores que penetran hasta el fondo del alma como el sol mañanero penetra en la oscuridad de las casas. Cada uno de nosotros daría lo que aun le queda de vida por una mirada de aquellos ojos, por mirar un minuto aquellos ojos destellantes de infinita ternnra: por oír una sola vez aquella su voz turbadora que trueca en música melodiosa el hebreo hablando. Esos hombres, que han muerto, esas mujeres, que han muerto, esos hombres pobres, esas mujeres pobres, esos miserables que hoy son polvo en el viento del desierto o lodo bajo las pezuñas de los camellos, esos hombres y esas mujeres que ninguno envidiaba mientras estuvieron en vida y que nosotros, vivos, nos vemos reducidos a envidiar, después de una tan oscura y remota muerte, esos hombres y esas mujeres oían esa voz, veían esos ojos.

Pero se deja oír un rumor, un snsurro en la puerta de la casa. Alguien quiere entrar. Uno de los presentes le advierte a Jesús: "Mirad que tn madre y tus hermanos están fuera y te buscan". Pero Jesús no se mueve. "¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?" Y mirando en torno a los que sentados le rodean, dice: "Ved aquí a mi madre y a mis hermanos. Todo el que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los Cielos,
Mt. 12, 47-50. ése es mi hermano y hermana y padre".

Mi familia está toda aquí. Y no tengo otras familias. Los vínculos de sangre no cuentan cuando no están confirmados en el espíritu. Mi padre es el padre que me hace igual a él en la perfección del bien; mis hermanos son los pobres que han llorado; mis hermanas son las mujeres que han dejado los amores por el Amor. No quería con esto renegar de la Virgen Dolorosa, de cuyo vientre era el fruto; sólo quería decir que, desde el día del destierro, aceptado y querido, no pertenecía más a la pequeña familia de Nazaret, pero sí solamente a su misión de salvador de la gran familia humana.

La filiación espiritual, en la nueva economía de la salvación, supera y va más allá de la simple filación carnal. "Si alguien viene a mí y no aborrece a su padre y madre y mujer, e hijos y hermanos y hermanas y hasta

la propia vida, no puede ser mi discípulo". El amor par- Luc. 14, 26.
ticular debe subordinarse al amor universal. Hay que elegir entre los antiguos afectos del hombre antiguo y el amor único del hombre nuevo.

La familia desaparecerá cuando los hombres, en la vida celestial serán mejor que hombres. Ahora es un estorbo para el que ayuda a los otros a conquistar el paraíso. "Y a nadie llaméis padre vuestro sobre la tierra
porque uno es vuestro Padre que está en los cielos". Mt. 23, 9.
Quien deje la familia será recompensado infinitamente. "En verdad os digo, que no hay ninguno que haya dejado casa o mujer o hermanos o padres o hijos por amor del reino de Dios, que no reciba cien tantos ahora en
este tiempo, y en el siglo venidero la vida eterna". Mt. 10, 29, 30.

El padre que está en los cielos es seguro; vuestros hermanos en el Reino son seguros, pero los padres y hermanos de aquí abajo pueden convertirse hasta en asesinos vuestros. "Seréis entregados por vuestros padres, hermanos, parientes y amigos y harán morir a al-
gunos de vosotros". Luc. 21, 16.

Y sin embargo, los padres, por lo menos, deberían ser fieles. Por que los padres, según Jesús tienen deberes mucho mayores para con los hijos de lo que éstos los tengan para con aquéllos. La antigua Ley no conoce más que a los primeros "Honra al padre y a la madre".
dice Moisés. Pero no añade: "Protege y ama a tus Deut. 5, 16.
hijos". Los hijos son propiedad de quien los ha hecho. La vida, en aquellos tiempos, parece tan bella y preciosa, que nunca podrán pagar su deuda. Deberán ser para siempre siervos, deberán estar eternamente sometidos. No deben vivir sino para el viejo a las órdenes del viejo.

También aqui el genio divino del Subversor ve lo que falta a los antiguos e insiste en la otra parte. Los padres deben dar, sin economia, sin descanso de dar. Aunque los hijos sean malos, aunque abandonen al padre, aunque no merezcan nada a los ojos de la chata sabiduria del mundo. La mitad del Padrenuestro es un pedido de los hijos al Padre. Es la oración que todo hijo podría dirigir al propio padre.

Y los padres, aunque lo den todo, pueden ser abandonados. Si los hijos los dejan para lanzarse a la mala vida, deben ser perdonados apenas vuelvan, como fué perdonado el hijo pródigo de la parábola. Si los dejan, en busca de una vida más elevada y perfecta —como los que se convierten al Reino— serán premiados con el mil por uno en esta vida y en la otra.

Pero los padres, de todas maneras, son deudores. La tremenda responsabilidad que han aceptado al dar la vida a nuevas criaturas debe ser satisfecha. Semejantes al único Padre que está en los cielos, deben dar a los que piden y a los que callan, a los que merecen y a los que han desmerecido, a los que siguen sentados a la mesa familiar y a los que andan vagando por el mundo, a los buenos y a los malos, a los primeros y a los últimos. No deben cansarse nunca ni aun con los hijos que huyen, con los que los ofenden, con los que los reniegan.

"¿Quién de vosotros si el hijo le pide un pan le dará una piedra? ¿O si le pide un pescado le dará una ser-
11. piente?" ¿Quien, pues, negará al hijo que se aleja sin pedir nada, el supremo don: el amor que no pretende retribución?

Todos son hijos del Hijo del Hombre, pero ninguno podía llamarlo padre según la carne. La única alegría, acaso que no engaña entre las engañadoras alegrías de los hombres, es la de tener colgado del cuello, o sentado sobre las rodillas, a un chico de rostro rosado por la sangre que es nuestra también, que nos ría con el mismo resplandor de los ojos, que balbucee nuestro nombre, que haga despertar la ternura dormida de la primera niñez. Sentir junto a la piel adulta, endurecida por los vientos y por los soles, una carne nueva, suave y naciente donde parece que la sangre conserva aún algo de la dulzura de la leche, una carne que parece hecha de pétalos tibios y vivientes; sentir que esta carne es nuestra, formada de la carne de la mujer nuestra, alimentada con la leche de sus pechos; espiar la aparición, la floración lenta del alma en esta carne que nos pertenece, que pertenece a aquella que nos pertenece; ser el único padre de esta criatura única, de esta flor que está

abriéndose a la luz del mundo, reconocerse en ella, rever nuestras miradas en sus pupilas atónitas, volver a oír nuestra voz fresca, volver a ser niño por este niño, para ser digno de él, para estar más cerca de él, hacerse más pequeño, más bueno, más puro; olvidar todos los años que, silenciosos, nos aproximaron a la muerte, olvidar la soberbia de la virilidad, la vanidad de la sabiduría, las primeras arrugas de la cara, las expiaciones, las manchas, las villanías de la vida y volver a ser vírgenes junto a esa virginidad, serenos cerca de esa serenidad y buenos de una bondad no conocida antes; ser, en una palabra, padre de un niñito nuestro que crece cada día en nuestro lecho, en nuestra casa, en los brazos de nuestra esposa es, sin duda alguna, la más alta voluptuosidad humana concedida al hombre que posee un alma dentro de su lodo.

Jesús, a quien nadie llamó padre, se sentía atraído por los niños como por los pecadores. Espíritu absoluto, no amaba sino los extremos. La inocencia y la caída eran para él prenda de salvación. La inocencia, porque no necesita ser limpiada; la abyección, porque siente más intensamente la necesidad de limpiarse. El peligro está en la gente del medio: esa medio gastada y medio intacta; los hombres que están podridos por dentro y quieren aparecer cándidos y justos; los hombres que con la niñez han perdido la limpieza nativa y no sienten todavía el hedor de la putrefacción interior.

Jesús amaba con ternura a los niños y con compasión a los criminales; a los puros y a los que no pueden menos que purificarse. Su mano se posaba complacida sobre los finos cabellos del niño detestado y no rechazaba la cabellera perfumada de la prostituta arrodillada a sus pies. Iba hacia los pecadores porque ellos no siempre tenían fuerza para dirigirse a él; pero llamaba junto a sí a los niños, porque los niños sienten por instinto que los ama y corren a él gustosos.

Las madres le tendían los hijos para que los tocase. Los discípulos con su acostumbrada rudeza las regañaban; y Jesús, también esta vez, tuvo que reprenderlos. "Dejad a los niños, y no les estorbéis venir a mí, porque

de los tales es el Reino de los Cielos. En verdad os digo, que el que no recibiere el Reino de Dios como un niño
Mc. 10, 13-15. no entrará en él."

Los discípulos, hombres barbados, orgullosos de su autoridad de hombres hechos y de lugartenientes del futuro Señor, no comprendían cómo su maestro quisiera perder el tiempo con rapaces que todavía no silabeaban bien o no alcanzaban el sentido de las palabras de los grandes. Pero Jesús, colocando en medio de ellos a uno de esos pequeñuelos, prosiguió: "En verdad os digo, que si no os volviereis e hiciereis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos. Cualquiera, pues, que se humillare como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos. Y todo el que recibiere a un niño tal en mi nombre, me recibe a mí. Y el que escandalizare a uno de estos pequeñitos, que creen en mí, mejor le fuera que le colgasen a su cuello una piedra de molino
Mt. 18, 2-6. y le anegasen en lo profundo del mar."

También aquí la subversión de los valores es total. En la antigua Ley el niño era quien debía respetar al hombre, venerar al viejo e imitarlos en su porte. El pequeño debía tomar al grande por modelo. La perfección estaba puesta en la madurez y, mejor aún, en la vejez. El hijo en tanto era respetado en cuanto contenía en sí la esperanza de una futura virilidad. Jesús invierte las partes. Los grandes deben tomar ejemplo de los pequeños, los ancianos deben esforzarse en volver a ser niños, los padres deben imitar a los hijos. En el mundo donde primaba la fuerza, donde sólo se estimaba el arte de enriquicerse y de dominar. el niño era apenas una larva de la humanidad. En el nuevo mundo anunciado por Cristo, donde reinarán solamente la pureza confiada y la amabilidad de la inocencia, los niños son los arquetipos de la feliz ciudadanía. El niño, que parecía un hombre imperfecto, es más perfecto que el hombre. El hombre que se imaginaba haber llegado a la plenitud de la edad y del alma, debe volver atrás, despojarse de la complicidad satisfecha. retroceder hasta la prudencia. De imitado pasa a ser imitador, del primer puesto baja al último.

Por su parte Jesús reafirmaba su niñez y se declaraba, sin rubor, idéntico a los niños que lo buscaban. "Todo el que recibiere a un niño como éste me recibe a mí". El santo, el pobre, el poeta se presenta bajo esta nueva forma que las resume todas: el niño, limpio y cándido como el santo, desnudo y necesitado como el pobre, maravillado y enamorado como el poeta.

Jesús no ama a los niños solamente como a modelos inconscientes de los candidatos a la perfección del Reino, sino como a verdaderos mediadores de la verdad. Su ignorancia es más iluminada que la doctrina de los doctores: su ingenuidad es más poderosa que el ingenio que se refleja en las palabras entretejidas de razones. Solamente un espejo nítido y libre puede percibir los reflejos de la revelación. "Te doy gloria, oh Padre —exclamó un día— porque escondiste estas cosas a los sabios
y a los inteligentes y las revelaste a los párvulos". A Mt. 11, 25.
los sabios hace sombra la misma sabiduría porque creen saberlo todo; a los inteligentes les es de tropiezo la misma inteligencia porque no son capaces de percibir más luz que la intelectual. Solamente los simples comprenden la simplicidad, los inocentes la inocencia, los amorosos el amor. La revelación de Jesús, manifiesta solamente a las almas virginales, consiste toda en la humanidad, en la purificación, en la misericordia. Pero el hombre, creciendo, se corrompe, se enorgullece, aprende la horrenda voluptuosidad del odio. Cada dia se aleja más del paraíso, se hace cada vez menos capaz de encontrarlo. Se complace en la progresiva bajada, se gloría de la ciencia inútil que oculta la sola verdad necesaria.

Para encontrar al nuevo paraiso, reino de la inocencia y del amor, es menester volverse niños, que son ya, por nativo privilegio, lo que los otros tendrán que llegar a ser, como arduo trabajo.

Jesús busca, así, la compañía de los hombres y de las mujeres, de los pecadores y de las pecadoras, pero solamente siente que está con sus verdaderos hermanos cuando acaricia las cabecitas de los niños que las madres le tienden como una ofrenda.

MARTA Y MARIA

También las mujeres amaban a Jesús.

Este ser que tiene forma y carne de hombre y ha dejado a la madre y no ha elegido una esposa, está envuelto durante toda su vida, y después de la muerte, por una cálida atmósfera de ternura femenil. El virgen vagabundo es amado por las mujeres como ninguno fué amado nunca ni podrá ser amado jamás. El casto que ha condenado el adulterio y la fornicación tiene sobre ellas el inestimable prestigio de la inocencia.

Las mujeres que no sean puramente hembras se arrodillan ante quien no se arrodilla ante ellas. El marido con todo su amor legal e imperio, el mujeriego que, hecho un sátiro, persigue a sus mancebas, el elocuente adúltero, el temerario estuprador, no tienen sobre el espíritu de la mujer tanto dominio cuanto puede tener aquel que las ama sin tocarlas, aquel que las salva sin pedirles ni un beso en pago. La mujer esclava de su cuerpo, de su enfermedad, de su deseo del varón, es atraída por quien la ama sin pedirle más que un vaso de agua, una sonrisa, un poco de muda atención.

Las mujeres amaban a Jesús. Se detenían cuando lo veían pasar, lo seguían cuando hablaba a los amigos y a los conocidos; se aproximaban a la casa donde había entrado, le presentaban sus niños, lo bendecían a gritos, le tocaban sus vestidos para que las curara de sus males, se consideraban felices en poderlo servir. Todas hubieran podido gritar, como la mujer que levantó la voz entre la muchedumbre: "¡Bienaventurado el vientre que
Luc. 11, 27. te llevó y los pechos que te amamantaron!"

Muchas lo seguirán hasta la muerte. Salomé, madre de los Hijos de Trueno; María de Cleofás, madre de Santiago el menor; Marta y María de Betania.

Hubieran querido ser sus hermanas, sus criadas, sus esclavas; para asistirle, para presentarle el pan, para escanciarle el vino; para lavar sus vestidos, para ungir sus pies cansados, su intensa y colgante cabellera. Algunas de ellas tuvieron la dicha de seguirlo y, la acaso más grande, de poderlo ayudar con sus dineros. "Y con él estaban los Doce y ciertas mujeres que habían sido sanadas de espíritu maligno y de enfermedades, a saber: María llamada Magdalena, de la cual habían salido siete demonios y Juana, mujer de Cusa, intendente de Herodes, Susana y otras muchas, las cuales auxiliaban
a Jesús con sus bienes." Las mujeres, en quienes la com- Luc. 8, 1-3.
pasión es un don nativo del corazón antes de ser voluntad de perfección, eran como lo han sido siempre, más generosas que los varones.

Cuando Jesús se presenta en casa de Lázaro, dos mujeres, las dos hermanas del resucitado, parecen locas de alegría. Marta se precipita a su encuentro a preguntarle si le falta algo, si quiere lavarse, si desea comer inmediatamente. Y, entrada en la casa, lo guía al lecho para que se tienda y le alcanza un cobertor por si tiene frío y corre al cántaro por agua nueva y fresca. Luego, de regreso, se pone en movimiento para preparar al peregrino un buen almuerzo, mucho más abundante que el ordinario de la familia. Enciende rápidamente un lindo fuego, va por pescado fresco, por huevos del día, por higos, por aceitunas; pide prestado a una vecina un trozo de cordero sacrificado la víspera; a otra le pide un rico perfume; a una tercera, más rica que ella, una escudilla floreada. Saca del arca el mantel más nuevo y de la bodega el vino más añejo. Y mientras las leñas estallan y centellean en el hogar, y el agua en el caldero empieza a borbotar anunciando el próximo hervor, la pobre Marta, sudorosa, hecha una brasa, afanosa, prepara la mesa, se ajetrea entre el hogar y la artesa y echa una mirada a la calle para ver si el hermano vuelve a la casa y urge a la hermana que no hace nada. Efectivamente, María, desde que Jesús pasó el umbral, ha caído en un especie de éxtasis inmóvil del cual nadie puede sacudirla. No ve más que a Jesús, no oye más

que la voz de Jesús. En ese momento nadie existe para ella más que Jesús. No se sacia de mirarlo, de escucharlo, sentirlo presente, vivo cerca de ella. Si él la mira, goza sintiéndose mirada; si no la mira, fija en él sus ojos mirándolo: si le habla, sus palabras quedarán grabadas una a una en su corazón hasta la muerte; si calla, ella oye en su silencio una revelación más directa. Y casi le fastidia toda la agitación de su hermana y hasta el ruido de sus pasos rápidos. ¿Acaso necesita Jesús de una rica comida? María se ha sentado a sus pies y no se mueve aunque Marta y Lázaro la llamen. Está al servicio de Jesús, pero de otra suerte. Le ha dado su alma, solamente el alma, pero toda entera, su amorosa alma; el trabajo de las manos fuera intempestivo y superfluo. Es una contemplativa, una adorante. Sólo se moverá para cubrir el cadáver de su Dios con los perfumes; se movería si le pidiera su vida, toda su sangre. Pero la demás, el atarearse de Marta, es ocupación material, que no reza con ella.

Las mujeres, pues, lo amaban y él pagaba con la piedad este amor. Ninguna mujer que se haya dirigido a él fué despedida insastifecha. El llanto de la viuda de Naín lo hace llorar tanto, que resucita al muerto; las imploraciones de la Cananea, aunque extranjera, lo vencen y él le cura a la hija; la Desconocida, encorvada de diez y ocho años atrás, tan encorvada que no podía mirar hacia arriba, es sanada, aunque fuera día sábado y los jefes de la Sinagoga gritaran que era un sacrilegio. En los primeros tiempos de su viaje libra de la fiebre a la suegra de Pedro y de los malos espíritus a la Magdalena; resucita a la hija de Jairo y sana a la Anónima que sufría de flujo de sangre.

Los doctores de su tiempo no tenían en cuenta a las mujeres en las cosas espirituales. Las toleraban en las fiestas divinas, pero nunca jamás se les hubiera ocurrido enseñar a una mujer las razones superiores y secretas. "Las palabras de la Ley, decía un proverbio rabínico, antes de enseñarlas a la mujer quémalas". Jesús, en cambio, no tenía a menos hablar con ellas hasta de los más altos misterios. Cuando se rufugia, solo, junto al pozo de Siear y llega la Samaritana de los cinco maridos, no teme anunciarle la verdad de su mensaje, aunque sea mujer y enemiga de su pueblo: "Se acerca la hora, antes bien, ya es la hora en que los verdaderos adoradores adoren al Padre en espíritu y verdad; porque tales son los adoradores que busca el Padre. Dios es espíritu y los que le adoren deben adorarle en espíritu y verdad." J. 4, 23-24.

Llegan los discípulos y no comprendiendo lo que hace el Maestro, "quedaron maravillados al ver que hablaba con una mujer. No sabían aún que la Iglesia de Cristo J. 4, 27.
había colocado a una mujer como mediadora entre los hijos y el Hijo, la que reunió en sí, única entre todas, las dos supremas perfecciones de la mujer: la Virgen Madre que sufrió por nosotros desde la noche de Belén hasta la noche del Calvario.

PALABRAS EN LA ARENA

Otra vez, en Jerusalén, Jesús se halla frente a una mujer, a la adúltera. Una turba tumultuosa la empuja hacia adelante. La mujer, ocultando el rostro entre las manos y los cabellos, está ahora frente a él, sin hablar. Jesús, que ha predicado la unidad perfecta del esposo y de la esposa y detesta el adulterio, detesta aún más la vileza de los espías, el encarnizamiento de los despiadados, la imprudencia o impudencia de los pecadores que quieren erigirse en jueces del pecado. Jesús no puede absolver a la mujer que ha desobedecido bestialmente la ley de Dios; pero tampoco quiere condenarla, porque los acusadores de ella no tienen el derecho de querer su muerte. Y se inclina hacia adelante y escribe en el polvo con la punta del dedo. Es la primera y última vez que vemos a Jesús humillarse en esta mortificante operación. Nadie ha sabido jamás lo que él escribió en aquel momento ante la mujer que temblaba en su vergüenza como una cierva alcanzada por una jauría de perros malos. Escribió de intento en la arena, para que el viento se llevara las palabras que los hombres, tal vez no habrían podido leer sin miedo. Pero los desvergonzados acusadores insistían porque querían apedrear a la mujer. Entonces, levantándose Jesús, los miró uno a uno en los ojos y en el alma: "El que de vosotros esté
J. 8, 7. sin pecado, arroje la primera piedra contra ella".

Todos nosotros somos solidariamente culpables de los delitos de nuestros hermanos; somos, desde el primero al último, cómplices necesarios y cotidianos, aunque harto frecuentemente impunes. La adúltera no hubiera traicionado la Ley si los hombres no la hubieran tentado, si el marido hubiera sabido hacerse amar mejor. El ladrón no robaría si el corazón de los ricos fuera menos duro; el asesino no mataría si antes no lo hubieran exasperado y ofendido; no existirían prostitutas si los va-

rones supieran mortificar la lujuria. Solamente los inocentes tendrán derecho de juzgar. Pero no hay, en la tierra, inocentes y, aunque los hubiera, su misericordia sería más fuerte que la misma justicia.

Los petulantes espías nunca tuvieron semejantes pensamientos, pero las palabras de Jesús sí tuvieron el poder de turbarlos; cada uno de ellos volvió a ver sus traiciones, sus secretas y, acaso, recientes fornicaciones. Cada alma fué abierta como una cloaca que, levantada la tapa, deja escapar de golpe un vaho de asfixiante hedor. Los más viejos fueron los primeros en partir. Luego, poco a poco, todos los otros, sin mirarse a la cara, doblaron las esquinas, se perdieron. La plaza quedó vacía. Jesús se había inclinado de nuevo hacia la tierra y escribía; la mujer había oído el ruido de los pasos de los que se alejaban y no oía ya voz alguna de muerte, pero no se atrevía a levantar la vista, porque sabía que uno solo había: el Inocente, el único que habría tenido el derecho de arrojar contra ella las piedras homicidas. Segunda vez se levantó Jesús y no vió a nadie.

—Mujer, ¿dónde están tus acusadores? ¿Nadie te ha condenado?

—Nadie, Señor.

—Yo tampoco te condenaré. Anda y ya no vuelvas a pecar más. J. 8, 8-11.

Por vez primera la adúltera tuvo fuerzas para mirar la cara de su libertador. No comprendía bien sus palabras. Su pecado lo era también para él, puesto que la mandaba que no pecara más. Sin embargo había hecho de manera que los otros no la condenaran; y ahora él tampoco quería condenarla. ¿Quién era ese hombre, tan diferente de todos los demás, que no quería el pecado, pero que perdonaba al pecador? Hubiera ansiado dirigirle una pregunta, murmurar un agradecimiento, pagarle al menos con una sonrisa. Porque su alma era débil y su boca era hermosa. Pero Jesús había empezado de nuevo a escribir en el polvo del patio, con la cabeza baja, y solamente se veían las guedejas onduladas y suaves de sus cabellos resplandecer bajo el sol, y sus dedos que se movían lentamente sobre la tierra iluminada.

LA PECADORA

Pero ninguna mujer lo amó tanto como la pecadora que lo ungió con aceite de nardo y le regó el cabello y los pies con sus lágrimas, en casa de Simón el fariseo.

Cada una de nosotros tiene ante sus ojos la escena. La imagen de la mujer llorando, con todos los cabellos sueltos sobre los pies del viajero, ha sobrevivido en todas las fantasías. Pero el sentido verdadero del hecho no es claro sino para muy pocos: ¡tanto lo han desfigurado las interpretaciones vulgares y literarias! Los decadentes del siglo pasado, los nieladores de las preciosidades lascivas, atraídos por la hediondez de la corrupción, como las moscas por los excrementos y los cuervos por la carniza, han buscado en el Evangelio a las mujeres que olían a pecado y parecían más semejantes a las mujeres de sus sueños frenéticos de impotentes. Y se han apropiado, engalanándolas con los terciopelos de los adjetivos, con las sedas de los verbos, con las joyas y pedrerías de las metáforas, de la Desconocida arrepentida —con el nombre de María Magdalena— de la desconocida adúltera de Jerusalén, de la bailarina Salomé, de la siniestra Herodías.

El episodio de la unción ha sido profundamente desnaturalizado por estos disfraces forzados. Es más sencillo, pero infinitamente más profundo. El elogio de Jesús a la portadora del nardo no es elogio del pecado carnal ni tampoco del amor común, como lo entienden comúnmente los hombres vulgares.

La pecadora que entra en silencio en casa de Simón, con su vaso de alabastro, ya no es más una pecadora. Ha visto, ha conocido, antes de ese día, a Jesús. Y ya no es más una meretriz. Ha oído hablar a Jesús. Y no es más ya la mujer pública, carne de mercado para los deseos de los machos. Ha oído la voz de Jesús, ha escuchado sus palabras: esa voz la turbó, y sus palabras la han conmovido. La mujer de todos ha aprendido que hay un amor más bello que la voluptuosidad, una pobreza más rica que los estateres [89] y que los talentos. Cuando entra en casa de Simón no es la misma mujer de antes, la que los hombres de la localidad se mostraban con el dedo, guiñando los ojos, la que el Fariseo conoce y desprecia. Su alma está cambiada. Toda su vida ha sido mudada. Su carne ahora es casta; su mano es pura; sus labios no conocen más el sabor ácido del minio, y sus ojos han aprendido a llorar. Ya está pronta, según la promesa del Rey, para entrar en el Reino.

Sin esta premisa no se puede comprender la historia que sigue a continuación: la pecadora salvada quiere compensar con algún agradecimiento a su Salvador. Y toma una de las cosas más preciosas que todavía le quedan, un vaso sellado lleno de nardo, acaso el regalo de un amante de paso, y piensa ungir con ese perfume tan caro los cabellos de su Rey.

Su primer pensamiento, pues, es un pensamiento de gratitud. Su acción, una pública acción de gracias. La Pecadora quiere agradecer ante todos a quien le ha limpiado el alma, a quien le ha resucitado el corazón, a quien la ha arrebatado a la vergüenza, a quien le ha dado una esperanza tan gloriosa que suple con creces todas las alegrías.

Entra con su alabastro cerrado, apretado al pecho, tímida y recatada como una niña que penetra por primera vez en la escuela, como una penada absuelta en el primer momento en que se encuentra fuera de la cárcel. Entra con el pote de perfume, sin hablar, y levanta los ojos, un solo momento, el que basta para percibir, entre el pestañeo, el sitio donde está tendido Jesús. Se aproxima al pequeño lecho y le tiemblan las finas pestañas y las rodillas, porque siente que todos la miran, que todas las pupilas de los hombres están fijas en ella, curiosos de su hermoso cuerpo ondulante y de lo que va a hacer.

(89) ESTATERES. Estas monedas antiguas, como los siclos, los argénteos, los tetradracmas, valían 4 dracmas, o sean, pesetas 3.40.

Rompe ella el cuello del frasco de alabastro y derrama la mitad del aceite sobre la cabeza de Jesús. Las gruesas y pesadas gotas brillan sobre los cabellos como perlas sueltas. Con sus manos de amorosa va extendiendo por las guedejas el líquido ungüento y no se detiene sino cuando el cabello está empapado, suavizado y brillante. Toda la sala está llena de aquella fragancia; todos los ojos están inmóviles de estupor.

La mujer, siempre en silencio, toma de nuevo el vaso desbocado y se arrodilla junto a los pies del Portador de la Paz. Vierte en la palma de su propia mano el resto del aceite y unge, despacio, despacio, el derecho y el izquierdo, con la atenta delicadeza de una madre que lava por primera vez a su primer hijuelo. Después no resiste más. No se contiene más; no logra reprimir la honda y apasionada ternura que le oprime el corazón, le anuda la garganta, le hincha los ojos. Quisiera hablar, para decir que lo que ha hecho no es más que un agradecimiento; un simple, un puro, un cordial agradecimiento por el bien que ha recibido, por la nueva luz que le ha hecho abrir los ojos. ¿Mas dónde encontraría en ese momento, ante todos esos hombres, las palabras que debería decir, las palabras dignas de la gracia inmensa, dignas de El? Y por otra parte, le tiemblan los labios de tal suerte que no podría articular vocablo alguno; su discurso no sería más que un balbucear entrecortado por los sollozos. Entonces, no pudiendo hablar con la boca, habla con los ojos: sus lágrimas caen una a una, rápidas y cálidas, sobre los pies de Jesús, como otras tantas ofrendas silenciosas de su reconocimiento. Aquel llanto libra su corazón de la opresión; las lágrimas mitigan su pena; no ve ni siente ya nada, como no sea una dicha inexplicable, que no ha conocido jamás ni en el regazo de la madre ni entre los brazos de los hombres; una dicha que penetra, que invade toda su sangre, que la hace estremecer y desfallecer, que la tortura con su punzante delicia, que disuelve todo su ser en el éxtasis extremo donde la alegría hace sufrir y el dolor hace gozar, donde el dolor y la alegría son una sola y terrible cosa.

Llora con ese llanto su vida de antes, su miserable vida de la víspera. Piensa en su pobre carne ensuciada por los hombres. Ha tenido que sonreír a todos, ha tenido que brindar su sobado lecho, su perfumado cuerpo a todos. Con todos ha tenido que simular un placer que no sentía; ha tenido que mostrar una máscara de contento a los que la despreciaban, a los que ella odiaba.

Pero las lágrimas de la llorante son, al mismo tiempo, lágrimas de alegría y de resurrección. No llora solamente por su vergüenza, ya borrada, sino por la demasiada dulzura de su vida que empieza de nuevo.

Llora su virginidad rescatada, su alma reconquistada del poder del mal, su pureza milagrosamente recuperada, su condena borrada para siempre, revocada por toda la eternidad. Su llanto es el llanto de júbilo de su segundo nacimiento, de la exaltación por la verdad descubierta, de la alegría por la conversión imprevista, por haber vuelto a encontrar su alma que parecía perdida, por la esperanza maravillosa que la ha sacado de la inmundicia de la materia para elevarla hasta la iluminación del espíritu. Las gotas del nardo y del llanto son otros tantos donativos por esas gracias increíbles.

Y, sin embargo, no llora solamente su dolor y su alegría. Las lágrimas que mojan los pies de Jesús son también para él.

La Desconocida ha ungido a su Rey como a un antiguo Rey. Lo ha ungido en la cabeza como se ungía a los Sumos Sacerdotes y a los monarcas de Judea; lo ha ungido en los pies como se unge a los señores y a los huéspedes en día de fiesta. Pero, al mismo tiempo, la llorante lo prepara para la muerte y para la sepultura. Jesús, que está por entrar en Jerusalén, sabe que éstos son los últimos días de su vida terrenal. "Esta —dice a los discípulos— derramando encima de mí este perfume, ha querido prepararme para la sepultura". Vivo Mt. 26, 12.
aún, la piedad de una mujer lo ha embalsamado.

Cristo recibirá también, antes de morir, un tercer bautismo, el bautismo de la infamia, el bautismo de la suprema injuria: los soldados del Pretorio le escupirían en

la cara. Pero, mientras, ha recibido en el mismo momento el bautismo de la gloria y el bautismo de la muerte. Es ungido como Rey que triunfará en el Reino celestial, y perfumado como el cadáver que será depuesto en la gruta. El símbolo de la unción reúne los dos misterios gemelos de la Mesianidad y de la Crucifixión.

La pobre pecadora, elegida misteriosamente para este rito profético, tiene, acaso, un confuso presentimiento de terrorífico significado de este anticipado embalsamamiento. La segunda vista del amor, más penetrante en la mujer que en el hombre, el poder de advertencia de la sensibilidad exaltada y conmovida debe haberle hecho sentir que aquel cuerpo perfumado y acariciado por ella será, dentro de pocos días, un cadáver helado y sangriento. Otras mujeres, puede que ella misma, irán al sepulcro para cubrirlo por última vez de aromas y no lo encontrarán. Aquel que hoy está comiendo con sus amigos, estará, en aquel momento, a las puertas de otro infierno.

Y por este presentimiento la llorante continúa llorando sus lágrimas sobre los pies de Jesús entre el asombro de todos, que ignoran y no comprenden. Y ahora los pies del Libertador, los pies del Condenado, están completamente empapados de llanto, y la sal del llanto mezclado se ha con el perfume del nardo. La pobre Pecadora no sabe cómo enjugarlos, esos pies que sus ojos han regado. No tiene consigo un blanco lino y parécele que sus vestidos no son dignos de tocar la carne de su Señor. Entonces piensa en sus cabellos, en sus largos cabellos que tanto gustaron por la finura y suavidad. Sueltas las trenzas, saca las horquillas, desprende los broches. La masa pavonada de su cabellera le cae sobre el rostro y cubre su rubor y su piedad. Y con los manojos de las guedejas colgantes, apretados con ambas manos, enjuga, lentamente los pies que han llevado hasta esa casa a su Rey.

Ya ha terminado de llorar. Todas sus lágrimas han sido derramadas y se han secado. Su parte ha terminado. Pero sólo Jesús ha comprendido su silencio.

"HA AMADO MUCHO"

Entre los hombre que estaban presentes a la cena, ninguno, excepto Jesús comprendió el amoroso servicio de la innominada. Pero todos, como suspensos por la maravilla, callaban. No comprendían, pero respetaban oscuramente la gravedad de la enigmática ceremonia. Todos menos dos, que quisieron juzgar la acción de la mujer para chocar al huésped. Esos dos fueron el Fariseo y Judas Iscariote (90). El primero no habló, pero sus miradas hablaron más claramente de lo que hubieran podido hacerlo sus labios. El traidor, abusando de su familiaridad con el Maestro, tuvo la avilantez de hablar.

Simón pensaba para sus adentros: "Si éste fuese profeta, ya sabría qué clase de mujer es esa que le está tocando, y que es mujer pecadora".

El viejo hipócrita siente por las meretrices la repugnancia de aquellos que las han practicado mucho o de los que nunca las han conocido. Pertenece, como sus hermanos, al ilimitado cementerio de los sepulcros blanqueados, los cuales, por dentro, están llenos de podredumbre. Bastábales evitar el contacto material con lo que creían impuro, aun cuando el alma fuera una sentina de impurezas. Su moral es un sistema de abluciones y de levaduras; dejarán morir a un herido abandonado en la calle para no contaminarse con sangre, harán sufrir el hambre a un pobre por no tocar moneda en día sá- Luc. 7, 37-39.

(90) ISCARIOTE. Keriot, aldea de la tribu de Efraín en donde se cree que nació Judas el traidor. Algunos autores la llaman Ischariota, colocándola en la tribu de Isacar, mientras otros pretenden que aquel nombre es derivación del de Carioth, de la tribu de Judá en una montaña de 796 mts. de alto, donde ahora se encuentra el pueblo de "Ouriyut".

bado ([91]). Comcten, como todos, latrocinios, adulterios, homicidios, pero se lavan tantas veces al día que sus

([91]) EL SABADO. La celebración del sábado está prescripta en la ley como algo antiquísimo que no es lícito olvidar. En efecto, se lee en ella: "Acuérdate de santificar el dia del Sábado". (Ex. 20,8). El significado de la tal celebración está en esto: en que con ella se quiere conmemorar el descanso del Eterno después de la creación y además también la liberación del pueblo de Israel de la esclavitud de Egipto. Desde este punto de vista, pues, la celebración del sábado es un reconocimiento de Dios como el único verdadero, como el Creador del cielo y de la tierra, y una confesión de la protección especial que él acordó al pueblo de Israel. En su parte positiva la celebración de este día consistía en una especial manifestación de la fe en el único Dios verdadero, manifestación que se hacia redoblando en el templo el sacrificio, poniendo nuevos panes de proposición, teniendo reuniones culturales en las sinagogas, vistiendo en casa trajes de fiesta y haciendo una comida alegre; en su parte negativa consistía en el descanso, es decir, en abstenerse del trabajo.

Jehová, al promulgar el Decálogo, dice (Ex. 20, 10): "Mas el séptimo día, Sábado, es del Señor tu Dios: no harás obra ninguna en él ni tú ni tu hijo ni tu siervo ni tu sierva ni tu bestia ni el extranjero que está dentro de tus puertas". Luego la ley de Israel va dando diversas disposiciones; así, p. ej., se prohibe encender fuego para cocinar (Ex. 35, 3), y se castiga el juntar leña (Núm. 15, 32, ss.). Muchas de estas disposiciones fueron más tarde interpretadas y entendidas de diversas maneras por los Escribas. Así, por ejemplo, la Ley había dicho que el sábado ninguno de los israelitas se moviera del campamento (en el desierto). (Ex. 16, 29); pero los Escribas interpretaron esto en el sentido de que el sábado no se podían dar más que mil pasos geométricos, o, lo que es lo mismo, no se podía hacer más de un cuarto de hora de camino.

También el esforzado jefe Matatías y sus compañeros, al principio no quisieron defenderse en los dias sábados; y sólo cediendo a las consideraciones de que, procediendo de esta suerte, todo Israel habría perecido, se resolvieron a defenderse también el sábado, empuñando las armas contra sus enemigos. Pero la opinión de que en dia sábado no era licito destruir obras de fortificación o de sitio, fué lo que permitió a Pompeyo terminar en ese día su castillo contra Jerusalén. Debido a que los judíos no querían llevar armas ni marchar en dia sábado, los romanos los exceptuaron del servicio militar.

Las rigurosas interpretaciones del descanso sabático fueron exageradas todavia más por los Escribas y por los Fariseos, de suerte que la curación de un enfermo en la piscina probática (J. 5, I ss. y 9, I ss.), el haber los discipulos de Jesús, hambrientos, recogido y desgranado algunas espigas de trigo (Mt. 12, I, ss.; Mc. 2, 23 ss.; L. 6, I ss.); la curación de un hombre que tenia una mano seca (Mt. 12, 9-14; Mc. 3, 1-16; L. 6, 6-11); la curación de un ciego de

manos, así se lo imaginan, son puras como las de los niños de pecho.

Este ha leído en la Ley, y le resuenan aún en los oí-

nacimiento obrada por Jesús con ponerle encima de los ojos un poco de lodo hecho con tierra y saliva, ordenándole, después, que fuera a lavarse en la piscina de Siloé (J. 9, I, ss.); el Talmud dice, hablando del sábado, en la Mishna, que se puede verter el agua en el salvado para hacer la pasta para los pollos, pero no está permitido revolver ambas cosas ni amasarla— todas estas cosas y otras parecidas de Jesús, pudieron ser explotadas por sus enemigos como violaciones del sábado. A qué absurdos llegara semejante manera de pensar, se puede ver en la Mishna, que enumera 39 especies de trabajos vedados el sábado; entre los cuales, p. ej., el apagar el fuego, el dar dos puntos de costura, el escribir dos renglones y otros semejantes. Si alguno tiene dolor de muelas, no puede lavarlas con vinagre (si luego ha de escupir éste), porque esto sería tomar una medicina; quien sufre de lumbago o cosa parecida, no puede aplicarse en la región afectada vinagre y vino, porque esto es una medicina. Mucho era que se hubiera establecido que todas aquellas cosas en las que corria peligro la vida dispensaban de la obligación de guardar el sábado; aunque naturalmente se presentase aquella cuestión de señalar los casos en que el tal peligro era de temerse. Sin embargo, para poder hacer en sábado y en los días festivos cosas que solamente se permitían hacer en los otros días, se inventaron disposiciones en gran número, que son tan sofísticas como arbitrarias, pudiéndose muy bien aplicarles el proverbio: hecha la ley hecha la trampa.

En presencia de semejantes disposiciones e interpretaciones de la Ley, se comprenden las palabras del Salvador respecto de los Escribas que abrumaban a la gente con pesos que no podía llevar y le impedían de esta manera cumplir la verdadera voluntad de Dios. (L. II, 46, 52).

Tuve por compañero de departamento, en Buenos Aires, a un judío fervoroso (corredor de casa de comercio) el cual no hablaba por teléfono el sábado, porque, me decía, al descolgar el tubo en la oficina se producía una chispa; y por la misma razón no usaba del ascensor ni encendia luz en ese día, pero aprovechaba de la luz y del ascensor cuando la encendíamos y la usábamos los cristianos. La patrona de casa no se podía explicar el interés que demostraba por tenerse una habitación a la calle. Es que en esa habitación, que al fin obtuvo, los sábados se aprovechaba hasta la luz de los letreros anunciando diversas marcas de cigarrillos, lo que no podía hacer en la habitación interior.

Con el nombre de SABADO solía también designarse, entre los judíos, la entera semana. Así, p. ej., se lee en Lucas (18,22): "ayuno dos veces el sábado", lo que quiere decir: "ayuno dos veces en la semana". "Una sabbatorum" o "prima Sabbati" (Mc. 19, 2, 9) es el primer día de la semana o sea nuestro Domingo.

dos, las execraciones y los anatemas del antiguo Israel
contra las meretrices: "No habrá meretriz entre las hijas
Deut. 23, 17. de Israel"... "Ningún hijo de pública meretriz entre en
Deut. 23, 2. la iglesia del Señor". "No ofrecerás la paga de la pros-
titución ni el precio del perro en la casa del Señor por
cualquier voto que hayas hecho; pues uno y otro son
Deut. 23, 18. abominables, delante del Señor". Y Simón, el burgués
prudente, recordaba con igual satisfacción las admo-
niciones del autor de los Proverbios: "Por una mujer
Prov. 6, 26. meretriz se llega a un trozo de pan". Hoya profunda es
Prov. 23, 27. la meretriz". Y el compañero de las meretrices les come
todo: ¡Si al menos no costaran nada! Pero son capaces,
las desvergonzadas, de consumir los patrimonios.

El viejo propietario no puede concebir que una de estas peligrosas criaturas haya penetrado en su casa y hasta toque a su huésped. El sabe muy bien que la ramera Rahab (92) dió la victoria a Josué (93) y que fué

Tenían los judíos también el "año sabático" o sea la disposición de que basta la misma campaña debía, en cierto modo, celebrar el sábado, es decir, debía descansar y, por lo tanto, no se debía sembrar campo ni cultivar jardín, cada séptimo año. (Véase Lev. 25, 1-7. Neb. 10, 31).

(92) RAHAB. Nombre de la cortesana de Jericó que escondió en su casa a los exploradores mandados por Josué y no los entregó cuando el rey de Jericó se los pidió, sino que los salvó descolgándolos de las murallas por medio de una soga, desde una ventana de su casa (Jos. 2, 1, ss.). Había pactado con los espías su salvación y la de toda su familia, cuando los hebreos se hubieran apoderado de la ciudad; y Josué cumplió la promesa que sus espías hicieran a RAHAB, cuando entró victorioso en Jericó (Jos. 6, 17, 25). Si bien Rahab, al contestar a los mensajeros del rey de Jericó que no sabía de dónde eran los espías de Josué y que ya no los tenía en su casa, tomando las palabras como suenan, mintió, sin embargo, esas palabras no se consideran mentira, porque ya en ese momento el rey de Jericó dejaba de ser soberano, desde que "el Dios de Israel que es el mismo de allá arriba en el cielo y de acá abajo en la tierra" (Jos. 2, 11), había entregado a los hebreos la tierra y había caído sobre los habitantes de Jericó el terror del nombre de los israelitas y habían desmayado todos los habitantes de la tierra" (Jos. 2, 9); y, por lo tanto, no tenía (el rey de Jericó) ningún derecho sobre ella. Tal vez por esto la alaban Santiago en su epístola (2, 25) y Pablo en la suya a los Hebreos (11, 31).

(93) JOSUE (Libro de). Es este uno de los libros históricos más importantes de la Biblia, porque narra la conquista de la

la única que se salvó de la matanza de Jericó, pero también recuerda que el invencible Sansón (94), terror de

Tierra prometida, realizada por los hebreos bajo la guía de Josué, hijo de Nun. Los principales momentos de ella son: el paso del Jordán, la toma de Jericó (de que se habla en la nota precedente), la toma de Aín, la batalla de Gabaón, durante la cual acaeció el milagro de que el sol se parara (aparentemente), el exterminio de las gentes transjordánicas, especialmente las cananeas, la división del país conquistado entre las doce tribus israelíticas, excepto la sacerdotal de Leví a la que se le señalaron ciertos proventos, las últimas disposiciones de Josué y su muerte. La crítica racionalista moderna ha trabajado alrededor de este libro, queriendo demostrar ahora que él es de tres autores distintos, pertenecientes a tres edades diversas, ora que él no es más que un apéndice, por decirlo así, del Pentateuco de Moisés, con el cual formaría el Exateuco (véase nota PENTATEUCO) a "los seis libros". No es éste el lugar de dilucidar este punto; sólo diremos que, sean cuales fueren las observaciones que la crítica haga a este libro, él será siempre un importantísimo documento histórico, si bien no sabemos con exactitud quién es su autor, no pudiéndose, tal vez, admitir que lo haya escrito el propio Josué. Los que poseen el hebreo deducen de la bondad y de la pureza del idioma en que ha sido escrito, su antigüedad.

(94) SANSON ("Shamshom"). Fué el duodécimo de los Jueces de Israel y desempeñó estas funciones casi durante veinte años. Cuando nació (acaso a mediados del siglo XII a. de J. C.), los israelitas estaban oprimidos por el yugo de los Filisteos; pero él era el héroe predestinado para libertarlos.

Fué consagrado a Dios por la madre y educado sin probar nunca vino ni bebida alguna embriagadora, sin que navaja o tijera tocara su barba o cabellera. Debido a esto creció fortísimo y valiente sobre toda ponderación; y el libro de los "Jueces" cuenta muchas y portentosas hazañas realizadas por él en la juventud y en la edad viril. Traicionado por una mujer filistea, Dalila, a quien amaba, que lo entregó a sus compatriotas tantas veces golpeados y vencidos por él, le arrancaron los ojos y le obligaron a dar vuelta a una rueda de molino. Pero un día en que lo quisieron escarnecer obligándolo a danzar en su presencia, en uno de sus templos, él, recuperada repentinamente su antigua fuerza, sacudió las columnas del templo y murió vengándose de una manera memorable de sus enemigos. Su historia se narra en los capítulos 14, 15 y 16 del citado libro de los "Jueces". Acerca de la condición social de Dalila, mientras algunos padres de la Iglesia, seguramente por respeto a la memoria del esforzado Juez de Israel, dicen que había llegado a ser la esposa legal de Shamshom, la mayor parte de los intérpretes la consideran una cortesana; y, a la verdad, es ésta la impresión que se saca leyendo el Sagrado Texto, por la conducta que observó para con el fuerte mas no impecable héroe.

Los mitólogos alemanes han querido ver en esta figura legen-

los Filisteos, fué entregado por su barragana. No puede comprender él, Fariseo, cómo un hombre a quien el pueblo llama profeta no se haya dado cuenta de qué clase de mujer es la que ha venido a hacerle tan deshonroso honor. Pero Jesús ha leído en el corazón de la Pecadora y en el corazón de Simón. Y le responde con la parábola de los Dos Deudores. "Tenía un prestamista dos deudores. Uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían con qué pagar, les perdonó a los dos la deuda. ¿Quién de los dos te parece que le amará más?"

Respondió Simón:

—Me figuro que aquel a quien perdonó más.

Y dijo Jesús:

—Has juzgado rectamente.

E indicando a la mujer, añade: "¿Ves esta mujer? He entrado en tu casa y no me has dado agua para los pies; pues ésta me ha regado los pies con lágrimas y los ha secado con sus cabellos. No me has dado el ósculo y ésta, desde que ha entrado, no ha cesado de besar mis pies. No has ungido mi cabeza con el óleo; y ésta ha ungido mis pies con sus perfumes. Por lo cual te digo que ha amado mucho porque muchos pecados le han sido perdonados: mientras que poco ama aquel a quien poco se le ha perdonado".

Después dijo a la mujer: "Se te perdonan tus pecados... Tu fe te ha salvado, anda en paz". Luc. 7, 41-50.

La parábola y la glosa de Jesús muestran cuán grande sea aun hoy la incomprensión de este episodio. Todos, o casi todos, no recuerdan más que estas palabras: "Mucho le será perdonado porque ha amado mucho". Una lectura atenta del texto persuade que esta interpretación común o vulgar es el reverso de la verdad. Se imaginan que Jesús le haya perdonado los pecados porque ha amado a los hombres o por que ha manifestado, con el

daria de héroe, acaso fundándose en su nombre, pues en hebreo nuestro Sansón es "Shamshom" (sol pequeño), un mito solar, como en los otros personajes de la Biblia: Abraham, Isaac, Jefte y otros. Pero la atrevida y muy absurda teoría hace rato que está desbaratada.

perfume y con los besos, su amor a él. El ejemplo de los Dos Deudores nos hace advertidos que el sentido de las palabras de Jesús —mal repetidas y peor comprendidas— es todo lo contrario. La mujer había pecado mucho y, en virtud de su conversión, le fué perdonado mucho; y porque le fué perdonado mucho, ama ahora mucho a quien la convirtió, la salvó y la perdonó: el nardo y las lágrimas y los besos son la expresión de este tan agradecido amor. Si la Pecadora, antes de entrar en la casa, aquella noche, no hubiera sido ya otra, si no hubiera estado ya transformada por la virtud del perdón, no hubiese bastado todos los perfumes de la India y del Egipto y todos los besos de su boca y todas las lágrimas de sus ojos para obtener de Jesús la remisión de su vida pasada en el mal. El perdón no es el premio a estos actos de homenaje, sino que ellos son el agradecimiento por el perdón obtenido. Y son grandes porque fué grande el perdón, como fué grande el perdón porque grande había sido el pecado.

Jesús no hubiera rechazado a la pecadora ni aun en el caso en que ésta hubiera sido siempre una pecadora; pero tal vez no hubiera aceptado aquellas manifestaciones de amor, si no hubiese tenido la certeza de su cambio; al fin, ya podía, aun dentro de los preceptos del rigorismo fariseo, hablar con ella. "Tu fe te ha salvado, anda en paz".

Simón no sabe qué responder, pero del lado de los discípulos se levanta una voz ronca y airada que Jesús conoce de mucho tiempo atrás. Es la voz de Judas. "¿Para qué este desperdicio? Este ungüento se hubiera podido vender por más de trescientos denarios y darse a los pobres". Y los otros discípulos, cuentan los Evangelios, aprobaron las palabras de Judas y bramaban contra la mujer. Mc. 14, 3-9. y Mt. 26, 8.

Judas es el hombre que tiene la bolsa. El más infame entre todos ha elegido la cosa más infame: el dinero. Y a Judas le gusta el dinero. Le gusta en sí, le gusta como posibilidad de poder. Habla Judas de los pobres, mas no piensa en los pobres a los cuales Jesús ha distribuído el pan en las soledades de la campaña, pero sí en sus

propios compañeros, demasiado pobres todavía para conquistar a Jerusalén, para fundar el imperio mesiánico, en el cual Judas espera ser uno de los patrones. Además de avaro es envidioso como todos los avaros. Aquella unción silenciosa que recuerda la consagración del Rey y del Mesías, aquellos honores que una mujer hermosa ha rendido a su jefe, lo hacen sufrir. Los eternos celos del hombre contra el hombre ante una mujer se confunden con la codicia burlada.

Pero Jesús responde a las palabras de Judas como ha respondido al silencio de Simón. No ofende a los ofensores pero defiende a la mujer postrada a sus pies: "¿Por qué molestáis a esta mujer? Ella ha hecho obra buena conmigo: porque siempre tendréis pobres con vosotros y cuando quisiereis podéis hacerles bien; mas a mí no siempre me tendréis. Hizo ésta lo que pudo, se adelantó a ungir mi cuerpo para la sepultura. En verdad os digo que, por todo el mundo, dondequiera fuere predicado este Evangelio, también será contado, para memoria de
Mc. 14, 6-9. ella, lo que ésta hizo".

La tristeza imposible de expresar de esta profecía pasó, acaso, inadvertida para los que estaban sentados cerca de él. Todavía no pueden comprender que Jesús, para vencer, deba ser derrotado; que para triunfar para siempre deba morir. Pero Jesús siente la aproximación de ese día. "A mí no me tendréis siempre... Me ha embalsamado para la sepultura". La mujer oyó con terror la confirmación de su presentimiento y otro torrente de lágrimas subió precipitado a sus ojos. Entonces, con el rostro oculto por los sueltos cabellos, salió sin decir palabra como sin decir palabra había entrado.

Los discípulos callaban: no persuadidos, sino confundidos. Simón, para hacer olvidar su mortificación, llenaba los vasos de los invitados con su mejor vino. Pero la mesa taciturna parecía ya, a la luz amarillenta de las lámparas, un banquete de espectros por donde hubiera pasado premonitora la sombra de la muerte.

"¿QUIEN SOY?"

Y sin embargo los discípulos sabían. Aquellas palabras de muerte no eran, ni para ellos solos, las primeras.

Debían acordarse de aquel día no tan lejano cuando, en una calle solitaria, por las partes de Cesarea de Filipos, Jesús había preguntado qué decía de él la gente. Debían recordar la respuesta que brotó, como un chorro imprevisto de fuego... Y el esplendor que había deslumbrado a tres de ellos en la cima de la montaña... Y las profecías preciosas de Jesús acerca de la infamia de su fin.

Habían visto y oído y, esto no obstante, esperaban todavía; todos, menos uno. Las verdades brillaban en ellos como un pestañear, como un relámpago en la obscuridad. Después volvía, más negra que antes, la noche. El hombre nuevo que en Jesús reconocía al Cristo, el hombre nacido segunda vez, el cristiano, desaparecía para dejar el lugar al Judío ciego y sordo que no veía más allá de la Jerusalén de ladrillos y de piedras.

La pregunta que Jesús había dirigido a los Doce en la calle de Cesarea debería haber sido el principio de la total conversión a la nueva verdad. ¿Qué necesidad podía tener Jesús de saber lo que los otros pensaban acerca de él? Semejante curiosidad anida solamente en las almas inseguras, en los que no se conocen a sí mismos, en los débiles que no saben leer en sí mismos, en los ciegos no seguros del terreno que pisan. En todos nosotros una pregunta tal es legítima, menos en él. Porque ningún hombre sabe verdaderamente quién es; ninguno conoce con certeza su naturaleza, su misión, el nombre eterno que se adapta perfecta y rigurosamente a nuestro destino: nuestro nombre absoluto. El

que se nos impone cuando todavía estamos mudos, junto con la sal y el agua del bautismo, el nombre inscripto en los registros de la ciudad, anotado en los volúmenes de los nacimientos y de las defunciones, ese nombre que la madre pronuncia con tanta dulzura por la mañana y la amante murmura con tanto deseo en la noche, el nombre que se graba, por última vez, en el rectángulo del sepulcro, no es nuestro verdadero nombre. Cada uno de nosotros tiene un nombre secreto, que expresa nuestra invisible y auténtica esencia y que no conoceremos hasta el día de nuestro segundo nacimiento, hasta la luz plena de la resurrección.

Pocos tienen el valor de preguntarse a sí mismos: "¿Quién soy?" Y mucho menos son los que pueden responder. La pregunta: "¿Quién eres?" es la más grave que un hombre pueda dirigir a otro hombre. Los demás son, para cada uno de nosotros, un misterio cerrado, aun en los tormentos supremos de la pasión, cuando dos almas tratan desesperadamente de ser un alma sola. Pero somos todos, también para nosotros mismos, un misterio. Vivimos ignorados entre ignorados. Muchas de nuestras miserias tienen su origen en esta universal ignorancia. Este que hace de rey y se cree rey, no es más, en lo absoluto, que un pobre criado, predestinado desde el principio de los tiempos a la mediocridad de las mansiones subalternas. Aquel otro, que viste y oficia de juez, miradlo bien: ha nacido mercader, su puesto está en el mercado. Aquel de más allá, que escribe versos no ha entendido la voz que internamente le habló: debía ser orfebre porque el oro que puede convertirse en moneda le gusta y le atraen las filigranas, el cincel, el mosaico, las gemas falsas. Este otro, a quien han hecho jefe de ejércitos, debía haber sido retenido en la escuela: ¡qué profesor experto y elocuente hubiera llegado a ser! Y aquel de allá que vocifera en la plaza, sacudiendo violentamente los cabellos en revolución, incitando a los pueblos a la revuelta, es un hortelano extraviado: la carne de los tomates, las ristras de cebollas, las cabezas de ajos y las bolas de repollos serían el justo premio de su misión. En cambio, este que está aquí, que poda la

vid blasfemando y blasfemando esparce el abono sobre la tierra removida, debería haber estudiado en los códigos el arte de eludirlos. Nadie como él sabe inventar chicanas y trampas: y cuánta elocuencia también ahora en los humildes duelos de intereses, pobre abogado príncipe, desterrado a los establos y a los cursos!

Nosotros somos víctimas de estos errores, porque no sabemos. Porque no tenemos ojos espirituales suficientemente penetrantes para leer dentro de nosotros y en los corazones que palpitan bajo la carne de los prójimos tan irremesiblemente separados. Todo ha sido equivocado por culpa de estos nombres ignorados, ilegibles para nosotros, solamente reconocibles por el genio.

Pero ¿cómo podía importarle a Jesús lo que dijeran de él los hombres del lago y de los villorrios ¿A Jesús, que podía leer en las almas los pensamientos ocultos a ellas mismas? ¿A Jesús, que era el único sabedor. con certeza indecible, exenta de contrapruebas, y mucho antes de aquel día, cuál era su verdadero nombre y su naturaleza sobrenatural?

En efecto, no pregunta para saber, sino para que sus fieles sepan, finalmente, ellos también; sepan, ahora que estamos al final, su verdadero nombre. Y a las primeras respuestas ni siquiera hace caso. "Unos dicen que eres Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías y otros que un profeta de los primeros, que ha resucitado". Mt. 16, 14.
¿Qué podían importarle a él estas groseras suposiciones de los simples y de los extraños? Quiere él que, precisamente de ellos, destinados a testificar por él entre los pueblos, venga la respuesta definitiva. No quiere, hasta el último, imponer por la fuerza la fe a aquellos que más de cerca lo ven vivir y le oyen hablar. El nombre que ninguno de ellos ha pronunciado hasta ahora, como si a todos infundiera temor, debe salir como una estallante confesión de amor desde alguna de aquellas almas, debe ser silabeado por alguna de aquellas bocas.

—Pero vosotros, ¿quién decís que soy yo? Mt. 16, 15.

Entonces en Pedro se produjo una iluminación que casi lo supera por completo y lo hace de veras el Primero para toda la eternidad. Ya no retiene más las palabras;

se le asoman a los labios casi contra su voluntad, en un grito del cual él mismo, un minuto antes, no se hubiera
Mt. 16, 16. creído capaz: "¡Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo!" 'Tus palabras son palabras de vida eterna; y nosotros
J. 6, 69, 70. hemos creído y conocido que tú eres el Santo de Dios".

Al fin, de la dura piedra brotó el manantial que ha apagado, hasta hoy, la sed de sesenta generaciones. Era su derecho y su premio. Pedro había sido el primero en seguirlo en su divino vagabundaje; a él le corresponde ser el primero en reconocer en ese divino vagabundo, anunciador del Reino, al Mesías que todos esperaban en el desierto de los siglos y que, al fin, ha llegado; y es precisamente ese que está ante ellos, con los pies en el polvo del camino.

El Rey Puro, el Sol de Justicia, el Príncipe de la Paz, Aquel que Dios debía mandar en su día, que los Profetas habían anunciado en los crepúsculos de la tristeza y del castigo y habían visto bajar a la tierra como un rayo, en la plenitud de la victoria; Aquel a quien los ofendidos esperaban de siglo en siglo como la hierba seca espera el agua, como la flor espera el sol, como la boca espera el beso y el corazón el consuelo; el Hijo de Dios y del Hombre; el Hombre que esconde a Dios en su corteza de carne; el Dios que ha envuelto su divinidad en el fango de Adán, es él, el dulce hermano de todos los días, cuyo rostro tranquilo se refleja en los ojos estupefactos de los primeros escogidos.

La espera ha terminado; se ha clausurado la vigilia. ¿Y por qué no lo habían sabido reconocer hasta ese día? ¿Por qué no lo habían dicho nunca a nadie? ¿Desde cuándo ha nacido en aquellas almas demasiado sencillas la primera idea sobre el verdadero nombre de aquel que tantas veces los ha tomado de la mano y ha hablado en sus oídos? ¿Podían, acaso, pensar que uno de ellos —plebeyo como ellos, obrero y pobre como ellos— pudiera ser el Salvador, el Mesías, anunciado y esperado por los santos y por los pueblos?

Con la sola razón no hubieran llegado a descubrirlo; ni con el sentido de todos ni con las explícitas señales de las Escrituras. Sólo con una inspiración de lo alto,

que se manifestó en la iluminación repentina del corazón, como sucedió, ese día, en el alma de Pedro. "¡Bienaventurado eres, Simón hijo de Jonás, porque no es la carne ni la sangre quien te ha revelado eso, sino mi
Padre que está en el cielo!" Sin una revelación de lo Mt. 16, 17.
alto, los ojos carnales no hubieran podido ver lo que han visto.

Pero el que Pedro haya sido elegido para esta proclamación no pasará sin consecuencias. Es un premio que trae aparejadas otras recompensas: "Tú eres Piedra, y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del Averno no podrán vencer. Y te daré las llaves del Reino de los Cielos. Y todo lo que atares en la tierra será atado en el Cielo y todo lo que desatares en la tierra
será desatado en el Cielo". Mt. 16, 18, 19.

Palabras sumamente graves. De ellas ha surgido uno de los Reinos más grandes que los hombres hayan establecido sobre la tierra; el único de los antiguos reinos que todavía subsiste, y en la misma ciudad que vió nacer y deshacerse el más soberbio de los imperios temporales. Por estas palabras muchos sufrieron, muchos fueron martirizados, muchos fueron muertos. Por negar o mantener, por interpretar o borrar estas palabras, millones de hombres se hicieron matar en las plazas y en las batallas; se dividieron los reinos, las sociedades aparecieron sacudidas y divididas, tumultuaron las naciones, se conmovieron los emperadores y los mendigos. Pero su sentido, en boca de Cristo, es simple y llano. Tú, Pedro, debes ser duro y firme como la roca y sobre la firmeza de tu fe en mí, que, primero entre todos has confesado, se funda la primera sociedad cristiana, semilla humilde del Reino. Contra esta Iglesia, que ahora tiene solamente unos doce ciudadanos pero que se extenderá hasta los confines de la tierra, las fuerzas del mal no podrán prevalecer, porque vosotros sois el espíritu y el espíritu no puede ser vencido y apagado por la materia. Tú cerrarás para siempre —y cuando te hablo a ti entiendo hablar a todos los que te sucederán, unidos en la misma certeza— las puertas del Infierno y abrirás a todos las puertas del Cielo. Tú atarás y des-

atarás en mi nombre; lo que tú prohibas después de mi muerte, será también prohibido mañana, en la nueva humanidad que hallaré a mi regreso; lo que tú mandes, será justamente mandado porque no harás más que repetir, aunque sea con otras palabras, lo que yo te he dicho y enseñado. Serás, en tu persona y en la de tus Herederos legítimos, el pastor del interregno, el guía temporáneo y provisorio que prepara, junto con los otros compañeros obedientes a ti, el Reino de Dios y del Amor.

En cambio de esta revelación y de esta promesa pido una prueba difícil: la del silencio. A nadie, por ahora, debéis decir quién soy. Mi día se aproxima, pero no ha llegado todavía; y presenciaréis lo que no esperáis, más aún, lo contrario precisamente de lo que esperáis. Yo sé la hora en que deberé hablar y en que deberéis hablar. Pero cuando rompamos el silencio, mi grito y el vuestro serán oídos en los espacios más apartados de la tierra y del cielo.

SOL Y NIEVE

Altísimo es el Monte Hermón y tiene tres cimas, cubiertas de nieve aun en la estación del fuego. Es la cumbre de la Palestina, mucho más alta que el Tabor. Desde el monte Hermón, dice el Salmista, cae el rocío para los collados de Sion. Sobre esta cima, la más alta en la vida de Cristo que tiene por etapas las alturas —Montaña de la Tentación, Montaña de las Bienaventuranzas, Montaña de la Transfiguración, Montaña de la Crucifixión— Jesús se convirtió completamente en luz.

Tres solos discípulos estaban con El: el apodado Piedra y los dos Hijos del Trueno. El montañés y los tempestuosos: compañía apropiada al lugar y al momento. Oraba solo, aparte, en lo alto, más en lo alto que ellos y que todos, tal vez con las rodillas en la nieve. ¿Quién no ha visto en invierno, en las montañas, cómo toda blancura se hace obscura y gris comparada con la nieve? Un rostro pálido parece extrañamente ennegrecido, un lienzo blanco lavado en la mejor lejía parece sucio, el papel toma el color del barro seco. Lo contrario se vió aquel día, en aquella altura cándida y desierta, sola en el cielo.

Jesús, solo, oraba apartado. Repentinamente su rostro resplandeció como el sol y sus vestiduras aparecieron cándidas como la nieve que brilla en el sol, cándidas como ningún pintor o tintorero podría lograrlas o imaginarlas siquiera. Sobre el candor de la nieve un candor más fuerte, un esplendor más poderoso que todos los esplendores conocidos, vencía toda la luz terrenal.

La Transfiguración es la fiesta y la victoria de la Luz. Permaneciendo todavía —¡por tan poco tiempo!— carne y materia, Jesús toma de la materia el estado más sutil, más ligero, más espiritual. Su cuerpo, que espera

a la libertadora, se convierte en luz del sol, luz del cielo, luz intelectual y sobrenatural; su alma, divinizada en la oración, se hace visible a través de la carne, traspasa con su fulgor candente la coraza del cuerpo y del paño, como una llama que consume las paredes donde estaba encerrada y las hace trasparentes.

Mas la luz no es la misma en el rostro y en las vestiduras. La luz del rostro es la del sol; la de las vestiduras semeja la brillantez de nieve. El rostro, espejo del alma, tiene el color del fuego; las vestiduras, materia agregada y servil, el del hielo. Porque el alma es sol, fuego, amor; pero las vestiduras, todas las vestiduras, aun aquella pesada vestidura que se llama cuerpo, es opaca, gélida, muerta, y no puede brillar sino por luz refleja.

Pero Jesús, todo luz, con el rostro que relampaguea con tranquilos relámpagos, con las vestiduras que relucen de radiosa blancura —oro que centellea entre la plata— no está solo. Dos grandes muertos, cándidos como él, se le aproximan y le hablan: Moisés y Elías. El primero de los Redentores, el primero de los Profetas. Hombres de luz y fuego, vienen a prestar testimonio a la nueva luz que centellea sobre el Hermón. Todos los que han hablado con Dios quedan envueltos y empapados en luz. El rostro de Moisés, cuando bajó del Sinaí, era tan resplandeciente que tuvo que cubrirse para no deslumbrar a los que habían quedado abajo. Elías fué arrebatado al cielo sobre un carro de fuego, tirado por caballos de fuego. Juan, el nuevo Elías, anunció el bautismo de Fuego; pero su rostro, si fué tostado por el sol, no brilló como el sol. El único esplendor que le cupo en suerte fué el de la bandeja de oro donde fué reclinada su cabeza sanguinolenta, regio presente digno de la sádica barragana de Herodes.

Pero sobre el Hermón ahora está Aquel que brilla en el rostro más que Moisés y subirá al cielo de una manera mucho más perfecta que Elías; Aquel a quien Moisés había anunciado y que debía venir después de Elías. Se han puesto a sus lados, pero para disiparse luego, para siempre. Ya no son más necesarios después de esta última testificación. El mundo ya podrá prescindir de su Ley y de sus esperanzas. Una nube luminosa oculta los tres resplandecientes a los ojos de los tres obscuros que esperan y de la nube baja una voz que grita: "Este es mi Hijo muy querido. ¡Oídle a él!". Luc. 29-35.

La nube no oculta la luz, sino que la redobla. Como de la nube de la tormenta sale el relámpago que ilumina de repente la campaña, de esta nube, ya de suyo luminosa, baja la llama que consume el Antiguo Pacto y confirma para siempre la nueva Promesa. La nube de humo que guiaba a los Hebreos fugitivos en el desierto hacia el Jordán, la nube negra que llenaba el Arca, y la escondía en los días del miedo y de la abominación, se ha convertido finalmente en una nube de luz tan fuerte que vence hasta la luz solar en el rostro que será abofeteado en las tinieblas inminentes.

Pero desaparecida la nube, Jesús está otra vez solo. Los dos precursores y testigos han desaparecido. Su rostro ha vuelto a tomar al color natural; su vestido es el de todos los días. El Cristo, vuelto a ser el hermano cariñoso, se dirige a los casi muertos compañeros: "Levantaos y no temáis. Pero no contéis a nadie lo que habéis visto hasta que el Hijo del Hombre no haya resucitado de entre los muertos". Mt. 17, 9.

La Transfiguración es un bosquejo de la Ascensión; pero para resucitar en la gloria es necesario, siempre, morir en la vergüenza.

"SUFRIRÉ MUCHAS COSAS"

Que debía morir, y dentro de poco, y de muerte infamante, Jesús lo había sabido siempre. Era el premio que le correspondía y nadie se lo había de arrebatar. Quien salva está pronto para perderse; quien rescata a otros es fuerza que pague con todo sí mismo, es decir, con el único valor que sea verdaderamente suyo, que sobrepasa y comprende todos los otros valores; quien ama a los enemigos justo es que sea odiado también por los amigos; quien lleva la salud a todos los pueblos debe ser matado por su pueblo; quien ofrece la vida merece recibir la muerte. Cada beneficio es una ofensa tal a la ingrata resistencia de los hombres que sólo puede ser vengado con la mayor de las penas. Nosotros prestamos oído solamente a las voces que se levantan de los sepulcros y nuestra escasa capacidad de veneración está reservada a aquellos que hemos asesinado. No quedan en la caduca memoria del género humano más que las verdades escritas con sangre.

Jesús sabía lo que se preparaba para él en Jerusalén, y en todos sus pensamientos, como más tarde lo dirá uno que fué digno de copiarlo, llevaba esculpida la muerte. Por tres veces, antes de entonces, habían tentado matarlo. La primera vez en Nazaret, cuando lo llevaron a la cresta del monte sobre el cual estaba edificada la ciudad y querían arrojarlo abajo. Una segunda vez, en el Templo, los Judíos, ofendidos por sus discursos, echa-
J. 8, 59. ron mano a las piedras para lapidarlo. Y una tercera, en la fiesta de la Dedicación (95) en invierno, tomaron

(95) FIESTA DE LA DEDICACION (o "Encenia"). Se celebraba el 25 del mes "Caslen", (noviembre-diciembre); duraba ocho días y recordaba la purificación y dedicación que Judas Macabeo

otra vez piedras de la calle para hacerlo callar, amena-
zarlo de muerte. J. 10, 31.

Las tres veces pudo Él librarse, porque su día no había llegado aún. Estas promesas de muerte las guarda en el alma, para sí solo, hasta los últimos tiempos. No quería entristecer a sus discípulos que, tal vez, se hubieran escandalizado de seguir a un condenado, ya moribundo en su corazón. Pero después de la triple consagración de su Mesianidad —el grito de Pedro, la luz de Hermón, el ungüento de Betania— no podía más callar. Conocía demasiado bien las ingenuas y ardientes aspiraciones de los Doce. Sabía que, pasados los raros instantes de entusiasmo y de iluminación, no eran siempre capaces de pensamientos que no fueran los del vulgo, humanos hasta en los sueños más sublimes. Sabía que esperaban al Mesías como a un victorioso restaurador de la edad de oro y no como al "Hombre de los Dolores" anunciado por Isaías. Lo pensaban Rey en el trono y no como malhechor en el patíbulo; triunfante entre los homenajes y los tributos, y no despreciado con salivazos y golpes; como viniendo a resucitar a los muertos y no para ser asesinado cual si fuera un asesino.

Era, pues, necesario —para que la nueva certeza no se desmoronase en ellos el día de la ignominia— que fueran advertidos. Que supieran de la propia boca del Mesías y del condenado, que el Mesías debía ser condenado, que el victorioso debía desaparecer en una atroz derrota, que el Rey de todos los Reyes debía ser insultado por los sirvientes de César, que el Hijo de Dios debía ser crucificado por los enceguecidos servidores de Dios.

Tres veces habían tentado matarlo; por tres veces anuncia a los Doce, después de la confesión de Pedro,
la próxima muerte. Y de tres especies serán los hombres Mc. 8, 31, 10, 33, 34, 14, 8.

hizo del templo, después que fué profanado por Antioco Epifanio (Lib. I de los Mac. 4, 52 ss., y II, 1). Algunos entienden que estas fiestas conmemoran la dedicación del primer templo, edificado por Salomón; otros la del templo reedificado por Zorobabel del cautiverio de Babilonia. En griego esta fiesta se llama "encenia", que quiere decir renovación. La Pascua, Pentecostés y *Scenopegia* (tabernáculos), no se podían celebrar sino en Jerusalén; pero las "Encenias" en todas partes.

que ordenarán su muerte: los Ancianos, los Príncipes de los Sacerdotes, los Escribas.

Y tres serán los cómplices necesarios de su muerte: Judas que lo traiciona, Caifás que lo condena, Pilatos que concede la ejecución de la condena. Y serán de tres especies los ejecutores materiales de la pena: los esbirros que lo tomarán preso, los judíos que gritarán "*crucifige*" ante el pretorio, y los soldados romanos que lo clavarán en el madero.

Tres grados, como el mismo lo dice a los Discípulos, tendrá el castigo. Primero será escarnecido y ultrajado, después escupido y azotado y, finalmente, matado. Pero no deben espantarse ni llorar. Como la vida tiene la recompensa en la muerte, la muerte es una promesa de una segunda vida. Después de tres días resucitará del sepulcro para nunca jamás morir.

El Cristo no trae consigo abundancias de oro y de trigo pero sí la inmortalidad para todos los que le obedecerán y la cancelación de todo pecado. Mas la inmortalidad y la liberación deben ser pagadas con sus contrarias; con la prisión y con la agonía. El precio es duro y fuerte, pero los pocos días de la pasión y del sepulcro son necesarios para comprar los miles de años de vida y de libertad.

Los discípulos, en presencia de estas revelaciones, se turban y no quieren creer. Pero Jesús ha empezado ya a sufrir, representándoselos en el pensamiento y diciéndolos con palabras, los dias terribles del fin. Los herederos de su palabra ya lo saben todo y Cristo puede ahora encaminarse a Jerusalén para que se cumpla hasta lo último lo que ha dicho.

"MARAN ATHA" (96)

Pero al menos por un día será semejante al Rey que los pobres esperan todas las mañanas del año a las puertas de la santa ciudad.

La Pascua se aproxima. La última Semana que no tendrá nunca fin —aún no despuntó el nuevo Domingo— está por empezar.

Pero esta vez Jesús no entra, como las otras veces, obscuro viajero, mezclado en el río de la peregrinación, en la metrópoli mal oliente, acostada, con sus casas blancas, como los sepulcros, bajo la vanagloria sobresaliente del Templo destinado al incendio. Esta vez, que es la última, Jesús está acompañado de sus fieles, de sus allegados, de sus conciudadanos, de las mujeres que llorarán, de los Doce que se esconderán, de los galileos que van para conmemorar un milagro antiguo, pero con la

(96) *MARAN ATHA*. Con estas palabras termina el versículo 23 del capítulo 16 de la I carta de S. Pablo a los Corintios: "Si alguno no ama a Nuestro Señor Jesucristo, sea excomulgado. *Maran Atha*".

Respecto de esta frase, observó ya S. Jerónimo, que ella es aramaica, la cual por ser muy conocida por todos los primeros fieles, como que se usaba en la liturgia con igual o parecida frecuencia que el amén y el *aleluya*, el apóstol S. Pablo se creyó dispensado de traducirla. Su significado no consta de manera cierta. Porque "atha" es verbo y significa "venir"; y mientras unos quieren que está en pretérito, y significaria venida pasada, es a saber, el nacimiento de Jesús; otros sostienen que tratándose de venida cierta, en la misma forma de pretérito tiene significación de futuro; "vendrá"; a los que se añaden unos terceros a quienes gusta que pertenezca al modo imperativo, debiéndose leer en ella: "¡Señor, Ven!", es decir, ven a ejecutar el anatema (maldición, excomunión) que inmediatamente precede: "Si alguno, etc.". Luego, se referiría a la segunda venida, es decir, al juicio final. Esta opinión parece la más aceptable a los intérpretes modernos. (Juan Planellas, S. J.).

esperanza de presenciar un milagro nuevo. Esta vez no se halla solo: la vanguardia del Reino está con él. Y no llega de incógnito: la fama de las resurrecciones lo ha precedido. También en la capital, donde reinan el hierro de los Romanos, el oro de los Mercaderes, la letra de los Fariseos, hay ojos que espían hacia el monte de los Olivos y corazones que suenan bajo una palpitación desconocida.

Esta vez no quiere entrar a pie en la ciudad que debería ser el trono de su reino y será su fosa. Llegado a Betfagé (97), manda a dos de los Discípulos por un asno, Lo hallarán atado a un cerco: es desatado y llevado, sin pedir permiso a nadie. "Si el patrón dijere algo, contestadle que el Señor lo necesita".
Luc. 19,29, 31.

Se ha dicho hasta nuestros días que Jesús quiso por cabalgadura un asno como señal de humildad y de mansedumbre, como si hubiera querido simbólicamente significar que iba hacia su pueblo como el Príncipe de la Paz. Pero se ha olvidado que los asnos, en la juventud de los tiempos y de la fuerza, no eran los tardos cargueros de nuestros días, huesos cansados en piel desgarrada, entorpecidos por tantos siglos de esclavitud y empleados solamente para llevar cestos y bolsas por los pedregales de las difíciles subidas. El asno antiguo era animal orgulloso y guerrero; hermoso y gallardo casi cuanto el caballo y digno de ser sacrificado a las divinidades. Homero se entendía de comparaciones y no quiso por cierto deprimir a Ayax el forzudo, al orgullosísimo Ayax, cuando se le presentó la oportunidad de compararlo al burro. En cambio, los judíos se valen de los asnos no domados para otras comparaciones. "El hombre es tan falto de sentido y temerario de corazón —dice Sofar Naamatites a Job— que nace semejante al pollino de asno montés". Y Daniel cuenta que cuando Nabucodonosor, en expiación de sus tiranías "fué echado de entre los hijos de los hombres, su corazón se hizo como el de las bestias y moró con los asnos silvestres".
Job. 10, 12.
Daniel 5, 21.

(97) BETFAGÉ. Villorrio próximo a Betania, situado en la falda del monte de los Olivos. Desde allí, y montado en un jumento, se encaminó Jesús a Jerusalén, en la que entró triunfalmente.

Jesús ha pedido expresamente un asno no domado, que nadie ha montado, en una palabra, parecido al montés. Porque en aquel día la bestia escogida por él no representa en símbolo la humildad del que la cabalga sino al pueblo judío que será libertado y domado por Cristo; el animal indócil y terco, duro de boca, que ningún profeta y ningún monarca supo domar y que hoy está atado al palo, como Israel está atado por la soga romana bajo la Torre Antonia (98). Falto de sentido y temerario de corazón, como en el libro de Job; compañía apropiada al rey de la vida pésima; esclavo de los extranjeros pero al mismo tiempo recalcitrante y rebelde hasta el término de todo tiempo, el pueblo hebreo ha encontrado finalmente su jinete. Por un solo día: también contra él, contra el legítimo Rey, se rebelará en esa misma semana, pero por poco tiempo. La capital amiga de las riñas será destruída, el templo demolido y la estirpe deicida será esparcida como el cascarillo del eterno cribador por la superficie toda de la tierra.

Tan dura es la grupa del burro, que los amigos de Jesús le echan encima sus capas. Pedregosa es la pendiente que baja del monte de los Olivos y los compañeros exultantes arrojan sobre el erizado pedregal sus mantos de fiesta. Gesto, éste también, de consagración. Quitarse la capa es principio de despojo, principio de aquella desnudez que es deseo de confesión y muerte de la falsa vergüenza. Desnudez de cuerpo, promesa de la desnudez verdadera del espíritu. Voluntad de amor en la suprema limosna: dar lo que tenemos encima. "Al que te pide la túnica, dale también la capa". Mt. 5, 40.

(98) TORRE ANTONIA. Según la historia, el mayor progreso edilicio de Jerusalén fué alcanzado en el reinado de Herodes el Grande. Este soberano hizo terminar y ornamentar espléndidamente el segundo templo; además hizo construir un teatro, un anfiteatro, un palacio del concejo y otros edificios, entre los cuales el alcázar sobre el monte Sion, muy ponderado por Flavio Josefo. Renovó también y aumentó las fortificaciones y las torres, entre las cuales la torre Antonia que, estando construída con gran magnificencia de manera que podía también ser habitada, se convirtió en la sede de los pretores romanos y fué llamada por eso "pretorio" Allí fué presentado Jesús a Pilatos por sus enemigos.

Y empieza el descenso en el calor del sol y de la gloria, entre los ramos frescos, recién cortados, y los himnos del saludo de los que esperan.

Era a principios de abril, el ventoso, y de la primavera. La hora dorada del medio día extendíase en torno de la ciudad en los campos despiertos, en los viñedos verdes y en los huertos con su vegetación triunfante. El cielo abierto sobre lo infinito era de una serenidad maravillosa; un cielo inmenso, flordelisado, lindo y jubiloso como la promesa de un ojo divino. No se veían las estrellas, pero parecía que brillaba, junto con el nuestro, también el suave brillo de los otros soles inmensamentes distantes. Un viento tibio, saturado todavía de paraíso, plegaba con ternura las ingenuas cimas de los árboles y cambiaba el color de las vírgenes hojas tan tiernas todavía. Era uno de aquellos días en que el azul parece más azul, el verde más verde, la luz más iluminadora, el amador más amoroso.

Los que acompañaban a Jesús en el descenso se sentían arrebatados en aquel feliz arrobamiento del mundo y del momento. Nunca, como ese día, se habían sentido desbordantes de esperanza y de adoración. El grito de Pedro convertíase en el grito del ejército pequeño fervoroso que bajaba por la ladera hacia la ciudad reina.
Mt. 21, 9. "¡Hosanna al hijo de David!" repetían las voces de los jóvenes y de las mujeres. También los Discípulos, a pesar de estar advertidos de que ése era el último sol, a pesar de saber que ése era el cortejo de un moribundo, también los Discípulos casi empiezan, en aquella impetuosa alegría, a esperar de nuevo.

El cortejo se aproximaba a la misteriosa, a la sorda, a la enemiga ciudad, con la furia sonora de un torrente que no respeta más diques. Estos campesinos, estos provincianos van delante, flanqueados por un movible simulacro de bosque, cual si quisieran llevar dentro de las murallas hediondas, en los callejones obtusos, un poco de campo y de libertad. Los más atrevidos han cortado, a medida que avanzaban, ramas de mirto, ramas de olivos y ramas de sauces, como para las fiestas de los Tabernáculos (99). Y las agitan en alto, gritando las apasionadas palabras de los Salmos, mirando hacia la cara ardiente de "aquel que viene en nombre de Dios".

Ya la primera legión cristiana está a las puertas de Jerusalén y las voces de homenaje no callan: "¡Bendito el Rey que viene en nombre del Señor! ¡Paz y gloria en las alturas!". Estos gritos llegan a los oídos de los Fari- Luc. 19, 38.
seos que han acudido, reservados y severos, a ver qué significa esta sediciosa algarabía. Y los gritos han escandalizado a esos prudentes oídos, han turbado a esos corazones sospechosos. Algunos de ellos bien envueltos en sus capas doctorales, de entre la muchedumbre le gritan a Jesús: "Maestro, ¡llama al orden a tus discípulos! ¿No sabes que esas palabras no se pueden dirigir Luc. 19, 39.
sino al Señor o a Aquel que ha de venir en su nombre?"

Y él sin detenerse: "Yo os digo en verdad, que si éstos se callan ¡gritarán las piedras!" Luc. 19, 40.

Las inmóviles calladas piedras que Dios, según Juan, hubiera podido transformar en hijos de Abrahán, las ardientes piedras del Desierto, que Jesús no quiso convertir en pan a pesar de la invitación del Adversario; las enemigas piedras de los caminos, que dos veces fueron recogidas para apedrearlo; las sordas piedras de Jerusalén serían menos sordas, menos frías, menos insensibles que las almas de los Fariseos.

(99) FIESTA DE LOS TABERNACULOS. Con este nombre se llamaba en la antigüedad hebraica, y se llama aún hoy entre los judíos, la fiesta instituída por el Señor, en recuerdo de cuando los hebreos, salidos del Egipto, habitaron durante tanto tiempo en el desierto bajo carpas y cabañas. En el Levítil. 23, 34 ss.) se ordenan sacrificios a Dios, descanso solemne durante siete días, empezando desde el décimo quinto día del séptimo mes del año; y más adelante. (42-43), se da la razón de la institución de dicha fiesta: "Y habitaréis en enramadas en forma de tiendas o cabañuelas ("umbraculis") siete días. Todo lo que es del linaje de Israel habitará en tabernáculos, para que aprendan vuestros descendientes que en tabernáculos hice habitar a los hijos de Israel, cuando los sacaba de la tierra de Egipto". También en el Deuteronomio (16, 13-16; 21, 10), se recuerda este precepto de celebrar la fiesta de los tabernáculos. Al regreso de la cautividad de Babilonia por el decreto de Ciro y Darío, la primera solemnidad que celebraron los hebreos fué precisamente la festividad otoñal de los tabernáculos. (Esdra, lib. 1, 3, 4 y Esdrs, lib. II, 8, 14-17).

Pero con aquella respuesta Jesús confirmó ser él el Cristo. Es una declaración de guerra. En efecto, el nuevo Rey, apenas entrado en su ciudad, da la señal del asalto.

LA "CUEVA DE LOS LADRONES"

Subió al Templo. Sus enemigos, todos, estaban reunidos allá arriba. El castillo sagrado, en la cima de la colina, calentaba su albura nueva en la magnificencia del sol primaveral. La antigua arca de los nómades, tirada por bueyes a través del ardor de los desiertos y de las batallas, se había detenido, petrificado, allá arriba, guardiana de la ciudad real. El carro de los fugitivos se había convertido en una pesada ciudadela de piedras y de mármol, en un barrio fastuoso de palacios y escalinatas, umbroso de columnatas, luminoso de patios, cerrado de murallas a pique sobre el valle, protegido por bastiones y por torres como una fortaleza. No era solamente el recinto para el "Santo de los Santos" (100), y el altar de los sacrificios; no significaba el Templo únicamente, sino la ciudadela religiosa, el santuario místico de un pueblo. Con las atalayas para las vigías, las casas para los guardias, los almacenes para las ofrendas, las cajas fuertes para los depósitos monetarios, las plazas para el comercio, las galerías para reuniones y paseos, era todo menos un asilo de recogimiento y de oración. Todo: fortaleza en caso de sitio, banco de depósitos, mercado en tiempos de peregrinaciones y de fiestas, bazar en todo tiempo, bolsa de comercio, foro para las disputas de los politicantes, la vanidad de los doctores, los chismes de los holgazanes; lugar de paseo, de citas, de tráficos. Construído por un rey extranjero para captarse la fidelidad de un pueblo voluble y sedicioso, y

(100) "SANTO DE LOS SANTOS". Era la parte principal del primer templo de Jerusalén, en la cual se conservaba el Arca Santa con las tablas de la ley, la vara de Aarón y el vaso del maná. No penetraba en el *Sancta Sanctorum* nadie más que el Sumo Sacerdote y éste una vez al año.

contentar la soberbia y la avaricia de la casta sacerdotal, plaza fuerte y plaza de mercado, debía aparecer a los ojos de Cristo como el obligado punto de reunión de todos los enemigos de la Verdad.

Jesús sube al Templo para destruir el Templo. Dejará a los Romanos de Tito el trabajo de desmantelar las murallas, de agrietar todas esas paredes de piedra, de quemar los edificios, de robar el oro y el bronce, de reducir a un montón de piedras humeantes y maldecidas esa mole fortificada de Herodes. Pero destruye, —ha destruído los valores que el Templo orgulloso manifiesta con sus bloques sobrepuestos y alineados, con sus azoteas pavimentadas y sus puertas de oro. Jesús que sube hacia el Templo, es el Transfigurado de la montaña contra los escribas momificados entre sus rollos; es el Mesías del nuevo Reino contra el usurpador del Reino, bastardeado en las transacciones y podrido en las infamias; es el Evangelio contra la Torá (101); el tiempo Futuro, contra el Pasado; el Fuego de Amor contra la Ceniza de la Letra. Ha llegado el día del encuentro y del choque. Jesús, entre los cánticos de la muchedumbre fervorosa, sube hacia la perrera suntuosa de sus enemigos. Conoce el camino: lo reconoce. ¡Cuántas veces lo ha recorrido, niño pequeñito, llevado de la mano, entre el montón de los peregrinos, en medio del clamoreo y del polvo de los grupos galileos! Más tarde, muchacho desconocido, confundido con la muchedumbre, bajo los rayos del sol aturdido y cansado, ha mirado hacia arriba a los muros con el ansia desesperada de llegar a la cima, de encontrar allá, en el recinto solemne, un poco de sombra para sus ojos, un poco de agua para sus fauces, una palabra de consuelo para su corazón.

Pero hoy todo ha cambiado. No es conducido sino que conduce. No va para adorar sino para castigar. Sabe que allá dentro, detrás de las hermosas fachadas del excelso sepulcro, no hay sino ceniza y podredumbre: sus enemigos que venden ceniza y se alimentan de podredumbre.

(101) LA TORA. Llámase así el libro de las leyes de los judíos.

El primer adversario que le sale al encuentro es el Demonio del Lucro, en el Patio de los Gentiles (los paganos), el más espacioso y poblado de todos. Ese gran espacio pavimentado y asoleado no es el atrio de un santuario, sino la plaza de una sucia feria. Un estrépito inmenso, un alto vocear se eleva de una compacta gusanera de banqueros, de revendedores, de corredores y de compradores que dan y reciben monedas. Allá están los chalanes con los bueyes y las manaditas de ovejas; los vendedores de palomas y de tórtolas junto a las caponeras alineadas en tierra; los pajareros con las jaulas piantes de los gorrioncillos; los bancos de los cambistas con los tazones llenos de monedas de cobre y de plata. Los mercaderes, con los pies en la bosta fresca, palpan las carnes de las bestias destinadas al sacrificio o llaman con monótonos llamados a las madres que recién han tenido un hijo, a los peregrinos que han venido para ofrecerle un gordo sacrificio, a los leprosos que deben ofrecer los pájaros vivos por la curación obtenida o deseada. Los plateros, con la moneda colgada en una oreja para ser reconocidos, manejan con manos de largas uñas, y casi libidinosas, los montones brillantes y sonantes; los chalanes se deslizan por entre el hormiguero de las tiendas; los provincianos sórdidos y desconfiados, se agotan en agitadas confabulaciones antes de desatar las bolsitas para cambiar la moneda menuda de las ofertas votivas y, de tanto en tanto, un ternero fastidiado cubre con su mugido profundo el débil balido de los corderitos, los chillidos de las mujeres, el tintín de las dracmas y los siclos.

El espectáculo no es nuevo para Jesús. Sabe que la casa de Dios se ha convertido en la Casa de Mammón y que, en vez de rezar en silencio el espíritu, los hombres de la materia trafican en ella —con la complicidad de los sacerdotes— el estiércol del Demonio. Pero esta vez no se guarda el desdén y el asco. Para deshacer el Templo empieza por deshacer el mercado. El pobre divino, acompañado por sus pobres, se precipita contra los servidores de la moneda. Echando mano a unos trozos de soga, los ata en forma de azote y abre calle por entre la

muchedumbre estupefacta. Los bancos de los cambistas caen al primer empuje; las monedas se desparraman por el suelo entre los gritos de sorpresa y de ira; las jaulas de los vendedores de pájaros son volteadas y libertados sus volátiles. Los ganaderos, viendo que las cosas se presentaban mal, empujaron hacia los portones sus bueyes y ovejas; los pajareros toman bajo el brazo las jaulas y tratan de escabullirse. Los gritos suben al cielo; gritos de escándalo o de aprobación. De los otros patios acude presurosa más gente al desbarajuste. Jesús, rodeado por los más valientes de los suyos, revuelve el azote por encima de las cabezas y empuja a los últimos plateros hacia las puertas. Y repite en voz alta: "¡Fuera de aquí todo esto! ¡La casa de Dios es casa de oración, y
Mt. 21, 12, 13. vosotros la habéis hecho una cueva de ladrones!" Y los últimos traficantes salen del patio como harapos barridos por el viento.

El acto de Jesús no era solamente la justa purificación del santuario, sino también la pública manifestación de su repugnancia por Mammón y por los siervos de Mammón. El negocio —este Dios moderno— es para él una forma de latrocinio. Por consiguiente, un mercado es una caverna de bergantes obsequiosos, de saqueadores tolerados. Pero lo que la costumbre alaba y la ley permite no puede soportarlo quien no se rebaja a las transacciones del mundo y no busca ganancia que no sea espiritual. Entre todas las formas del latrocinio legal, que se llama comercio, ninguna más detestable y vituperable que el comercio de la moneda. Si uno da una oveja en cambio de dineros, estamos ciertos y seguros de que él se hace dar mucho más dinero de lo que la oveja efectivamente vale. Pero al menos te da algo que no es el odioso símbolo mineral de la riqueza; te entrega un ser vivo, que te proporciona lana en primavera, que te dará un corderito, y que podrás si así lo quieres, comer. Pero el cambio del dinero por dinero, del metal acuñado por el metal acuñado, es algo contranatural, absurdo, demoníaco. Todo lo que huele a banco, a cambio, a descuento, a usura, es un vergüenza misteriosa y repelente que ha causado siempre terror a las almas

sencillas, es decir, limpias y profundas. El labriego que siembra el trigo, el sastre que cose el traje, el tejedor que teje la lana o el lino tienen, hasta un cierto punto, pleno derecho a que su ganancia aumente, porque añaden algo que no estaba en la tierra, en el paño, en el vellón. Pero que un cúmulo de monedas dé a luz otro monte de monedas, sin fatiga y sin trabajos, sin que el hombre produzca nada visible, consumible, capaz de ser gozado, es un escándalo que sobrepasa y confunde toda imaginación. En el mercader de moneda, en el amontonador de plata y de oro, se ve más directamente al esclavo de los sortilegios del Demonio. Y el Demonio, agradecido, da precisamente a ellos, a los hombres de la banca y de la finanza, el dominio de la tierra: son ellos, aun hoy día, los que mandan a los pueblos, los que suscitan las guerras, los que reducen al hambre a las naciones, los que absorben, con un sistema infernal de ventosas, la vida de los pobres, trocada en oro cubierto de sudor y de sangre.

Cristo, que tiene compasión de los ricos, pero que detesta y odia la riqueza —primera muralla que oculta a la vista el Reino de los Cielos— ha barrido la cueva de los ladrones y ha purificado el Templo donde enseñará las últimas verdades que le quedan por decir aún. Pero con aquel acto violento ha concitado contra sí a toda la burguesía mercantil de Jerusalén. Los expulsados pedirán a sus patrones el castigo del que arruina el comercio de la santa colina. Los hombres del sielo hallarán fáciles oídos en los hombres de la Ley, ya enfurecidos por otras razones. No sólo sino que Jesús, desbaratando el mercado del Templo, ha condenado y perjudicado a los propios sacerdotes. Los bazares más acreditados eran de los hijos de Anás, es decir, de parientes muy próximos del sumo sacerdote Caifás. Todas las palomas que se vendían a las puérperas en el Patio de los Paganos eran de la cría de los cedros de Anás y el sacerdote proveedor sacaba cuarenta saás (102) por mes solamente con las

(102) SAA. El P. Juan Planellas, profesor en el Pontificio Seminario de Buenos Aires, ya citado, opina que la palabra SAA equivale a: "primer año" y expresa una serie de pequeñas monedas de

tórtolas. Los plateros, que no debían haberse encontrado en el Templo, pagaban a las grandes familias saduceas de las aristocracia sacerdotal un buen diezmo sobre los muchos millares de siclos que redituaba cada año el cambio de las monedas extranjeras por moneda hebrea. Y el mismo Templo, ¿no era, acaso, un gran banco nacional, con cofres y cajas de seguridad en las cámaras del tesoro?

Jesús ha herido a los veinte mil sacerdotes de Jerusalén en el prestigio y en la bolsa. Subvierte el valor de la estropeada y falseada letra en cuyo nombre ellos mandan y engordan. Además expulsa a sus socios, traficantes y banqueros. Si vence, la ruina es general. Pero las dos castas amenazadas se hermanan ahora más estrechamente aún para deshacerse del peligroso intruso. Mercaderes y sacerdotes se ponen de acuerdo, tal vez esa misma noche, para la compra de un traidor y de una cruz. La burguesía proveerá el poco dinero necesario; el clero hallará el pretexto religioso; el gobierno extranjero a quien interesa congraciarse con el clero y con la burguesía, prestará sus soldados.

Pero Jesús, salido del Templo, se ha encaminado a través del huerto de los Olivos en dirección de Betania.

bronce acuñadas en el reinado de Antígono (primer año), y en las que, aparte de su leyenda "la Comunidad de los Judíos" en hebreo, en el reverso mostraban el SAA repetido y circunscribiendo dos cornucopias. Es, pues, difícil por no decir imposible, que en tiempos de Cristo se compraran las palomas para los sacrificios con estas monedas de valor diverso las unas de las otras: antes bien podríase afirmar que los poseedores de algunas de estas monedas las guardarían con avariento y devoto cuidado, lo uno por escasear ellas y lo otro a causa de pertenecer a la nativa, legítima y gloriosa dinastía de los Asmoneos.

LAS VIBORAS DE LOS SEPULCROS

En la siguiente mañana, cuando volvió, los chalanes y cambalacheros se habían agazapado en las proximidades de las puertas, pero los patios estaban llenos de rumores del pueblo agitado.

La sentencia pronunciada y ejecutada por Jesús contra los honrados ladrones ha provocado las murmuraciones de la ciudad chismosa, ciudad ramera, soñolienta como vaca excesivamente preñada y demasiado ordeñada. Aquellos golpes de soga habían causado el mismo efecto que hubieran causado otras tantas pedradas en el nido de sapos de Jerusalén. Los chasquidos del azote justiciero habían despertado sobresaltados a los pobres con estremecimientos de alegría, y a los señores con turbaciones de miedo.

Por la mañana temprano habían subido allá, desde los callejones sombríos y desde las nobles mansiones; desde los talleres y desde la plaza, abandonando cualquier otro quehacer, con el ansia intranquila de quien espera milagros o venganzas. Habían acudido los jornaleros, los tejedores de lana, los tintoreros, los zapateros, los carpinteros, todos los que detestaban a los mercaderes, a los usureros, a los esquiladores de la pobre pobreza, a los truhanes que llegaban a enriquecerse aun a expensas de la indigencia. Habían acudido, entre los primeros, los lastimosos desechos de la ciudad, los harapientos, los cascarrientos, los pulgosos prisioneros de la eterna mendicidad con las costras de la lepra, las llagas desvendadas, los huesos salientes debajo de la piel lívida como para acreditar el hambre. Habían acudido los peregrinos extranjeros, los de Galilea, que acompañaran a Jesús en el festivo descanso y, junto con ellos, los hebreos de las colonias de Siria y de Egipto, con sus mejores vestidos,

como parientes que viven lejos y que reaparecen de tanto en tanto en la casa paterna para las fiestas de la familia.

Pero subían también, en grupos de cuatro o cinco, los Escribas y los Fariseos. Se habían coligado y hermanado, dignos los unos de los otros. Casi todos los Escribas eran los señores de la Ley; los Fariseos, los Puritanos de la Ley. Imaginaos a un profesor que añada a la pedantería doctoral la beatería de los hipócritas; o un beato dotado, por añadidura, del semblante adusto de un pedagogo casuista y tendréis la imagen moderna de un Escriba Fariseo o de un Fariseo escriba. Un gazmoño laureado, un académico hipócrita, un cuáquero filosofante, pueden dar más o menos la misma idea.

Estos, pues, subían aquella mañana al Templo, con mucha soberbia por fuera y muchas pésimas intenciones por dentro. Subían orgullosos, envueltos en las largas capas, las franjas al viento, el pecho inflamado, los ojos turbios, las cejas enarcadas, el pliegue de los labios desdeñoso, la nariz inquieta y tembladora, con un andar que acusaba la majestad y la indignación de aquellos privilegiados jerifes de Dios.

Jesús, en medio de millares de miradas, que le devolvían una parte de su luz, los esperaba. No era la primera vez que los veía en torno suyo. ¡Cuántas escaramuzas, acá y allá, por los pueblos, entre él y los Fariseos de provincia. Fariseos eran los que querían una señal del cielo, la prueba sobrenatural de la mesianidad, porque los Fariseos creían, al contrario de los escépticos saduceos, sumergidos en el epicureísmo legal, en la próxima bajada del Salvador. Pero los Fariseos no sólo veían a este Salvador como a un Judío de estricta observancia como ellos, sino que estimaban que para ser dignos de recibirlo bastaba conservarse limpios por fuera y guardarse de la transgresión de la mínima reglita del Levítico [103]. El Mesías, el hijo de David, no se hubiera

(103) LEVÍTICO. El libro sagrado llamado Levítico o "libro sacerdotal", que era como el Ritual y Ceremonial de los ministros consagrados al servicio y culto del Señor, es llamado por los judíos: "Y llamó", que es la frase con que empieza. Los griegos y los

dignado salvar a quien no hubiera evitado todo contacto, aunque lejano, con los forasteros y los paganos; a quien hubiera dejado de observar el mínimo precepto de la purificación legal; a quien no estuviera al día con los diezmos debidos al Templo; a quien no respetase a toda costa el reposo del sábado... Jesús no podía ser, de ninguna manera, a sus ojos, el divino esperado. No se habían visto señales sorprendentes y maravillosas; él se había contentado con amar a los enfermos, con hablar de amor y amar a los pobres y pecadores. Lo habían

latinos lo nombraron Levitico en consideración a que la materia principal que en él se trata son los sacrificios y ritos que se practicaban entre los hebreos y que, con particularidad, miraban a la tribu de "Levi". En el Exodo se habla de todo lo que pertenecía a la construcción del Tabernáculo, de los altares y demás cosas que debían servir para el culto divino, y de cómo la tribu de "Levi" fué escogida entre todas y destinada para los ministerios y servicios del Tabernáculo, entre los cuales los primeros eran sacrificios; y por esta razón el *Levítico* pertenece particularmente a los sacrificios y a las obligaciones de los sacerdotes. La causa de haberlos instituído el Señor fué porque quiso que su pueblo le honrara también con estos ejercicios externos de religión y con el fin de ocuparle con tanta variedad de ceremonias de su verdadero culto, apartándole así de la superstición e idolatría a que se mostraba tan propenso.

El Levítico se divide comúnmente en tres partes. En la primera se trata de la calidad y variedad de los sacrificios, lo que se contiene desde el capítulo I hasta el VIII. En la segunda se habla de los sacerdotes y Levitas, de su consagración y oficios, de varias preparaciones y purificaciones que debian proceder para emplearse en esto, y de sus inmundicias legales; todo lo cual se lee desde el Cap. VIII hasta el XXIII. Desde este capítulo hasta el fin del libro se señalan los tiempos que había destinados para los sacrificios y para los dias festivos y solemnes y se dan leyes acerca de los votos y promesas.

Todo lo que se comprende en el *Levítico* acaeció en el primer mes del segundo año de la salida de Egipto; porque luego que fué erigido el Tabernáculo, comenzó Dios a hablar a Moisés desde el santuario y a dictarle todo lo que en el *Levítico* se ordena; y esto fué en aquel tiempo en que los israelitas tenían aún su mansión al pie del monte Sinaí, como se dice expresamente en el versículo último del capítulo último (Scio de San Miguel, *La Santa Biblia)*. El *Levítico* con el Génesis, el Exodo, los Números y el Deuteronomio forman el "Pentateuco", que una firme y constante tradición, desde la más remota antigüedad hebraica y cristiana, dice y afirma ser obra de Moisés, el gran libertador y legislador, en nombre de Dios, del pueblo hebreo.

visto comer con los publicanos y con los pecadores y, además, habían advertido, y con horror por cierto, que sus discípulos no siempre se lavaban las manos antes de sentarse a la mesa. Pero lo peor, el horror de los horrores, el escándalo insoportable, era su falta de respeto por el sábado. Jesús no tenía reparos en sanar también en día sábado y no estimaba delito hacer bien en ese día
Mt. 12, 10-13. a sus hermanos desgraciados. Más aún, se había gloriado de ello, inoportunamente, ¡blasfemando que el sábado ha sido hecho para el hombre y no el hombre para el
Mc. 2, 27. sábado!

En el ánimo de los Fariseos no había más que una duda acerca de Jesús: ¿es mentecato o es impostor? Para probarlo habían tratado, muchas veces, de hacerlo caer en trampas teológicas o en lazos dialécticos, pero sin resultado. Mientras recorría las provincias arrastrando en pos de sí alguna docena de rústicos campesinos, lo habían dejado estar, seguros de que un día u otro hasta el último mendigo, desilusionado, lo habría de abandonar. Pero ahora la cosa se ponía seria. Este, acompañado de campesinos achispados, se había permitido entrar en el Templo con aires de dueño y había obligado a esos desgraciados ignorantes a que lo saludaran como Mesías. Más todavía: usurpando la parte de los sacerdotes, y casi como para darse aires de rey, había arrojado de mala manera a los honrados mercaderes, a las personas piadosas que admiraban a los Fariseos, aunque no los imitaran en todo y por todo. Hasta aquel día los Fariseos y los Escribas habían sido demasiado benignos y misericordiosos. Pero desde ahora en adelante la sin igual bondad de los humanísimos profesores hubiera sido traidora e intempestiva. El insoportable escándalo, la reiterada profanación, el desafío público exigían castigos y venganza. El falso Cristo debía desaparecer, y pronto. Escribas y Fariseos subían allá, para comprobar si había tenido la audacia de volver al lugar contaminado por su jactancia.

Jesús, en medio del oleaje de aquella muchedumbre de peregrinos, esperaba precisamente a ellos. Precisamente a ellos les quería decir, a la vista de todo el mundo, bajo el testimonio solemne del sol, lo que pensaba de ellos.

Lo que Dios pensaba de ellos. La verdad definitiva respecto de ellos. El día anterior había condenado con los azotes a los revendedores de animales y a los fulleros de la moneda. Hoy les tocaba a los mercaderes de la palabra, a los usureros de la Ley, a los estafadores de la verdad. La sentencia de aquel día no los ha exterminado; a cada generación retoñan con nombres nuevos, pero ella está marcada, grabada en sus rostros para siempre, imborrable, dondequiera hayan nacido y manden.

"¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos hipócritas!" Sus Mt. 23, 13.
pecados puédense reducir a uno, pero éste es el más venenoso de todos, el menos perdonable. El pecado contra el Espíritu. La ofensa a la verdad, la traición de la verdad Mt. 12, 32.
y del espíritu: la devastación de las únicas riquezas puras que tiene el mundo. Los ladrones roban los bienes que de una manera u otra se han de consumir, los asesinos matan el cuerpo perecedero, las rameras ensucian la carne destinada a pudrirse. Pero los hipócritas ensucian las palabras de lo Absoluto, roban las promesas de eternidad, asesinan las almas. En ellos todo es ficción: el traje y la conversación, la enseñanza y la práctica. La palabra es negada por los hechos; lo interior no responde a lo exterior; la inmundicia secreta desmiente y debilita toda exigencia suya. Hipócritas, porque lían cargas pesadas e insoportables, y las ponen sobre los hombros de los hombres; y ellos no las sostienen ni con el dedo. Hipócritas, porque se cubren con mantos de largas borlas y anchas filacterias para ser saludados en las plazas y llamados maestros, y entre tanto, han escondido la llama Mt. 23, 5-7.
del conocimiento y han cerrado las puertas del Reino de los Cielos; ni ellos entran, ni hacen entrar a los otros. Mt. 23, 13.
Hipócritas, porque hacen largas oraciones a la vista de todos y luego devoran las casas de las viudas y se apro- Mt. 23, 14.
vechan de los débiles y de los abandonados. Hipócritas, porque limpian lo de fuera del vaso y del plato, pero dentro están llenos de rapiña y de inmundicia. Hipó- Mt. 23, 25.
critas, porque cuidan de las minucias de los ritos y de las purificaciones, y descuidan lo principal. Hipócritas, porque cuelan el mosquito y se tragan el camello. Hi- Mt. 23, 14.
pócritas, porque observan los mínimos preceptos y

no obedecen el único que importa: la caridad; pagan puntualmente el diezmo de la menta, del eneldo y del comino, pero no tienen en sí la justicia, la misericordia
Mt. 22, 23. y la fidelidad. Hipócritas, porque edifican sepulcros a los profetas y adornan los monumentos de los antiguos jus-
Mt. 23, 29. tos, pero persiguen a los justos que viven en su tiempo y se preparan para matar a los profetas. "Serpientes, raza de víboras, ¿cómo huiréis de la condenación y del fuego? Heos ahí que yo os envío profetas y sabios y doctores; de éstos a algunos mataréis y crucificaréis; a otros los azotaréis en vuestras sinagogas y los perseguiréis de ciudad en ciudad, para que venga sobre vosotros toda la sangre que se ha vertido sobre la tierra, desde la del justo Abel hasta la de Zacarías, a quien matasteis
Mt. 23, 33-35. entre el templo y el altar".

Han aceptado la herencia de Caín. Son los descendientes, los nietos de Caín. Los degolladores de los hermanos, los verdugos de los santos, los crucificadores de los profetas. Y Dios, como con Caín, ha estampado en sus semblantes una señal, la misteriosa señal de la inmortalidad. No pueden ser matados, porque sus manos deben matar. El fratricida fugitivo se salvó gracias a aquella señal, a través de los primeros vivientes; y los Fariseos asesinos se salvarán por todos los siglos, porque Dios quiere valerse de ellos para las altas obras de su justicia que parece, a los ojos pequeños de los pequeños, estolidez y locura.

Un decreto eterno, irrevelable para los más, amenaza con la muerte a los imitadores de Dios. Pero no podría el simple hombre asesinar a un Santo y ni siquiera a un pecador, crisálida milagrosa de posible santidad. Y el Santo ya no sería Santo si tronchara la vida de otro Santo, él único hermano que le ha dado el Padre. Entonces fué creada, para todos los siglos y todos los pueblos, la raza indestructible de los Fariseos. De aquellos que nunca fueron simples como el niño, pero conocen el camino de la salvación; de aquellos que no son pecadores a los ojos de la carne pero son, de pies a cabeza, la encarnación del pecado más asqueroso; de aquellos que quieren aparecer santos y odian a los verdaderos santos. Dios

ha delegado en éstos, instrumentos apropiados para una espantosa y necesaria matanza, la parte de verdugos de los profetas. Fieles a la consigna, invulnerables como los indígenas del infierno, marcados como Caín, inmortales como la hipocresía y la crueldad, han sobrevivido a todos los imperios y a todas las disgregaciones. Con rostros diversos, con vestidos diversos, con reglamentos y pretextos diversos han llenado el mundo, prolíficos y obstinados, hasta este presente día. Y cuando no han podido matar con los clavos y con el fuego, con la hoz y la cuchilla, han empleado, con increíble resultado, la lengua y la pluma.

Jesús, mientras les habla en la vasta luz del patio abarrotado de testigos, sabe que habla a sus jueces y a aquellos que, valiéndose de otras personas, serán los verdaderos autores de su muerte. Su silencio ante Caifás y Pilatos está justificado desde este día. Los ha condenado y ellos lo condenarán; ya los ha juzgado, y ellos no tendrán más que decir cuándo quieren juzgarlo.

Imágenes de muerte acúdenle a los labios hablando a ellos de ellos. "Víboras y sepulcros". Las negras serpientes traidoras que, apenas te acercas, vacían en tu sangre todo el veneno que tenían escondido en los dientes. Los blancos sepulcros, hermosos por fuera, y por dentro llenos de podredumbre pestilencial.

Los Fariseos, los que estaban delante de Jesús y todos los que de ellos descienden por legítima filiación, se esconden gustosos en la sombra de los muertos para preparar sus venenos. Fríos como la piel de las serpientes y la piedra de las tumbas, ni el fuego del sol, ni el fuego del amor, ni el fuego del infierno podrán jamás calentarlos. Saben todas las palabras, menos la palabra de la vida.

"¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos, hipócritas, porque sois como los sepulcros que no se ven, y quien sobre ellos camina no lo sabe!" El único que lo sabía era Jesús. L. Luc. 11, 44.
Por esto no permanecerá más de dos días en el sepulcro que le están excavando.

PIEDRA SOBRE PIEDRA

Salían los trece del Templo para subir, como los otros días, al Monte de los Olivos. Uno de los discípulos —¿quién habrá sido: acaso Juan de Salomé, todavía un poco niño y por eso capaz de maravillarse, o bien el Iscariote, tan respetuoso por la riqueza?— dijo a Jesús:

—¡Mira qué hermosura de edificios! ¡Y cuántas hermosas piedras!

El Maestro se volvió a mirar las altas murallas cubiertas de mármol que el fausto calculador de Herodes había levantado sobre la colina, y respondió:

—¿Ves esos grandes edificios? Pues en verdad te digo que de todo eso que ves, día vendrá en que no quede
Luc. 21, 6. piedra sobre piedra sin ser destruído".

El admirador que manifestara su admiración, calló de repente. Nadie tuvo valor de responder, pero todos, perplejos y estupefactos, iban masticando dentro de sí esas palabras. Duras palabras para los oídos de Judíos carnales, para aquellos corazones pequeños de provincianos ambiciosos. Otras palabras duras, y duras de oírse, duras de comprender, duras de creer, había dicho en los últimos tiempos aquel que los amaba. Pero no tenían recuerdo de palabras tan duras como éstas. Sabían que él era el Cristo y que debían sufrir y morir; pero esperaban que, inmediatamente después, habría de resucitar en la gloria victoriosa de un nuevo David, para dar a Israel la abundancia y a ellos, fieles en el peligroso vagabundaje de la miseria, los premios mayores y el dominio. Pero si la tierra debía ser mandada por la Judea, a Judea debía mandarla Jerusalén, y las sedes del mundo debían hallarse en el Templo del gran Rey. Si ahora lo ocupaban los Saduceos infieles, los Fariseos hipócritas, los Escribas traidores, el Cristo los echaría sin duda a todos para hacer

lugar a sus Apóstoles. ¿Cómo, pues, podía ser destruído el Templo, recuerdo esplendoroso del Reino pasado, roca esperada del nuevo Reino?

Esta conversación de las piedras resultaba más dura que las mismas piedras a Simón llamado Piedra y a sus compañeros. ¿No había dicho el Bautista que Dios podía cambiar las piedras del Jordán en hijos de Abrahán? ¿No había dicho Satanás que el Hijo de Dios podía trocar las piedras del desierto en panes de harina? ¿No había dicho el propio Jesús, mientras pasaba por la puerta de Jerusalén, que las mismas piedras, en lugar de los hombres, habrían gritado la salutación y cantado los himnos? ¿Y no era él quien había hecho caer de las manos de sus enemigos las piedras que recogieran para matarlo? ¿Y no las había hecho caer también de las manos de los que acusaban a la adúltera?

Pero los discípulos no podían comprender ese discurso de las piedras del Templo. Que aquellas moles arrancadas con paciencia de las entrañas de los montes, arrastradas desde lejos por bueyes, recuadradas y pulidas por las mazas y la herramienta, colocadas por los maestros una sobre otra, según las reglas del arte, para construir el templo más maravilloso del universo; que aquellas piedras, cálidas y brillantes de sol, tuvieran que ser nuevamente separadas, y destruídas por la ruina, no podían, no sabían comprenderlo.

Apenas llegaron al Monte de los Olivos y Cristo se sentó en frente del Templo, no supieron contener su curiosidad.

—Dinos a nosotros cuándo van a ser estas cosas. Y
cuál será la señal de tu venida. Luc. 21, 7.

La respuesta fué el Discurso de las Ultimas Cosas; el segundo Sermón de la Montaña. Entonces, en los principios del anuncio, había dicho la manera cómo debía cambiarse toda el alma para fundar el Reino; ahora, a dos pasos de la muerte, enseña cuál será el castigo de los penitentes y cómo será la segunda venida.

Este discurso, menos comprendido que el otro y todavía más olvidado, no responde, como algunos creen, a una pregunta sola. Las preguntas de los Discípulos son dos:

¿Cuándo sucederá esto que has dicho, es decir, la ruína del Templo? Y ¿cuáles serán las señales de tu venida? Dos son, pues, las respuestas. Jesús anuncia los acontecimientos que precederán al fin de Jerusalén y, después describe las señales de su nueva aparición. El discurso profético, aunque se lea todo seguido en los Evangelios, tiene dos partes. Las profecías son dos, bien distintas: la primera se ha cumplido antes que la generación de Jesús hubiera desaparecido, antes de que pasaran cuarenta años de su muerte. Los días de la otra profecía no han llegado aún. Pero, acaso, esta generación nuestra no pase sin que se vean las primeras señales...

OVEJAS Y CABRONES

Jesús conoce la debilidad de sus Discípulos. Debilidad del espíritu y tal vez también de la carne. Inmediatamente los pone en guardia contra los dos peligros que amenazan: el engaño y el martirio.

"Guardaos que nadie os seduzca. Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: ¡Yo soy el Cristo!; y seducirán a muchos... Entonces, si alguien os dijere: ¡Mirad! Mt. 23, 4, 5. Mc. 13,6, 6.
El Cristo está aquí o allí, no le creáis; porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas y harán grandes señales y prodigios para engañar, de ser posible, hasta a los mismos escogidos". "Vendrán en mi nombre diciendo: yo soy y el tiempo está próximo. Guardaos de ir en pos de ellos". Mt. 24, 23, 24. Luc. 21, 8.

Por si escapan a las persecuciones de los mesías postizos no podrán salvarse de las asechanzas que les tenderán los enemigos del verdadero Cristo. "Y entonces seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre". "Os prenderán y perseguirán entregándoos a las Mt. 24, 9.
sinagogas y a las cárceles, y os llevarán a la presencia de los reyes y de los gobernadores, por mi nombre". "Seréis Luc. 21, 12.
entregados por vuestros padres y hermanos y parientes y amigos". "Y el hermano entregará al hermano a la muerte y el padre al hijo; y los hijos se levantarán contra los Luc. 21, 16.
"padres y los matarán". Y entonces muchos se escandalizarán y se entregarán unos a otros y se odiarán entre Mc. 13, 12.
sí. Y porque se multiplicará la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos". "Pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá. En premio de vuestra paciencia tendréis la Mt. 24, 10-12.
vida eterna". "El que perseverare hasta el fin, se salvará". Luc. 21, 18-19. Mt. 24, 13.

Entonces empezarán las señales del castigo inminente. "Y cuando oyereis guerras y sediciones, no os espantéis: porque es necesario que esto acontezca primero,

mas no será luego el fin. Se levantará nación contra nación y reino contra reino y habrá grandes terremotos en diversos lugares y pestilencias y hambre y habrá fenó-
Luc. 21, 9-11. menos espantosos y grandes señales del cielo".

Son las escaramuzas preliminares. El orden del mundo se turbará; la tierra, que está en paz, verá al hombre levantarse contra el hombre, a un pueblo contra otro pueblo. Y la tierra misma, empapada en sangre, se levantará contra los hombres; temblará bajo sus pies, derrumbará sus casas, vomitará cenizas, como si por las bocas de los montes devolviera todos sus muertos, negará a los fratricidas hasta el alimento que amarillea cada verano en los campos.

Entonces, cuando todo esto haya acontecido, vendrá el castigo sobre el pueblo que no quiso renacer en Cristo y no aceptó el Evangelio, sobre la ciudad que degüella a los profetas, que clava en la colina del Calvario a su Señor y persigue a sus testigos.

"Cuando veáis rodeada de soldados a Jerusalén, entonces sabed que está cerca su devastación. Y cuando veáis la "abominación de la desolación", predicha por Daniel, ocupando el lugar santo, entonces los que están en Judea huyan a la montaña. Y los que están en medio de la ciudad, váyanse. Y los que están en el campo no entren a ella. Y el que está en el tejado no descienda a tomar ninguna cosa de su casa. Y el que está en el campo no vuelva atrás para tomar su capa. ¡Ay, entonces, de las mujeres embarazadas o criando en aquellos días! Y rogad, porque vuestra fuga no suceda en invierno ni en sábado. Porque serán aquellos días de tal tribulación cual nunca la ha habido desde el principio hasta ahora, ni la habrá jamás. Porque va a haber gran angustia e ira para este pueblo. Y caerán al filo de la espada y serán llevados cautivos a todas las naciones y Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que se cumpla el tiempo de los gen-
Luc. 11, 20-29. tiles".

La primera profecía se ha cumplido: Jerusalén será tomada y destruída, y del Templo contaminado por la "abominación de la desolación", no quedará piedra sobre piedra.

Pero Jesús no lo ha dicho todo aún: hasta ahora no ha hablado de su segunda venida.

"Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que se cumpla el tiempo de los gentiles". ¿Cuáles son los tiempos de los gentiles, *tempora nationum?* La palabra del texto griego lo expresa con mayor precisión que las otras lenguas: con los tiempos adoptados, apropiados, convenientes a los gentiles, es a saber, aquellos en los cuales los no judíos se convertirán al Evangelio que fué anunciado a los judíos antes que a los otros. Por eso el verdadero fin no llegará hasta que el mensaje no haya sido enviado a todas las naciones, hasta que los Gentiles, los infieles, no hollen la ciudad del Jerusalén. "Y este Evangelio del Reino será predicado a todo el mundo en testimonio a todas las gentes y entonces vendrá el fin". Mt. 24, 14.

La segunda venida de Cristo desde el cielo, la Parusía ([104]), será el fin de este mundo y el principio del

([104]) PARUSÍA. Voz griega que significa "presentación, venida a un lugar". En este sentido la emplea S. Pablo en su carta I a los Tesalonicenses, cap. 4, vers. 14; y aunque en griego use otra palabra, en su carta a Tito (Cap. 2, 13) y en el vers. 7 del cap. 1 de la I carta a los Corintos, entiende decir siempre la segunda venida del Redentor a juzgar a los vivos y a los muertos. En nuestra época se la ve usada con facilidad para significar cualquier *manifestación* sensible de Dios, en el Paraíso, p. ej., la presencia de Cristo N. Señor (solamente en el templo repetidas veces) o la revelación de su gloria y majestad en el Tabor.

Un libro del doctísimo Cardenal Billot, *La Parousie*, que es una recopilación de varios artículos publicados por su Emo. autor en la revista "Etudes" de París, durante los años 1917-1919, trata ampliamente la cuestión suscitada últimamente entre los intérpretes, acerca del tiempo de la Parusía, tal cual como se lo quisiera ver contenido en los libros del N. T. En el mencionado libro el sabio cardenal jesuíta pone en guardia a los creyentes contra los perniciosos errores que muchos, valiéndose de caprichos y falsas interpretaciones, tratan de presentar como argumento demostrativo de que la Escritura, los Apóstoles, y el mismo Jesucristo han incurrido en error y "así terminar con la leyenda de su divinidad... y reducirlo a las proporciones de otros fundadores de religiones que han salido del seno de la humanidad en el transcurso de los siglos".

Cierra el libro (publicado por la imprenta de Gabriel Beauchesne, París, 1920) un interesantísimo apéndice en que el ilustre purpurado confronta las profecías "parusíacas" con los progresos de las ciencias naturales y los acontecimientos del día. El fin violen-

verdadero mundo, del Reino eterno. El fin de Judea fué anunciado por señales particularmente humanas y terrestres; este otro fin será precedido por señales particulares, divinas y celestiales, "El sol se obscurecerá y la luna no enviará su luz y las estrellas caerán del cielo. Y en la tierra habrá angustia en las gentes por confusión del estrépito del mar y de las olas. Y secaránse los hombres por el temor y expectación de lo que amenaza a la tierra entera, porquc los elementos del cielo se conmoverán. Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del Hombre, y se lamentarán todas las naciones de la tierra, y verán al Hijo del Hombre venir en las nubes del cielo
Mt. 24, 29-30. con gran poder y gloria".

Por el fin de Jerusalén solamente la pequeña tierra se irritaba. Pero por este fin universal el cielo está convulsionado. En la gran tiniebla repentina no se oirá más que cl mugido de las aguas y los gritos de espanto. Es el día del Señor. El día de la ira del Señor que describieron en sus tiempos Ezequiel y Jeremías, Isaías y Joel. "El día del Señor está próximo y vendrá como un torbcllino. Día de tinieblas y de obscuridad... La tierra que, al venir él cra como un jardín dc delicias, la dejará como un desierto asolado... Se aterrorizarán las gentes y sus
Joel 2, 1-6. carnes serán del color de una olla". Todas las manos

to del mundo no se opone, al contrario armoniza muy bien con los datos de las ciencias astronómicas: el Evangelio puede decirse que es anunciado sobre toda la extensión del mundo, conforme a cuanto Jesús predijo. Se ven también otros presagios bien encaminados a la vivificación de la profecía de Cristo: ya la iniquidad, la apostasía, el ateísmo, que deberán abundar en los últimos tiempos, inundan la tierra toda; ni se deben olvidar todas las prácticas de espiritismo, ocultismo, etc., que son como prólogo de los falsos milagros del anticristo. Si, finalmente, conforme a S. Pablo (Rom. XI, 24-32), antes del fin del mundo la nación judaica deberá convertirse al verdadero Mesías, ¿no vemos, acaso, ahora, después de una casi milagrosa conservación de esta estirpe a través de 2.000 años de dispersión, las primeras tentativas de la misma para reunirse en nación en la tierra de sus abuelos? "De todo esto, termina el Emmo. cardenal, podemos concluir que si el mundo marcha con una velocidad que andando se acrecienta, él marcha precisamente en el sentido que las más auténticas profecías tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento nos habían, con tantos siglos de antelación, marcado, fijado y anunciado".

serán como desconyuntadas y todos los corazones de los hombres desfallecerán. Y serán quebrantados; se apoderarán de ellos tormentos y dolores, y tendrán dolores como nna parturienta; y cada uno quedará atónito viendo la cara de su vecino... He aquí que vendrá el día del Señor, día cruel y lleno de indignación y de ira y de furor, para convertir la tierra en un desierto y destrozar en ella a los pecadores. Las resplandecientes estrellas del cielo no darán la acostumbrada luz y el sol se obscurecerá en su nacimiento y la luna no resplandecerá en su luz". "Y los cielos serán arrollados como un libro; toda su milicia caerá como cae la hoja de la vid y de la higuera". Is. 13, 7-10 y 34, 4.

Este es el día del Padre, día de obscuridad en el cielo y de terror en la tierra. Pero lnego, inmediatamente, empieza el del Hijo.

No aparece esta vez en el fondo de un establo, pero sí en lo alto del firmamento; no más escondido y miserable, pero sí en el poder y esplendor de la gloria. "Y enviará a sus ángeles con gran clamor de trompetas y ellos congregarán a los escogidos de los cuatro vientos de la tierra, desde un extremo del horizonte hasta el opuesto". Y cuando las clarinadas celestiales hayan desperta- Is. 24, 31.
do a todos los durmientes en los sepulcros, empezará la irrevocable elección.

"Cuando viniere el Hijo del Hombre en su gloria y todos los ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria. Y todas las gentes estarán reunidas ante El y El apartará a unos de otros, como el pastor aparta las ovejas de los cabritos; y pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a la izquierda. Entonces dirá el Rey a los de su derecha: "¡Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del Reino que os está preparado desde la fundación del mundo! Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era forastero y me hospedasteis; desnndo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; estaba en la cárcel y me vinisteis a ver". Entonces le responderán los justos: "¿Y cuándo, Señor, te vimos hambriento y te dimos de comer, o sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forasteros y te hospedamos, o desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te hemos

visto enfermo, o encarcelado, y hemos ido a visitarte? Y el Rey les responderá: "*En verdad os digo, que cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeñitos, lo hicisteis conmigo*".

Entonces dirá también a los de la izquierda: "¡Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y para sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber; fuí forastero y no me hospedasteis; desnudo y no me vestisteis; enfermo y encarcelado y no me visitasteis". Entonces, también éstos le contestarán: "Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o forastero, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel y no te servimos?" Entonces él les contestará: "*En verdad os digo que cuando no lo hicisteis a uno de estos pequeñitos, no lo hicisteis tampoco conmigo*". E irán éstos al castigo eterno y los justos a la vida eterna.

Mt. 25, 31-46.

Tampoco en su gloria de juez del último día, Jesús olvida a los pobres, a los infelices a quienes tanto ha amado en su primera venida. El quiso aparecer como uno de los "*mínimos*" que tienden la mano en las puertas y de los cuales los grandes sienten asco. Fué el que en la tierra, en tiempo de Tiberio, tuvo hambre de pan y de amor, el que tuvo sed de agua y de martirio, el que fué como extranjero en su patria y no reconocido por sus hermanos, el que se desnudó para vestir a quien tiritaba de frío, el que estuvo enfermo de tristezas y ninguno lo consoló, el que estuvo encarcelado en la vil prisión de su carne, en la estrecha prisión de la tierra. Fué el divino hambriento de almas, el sediento de fe, el forastero venido de una patria indecible, el desnudo bajo los azotes y los salivazos, el enfermo de la sagrada locura del amor. Pero no piensa hoy en sí mismo, como no pensó cuando era hombre entre los hombres.

El código de la elección tiene un título solo: piedad. El ha seguido viviendo todo el tiempo que media entre la primera y segunda venida, bajo las apariencias de los pobres y de los peregrinos, de los enfermos y de los martirizados, de los vagabundos y de los esclavos. Y ahora paga sus deudas. Las misericordias hechas a los "mínimos", fueron hechas a él mismo, y otorgará las recompensas en nombre de todos. Sólo aquellos que no lo recibieron, cuando apareció en los innumerables cuerpos de los miserables, serán condenados a la pena eterna; porque repeliendo al desgraciado repelieron a Dios y negando el pan, el agua, el vestido al pobre, condenaron al Hijo de Dios al frío, a la sed, al hambre. "El Padre no necesita de vuestros socorros, que todo es suyo y os ama hasta en el instante mismo en que lo maldecís; pero débese amar al Padre también en la persona de sus hijos". Y los que no mitigaron la sed del sediento sufrirán de sed toda la eternidad; los que no confortaron al prisionero, serán eternamente prisioneros de la Gehena; los que no hospedaron al forastero, nunca jamás serán acogidos en el cielo, y los dientes de aquel que no asistió al calenturiento darán uno con otro por los escalofríos de una fiebre eterna.

El gran pobre, en el día de su gloria, retribuirá a cada uno con sus infinitas riquezas, conforme a justicia. Quien ha dado un poco de vida a los pequeños, tendrá la vida para siempre; quien ha dejado a los pequeños en las penas, tendrá pena para siempre. Y entonces el cielo desierto se poblará con otros soles más poderosos, las estrellas brillarán más intensamente y habrá un nuevo cielo y una nueva tierra; y los resucitados no vivirán, como hoy aquí, abajo, a manera de bestias, pero sí a semejanza de los ángeles.

PALABRAS QUE NO PASAN

Pero, ¿cuándo sucederán estas cosas? Cuáles serán las señales y cuáles las maneras, ya lo sabemos; pero, ¿el tiempo? ¿Estaremos todavía, nosotros que escuchamos, bajo la luz del sol, o tendrán que esperar estos hechos los nietos de los nietos, mientras nosotros seremos osamenta cinérea en el vientre de la tierra?

Hasta el fin, los Doce quedan cerrados como doce piedras. Tienen la Verdad a su lado y no la ven; tienen en medio de ellos la Luz y la Luz no los penetra. ¡Si al menos estuvieran entre las piedras como los diamantes que devuelven, dividido en reflejos, el rayo que los hiere! Pero son piedras grises, recién sacadas de la obscuridad de la cantera, piedras sordas, piedras opacas, piedras que el sol puede entibiar mas no quemar, piedras que se iluminan por fuera, pero que no restituyen el resplandor. No han comprendido todavía que Jesús no es un vulgar adivino, discípulo de los Caldeos y de Tagetes y que nada tiene que ver con las presuntuosas baladronadas de los astrólogos. No han comprendido que una predicción a plazo fijo no tendría sobre los hombres una influencia inmediata para una reforma que exige una perpetua vigilancia. Tal vez no han comprendido bien que el Apocalipsis (105) revelado sobre el Monte de los Olivos es

(105) APOCALIPSIS. Llámase así por excelencia el libro de San Juan Apóstol, por la abundancia de las visiones, de los símbolos, de las figuras, de las imágenes típicas, de las predicciones y profecías, "revelaciones". Desde su aparición excitó este libro el asombro y la curiosidad en los lectores; y los intérpretes más profundos de los libros trataron de ilustrar y divulgar su recóndito significado. También en épocas posteriores los exégetas dedicaron sus estudios a extraer del místico lenguaje del apóstol la explicación de los fenómenos mundiales de lo pasado y de lo fututro. No debe sorprendernos, pues, si gracias a las repetidas interpretaciones,

una doble profecía que se refiere a dos acontecimientos diversos y separados entre sí. Tal vez aquellos pescadores de provincia para los cuales el lago era un mar y Galilea el universo, han confundido el fin del pueblo hebreo con el fin del género humano, el castigo de Jerusalén con la segunda venida de Cristo...

Pero los discursos de Jesús, aunque hayan llegado hasta nosotros mezclados en las redacciones de los sinópticos, nos muestran dos predicciones diferentes, dos grandes datas.

La primera anuncia el fin del reino judaico, el castigo de Jerusalén, la destrucción del templo; la segunda, el fin del mundo viejo, la reaparición de Jesús, el juicio de los misericordiosos y de los despiadados y el principio del nuevo Reino. La primera es dada como próxima —"no pasará *esta* generación sin que se hayan verificado estas cosas"— y como local y limitada, porque se refiere solamente a Judea y, de una manera particular, a su metrópoli. De la segunda se ignora el día y la hora, porque algunos acontecimientos, lentos en su proceso, pero necesarios, deberán preceder el fin que al contrario del anterior, será universal.

surgió viva polémica sobre el lugar, sobre la época, sobre la autenticidad, sobre la unidad, sobre la naturaleza, sobre el objeto y sobre el contenido del prodigioso volumen.

El autor, indiscutiblemente, hoy es S. Juan Apóstol y no Juan el Presbítero, como pretendieron algunos, fundándose en las palabras de Dionisio de Alejandría, que floreció en el siglo III de Cristo, y citadas por el eruditísimo Eusebio en su "Historia Eclesiástica". Añadiremos que todas las circunstancias históricas referibles al libro nos brindan el más poderoso argumento para considerarlo como escrito entre el año 67 y 68 de la era cristiana, o sea en el último del dominio de Nerón, en Patmos, la escarpada isla del Mar Egeo (archipiélago), adonde el Apóstol había sido desterrado, después de haber sufrido por la fe en Roma. Se debe rechazar, por consiguiente, la opinión de aquellos que, contra toda histórica probabilidad, se esforzaron en demostrar que el libro es de fecha muy posterior, es decir, escrito 20 años más tarde, en el reinado de Domiciano, del 81 al 96 de Cristo. En los primeros siglos de la Iglesia se disputó acerca de la autenticidad y canonicidad del Apocalipsis; pero estos dos puntos ya están completamente aclarados. En 397 el tercer Concilio Cartaginés incluyó el libro en el canon de las sagradas Escrituras y desde entonces en adelante la Iglesia lo ha aceptado definitivamente.

En efecto, la primera se ha cumplido al pie de la letra, punto por punto, antes de cuarenta años después de la Crucifixión, cuando todavía vivían muchos de los que habían conocido a Jesús; la segunda venida, la Parusía triunfante, cuotidianamente recordada aun hoy en el Símbolo de los Apóstoles, la esperan todavía los que creen al que dijo aquel día: "El cielo y la tierra pasarán,
Mt. 25, 31-46. pero mis palabras no pasarán".

Hacía pocos años que había muerto Jesús, cuando empezaron a mostrarse las señales del primer anuncio. Los seudoprofetas y los seudocristos y los seudoapóstoles pululaban en Judea, como salen las víboras de la cueva a la llegada de la canícula. Antes que Poncio Pilatos partiera para el destierro, surgió en Samaria un impostor que prometía dar con los vasos del Tabernáculo enterrados por Moisés en el Monte Garizin [106]. Los Samaritanos creían que ese descubrimiento sería el preludio de la venida del Mesías y una gran mesnada se reunió, amenazadora, en el monte, hasta que fué dispersada por las espadas romanas.

(106) GARIZIN (o Garicín). Nombre de un monte de la Palestina en las proximidades de Siquem, en la provincia de Samaria. Después de la vuelta de Babilonia, los Samaritanos edificaron sobre ese monte un templo que debía rivalizar con el de Jerusalén, y ser consagrado al verdadero Dios; pero cuando, bajo Antíoco Epifanio, surgieron las persecuciones religiosas contra los judíos, sabemos por el historiador Josefo que los Samaritanos trataron de evitarlas, enviando una embajada al rey de Siria para pedirle permiso para consagrar un santuario hasta entonces anónimo, a Júpiter Griego, permiso que fué fácilmente conseguido. Este santuario no duró más de 200 años; fué destruído por Juan Hircano, Macabeo, según lo narra el citado Josefo en sus "Antigüedades Judías", libro 13. Pero aun después de la destrucción del santuario, el monte Garizín fué tenido siempre por los Samaritanos como un lugar santo, donde debía adorarse el verdadero Dios, con preferencia al de Jerusalén, de lo que dió prueba bien elocuente la Samaritana que, discutiendo con el Salvador, señalando al Monte Garizín, le dijo (J. 4, 20): "Nuestros padres adoraron en este monte y vosotros decís que en Jerusalén está el lugar en donde es menester adorar". En cuanto a los vasos enterrados por Moisés, no era más que una fábula que se había popularizado mucho, particularmente entre los Samaritanos que quieren hacer de su monte un verdadero relicario, localizando en él muchos recuerdos bíblicos que, evidentemente, han tenido lugar fuera de allí. Según el libro II de los Macabeos, 2, 4 y ss., Jeremías escondió el tabernáculo. (Véase Reyes III, 8, 4; Par. II, 5, 5), el arca y el altar de los perfumes en el monte Nebo, y el lugar ha de permanecer ignorado "hasta que Dios reuna a todo el pueblo y use de misericordia con él".

Hoy hay en el Garizín llamado "Djebel et Tur" por los árabes, 12 piedras, allí colocadas en otros tiempos por los Samaritanos. Rodea estas piedras un recinto cuadrado, al cual acuden los Samaritanos a hacer, cada sábado, sus oraciones.

Bajo Cuspio Fado, el procurador que gobernó desde el 44 al 66, apareció un tal Teuda, que se las daba de gran personaje y prometía grandes prodigios. Cuatrocientos hombres lo seguían, pero fué preso y decapitado, y los que le habían creído, reducidos a la nada. Después de él llegó de Egipto un hebreo, que logró reunir cuatro mil desesperados, y campó en el Monte de los Olivos, anunciando que a una simple seña suya verían caer los muros de Jerusalén. El procurador Félix lo asaltó y lo obligó a huir al desierto.

Entretanto, en Samaria cobraba gran renombre el famoso Simón Mago, que hechizaba a la gente con prodigios y encantamientos y se hacía creer la potencia de Dios, aquella que llaman la grande, y todos le hacían caso. Este, viendo los milagros que obraba Pedro, quiso hacerse cristiano, imaginándose que el Evangelio no fuera más que uno de los tantos misterios orientales y que bastaba iniciarse en él para adquirir nuevos poderes. Pero Simón, rechazado por Pedro, fué el padre de las herejías. Creía que de Dios venía la Idea y que ésta, ahora, está presa en los seres humanos. Según él, la Idea se había encarnado en Elena de Tiro, una ramera que lo seguía por todas partes, y la fe en él y en Elena era la condición esencial para salvarse. De él aprendieron Cerinto, el primer gnóstico [107] contra el cual escribió

(107) GNOSTICOS. Son los primeros herejes que pusieron en gran peligro a la iglesia naciente. Varias son las opiniones acerca de su origen. Miher opina que los gnósticos hayan nacido inmediatamente y directamente del cristianismo, y sea el gnosticismo una especie de hipercristianismo práctico, al que se agregó luego la parte especulativa. Otros eruditos los creen nacidos de una mescolanza de doctrinas helénicas (particularmente platónicas) y de ideas orientales afines al budismo y a doctrinas cristianas. Esta es, al presente, la opinión más común. Para no extenderme demasiado, pondré aquí lo que opinaban de Jesucristo N. S. Las almas son de

su Evangelio Juan, y Menandro, que se las daba de salvador del mundo. Otro, Elkasai, confundía la Nueva y la Vieja Alianza, inventaba fábulas acerca de muchas "encarnaciones", además de la de Cristo, y, con sus discípulos, se dedicó al estudio entusiasta de la magia y de la astrología. Cuenta Egesipo que un tal Tebutis, por celos de Simón, segundo obispo de Jerusalén, formó una secta que reconocía en Jesús al Mesias, pero que en todo lo demás permanecía fiel al antiguo judaísmo. Pablo, en su I^a epístola a Timoteo, pone en guardia a los *santos* contra Himeneo, Fileto y Alejandro, "obreros embusteros que se disfrazan de apóstoles de Cristo", II Tim, 1, 15 y 2, 17. que torcían la verdad y esparcían la mala semilla de las herejías en las primeras iglesias. Un Dositeo se apropiaba del nombre de Cristo y un Nicolás engendraba con sus errores la secta de los Nicolaitas, condenados por Juan en el Apocalipsis. Y los Zelotas [108] fomenta-

II Tim. 1, 15 y 2, 17.

origen divino, pero fueron atadas a los cuerpos de modo contrario a su naturaleza, y de unión antinatural surgió el mal. Para rescatar a los espíritus encadenados apareció, enviado por Bito (Dios), el espíritu Cristo, el cual, según algunos gnósticos, se unió al hombre. Jesús, según otros, asumió un cuerpo etéreo y aparente. Su única misión fué revelar a los espíritus prisioneros su alto origen; por eso los ejemplos, la muerte de Cristo, la Iglesia, los sacramentos son cosas inútiles. Uno de los caracteres de los Gnósticos es la distinción de su doctrina en "esotérica" y "exotérica" (secreta y común) a la manera de los misterios paganos, y la exposición fantástica de sus creencias mediante imágenes tomadas frecuentemente de la mitología. Confirmaban los Gnósticos su doctrina con la S. Escritura que mutilaban o interpretaban falsamente o de la cual suprimían algunos libros. Se apoyaban especialmente en los "nuevos evangelios" o revelaciones y en ciertas "doctrinas secretas de los apóstoles" que ellos decían haber recibido de sus discípulos.

(108) ZELOTAS, "celantes" o "celadores". Llamábanse así muchos judíos que promovieron grandes tumultos en la Judea, a principios de la era vulgar (año 66). Se dieron ellos mismos este nombre, a causa de su celo, excesivo por cierto, y mal entendido, por la libertad de su patria. Fueron llamados también "sicarios", de "sica", voz latina que significa puñal o daga, con motivo de los frecuentes asesinatos de que eran autores. Creíanse ellos con derecho para perseguir y matar a todos aquellos que no participaran de su fanatismo. En la época del sitio de Jerusalén, los Zelotas se concentraron en esa ciudad, donde cometieron crueldades inauditas, que describe minuciosamente el historiador Josefo.

ban continuos tumultos afirmando que se debía expulsar a los romanos y a todo pagano para que Dios volviera finalmente a triunfar con su pueblo.

La segunda señal, la persecución, no se había hecho esperar. Apenas los discípulos empezaron a predicar el Evangelio en Jerusalén, Pedro y Juan fueron arrojados a la cárcel: libertados, fueron tomados de nuevo y azotados, con orden de no hablar más en adelante en nombre de Jesús. Esteban, uno de los más fervientes entre los neófitos, es conducido por los sacerdotes fuera de la ciudad y lapidado.

Bajo el gobierno de Agripa empiezan de nuevo las tribulaciones. En el 42, el descendiente de Herodes hizo matar a espada a Santiago el Mayor, hermano de Juan y, por tercera vez, Pedro fué encerrado en la cárcel. En el 62 Santiago el Justo, llamado el hermano del Señor, fué arrojado al espacio desde la azotea del Templo, y ultimado a pedradas. En el 50 Claudio había desterrado de Roma a los Judíos cristianos "*Impulsore Chresto, tumultantes*"; en el 58, con motivo de la conversión de Pomponia Grecina, empezó también en la capital del imperio la guerra a los convertidos. En el 64 el incendio de Roma, querido y ejecutado por Nerón, da el pretexto para la primera gran persecución. Una muchedumbre innumerable de cristianos, sufrió el martirio en Roma y en las provincias. Muchos son crucificados; otros, envueltos en la "*túnica molesta*" [109], alumbran los paseos nocturnos del César; algunos, envueltos en pieles de animales, son dados como alimento a las fieras; muchos son comparsas forzados de comedias infernales que se representan en los anfiteatros y terminan su vida entre los dientes de los leones. Proceso, Martiniano Basilisio, Vital y Valeria en Ravena; Gervasio, Protasio, Nazario y Celso en Milán; Alejandro en Brescia; Poulino, Félix y Constancia en Etruria son asesinados en aquellos años. Pedro muere en la cruz, clavado con la cabeza hacia abajo.

Pablo termina bajo la hoz una vida que habia sido,

(109) TUNICA MOLESTA. Túnica azufrada que se ponía a ciertos criminales y a la que se daba fuego para que quemaran vivos.

despnés de su conversión, una cedanea de tormentos. Diez años antes de su muerte, en el 57, había sido azotado cinco veces por los Judíos, golpeado con varas por los romanos tres veces, siete veces encarcelado, tres veces naufragado y en Lista lapidado y dejado por muerto. La mayor parte de los otros discípulos tuvieron la misma suerte. Tomás fué martirizado en la India. Andrés crucificado en Patrás, Bartolomé crucificado en Armenia. En la cruz, como su maestro, terminaron Simeón Zelotes y Matías.

Ni faltaron las guerras y los rumores de guerra. Cuando Jesús fué condenado a muerte duraba todavía en el mundo la célebre paz de Augusto. Pero bien pronto se levantó un pueblo contra otro pueblo, una nación contra otra nación. Bajo Nerón, los Británicos derrotan y degüellan a los romanos; los Partos se sublevan y obligan a las legiones a pasar bajo el yugo; Siria y Armenia se agitan contra la dominación extranjera; Gaha se levanta con Julio Víndex. Nerón está próximo al fin: las legiones de España y de Galia proclaman emperador a Galba; Nerón, al huir de su Casa de Oro, logra ser cobarde hasta en el matarse. Galba entra en Roma, pero no trae la paz. Ninfidio Sabino en la misma Roma, Capito en Germania, Clodio Macro en Africa le disputan el imperio. Todos están descontentos de él, y el 15 de enero del 69 los pretorianos lo asesinan y aclaman a Otón. Pero las legiones de Germania habían ya proclamado a Vitelio, y se dirigen hacia Roma. Vencido Otón, en Bedriaco, éste se mata. Pero tampoco Vitelio logra reinar. Las legiones de Siria eligen a Vespasiano, el cual manda a Antonio Primo a Italia. Los vitelianos son derrotados en Cremona y en Roma; Vitelio, el cerdo voraz, es asesinado el 20 de diciembre del 69. Entretanto estalla en el norte la insurrección de los Bátavos con Clandio Civil, y no está domada todavía en Oriente la de los Judíos. En menos de dos años Italia es invadida dos veces. Roma tomada dos veces, dos emperadores se matan, dos son matados. Y hay guerras y rumores de guerra en el Rin y en el Danubio, en el Po y en el Tíber, en las orillas del mar Nórdico, a los pies del Atlante y del Tabor.

Los otros flagelos anunciados por Jesús acompañaban en aquellos años la conmoción del imperio. Calígula, el loco, se lamentaba de que bajo su reinado no sucediese nada de espantoso y deseaba carestías, pestilencias y terremotos. El epiléptico abominable e incestuoso no fué escuchado, pero en tiempos de Claudio una repetición de cosechas pobres llevó la carestía hasta la misma Roma. Bajo Nerón, a la carestía se le añadió la peste; únicamente en la Capital, y en un solo otoño, el tesoro de Venus Libitina (110) registró treinta mil muertos.

En el 61 y en el 62 el terremoto sacudió el Asia, la Acaya de Hierápolis y la Macedonia; particularmente las ciudades de Laodicea y de Colosos sufrieron graves daños. En el 63 le tocó el turno a Italia: en Nápoles, en Nocera y en Pompeya la tierra tembló; toda la Campania fué presa del terror. Y como si eso fuera poco, tres años después, en el 66, la misma región fué devastada por trombas aéreas y marinas, que destruyeron las cosechas y agravaron las amenazas del hambre. Mientras Galba entraba en Roma (año 68), la tierra, con un rugido formidable, tembló bajo sus plantas. Todo había sucedido: ya había llegado la plenitud de los tiempos para el suplicio de Judea.

El terremoto que sacudió a Jerusalén el Viernes Santo fué como la señal de las convulsiones judaicas. Durante cuatro decenios el país de los Deicidas no tuvo paz —ni la paz de la derrota y de la esclavitud— hasta el día en que no quedó piedra sobre piedra del Templo.

Pilatos, Caspio, Festo y Agripa habían tenido que dispersar las bandas de los falsos Mesías. Bajo el pro-

(110) VENUS LIBITINA. Mientras algunos creen que la diosa que presidía los funerales era Venus, llamada *"Libitina"*, otros, en cambio, creían que era Proserpina. "Libitina" se llamaba en Roma la puerta por la que se sacaban los muertos fuera de la ciudad; "Libitina" era la puerta del anfiteatro por donde se sacaban los cuerpos de los gladiadores muertos en la arena; y "libitina" se llamaba una cuenta, que no era sino el registro que se conservaba en el templo de *Libitina* y en que se escribía el nombre de los muertos para los cuales se llevaba alguna ofrenda; por último, "libitinario" se llamaba el funcionario público que presidía los cortejos fúnebres en la antigua Roma y que proporcionaba todo lo necesario para los funerales.

curador Tiberio Alejandro la primera y seria sublevación del partido de los "anáticos" (los Zelotas) terminó con la crucificación de Jacobo y Simeón, hijos de Judas el Galileo que la habían capitaneado. El procurador Ventidio Cumano (años 48-52) no tuvo un día de descanso. Los Zelotas, a los que se unieron, más feroces todavía, los Sicarios, no depusieron las armas. Bajo el procurador Félix los tumultos no se interrumpieron; bajo Albino las llamas de la revuelta se extendieron más voraces. Finalmente, en tiempo de Gesio Floro (años 64-66), último procurador de Judea, el incendio que de tanto tiempo atrás serpenteaba sin apagarse nunca estalló en todo el país. Los Zelotas se adueñaron del Templo; Floro se vió obligado a huir; Agripa, que fué como mediador de paz, resultó apedreado; Jerusalén cayó en poder de Menahemo, otro hijo de Judas el Galileo. Zelotas y Sicarios, echándoselas de dueños, hicieron estragos con los no judíos y aun con los judíos que, a sus ojos de furiosos, parecían tibios.

Y de ahí, finalmente, la "abominación de la desolación" predicha por Daniel y recordada por Cristo. La profecía de Daniel se había cumplido ya una primera vez cuando Antioco. Epifanio había profanado el Templo poniendo en él la imagen de Júpiter Olímpico. En el 39 Calígula el Loco, que se había constituído en Dios y como Dios se hacía adorar en varios lugares, había mandado orden al procurador Petronio para que colocara la estatua imperial en el recinto del Templo; mas había muerto antes de que la orden fuera ejecutada.

Dan. 9, 27.

Pero Jesús aludía a cosas muy distintas de la imágenes. El lugar santo, ocupado por los Sicarios durante la rebelión grande, se convirtió en un refugio de asesinos y los amplios patios fueron abundantemente empapados en sangre, sin excluir la sacerdotal. La Ciudad Santa sufrió duramente "la abominación de la desolación", porque en septiembre del 66 Cestio Galo, llegado al frente de cuarenta mil hombres para domar a los insurrectos, acampó alrededor de Jerusalén con aquellas insignias imperiales que causaban horror a los judíos por idolátricas y que, por tolerancia de los emperadores, no habían

sido aún introducidas en la ciudad. Pero, como encontrara mayor resistencia de la que esperara, se retiró y esa retirada se convirtió en fuga, con gran júbilo de los Zelotas que vieron en aquella victoria una señal más que evidente del auxilio divino. (En aquel tiempo, entre el primero y el segundo sitio, cuando ya la doble abominación había desolado el Templo y la ciudad, los Cristianos de Jerusalén, obedientes al vaticinio de Jesús, huyeron a Pella, al otro lado del Jordán). Pero Roma no entendía en absoluto ceder. Se encomendó la empresa definitiva a Tito Flavio Vespasiano quien, reuniendo el ejército en Tolemaida, en el 67, se movió contra Galilea y la sometió. Mientras los romanos se apoderaban de los cuarteles de invierno, Juan de Giscala, uno de los jefes Zelotas, refugiándose en Jerusalén, al frente de bandas de Idumeos, derrocó al gobierno aristocrático y la ciudad entera se llenó de tumultos y de sangre.

Vespasiano, al regresar a Roma para asumir el imperio, confió el mando a su hijo Tito quien haría la fiesta de Pascua del 70, llegó a Jerusalén y le puso estrecho sitio. Entonces empezaron los días horribles. Los Zelotas, invadidos por una furibunda locura aun en el colmo del peligro, se fueron dividiendo en facciones que se disputaban con las armas en las manos ese efímero dominio de la ciudad.

Juan de Giscala, por de pronto ocupaba el Templo. Simón de Gerasa, la ciudad baja, y sus partidarios degollaban a los que los Romanos no habían logrado matar. Entretanto Tito se apoderaba de dos líneas de murallas y de una parte de la ciudad.

El 5 de julio cayó en su poder también la Torre Antonia. Entre tanto, a los horrores de las matanzas fratricidas y del sitio se habían unido los del hambre. Fué tal la carestía, que se vieron madres, narra Flavio Josefo, matar a sus hijuelos para comérselos. El 10 de agosto el Templo fué tomado y quemado; los Zelotas lograron aún encerrarse en la ciudad alta, mas, vencidos por el hambre, tuvieron que rendirse el 7 de septiembre.

Las profecías de Jesús habían tenido su cumplimiento. La ciudad, por orden de Tito, fué demolida; y del Tem-

plo, dañado ya por el incendio, no quedó piedra sobre piedra sin ser destruída. Los Judíos que habían sobrevivido al hambre y a la matanza de los Sicarios fueron degollados por la soldadesca victoriosa. Los que quedaron aún, fueron deportados a Egipto a trabajar en las minas, y muchísimos fueron muertos, para diversión de la plebe, en los anfiteatros de Casarea y de Berito. Algunos centenares de los más hermosos fueron llevados prisioneros a Roma para que figuraran en el triunfo de Vespasiano y de Tito; y allí en Roma Simón de Giora y otros jefes zelotas fueron degollados ante los ídolos que tanto odiaban.

"Yo os digo que esta generación no pasará antes de
Mt. 24, 34. que todas estas cosas hayan sucedido". Era el año 70 de Cristo y su generación no había bajado toda a los sepulcros, cuando sucedían estas cosas. Uno al menos de los que le escuchaba en el Monte de los Olivos, Juan, fué testigo del castigo de Jerusalén y de la ruina del Templo. Dentro del tiempo fijado las palabras de Jesús fueron recalcadas, sílaba por sílaba, con atroz exactitud, por una historia de sangre y de fuego.

LA PARUSIA

El primer fin, el fin parcial, local, el fin del pueblo deicida. Conforme a la sentencia de Cristo, las piedras del Templo están esparcidas entre los escombros y los fieles del Templo han muerto en los suplicios, o se hallan dispersos por todo el mundo.

Queda la otra profecía. ¿Cuándo volverá el Hijo del Hombre, sobre la nube, precedido por las tinieblas, anunciado por las clarinadas evangélicas? Nadie, declara Jesús, puede anunciar el día de su venida. El Hijo del Hombre es comparado a un relámpago que, repentinamente, cruza el cielo de oriente a occidente; a un ladrón que viene a escondidas, de noche; a un patrón que se ha ido lejos y regresa inesperadamente y sorprende a sus criados. Hay, pues, que vigilar y estar preparados. Purificaos, porque ignoráis cómo llega y ¡ay de quien no sea digno de presentársele! "Mirad por vosotros, no sea que vuestros corazones se carguen de glotonería y de embriaguez y de los afanes de esta vida, y se os eche encima de repente aquel día como un lazo; porque de esta manera vendrá sobre los habitantes de la tierra entera". Luc. 21, 34, 35.

Pero si Jesús no anuncia el día, nos dice las cosas que han de acontecer antes de aquel día. Dos son estas cosas: que el Evangelio del Reino sea predicado a todos los pueblos y que los Gentiles no hollen más el suelo de Jerusalén. Estas dos condiciones se han cumplido en nuestros tiempos y, acaso, el gran día se aproxima. Ya no hay más en el mundo nación civilizada o tribu bárbara donde los descendientes de los Apóstoles no hayan predicado el Evangelio. Desde 1918 los turcos no mandan más en Jerusalén y se habla de una verdadera resurrección del antiguo estado judío. Cuando, según las palabras de Oseas, los hijos de Israel, privados por tanto tiempo

del rey y del altar, se conviertan al Hijo de David y vuelvan, temblando, a la bondad del Señor, el fin de los tiempos está próximo.
Oseas 3, 4, 5.

Si las palabras de la segunda profecía de Jesús son verídicas como se han demostrado verídicas las palabras de la primera, la Parusía no debería estar lejos. Una vez más, en estos años, las naciones se han movido contra las naciones y la tierra ha temblado haciendo estragos de vidas, y las pestes y las carestías y las convulsiones han diezmado a los pueblos. Las palabras de Cristo, de un siglo a esta parte, son traducidas y predicadas en todas las lenguas. Soldados que creen en Cristo, aunque no todos fieles a los herederos de Pedro (111), mandan en aquella ciudad que, después de su ruina, estuvo a merced de Romanos, de Persas, de Arabes, de Egipcios y de Turcos.

Pero los hombres no recuerdan a Jesús y su promesa. Viven como si el mundo tuviera que durar como hasta aquí, y no se muestran afanosos sino por sus intereses terrestres y carnales. "En efecto, dice Jesús, como en los días antes del diluvio estaban los hombres comiendo y bebiendo y tomando maridos y mujeres, hasta el mismo día en que entró Noé en el arca, y no conocieron el diluvio hasta que vino y se llevó a todos; así será la venida del Hijo del Hombre. Así fué también en los días de Lot: comían y bebían, compraban y vendían, plantaban y hacían casas. Pero el día en que Lot salió de Sodoma, llovió fuego y azufre del cielo y los mató a todos. Lo mismo sucederá el día en que se manifieste el Hijo del Hombre".
Mt. 24, 37, 39.

Igual cosa acontece en nuestros días, a despecho de las guerras y de las pestes que han segado millones de vidas en pocos años. Se come y se bebe, se contrae matrimonio y se edifica, se compra y se vende, se escribe y se juega. Y nadie piensa en el divino ladrón que, a escondidas, llegará de noche; ninguno espera al verdadero patrón, que volverá improvisamente; nadie examina el cielo para

(111) Se refiere el autor a los soldados ingleses que garantizan con su presencia la independencia del hogar judío, es decir, de la Palestina.

ver si el relámpago fatídico sale de oriente para ir a morir en occidente.

La vida larval de los vivos es como una pesadilla de fiebre perniciosa. Parecen despiertos, porque deliran en pos de los bienes que son fango y veneno. No miran hacia arriba, no temen más que a los hermanos. Tal vez esperen ser despertados en la última hora, por los muertos antiguos que resucitarán al aproximarse el Resucitado.

EL NO DESEADO

Mientras Jesús condena el Templo y a Jerusalén, aquellos a quienes el Templo mantiene y los señores de Jerusalén están preparando su condena.

Todos los que poseen, enseñan y mandan, esperan solamente el momento oportuno para asesinarlo sin correr riesgos. Quien tiene un nombre, una dignidad, una escuela, una tienda, un oficio sagrado, una fracción de autoridad, está contra él. Ha venido contra ellos; y ellos están contra él. Creen, con la necesidad propia de los sitiados, que se salvarán condenándolo a muerte, e ignoran que precisamente su muerte es necesaria para dar principio a los castigos.

Para imaginarse bien el odio que hacía mancomunarse a las altas clases de Jerusalén contra Jesús —odio sacerdotal, odio escolástico, odio mercantil— hay que recordar que la santa ciudad aparentemente vivía para la fe, pero en realidad sobre la fe. Solamente en la metrópoli del judaísmo se podían ofrecer sacrificios válidos y aceptables al antiguo Dios y por eso acudían a ella, todos los años, particularmente en los días de las grandes fiestas, muchedumbres increíbles de israelitas procedentes de las tetrarquías palestinas y de todas las provincias del imperio. El templo no era solamente el santuario legítimo de los Judíos; para los que le estaban adscriptos y para los otros era la gran ubre nutricia, que abrevaba la capital con los productos de las víctimas de las ofrendas, de los diezmos y, particularmente, con las ganancias que dejaba la continua afluencia de millares de huéspedes. Flavio Josefo cuenta que, en circunstancias extraordinarias, llegaban a encontrarse en Jerusalén hasta tres millones de peregrinos.

La población estable comía así todo el año en cuanto

existía el Templo; la fortuna de los chalanes, de los vendedores de alimentos, de los cambistas, de de los posaderos y de los mismos que ejercían algún arte, dependía de la fortuna del Templo. La casta sacerdotal que, sin los Levitas —que eran una buena tropilla— contaba en tiempos de Cristo con veinte mil descendientes de Anón, sacaba sus rentas de los diezmos en especies, de los impuestos especiales del Templo, de los rescates de los primogénitos —¡también los primogénitos de los hombres pagaban cinco siclos por cabeza!— y se nutrían con las carnes de los animales sacrificados, de los cuales sólo se quemaba la grasa. A ellos pertenecían las primicias de los ganados y de la cosecha. Hasta el pan se lo proveía el pueblo, porque todo jefe de la familia entregaba a los sacerdotes la vigésima cuartava parte del pan que se cocía en su casa. Muchos de ellos, como hemos visto, lucraban también con la cría de los animales que los fieles debían comprar para las ofrendas; otros eran socios de los cambistas y no es imposible que algunos de ellos fueran verdaderos banqueros, porque el pueblo depositaba con gusto sus ahorros en la caja del Templo.

Un conjunto convergente de intereses partía, pues, del castillo herodiano para llegar hasta la estera del feriante y el chiribitil del vendedor de sandalias. Los sacerdotes vivían a cuenta del Templo y muchos de ellos eran mercaderes ya ricos; los ricos necesitaban del Templo para aumentar sus ganancias y mantener al pueblo sumiso; los mercaderes negociaban con los ricos que pueden gastar, con los sacerdotes que se asociaban y con los peregrinos de todas las partes del mundo atraídos hacia el Templo: los obreros y los pobres vivían con las sobras y las migajas que caían de las mesas de los sacerdotes, de los ricos, de los mercaderes y de los peregrinos.

Era, por consiguiente, la religión la mayor de las industrias y, acaso, la única de Jerusalén; quien atentaba contra la religión, contra sus representantes, contra el monumento visible que era la sede más famosa y fructífera de la religión, debía ser por fuerza considerado enemigo del pueblo y en particular de las castas más acomodadas y más aprovechadoras.

Jesús con su Evangelio amenazaba directamente las posiciones y las rentas de aquellas clases. Si todas las prescripciones de la ley (112) debían reducirse a la práctica del amor, no quedaba más sitio para los escribas y doctores de la ley, los cuales de la enseñanza de la misma sacaban con qué comer. Si Dios realmente despreciaba los sacrificios animales y sólo pedía la pureza del alma y la oración secreta, los sacerdotes bien podían cerrar las puertas del santuario y cambiar de oficio; los negociantes de bueyes, de terneros, de ovejas, de corderos, de cabritos, de palomas y de pájaros habrían visto disminuir y, tal vez, desaparecer sus entradas. Si para ser amados por Dios, era necesario cambiar de vida y no bastaba lavar la copa y pagar puntualmente los diezmos, la doctrina y la autoridad de los Fariseos quedaban reducidas a la nada. Si, por último, llegaba ese Mesías y declaraba decaído el primado del Templo e inútiles los sacrificios, de aceptarlo la capital del culto se habría convertido, de un día para otro, en una ciudad detestada y, con el andar del tiempo, en una obscura aldea de empobrecidos, en un desierto.

Jesús, que prefería los pecadores, con tal que fueran puros y amorosos, a los sanedritas; que estaba con los pobres contra los ricos; que estima más a los niños ignorantes que a los escribas enceguecidos sobre los misterios de las Escrituras, debía por fuerza, concentrar sobre su cabeza el odio de los levitas, de los mercaderes y de los doctores. El Templo, la Academia y la Banca estaban contra él: cuando la víctima esté pronta, llamarán, algunos con pena pero obligados, la espada romana para que la sacrifique a su tranquilidad.

(112) PRESCRIPCIONES DE LA LEY. "A fuerza de discutir la ley —dice el P. Villariño Ugarte, en su "Vida de Nuestro Señor Jesucristo", pág. 494— de arrebañar tradiciones y de escudriñar casos, los fariseos y maestros de Israel habían amontonado preceptos y más preceptos que clasificaron de mil maneras. Tantos eran cuantas letras tenía el Decálogo, 613; y unos eran negativos, 365, y otros positivos, 243; y cada cual daba más valor a unos o a otros, según sus opiniones, concediendo muchos mayor importancia a sus ridículas tradiciones o exteriores ritos, que a los principales conceptos de Dios.

Ya de algún tiempo atrás la vida de Jesús no estaba segura. Al decir de los Fariseos, desde los últimos tiempos de su estada en Galilea Herodes lo buscaba para matarlo. Tal vez fué este aviso el que lo llevó a Cesarea de Filipos, fuera de Galilea, donde predijo su pasión.

Desde que llegó a Jerusalén, los príncipes de los sacerdotes, los Fariseos y los Escribas, lo rodeaban continuamente, tendiéndole lazos y anotando sus palabras. Aquella gusanera inquieta y enconada le lanzó detrás algunos espías destinados a convertirse, a la vuelta de pocos días, en falsos testigos y, según Juan, dióse también la orden J. 4, 5-7.
a ciertas guardias, de detenerlo; pero éstas no tuvieron el valor de ponerle las manos encima. Pero los azotes a los chalanes y a los cambistas, la pública invectiva contra los Escribas y los Fariseos pronunciada a voz en cuello, la alusión a la ruina del Templo, colmaron la medida. El tiempo apremiaba, Jerusalén estaba llena de forasteros y eran muchos los que le escuchaban. Podía suscitarse algún desorden, un tumulto, quizás una sublevación de las bandas provincianas que estaban menos apegadas a los privilegios y a los intereses de la metrópoli. Hay que detener el contagio desde el principio... Y no se veía medida más eficaz que suprimir al blasfemo. No había tiempo que perder. Y los zorros del altar y del negocio, que ya se habían puesto de acuerdo a media voz, resolvieron convocar el Sanedrín para acordar la ley con el asesinato.

El Sanedrín era la asamblea de los próceres, el consejo supremo de la aristocracia dominante en la capital. Se componía de sacerdotes, celosos de la clientela del Templo, que les daba poderes y prebendas; de Escribas, encargados de conservar la pureza de la ley y de trasmitir la tradición; de Ancianos que representaban los intereses de la burguesía adinerada y moderada.

Todos fueron del parecer de que era necesario apoderarse de Jesús con engaño y hacerlo morir, como blasfemo contra el sábado y contra Dios. Nicodemo aventuró una defensa curialesca, pero le taparon inmediatamente la boca. "¿Qué hacemos? —contestaron—. Este hombre obra milagros y muchos lo siguen. Si lo dejamos estar,

todos creerán en él y vendrán los Romanos y nos quitarán nuestra ciudad y nuestra nación". Es la razón de Estado, "la salvación de la patria", que las camarillas secretas invocan siempre en su auxilio para disfrazar de legalidad ideal la defensa de sus ventajas particulares.

Juan 11, 47, 48.

Caifás, que en aquel año era Gran Sacerdote, disipó todas las dudas con la máxima que ante la sabiduría del mundo ha justificado siempre la inmolación del inocente: "Vosotros no sabéis nada. Conviene que un solo hombre muera por el pueblo antes que perezca toda la nación". Esa máxima, en boca de Caifás y en aquella ocasión, y por lo que dejaba entender sin decirlo, era infame y, como todos los discursos del Sanedrín, hipócrita. Pero elevada a un sentido superior y trasladada a lo absoluto —cambiando nación por humanidad— el presidente del patriciado sacerdotal enunciaba un principio que el propio Jesús había aceptado en su corazón y que, en otra forma, se había de convertir en el misterio atormentador del cristianismo. Caifás ignoraba, él que debía entrar solo en "Sancta Sanctorum" desierto, para ofrecer a Jehová sacrificio por los pecados del pueblo, cuán de acuerdo con su víctima estaban sus palabras, tan groseras en la expresión y tan cínicas en el sentimiento.

Juan 11, 49, 50.

El pensamiento de que solamente el justo puede pagar por la injusticia, que solamente el perfecto puede descontar los delitos de los brutos, que solamente el puro puede extinguir la deuda de los impuros, que solamente Dios, en su infinita magnificencia, puede expiar las culpas que el hombre ha cometido contra El; ese pensamiento que parece al hombre el vértice de la locura precisamente porque es el "súmmum" de la sabiduría divina, no brillaba por cierto en el alma infecta del saduceo mitrado, cuando arrojaba a las fauces de sus setenta cómplices, para que lo rumiaran debidamente, el sofisma destinado a hacer callar sus eventuales remordimientos. Caifás, que debía ser, junto con las espinas de la corona y con la esponja de vinagre, uno de los instrumentos de la Pasión, no se imaginaba en ese momento que ofrecía un testimonio solemne, aunque velado e involuntario, de la divina tragedia que estaba por comenzar.

Sin embargo, el principio de que el inocente puede pagar por los culpables, de que la muerte de uno solo puede contribuir a la salvación de todos, no era del todo desconocido a la conciencia antigua. Los mitos heroicos de los paganos conocían y celebraban los sacrificios voluntarios de los inocentes. Recordaban a Pílades que ofrecíase al suplicio en lugar de Orestes culpable; a Macaria, de la sangre de Heracles, que salvaba, con la propia, la vida a sus hermanos; a Alcestes que aceptaba la muerte para desviar de su Admeto la venganza de Artemisa; a las hijas de Electeo que se inmolaban para que el padre escapase a los golpes de Neptuno; al viejo rey Codro que se arrojaba al Iliso para que sus atenienses consiguieran la victoria; a Decio Mus y al hijo que se consagraban a los Manes en medio del entrevero, para que triunfaran los Romanos sobre los Samnitas; a Curcio que se precipitaba, completamente armado, a la hoguera por la salvación de su patria; a Ifigenia, que presentaba resignada la garganta a la cuchilla para que la flota de su padre Agamenon navegara con felicidad hacia Troya. En Atenas, durante las fiestas targelias, dos hombres eran matados para alejar de la ciudad las sanciones divinas. Epiménides el sabio, para purificar a Atenas, profanada con el asesinato de los secuaces de Cilón, recurrió a los sacrificios humanos sobre las tumbas. En Curio de Chipre, en Terracina, en Marsella, cada año, como pago por los delitos de la comunidad, era arrojado un hombre al mar y se le consideraba como salvador del pueblo.

Pero estos sacrificios, cuando espontáneos, eran por la salvación de un solo ser o de un reducido grupo de hombres; cuando eran forzados añadían un crimen nuevo a los que se pretendía expiar: casos de cariño privado o crímenes supersticiosos. No se había visto todavia a un hombre que cargase con todos los pecados de los hombres, a un Dios que se encarcelase en la carne para salvar al género humano y hacerle capaz de ascender de la bestialidad a la santidad, de la humillación de la tierra al Reino de los Cielos. El perfecto que asume todas las imperfecciones, el puro que carga con todas las infamias, el justo que toma sobre sí todas las injusticias de todos, había aparecido bajo el aspecto de miserable y de fugi-

tivo, en los días de Caifás. Aquel que debe morir por todos, el obrero galileo que turba a los ricos y a los sacerdotes de Jerusalén, está allí, en el Monte de los Olivos, a poca distancia del Sanedrín. Los setenta que no saben que, en ese momento, están obedeciendo a la voluntad del Perseguido, deciden hacerlo prender antes que llegue la Pascua. Pero porque son cobardes, como todos los patrones, no tienen más que una dificultad: el miedo a la gente que ama a Jesús. "Y los príncipes de los sacerdotes y los escribas andaban bnscando cómo prenderlo con engaño y matarlo. Pero decían: No lo hagamos en día de fiesta, no sea que se origine algún tumulto en el pueblo". A sacarlos del pantano, para fortuna suya, se les
Mc. 14, 1, 20.
presentó al día siguiente uno de los Doce: el que tenía la bolsa, Jndas Iscariote.

EL MISTERIO DE JUDAS

Sólo dos seres en el mundo han sabido el secreto de Judas: Cristo y el Traidor.

Sesenta generaciones de cristianos se han devanado los sesos acerca de él, pero el corazón del Iscariote, a pesar de haber hecho nubes de prosélitos sobre la tierra, queda siempre indescifrado. Es el único misterio humano que se encuentra en el Evangelio. Comprendemos sin mayor esfuerzo lo demoníaco de los Herodes, el rencor envidioso de los Fariseos, la cólera vengativa de Anás y de Caifás, la cobarde condescendencia de Pilatos. Pero no comprendemos con igual evidencia la abominación de Judas. Los cuatro historiadores nos dicen demasiado poco de él y de las razones que lo indujeron a vender a su Rey.

"Satanás —dicen— entró en él". Pero estas palabras Luc. 22, 3.
no son más que la definición de su delito. El mal se apoderó de su corazón; luego, improvisadamente. Antes de este día, tal vez antes de la cena de Betania, Judas no estaba en manos del adversario. Pero, ¿por qué, de repente, se puso en ellas? ¿Por qué Satanás entró precisamente en él y en ninguno de los otros?

Los Treinta Dineros son una suma insignificante para un hombre a quien tentaba la riqueza. Con el cambio del día apenas llegaría a unos treinta y tres pesetas; y aun suponiendo que su valor efectivo, o como dicen los economistas, el poder adquisitivo, fuese, en aquel tiempo, hasta diez veces mayor, no nos parece que trescientas treinta pesetas sea un precio suficiente para inducir a un hombre, que sus compañeros nos describen avaro, a cometer la perfidia más repugnante que recuerde la historia. Se ha dicho que los Treinta Dineros eran el precio de un esclavo. Pero el texto del Exodo dice, en cambio, que treinta siclos de plata eran la compensación Ex. 21, 32.

que debía pagar el dueño de un buey que hubiera atropellado a un esclavo o a una esclava. El caso era demasiado diverso para que los doctores del Sanedrin pudieran pensar en aquel momento en la observancia escrupulosa de un antecedente.

El indicio más tremendo en favor de la traición es el oficio que Judas se había reservado entre los Doce. Había entre ellos un recaudador de impuestos: Mateo, al cual, casi de derecho, habría pertenecido el ser depositario de las pequeñas sumas necesarias para las expensas de la comunidad. En lugar de Mateo, vemos, como depositario de las ofrendas, al hombre de Keriot. El simple manejo de las monedas, aunque ajenas, apesta. No debe maravillarnos, pues, que Juan dé por ladrón a Judas: "Como
J. 22, 6. tenía la bolsa, sacaba lo que ponían en ella".

Y, sin embargo, no se puede menos que pensar que un codicioso de dinero no habría permanecido mucho tiempo en tan pobre compañía. Si hubiera querido vivir de robos, hubiese buscado un puesto más aparente y fructífero del que había aceptado. Y si hubiera tenido necesidad de esos miserables Treinta Dineros, ¿no hubiese podido hacerse con ellos de otra manera, aunque fuera escapando con la bolsa, sin necesidad de proponer vilmente a los sacerdotes la compra de Jesús?

Estas reflexiones de sentido común acerca de un delito tan extraordinario han llevado a muchísimos, desde los primitivos tiempos del cristianismo, a buscar otros motivos de la infame venta. Una secta de herejes, los Cainistas, inventó la absurda fábula de que Judas, sabiendo que Jesús debía, por propia voluntad y la del Padre, ir a la muerte traicionado —a fin de que nada faltara al horror de la gran expiación— ¡se sujetó a aceptar con dolor la eterna infamia, para que todo se cumpliese! Instrumento necesario y voluntario de la Redención, Judas, según éstos, ¡fué héroe y mártir, digno de ser venerado y no maldecido!

Según otros, el Iscariote, que amaba a su pueblo y cuya liberación esperaba y que acaso se inclinaba a la parte de los zelotas, se había unido a Jesús esperando fuera el Mesías cual la baja plebe se lo imaginaba entonces: el Rey del desquite y de la restauración de Israel. Cuando poco a poco, a despecho de lo obtuso de su entendimiento, se dió cuenta, por las conversaciones de Jesús, de haber dado con un Mesías de una especie muy distinta, para vomitar la rabia de su desengaño lo entregó a los enemigos. Pero esta fantasía, a la cual los textos así canónicos como apócrifos no dan asidero, de nada valdría para excusar al vendedor de Cristo: habría podido desertar de los Doce y ponerse en busca de compañeros más a propósito para él y que, como hemos visto, no escaseaban en aquel entonces.

Alguien había dicho que debe buscarse la verdadera razón en la pérdida de la fe. Judas había creído firmemente en Jesús y ahora no podía creer más en él. Las conversaciones acerca del próximo fin, la hostilidad amenazadora de la metrópoli, el retardo de la manifestación victoriosa habían terminado por hacerle perder la confianza en aquel a quien hasta entonces había seguido. No veía aproximarse el Reino y, en cambio, veía venir la muerte. Tal vez, husmeando entre el pueblo, había oído susurrar algo de los propósitos de la camarilla y temía que el Sanedrín no se contentara con una víctima sola y condenara a todos aquellos que, de tiempo atrás, andaban con Jesús. Vencido por el miedo —que sería la forma tomada por Satanás para entrar en él— creyó oportuno adelantarse y salvar la propia vida, con la traición. La incredulidad y la cobardía habrían sido los motivos ignominiosos de su ignominia.

Un inglés contemporáneo, célebre como comedor de opio, excogita, contradiciéndose, una nueva apología del Traidor. Judas creía en el Mesías: mas creía demasiado. Estaba de tal manera persuadido de que Jesús era verdaderamente el Cristo, que, entregándolo al tribunal, quiso empujarlo a manifestar finalmente su legítima Mesianidad. ¡No podía creer, tan fuerte era su esperanza, que Jesús habría sido matado! O bien, si debía morir, sabía con certeza que resucitaría inmediatamente, para reaparecer a la diestra del Padre como Rey de Israel y del mundo. Para acelerar la llegada del gran día, en el cual, al fin, se habría dado a los Discípulos el premio de

su fidelidad. Judas, "seguro de la intangibilidad de su divino. amigo", quiso forzarle la mano y brindarle ocasión, poniéndolo frente a aquellos que debía desheredar, de mostrar su condición de verdadero Hijo de Dios. Así la de Judas no fué una traición, sino un error debido a no haber comprendido, en su sentido exacto, la enseñanza del Maestro. No traicionó, pues, por afán de lucro, por venganza o por cobardía, sino por necedad.

Otros, en cambio, vuelven a discurrir acerca de la venganza. No se traiciona sin odiar. ¿Por qué Judas odiaba a Jesús? Recuerdan la cena en casa de Simón y el nardo de la llorante. La reprensión de Jesús debe de haber exasperado al discípulo, al que, tal vez, se le había reprochado otras veces, por su sordidez y fingimiento. Al rencor por la reprensión se agregó la envidia, que siempre lozanea en las almas vulgares. Y apenas le pareció que podía vengarse sin peligro, fué al palacio de Caifás.

Mas, de un modo u otro, ¿pensaba de veras que su denuncia habría llevado a Jesús a la muerte o suponía, más bien, que se habrían contentado con azotarlo y con prohibirle hablar al pueblo? La continuación de su historia da lugar a imaginar que la condena de Jesús lo perturbó como una consecuencia terrible y no esperada de su pérfido beso. Mateo cuenta su desesperación de manera que deja suponer que Judas sintió verdaderamente todo el horror de lo que había sucedido por culpa suya. Las monedas que ha embolsado le queman; y cuando los sacerdotes las rechazan, arrójalas sin más al Templo. Tampoco después de esa trágica restitución tiene paz, y corre a ahorcarse, para morir el mismo día que su víctima. Un remordimiento tan furibundo, que empuja con tanta vehemencia al desprecio de la vida, hace pensar en los terrores de las revelaciones imprevistas y repentinas.

Los misterios, a despecho de todos los aspavientos de los no satisfechos, se amontonan alrededor del misterio de Judas. Pero no hemos invocado todavía el testimonio de aquel que, mejor que nadie y mejor que el mismo Judas, sabía el verdadero secreto de la traición. Solamente Jesús, que leía en el fondo del alma del Iscariote como en el alma de todos, y que sabía desde antes lo que Judas iba a hacer, podría decir la última palabra.

Jesús eligió a Judas para que fuera uno de los Doce y mensajero, como los otros, de la Buena Nueva. ¿Lo habría elegido, lo habría tenido consigo, a su lado, a su mesa, por tanto tiempo, si lo hubiera creído un malhechor incurable? ¿Le habría confiado lo que tenía de más caro, lo que tenía de más precioso en el mundo: la predicación del Reino de los Cielos?

Hasta los últimos días, tal vez hasta la última noche, Jesús no trata a Judas de diferente manera que a los otros. A él también, como a los Once, da su Cuerpo bajo la apariencia del pan y su Sangre bajo la apariencia del vino. También los pies de Judas —aquellos pies que lo habían llevado a la casa de Caifás— son lavados y secados por las manos ques habían de ser clavadas, con la complicidad de Judas, el siguiente día. Y cuando Judas llega entre el brillo de las espadas y el rojear de las linternas, bajo la negra sombra de los Olivos y besa —con efusión, dice Mateo— la cara todavía empapada de sudor sanguíneo, Jesús no lo rechaza, sino que le dice:

—Amigo, ¿a qué has venido? Mt. 26, 50.

¡Amigo! Es la última palabra que Jesús habla a Judas y también en este momento no sabe hallar más palabra que la acostumbrada, que la que le dirigió la primera vez. Judas no es, para él, el hombre de las tinieblas, que viene en la obscuridad para entregarlo a los esbirros, sino el amigo, el mismo que, pocas horas antes, sentábase a su lado, alrededor de la fuente del cordero y de las hierbas amargas y ha puesto la boca en su vaso; el mismo que tantas veces, en las horas de los descansos, a la sombra del follaje o de las paredes, escuchó, junto con los otros, como discípulo, como compañero, como hermano, las grandes palabras de la Promesa. Cristo dijo, en la mesa de la Ultima Cena: "¡Ay de aquel hombre por quien será entregado el Hijo del Hombre! ¡Más
le valiera no haber nacido nunca!" Pero ahora que el Mc. 14, 21.
Traidor está ahí, ante él, y la traición está consumada y a la perfidia de la traición Judas añade el ultraje del

beso a la boca de aquel que ha mandado el amor a los enemigos, vuelve la dulce, la acostumbrada, la divina palabra:

—Amigo, ¿a qué has venido?

También el testimonio del Traicionado acrecienta nuestra perplejidad en vez de levantar el velo del espantoso secreto. Sabe él que Judas es ladrón y le confía la bolsa; sabe que Judas es perverso y le confía un tesoro infinitamente más precioso que toda la moneda del universo; sabe que Judas lo traicionará y lo hace partícipe de su divinidad, ofreciéndole el bocado de pan y el sorbo de vino; ve a Judas guiando a los que han de prenderlo y lo llama todavía, una vez más, como antes, como siempre, con el nombre santo de la amistad.

¡Sería mejor que nunca hubiera nacido! Y estas palabras, más que nna condena, pueden ser una frase de lástima, al pensar en un destino que no puede ser evitado. Si Judas odia a Jesús, no vemos en ningún momento que Jesús sienta asco de Judas. Porque Jesús sabe que la venta infame realizada por Judas es necesaria, como será necesaria la debilidad de Pilatos, la rabia de Caifás, los esputos de los soldados, los maderos de la cruz. Sabe que Judas debe hacer lo que hace y no impreca contra él como no maldice al pueblo que lo quiere muerto ni al martillo que lo clava en el leño. Sólo una
Juan 13, 27. súplica le dirige: "¡Haz presto lo que piensas hacer!"

El misterio de Judas está atado con doble nudo al misterio de la Redención y quedará, para nosotros mismos, siempre un misterio.

Ninguna analogía puede iluminarnos. También José fué vendido por uno de sus hermanos que se llamaba Jndas, como el Iscariote, y fué vendido a los mercaderes ismaelitas por veinte monedas de plata. Pero José, figura carnal de Cristo, no fué vendido a los enemigos, no fué vendido para ser llevado a la mnerte. Y en compensación por aquella perfidia llegó a ser tan rico que pudo enriquecer a su padre y tan generoso que pudo perdonar también a los hermanos.

Jesús no fué solamente traicionado, sino vendido: traicionado por dinero, vendido a vil precio, cambiado por moneda circulante. Fué objeto de intercambio, mercadería pagada y entregada. Judas, el hombre de la bolsa, el cajero, no se presentó solamente como delator, no se ofreció como sicario, sino como negociante, como vendedor de sangre. Los judíos, que entendían de sangre, cotidianos degolladores y descuartizadores de víctimas, carniceros del Altísimo, fueron los primeros y los últimos clientes de Judas. La venta de Jesús fué el primer negocio del improvisado mercader: insignificante negocio, a la verdad, pero siempre una verdadera y propia transacción mercantil, un contrato válido de compraventa, contrato verbal, pero honradamente cumplido por los contratantes.

Si Jesús no hubiera sido vendido, hubiera faltado algo a la perfecta ignominia de la expiación. Si lo hubieran pagado caro, con trescientos siclos en vez de treinta, con oro en vez de plata, la ignominia hubiera sido menor, en poco, es verdad, pero menor. Estaba destinado desde la eternidad que fuera comprado, pero comprado con poco dinero, con tal que, de cualquier manera, el dinero entrara en la compra. Para que el valor infinito resultase sobrenatural pero comunicable, era menester cambiarlo por un valor mínimo, por un valor metálico que ni siquiera es valor. ¿No hacía lo mismo él, el vendido, que quería volver a comprar con la sangre de uno solo toda la sangre derramada sobre la tierra desde Caín al fin del mundo?

Y si hubiera sido vendido por esclavo, como tantos cuerpos provistos de alma eran vendidos en aquellos tiempos en las plazas; si hubiera sido vendido como nna propiedad de renta, como un capital humano, como un instrumento vivo de trabajo, la ignominia hubiera sido casi nula y la Redención postergada. Pero fué vendido como se vende el inocente cordero que el carnicero compra para matar, para revender luego sus trozos a los que comen carne. El sagrado carnicero Caifás nunca más tuvo, en su tiempo, una víctima tan inmensa. Desde hace casi dos mil años los cristianos se nutren con aquella víctima y todavía está intacta, y los devoradores no están hartos.

Cada uno de nosotros ha puesto su cuota, una cuota infinitesimal, para comprar a Judas esta víctima imposible de consumir. Todos hemos contribuido a reunir la suma visible que costó la sangre del Libertador: Caifás no fué más que nuestro mandatario. El campo de Hacéldama (113), que fué pagado con aquella moneda; el campo que fué comprado con el precio de la sangre, es nuestra herencia, es cosa nuestra. Y ese campo se ha ensanchado misteriosamente, se ha dilatado hasta ocupar la mitad de la superficie de la tierra: ciudades enteras, ciudades populosas, pavimentadas, bien iluminadas y mejor barridas, ciudades de almacenes y de burdeles, brillan en él de Norte a Sur. Y para que el misterio sea también mayor, también los dineros de Judas —multiplicados al infinito por las traiciones de tantos siglos, por todos los negocios concluídos, y, por añadidura, aumentados con los intereses— se han hecho innumerables. Ahora —pueden certificarlo los contadores públicos, verdaderos arúspices de esta edad— todos los recintos del Templo no serían capaces de contener las monedas engendradas hasta hoy por aquellas Treinta que arrojó en él, en su delirio de remordimiento, el hombre que vendió a su Dios.

(113) HACELDAMA, o campo del alfarero, es un terreno que se encuentra al S. del monte Sion y que los príncipes de los sacerdotes compraron con el precio de la traición de Judas, para que sirviera de cementerio a los extranjeros. (Véase Mat. XXVII, 1-10). Los discípulos del Señor y aun los Judíos impusiéronle el nombre de *Hacéldama* (el campo de sangre), a causa de haber sido precio de sangre las 30 monedas de plata con que fué comprado.

El Hacéldama es un grupo de sepulcros excavados en la roca, que en tiempo de los cruzados fueron reunidos bajo una misma gruta con el objeto de formar un osario inmenso. En él recibían sepultura, desde los primeros siglos, los peregrinos muertos en Jerusalén. El osario consiste en una construcción de 24 m. por 10, apoyada en un pilar roqueño. La gran bóveda es un túnel ligeramente puntiagudo y atravesado por nueve aberturas cuadradas, que miden 14 m. de alto hasta la roca. Los huesos humanos amontonados en sus fondos forman una capa de cerca de seis metros de espesor. Hay en la bóveda, que está hoy día a flor de tierra, dos brechas a través de las cuales puede observarse el interior. (P. Meistermann, 1, c.).

EL HOMBRE CON EL CANTARO

Estipulado el precio y pagado, los compradores no quieren esperar mucho la entrega. "Antes de la fiesta", han dicho; la fiesta grande, la Pascua, cae el sábado y ya estamos a jueves.

A Jesús no le queda más que un solo dia de libertad: el Ultimo Día.

Antes de dejar a sus amigos —los que esta noche lo abandonarán— quiere, una vez todavía, en la mesa de la paz, mojar con ellos el bocado en el mismo plato. Antes de que su rostro sea marcado con los salivazos de la soldadesca siria y de la hez judaica quiere arrodillarse a lavar los pies de aquellos que deberán caminar hasta la muerte por los senderos de la tierra, para narrar su muerte. Antes que su sangre gotee de las manos, de los pies, del pecho, quiere dar la primicia de la misma a aquellos que deberán ser con él, hasta el fin, un alma sola. Antes de sufrir la sed, clavado en los maderos clavados, quiere beber con los compañeros el jugo de la uva en el mismo vaso. La víspera de la muerte será como una anticipación del banquete de la nueva tierra.

Era la mañana del jueves, el primer día de los ácimos (114). Y los discípulos preguntan: "¿Dónde quieres que aparejemos para que comas la pascua?" Mt. 26, 17.

(114) ACIMOS. Estaba prescripto al pueblo (Ex. XII, 15-20), que cada año, desde el día 14 al 21 del mes de Nisán (marzo-abril), en recuerdo de la salida de Israel de Egipto, todos comieran únicamente pan ácimo, amenazando con grandes penas a quien lo comiere leudado; y esta solemne semana, y particularmente su primer día, se llamaba precisamente fiesta de los ACIMOS, como se la llama también en el Nuevo Testamento. (Y estaba cerca el día de los "ácimos", que se llama la Pascua. "El primer día de los "ácimos", cuando inmolaban la Pascua". Marc. XIV, 12). Y el apóstol San Pablo, dándole también a este hecho un significado espiritual, para

El Hijo del Hombre es menos que las raposas y no tiene casa. La de Nazaret la ha dejado para siempre; lejos está la de Simón en Cafarnaúm, que fué, en los primeros tiempos, como la suya, y demasiado apartada de la ciudad la de Marta y María, en Betania, en la cual era como dueño.

En Jerusalén no tiene sino enemigos o amigos vergonzosos. José de Arimatea lo acogerá como huésped sólo la noche después, en la ciega gruta destinada a las cenas de los gusanos.

Pero el condenado tiene derecho, el último día a la gracia que pide. Todas las casas de Jerusalén son suyas. El Padre le dará la que mejor se presta para ocultar la última alegría del perseguido. Y envía a dos discípulos con esta orden misteriosa:

—Id a la ciudad y, al entrar en ella, encontraréis a un hombre llevando un cántaro de agua. Seguidle hasta la casa en que entre y allí diréis al dueño de ella: "El Maestro te dice: Mi tiempo está cerca, voy a celebrar la pascua en tu casa con mis discípulos. ¿Dónde está el aposento en que he de comer la pascua con mis discípulos?" Y él os enseñará en lo alto de la casa un salón
Luc. 22, 10, 12. espacioso, amueblado y listo. Preparad todo allí".

Se ha creído que aquel patrón fuera un amigo de Jesús y que ya existiera un convenio entre ellos. Es un error: Jesús hubiera entonces mandado a los dos discípulos derechamente a él, diciendo el nombre, y no habría acudido al seguimiento del "hombre con el cántaro".

Muchos eran los hombres, aquella mañana de fiesta, que debían subir de la fuente de Siloé ([115]) con los cántaros del agua. Los discípulos no debían elegir: van a lo seguro. El primero que encontraran. No lo conocen, pues de conocerlo lo detendrían, en vez de seguirlo para ver dónde entraba. Su patrón, si tiene un criado, no debe ser de los pobres y en su casa, como en la de los acomodados, seguramente habrá un aposento apropiado para una cena. Y éste debe saber, al menos de oídas, quién es el Maestro: en aquellos días, en Jerusalén, no se habla sino de él. La embajada es tal que no podrá negarse: "El Maestro te dice: Mi tiempo está cerca". El tiempo que ya es suyo es el de la muerte. ¿Quién podrá rechazar de su casa a un moribundo que quiere satisfacer su hambre por última vez?

Fueron los discípulos, encontraron al hombre con el caldero, entraron en la casa, hablaron con el dueño y allí prepararon lo necesario para la cena: el cordero al asador, los panes redondos sin levadura, las hierbas amargas, la salsa roja, el vino de acción de gracias, el agua caliente. En el aposento prepararon los pequeños lechos y las almohadas en torno de la mesa y sobre ella extendieron un lindo mantel blanco y encima del mantel pusieron los pocos platos, los candeleros, el bocal lleno de vino y la copa, una sola copa, donde todos posarían sus labios. No olvidaron nada: los dos eran prácticos en estos preparativos. Desde niños, en sus casas paternas, que se reflejaban en el lago, habían asistido, con los ojos abiertos de par en par, a los preparativos de la fiesta más cordial del año. Y no era la primera vez que comían todos juntos la pascua desde que estaban en compañía del que amaban. Pero en este día, que era el último y en que, tal vez, la atroz verdad había finalmente penetrado en sus espíritus cerrados; para esta cena, la última en que habrían de participar todos los trece juntos, vivos todos los trece; para esta pascua, la última para Jesús y la última verdaderamente válida del viejo judaísmo, porque una Nueva Alianza empezaba para los hombres de todos los países; para este banquete de fiesta, que era un recuerdo de vida y un aviso de muerte, los discípulos ejecutaron las humildes tareas serviles con una ternura nueva, con aquella alegría tranquila y pensativa que mueve casi al llanto.

demostrar cuál deba ser la pureza de los cristianos, les recomendaba vivamente que alejaran de sí el "antiguo fermento o levadura, porque Cristo, nuestro cordero pascual, ha sido inmolado"; y añadía: "Así que hagamos fiesta no en la vieja levadura, ni en la levadura de malicia y de maldad, sino en los "ácimos" de la sinceridad y de la verdad". (I Cor. V, 7 y 8).

(115) SILOE. Es éste el más pequeño de los lagos o depósitos de agua recordados por la Biblia en torno de Jerusalén. Está fuera de los muros entre la colina Sion y el Moria, al extremo del valle llamado Tyropeon. Numerosos son los lugares de la Escritura que lo recuerdan. Recientemente se descubrió junto a ese lago o piscina una antigua inscripción hebraica que se remonta al tiempo del rey Ezequías y tiene una gran importancia histórica.

A la caída del sol llegaron los otros diez juntos con Jesús y se colocaron en torno de la mesa preparada. Todos callaban, como oprimidos por presentimientos que temían hallar de nuevo en los ojos de los compañeros. Recordaban la cena, casi fúnebre, en casa de Simón, el olor de nardo, la mujer y su infinito llanto silencioso, las palabras de Jesús aquella noche, las palabras de aquellos días, las replicadas advertencias de la infamia y del fin, las señales del odio que crecía alrededor de ellos y los indicios ya manifiestos de la conjuración que estaba por salir de la sombra con sus antorchas.

Pero dos de ellos —por contrarias razones— estaban más oprimidos, más conmovidos que todos: los dos que no verían la noche siguiente. Los que habían de morir: Cristo y Judas. El Vendido y el vendedor; el Hijo de Dios y el aborto de Satanás.

Judas ya lo había estipulado todo. Los treinta dineros los tenía consigo, bien atados para que no sonaran: nadie se los quitaría. Pero no estaba tranquilo. El enemigo había entrado en él, pero tal vez en él no había aún muerto del todo el amigo de Cristo. Verlo allí, en medio de los suyos, sereno pero con la expresión angustiada de quien es único poseedor de un secreto, único conocedor de un delito, de una traición; verlo libre todavía, junto a quien le quiere; todavía vivo, con toda la sangre dentro de las venas, bajo la delicada protección de la piel... Pero... los compradores no querían aguardar más: la entrega estaba concertada para esa misma noche y no esperaban más que a él. ¿Pero si Jesús, que debía saber, lo denunciaba a los Once? ¿Y si éstos, para salvar al Maestro, se le echaban encima para atarlo, para matarlo tal vez? Empezaba a sentir que precipitar la muerte de Jesús no hubiera bastado para salvarse a sí mismo de la muerte, tan temida y sin embargo tan próxima.

Todos estos pensamientos ennegrecían cada vez más el ya tétrico rostro y, por momentos, lo consternaban. Mientras los más propensos a ellos se atareaban en ultimar los preparativos para la cena, Judas miraba a hurtadillas los ojos de Jesús —límpidos ojos, velados apenas por la amorosa tristeza de la separación— como para leer en ellos la revocación del destino inminente.

Jesús rompió el silencio:

—Con gran deseo he esperado comer esta pascua con vosotros; porque os aseguro que no volveré a comerla hasta que no sea cumplida en el Reino de Dios. Luc. 22, 15.

Tanta fuerza de amor contenido no se había manifestado hasta entonces en ninguna otra palabra de Cristo a los amigos, como en ésta. Tanta nostalgia del día de la unión perfecta en la fiesta tan antigua y, sin embargo, destinada a una superior renovación. Que los ama, ellos lo saben; pero hasta esta noche, pobres corazones combatidos, nunca lo han sabido tan certeramente. Esta cena, él lo sabe, es la pausa extrema de reposada dulzura antes de la muerte; ello no obstante la ha deseado "ardientemente", con aquel ardor con que se desean las cosas más deseables, más largamente deseadas; con aquel fervor que conocen los apasionados, los ardientes, los amantes, los que combaten por la luz de una victoria, o que padecen por la elevación de un premio. Ha deseado ardientemente comer con ellos esta pascua. Había comido otras: había comido junto con ellos millares de veces, en los bancos de la balandra, en las casas de los amigos, de los desconocidos, de los ricos, en los bordes de los caminos, en los prados de las montañas, a la sombra de las peñas y de las enramadas. Y, sin embargo, ¡de cuánto tiempo atrás deseaba ardientemente comer con ellos esta cena, que es la última! Los cielos de la Galilea feliz, los vientos amansados de la primavera pasada, el sol de la otra pascua, los ramos del otro día: ¡quién sabe si los recuerda siquiera; quién sabe si ni siquiera existieron! En este momento no ve más que a sus primeros amigos, a sus últimos, que la traición diezmará, que el miedo dispersará, pero hasta este momento en torno suyo, en el mismo aposento, a la misma mesa, asociados por el mismo dolor inminente, pero también por la misma luz de una certeza sobrenatural.

Ha sufrido, hasta ese día, pero no por él; por el deseo ardiente de esta hora nocturna en la cual se respira ya el aire fatal de los adioses. Y en esa confesión de amor el rostro de Cristo, que dentro de poco será abofeteado, se ilumina con aquella sublime tristeza que se parece extrañamente a la alegría.

EL LAVATORIO DE LOS PIES

En vísperas de ser arrancado de entre aquellos a quienes ama, quiere dar una prueba suprema de su amor. Siempre los amó, desde que viven con él, a todos, también a Judas; siempre los amó con amor que aventaja a todo otro amor, con un amor tan sobreabundante que, a veces, no fueron capaces de contenerlo en sus corazones pequeños: ¡tan grande era! Mas ahora, cuando está por dejarlos, y no estará con ellos otra vez sino divinizado por la muerte, todo el afecto no manifestado aún con palabras se deshace en un desborde de triste ternura.

En esta cena en la cual ocupa el puesto de jefe de la familia, quiere Jesús ser para sus amigos más benigno que un padre y más humilde que un criado. Es Rey; y descenderá al oficio de los esclavos. Es Maestro; y se pondrá por debajo de los Discípulos. Es Hijo de Dios; y aceptará el papel de los más despreciados entre los hombres. Es el primero; y se arrodillará ante los inferiores como si fuera el último. ¡Tantas veces ha dicho a ellos, soberbios y celosos, que el patrón tiene que servir a sus siervos, que el Hijo del Hombre ha venido para servir, que los primeros deben ser los últimos! Pero sus palabras no se han hecho todavía substancia de aquellas almas, pues hasta ese día han discutido entre ellos acerca de prioridades y precedencias.

En los espíritus incultos la acción ejerce mayor poder que la palabra. Jesús se apronta para repetir, bajo la especie simbólica de un servicio humillante, una de sus enseñanzas capitales. "Levántase de la mesa, —narra Juan— quítase los vestidos y tomando un lienzo se lo ciñe. En seguida echa agua en una jofaina y comienza a lavar los pies de los discípulos y a enjuagarlos con el
Juan 13. 4-5. lienzo de que estaba ceñido".

Solamente una madre o un esclavo habrían podido hacer lo que hizo Jesús aquella noche. La madre a sus hijos pequeñitos y a nadie más; el esclavo a sus patrones y a nadie más. La madre, contenta, por amor; el esclavo, resignado, por obediencia. Pero los Doce no son ni hijos ni patrones de Jesús. Hijo del Hombre y de Dios, él reune en sí una doble filiación que lo eleva por encima de todas las madres terrenales; Rey de un Reino futuro, pero más legítimo que todas las monarquías, es el patrón no reconocido aún, de todos los patrones.

Y, sin embargo, está contento con lavar y enjuagar esos veinticuatro pies callosos y mal olientes, con tal de esculpir en los corazones reacios, inflados todavía de orgullo, la verdad que su boca ha repetido en vano, durante tanto tiempo: "Quien se ensalza será humillado, quien se humilla será ensalzado".

Acabado de lavar los pies tomó sus vestidos, y sentándose de nuevo a la mesa les dijo: "¿Sabéis lo que acabo de hacer con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, Señor y Maestro, os he lavado a vosotros los pies, también vosotros debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque os he dado el ejemplo, para que como yo he hecho con vosotros así lo hagáis vosotros. En verdad, en verdad os digo: no es el siervo mayor que su señor, ni el apóstol mayor que quien le envía. Pues que sabéis esto, seréis bienaventurados si lo hacéis". Juan 13, 12-17.

Porque Jesús no ha dejado solamente un recuerdo de condescendiente humildad, sino un ejemplo de amor perfecto. "Este es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros como yo os amé". "Ningún amor mayor que el de aquel que da su vida por sus amigos; y vosotros sois amigos; y vosotros sois mis amigos si hacéis las cosas que os mando". Juan 15, 12-14.

Pero en ese acto, tan profundo en la aparente servidumbre, encerrábase también un sentido de purificación además que de amor. "El que está lavado no tiene necesidad de lavarse sino los pies: pues está limpio en lo demás. Y limpios estáis vosotros, pero no todos" Juan 13, 10.

Los Once, a despecho de la sorda naturaleza, tenían

un tal cual derecho al beneficio del lavado de los pies. Por semanas y meses esos habían recorrido los polvorientos, los fangosos, los inmundos senderos de Galilea, por seguir a Aquel que daba la vida. Y después de su muerte deberán caminar años y años por senderos más largos, más desconocidos, en países de los cuales ahora no saben ni siquiera el nombre. Y el lodo extranjero ensuciará, a través del calzado, los pies de aquellos que irán, como peregrinos y forasteros, a repetir el llamamiento del Crucificado.

"TOMAD Y COMED"

Aquellos trece hombres parecen estar reunidos para observar el viejo rito convival que rememora la liberación de su pueblo de la miseria egipcia. Al verlos, parecen trece campesinos observantes que esperan, ante la blanca mesa que huele a cordero asado y a vino, la señal para comenzar una cena íntima y festiva.

Pero sólo aparentemente. En cambio es una víspera de despedidas y de separaciones. Dos de esos Trece —el que tiene dentro de sí a Dios y el que tiene a Satanás— morirán antes que sea noche otra vez, de muerte espantosa. Los otros se dispersarán mañana, como los segadores a la primera granizada.

Pero aquella cena, que es el viático de un fin, es también un maravilloso principio. La celebración de la pascua judaica está por transfigurarse, en medio de aquellos trece judíos, en algo incomparablemente más alto y universal; algo imposible de igualar, algo inefable: en el gran Misterio Cristiano.

La Pascua para los Hebreos no es más que una fiesta conmemorativa de la fuga de Egipto. Aquella evasión victoriosa de la abyección, de la dependencia, acompañada de tantos prodigios, guiada por el patrocinio manifiesto de Dios, no fué jamás olvidada por aquel pueblo el cual, sin embargo, debía sentir sobre el cuello el yugo de otras cautividades y someterse a la vergüenza de otras deportaciones. Para perenne recuerdo del precitado Exodo, fué prescripta una festividad anual que tomó el nombre de Paso: *Pesach*, Pascua. Era una especie de banquete que debía evocar el recuerdo de la comida improvisada y precipitada de los fugitivos. Un corderito o un cabrito al fuego, es decir, de la manera más sencilla y rápida; el pan será sin levadura,

porque no había tiempo para que la pasta leudara. Y comerán ceñida la cintura, calzadas las sandalias, bastón en mano y de prisa, como gente que está por emprender viaje. Las yerbas amargas, son las pobres verduras salvajes, arrancadas por los fugitivos, a medida que se marcha, para engañar el hambre de la interminable peregrinación. Ex. I, II. La salsa roja en la que se moja el pan recuerda los ladrillos que los esclavos judíos debían cocer para el Faraón (116). El vino es una golosina: la alegría de la salvación, la promesa de las vides esperadas, la embriaguez del agradecimiento al Eterno.

Jesús no altera el orden del ágape tantas veces secular. Después de la oración, hace pasar de mano en mano la copa de vino invocando el nombre de Dios. Luego da a cada uno las yerbas amargas y escancia otra copa, que da la vuelta de la mesa bebiendo cada uno un sorbo.

¿Qué sabor tendrá aquel vino en boca del traidor cuando Jesús, en el pesado silencio, pronuncia las palabras de nostalgia y de esperanza que no son, para Judas, sino para aquellos solos que podrán subir al eterno banquete del Paraíso?

—Tomad y bebed, porque yo os digo que de hoy más no beberé del jugo de la vid el día que lo beba
Mt. 26, 28. nuevo con vosotros en el Reino de Dios.

Un adiós desgarrador, pero al mismo tiempo la nueva confirmación de una solemne promesa. Tal vez oyeron solamente ésta y brilló ante sus ojos de pobres el inmenso festín celestial. No creían que hubiera que ganar mucho tiempo: "Después de la próxima vendimia, luego que el mosto ha fermentado y el vino dulce se

(116) SALSA ROJA. El P. Vilariño Ugarte, en su libro citado, pág. 537, dice respecto de esta salsa: "Y en nna salsera estaba la famosa salsa *charoset*, hecha de manzanas, higos, limones cocidos en vinagre y condimentados con canela y especias de varias clases. Procnrábase darle nn tinte de ladrillo o de adobe, y colocarla en una taza alargada, de modo que les recordase el mortero y la arcilla con que trabajaban en tiempo de los Faraones".

Por más esfuerzos que hayamos hecho, no hemos encontrado en la Sagrada Escritura ningún vestigio de esta salsa roja. Posiblemente Papini, como el P. Vilariño, la conocerá por la tradición.

trasiega en la cuba, el Maestro volverá como lo ha prometido, para invitarnos a las grandes bodas de la tierra con el cielo, al convite eterno. Somos hombres de edad, más ancianos que maduros, a las puertas de la vejez; si el esposo tarda, no nos encontrará más entre los vivos y su promesa sería una burla para los que le creyeron..."

Y tranquilizados con la certeza de una reunión cercana y tanto más gloriosa, entonan en coro, según la costumbre, los salmos de la primera acción de gracias. Es un cántico de alabanza al Padre de aquel que los sirve.

"Conmuévete, oh tierra, en presencia del Señor, en presencia del Dios de Jacob, que convierte la peña en un lago y la roca en fuente...". "El levanta de la tie- Sal. 113, 7, 3.
rra al desvalido, alza del estiércol al pobre, para colocarlo con los príncipes, con los príncipes de su pueblo". Sal. 112, 7, 8.

¡Con qué alegre persuasión acentúan estas antiguas palabras que toman el color, en ese momento, de un sentido nuevo! También ellos son miserables y serán alzados del polvo de la miseria por intercesión del Hijo de Dios que ha llegado; también ellos son los pobres y él los levantará dentro de poco de la inmundicia de la mendicidad, para hacerlos dueños de una riqueza que nunca se consume.

Entonces Jesús, que ve la insuficiencia de su conocimiento, toma de sobre el mantel los panes, los bendice, los rompe y, en el acto de dar un bocado a cada uno, pone ante los ojos de ellos la verdad:

—TOMAD, COMED; ESTE ES MI CUERPO QUE ES DADO
POR VOSOTROS. HACED ESTO EN MEMORIA DE MÍ. Luc. 22, 19 y Mt. 26, 27.

No volverá, pues, tan presto como creen. Después de los breves días del retorno en la Resurrección, su segunda venida se retardará tanto, que podrían llegar a olvidarse de él y de su muerte.

"Haced esto en memoria de mí". La fracción del pan en la mesa común, entre los que esperen, será la señal de la nueva fraternidad. Cada vez que dividiréis el pan, no solamente estaré presente entre vosotros, sino que por su intermedio os uniréis íntimamente a mí. Porque, como este pan es partido por mis manos, mi cuer-

po será partido por mis enemigos; y como este pan, comido esta noche, será vuestro alimento hasta mañana, mi cuerpo, que ofreceré en la muerte a todos los hombres, saciará el hambre de aquellos que creen en mí, hasta el día en que serán abiertos los inmensos graneros del Reino y seréis como ángeles bajo la mirada del Padre vuelto a encontrar. No os dejo, pues, solamente un recuerdo; yo estaré presente, con una presencia mística pero real, en cada partícula de pan que sea consagrado, y este pan será alimento necesario para las almas, y de esta suerte se verificará mi promesa de estar con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos.

Esta noche, entretanto, comed estos panes sin levadura, estos panes amasados por la mano del hombre, hechos de agua y de trigo; estos panes que han sentido el ardor del horno y que mis manos, todavía no frías, han partido y que mi amor ha convertido en mi Carne para que sea vuestro alimento perenne.

A la verdad, dulce cosa es comer el pan bueno en compañía de los propios amigos; la blanca miga del pan de harina, cubierta por la corteza dorada y crujiente. Tantas veces lo habéis mendigado conmigo a la puerta de las casas de los pobres, y tendréis que mendigarlo en mi nombre por toda la vida. Habrá trozos enmohecidos que hasta los perros rechazan: los residuos del fondo de la artesa, las costras que los niños y los viejos después de haberlas baboseado, dejaron sobre el escalón del hogar. Mas vosotros conocéis la escasez y las noches en ayunas y el pálido rostro de la pobreza. Sois sanos, tenéis las fuertes quijadas de los masticadores de pan duro. No os desaniméis si no fuereis invitados a la mesa de los contentos.

Pero, a la verdad, es infinitamente más dulce al corazón de quien os ama convertir el pan que viene de la dura tierra y del duro trabajo en el Cuerpo que será ofrecido eternamente por vosotros, en el Cuerpo que bajará cada día del cielo como visible vehículo de la gracia.

Recordad la oración que os he enseñado: "El pan nuestro de cada día dánosle hoy". Vuestro pan verdadero de hoy y de siempre, es este pan: mi Cuerpo. Todo el que comiere mi Cuerpo, que cada mañana, por siglos innumerables, se convertirá en bocados innumerables de pan transubstanciado, no tendrá nunca hambre. Todo el que lo rechazare sufrirá hambre eternamente.

Apenas hubieron comido el cordero con el pan y con las yerbas amargas, Jesús llenó por tercera vez el cáliz y lo alcanzó al más próximo:

—BEBED DE ÉL TODOS. PORQUE ÉSTA ES MI SANGRE, LA SANGRE DEL NUEVO TESTAMENTO, QUE ES DERRAMADA POR MUCHOS" Mt. 26, 28.

Su sangre no ha caído todavía en tierra, mezclada con el sudor, bajo los Olivos, y no ha goteado de los clavos en la cumbre del Gólgota. Mas su deseo de dar vida con su vida, de comprar con su padecer todo el dolor del mundo, de transmitir parte al menos de su substancia a sus herederos inmediatos, este deseo de donarse todo entero a los que ama es de tal manera fuerte que, desde luego, supone terminada la inmolación y posible el don. Si el pan es el cuerpo, la sangre es, en cierto sentido, el alma. "No comáis carne con su sangre, Gén. 9, 4-5.
que es su alma", había dicho el Señor a Noé. Con la sangre, que representa visiblemente la vida, el Dios de Abrahán y de Jacob había firmado la Alianza con el pueblo de su propiedad. Cuando Moisés hubo recibido la Ley, hizo matar becerros, y la mitad de las sangre la recogió en tazones y la otra la derramó sobre el altar. Entonces Moisés tomó aquella sangre, roció con ella al pueblo, y dijo: "Esta es la sangre de la alianza que ha concertado el Señor con nosotros sobre estas palabras". Ex. 24, 8.

Pero después de un experimento de siglos, Dios había anunciado, por la voz de los Profetas, que la Antigua Alianza había caducado y que ya era necesaria una nueva. La sangre de los animales, esparcida sobre las cabezas obstinadas y sobre los rostros blasfemadores había perdido su virtud. Otra sangre, de más noble y preciosa naturaleza, era menester para la Alianza nueva: para la última Alianza del Padre con la estirpe perjura. De muchas y diferentes maneras había tratado de empujar

a los primogénitos hacia la puerta estrecha de la salvación. La lluvia de fuego encima de Sodoma, el lavado en el agua del Diluvio, la esclavitud en Egipto, el hambre del Desierto los habían aterrado sin reformarlos.

Ahora ha venido un libertador más divino, y a la vez más humano que el viejo caudillo del Exodo. También Moisés salva a un pueblo, habla en el monte, anuncia una tierra de promisión. Pero Jesús no salva solamente a su pueblo, sino a todos los pueblos; y no escribe su Ley en la piedra, sino en los corazones; y su Tierra Prometida no es una tierra de pastos abundantes y de vides de grandes racimos, pero sí un Reino de santidad y de eterna alegría.
Ex. 2, 12. tidad y de eterna alegría. Moisés mató a un hombre y Jesús resucita a los muertos. Moisés convierte el agua
Ex. 4, 9. en sangre y Jesús, después de haber convertido el agua en vino en el banquete de bodas, convierte el vino en sangre, en su Sangre, en la melancólica cena de sus desposorios con la muerte; Moisés muere harto de años y de gloria, sobre la cima solitaria, glorificado por su
Deut. 34, 5-8. gente, y Jesús morirá joven entre los insultos de aquellos a quienes ama.

La sangre de los becerros, sangre impura de animales terrestres, de víctimas involuntarias e inferiores, ya no es más válida. La Nueva Alianza ha sido firmada esta noche con las palabras de aquel que brinda, bajo las apariencias del vino, la propia sangre y la propia alma.

"Esta es mi Sangre —la sangre de la Nueva y
Luc. 22, 20. Eterna Alianza— que es derramada por vosotros".

No solamente por los Doce que están allí: ellos representan, a sus ojos, toda la humanidad que vive en aquel tiempo y la que debe nacer. La sangre que derramará, mañana, sobre la colina del Calvario, es sangre verdadera, sangre pura y ardiente, que se coagulará en manchas que todas las lágrimas cristianas no serán capaces de borrar jamás. Pero esa sangre, que es figura de su alma, que toda se ha ofrecido y abandonado para hacer semejantes a ella las almas encerradas en los cuerpos de los hombres; que se ha dado a los que la han pedido y a los que han huído de ella; que ha padecido

por los que la han recibido y por los que la han maldecido. Este bautismo de sangre que viene después del bautismo de escupidas de los judíos y de los romanos, este bautismo de sangre que se parece, por su rojez, al
de fuego anunciado por el Profeta del Fuego y será mez- Mt. 3, 11.
clado con las lágrimas que las mujeres derramarán encima del cadáver ensangrentado, es el sacramento máximo que el entregado muestra a sus entregadores.

"Os he partido el pan —el que pedís diariamente al Padre— como será partido mañana mi Cuerpo; ahora os ofrezco mi Sangre en este vino que bebo por última vez en la tierra. Si hiciereis siempre esto en memoria de mí, nunca jamás sentiréis en vuestras almas los estímulos del hambre y de la sed. Optimo entre los alimentos es el pan del trigo y entre las bebidas el vino de la uva; pero el pan y el vino que os he dado esta noche os saciarán mientras viváis por virtud de mi sacrificio y de aquel amor que me hace buscar la muerte y que reina más allá de la muerte".

Ulises aconsejaba a Aquiles que hiciera dar a los aqueos, antes de la batalla, "pan y vino, pues aquí está la fuerza y el valor". Para el griego la fuerza de los miembros está en el pan y el valor homicida en el vino El vino debe embriagar a los hombres para que se destruyan entre sí y el pan debe vigorizar los brazos para que puedan destruir sin cansarse. El pan que distribuye no refuerza la carne sino el alma y su vino produce aquella sublime embriaguez que es el amor, aquel amor que el Apóstol llamara, con escándalo de los descen-
dientes de Ulises, "la locura de la cruz" I Cor. 1, 23.

También Judas ha mordido este pan y ha tragado ese vino; ha gustado de ese Cuerpo de que ha hecho comercio, ha bebido esa Sangre que él ayudará a derramar, pero no se ha sentido con fuerzas para confesar su infamia, para arrojarse con el rostro a tierra, llorando, a los pies del que habría llorado con él. Entonces el único amigo que le queda a Judas le advierte:

—En verdad, en verdad os digo, que uno de vosotros Mt. 26, 21.
me va a entregar.

Los Once, que tendrán valor para abandonarlo solo

en medio de los esbirros de Caifás, pero que nunca hu-
Mt. 26. 22. bieran pensado en venderlo por dinero, se estremecen y cada uno mira a los otros en la cara con nueva aprehensión, y casi con el terror de ver en el compañero la lividez que acusa. Y todos, uno después de otro, preguntan:

Mt. Ibi. —¿Soy yo? ¿Acaso soy yo?

También Judas consigue, escondiendo bajo las apariencias del estupor ofendido la creciente confusión, emitir su voz:

Mt. 26, 25. —¿Acaso soy yo, Maestro?

Pero Jesús, que mañana no se defenderá, no quiere tampoco acusar y se limita a repetir, con palabras más precisas, la dorosa profecía: "Uno de los que ponen
Mt. 26. 23. conmigo su mano en el plato, éste me ha de entregar".

Y como todos lo miraban todavía fijamente, suspensos en le penosa duda, por tercera vez insiste:

—"La mano de aquel que me entrega está aquí sobre
Luc. 22. 21. la mesa".

"No añadió más. Pero llenada, para observar hasta lo último la costumbre antigua, la copa, por cuarta vez, la pasó para que todos bebieran. Y de nuevo las trece voces se elevaron para cantar el himno, el Gran Hallel (117) que cerraba la liturgia pascual. Jesús repetía las fuertes palabras de los salmistas, que son como oración fúnebre profética, antes de la sepultura:

(117) GRAN HALLEL (álabanzà). Nombre dado al grupo de los salmos CXIII-CXVIII, que los judíos acostumbraban recitar en las tres grandes fiestas (Pascua, Pentecostés y los Tabernáculos), en la fiesta de la dedicación del Templo y en las neomenias o primer día de cada mes. Estos salmos se llamaban así porque son salmos de "alabanza", y porque el salmo CXII (hebreo) empieza por *halelu-Yáh* o *Aleluya*. Se distingue el "gran hallel" del hallel egipcio. Aquél se llamaba así porque se cantaba en el Templo durante la inmolación del cordero pascual que conmemoraba la liberación del pueblo de Israel de la esclavitud de Egipto; y se canta particularmente el salmo CXXXVI en el cual se repite 26 veces el estribillo "porque es eterna tu misericordia". El "Hallel" egipcio se cantaba en el templo 18 veces al año, en las fiestas mencionadas más arriba. El himno de que hablan Mt. 26, 30 y Mc. 14, 26, al describir la última cena del divino Redentor, es la segunda parte del HALLEL. (Véase T. Vigouroux: "Dictionnaire de la Bible").

"El Eterno está conmigo, y no tengo miedo: ¿qué pueden hacerme los hombres?... Me habían rodeado como abejas; pero se han extinguido como fuego de espinas... No moriré, mas viviré... El Eterno me ha castigado reciamente, pero no me entregó a la muerte. ¡Abridme las puertas de la justica a fin de que yo entre y glorifique al Eterno!... La piedra que rechazaron los constructores se ha convertido en piedra angular... Atad con cuerdas la victima destinada a la solemnidad de la fiesta y conducidla hasta el cornijal del altar".

La víctima está pronta y los habitantes de Jerusalén verían, el dia después, un nuevo altar hecho de pino y hierro. Mas los discípulos, confudidos y soñolientos, tal vez no entendíeron las alusiones funestas y las triunfantes de los viejos cánticos.

Terminado el himno, salieron inmediatamente de la habitación y de la casa. Judas puesto apenas el pie fuera, desapareció en la oscuridad de la noche. Los Once restantes siguieron, sin decir palabra, a Jesús, que se encaminaba, como las otras noches, hacia el Monte de los Olivos.

"ABBA, PATER" (118)

Había allá arriba un huerto y una almazara que le daba el nombre: Getsemaní. En ese lugar reuníanse, casi todas las noches, Jesús y los suyos durante su estadía en Jerusalén; sea que los malos olores y los ruidos de la gran ciudad los marearan y fastidiaran, acostumbrados como estaban al aire libre y tranquilo de la campaña, sea que temieran ser tomados a traición entre las casas de los enemigos.

Apenas llegados, Jesús dijo a sus discípulos:

Mt. 26, 36. —Sentaos aquí mientras yo voy allá y oro.

Mas estaba tan angustiado y ansioso, que no fué capaz de permanecer solo. Llamó a los tres que más amaba: Simón Pedro, Santiago y Juan. Y cuando estuvieron alejados de los otros empezó a dar señales de tris-
Mc. 14, 33. teza y de angustia.

—Mi alma está triste hasta la muerte; quedaos aquí
Mc. 14, 34. y velad conmigo.

Si le respondieron y qué le respondieron, nadie lo sabe. Mas no debieron confortarlo con las palabras que salen del corazón cuando se sufre del sufrir del amado, porque se apartó también de ellos y fuése más lejos, solo, a orar.

Se arrodilla en tierra, inclina su faz hasta el suelo
Mc. 14, 35. y reza así:

(118) "ABBA, PATER". S. Marcos y S. Pablo han empleado esta palabra hebrea ABBA, para significar padre, siendo en sus tiempos muy común esta expresión, tanto en las sinagogas como en las reuniones de los primeros cristianos. Al decir ellos *abba, pater*, con la segunda palabra sólo quisieron indicar el valor de la primera; de manera que es lo mismo que si hubieran dicho simplemente ABBA, padre. Esta palabra es de origen caldeo o siríaco, adoptada después por los griegos y por los latinos.

—¡*Abba, Padre!* ¡Todo te es posible! ¡Padre mío,
si es posible, pase de mí este cáliz! Mc. 14, 36.

Ahora está solo. Solo en la noche. Solo en medio de los hombres. Solo frente a Dios y puede, sin vergüenza alguna, mostrar su debilidad. Al fin, también es hombre. Hombre de carne y de sangre, hombre que respira y se mueve y sabe que su destrucción está cerca, que la máquina de su cuerpo será parada, que su carne será violentamente atravesada, que su sangre caerá gota a gota sobre la tierra.

Es la segunda tentación. Según la palabra del Evangelista, después que Satanás fué derrotado, en el Desierto, "lo dejó por algún tiempo". Lo ha dejado hasta este momento. Ahora en este nuevo Desierto, en estas tinieblas donde Jesús está solo, espantosamente solo, más solo que en el Desierto, donde las bestias feroces lo servían —y ahora, en cambio, las fieras doctas y encapadas están próximas para deshacerlo— en este Desierto consternado y nocturno. Satanás vuelve a insidiar a su Enemigo. La vez pasada le prometía las grandezas de los reinos, las victorias, los prodigios: quería atraerlo con el aliciente del poder. Ahora recurre a lo contrario: finca toda esperanza en su debilidad. El Cristo que empezaba a ir entre los hombres, el bautizado que esperaba, encendido en confiado amor a Dios, no se habrá doblado. Pero el Cristo que está por terminar, abandonado por sus más caros, entregado por el discípulo, buscado con insistencia por sus enemigos, será vencido por el miedo, ya que no lo venció la codicia.

Pero él sabe que debe morir. Sabe que necesariamente debe morir, que ha venido para morir, para dar con su muerte la vida, para confirmar con la muerte la verdad de la vida más grande anunciada. Nada ha hecho por no morir; lo ha aceptado voluntariamente, por los suyos, por todos los hombres, por aquellos que no le conocen, por los que le odian, por los que no han nacido. Ha predicho a sus amigos su muerte; les ha dado ya las primicias de su muerte; el pan de su Cuerpo, la Sangre de su alma. No tiene derecho ahora para pedir

al Padre que el cáliz sea alejado de su boca, que su fin sea postergado. Ha escrito sus palabras en el polvo de la plaza y las ha borrado inmediatamente; las ha escrito en el corazón de pocos, pero sabe muy bien cuán borrables son las palabras grabadas en los corazones de los hombres. Si su verdad debe permanecer siempre sobre la tierra y de suerte que nadie pueda nunca olvidarla, debe escribirla con sangre; las verdades tienen su origen en la sangre y solamente con la sangre de nuestras venas se pueden escribir las verdades en las páginas de la tierra, para que los pasos de los hombres y las lluvias de los siglos no las decoloren. La Cruz es la conclusión rigurosa del Sermón de la Montaña. Quien lleva el Amor está a merced del odio, y no se vence el odio sino aceptando la condena. Porque todo se debe pagar: el bien más que el mal; y el bien del prójimo, que es el amor, con lo que es el máximo de los males a disposición de los hombres: el asesinato.

Pero todo lo que sabemos, por fe y revelación, de su divinidad, se levanta prepotentemente contra la idea de que pueda haber sucumbido bajo aquella tentación. Si el fin de su cuerpo, sabido con mucha anticipación, lo hubiera aterrado de veras, ¿acaso no estaba en tiempo todavía para salvarse? De varios días atrás sabía que lo buscaban para prenderlo y no le faltan medios y maneras, también esa noche, para burlar a los perros que están prontos para darle dentelladas. Bastábale tomar solo, o con los más fieles, el camino que va al Jordán y refugiarse, por senderos poco frecuentados, a través de Perea, en la tetrarquía de Filipos, donde ya se había refugiado poco antes para escapar a la cólera de Antipas. La policía judaica era tan escasa y primitiva que difícilmente lo hubiera alcanzado. Si se queda, es señal evidente que no rehusa la muerte y los horrores que la acompañarán. El suyo, contemplado a la luz de la gruesa lógica humana, es un suicidio; divino suicidio por mano extraña, no diferente del de los héroes antiguos que recurrían a la espada de un amigo o de un esclavo. Ya su verdad la había dicho entera; sólo era necesario asociarla, para que la recordaran enteramente, a la te-

rribilidad de una muerte inolvidable. Y esa sangre, como un licor estimulante, despertaría, para siempre también, a los discípulos.

Pero si el cáliz que Jesús quisiera alejar de sí no es el terror de la muerte, ¿qué otro puede ser? ¿La traición del discípulo cuya hambre sació con su Cuerpo y cuya sed calmó con su Sangre? ¿O la próxima negación del otro discípulo, en el cual, después del grito de Cesarea, había puesto las mayores esperanzas? ¿O el abandono de todos los otros, que huirán como corderos asustados apenas el lobo les arrebató la madre? ¿O el dolor de la más vasta negación, del rechazo de parte de todo su pueblo, del pueblo que lo generó y ahora lo desprecia como a un hijo del pecado, ignorando que la sangre de aquel que vino a salvarlo no será lavada jamás de su frente?

¿O tal vez ha entrevisto, en la última oscuridad de aquella víspera, la suerte que había de tocarles a sus hijos más lejanos en el tiempo, la pérdida de los primeros santos, las divisiones que habían de surgir entre ellos, las deserciones, los martirios, las matanzas y, llegada apenas la hora del triunfo, la debilidad de los mismos que deberían guiar a las muchedumbres, los cismas irreparables, el desmembramiento de las iglesias, los delirios de la soberbia herética, el extenderse de las sectas, las confusiones de los falsos profetas, las desvergüenzas de los reformadores rebeldes, las locuras perniciosas de los estibadores de abismos, las simonías y las disoluciones de los que le reniegan con las obras mientras le glorifican con actitudes y palabras, las persecuciones de cristianos contra cristianos, el abandono de los tibios y de los orgullosos, el dominio de nuevos fariseos y de nuevos escribas que torcerán y traicionarán su enseñanza, la incomprensión de sus palabras cuando caigan en manos de los discutidores, de los sutilizadores, de los visionarios, de los contadores de sílabas, de los pesadores de lo imponderable, de los separadores de lo inseparable, que con prosopopeya doctoral destripan y desmenuzan las cosas vivas, con la presunción de resucitarlas después?

El cáliz, en suma, no sería el mal propio, sino el que otros cometerán: los vivos y próximos a los no nacidos y lejanos. No pide, pues, al Padre, la conmutación de la pena de su muerte, sino la salvación de los males que amenazan, ahora y más tarde, a los que dicen creer en él. *Su tristeza es de amor y no de miedo.*

Pero nadie, acaso, sabrá nunca el verdadero significado de las palabras que el Hijo dirige al Padre, en la soledad negra del Olivar. Un gran cristiano de Francia llamó a la narración de esa noche el Misterio de Jesús. El misterio de Judas es el único misterio humano del Evangelio; la Oración en el Huerto de Getsemani es el más inescrutable misterio divino de la historia de Cristo.

SUDOR Y SANGRE

Terminada la oración volvió atrás, para unirse a sus discípulos que, tal vez, lo esperaban. Pero los tres se habían dormido. Acurrucados en tierra, envueltos buenamente en sus capas, Pedro, Santiago y Juan, los fieles, los escogidos, se habían dejado vencer por el sueño. Las obscuras aprehensiones, las comunicaciones repetidas de estos últimos días, la melancolía opresora de la cena, acompañada de palabras tan graves, de presentimientos tan luctuosos, los habían sumido en ese letargo que más se parece al sopor que al sueño.

La voz del Maestro —¿quién volverá a oír dentro de sí el acento de aquella voz en ese obscuro siniestro silencio?— los llama.

—¿Con que no habéis sido capaces de velar una hora sola conmigo? ¡Velad y orad para no caer en la tentación? El espíritu está pronto, mas la carne es débil. Mt. 26, 40, 41.
¿Oyeron, entre sueños, esas palabras? ¿Contestaron, avergonzados, restregándose los ojos enturbiados, que no podían soportar ni siquiera la baja claridad de la noche? ¿Qué podrían contestar en el sobresalto del inesperado despertar, al Inquieto que no dormirá más?

Jesús se aleja otra vez, más angustiado que nunca. Aquella tentación contra la cual ha prevenido a los soñolientos, ¿lo es solamente para ellos o para él también?¿Es la tentación de huir? ¿De renegarse a sí mismo, como los otros lo renegarán? ¿De oponer violencia a violencia, de hacer pagar todavía, con súplica más desesperada, que el peligro sea desviado de su cabeza?

Ahora Jesús está nuevamente solo, más solo que antes, en una soledad absoluta que semeja la desolación de lo infinito. Hasta entonces podía creer que allí cerca velaran los amigos más amados. También ellos, hartos

de pena, lo han abandonado con el alma, antes de abandonarlo con el cuerpo.

Lo han dejado solo. No han sabido concederle ni siquiera la última gracia que pide, ellos que tanto han recibido. En retribución de su sangre y de su alma, de todas las promesas, de todo el amor, había pedido una sola cosa: que resistieran al sueño. Pero no ha logrado ni esta parvedad. Y sin embargo, en ese momento sufre y combate también por ellos, que duermen. Quien se dió todo entero, no obtendrá nada. En esta noche de repulsa, todo pedido suyo es rechazado. Ni el Padre ni los hombres lo escuchan.

También Satanás ha desaparecido en la obscuridad que le pertenece y Cristo está sólo, irremisiblemente solo. Solo como están solos, para siempre, los que se levantan por encima de todos, que sufren en la obscuridad para dar luz a todos. Cada héroe es siempre el único despierto en un mundo de dormidos, como el piloto que vela, sobre la cubierta del barco, en la soledad del mar y de la noche, mientras los compañeros descansan.

Jesús es el más solo de estos eternos solitarios. Todos duermen en torno suyo. Duerme la ciudad que delata su blanca estriada de sombras, al otro lado del Cedrón; y a esa hora, duerme en todas las ciudades, en todas las casas del mundo, la ciega ralea de los efímeros. Sólo vela, a esa hora la mujer que espera el llamado del hombre, el ladrón agazapado en la sombra con la mano en la empuñadura del cuchillo; acaso también un filósofo que está indagando si, por ventura, Dios no existe.

Mas no duermen, esa noche, los jefes de los judíos y sus esbirros. Los que deberían defender a Jesús, que al menos podrían consolarlo, los que dicen que le aman y, a su manera y por momentos le aman de veras, yacen sumidos en el sopor. Mas no duermen los que le odian, los que quieren ofenderlo y matarlo. No duerme Caifás y el único discípulo que vela, en ese momento, es Judas.

Y hasta que Judas no llega, su Maestro está solo, con su tristeza que se parece a la muerte. Para sentirse menos solo, vuelve a orar a su Padre; y las palabras imploradas quisieran subir una vez más a sus labios. El esfuerzo para repelerlas, el conflicto que agita todo su ser

—porque la divinidad que está en él acepta con júbilo lo que ha querido, mientras el rojo fango animado que la cubre se estremece— el esfuerzo deshumano y sobrehumano le da finalmente la victoria. Desfallece, pero vence; está consumido, concluído, pero vence. Su cuerpo ya no es sino un tronco que sangra y se deshace.

La tensión de la lucha extrema ha sacudido hasta las raíces su parte terrenal. Suda ahora como si hubiera realizado un trabajo insoportable. Suda en toda la persona, pero no solamente ese sudor que baja de las sienes del hombre que camina al sol, o trabaja en el campo, o delira por la fiebre. La sangre que ha prometido a los hombres empieza a derramarla sobre la hierba del Olivar. Gruesas gotas de sangre, mezcladas al sudor, caen sobre la tierra como una primera ofrenda de la carne subyugada. Es el principio de la liberación, casi desahogo y alivio de esa su humanidad, que es el mayor gravamen de la expiación.

Entonces, de aquellos labios empapados de lágrimas, empapados de sudor, empapados de sangre, pudo brotar la nueva oración:

"Padre mío, si no puede pasar este cáliz de mí, sin que yo lo beba, ¡hágase tu voluntad! ¡No como yo quiero, sino como quieres Tú!" Mt. 26, 42, 39.

Toda cobardía es rechazada. La voluntad —que es el individuo— abdica en la obediencia que sola asegura la libertad en lo universal. No es más un hombre, sino el Hombre: el Hombre todo uno con Dios, el Hombre una sola cosa con Dios. "Quiero lo que tú quieres". Su desquite sobre la muerte ahora es cierto, porque no puede morir quien se endiosa en el Eterno. "El que quiere salvar su vida, la perderá y quien la pierde, la hallará". Mt. 10, 39.

Se levanta del suelo, tranquilo, y vuelve donde sus discípulos. De nada había valido el triste reproche de Jesús. Extenuados de debilidad, los tres se habían dormido de nuevo. Mas esta vez Jesús no los llama —ha encontrado un consuelo mayor del que puedan darle ellos— Mt. 26, 43, 44.
y se postra otra vez para repetir al Padre las grandes palabras del aniquilamiento:

"¡No como yo quiero, sino como quieres Tú!"

Dios ya no es más siervo del Hombre. Este pedíale, hasta ahora, que satisfaciera sus voluntades particulares en cambio de cánticos y de ofrecimientos. "¡Quiero la prosperidad —decía el orante—, quiero la salud, la fuerza, la lozanía de los campos, la ruina de los enemigos!" Pero he ahí que ha llegado el Subversor a subvertir la oración vulgar: "No se haga lo que me agrada, sino lo que a Ti te parezca". "Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo". Solamente en la concordia entre la voluntad soberana del Padre y la voluntad subordinada del Hombre, en la convergencia e identificación de las dos voluntades se halla la felicidad. ¿Qué importa si la voluntad del Padre me entrega en manos de los torturadores y me crucifica como una bestia maldita y maléfica en dos trozos de leño? Si creo en el Padre como Padre, sé que me ama más de lo que yo pueda amarme a mí mismo, y que conoce más de lo que yo pueda saber. Por consiguiente, no puede querer sino mi bien, aunque ese bien sea, a los ojos de los hombres, el más terrible de los males; y yo quiero mi verdadero bien si quiero lo que el Padre quiere. Si su locura es inimaginablemente más cuerda que nuestra sabiduría, el martirio dado por él será incomparablemente más benéfico que cualquier placer terrenal.

Que los discípulos duerman, que todos los hombres duerman: Cristo ya no está solo. Está contento con padecer, contento con morir; ha encontrado su paz en el tormento de la agonía.

Ahora puede tender el oído, casi con deseo, para escuchar, en el estupor de la noche, los pasos cautelosos de Judas que sube.

Por un poco de tiempo no oye más que las palpitaciones de su corazón, tanto más tranquilo que antes, cuanto más próxima está la abominación. Pero después de algunos instantes llega hasta él el eco de un cauto arrastrar de pies que se aproxima y allá, entre las plantas que orlan el camino, rojos destellos de luces aparecen y desaparecen en la obscuridad. Son los criados de los asesinos que suben a la zaga del Iscariote.

Jesús se aproxima a los discípulos que siguen durmiendo y los llama con voz firme:

—¡Ved, aquí llega la hora! ¡Despertad! ¡Vamos! Ya ha llegado el que me va a entregar".

Los otros ocho, que dormían más lejos, ya han despertado al oír el rumor, pero no tienen tiempo para res- Mt. 26. 45. 46.
ponder al Maestro porque, mientras todavía él está hablando, ha llegado la mesnada y se detiene. Mt. 26. 47.

LA HORA DE LAS TINIEBLAS

Es la chusma que ronda y roe alrededor del Templo, asalariada del Sanedrín. Son los parásitos más ruines del santuario, disfrazados a la ligera de guerreros: barrenderos y porteros, que esa noche han cambiado las escobas y las llaves por espadas. Eran muchos: "una
Mc. 14, 43. Luc. 22, 47 y J. 18, 13. gran turba", dicen los Evangelistas, aunque sabían que sólo tenían que enfrentar a doce hombres que no tienen más que dos espadas. Es que los Profetas, aunque desarmados, infunden terror en la canalla subalterna.

Esta manada colecticia ha subido con antorchas y linternas, como si se tratara de una fiesta nocturna. Los semblantes pálidos de los Discípulos, la cara lívida de Judas, parecen temblar a la rojez de las antorchas. El rostro de Cristo, manchado de sangre coagulada, pero más luminoso que las luces, se tiende al beso del Iscariote.

—Amigo, ¿a qué has venido? ¿Con un beso entregas al
Mt. 26, 50 y Luc. 22, 48. Hijo del Hombre? Tú sabes lo qué Judas viene a hacer; y sabes que ese beso es el primero de los tormentos, y el más duro que tienes que padecer. Ese beso es la señal para los esbirros que no conocen la fisonomía del delicuente: "Aquel a quien yo besaré, ése es. Tomadle y lle-
Mc. 14, 44. vadle con cuidado", había dicho el mercader de Sangre, durante la marcha, a los bribones que le seguían. Pero ese beso es, al mismo tiempo, el más horrible emporcamiento de aquella boca que, en el infierno de la tierra, pronunció las palabras de más sabor del paraíso. Los esputos, los reveses dados en los labios, las bofetadas de la canalla judaica y de la soldadesca romana y la esponja empapada en vinagre, que tocará aquellos labios, serán menos insoportables que aquel beso, beso de una

boca que lo llamó amigo y maestro, que bebió en su copa, que comió en su mismo plato.

Dada la señal, los más atrevidos se acercaron al enemigo de sus patrones.

—¿A quién buscáis?

—A Jesús Nazareno. Juan 18, 4, 5.

—Yo soy.

Y apenas hubo dicho "Yoy soy", fuera por el acento de la voz firme o por el brillo de los ojos divinos, los perros retrocedieron. Pero Jesús piensa, también en aquel momento, en la salvación de los suyos:

—Os he dicho que soy yo. Si, pues, a mí me buscáis, Juan 18, 8.
dejad que éstos se vayan.

En el mismo instante, aprovechando la confusión de los esbirros, Simón, reaccionando repentinamente contra el miedo, echa mano a una espada y corta de un tajo Juan 18, 10.
una oreja a Malco, criado de Caifás. Pedro, esa noche, es todo saltos y contradicciones: después de la cena había jurado que sólo él, sucediese lo que sucediese, no habría abandonado a Jesús; después, en el huerto, se duerme, y no hay manera de tenerlo despierto. Ahora se improvisa, aunque tarde, en defensor sanguinario; y, un poco más tarde, negará que haya conocido a su Maestro.

El acto intempestivo y absurdo de Simón es desaprobado inmediatamente por Cristo:

—Mete tu espada en la vaina; porque todos los que se sirvieren de la espada morirán a espada. El cáliz que Mt. 26, 52.
me ha dado mi Padre, ¿no lo voy a beber?. Y tiende sus Juan 18, 11.
manos a los verdugos más próximos, que se apresuran atarlas con una cuerda que han traído. Mientras están en esto, el prisionero les echa en cara su cobardía: "Habéis venido a prenderme como a un ladrón, con espadas y palos. Cuando estaba cada día en el Templo enseñando, no me echasteis mano ni me prendisteis; pero ésta es vuestra hora y del poder de las tinieblas". Luc. 22, 52-53.

El es la luz del mundo y las tinieblas quieren apagarla. Pero sólo podrán cubrirla, y por breve tiempo, como el sol en un mediodía de verano, se ve envuelto repentinamente por la negra nube del temporal, para reaparecer, después de una hora, más alto y refulgente que

antes. Los guardias, que están ansiosos de regresar triunfantes a recibir la propina, no se dignan contestar. Y se encaminan hacia la bajada, tirándolo de la soga, como los carniceros arrastran la res al matadero. "Entonces —confiesa Mateo— todos los discípulos lo abandonaron
Mt. 26, 56. y huyeron". El Maestro prohibía toda defensa; el Mesías, en vez de fulminar a los enemigos, tendíales las manos para que lo ataran; el Salvador era incapaz de salvarse a sí mismo. ¿Qué debían hacer? Desaparecer rápidamente, no fuera cosa que a ellos también les tocara el ser llevados ante los poderosos a quienes, el día antes, soñaban derrotar, pero que hoy, al resplandor de las luces y de las espadas, se presentaban a sus alteradas
Juan 18, 15. fantasías, inopinadamente formidables. Sólo dos siguieron, pero de lejos, el infame cortejo, y los volveremos a encontrar en el patio de Caifás.

Todo aquel ruido había despertado a un joven que dormía en la casa de la almazara. Curioso, como todos los jóvenes, no quiso perder tiempo vistiéndose y, envuelto en una sábana, salió afuera para ver qué sucedía. Los esbirros, creyéndolo un discípulo que no había tenido tiempo de escapar, se apoderaron violentamente de él; mas, soltando la sábana, se la dejó en las manos y
Mc. 14, 51, 52. echó a correr desnudo.

Nunca se ha sabido con seguridad quién fuera ese misterioso despertado que repentinamente desaparece en la noche como repentinamente se había presentado. Tal vez fuera el joven Marcos, el mismo que cuenta —única de los Evangelistas— el hecho; y de ser él, habría derecho para pensar que desde aquella noche nació en el alma del involuntario testigo el primer impulso a convertirse, como efectivamente se convirtió, en el primer historiador del hecho.

ANÁS

En poco tiempo el inocente malhechor fué conducido al palacio de Anás, donde vivía también su yerno, el Gran Sacerdote Caifás. Por más que la noche estuviera muy avanzada y desde el día anterior la camarilla hubiera sido avisada de que se pensaba tener preso, por la mañana temprano, al blasfemador, muchos jueces estaban todavía en cama y no era posible iniciar inmediatamente el proceso. La prisa en terminar todo la misma mañana, para no dar lugar al pueblo a que se amotinase y a Pilatos a que reflexionase, era grandísima en los jefes.

No se dejan vencer por el sueño solamente los defensores del justo, sino también los emprendedores de lo injusto. Fueron mandados algunos de los guardias que habían vuelto del Monte de los Olivos, a despertar a los principales de los Escribas y de los Ancianos y, mientras, el viejo Anás que no había dormido en toda la noche, quiso interrogar, por cuenta propia, al falso profeta.

Anás, hijo de Seth, había sido Sumo Sacerdote durante seis años, y aunque desposeído, en el 14, al subir Tiberio, era siempre el verdadero Primado de la Iglesia judía. Saduceo, jefe de una de las familias más entrometidas y pudientes del patriciado eclesiástico, era todavía el jefe supremo de su casta por medio de su yerno. Cinco de sus hijos fueron, después de él, Sumos Sacerdotes y será uno de éstos, también de nombre Anás, el que haga lapidar, más tarde, a Santiago, el hermano del Señor.

Jesús fué llevado a su presencia. Es la primera vez que el antiguo carpintero de Nazaret se halla cara a cara con el jefe religioso de su pueblo, con su verdadero y mayor enemigo. Hasta ahora se ha encontrado, en el

Templo, con subalternos y gregarios, Escribas y Fariseos; ahora está ante el caudillo, acusado y no más acusador. Es el primer interrogatorio de la jornada. Cuatro autoridades lo interrogarán en el breve término de pocas horas: los dos poderes del Templo, Anás y Caifás, y los dos poderes de la tierra, Herodes Antipas y Pilatos.

Con la primera pregunta quiere saber Anás, de boca de Jesús, quiénes son sus discípulos. Al viejo sacerdote politiquero, que no da importancia, como todos los Saduceos, a las patrañas mesiánicas, interésale conocer a los que siguen al nuevo profeta y de qué centros han sido sacados, para darse cuenta hasta qué punto se ha extendido la úlcera sediciosa. Pero Jesús lo mira sin responder. ¿Cómo ha podido pensar ese revendedor de palomas que Jesús sea capaz de traicionar a los que lo han traicionado?

Pregúntale, entonces, en qué consiste su enseñanza. Jesús responde que no es a él a quien toca responder.

—Yo he hablado públicamente, a todo el mundo; siempre he enseñado en la sinagoga y en el Templo adonde concurren todos los judíos, y no he dicho nada ocultamente. ¿Por qué me preguntas? Pregunta a esos que me han oído lo que les he hablado. He ahí esos que sa-
Juan 18, 20, 21. ben lo que he dicho". Es la verdad: Jesús no es esotérico. Si alguna vez ha dicho a sus discípulos palabras que luego no ha repetido en las plazas, en cambio los ha exhortado a gritar desde los techos lo que les ha dicho en las casas. Pero Anás debió de haber puesto muy mala cara al oír una respuesta que implicaba la suposición de un juicio justo, porque uno de los guardias que estaba junto al acusado le dió una bofetada, gritando:

Juan 18, 22. —¿Así respondes al Sumo Sacerdote?

La bofetada del fámulo largo de manos es el principio de los desprecios que acompañarán a Cristo hasta en la Cruz. Pero el golpeado, con la mejilla enrojecida por la marca maldita, se vuelve hacia el abofeteador:

—Si yo he hablado mal, da testimonio de lo malo. Y
Juan 18, 23. si bien, ¿por qué me pegas?

El brihón, confuso ante tanta placidez, no sabe qué

replicar. Anás empieza a entrever que este galileo no es un aventurero cualquiera y crece más en él el ansia de suprimirlo. Pero viendo que no puede sacarle nada, lo envía atado a Caifás para que dé inmediatamente principio a la ficción del juicio regular.

EL CANTO DEL GALLO

Sólo dos, entre los once fugitivos, se arrepintieron de la cobardía y siguieron, aunque de lejos, temblorosos en la sombra de las paredes, las ondulantes linternas que acompañaban al Cristo a la cueva de los fratricidas: eran Simón de Jonás y Juan de Zebedeo.

Juan, que no era cara nueva para los familiares de Caifás, entró en el patio del palacio casi en el mismo momento que Jesús, pero Pedro —más vergonzoso y miedoso— no quiso entrar y permaneció afuera. Entonces, después de algunos momentos, Juan, no viendo al compañero y deseando, tal vez, tenerlo al lado para confortación o defensa, salió y, convencida la sospechosa portera, lo hizo entrar también a él. Mas al pasar, la fámula lo reconoció:

—¿No eres tú también de los discípulos del hombre
Juan 18, 17. que han tomado?

Pedro casi se mostró ofendido.

—Yo no sé ni entiendo lo que quieres decir... Yo
Mt. 26, 70. no lo conozco.

Y con Juan se sentó junto a un brasero que los criados habían encendido en el patio, porque la noche, no obstante ser el mes de abril, era aún cruda. Pero la mujer no se dió por vencida y acercándose al fuego y mirándolo bien:

—¡Tú también —chilló— estabas con Jesús Nazareno!

Mt. 26,72. Y él de nuevo negó con juramento.

—¡Te digo que no lo conozco!

La portera volvió a su oficio sacudiendo la cabeza, pero los hombres, desconfiando ya, por aquellas calurosas negaciones, lo examinaban cuidadosamente y decían:

—Indudablemente tú debes de ser de ellos, porque has-
Mt. 26, 73. ta tu modo de hablar te delata".

Entonces Simón empezó a jurar y perjurar que no lo
conocía. Pero otro, pariente de aquel Malco a quien Mt. 26, 74.
había cortado la oreja, puso fin a la cuestión con su testimonio:

—¿Acaso no te vi yo en el huerto junto con él? J. 18, 26.

Pedro, ya enviscado en las mentiras, empezó de nuevo a zapatear, protestando de que lo confundían con otro y que él no era amigo de aquel hombre.

En ese mismo momento, Jesús, atado entre los guardias, atravesaba el patio, después del coloquio con Anás, para ir al otro lado donde estaba Caifás, y oyó las pala-
bras de Simón y lo miró. Fijó en él los ojos un instante Luc. 26, 61.
solo, esos ojos en los cuales el renegador había sabido un día descubrir el destello de la divinidad; un instante solo lo miró con aquellos ojos que eran más insostenibles en la dulzura que en el enojo. Aquella mirada hirió para siempre el pobre corazón convulso del pescador, quien hasta su muerte no pudo olvidar aquellas pupilas suaves y dolorosas posadas encima de él, en aquella noche de sustos; aquellos ojos que, en un relámpago, dijeron más cosas y más conmovedoras de las que pudieran decirse con mil palabras.

"También tú, que has sido el primero, el que más me hizo esperar: el más duro pero el más inflamable, el más ignorante pero el más ferviente; también tú, Simón, el mismo que gritaste cerca de Cesarea mi verdadero nombre; también tú que conoces todas mis palabras y me has besado tantas veces con esa misma boca que dice no conocerme; ¡también tú, Simón Piedra, hijo de Jonás, me reniegas ante aquellos que se preparan a matarme! Tenía razón aquel día en llamarte obstáculo y en reprocharte que no pensabas según Dios sino según los hombres. Podías al menos desaparecer, como han hecho los otros, ni no te bastaban las fuerzas para beber conmigo el cáliz de la infamia que, tantas veces, te describí. ¡Huye! ¡Que no te vea más hasta el día en que esté verdaderamente libre y tú verdaderamente rehecho por la fe! Si temes por tu vida, ¿por qué estás aquí? Si no temes, ¿por qué quieres repudiarme? Judas al menos, en su último momento, ha sido más leal que tú: ha venido con mis enemigos mas no ha negado conocer-

me... ¡Simón, Simón, ya te lo había dicho que me habrías dejado como los otros, pero ahora eres más cruel que los otros! Yo ya te he perdonado en mi corazón; estoy por morir y perdono a quien me hace morir y te perdono también a ti y te amo como te he amado siempre. Pero, ¿podrás tú perdonarte a ti mismo?"

Simón, bajo el peso de aquella mirada, había bajado la cabeza. El corazón le golpeaba ahora dentro del pecho como un encarcelado furibundo y no hubiera podido dejar escapar de sus labios otro no. Un ardor insoportable le quemaba el rostro descompuesto, como si en vez de haber estado junto al brasero hubiérase asomado a la boca de la gehena. Una opresión de vértigo y de remordimiento, una consunción intolerable lo deshacía; de repente le parecía que se helaba y de repente que toda su persona se consumiera en las llamas. Un minuto antes había afirmado que no había conocido nunca a Jesús, mas ahora parecíale de veras conocerlo por primera vez en ese momento, como si esos ojos lo hubieran traspasado con el fulgor de la espada del arcángel.

Con gran dificultad consiguió ponerse de pie y se dirigió tambaleando hacia la puerta. Apenas afuera, en la taciturna soledad del crepúsculo, un gallo lejano cantó. Ese canto alegre y orgulloso fué como un grito que despierta de golpe al aletargado bajo una pesadilla. Como el recuerdo imprevisto de un discurso oído en otra vida, como la vuelta a la casa de la niñez, al huerto mañanero, tendido entre el lago y la campaña, como una voz de mucho tiempo atrás olvidada que ilumina una vida, como un relámpago en la noche obscura. Entonces pudo verse, a la luz incierta del alba, a un hombre que caminaba incierto como un borracho, con la cabeza escondida en la capa y las espaldas sacudidas por los sollozos de un llanto desesperado.

¡Llora, Simón, ahora que Dios te da la gracia de llorar! ¡Llora por ti y sobre El, llora por tu hermano traidor, llora por tus hermanos fugitivos, llora por la muerte de Aquel que muere también por tu pobre alma, llora por todos los que vendrán después de ti y harán como tú y renegarán de su libertador y no pagarán el rescate con precio de arrepentimiento! ¡Llora por todos

los apóstatas, por todos los renegados, por todos aquellos que dirán, como tú, "yo no soy de los tuyos"! ¿Quién hay de nosotros que, al menos una vez, no haya hecho lo que Simón? ¡Cuántos de nosotros, nacidos en la Iglesia de Cristo, después de haber invocado con labios infantiles su nombre, y de haber doblado las rodillas ante su rostro lleno de sangre, no hemos dicho, por miedo a una sonrisa: ¡No, nunca lo he conocido!

Al menos tú, desdichado Simón, aunque seas Piedra, viertes todas las lágrimas de tus ojos, y escondes en el paño tu rostro desfigurado y empapado. No pasarán muchos días y el Resucitado te besará otra vez. Porque tu llanto ha lavado para siempre tu boca momentáneamente perjura.

LA VESTIDURA RASGADA

El verdadero nombre de Caifás es José. Caifás es un sobrenombre y es la misma palabra "Cefas", el sobrenombre de Simón, es decir, Piedra. Entre estas dos Piedras está preso, en aquella alba del viernes, el Hijo del Hombre. Simón Piedra representa a los amigos miedosos que no saben salvarlo; José Piedra, a los enemigos que a toda costa quieren perderlo. Entre la negación de Simón y el odio de José, entre el jefe de la Iglesia por morir y el jefe de la Iglesia por nacer, entre estas dos piedras, Jesús es como el grano de vida entre dos piedras de molino.

El Sanedrín ya se ha reunido y lo espera. Están, con Anás y Caifás que lo presiden, Juan, Alejandro y toda la espuma humeante de las altas clases. Regularmente se componía de veintitrés Sacerdotes, veintitrés Escribas, veintitrés Ancianos y dos presidentes: un total de setenta y un jueces, tantos como eran, aproximadamente, los apóstoles del que va a ser juzgado. Pero ese día algunos faltaban, aquellos en los cuales puede más el temor a los alborotos que el despecho contra el blasfemador, aquellos pocos que no hubieran levantado el dedo para condenarlo pero tampoco para disculparlo a cara descubierta. Entre éstos, seguramente, Nicodemo, el discípulo nocturno, y José de Arimatea, el piadoso sepulturero.

Pero con los presentes había de sobra para ratificar con un disfraz de legalidad el decreto de homicidio escrito ya en los corazones de todos. A los delegados del Templo, de la Escuela y de la Banca parecíales eterna la espera del momento de confirmar, cada uno por sus razones particulares, la sentencia de venganza. La gran sala de Consejo, ya repleta de gente, causaba la impre-

sión de una perrera de espectros. Asomábase tímido el nuevo día: las llamas anaranjadas de los hacheros brillaban apenas en la luz blanquecina del día que se aproximaba. En aquella penumbra siniestra esperaban los Jueces. Viejos, macizos, narigudos, ásperos, ceñudos, envueltos en mantos blancos, las cabezas cubiertas con un paño, las barbas cuidadas y venerables, los ojos belicosos, sentados en semicírculo, parecían un concilio de brujos esperando una torta viva. El resto de la sala estaba ocupado por los clientes de la camarilla sentada, por los guardas, bastón en mano, por la baja servidumbre de la casa. Pero el aire era denso y pesado, como si hubiera allí algo más que alientos de vivos.

Jesús, siempre con la cuerda atada a los puños, fué empujado al centro de esta perrera, como se empujaba al condenado a las bestias en los anfiteatros imperiales. Anás, un poco sacudido por la primera respuesta del Cristo, había buscado de prisa y corriendo, en el hampa allí presente, algunos falsos testigos, para desbaratar, en caso de necesidad, toda eventual contestación y defensa. El simulacro de juicio empezó con el llamado de estos referendarios previamente aleccionados.

Dos se adelantaron y juraron haberle oído decir estas palabras:

—Yo puedo destruir este templo, hecho por mano de hombre y en tres días reedificar otro que no será hecho por mano de hombre. Mt. 14,58.

La acusación, y por los tiempos y por el auditorio, era gravísima: de sacrilegio y de blasfemia. Porque el Templo de Jerusalén, en el pensamiento de los que medraban a su sombra, era el dominio único e intangible del Señor; y amenazar al Templo era lo mismo que ofender a su verdadero dueño, al dueño de todos los Judíos. Pero esas palabras Jesús nunca las había dicho o, por lo menos, no en aquella forma y con aquel significado. Había anunciado, es verdad, que del Templo no quedaría piedra sobre piedra, pero no por obra suya. Y la alusión al templo no hecho por el hombre y reedificado en tres días formaba parte de otro discurso, en el cual había hablado, en figura, de su resurrección, de mi cuer-

po que los demás iban a destruir. Tan es así que los falsos testigos no lograban ponerse de acuerdo respecto de esas palabras confusas y maliciosamente referidas, y discutían entre sí, de suerte que hubiera bastado una réplica del acusado para confundirlos y ponerlos entre la espada y la pared. Pero Jesús callaba.

El Sumo Sacerdote no podía soportar ese silencio y, porniéndose de pie, gritó:

—¿No respondes nada a las cosas que éstos te echan en cara?

Mc. 14. 60. Pero Jesús nada respondió.

Los silencios de Jesús están de tal suerte llenos de sobrenatural elocuencia que tienen el poder de sacar de quicio a sus jueces. Ha callado a la primera pregunta de Anás, calla ahora al apóstrofe de Caifás y callará ante Antipas y ante Pilatos. Las cosas que él pudiera decir las ha dicho ya millares de veces; las otras que podría responder no las comprenderían y servirían de nuevos asideros para morderlo. Las verdades sobrehumanas son de suyo inefables y si una sombra de ellas se puede proyectar por puro amor, no la aprovechan sino los dispuestos, los cuales tienen ya un indicio de esa sombra; y aun a éstos llega más bien en virtud de la intuición del corazón por virtud divina, que a través del falaz y defectuoso lenguaje.

Jesús no habla. Pero mira en torno suyo, con sus grandes ojos serenos, las caras ansiosas y convulsionadas de los asesinos y juzga para la eternidad a esos fantasmas de jueces. En un instante, cada uno de ellos es pesado y juzgado por esa mirada que va derecho al alma. ¿Son dignas, serían dignas esas almas carcomidas y corrompidas, esas almas malnacidas, almas nulas, cuando no ulceradas y cadavéricas, de escuchar sus palabras? ¿Podrá jamás, por un prodigio inconcebible de abyección, humillarse hasta el extremo de justificarse en su presencia?

Pudo hacerlo el hijo de la partera [119], el chato discípulo y rival de los sofistas. A los jueces de Atenas el septuagenario discutidor, que por tantos años había fastidiado a los artistas y a los desocupados del ágora, podía declamar una bellísima y bien dividida oración apologética, que de las regiones fragosas de la dialéctica descendía, poco a poco, a las cavilaciones curialescas. El viejo ironista que más se había propuesto una reforma del arte de pensar que de la razón de vivir, tanto que no había tenido a menos pensar a usura y, no satisfecho con su esposa Santipas, había tenido dos hijos de la concubina Mirto, estaba, sí, dispuesto a morir y supo morir con noble firmeza, pero en el fondo —en el fondo— hubiera preferido descender al reino de Ades [120] por la cuesta más natural. Tan cierto es esto que hacia el final de su especiosa memoria-defensa tentó aplacar a sus jueces recordando su vejez: "Es inútil matarme, pues de todos modos moriré pronto", y ofreció pagar treinta minas de multa para que lo dejaran en libertad.

Pero Cristo —con quien, para empequeñecerlo, tantos póstumos Pilatos han querido comparar al harto inferior Sócrates —no tiene nada de sofista ni de abogado y desprecia, como el ángel de Dante, los "argumentos humanos". Responde con el silencio o, si es forzado a responder, habla claro y breve.

Caifás, exasperado por aquella taciturnidad para él irrespetuosa, halla finalmente la manera de hacerlo hablar:

—¡Por el Dios vivo te conjuro que nos digas si tú eres el Cristo Hijo de Dios Bendito! Mt. 26, 63. y Mc. 14, 16.

Mientras lo examinaban con el ordinario procedimiento insidioso, achacándole falsedades o preguntándole por verdades conocidas de todos, Jesús no dice palabras. Pero la invocación al Dios Vivo, aun en la boca del infame Gran Sacerdote, es irresistible. Al Dios que vive, al Dios que vivirá eternamente y vive en todos nosotros y está presente también en aquella caverna de infames, Jesús no puede negarse. Y, sin embargo, vacila un momento, antes de cegar a aquellos tuertos con el resplandor de su formidable secreto.

(119) SOCRATES. El autor alude a la madre del ilustre filósofo la cual, parece, fué comadrona; y acaso recordando esto el mismo filósofo, al formar a sus discípulos, les decía que los "daba a luz".

(120) ADES. Sobrenombre de Plutón, dios griego de los infiernos.

—Si os lo dijere, no me creeréis. Y si os pregunto, no
Luc. 22, 67, 68. me podréis responder.

Ahora ya no es sólo Caifás quien pregunta, sino que todos, concitados, se levantan y gritan hacia él con las garras tendidas:

Luc. 22, 70. —Luego, ¿tú eres el Hijo de Dios?

Jesús no puede renegar, como ha hecho Simón, la irrecusable certeza que es la razón de su vida y de su muerte. Tiene una responsabilidad para con su pueblo y para con todos los pueblos. Responsable es aquel que puede responder, que sabe responder, que, finalmente, llamado cara a cara, responde. Pero él quiere, como en Cesarea de Filipos, que sean otros los que pronuncien fuerte su verdadero nombre; y, cuando lo pronuncian, no lo rechaza, aunque la muerte sea la pena de la confirmación.

Luc. Ibi. —Vosotros mismos lo decís que yo lo soy. Os digo más: dentro de poco veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios y viniendo en las nubes del
Mt. 26, 64. cielo.

Con sus propios labios ha pronunciado su sentencia. La jauría regañadora que lo rodea tiene en sus labios la baba del repudio y de la rabia. El mismo ha proclamado a la faz de sus asesinos lo que había confesado en secreto a sus amigos más cariñosos. Si lo han traicionado, El no se ha traicionado, ni ha traicionado a su Padre. Ahora puede aceptarlo todo hasta la hez. Lo que debía decir lo ha dicho.

Caifás goza. Fingiendo una pena que no siente —porque, como todos los Saduceos, no cree en los apocalipsis y no se cuida sino de los proventos y honores del Templo— se rasga las vestiduras sacerdotales, gritando:

—¡Ha blasfemado! ¿Qué necesidad tenemos ya de
Mt. 26, 65, 66. testigos? ¡Acabáis de oír la blasfemia! ¿Qué os parece?

Y la perrera alborotada ladró en coro:

Mt. 26, 66. —¡Reo es de muerte!

Y sin ningún otro interrogatorio y sin que nadie se levantara a contradecir, lo condenaron a muerte, como blasfemador y falso profeta.

La comedia jurídica ha terminado y esas larvas vestidas se sienten aliviadas de un peso enorme. El Gran

Sacerdote ha perdido una vestidura y deja ondear los jirones como gloriosas señales de la batalla ganada. No sabe que en ese mismo día se rasgará un paño más precioso que el que lleva él encima, y no se imagina que su gesto, miedosamente simbólico, es el reconocimiento de otra condena. El sacerdocio hebraico cuya cabeza es él, ha quedado invalidado y abolido para siempre. Sus sucesores serán meras apariencias, sacerdotes espurios e ilegítimos; y dentro de pocos años, hasta la suntuosa vestidura de mármol y piedra del santuario judaico será rasgada para siempre por la furia romana.

EL ROSTRO VENDADO

Concluída con la promesa de muerte la tragicomedia representada por los patrones, empieza la gresca de los subalternos.

Mientras los caciques se alejan para ponerse de acuerdo sobre la mejor manera de arrancar al Procurador la ratificación de su fallo, y de ejecutar rápidamente la sentencia en la misma mañana, Jesús es arrojado como alimento a la canalla, a la manera como se arrojan las entrañas del animal sacrificado a la jauría que ha participado en la cacería. ¡También los bribones que comen las sobras del Templo tienen derecho, por vía de propina, a alguna diversión! El hombre-bestia, cuando está seguro de la impunidad, no conoce mejor diversión que ésta: desahogarse contra el inerme, y con mayor encarnizamiento cuando el inerme es inocente. La naturaleza bestial, acurrucada pero no domada en el fondo de cada uno de nosotros, toda se precipita fuera, impudente y rechinando los dientes: el rostro se convierte en hocico, los dientes son colmillos de jabalí, las manos se muestran lo que son en realidad: garras, y la voz ya no sale en armonías articuladas, sino como un rebuzno o un bramido. ¡Si aparece una gota de sangre, todos la quieren lamer; no hay licor más embriagador que la sangre, no hay mosto más tónico ni más hermoso de ver, tan rojo, como el agua de Pilatos!

Pero la ferocidad toma gustosa las formas del juego. También los tigres retozan, también los niños, en cuanto se lo permiten sus débiles fuerzas, tigrean. Los capturadores, esperando que el extranjero ponga el visto bueno a la muerte del más inocente de sus hermanos, quieren dar a la futura víctima una prueba alegre del suplicio que le espera. Se divierten. Tienen permiso para jugar

con su Rey, para divertirse con su Dios. Al fin de cuentas se lo tienen ganado. Despiertos toda la noche —y la noche ha sido fría— luego la marcha hasta la Colina de los Olivos, con el temor de una resistencia, temor no del todo infundado, puesto que uno de ellos perdió una oreja, y después la espera hasta la mañana: un trabajo extraordinario, precisamente en aquellos días de fiesta en que la Ciudad y el Templo se llenan de forasteros y hay más tareas para todos.

Pero no saben por dónde empezar. Está ahí atado, y todos sus amigos han desaparecido; pero ese hombre que los mira con una mirada que nunca han visto, con una mirada firme que parece venir de más allá de lo presente y que sin embargo los escudriña en su interior, como el rayo de un sol modesto; ese hombre atado, extenuado, con la cara donde un sudor nuevo hace revivir las gotas de sangre coaguladas en las mejillas, ese hombre de nada, ese provinciano sin abogados y sin defensores, condenado a muerte por el más alto y santo tribunal de la gente judía, ese andrajo en forma humana, destinado a la cruz de los esclavos y de los ladrones, ese juguete de los poderosos, que los poderosos han entregado a sus rufianes como un muñeco de carnaval, ese hombre que no habla, no gime, no llora, pero los mira como si tuviera compasión de ellos, como un padre que mirara a su hijo enfermo, como un amigo mira al amigo delirante, ese hombre, que es el ludibrio de todos, infunde en las almas de esos tunos un misterioso respeto.

Uno de los Escribas o de los Ancianos dió el ejemplo y, pasando junto a Jesús, le escupió encima. Demasiado cuidadoso de su limpieza ritual, no quería contaminar sus manos prolijamente lavadas, prontas para la Pascua, tocando a un enemigo de Dios, que ya se podía considerar impuro lo mismo que un cadáver, tan cerca estaba de la muerte. Pero está la saliva. ¿Qué es la saliva? Secreción del cuerpo, desprecio materializado en un líquido.

Y sobre aquel rostro iluminado por el sol virgen de la mañana y por su divinidad prisionera, sobre el rostro transfigurado por la luz del sol y por la luz del amor,

sobre el rostro de oro del Cristo, los escupitajos de los Judíos cubrieron la primera sangre de la pasión.

Pero la canalla de los criados y de los esbirros no se contenta con los salivazos y no teme contaminarse las manos. El ejemplo de los grandes ha vencido hasta el respeto que les infundía la mirada fraternal y doliente del condenado. Los guardias que están más cerca de El lo abofetean; los que no pueden apuntar al rostro, tiran puñetazos, dan empujones, y las palabras que salen de la boca de los enfurecidos insensatos hicren más atrozmente que los golpes.

El rostro que era blanco como la flor del espino y radiante como el oro del sol se obscurece en la lividez morada de los azotados. El hermoso cuerpo gentil, empujado por los golpes, vacila entre la muchedumbre que ondea. A quienes le vomitan encima el cieno espantoso de las almas corrompidas Jesús no les dice palabra. Respondió al guardia que lo ha abofeteado en presencia de Anás, pidiéndole lo corrigiera si se había equivocado; a esos ribaldos desencadenados no tiene nada que decir.

Pero uno de ellos toma un harapo sucio, le cubre con él el rostro sanguinolento y abofeteado, anudándolo detrás de las guedejas; y, abriendo paso en torno de Jesús:

—¡Juguemos —dice— a la gallina ciega! Este se las da de profeta; ¡veamos si es capaz de adivinar quién le pega!

El rostro está vendado. ¿Hubo, en el acto del bribón, una inconsciente piedad que le ahorre la vista, al menos, de los hermanos convertidos en bestias? ¿O bien esa mirada de amor dolorido es realmente insoportable?

Los crueles aniñados forman círculo y, ora uno, ora otro, le tiran del ruedo de la túnica, le dan un golpe en las espaldas, una cabezada en el dorso, un bastonazo en la cabeza.

Luc. 22, 64. —¡Oh, Cristo! profetízanos: ¿Quién te pegó?

¿Por qué no contesta? ¿No ha predicho, acaso, la ruina del Templo, las guerras y los terremotos, la venida del Hijo del Hombre sobre las nubes y tantas otras patrañas? ¿Y cómo ahora no adivina un nombre tan

fácil, una persona tan próxima? ¿Qué clase de profeta es éste? ¿Ha perdido repentinamente la virtud o no la ha tenido nunca? A esos torpes galileos pudo hacerles creer sus fábulas; pero aquí estamos en Jerusalén, que algo se entiende de profetas, y cuando no marchan derecho, los mata. "Y como estas cosas (cuenta Lucas), le decían muchas otras, blasfemando". Luc. 22, 65.

Pero Caifás y los otros tienen prisa y piensan que la jauría servil se ha divertido bastante. Hay que llevar al falso Rey ante Pilatos, para que ponga su visto bueno a la sentencia; el Sanedrín puede juzgar, pero, desde que Judea está bajo los romanos, no tiene más, desgraciadamente, el derecho de espada. Y los príncipes de los sacerdotes, los escribas, los ancianos seguidos por los guardias, que tiran de Jesús por las cuerdas, y de la horda pululante que engruesa a lo largo del camino, se dirigen hacia el palacio del Procurador.

PONCIO PILATOS

Desde el año 26 de Cristo era procurador, en nombre de Tiberio César, Poncio Pilatos, desconocido por los historiadores antes de su llegada a Judea. Si Pilatos viene de "Pileatus", puede suponerse que fuera liberto o descendiente de libertos, porque el "pileus" era el sombrero de los esclavos libertados ([121]).

Hacía pocos años que estaba allá; pero le habían bastado para conquistarse el odio acérrimo de sus gobernados. Bien es verdad que todo lo que sabemos de él es referido por Judíos o Cristianos, es decir, por enemigos declarados; pero parece que, a la postre, fastidió hasta a sus mismos patrones, porque, en el 36, el presidente de la Siria, Lucio Vitelio, lo mandó a Roma para que se justificara ante Tiberio. Murió el emperador antes de la llegada de Pilatos a la metrópolis; pero, según una antigua tradición, fué desterrado por Calígula a las Galias, donde se suicidó.

El odio de los Judíos contra él tenía su origen en el profundo desprecio que manifestó, desde un principio, hacia ese pueblo indócil e insociable, que a él, educado en las ideas de Roma, debió de parecer un nido de serpientes venenosas, ralea sucia e inferior, digna apenas de ser domesticada con los garrotes de los mercenarios. Imagínese un virrey inglés de la India, suscriptor del "Times", lector de Stuart Mill o de Shaw, que tiene en su

([121]) PILEATUS, de "pileus" (sombrero, birrete, casquete). Así como Ulpiano decía "Pileum servo impono in signum libertatis". impongo el sombrero (birrete o casquete), al esclavo en señal de libertad; "Servos ad pileum vocare", usado por Livio, vale lo mismo que provocar a los esclavos a la conquista del sombrero, es decir, de la libertad, porque los esclavos usaban de aquel birrete cuando la conseguían.

biblioteca a Byron y Swinburne, admirador de las "magníficas suertes progresivas", destinado a gobernar un pueblo andrajoso, caviloso, hambriento y turbulento, luchando con esa selva de castas, de mitologías, de supersticiones que él debe, dentro de sí, detestar, desde lo alto de su dignidad de blanco, de europeo, de británico y de liberal. Pilatos, como se desprende de sus preguntas a Jesús, era uno de aquellos escépticos de la Roma decadente, infectados de pirronismo ([122]) y devotos de Epicuro; un enciclopedista del helenismo, que no creía más en los dioses de la patria ni podía suponer que un Dios verdadero existiese y mucho menos que se pudiese encontrar entre aquella plebe piojosa y supersticiosa, en medio de aquel clero faccioso y celoso, en aquella religión que a él debía de parecerle una bárbara mescolanza de oráculos siríacos y caldeos. La única fe que le quedaba, o que debía fingir tener, por necesidad de oficio, era la nueva religión romana, cívica y política como la republicana, pero toda concentrada en el culto al emperador.

El primer conflicto con los Judíos se suscitó precisamente por esta religión. Relevándose la guarnición de Jerusalén, ordenó que los soldados penetraran de noche en la ciudad, sin quitar de las insignias las imágenes de plata del César. En la mañana, apenas los Judíos se dieron cuenta del hecho, fué grande el horror y el tumulto: era la primera vez que los romanos faltaban al respeto exterior que habían siempre profesado a la religión de sus súbditos palestinos. Las imágenes del César divinizado, plantadas en las proximidades del Templo, eran para ellos una provocación idolátrica, el principio de la abominación de la desolación. Todo el país se alborotó: una diputación fué enviada a Cesarea para que Pilatos la hiciera retirar. Pilatos se negó: durante cinco días estuvieron en torno suyo, suplicándole día y noche. Finalmente el Procurador, para librarse de ese fastidio,

([123]) PIRRONISMO. De Pirrón, filósofo griego, que nació en Elis (Peloponeso), 384-288 antes de Jesucristo. Fué el fundador de la escuela de los escépticos. No dejó ningún escrito, pero se conocen los diez motivos de duda que, según él, son base del escepticismo.

los convocó en el anfiteatro y, a traición, los hizo rodear por soldados con las espadas desenvainadas, asegurando que ninguno de ellos saldría con vida si no recibían las estatuas de César. Pero los Judíos, en vez de implorar misericordia, se arrojaron todos a tierra y aparejaron sus gargantas para recibir los golpes y Pilatos, vencido por aquella obstinación heroica, ordenó que fueran sacadas las estatuas (*) de Jerusalén y llevadas a Cesarea.

Pero si esta clemencia no hizo disminuir el odio de los Judíos contra el nuevo procurador, en Pilatos creció el desprecio y el deseo de desquite. Poco después introdujo él, en el palacio de Herodes —donde residía cuando estaba en Jerusalén— tablillas votivas dedicadas al emperador; mas los sacerdotes lo supieron y nuevamente el pueblo quedó consternado y rabioso. Se le pidió se llevaran inmediatamente esos documentos de idolatría, amenazándolo con acudir al César y referirle las vejaciones y crueldades cometidas por él hasta ese día. Pilatos también esta vez resistió. Los Judíos apelaron a Tiberio, el cual contestó ordenando que las tablillas fueran devueltas a Cesarea.

Dos veces había sido vencido Pilatos, pero la tercera salió con la suya. Procedente de la ciudad de las termas y de los acueductos, amigo, como todos lo saben, de los baños, advirtió que Jerusalén carecía de agua, y pensó en la construcción de una gran cisterna y de un acueducto de varias millas de largo. Pero el trabajo era costoso y él usurpó, para pagarlo, una suma crecida sacada del tesoro del Templo. El tesoro era rico, como que todos los judíos esparcidos por el imperio concurrían a él con ofrendas o las mandaban desde lejos cuando no podían ir en persona; pero los sacerdotes gritaron que era un sacrilegio y el pueblo, azuzado por ellos, se amotinó, de suerte que, cuando Pilatos llegó a Jerusalén para las fiestas de Pascua, millares de hombres se reunieron, tumultuando, alrededor de su palacio. Pero esta vez él colocó entre la muchedumbre gran cantidad de soldados disfrazados, que, en un momento dado, apalearon a los

(*) Véase Josefo, "Guerra de los Judíos", lib. II, Cap. VIII.

más enardecidos, de manera que en poco tiempo todos huyeron y Pilatos pudo tranquilamente proveerse de agua en la cisterna pagada con el dinero de los Hebreos y servirse de ella para sus variadas abluciones (*).

No hacía mucho tiempo que habían tenido lugar estos hechos, cuando esos mismos príncipes de los sacerdotes, que por tres veces se habían levantado contra su autoridad, los mismos que habían intentado obtener su deposición, los mismos que lo odiaban cordialmente —lo odiaban como romano, como símbolo del dominio extranjero y de su esclavitud y lo odiaban aún más como persona, como Poncio Pilatos, como insidiador de su culto y ladrón de su dinero— estaban obligados a recurrir a él para poder dar salida a otro odio, en ese momento más prepotente en sus corazones infectos. Dura necesidad a la que tenían que someterse porque las sentencias capitales no podían ser ejecutadas si no eran convalidadas por el representante de César.

En aquella alba de viernes, Poncio Pilatos, envuelto en su toga, soñoliento todavía y bostezante, los esperaba en el palacio de Herodes, mal dispuesto contra esos fastidiosos gritones que, por sus embrollos, lo han obligado a levantarse más temprano que de costumbre.

La chusma de los acusadores y de los azuzadores desemboca finalmente en la plaza que se extiende ante el pretorio. Pero se detiene ahí fuera, porque si penetraran en una casa donde hay levadura y pan cocido con levadura, quedarían contaminados para todo el día y no podrían comer la Pascua. La sangre del inocente no mancha, ¡pero la levadura, sí!

Pilatos, avisado, se presenta en la puerta y pregunta con mal talante:

—¿Qué acusación traéis contra este hombre? Juan 18, 29.

Los que se adelantan son enemigos suyos y ese hombre, a lo que parece, es un enemigo de ellos. Pilatos, instintivamente, se pone de su parte. No es que le tenga compasión —¿no es por ventura un judío como los otros y pobre por añadidura?— pero si por casualidad fuera

(*) Josefo, Ibidem.

inocente, ¡a fe que no se prestará a satisfacer el capricho de esa odiosa gusanera! Caifás replica inmediatamente, casi herido:

—¡Si éste no fuese malhechor, no te lo hubiéramos traído! Juan 18, 30.

Entonces Pilatos, que no quiere perder tiempo con las rencillas eclesiásticas y no piensa que se trate de un crimen capital, responde secamente:

—¡Tomadlo vosotros y juzgadlo según vuestra ley!

Ya asoma, en estas palabras, la veleidad de salvar a ese hombre sin tener que declararse ostensiblemente por él. Pero la concesión del procurador, que en otras circunstancias hubiera llenado de júbilo a Caifás y a los suyos, esta vez les sabe amarga, porque el Sanedrín no puede condenar más que a penas ligeras, siendo así que ahora quieren la más grave de todas y no pueden prescindir, desgraciadamente para ellos, del brazo romano.

—¡Tú sabes muy bien —replican— que a nosotros no nos está permitido dar muerte a nadie! Juan 18, 31.

Pilatos se da cuenta inmediatamente de la sentencia que éstos han dictado contra el desdichado que tiene delante, y quiere saber qué delito ha cometido: lo que a estos rabiosos gazmoños parece digno del último suplicio, pudiera ser una falta venial a los ojos de un romano. Las zorras del Templo han previsto ya la dificultad antes de presentarse en el pretorio. Saben muy bien que Pilatos no los contentaría si le dijeran que éste destruye la religión de sus padres y anuncia el Reino de Dios. Dirán, pues, una mentira. A quien está cometiendo una infamia no le pesa añadir otras accesorias y subordinadas. Pilatos no puede ser vencido sino con sus propias armas, apelando a su lealtad a Roma y al Emperador y a motivos propios de su cargo. Ya se han puesto de acuerdo para dar a la acusación un colorido político. Si le dicen que Jesús es un falso Mesías, Pilatos sonreirá; pero si se afirma que es un sedicioso, un cabecilla que envenena a la plebe contra Roma, no podrá menos que condenarlo a muerte.

—Hemos hallado a éste revolviendo a nuestra gente, prohibiendo pagar tributo al César, y diciendo que él

era el Cristo, el Rey de los Judíos. Está sublevando al pueblo, comenzando desde Galilea hasta aquí. Luc. 23, 2, 5.

Tantas palabras, tantas mentiras. Jesús ha ordenado dar al César lo que es del César; no se ocupa con los Romanos; dice ser el Cristo, mas no en el sentido grosero y político de Rey de los Judíos, y, por último, no subleva al pueblo, sino que quiere hacer de un pueblo infeliz y bestia, un reino bienaventurado de santos. En Pilatos esas acusaciones, aunque gravísimas también para él, de ser exactas, aumentan las sospechas. ¿Es posible que estas víboras traidoras, que detestan a Roma y a él que, repetidas veces, han tratado de derrocarlo y no sueñan más que con expulsar a los extranjeros dominadores, se hayan encendido, de repente, en tamaño celo que los haga denunciadores de un rebelde de su propia nación?

Pilatos no está persuadido, y quiere convencerse por sí mismo, interrogando en secreto al acusado. Entra en el pretorio y ordena que le lleven a Jesús. Dejando aparte las acusaciones menores, va derecho a lo esencial:

—¿Tú eres el rey de los Judíos? Juan 18, 33.

Pero Jesús no responde. ¿Cómo podría él hacer comprender a este romano que ignora las promesas de Dios, a un ateo pirroniano, que limita toda su religión al culto "ficticio" y demoníaco de un hombre vivo —¡y de qué hombre!: de Tiberio— ¿cómo podría explicar a este liberto, educado por los legistas y retóricos de Roma en el basurero más hediondo de aquellos tiempos, en qué sentido puede él llamarse Rey de un Reino no fundado todavía, de un Reino completamente espiritual, que abolirá todo otro Reino humano?

Jesús lee en el fondo del alma de Pilatos y no le responde, como no respondió, al principio, a Anás y a Caifás. El procurador no alcanza a comprender ese silencio en un hombre sobre el cual está pendiente la muerte.

—¿No oyes cuántas cosas dicen contra ti? Mt. 27, 13.

Pero Jesús persiste en su silencio. Pilatos, que a toda costa quisiera no dar el brazo a torcer a los que le odian a él y a este hombre juntos, insiste con la esperanza de

arrancarle un "no" que le permita ponerlo en libertad:
Juan 18, 31, 32. —Luego, ¿tú eres el rey de los Judíos?

Si Jesús negara, se traieionaría a sí mismo. Ha confesado a sus discípulos y a sus jueces que es el Cristo: no quiere salvarse y mentir. Para hacer recapacitar al romano, contesta, según lo tiene por costumbre, con otra pregunta:

—¿Eso lo dices por tu cuenta o te lo han dicho otros
Juan 18, 34. de mí?

Pilatos casi se ofende:

—¡Pues qué! ¿Soy yo judío, acaso? ¡Tn gente y los pontífices te han entregado a mí! ¿Qué es lo que has
Juan 18, 35. hecho? ¿Eres dè veras el Rcy de los Judíos?

La respuesta de Pilatos, prescindiendo del apóstrofe desagradado del principio, es conciliadora: "¿Por quién me tomas? ¿No sabes qnc soy romano y que no creo en lo que creen tus enemigos? Son los sacerdotes los que te acusan, no yo; pero se ven forzados a ponerte en mis manos: tu salvación depende de mí. Dime que no es verdad lo que afirman ellos y quedas en libertad". Jesús no quiere escapar de la muerte, pero, esto no obstante, se resuelve a tentar la iluminación de este pagano. El Padre lo puede todo; ¿no podría Pilatos ser el último convertido por este moribundo?

—"Mi poder real —dice— no es de este mundo. Si fuese de este mundo, de seguro mis súbditos lucharían para que no fuese yo puesto en manos de los Judíos;
Juan 18, 36. pero no, mi reino no es de aquí abajo".

El servidor de Tiberio no comprende. La diferencia entre el "aquí abajo" y el "allá arriba" le resulta obscura. Allá arriba están, si de veras existen, los dioses bondadosos o envidiosos de los hombres; abajo, en el Ades, están las sombras de los muertos, si es que queda algo de nosotros cuando el cnerpo es consumido por el fuego o por los gusanos; la única realidad verdadera es el "aquí en la tierra", la gran tierra con todos sus reinos. Y nuevamente pregunta:
Juan 18, 37. —Luego, ¿tú eres Rey?

No hay ninguna razón para negar. Lo que ha proclamado ante los otros, lo oirá también este ciego.

—Bien lo dices. Yo soy Rey. Yo he nacido y venido al mundo para dar testimonio de la verdad. Todo aquel que está por la verdad, oye mi voz.

Fastidiado entonces Pilatos por lo que a él parecíale un misticismo tonto y truculento, respondió con el célebre apóstrofe:

—¿Qué es la verdad? Juan 18, 38.

Y sin esperar la respuesta, se levanta para marcharse. El escéptico romano, que, acaso, ha asistido repetidas veces a las discusiones interminables de los filósofos y se ha persuadido, oyendo tantas lucubraciones metafísicas contradictorias y tantas cavilaciones sofísticas, que la verdad no existe y que, en caso de existir, no es dado a los hombres el conocerla, no se imagina ni por un instante siquiera que pneda dccir la verdad ese obscuro hebreo que le está presente como un malhechor.

A Pilatos fué concedida, en aquel día, único de su vida, la suerte de contemplar el rostro de la Verdad, la suprema Verdad hecha hombre, y no la supo ver. La Verdad viviente, la Verdad que podría resucitarlo y hacer de él un hombre nuevo, está delante de él, cubierta con carne humana, con pobres paños, con el rostro abofeteado y las manos atadas. Pero él ni siquiera adivina, en su soberbia, qué fortuna sobrenatural le ha tocado, fortuna que millones de hombres le envidiarían después de su muerte. A quien le dijera que solamente por este encnentro, sólo por el tremendo honor de haber hablado con Jesús y de haberlo entregado a la cruz, su nombre será conocido, aunque infame y maldito, por todos los siglos y por todo el género humano, lo tomara por loco.

CLAUDIA PROCULA

En el momento en que Pilatos se preparaba para volver afuera y dar una contestación a los Judíos que refunfuñaban, impacientes e intranquilos en las puertas, se le acercó un criado mandado por la esposa:

—¡No te metas nada con ese justo, porque yo he sufrido mucho en sueños esta noche por él!

Mt.27, 19.

Ninguno de los Cuatro Historiadores nos dice cómo recibió el Procurador la imprevista intervención de su esposa. Ni de ella sabemos nada más que el nombre. Se llamaba, según el Evangelio de Nicodemus, Claudia Prócula; y si el nombre es verdadero, acaso perteneciese a la gente Claudia, ilustre y poderosa en Roma. Se puede suponer que ella fuera, por nacimiento y adherencias, de superior condición que el marido, y que Pilatos, simple liberto, le debiese a ella, a su influencia, su importante magistratura en Judea.

Si esto fuera así, la súplica de Claudia Prócula no debió dejar insensible a Pilatos, particularmente si éste la amaba. Y que la amaba de veras, puede deducirse del hecho de haber pedido llevarla consigo al Asia, porque la antigua ley Opia, aunque mitigada por una resolución del Senado, durante el consulado de Cetego y Varrón, prohibía a los procónsules el llevar consigo a sus mujeres y habría sido menester un permiso particular de Tiberio para que Claudia Prócula pudiera seguir a Pilatos a Judea.

Las razones de su intercesión quedan, por lo breve de la narración, en el misterio. Las palabras de Mateo aluden a un sueño que la habría hecho sufrir por causa de Jesús. Es probable que ella hubiera oído hablar, de algún tiempo atrás, del nuevo profeta; tal vez lo habría visto en esos días y este hombre, tan distinto de los otros judíos, y que no tenía nada del demagogo vulgar o del fariseo gazmoño, debe de haber impresionado favorablemente su imaginación de romana fantástica. Ella no comprendía el lenguaje que se hablaba en Jerusalén, pero algún trujumán de la curia puede haberle referido algunas de las palabras de Jesús y tales que la hubieran persuadido de que no podía ser un criminal peligroso, como decían.

En aquellos tiempos los Romanos, y, particularmente las mujeres, empezaban a ser atraídas por los mitos y cultos de Oriente, que satisfacían mejor que la vieja religión latina —frío comercio legal de sacrificios con fines utilitarios y políticos— el deseo de inmortalidad personal. Muchas damas patricias, en la propia Roma, se habían hecho iniciar en los misterios de Mitras, de Osiris y de la Gran Madre, y algunas mostraban una cierta propensión también al judaísmo. Precisamente bajo Tiberio, los numerosísimos hebreos que estaban en Roma, fueron expulsados de la capital, porque, según Flavio Josefo, algunos de ellos habían engañado a una matrona, Fulvia, convertida al judaísmo. Y Fulvia, a juzgar por una insinuación de Suetonio, no era la única.

No era imposible que Claudia Prócula, viviendo en Judea, hubiera tenido curiosidad de conocer más de cerca las creencias del pueblo administrado por su esposo, y hubiera tratado de saber, hambrienta de novedades como todas las mujeres, qué nuevas doctrinas andaba predicando el profeta galileo de quien tanto se hablaba en Jerusalén. El hecho es que ella se convenció de que Jesús era un "Justo", luego inocente. El sueño de aquella noche —sueño terrible si habíala hecho sufrir— la confirmó en esta persuasión, y no debe sorprendernos que, confiada en el poder que las mujeres tienen sobre los maridos, aun entonces cuando los maridos no las aman haya hecho llegar a Pilatos ese mensaje suplicatorio.

A nosotros nos basta con que haya llamado "Justo" a aquel a quien los Judíos querían asesinar. Junto con el Centurión de Cafarnaúm y con la mujer Cananea, Claudia Prócula es la primera pagana que haya creído en Jesús, y no sin razón la Iglesia Griega la venera como santa.

En el ánimo de Pilatos, ya inclinado a la neutralidad, si no a la clemencia, por su animosidad contra Caifás, y, acaso también por las palabras del acusado, la embajada de la esposa reforzó su primera disposición. Claudia Prócula no le había dicho: ¡Sálvalo!, pero: No te metas con ese justo. Era su mismo pensamiento. Pilatos, como si tuviera un confuso presentimiento de la gravedad de lo que estaba por acontecer, no quería participar en la muerte de este misterioso mendigo que se presentaba como Rey. Inmediatamente había dicho que lo juzgasen ellos; mas no habían querido. Entonces se le ocurrió otro expediente para librarse de esa obligación. Vuelve donde Jesús y le pregunta si es galileo.

Pilatos se ha salvado. Jesús no pertenece a su jurisdicción, sino a la de Herodes Antipas. Este, por suerte, se encuentra en estos días, en Jerusalén, venido, como de costumbre, para celebrar la Pascua. El procurador acaba de encontrar una excusa legítima para contentar a la esposa y eximirse de ese enredo molesto. Además, se hace simpático a los Judíos remitiendo a uno de ellos el juicio decisivo y al mismo tiempo mortifica al Tetrarca, a quien odia con toda el alma, porque sospecha, y con razón, de que lo espía para acusarlo ante Tiberio. Y sin perder tiempo, ordena a los soldados que lleven a Jesús a presencia de Antipas.

LA CAPA BLANCA

El tercer juez a cuya presencia es llevado Jesús, era un hijo que el marrano sanguinario Herodes el Grande había tenido de una de sus cinco mujeres. No desmentía la raza paterna, pues, como aquél había hecho mal a los hijos, éste lo había hecho a los hermanos. Cuando el hermano Arquelao, propio hermano uterino, fué acusado por los súbditos, trabajó para hacerlo desterrar; a otro hermano, a Filipo, le quitó la mujer. A los diez y siete años empezó a reinar como Tetrarca de Galilca y de Perea y para congraciarse con Tiberio se le ofreció como refrendario secreto de los hechos y dichos de los hermanos y de los dignatarios romanos que estaban en Judea. En un viaje que hizo a Roma se enamoró de Herodías, que era, a la vez, sobrina y cuñada suya, porque era hija de su hermano Aristóbulo y mujer de su hermano Filipo, y, sin titubear ante el doble incesto, la persuadió a que lo siguiera, junto con la hija de la adúltera, Salomé. Su primera mujer, hija de Areta, rey de los Nabateos, se refugió donde el padre, que declaró la guerra a Antipas y lo derrotó.

Esto sucedía mientras Juan el Bautista adquiría fama entre el pueblo. El Profeta se dejó escapar palabras de condenación contra los dos incestuosos adúlteros y bastó esto para que Herodías persuadiera al nuevo marido a que lo hiciera prender y encerrar en la fortaleza de Maqueronte. Todos saben cómo el puerco Tetrarca, enloquecido por las lascivias de la pintona Salomé y mediante, acaso, un nuevo incesto, se vió obligado a ofrecer la cabeza del Profeta del Fuego dentro de una bandeja de oro.

Pero la sombra de Juan, aun después de la degolla-

ción, lo turbaba; y cuando se empezó a hablar de Jesús y de sus milagros, dijo a sus cortesanos:

Mc. 6, 16. —Ese es Juan el Bautista resucitado.

Parece que tenía entre ojos al nuevo profeta y que en un dado momento pensó hacerle la misma jugada que había hecho al Precursor. Pero, pensándolo mejor, decidió, por política o por superstición, no meterse más con profetas; y vió que lo mejor era obligar a Jesús a que saliera de la Tetrarquía. Un día, algunos Fariseos, muy probablemente amaestrados por Herodes, fueron a decirle a Jesús:

—“Sal de aquí y vete, porque Herodes te quiere
Luc. 13, 31. matar”.

—“Id y decid a aquella raposa —contestó— que es necesario que yo camine hoy, mañana y pasado mañana, porque no cabe que un profeta muera fuera de Jeru-
Luc. 13, 32, 33. salén”.

Y ahora, en Jerusalén, próximo a la muerte, comparece ante la raposa. Este traidor, este espía, adúltero e incestuoso, asesino de Juan y enemigo de los profetas, es el más indicado para condenar a la inocencia. Pero Jesús lo ha bautizado bien: es más raposa que tigre y no tiene la desvergüenza de subrogarse a Pilatos. Antes, cuenta Lucas, se alegró mucho al ver a Jesús, porque estaba, hacía tiempo, deseando verle, pues había oído
Luc. 23, 8. mucho de él y esperaba ver cómo hacía algún milagro.

El hijo de Idumeo y de la Samaritana se ha calentado al fuego de Juan y recibe a Jesús como un viejo domador, con el brazo marcado por los dientes de un león, mira a una nueva fiera que le traen para que la vea. Pero está ansioso, como todos los bárbaros orientales, de ver algún prodigio, y se imagina a Jesús como a un taumaturgo vagabundo que puede repetir a voluntad alguna brujería. Lo odia como ha odiado a Juan, pero lo odia también porque le teme: los profetas tienen un poder que él no comprende, pero que le mete miedo: tal vez la decapitación de Juan le había traído mala suerte... El también desea que Cristo sea matado, pero no tiene ningún deseo de hacerse cómplice de su muerte.

Viendo que en ese momento no había que esperar

milagros, empezó a hacerle muchas preguntas; pero Jesús no respondió nada. Ha roto el silencio por Anás y Caifás, por Pilatos, pero no lo romperá por este bribón. Anás y Caifás son sus enemigos declarados; Pilatos es un ciego que anda a tientas, creyendo salvarlo; pero éste es un zorro cobarde y artero y no es digno ni siquiera de un insulto.

Los príncipes de los sacerdotes y los escribas, por el temor de que al asesino de Juan le faltara, como efectivamente le faltó, valor para matar a Jesús, habían seguido a su víctima hasta allí y la acusaban con vehemencia. Estas imputaciones furiosas y el silencio del acusado atizaron el escondido rencor de Antipas que, después de haber ultrajado villanamente, junto con su soldadesca, al divino taciturno, le echó sobre las espaldas un manto
blanco y lo devolvió a Pilatos. Luc. 23, 11.

También él, como el romano, pero por razones diversas, siente repugnancia en condenar a aquel que fué bautizado por Juan y que, tal vez, es el mismo Juan resucitado de entre los muertos para vengarse. Pero al despedirse de él le hace un regalo que es una inconsciente confesión de la condición del que ha de morir. El manto resplandeciente de blancura es, como nos lo dice Flavio Josefo, la vestidura de los Reyes de los Judíos, y Jesús está acusado precisamente de querer hacerse Rey de los Judíos. El astuto Antipas quiso escarnecer la pretensión de Jesús con la ironía del regalo, pero, en el mismo momento, cubriéndolo con aquella albura que es señal de inocencia y de soberanía, la innoble raposa envió a Pilatos una embajada simbólica, que confirma involuntariamente el mensaje de Claudia Prócula, la acusación de Caifás y la confesión de Cristo,

"¡MUERTE A ESE!"

Pilatos pensaba haberse descargado de la importuna misión que querían imponerle sus adversarios. Pero cuando se vió a Jesús otra vez delante, envuelto en aquel manto blanco y regio, comprendió que era menester resolverse a toda costa.

Él encarnizamiento de los que, por tantos motivos, le eran sospechosos, la compasión de su mujer, las respuestas del presunto reo, la abstención de Antipas, lo inclinaban a negar a los Judíos la vida que le pedían. Tal vez, mientras Jesús era arrastrado donde el Tetrarca, había interrogado a alguno del séquito acerca del pretendido Rey, y las noticias, si las tuvo, lo confirmaron en su decisión. En los discursos de Jesús no había nada que pudiera disgustar a Pilatos; antes bien, mucho había que podía serle grato o, por lo menos, parecerle ventajoso a la autoridad de Roma.

Jesús enseñaba el amor a los enemigos y los romanos eran tratados, en Judea, como enemigos; llamaba bienaventurados a los pobres; por consiguiente, exhortaba a la resignación y no a la revuelta; aconsejaba que se diera al César lo que es del César, es decir, pagar los tributos al Emperador; era contrario al formulismo farisaico que hacía tan espinosas las relaciones de los Romanos con los subyugados; no respetaba el sábado, comía con los publicanos y con los gentiles, y, finalmente, anunciaba que su Reino no era de este mundo, sino de un mundo tan metafísico y remoto, que no podía, a la verdad, poner en peligro a Tiberio y a quien le sucediese. Si Pilatos conoció todo esto, tuvo que decir para sus adentros, con la superficialidad de todos los escépticos, máxime cuando se creen políticos finos, que hubiera sido muy bueno para él y para Roma que muchos judíos

siguieran a Jesús en vez de prepararse para la rebelión en los conciliábulos de los Zelotas.

Está, pues, decidido a salvar a Jesús; pero en esta su indulgencia, quiere poner un tantico de sarcasmo, una intención de ofensa para los sacerdotes jefes que, por tres veces, se han levantado contra él y ahora lo molestan para que sea su verdugo. Y simulará, hasta el fin, que estima a Jesús como a Rey de los Judíos. ¡Helos aquí a vuestro Rey, el Rey que merecéis, pueblo miserable y pérfido! Un carpintero de provincia, un mentecato que sueña con reinos ultraterrenos y lleva a la zaga una docena de pescadores y de villanos y alguna mujercilla. ¡Vedlo a qué está reducido, cómo está deshecho, cómo lo habéis maltratado! ¿Y por qué queréis matarlo? Tenéoslo: ¡no sois dignos de tener un Rey mejor que éste! Yo también, como lo habéis hecho vosotros, me divertiré un poco atormentándolo, y luego lo enviaré a su casa.

Y dadas las órdenes para que Jesús fuera llevado fuera, salió a la puerta y dijo a los sacerdotes y a los otros que se apiñaban, con las caras tendidas para oír finalmente la sentencia:

—"Me habéis presentado este hombre como si sublevara al pueblo; ya habéis visto cómo interrogándolo ante vosotros no he hallado en él ninguna culpa de las cuales lo acusáis. Como tampoco Herodes, porque os he remitido a él y ya veis cómo no le ha encontrado nada que merezca la muerte y nos lo ha devuelto. Voy, pues, a castigarlo y dejarlo en libertad". Luc. 23, 14, 16.

No era, por cierto, ésa la respuesta que esperaban los perros codiciosos que tumultuaban en la plaza. Un grito bestial surgió repentinamente de las bocas, abiertas hasta desencajarse:

—¡Muerte a ése!

¡Pena sobrado ligera serían los azotes para ese peligroso enemigo del Dios de los Ejércitos y del Dios Negocio! Algo muy distinto se necesita para saciar a los carniceros del Templo. Han venido a pedir sangre y no perdones.

—¡Muerte a ése! —gritaban Anás y Caifás, y junto

con ellos silbaban las víboras fariseas, chillaban los negociantes del sagrado ganado, los cambistas de las sagradas monedas, los arrendadores de asnos, los changadores de las earavanas.

—¡Muerte a ése! —clamaban los Escribas envueltos en sus capas teologales, los revendedores de la feria pascual, los figoneros de la ciudad alta, los Levitas, los sirvientes del Templo, los mozos de los usureros, los galopines de los sacerdotes, toda la chusma servil amontonada frente al pretorio.

Apenas se hubo calmado un tanto el estrépito, Pilatos preguntó:

—¿Qué haré, pues, de Jesús, que es llamado el Cristo?
Mt. 27, 22.

Y todos respondieron:

Mt. 27, 33. —¡Sea crucificado!

Mt. 27, 23. —Pero, en suma, ¿qué mal ha hecho?

Ellos gritaron más fuerte:

Mt. Ibi. —¡Sea crucificado! ¡Sea crucificado!

Jesús, pálido y sereno en la blancura del manto de burla, mira dulcemente a la muchedumbre que quiere darle lo que El en su corazón ha pedido hace ya tanto tiempo. El muere por ellos, con la divina esperanza de salvar con su muerte también a ellos; y ellos le están encima, nlulando como si tratara de escapar al aceptado destino. Sus enemigos no están allí, se esconden; todo el pueblo quiere clavar su carne: sólo un extranjero, un romano, un idólatra, defiende su vida. ¿Por qué no se mueve a compasión también él y lo entrega de una vez a los crucifixores? ¿No se da cuenta de que su falsa piedad no hace más que prolongar y exacerbar la agonía? Amó, y es justo que sea odiado. Resucitó muertos, y es justo que sea matado. Quiere salvar, y es justo que todos quieren perderlo. Es inocente, y es justo que sea sacrificado a los culpables.

Pero el testarudo Pilatos no cede a los gritos de los Jndíos ni a la silenciosa súplica de Jesús. Quiere salvarlo. No le gusta que también esta vez salgan con la suya esos hediondos enfurecidos.

Quedado sin éxito el lance de transferir a Antipas la desagradable responsabilidad de una condena capital,

no consigue ahora persnadir a este pueblo de tigres y de mulos la inocencia de su miserable Rey. Estos desean ver un poco de sangre; tienen hambre de gozar, en estos días de fiesta, del espectáculo de una crucifixión. Los ha de satisfacer lo mismo dándoles el cambiazo, entregándoles el cadáver de un homicida en vez del cuerpo de un inocente.

—"Os digo que no hallo en él culpa alguna. Pero es Juan 18, 38.
costumbre vuestra que en Pascua os suelte un preso". "¿A quién queréis que os suelte? ¿A Barrabás o a Jesús, que llaman el Cristo?" Mt. 27, 17.

El pueblo, tomado así de sorpresa, no sabía qué responder. Hasta entonces nno era el nombre, única la víctima, uno solo el suplicio pedido: todo era claro como el cielo en aquella mañana de mediados de abril. "Pero este pagano malvado, con tal de salvar a ese inventor de escándalos, saca a relucir otro nombre que lo enreda todo. Quisiera solamente apalearlo en vez de ponerlo en la cruz, y ahora quisiera entregarnos otro delincuente en lugar del que nosotros queremos". Por suerte, se hallaban siempre allí los ancianos, escribas y sacerdotes, que, a fe, no estaban dispnestos a dejarse escapar a Jesús. En un abrir y cerar de ojos sugirieron lo que se había de responder, de suerte que, cuando Pilatos les preguntó por segunda vez:

—"¿A cnál de los dos queréis que os entregue libre?", Mt. 27, 21.
todos, como nn solo hombre, respondieron:

—¡Líbranos a Barrabás! ¡Muerte a ése! Mt. 27, 21.

El hombre que el Procurador ofrecía como sangre de rescate a los amantes de crucifixiones no era un bellaco cnalquiera. En la tradición vulgar ha quedado su recuerdo como el de un salteador de caminos, adscripto al gremio de los profesionales del crimen. Pero su sobrenombre — Bar Rabban, que quiere decir Hijo del Rab, o, más bien, discípulo del Maestro, porque los alumnos de los rabinos eran llamados también hijos— nos advierte que pertenecía, por nacimiento o por estudio, a la casta de los Doctores de la Ley. Marcos y Lucas dicen expresamente que estaba acusado de haber cometido homicidio, dnrante una sedición; por consiguiente, un asesina-

to político. Barrabás, educado en las escuelas de los Escribas en el lamento por el Reino perdido y en el odio contra los patrones paganos, probablemente era un zelota y había sido preso en una de esas convulsiones fracasadas, tan frecuentes en aquellos años. ¿Sería posible, por ventura, que la camarilla saducea y farisea, la cual en el fondo tenía los mismos sentimientos que los Zelotas, aunque por razón de estado los ocultaba o por debilidad de ánimo los olvidaba, se contentase con aquel absurdo cambiazo?

Barrabás, aunque asesino —y precisamente porque asesino— era un patriota, un mártir, un perseguido por los extranjeros. En cambio Jesús, aun cuando no hubiera matado a nadie, quería hacer algo harto más pernicioso que un homicidio: quería subvertir la ley de Moisés, arruinar el Templo. En una palabra: el primero era una especie de héroe nacional; el otro, un enemigo de la nación. ¿Habría mucho que vacilar en la elección?

—¡Pon en libertad a Barrabás! ¡Muerte a ése!

Poncio Pilatos no ha sabido salvar ni salvarse tampoco esta vez. Debía haberse dado cuenta ya de que los jefes de los Judíos no habrían permitido que les arrebataran la carne a la que ya habían puesto las marcas de sus dientes, la única que podía saciar su hambre. La necesitaban, ese día, como necesitaban del aire y del pan. No hubieran ido ni siquiera a comer hasta no haber visto a ese Mesías bastardo asegurado con cuatro clavos sobre dos troncos.

Poncio Pilatos es cobarde. Teme cometer una injusticia; teme no contentar a la esposa; teme dar una satisfacción a sus enemigos; pero, al mismo tiempo, teme poner a Jesús a salvo, teme hacer disolver con sus soldados esa piara gruñidora y arrogante, teme disponer con un acto terminante de imperio, que Jesús el inocente sea puesto en libertad y no Barrabás el asesino. Un romano verdadero, un romano a la antigua, de buena cepa habría contentado inmediatamente a esos borrachos postulantes, para no malgastar ni un minuto de tiempo en la defensa de un alucinado; o bien habría decretado desde el principio que ese hombre era inocente y estaba bajo la augusta protección del imperio.

Pilatos, a fuerza de estratagemas, de postergaciones, de interrogaciones, de medios términos y de medias tintas, de titubeos, de resoluciones desacertadas y vueltas a tragar, de movimientos mal ejecutados, se sentía ahora precipitado lentamente hacia donde no hubiera querido caer. Pero, el no haber definido inmediatamente la cuestión con el no o con el sí, había dado alas a la insolencia de los jefes y aumentado el hervor del pueblo. Y ahora no le quedaban más que dos caminos: o ceder vergonzosamente después de tanto replegarse o resistir y correr el albur de suscitar un tumulto que, en aquellos días en que Jerusalén albergaba un tercio de Judea, podía convertirse en una sublevación peligrosa.

Juguete del ondear de sus pensamientos cobardes y aturdido por los gritos, no acierta sino a pedir consejo a los mismos a quienes debería y querría mandar:

—Pues, ¿qué haré de Jesús, llamado el Cristo? Mt. 27. 22.

—¡Crucifícalo! ¡Que sea crucificado! Mt. 27. 23.

—¡Pero si no ha hecho nada malo! Mt. Ibidem.

—¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo! Luc. 23, 20.

"¿Qué sabe —piensan— este odioso forastero si Jesús ha hecho mal o no? Según nuestra fe es un impostor, un blasfemo, un enemigo del pueblo y debe morir. Aun cuando no haya hecho nada, debe morir, porque sus palabras son más peligrosas que cualquier crimen".

—¡Tomadlo vosotros! —grita Pilatos—. Y crucificadlo, pues yo no encuentro en él culpa alguna. Juan 19, 6.

—Nosotros tenemos una Ley y según esta Ley debe morir, porque se hizo hijo de Dios. Juan 19, 7.

El silencio de Jesús es superior a la bestial algarabía. Pelean por su cuerpo y parece que apenas se da cuenta de ello. Sabe El desde el principio de los tiempos que su destino está escrito, que ése es su día. ¡La batalla es tan desigual!

Por una parte, un pagano que no sabe nada de él y que nada entiende, no lo defiende por amor sino por odio; no lo defiende a cara descubierta sino con astucias y cavilaciones; teme más a una revuelta que a una injusticia, y se emperra por puntillo y no por la convicción de la inocencia. Por otra parte, un clero amenaza-

do, una burguesía azotada, un vulgo capaz de ser inducido a lo peor, como todos los vulgos. Cualquiera puede profetizar el resultado.

Pero Poncio Pilatos no abandona la partida. Regalará a Barrabás a sus cómplices, pero no abandona a Jesús. Vuelve a la primera idea: darle un castigo. Tal vez, cuando vean su cuerpo acardenalado y la sangre exprimida como el jugo de las uvas por los golpes, se contentarán con ese anticipo de suplicio y dejarán en paz al Inocente, que mira con igual compasión al pastor cobarde y a los lobos obstinados.

El Procurador ha dicho que no halla en él culpa alguna y, sin embargo, lo castigará con las varas. Esta contradicción, esta media injusticia, esta transacción, está en el modo de ser de Pilatos; pero será, como las otras tentativas, una derrota y, al final, una vergüenza más, antes de la entrega total.

Y los Judíos se desgañitan aún, gritando:

—¡Sea crucificado!

Pero él vuelve a entrar en el pretorio y entrega a Jesús a los soldados para que sea fustigado.

UN REY CORONADO

La soldadesca mercenaria que en las provincias constituía el grueso de las legiones, no esperaba otra cosa. Durante todo este tiempo los militares que guardaban el pretorio tuvieron que presenciar, inmóviles y silenciosos, esa misteriosa algazara colonial de la que comprendían una sola cosa: que su jefe no era el que representaba el mejor papel. Se habían divertido por un buen lapso contemplando los rostros ceñudos, las muecas, las gesticulaciones de aquel hormiguero judío, y se habían dado cuenta de que el procurador, sombrío y embarazado, se aturdía sin saber cómo librarse de aquel enredo matutino. Lo miraban como miran los canes al mal cazador que recorre el campo de arriba abajo, sin decidirse a hacer fuego, aunque la pieza no esté lejos.

Ahora, por fin, se había llegado a algo concreto. Empezaba también para ellos la diversión. Apalear el lomo de un judío odiado por los mismos judíos era un juego que valía la pena: ni ofrecía peligros ni era muy cansador. Tanto para hacer entrar en calor los músculos entumecidos por el fresco de la mañana y desperezarse.

Convocada toda la compañía en el patio del palacio, despojaron a Jesús del manto blanco regalado por Antipas —es el primer botín de la empresa— y después también de las otras ropas. Los lictores desataron las varas de sus haces y se las disputaron los más robustos. Era gente práctica y que sabia flagelar con bella y gallarda acción, según todas las reglas del arte.

Jesús, medio desnudo, atado a una columna para que el encogimiento no aminorara lo recio del golpe, ora en silencio al Pabre por los soldados que sudan azotándolo ¿No ha dicho, por ventura: "Amad a los que os odian; haced bien a los que os persiguen; presentad la mejilla

izquierda a quien os golpea en la derecha"? No puede, en ese momento, pagar a los flageladores de otra suerte que intercediendo ante Dios para que sean perdonados. Ellos también son prisioneros y obedientes; ignoran quién es Aquel al que flagelan con tan brutal alegría; ellos mismos son flagelados, a veces, por haber faltado y no ven nada de singular en que el procurador, un jefe, un romano, haga castigar de esa manera a un delincuente de una raza subyugada e inferior.

¡Golpead recio, legionarios, que un poco de sangre que empieza a gotear de las escoriaciones es derramada también en favor vuestro! Es la primera sangre que los hombres quitan al Hijo del Hombre. En la Cena, su sangre tenía las apariencias del vino; en el Monte de los Olivos, la sangre que goteaba junto con el sudor provenía de una tortura exclusivamente espiritual e interna. Mas hoy, finalmente, son manos de hombre las que hacen saltar esa sangre de las venas del Cristo; manos nudosas de soldados al servicio de los poderosos y de los ricos; manos de flagelantes en espera de las de los enclavadores. Esa espalda, lívida, tumefacta, sanguinolenta, está pronta para adherirse al madero; así escoriada y desollada le escocerá más cuando sea extendida sobre el tronco mal alisado de la cruz. Ahora ya podéis cesar; también el patio del ruin extranjero está mojado de sangre. El portero, hoy mismo, lavará estas manchas, pero ellas reflorecerán, aun después del lavado, sobre las blancas palmas de Poncio Pilatos.

Los golpes señalados por la ley han sido administrados por los legionarios. Ahora que le han tomado gusto a la cosa, no quieren dejarse escapar tan pronto su víctima. Hasta aquí han cumplido una obligación impuesta; ahora quieren divertirse a su antojo. "Este es, según lo afirman los chillones de la plaza, el que pretende ser Rey. Démosle, pues, gusto al loco, y así haremos rabiar también a los que no quieren reconocer su dignidad real".

Un soldado se quita la capa escarlata —la clámide coccínea de los legionarios— y la arroja sobre las espaldas enrojecidas de sangre; otro ve un haz de espinos secos que están allí para encender, en la noche, el brasero

del cuerpo de guardia, y teje con ellos una a modo de corona y se la ciñe a la cabeza; un tercero se hace alcanzar una caña por un esclavo y la coloca a la fuerza entre los dedos de la diestra. Luego, lanzando estrepitosas carcajadas, de un empellón lo sientan en un banco. Uno a uno pásanle delante, se arrodillan desgarbadamente ante él y gritan:

—¡Salud, oh Rey de los Judíos! Mt. 27, 29.

Mas no todos conténtanse con ese homenaje burlesco. Algunos le descargan una bofetada sobre la mejilla donde perduran aún las huellas de los dedos de los criados de Caifás; otros le escupen en los ojos; uno, más gracioso, le arranca la caña de las manos y le da con ella en la cabeza, de suerte que los espinos de la corona, hincándose más, forman en torno de la frente una franja de gotas, rojas como el manto. Mc. 15, 19.

Acaso hubieran inventado algo nuevo y más chusco si el procurador, atraído por la bestial algarabía, no hubiera ordenado que llevaran fuera al Rey vapuleado. Los legionarios, al disfrazarlo de esa suerte, habían adivinado las miras sarcásticas de Pilatos, quien sonrió y, tomando a Jesús de la mano, lo llevó a un balcón que estaba sobre los arcos del atrio del pretorio y, mostrándolo a las bestias apiñadas, gritó:

—¡Aquí tenéis al hombre! Juan 19, 5.

Y hace volver a Cristo de espaldas, hacia el enjambre de morros que ululan, para que todos vean las livideces de los golpes y las escoriaciones sanguinolentas. Casi como si dijera:

—¡Contempladlo a vuestro Rey, al único Rey que mereeéis, en su verdadera majestad, con los arreos que le convienen! Su corona es de punzantes espinos; su manto purpúreo es la clámide de un mercenario; su cetro es una caña seca, cortada en uno de vuestros áridos fosos. Son los paramentos que merece ese Rey de burla, injustamente renegado por un pueblo innoble como sois vosotros. ¿Teníais sed de su sangre? Aquí la veis; ¡mirad cómo se coagula en torno de las heridas de las varas y cómo gotea de los espinos de la corona! Es poca, pero debería bastar, porque esta sangre es inocente y es ya

una gracia bien grande el que yo la haya hecho gotear para contentaros. ¡Y ahora, fuera de aquí, marranos, que me habéis aturdido bastante!

Pero los judíos no se tranquilizaron ni al oír esas palabras ni al ver el cuadro que se les presentaba. ¡Muchísimo más que una azotaina y una mascarada se necesitaba para despacharlos en paz! Pilatos creía mofarse de ellos, pero ya se daría cuenta de que no era tiempo de bromas. Se había roto la cabeza las dos veces que quiso contrastar con ellos, y no serían las últimas por cierto. Un poco de lividez y una farsa soldadesca no son, a la verdad, castigo suficiente para lo que se merece el enemigo de Dios; quedan aún árboles en Judea y clavos para enclavarlo en ellos. Y las voces enronquecidas repiten en coro:

Juan 19, 6. —¡Sea crucificado! ¡Sea crucificado!

Pilatos advierte, demasiado tarde, haberse metido en un laberinto sin salida. Todas sus decisiones son combatidas con una tenacidad que no ha sabido prever. Un último rayo de luz le ha dictado las grandes palabras:

—¡Aquí tenéis al hombre!

Mas él mismo no sabría dar la razón de esa proclamación, que supera las bajezas de su espíritu. No ha advertido que ha encontrado la verdad que buscaba; una media verdad, pero más profunda que todas las que pueden haberle enseñado los filósofos de Roma y de Grecia. No sabría decir por qué Jesús es verdaderamente el Hombre, el símbolo de toda la humanidad dolorida y humillada, traicionada por sus jefes, engañada por sus maestros, crucificada cada día por los reyes que devoran súbditos, por los ricos que hacen llorar a los pobres, por los sacerdotes que piensan más en su vientre que en Dios. Jesús es el Hombre de los Dolores anunciado por Isaías, el hombre de aspecto miserable que todos rechazan y será matado por la salvación de todos; es, en fin, el Hijo único del Dios único, que ha tomado figura de hombre y que volverá un día, en la gloria del poder y del nuevo sol, en medio de los clamores de las trompetas resucitadoras. Pero hoy, a los ojos de Pilatos, a los ojos de los enemigos de Pilatos, no es más que un hombre

miserable, un hombre de nada, carne de varas y de clavos, un hombre y no el Hombre, un mortal y no un Dios. ¿Qué espera Pilatos, con sus discursos sibilinos, para entregarlo al verdugo?

Y sin embargo Pilatos no cede todavía. Junto a este silencioso, el romano se siente invadido por un miedo opresor que no ha experimentado nunca. ¿Quién es, pues, éste a quien todo un pueblo quiere muerto y que él no logra salvar ni sacrificar? Se dirige, una vez más, a Jesús:

—Díme, pues, ¿de dónde eres tú?

Pero Jesús no responde. Juan 19, 9.

—¿No me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte y poder para soltarte? Juan 19, 10.

Entonces el Rey afrentado levanta la cabeza.

—No tendrías sobre mí poder ninguno si no te hubiese sido dado de arriba. Por eso el que me ha entregado a ti tiene mayor culpa que tú. Juan 19, 11.

Solamente Caifás y su camarilla son los verdaderos culpables: los otros son perros azuzados e instrumentos dóciles. El propio Pilatos no es más que un instrumento indócil del odio sacerdotal y de la voluntad divina.

Pero el Procurador que no encuentra en su desorientación ningún nuevo expediente para cortar el lazo que lo aprieta, vuelve a la primera idea fija:

—¡Aquí tenéis a vuestro Rey! Juan 19, 14.

Y los Judíos, envenenados por el repetido ultraje, gritan furibundos:

—¡Si sueltas a ése, no eres amigo del César! Porque todo el que se hace Rey se opone al César. Juan 19, 12.

¡Al fin habían dado con el punto exacto y sensible donde herir al pusilánime! La fortuna de todo magistrado, por más encumbrado que estuviera, dependía en aquellos tiempos del favor del César. Una acusación de esa especie, presentada con habilidad de abogados maliciosos —y no faltaban entre los hebreos, como Pilatos mismo lo advertirá más tarde leyendo el memorial de Filón— podía perderlo. Pero, a pesar de la amenaza, vociferó la última y más estúpida pregunta:

—¿Debo yo crucificar a vuestro Rey? Juan 19, 15.

Los sacerdotes jefes, conociendo que están por vencer, responden con la última mentira:

Juan Ibidem —¡Nosotros no tenemos más Rey que César!

El pueblo acompaña la mentira de sus jefes con el grito sincero:

—¡Muerte a ése! ¡Muerte! ¡Crucifícalo!

Pilatos se entrega. A menos de provocar una sublevación que puede encender toda la Judea, es menester que ceda. Su conciencia parécele tranquila: ha probado todos los medios para salvar a este hombre que no quiere salvarse.

Ha tentado salvarlo remitiendo el juicio a los miembros del Sanedrín, que no pueden condenar a muerte; ha tentado salvarlo mandándolo a Herodes; ha tentado salvarlo afirmando que no ha hallado en él culpa alguna; ha tentado salvarlo ofreciendo libertar a él en lugar de Bar Rabban; ha tentado salvarlo haciéndolo flagelar; ha tentado salvarlo tratando de provocar un sentimiento de piedad en aquellos corazones endurecidos. Pero todas sus tentativas han fracasado y él no puede admitir que por este huraño profeta se subleve toda la provincia. Y mucho menos que, por culpa del mismo, lo acusan ante Tiberio y lo destituyan.

Pilatos se cree inocente de la sangre de este inocente. Y a fin de que todos tengan una idea visible de esa inocencia, manda traer una palangana de agua y se lava las manos en presencia de todos, diciendo:

—¡Yo soy inocente de la sangre de este justo; allá
Mt. 27, 24. vosotros!

Y todo el pueblo replicó:

—¡Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros
Mt. 27, 25. hijos!

Entonces mandó que fuera puesto en libertad Bar Rabban, y entregó el Justo a los soldados para que lo
Mt. 27, 26. crucificaran.

Pero el agua que ha corrido sobre sus manos no es suficiente para lavarlo. Sus manos han quedado ensangrentadas hasta el día de hoy y rojearán eternamente. Tenía él poder para salvar a ese hombre, mas no quiso salvarlo. Sus tergiversaciones, las últimas formas de cobardía de su alma atosigada por la ironía y por el escepticismo, han empujado a Jesús al lugar de la Calavera. De creerlo culpable de veras y de haber consentido en el asesinato hubiera sido menos cobarde. Pero él sabe que no hay culpa en Jesús; sabe que éste, como Claudia Prócula se lo ha dicho y como él mismo lo ha repetido, es un Justo. ¡Un poderoso que, por temor de dañarse a sí mismo, hace asesinar a un Justo, él que ha sido enviado para proteger a los justos contra los asesinos, no tiene excusa! "Pero he hecho, afirma Pilatos, todo cuanto he podido por arrancarlo de manos de los injustos." No es verdad. Ha probado muchos expedientes, pero no ha elegido el único que hubiera logrado su intento. No se ha ofrecido él, no se ha sacrificado a sí mismo, no ha querido poner en peligro su dignidad y su fortuna. Los Judíos odian a Jesús, pero con la misma intensidad lo odian a él, Pilatos, que de tantas y tan variadas maneras los ha vejado y burlado. En vez de proponer en cambio de Jesús al sedicioso Bar Rabban, debía haberse propuesto él mismo, Poncio Pilatos, Procurador de Judea, y el pueblo puede que hubiera aceptado el cambio. Ninguna otra víctima que no fuera él mismo hubiera podido saciar la rabia de los Judíos. No era necesario morir. Bastaba desafiarlos a que lo denunciaran a César como enemigo de César. Tiberio lo hubiera arrojado de su puesto y, tal vez, desterrado; pero él mismo habría llevado al destierro y en la desgracia el inestimable consuelo de la inocencia defendida.

Sin embargo, el castigo temido, que ahora lo persnade a entregar a Jesús en las manos de los adversarios como una torta placativa, lo alcanzará lo mismo dentro de pocos años. Los Judíos y los Samaritanos lo acusarán; el presidente de Siria lo depondrá y Calígula lo enviará confinado a las Galias. Pero en el destierro le seguirá la sombra del Gran Silencioso, asesinado con su consentimiento. En vano ha hecho construir en Jerusalén la hermosa cisterna llena de agua; en vano se ha lavado ante la muchedumbre con esa agua. Esa agua es agua judía, agua turbia y embrujada, agua que no lava. Ningún lavado será capaz de limpiar sus manos de las manchas que ha dejado en ellas la sangre divina de Cristo.

EL PARASCEVE (123)

Subía el sol en el cielo desnudo de abril y ya estaba próximo al punto culminante de su camino. El contraste entre el flojo defensor y los rabiosos asaltantes había hecho malograr lo mejor de la mañana y era tiempo ya de echar a correr. No podían, según una antigua prescripción mosaica, permanecer los cuerpos de los ajusticiados en el lugar del suplicio después de la puesta del sol, y los días de abril en el hemisferio Norte no son tan largos como los de junio.

Por otra parte, Caifás, anque defendidas sus espaldas por tantos goznes embravecidos, no está tranquilo hasta tanto los pies del vagabudo no se detengan para siempre, remachados con puntos de hierro en la cruz. Recuerda cuando entró, días atrás, en Jerusalén, entre el agitar de los ramos y el jubilar de los himnos. De la ciudad está seguro: pero en estos días está llena de provincianos que han llegado de todas partes y que no tienen los mismos intereses y las mismas pasiones de

(123) PARASCEVE. Palabra griega que significa preparación. Los judíos llamaban así al viernes de cada semana porque en ese día preparaban lo necesario para comer y beber el sábado, día de descanso. Parece, sin embargo, que no fué intención de los legisladores judíos prohibir a su pueblo aquellos trabajos necesarios para la propia subsistencia, como ser proveerse de qué alimentarse; pero ésta era una de las observaciones supersticiosas que Jesús les echó en cara en el Evangelio. (Mat., 12, 5 sig.). Dícese en el Evangelio de S. Juan que el día en que Cristo fué crucificado fué el *Parasceve de Pascua*. Esto no quiere decir que entonces se preparara el cordero pascual para comerlo, pues había sido comido el día anterior; sino que era la preparación para el sábado, que caía en la fiesta de Pascua y que se llamaba el *gran sábado*, debido a la solemnidad de la pascua.

En nuestros autores litúrgicos, el viernes santo se llama *feria sexta in parasceve*, y es la preparación para celebrar, en la noche del día siguiente, el gran misterio de la resurrección de Cristo.

las clientelas que viven junto al Templo. Particularmente esos galileos que han acompañado hasta ahora al cismático, que le querían, podrían intentar un golpe de mano y retardar, si no impedir por completo, la verdadera fiesta votiva de ese día.

También Pilatos ansía vivamente que le saquen de delante a aquel intempestivo inocente; no quiere pensar más en él; espera olvidar, una vez que esté muerto, esas miradas, esas palabras y, por encima de todo, aquel agrio desasosiego íntimo que se parece mucho al remordimiento. Aunque sus manos han sido lavadas y enjugadas, parece que éste, en su silencio, lo condena a una pena más atroz que la muerte misma; le parece ser él el culpable frente a ese flagelado moribundo. Para desahogar su despecho sobre aquellos que son la verdadera causa de todo eso, dicta a un escribano la leyenda del título o cartel que el reo debe llevar colgado del cuello hasta que no se le fije en lo más alto de la cruz: "JESUS NAZARENO, REY DE LOS JUDIOS". Juan 19, 19.

Y el escribano traza tres veces esas palabras, en tres lenguas, con hermosas letras rojas, sobre la madera pintada de blanco.

Los jefes judíos que han permanecido allí, alargando el cuello, para apresurar los preparativos, leen la inscripción sarcástica y bufan.

—¡No escribas —dicen a Pilatos —"Rey de los Judíos"! Sino que él dijo: "Yo soy el Rey de los Judíos." Juan 19, 21.
Mas el Procurador, con seca brevedad, no deja lugar a insistir.

—¡Lo que he escrito, he escrito! Juan 19, 22.

Son las últimas palabras suyas que recuerda la historia y son, a la vez, las más profundas. "Me veo forzado a regalaros la vida de este hombre, pero no reniego de lo que he dicho: Jesús es un Nazareno, que quiere decir también santo; y es vuestro Rey, el Rey miserable que conviene a vuestra miseria. Y quiero que todos sepan —y por esto he hecho escribir esas palabras en latín y en griego además de un hebreo— cómo vuestra estirpe mal nacida trata a los Santos y a los Reyes. ¡Y

largo de aquí, que ya os he soportado de sobra! *Quod scripsi, scripsi!*

Entretanto, los soldados habían vuelto a vestir el Rey sus vestidos de pobre y le habían colgado del cuello el cartel. Otros habían sacado fuera de los depósitos del pretorio tres macizas cruces de pino, los clavos, el martillo y las tenazas. La escolta estaba lista. Pilatos pronunció la fórmula de costumbre:

I, lictor, expedi crucem. (Ve, lictor y prepara la cruz).

Y la tétrica caravana se movió.

Rompía la marcha el Centurión a caballo, el que Tácito llama, con terrible brevedad "exactor mortis" (verdugo). Inmediatamente después, entre los legionarios armados, Jesús y los ladrones que debían ser crucificados junto con él. Cada uno de los tres llevaba sobre los hombros, según el reglamento romano, la propia cruz. Y detrás de ellos, el rumor y el rozar del calzado de la turba traqueante, que engrosaba a cada paso, con adversarios y curiosos.

Era el Parasceve, "el día de la preparación", la última víspera de la Pascua. Por millares se veían los cueros de cordero tendidos al sol en los techos; y de cada casa salía un hilo de humo, que se habría en el aire, delicado como el botón de una flor, y después se perdía en el cielo radiante de fiesta. De los callejones desembocaban en los trivios las viejas de narices malignas, murmurando anatemas; chicuelos con la cara sucia, que saltaban como cabras, con bultos debajo del brazo; hombres barbados que llevaban sobre los hombros un cabrito o un barrililllo de vino; borriqueros que tiraban del cabestro a los burros de orejas gachas; chicas que clavaban sus ojos impudentes y melancólicos encima de los forasteros que caminaban circunspectos, aturdidos por aquella batahola de día de fiesta. En todos los hogares las mujeres estaban ocupadas en preparar todo lo necesario para el día siguiente, porque, puesto el sol, todas las manos judías quedarán dispensadas de la condena de Adán, durante veinticuatro horas. Los corderos desollados, descuartizados, estaban listos para el asador; los ácimos amontonados, oliendo a horno, en la artesa; los hombres trasegaban el vino; y los niños, para ayudar ellos también, limpiaban sobre la mesa las yerbas amargas.

Nadie había que no tuviera algo que hacer; ninguno que en su corazón no gozara al pensar en ese día reposado y festivo, en que todas las familias se reunirían en torno del padre y comerían en paz y beberían el vino del agradecimiento y Dios sería testigo de aquella alegría, porque lo llamarán desde todas las casas los salmos de los agradecidos. También los pobres, ese día, se sentirían casi ricos; y los ricos, por las ganancias insólitas, casi más generosos; y los hijos, en los cuales la experiencia no ha deslavado todavía la expectativa, más amorosos; y las mujeres, más amadas.

Veíase por doquier aquella confusión pacífica, aquel tumulto bondadoso, aquel alboroto jubiloso que precede a las grandes festividades populares. Un perfume de esperanza y de primavera purificaba la hediondez antigua de aquella gusanera, un diluvio de luz se precipitaba desde el gran sol oriental sobre las cuatro colinas.

En este aire de fiesta, a través del ajetreo de fiesta, en medio de esta población en fiesta, procede, lento como un entierro, el cortejo siniestro de los portadores de cruces. En torno de ellos todo habla de alegría y de vida, y ellos van al bochorno y a la muerte. Todos esperan la noche como la gloria para reunirse con los que aman, para sentarse a la mesa preparada, para beber el vino generoso y claro de los días felices, para tenderse en el lecho a esperar la mañana del sábado más deseado del año; y los Tres, divididos para siempre de aquellos que la besaron, van a tenderse sobre el madero infamante, y no beberán más que un sorbo de vino amargo, y serán arrojados, fríos, a la fría tierra.

Al oír el caballo del Centurión la gente se aparta y se detiene para contemplar a los miserables que jadean y sudan bajo la horrorosa carga. Los dos ladrones parecen más membrudos y descarados; pero el primero, el Hombre de los Dolores, a cada paso, parece no tener

fuerza para dar el otro. Extenuado por la terrible noche, por los cuatro interrogatorios, por los penosos trayectos recorridos, por las bofetadas, por los palos, por la flagelación, desfigurado por la sangre, por el sudor, por los esputos, por el esfuerzo de esta última fatiga, no parece más el joven valiente que, días atrás, había barrido a azotazos la cueva del Templo. Su hermoso rostro iluminado se desformaba, ahora, en la contracción del espasmo; los ojos, rojos por el llanto retenido, se habían escondido en las fosas de las órbitas; sobre las espaldas laceradas por las varas los vestidos pegaban en los puntos escoriados, aumentando la tortura; las piernas se resentían de aquel cansancio más que los otros miembros y se blandeaban bajo el peso de la persona y de la cruz. "El espíritu está pronto, pero la carne es débil". Y después de la víspera, que había sido el principio de la agonía, ¡cuántos otros golpes habían debilitado aquellas carnes! El beso de Judas, la huída de los amigos, la soga a las muñecas, las amenazas de los judíos, los escarnios de los guardias, la cobardía, y este andar con la cruz a cuestas, entre las sonrisas burlonas y los desprecios de los que ya no lo aman.

Los transeúntes no se ocupan con él —lo llevan a crucificar, merecido lo tiene— o tratan, a lo más, los que saben leer, de descifrar el cartel que le cuelga sobre el pecho. Pero muchos lo conocen de vista o de nombre y lo señalan con el dedo a los vecinos, con aire de entendidos y satisfechos. Otros se mezclan a la muchedumbre que lo sigue, para gozar hasta el fin del espectáculo siempre nuevo de la muerte de un hombre; muchos más harían lo mismo si no fuera un día de muchas tareas. Los que habían empezado a esperar en él ahora lo desprecian, porque no ha sabido mostrarse fuerte y se ha dejado prender como un ladronzuelo cualquiera; para granjearse la simpatía de los sacerdotes y de los ancianos mezclados en el acompañamiento, vomitan ahora contra el falso Mesías, al pasar, algún denuesto bien estudiado

Raros eran los que sentían oprimido el corazón al verlo en tan deplorable estado y en medio de ese aparato; sea que sintieran, aun sin saber quién era, la compasión natural que siente la plebe por los condenados; sea que tuvieran aún en el alma algún resto de amor por el Maestro que amaba a los pobres, que sanaba a los enfermos, que anunciaba un Reino mucho más justo que los que oprimen la tierra. Pero eran los menos, y se avergonzaban casi de aquella secreta ternura para con uno a quien habían creído menos odiado y más poderoso. Los más sonreían, tranquilos y contentos, como si ese cortejo mortuorio formara parte de la fiesta inminente.

Sólo algunas mujeres, envueltas la cabeza en sus velos, seguían detrás de todos, un poco apartadas, llorando pero tratando de ocultar ese llanto que pudieran parecer delictuoso.

No habían llegado aún a la puerta de los Jardines, pero estaban por llegar, cuando Jesús, completamente extenuado, tropezó, cayó, dando con el rostro en tierra y permaneció allí, tendido, bajo la cruz. Repentinamente su faz se había puesto blanca como la nieve; las pestañas enrojecidas cubrían los ojos; de no ser la respiración fatigosa que le salía de la boca entreabierta, hubiera parecido muerto.

Todos se detuvieron, y un compacto círculo de hombres, alborotados, tendía los rostros y las manos hacia el caído. Los Judíos que le seguían desde la casa de Caifás no querían entender razones.

—¡Está fingiendo! —gritaban—. —¡Levantadlo! ¡Es un hipócrita! ¡Debe llevar la cruz hasta el sitio señalado!... Esta es la ley. ¡Un puntapié como a los burros y adelante!

Otros bromeaban:

—¡Miren al gran Rey que debía conquistar los reinos! ¡No es capaz de sostener ni siquiera dos trozos de madera y quería vestir la armadura! Decía que era más que hombre y ahora resulta una mujercita que a las primeras de cambio se desmaya. ¡Hacía caminar a los paralíticos y él no es capaz de mantenerse derecho! ¡Echenle entre los dientes un vaso de vino que le devuelva las fuerzas!

Pero el Centurión, que tenía prisa, como Pilatos, en terminar ese servicio nada agradable, comprendió, como

hombre práctico en hombres, que el desgraciado no habría logrado arrastrar la cruz hasta el sitio de la Calavera, y con la vista buscó a alguien que pudiera llevarle ese peso. Precisamente llegaba en ese momento del campo un hombre de Cirene, llamado Simón, que al ver tanta gente, se había metido en lo más compacto y contemplaba, con aire de asombro y conmovido, el cuerpo abandonado y jadeante bajo los dos maderos. El Centurión advirtióle y pareciéndole bien dispuesto y además de fuerte contextura, llamólo y le dijo:

Mt. 27, 32. —¡Toma esa cruz y síguenos!

El Cirineo, sin decir palabra, obedeció. Acaso por bondad, pero de cualquier manera, por necesidad, porque los soldados romanos, en los países de ocupación, tenían el derecho de obligar a cualquiera a que los ayudase. "Si un soldado te impone un trabajo —escribe Arriano— guárdate de resistir y hasta de murmurar; de lo contrario serás apaleado".

No sabemos nada más del misericordioso que prestó sus espaldas para aliviar las de Cristo; pero sabemos que sus dos hijos, Alejandro y Rufo, fueron cristianos, y es infinitamente probable que fuera precisamente él quien los convirtiera con la narración de la muerte de que fué forzado testigo.

Los soldados levantaron al caído y lo empujaron hacia adelante. La caravana volvió a emprender la marcha. Pero los dos ladrones murmuraban entre dientes que nadie se preocupaba de ellos y que no era justo que se quitara el peso a ese que fingía caer y a ellos no. Era una verdadera y propia parcialidad, tanto más odiosa cuanto que ése, según las conversaciones de los sacerdotes, era mucho más culpable que ellos. Desde ese momento, hasta los compañeros de pena, celosos, empezaron a odiarlo y lo insultarán también cuando estén clavados, a su lado, en las cruces que ahora llevan sobre sus hombros.

EL JUDIO ERRANTE

Una vieja leyenda se intercala en este punto, en el relato de la Pasión. Es una leyenda germinada en la imaginación de los cristianos, más de mil años después de la muerte de Cristo, pero encierra un simbolismo tan profundo, que la humanidad no ha podido olvidarla y más de un poeta la ha hecho suya, para resucitarla.

Entre los Judíos que insultaban a Cristo en su caída, había uno más duro y vociferante que los demás. Cuando, por fin, los soldados hubieron levantado al inmotal moribundo, ése le dió un empellón en las espaldas, gritando:

—¡Sus! ¡sus! ¡Y camina pronto!

El golpeado, según el judío lo narró más tarde, se volvió y mirándolo fijamente, respondió:

—Y tú caminarás hasta que yo vuelva.

Y aquél, puesto en tierra un hijito que llevaba en brazos, se alejó, y desde ese momento recorre los caminos de la tierra, sin detenerse más que en tres días en un lugar, sin cansarse, sin poder morir. Uno de los tantos que cuentan haberlo conocido, dice que es "de estatura proporcionada, de cutis trigueño, delgado, ojos hundidos, y perita de pocos pelos"; conoce todos los idiomas, pero no habla sino a los cristianos y no mira a los que le hablan. Afirma que regresó a Jerusalén sólo para verla destruída; camina descalzo, no tiene bolsa y no se ve de dónde le llegan los dineros y nunca le sobran. Si le dan más de los que necesita, hace lismosna a los pobres. Su nombre más conocido, y tiene muchos, es "Arrojadeo" el hombre que ha arrojado a Dios.

La leyenda no está autenticada por ningún texto de los primitivos tiempos cristianos. Pero ella es verdadera, de una verdad más terrible que la verdad histórica.

Que en aquel día innumerables judíos hayan hecho burla del debilitamiento y de la desgracia de Jesús es ciertísimo; y es igualmente cierto que Alguien anda todavía errante por todas las naciones, esperando la vuelta de Aquel a quien amputara de su cuerpo como miembro gangrenado. Este Alguien es el pueblo judío que, pocos años después de la crucifixión del Rechazado, tuvo que dipersarse, como una manada perseguida de cerca por el fuego, por todas las tierras desconocidas, y aún ahora anda fugitivo, en continua emigración, extranjero en todas partes y en todas partes sospechado, sin una sede estable, sin un reino que pueda llamar suyo, desalojado de la vieja patria que costó tanta sangre a sus padres. A este Alguien, que quitó la vida al Eterno, ha concedido el Asesinado una inmortalidad material, carnal, visible, en la persona de los hijos sobre los cuales recae, por expresa voluntad de los padres, la sangre de Cristo. Porque este viviente espectador de la Pasión, que lleva consigo donde emigra los rollos de los Profetas no escuchados y de la Ley traicionada, debe permanecer como testigo de los anuncios que precedieron la primera venida y debe esperar, mientras no se convierta al Hijo nacido de una virgen de su sangre, la segunda venida.

El Judío Errante no es, pues, como piensan muchos, la imagen de toda la humanidad, empujada a recorrer sobre la tierra la eterna senda de los siglos, condenada a la maldición de la inmortalidad, marcada en la frente con un estigma rojo e imborrable, como Caín por haber matado a sus hermanos. El Judío Errante es realmente el Judío, diverso y separado del resto de los hombres; pero no es una persona sola, sino un pueblo entero. Su perenne longevidad es la verdaderamente milagrosa de esta nación a la que todos los pueblos, por siglos y siglos, han diezmado y matado en masa, a la cual le ha sido quitada e incendiada la casa, vejada y martirizada en todos los sitios donde ha buscado refugio. Sin embargo, vive todavía, con su lengua y su ley, separada de las otras, sobreviviente a todas las estirpes coetáneas suyas por un prodigio único en la historia.

Pero esta raza no se ha convertido todavía. Y no siente la misma repugnancia del judío de la leyenda en lo de llevar monedas encima. Al contrario, ha encontrado diríase una patria nueva en el oro y por medio del oro amontonado en sus cajas domina a la mayoría de aquellos que dicen creer en el enemigo de los ricos, y los ha corrompido a su imagen y semejanza.

Pero los Judíos pobres, los Judíos descalzos, los Judíos hambrientos, los Judíos de las cabelleras piojosas, que cada año parten de las sucias juderías eslavos para pedir, al otro lado de los mares, un pan más blanco y más seguro, sin la obsesión de la improvisa matanza, son la figura viviente del "Arrojadeo" que no ha visto todavía regresar a su Dios. Un oráculo indeciblemente misterioso afirma que Cristo no volverá a la tierra hasta que no sea cristiano su pueblo. Y el Judío continuará recorriendo munido de muchas bolsas, los senderos del mundo, para recoger los dineros engendrados por los treinta siclos de Judas, hasta el día en que acepte la invitación milenaria de Cristo y, dejando de rastrillar el oro que cae del orificio excremental de Satanás, distribuya todos sus bienes entre los pobres, para seguir a aquel divino Pobre a quien, diez y nueve siglos ha, no quiso hacer la caridad de un instante de reposo.

EL LEÑO VERDE

La fúnebre procesión, engrosada a cada paso por los desocupados que en aquella víspera de fiesta no tenían otra diversión, proseguía su camino hacia el Calvario. Las mujeres que, al principio, se habian mantenido alejadas, al aproximarse el momento en que no lo habrían podido tocar siquiera, se habían acercado y dejaban oír sus sollozos y ver sus lágrimas sin temor a los sacerdotes
Luc. 23, 27. que las miraban con los ojos iracundos.

Jesús, aliviado de la cruz, podía ahora hablar y se dirigió a las llorantes:

—Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. Porque día vendrá muy pronto en que se diga: "¡Dichosas las estériles y los senos que no han tenido hijos y los pechos que no han criado! Y entonces comenzarán a decir a los montes: —¡Caed sobre nosotros!, y a los collados: ¡Sepultadnos!— Porque si estas cosas se hacen en el leño verde,
Luc. 23, 28, 31. ¿qué se hará en el seco?

Jesús sufre con toda su carne, que dentro de pocos instantes estará colgada del patíbulo, sujeta con clavos, como el carnicero cuelga del dintel de su tienda el cordero abierto. Pero sabe que volverá dentro de pocos días a comer con sus discípulos y que, al fin de los tiempos, descenderá de nuevo para sentarse con todos los resucitados al eterno banquete del Reino. El llanto de las mujeres es una prueba de amor y no lo rechaza; pero antes que sobre él, deberían llorar sobre sí mismas, que sufren y sufrirán aún más, y sobre sus hijos que verán las señales y los estragos y las ruinas que él ha descripto. Y pensando en aquellos días, más próximos de los que creen los doctores que caminan junto a él para saborear su ago-

nía, añade una imprevista y terrible bienaventuranza a las de la Montaña:

"¡Bienaventuradas las estériles, porque no sufrirán en sus hijos!"

La sangre pedida por los Judíos no tardará en llover sobre ellos; se llenarán las calles de esta misma ciudad que ahora vomita a Cristo fuera de las murallas, como si fuera un grumo de podredumbre, y el fuego no dejará piedra sobre piedra de la casa de Caifás. Entonces los espantados, no encontrando salvación en ninguna parte, porque sitiados se matarán los unos a los otros, y fuera estarán acampadas, prontas para la matanza, las legiones de Tito, invocarán desesperadamente a las montañas silenciosas para que los salven de las espadas de los Sicarios y de los Romanos. Pero los collados, hechos de piedra como los corazones de los deicidas, no devolverán sino el eco de sus alaridos y los hijos de las madres caerán en las tibias charcas de sangre que deben compensar, al menos en pequeña parte, la sangre de Cristo.

El castigo está cerca. Si esto hacen con el leño verde, ¿qué harán con el seco? El leño verde es el que todavía está vivo, que tiene siempre sus raíces en la tierra fresca y recibe sobre sus hojas la lluvia y sobre sus ramas los pájaros; es el árbol que todavía florece bajo el calor del sol y los soplos del viento. Es la planta buena que da sombra al peregrino, frutas para el hambre, ramas para el frío. Es la figura del Santo que distribuye a todos sus dones y tiene, dentro de la corteza seca, un alma viva.

Pero el Leño Seco es el árbol estéril que el buen hortelano echó por tierra a golpes de hacha; es el tronco muerto que se pudre en la era, porque el meollo está podrido y la corteza sólo sirve para ser quemada en el hogar. Es el hombre inútil y avaro, el pecador que no da frutos de bien y en cambio del espíritu viviente tiene dentro un sepulcro putrefacto y el Juez lo arrojará, se-
gún la frase de Juan, al fuego inextinguible. Mt. 3, 12.

Si los hijos y los maridos de las mujeres de Jerusalén crucifican al Inocente que da la vida, ¿cómo serán castigados los malhechores que dan la muerte?

Entretanto han llegado al lugar de la Calavera y los

soldados, echando mano a las azadas y a las palas cavan los pozos para plantar en ellos las cruces.

El Centurión se ha detenido fuera del viejo círculo de murallas, en medio del verde tierno de las huertas suburbanas. La ciudad de Caifás no quiere suplicios dentro de sus murallas; contaminarían el aire perfumado con las virtudes de los fariseos y conmoverían el corazón dulce de los saduceos; por eso expulsa a los condenados a muerte antes de la muerte.

Se han detenido sobre una gibosidad del terreno que, por ser redonda y calcárea, se asemeja a una Calavera. Esta semejanza parece predestinar a ese sitio para las ejecuciones de las sentencias capitales; mas el verdadero motivo de la elección está en que allí cerca se cruzan los caminos de Jafa y de Damasco y hay siempre un gran tráfico de peregrinos, de mercaderes, de provincianos, de correos, y es conveniente que la cruz destinada a infundir terror y a servir de escarmiento se levante donde muchos puedan verla.

El sol, el benigno sol de primavera, el alto sol de medio día, hace brillar la blancura de la elevación y las azadas que cortan, con sonoras dentelladas, la tosca. En los huertos vecinos las flores primerizas gozan de la tibieza del aire; las aves canoras, ocultas en los ciruelos, hienden el cielo con las saetas de plata de sus trinos; las palomas vuelan a pares sobre la cálida paz geórgica. ¡Sería bello vivir aquí, en los jardines regados, junto a un pozo, en el perfume de la tierra que despierta y se reviste, esperando la luna de las mieses, en compañía de amados que aman! ¡Días de Galilea, días de paz, días de sol y de amistad entre los viñedos y el lago, días de luz y de libertad, recorridos con aquellos que saben escuchar, terminados por la justa alegría de la cena, días que parecían eternos de tan breves que eran!

Ya no tienes a nadie contigo, Jesús llamado el Cristo. Estos soldados que te preparan el espantoso lecho, estos ladrones que te ofenden, estos perros que esperan tu sangre, no son sino sombras salidas de la gran sombra de Dios. Estás solo, como estabas solo anoche. Y no brilla para ti este sol que calienta las espaldas de tus asesinos.

Y no tienes ningún otro día por delante; no tienes más camino para andar; ha terminado tu vagabundear; al fin podrás descansar; este cráneo de piedra es la meta de tu llegada. Aquí, dentro de pocas horas, tu espíritu encarcelado será arrancado de la cárcel.

El rostro humano del Dios está estampado de sudor helado. Los golpes de las azadas le martillan en la cabeza como si la golpearan; el sol que tanto le gusta, imagen del Padre, justo también para los injustos, ahora lo ciega y exaspera el prurito de los párpados. Siente por todo el cuerpo una languidez inmensa, un temblor, un deseo infinito de descanso al que resiste con toda el alma —¿no ha prometido padecer cuanto sea necesario, hasta lo último?— y al mismo tiempo le parece amar con más extremosa ternura a los que deja, aun a aquellos que trabajan para su muerte. Y desde el fondo del alma, como un canto de victoria sobre la carne deshecha y cansada, suben a sus labios las palabras que no se olvidarán jamás:

—¡Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen! Luc. 23. 34.

Ningún pedido más divino que éste fué dirigido al cielo desde que existen hombres y rezan. No es la oración de un hombre sino de un Dios a Dios. Los hombres que no perdonan ni siquiera la inocencia a los inocentes no han imaginado jamás, antes de aquel día, que se pudiera pedir perdón por aquellos que nos dan la muerte. Perdón condicionado por la ignorancia, pero siempre indeciblemente superior al poder natural del hombre cuando no sea vencido por la gracia o cambiado por la imitación de Cristo.

"Porque no saben lo que hacen". El motivo limita la amplitud del perdón, pero es exigido por la necesidad de no absorber, sin la garantía del arrepentimiento, el mal querido deliberadamente. La ignorancia de los hombres es tan desmedida, que son los menos los que saben verdaderamente lo que hacen. En nosotros la pravedad terrígena, la imitación, la costumbre, las pasiones que nacen y se satisfacen en la oscuridad de la sangre, son las que imprimen movimientos a las acciones. La voluntad obedece hasta en la fricción del mando; la conciencia

aparece al final, cuando no quedan más que cenizas y vergüenzas.

Jesús había enseñado lo que debían saber: pero, ¿cuántos sabían? También, los suyos, los únicos en saber que Jesús era el Cristo, habían sido dominados por el miedo de perder esta última víspera de vida; también ellos habían demostrado, huyendo, que no sabían lo que hacían. Y mucho menos lo sabían los Fariseos miedosos de perder sus preeminencias, los Doctores miedosos de perder su privilegio, los ricos miedosos de perder su dinero, Pilatos miedoso de perder su cargo y menos aún lo sabían los Judíos, inducidos por sus jefes, y soldados obedientes a sus oficiales. Ninguno de ellos sabe quién es Cristo y qué ha venido a hacer y por qué motivo es ajusticiado. Algunos lo sabrán, pero luego, más tarde; y lo sabrán por la extrema intercesión de Aquel a quien están matando.

Ha vuelto a confirmar, ahora, en punto de muerte, su más divina y difícil enseñanza —el amor a los enemigos— y puede tender las manos al martillo. Las cruces ya están izadas: ahora las calzan con piedras para que no caigan con el peso, y rellenan los agujeros con tierra apretándola a fuerza de pisotones.

Las mujeres de Jerusalén se aproximan con una jarra
Mc. 15, 23. al condenado. Es una mezcla de vino, incienso y mirra, imaginada por la misericordia de los verdugos para entorpecer la conciencia. Porque esos mismos que hacen sufrir fingen, como último insulto, tener compasión de aquel sufrimiento y creen, al aminorarlo de una gota, adquirir mayor derecho para hacer beber todo el resto del cáliz. Pero Jesús, apenas gustada la mezcla, de un amargor parecido a la hiel, la rechazó. Una sola palabra hubiera aceptado en lugar del vino del consuelo, pero sólo la supo decir, en ese día, uno de los ladrones que habían sido arrastrados a la cima de la Calavera junto con él.

El incienso y la mirra que le ofrecían hoy no tenían el mismo perfume de aquel incienso y de aquella mirra que le llevaron, al Establo, los Magos venidos de las lejanías de Oriente. Y en lugar del oro que iluminó la sucia oscuridad de la cueva está el hierro gris de los clavos que espera teñirse de rojo. Y ese vino, que de tan amargo parecía atosigado, no era el cálido vino nupcial de Caná ni tampoco aquel que había bebido la noche anterior, negro y tibio como la sangre que brota de una herida.

CUATRO CLAVOS

En la meseta de la Calavera las Tres Cruces altas, oscuras, con los travesaños abiertos, como gigantes prontos al abrazo, campean bajo el gran cielo amoroso de primavera. No proyectan sombras, sino que están orladas por las reverberaciones centelleantes del sol. Es tanta la hermosura del mundo en ese día, en esa hora, que no parece posible pensar en tormentos. ¿No se podía cubrir con flores de campo esas antenas de madera y colgar de una a otra festones de hojas nuevas, disfrazar los patíbulos con muros de verdura y sentarse a su sombra, hermanos reconciliados y benévolos, durante toda la siesta?

—Pero los Sacerdotes, los Escribas, los Fariseos, los sádicos, los vengativos, que han acudido allí para estimular el apetito con el espectáculo de tres agonías, zapatean impacientes y aguijonean, mediante una lluvia de frases y muecas groseras, la lentitud de los romanos.

El Centurión da una orden. Dos soldados se acercan a Jesús y, con movimientos rápidos y rudos, le arrancan todos sus vestidos. El Crucificado debe estar completamente desnudo: como el que entra en el baño, dice un antiguo.

Apenas desnudado, le pasan dos sogas bajo las axilas y lo izan sobre la cruz. En mitad del tronco hay una clavija que sirve de asiento y el cuerpo debe encontrar en ella un precario y doloroso sostén. Otro soldado, apoyada la escalera a uno de los brazos del travesaño, sube con el martillo, se apodera de la mano que sanó a los leprosos y acarició los cabellos de los niños, la extiende sobre el madero e hinca un clavo en medio de la palma. Los clavos son más largos y con una hermosa cabeza ancha, de suerte que se pueda golpear bien en ellos. El

carpintero novicio descarga un golpe que traspasa inmediatamente la carne, luego otro y después un tercero, de manera que la punta penetre bien y no quede fuera más que la cabeza. Un poco de sangre salta de la mano agujereada a la mano del martillador, mas el diligente obrero no le hace caso y continúa golpeando con fuerza sobre el delicado yunque hasta que el trabajo no esté debidamente terminado. Entonces baja, cambia de lugar la escalera y repite la misma operación en la otra mano.

Todos guardan silencio, con la esperanza de oir los alaridos del maldito. Pero Jesús calla ante sus verdugos como ha callado ante los jueces.

Ahora les toca el turno a los pies. Es un trabajo que se puede hacer desde el suelo, porque las cruces romanas no son altas, tanto que si se dejan mucho tiempo en ellas los cadáveres de los ajusticiados pueden llegar hasta ellos perros y chacales a hurgar entre las vísceras y comerlas.

El enclavador levanta hacia arriba las rodillas de Jesús para que la planta de los pies se adhiera toda extendida sobre el madero y, tomada la medida con el tacto, a fin de que la punta de hierro penetre entre los dos metatarsos, asesta el golpe sobre el dorso del primer pie y remacha el clavo hasta que queda firme. Lo mismo hace con el otro pie y, por último, mira hacia arriba, siempre martillo en mano, para convencerse de que el trabajo está bien hecho y de que nada falta. Se ha olvidado del cartel, que había descolgado del cuello de Jesús y arrojado en tierra. Lo recoge, vuelve a tomar la escalera y con dos tachuelas lo sujeta en la punta del tronco de la cruz encima de la cabeza coronada de espinas.

Por último baja, arroja el martillo y mira si los compañeros han terminado la tarea. También los ladrones están colocados en su lugar y las tres cruces tienen su ofrenda de carne. Los soldados pueden descansar y repartirse los vestidos, porque aquéllos, los de allá arriba, ya no los necesitarán jamás. Los despojos eran los eventuales de los ejecutores y les correspondían por ley. Cuatro eran los soldados que tenían derecho a las ropas de Jesús y las dividieron en cuatro partes. Quedaba la túnica, que era sin costura, de punto de arriba abajo.

Era un pecado cortarla, pues luego no hubiera servido a ninguno. Uno de ellos, viejo jugador, encontró la solución. Sacó los dados, los echó en su casco, como los flecheros que tiraban a las palomas de que nos habla Virgilio y la túnica fué sorteada. Ahora el Rey de los Judíos no posee en este mundo más que las espinas de la corona que, para mayor vilipendio, le han dejado en la cabeza. Mt. 27, 35.

Todo se ha cumplido. Las gotas de su sangre caen, lentas, de las manos a la tierra y las de los pies riegan de rojo el zócalo de la cruz. Ahora no escapará más; su boca blasfema, dentro de poco quedará completamente abierta por la agonía pero vacía de palabras para siempre. Los asesinos pueden estar satisfechos de sí mismos y de los verdugos extranjeros. El apestador del pueblo, el enemigo del Templo y del Negocio, está asegurado con cuatro corchetes sobre el leño de la ignominia. Al fin, esta noche, los señores de Jerusalén podrán dormir sueños más tranquilos.

Un clamor de diabólicas carcajadas, de exclamaciones de júbilo, de insultos feroces surgió de la muchedumbre que se apiñaba en torno de la Calavera. ¡Helo allá arriba al pajarraco del mal agüero, como un buho clavado con las alas tendidas sobre la puerta de la cabaña del agricultor! El pobre que quería una sola túnica, ahora está completamente desnudo; el vagabundo que no tenía una piedra donde posar su cabeza, hoy tiene un hermoso cabezal de madera; el impostor que engañaba con los milagros no tiene más las manos libres para amasar el lodo que devuelve la vista a los ciegos; el Rey tiene por tronco una dura clavija de madera; el odiador de Jerusalén está colgando a la vista de la santa ciudad; el Maestro de tantos discípulos tiene por toda compañía dos Ladrones que lo insultan y cuatro soldados que se aburren. "¡Llama, pues, al Padre para que te salve o a una legión de ángeles que te saque de ahí y nos disperse con espada de fuego! ¡Entonces creeremos nosotros también que eres el Cristo y sepultaremos la cara en el polvo para adorarte!"

Algunos sacerdotes, meneando la cabeza, decían:

—"¡Bah! ¡Tú que destruyes el Templo y en tres días

lo reedificas, sálvate a ti mismo! Si de veras eres el Hijo de Dios, baja de la cruz". Mc. 15, 29.

Es nna invitación que recuerda la de Satanás en el Desierto. Ellos también, como Satanás, quieren un prodigio. ¡Le han pedido tantas veces una señal! Una gran señal sería si tú lograras desclavar los cuatro clavos y bajar de la cruz y fulgurase en el cielo el poder del Padre que nos asaetease como deicidas... Pero tú ves muy bien que los clavos son fuertes y no se aflojan, y que nadie se presenta, del cielo o de la tierra, a socorrerte.

Al mismo tiempo lo burlaban los Ancianos, los Escribas, y hasta dos soldados, que no tenían nada que ver en el asunto, y también los ladrones, que sin embargo sufrían como él.

—¡A otros ha salvado y no se puede salvar a sí mismo! ¡No es el Rey de Israel! Si es el Cristo, el Escogido de Dios, baje de la cruz para que veamos y creamos! El confía en Dios; que le libre si quiere, ahora, puesto que ha dicho: Yo soy el hijo de Dios. Mc. 15, 31, 32. Mt. 27, 43.

"¡Ha proclamado que ha venido a dar la vida, pero no consigue, ahora, librarse él mismo de la muerte! Se ha jactado de ser Hijo de Dios y Dios no se mueve para arrancar del patíbulo al primogénito. Luego ha mentido siempre: no es cierto que haya salvado a nadie y no es cierto que Dios es su padre; y si ha mentido en esto ha mentido en lo demás y merece esta suerte. No era menester esta contraprueba, pero la contraprueba se ha presentado, tan clara que todos la pueden ver; y nuestra conciencia no puede estar más tranquila de lo que está. A estas horas, si el milagro era posible, no estaría más ahí, clavado, sufriendo; pero el cielo está vacío y el sol, linterna de Dios, nos alumbra para que se puedan ver mejor las contracciones de su rostro y el jadear de su pecho.

"¡Lástima grande que los Romanos no permitan nuestra antigua pena para los blasfemos! Nos hubiéramos desahogado mejor, uno por uno lapidándote; cada cual habría tenido su porción de gusto en tomar tu cabeza por blanco de sus piedras bien astilladas, en llenarte de livideces, de machucones, de sangre y en cubrirte con una túnica de piedras y en esconderte bajo un monte de

guijarros. Una vez, ante la adúltera, dejamos las piedras, pero hoy ninguno hubiera retrocedido ¡y hubieras pagado por ti y por ella! También la cruz tiene algo bueno, pero no satisface tanto a los que están mirando. ¡Si al menos estos forasteros nos hubieran permitido dar un golpe de martillo en los clavos! ¿No respondes? ¿No tienes más ganas de replicar? ¿No consigues bajar? ¿Por qué no te dignas convertirnos a nosotros también? Si debemos amarte, ¡muéstranos primero que Dios te ama hasta el punto de hacer un gran milagro para arrebatarte a la muerte!

Pero el divino enclavado calla. El espasmo de la fiebre, que ya empieza, no es tan atroz como las palabras de los hermanos que lo crucifican, una segunda vez, sobre la cruz de la espantosa ignorancia.

DIMAS

Los ladrones que habían sido crucificados en compañía de Jesús habían empezado a hacerse malos con él en el camino, cuando fué aliviado del peso de la cruz. Nadie se preocupaba de ellos; que tuvieran que morir también ellos, de la misma manera, no impresionaba a nadie; a él lo maltrataban, es verdad, pero al menos advertían que estaba y todos se preocupaban de él, corrían por él, como si estuviera solo. Por él seguía detrás toda aquella gente —gente importante, gente instruída y admirada— por él lloraban las mujeres y hasta el Centurión se conmovía. Era él el Rey de la fiesta, este embaucador de provincia, y llamaba la atención de todos como si hubiera sido un Rey de veras. ¿Quién sabe si, por haberse hecho éste el melindroso, ni aun les darán a ellos el vino mirrado?

Pero uno de ellos, cuando oyó las grandes palabras el compañero envidiado —"Perdónales, porque no saben lo que hacen"— repentinamente calló. Esa plegaria era tan nueva para él, lo llamaba a sentimientos tan extraños a su espíritu y a su vida toda, que, de golpe, lo trasladó de nuevo a la edad más olvidada, a la primera, cuando él también era inocente y sabía que existía un Dios a quien se podía pedir la paz como los pobres piden el pan a la puerta de los señores. Pero en ningún rincón, por más esfuerzo de memoria que hiciese, había una petición como ésa, tan fuera de lo ordinario, tan absurda en boca de uno que está por ser asesinado. Y, sin embargo, esas palabras inverosímiles encontraban en el corazón reseco del ladrón una conexión con algo que hubiera querido creer, particularmente en ese momento en que estaba por comparecer ante un Juez más terrible que el de los tribunales.

Aquella plegaria de Jesús encontraba su incrustación imprevista entre pensamientos que no hubiera sabido expresar con razonamientos hablados, pero que le parecían, por momentos, iluminaciones en lo obscuro de su destino. ¿Había sabido verdaderamente lo que hacía? ¿Y los otros habían pensado en él, ¿habían hecho por él lo que hubiera sido menester para apartarlo del mal? ¿Había habido alguien que lo hubiera amado de veras? ¿Quién le hubiera dado de comer cuando tenía hambre y una capa cuando tenía frío y una palabra amiga cuando surgían en el alma exacerbada y solitaria las tentaciones? Si hubiera tenido un poco de pan y un poco de amor de más, ¿habría, acaso, cometido lo que lo había llevado hasta el Calvario¿ ¿No se hallaba también él entre los que no saben lo que hacen, cegados por la necesidad, dejados solos entre las tentaciones arteras? ¿Acaso no eran ladrones como él los Levitas que traficaban con las ofrendas, los Fariseos que estafaban a las viudas, los Ricos que, a fuerza de usuras, ordeñaban hasta la sangre a los necesitados? Eran ellos los que lo habían condenado a muerte; pero, en resumidas cuentas, ¿qué derecho tenían de matarlo, si no habían hecho nunca nada para salvarlo, y sí se habían manchado de su propio delito?

Esto pensaba en su corazón convulsionado, mientras esperaba que lo enclavaran también a él. La proximidad de la muerte —¡y de qué muerte!— aquella plegaria inaudita de quien no era ladrón pero que debía sufrir la misma pena de los ladrones, el odio que deformaba las caras de los mismos que lo habían condenado también a él, agitaban sus pobre alma herida y la inclinaban a sentimientos que no había experimentado más después de la puericia; sentimientos, de los cuales ni sabía el nombre, pero que podían asemejarse al arrepentimiento y a la ternura.

Cuando los tres estuvieron en la cruz, el otro ladrón, aunque torturado por la enclavadura, empezó de nuevo a insultar a Jesús. También él tentaba vomitar por la boca rodeada de pelos babosos los desafíos de los Judíos:

—¿No eres tú el Cristo? ¡Sálvate a ti mismo y a nosotros! Luc. 23, 39.

¿Si hubiera sido en realidad Hijo de Dios, no hubiera pensado en librarse y en librar también a sus compañeros de desgracia? ¿Por qué no se compadecía? Entonces tenían razón los que estaban allá abajo: ¡era un embustero, un hijo de nadie, un abandonado, un maldito! Y el escarnio del rabioso ladrón era reforzado por el despecho de una esperanza fallida. Una esperanza que apenas había asomado, como un sueño imposible de salvación milagrosa. Pero un desesperado espera hasta en lo imposible y aquella desilusión parecíale casi una traición.

Mas el Buen Ladrón, que hacía ya rato lo escuchaba, y escuchaba lo que vociferaban los otros rabiosos allá abajo, se dirigió al compañero:

—¿Tampoco tú temes a Dios, estando como estás aquí sufriendo el mismo suplicio? En cuanto a nosotros, con toda justicia, porque recibimos la pena digna de nuestras acciones, pero éste no ha hecho mal alguno. Luc. 23, 40-41.

El ladrón ha llegado, a través de la duda de su culpa, a la certidumbre de la inocencia del misterioso perdonador que está a su lado. Nosotros hemos cometido acciones —no quiere llamarlos delitos— que los hombres castigan, pero éste "no ha hecho mal alguno" y, sin embargo, es castigado como nosotros; ¿por qué, pues, lo insultas? ¿No temes que Dios te castigue por haber oprimido a un inocente?

Y volvía a recordar lo que había oído contar de Jesús; pocas cosas por cierto, y, para él, no muy claras. Pero sabía que había hablado de un Reino de paz y que él mismo volvería a presidirlo. Entonces, en un arranque de fe, como si invocara la comunidad de aquella sangre que chorreaba en el mismo momento de sus manos de inocente, prorrumpió en estas palabras:

—"¡Señor, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino!" Luc. 23, 42.
Hemos sufrido juntos; ¿no reconocerás a quien estuvo a tu lado en la cruz, al único que te haya defendido cuando todos te insultaban?

Y Jesús, que no había contestado a nadie, volvió cuanto pudo la cabeza hacia el ladrón compasivo y le respondió:

Luc. 23, 43. —"En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso".

No puede prometer nada terreno. ¿De qué le valdría ser desenclavado de la cruz y arrastrarse algún año más, llagado y menesteroso, por los senderos del mundo? De hecho no ha pedido, como el otro, ser salvado de la muerte. Se contenta con que lo recuerde después de la muerte, si vuelve a la gloria. Jesús, en vez de la vida carnal y perecedera, le promete la eterna, el Paraíso y sin demoras: *hoy mismo.*

Ha pecado; a los ojos de los hombres, ha pecado gravemente. Ha quitado a los ricos un poco de su riqueza; tal vez ha robado también a los pobres. Mas Jesús ha tenido siempre, por los pecadores enfermos de una enfermedad más atroz que las del cuerpo, una parcialidad que nunca ha ostentado pero que tampoco ha querido ocultar. ¿No ha venido, por ventura, a devolver al calor del establo la oveja perdida entre los zarzales de la sierra? ¿No están ya bastante castigados, los malos, por su propia maldad? Y los que se creen justos y los condenan, ¿no son, acaso y con frecuencia, más corrompidos que ellos? No perdona a todos. Sería otra injusticia, más santa tal vez que la otra, pero injusta. Una sola palabra de arrepentimiento, una sola palabra de dolor le bastan. Y la oración del ladrón era suficiente para absolverlo.

El Buen Ladrón es el último a quien Jesús haya convertido en el tiempo en que aún tenía su cuerpo de carne.

De él no sabemos nada más; solamente su nombre, conservado por un apócrifo. Y la Iglesia, basándose en aquella promesa de Cristo, lo ha recibido entre sus santos, con el nombre de Dimas.

LA OBSCURIDAD

La respiración de Jesús se hacía cada vez más estertorosa. El pecho se dilataba con afanosa convulsión para aspirar un poco más de aire; la cabeza le martillaba por las heridas; el corazón palpitaba con palpitaciones aceleradas y vehementes que lo sacudían como para arrancarlo del pecho; la sed afiebrada y devoradora de los crucificados le quemaba toda la persona como si la sangre que queda en las arterias se hubiera convertido en fuego líquido. Su cuerpo estirado en aquella posición incómoda; clavado en las trabas sin poder cambiar de lado, sostenido por las manos que se laceraban si se abandonaba, pero que, si se sostenían alzadas, cansaban demasiado al tronco extenuado y azotado: ese cuerpo joven y divino, que tantas veces había sufrido por contener un alma demasiado grande, era ahora una pira de dolor donde ardían, todos juntos, los dolores del mundo.

La crucifixión era en realidad, como lo confesó Cicerón, un verdugo retórico que murió asesinado antes de Cristo, el más cruel y el más tétrico de los suplicios. El que torturaba más y por más tiempo. Si se presentaba el tétano, un entumecimiento compasivo aceleraba la muerte; pero había algunos que resistían, sufriendo cada vez más, hasta el día siguiente y más todavía. La sed de la fiebre, la congestión del corazón, el endurecimiento de las venas, los calambres de los músculos, los vértigos, el martilleo de las sienes, la angustia dilacerante y creciente no eran capaces de vencerlos. Pero la generalidad, a la vuelta de doce horas, expiraban.

La sangre de las cuatro heridas de Jesús se había coagulado alrededor de las cabezas de los clavos, pero cada movimiento hacía brotar otros hilos que caían lenta-

mente a lo largo de la cruz y goteaban por la tierra. La cabeza se había inclinado, por el dolor del cuello, hacia un lado; los ojos, los ojos mortales donde se había asomado Dios para mirar la tierra, se ahogaban en la vitrificación de la agonía; y los labios pálidos, partidos por el llanto, resecos por la sed, contraídos por el penoso respirar, mostraban los efectos del último beso, del beso apestoso de Judas.

Así muere un Dios que ha librado de la fiebre a los calenturientos, que ha dado el agua de vida a los sedientos, que ha despertado a los muertos en los féretros y en los sepulcros, que ha restituído el movimiento a quien estaba petrificado por la parálisis, que ha arrojado los demonios de las almas bestializadas, que ha llorado con los que lloraban, que ha hecho nacer a nueva vida a los malos en vez de castigarlos, que ha enseñado con palabras de poesía y pruebas de milagros aquel amor perfecto que los brutos delirantes, revueltos en el sueño y en la sangre no hubieran sido jamás capaces de descubrir. Ha cicatrizado las llagas y han llagado su cuerpo intacto; ha perdonado a los malhechores y está clavado, inocente, por los malhechores, en medio de malhechores; ha amado infinitamente a todos los hombres, aun a aquellos que no merecían su amor, y el odio lo ha clavado aquí, donde el odio es castigado y castiga; ha sido más justo que la justicia, y en daño suyo se ha consumado la más dolorosa injusticia; ha llamado a las almas malvadas a la santidad, y ha caído en manos de los envilecedores y de los demonios; ha traído la vida, en cambio le dan la muerte más ignominiosa.

¡Tanto se necesitaba para que los hombres pudieran encontrar de nuevo el camino del Paraíso Terrestre; remontar de la borracha bestialización a la ebriedad de los Santos; resucitar de la inerte estupidez que parece vida, y es muerte, a la magnificencia del Reino de los Cielos!

Que la inteligencia se incline en presencia del misterio escandalizador e impenetrable de esta necesidad, pero no olvide nunca el corazón de los hombres el precio

con que fué pagada nuestra enorme deuda. Por diez y nueve veces cien años los hombres vueltos a nacer en Cristo, dignos de conocer a Cristo, de amar a Cristo y de ser amados por Cristo, han llorado, al menos una vez en la vida, al recordar aquel día y aquel martirio. Pero todas nuestras lágrimas, reunidas como un mar amargo, no pagan ni una sola de aquellas gotas que cayeron, rojas y pesadas, sobre la meseta de la Calavera.

Un bárbaro rey de bárbaros ha pronunciado la palabra más fuerte que haya salido nunca de boca cristiana, pensando en aquella sangre. Leían a Clovis la historia de la Pasión y el rey feroz suspiraba y lloraba, cuando de repente, no pudiendo más contenerse, echando mano a la empuñadura de su espada, gritó "¡Ah! No haber estado yo allá con mis Francos!" Palabra ingenua, palabra de soldado y de violento, que contradice las palabras de Cristo a Pedro entre los olivos de Getsemaní pero bella en toda la absurda belleza de un amor cándido y vigoroso. Porque no basta llorar sobre quien no ha dado solamente lágrimas, sino que es necesario combatir. Combatir en nosotros todo aquello que nos divide de Cristo. Combatir en medio de nosotros a todos los enemigos de Cristo.

Porque si más tarde millones de hombres han llorado recordando aquel día, he ahí que aquel viernes, en torno de la Cruz, todos —excepto las mujeres— reían. Y los que reían no han muerto todos: han dejado hijos y nietos, y muchos de éstos son bautizados y ríen todavía hoy, a nuestro lado, y sus descendientes reirán hasta el día en que sólo Uno podrá reírse. Si el llanto no puede borrar la sangre, ¿qué pena podrá expiar esa tremenda risa?

Miradlos, pues, una vez más, a los que ríen en torno de la Cruz donde Cristo es mordido por los más devoradores dolores!

Vedlos ahí, en racimos, sobre las pendientes de la Calavera, como una manada de cabrones atacados de satiriasis por causa del odio. Miradlos bien, miradlos en la cara uno a uno: los reconoceréis a todos, porque son inmortales. Mirad cómo tienen los hocicos husmeadores, los cuellos nudosos, las narices jorobadas y ganchudas,

los ojos rapiñadores que asoman sobre sus cerdosas cejas. Mirad qué hórridas son esas espontáneas actitudes reveladoras de su alma implacable de Caínes. Contadlos bien, pues están todos, iguales a los que conocemos, hermanos de aquellos con quienes nos encontramos todos los días en nuestras calles. No falta ninguno.

Están en primera fila los Bonzos (124) de los vientres repletos, de los corazones cubiertos de grasa, de las grandes orejas cercadas de pelos, de las grandes bocas carnosas, que en ciertos momentos se convierten en cráteres de blasfemias. Y, codo con codo, los Escribas protervos, lagañosos y glandulosos, con la cara de un color amarillo excrementicio, zurcidores de mentiras, eructadores de podredumbres y de tinta. Y los Epulones (125) que echan adelante el obsceno embarazo de sus tripas estibadas, brutos que lucran a expensas del hambre, que engordan en las carestías, que convierten en numerario la paciencia de los pobres, la hermosura de las virgenes, el sudor de los esclavos. Y los torpes Monederos, expertos en tráficos ilícitos y en vejaciones, que viven para arrebatar y alcahuetar; y los leñosos Legistas, adiestrados en vulnerar la ley en perjuicio del inocente. Y detrás los altivos pilares de la sociedad, el bullaje de los galopillos estafadores, de los bribones desvergonzados, de los holgazanes desbocados, de los mendigos gimoteadores, de los tunos asquerosos: la hez de los hambrientos como lobos que comen bajo las mesas y gruñen entre las piernas de quien les alarga un bocado o un puntapié.

(124) BONZOS (sabios). En la China y en otros pueblos de Asia, ministros de cierta secta religiosa y filósofos que profesan vida muy austera y viven por lo común en convento o en desiertos, como los ermitaños o anacoretas cristianos. Los bonzos se perpetúan comprando niños que educan iniciándolos en los misterios religiosos. Estos sacerdotes presiden las ceremonias fúnebres. Algunas ramas de esta secta hacen voto de castidad y los que faltan a él son castigados con mucho rigor.

(125) EPULONES. Nombre colectivo de los sacerdotes instituídos en Roma (año 558), para preparar los festines sagrados en los días solemnes. Formaban uno de los cuatro colegios sacerdotales de Roma. Luego la palabra *epulón*, del verbo latino "epulor", se extendió no solamente a los que daban convites, como la usa Cicerón, sino a los que comen y se regalan mucho.

Son ellos los eternos enemigos de Cristo. Parecen, hoy, alegres coribantes de una infame saturnal, y han vomitado encima de Cristo la saliva infecta, la baba hedionda, la resaca fangosa de sus almas. Acaso alguno de ellos ha fornicado esta noche, y el día anterior ha jurado en falso para apropiarse de lo ajeno; tal vez alguno ha engendrado un bastardo, ha pesado con balanzas alteradas, ha dicho 'no" a quien lloraba de miserias y de hambre.

Y esta espuma barrosa de humanidad sucia y ladrona exhala de la letrina de su corazón al desprecio para quien la salva; se encarniza contra aquel que perdona; lanza su vituperio contra Cristo, que se deshace de amor por ella, contra Cristo que muere por ella. Nunca, como en aquel día irreparable, se vieron claramente contrapuestos, en la antitesis de una voraginosa tragedia, el bien y el mal, la inocencia y la infamia, la luz y la obscuridad.

Y pareció que la naturaleza misma quisiera ocultar el horror de aquella vista. El cielo que se había mantenido diáfano hasta entonces, repentinamente se obscureció. Una niebla densa, como si saliera de los pantanos del infierno, se elevó detrás de las colinas y, poco a poco, se fué extendiendo por todos los ángulos del horizonte. Una bandada de negras nubes se aproximó al sol, a ese sol dulce y claro de abril, que había calentado las manos de los homicidas, lo rodeó, lo sitió y, finalmente, lo cubrió con una tupida cortina de tinieblas. "Y se cubrió de tinieblas toda la tierra hasta la hora de nona". Mc. 15, 33.

“LAMMA SABACTANI?” (126)

Muchos, espantados al cacr de aquellas tinieblas misteriosas, huyeron del Calvario y volvieron, mudos, a casa. Pedro no todos. El aire estaba en calma; aún no llovía y en la sombra se veían siempre blanquear los tres pálidos cuerpos colgantes. Querían hartarse hasta lo último con esa agonía: ¿por qué abandonar el teatro antes que el drama termine con el último grito?

Y los que quedaron tendían las orejas en la oscuridad para oír si el abominado protagonista mezclaba alguna palabra con su estertor gemebundo.

A cada minuto que pasaba, los padecimientos del Crucificado eran mayores. Su cuerpo, de constitución delicada por naturaleza, agotado por la tensión de los últimos días, molido por la batalla de la última noche, extenuado por los espasmos de las últimas horas, no se sostenía más. Y el espíritu sufría aún más que el cuerpo

(126) “LAMMA SABACTANI?” La frase completa de Nnestro Señor Jesucristo, agonizando en la cruz, es: ELI, ELI, LAMMA SABACTANI? (*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*) y es tomada del versiculo 1 del Salmo 21, y pronunciada parte en hebreo y parte en siríaco. Este clamor, según S. Juan Crisóstomo, manifiesta el poder supremo y absoluto que tenia el Señor de dejar su vida o de volverla a tomar, cuando quisiera; porque no parece natural que un hombre acabado con tanto padecer y después de haber derramado tanta sangre, pudiese clamar con tan grande esfuerzo momentos antes de elpirar. Esta queja de abandono en labios de Cristo agonizante, manifestaba el estado espantoso a que le babía reducido la malicia humana, el horror que Dios mostraba al pecado cometido contra su divina Majestad y que solamente un Hombre-Dios podía expiar por el mérito infinito de su muerte y, últimamente, su amor inefable a los mismos hombres, puesto que abandonó de esta suerte a su propio Hijo, para salvarnos por su muerte. SAN LEON. (Véase Scío. LA SANTA BIBLIA. S. Mateo, capítulo 27, vers. 46, nota 32).

desgarrado que, todavía, pero por poco tiempo más, lo encarcelaba. Pareciale que lo habían dejado para siempre, y su alma de niño divino se había envejecido de golpe con una vejez sin memoria. Todos estaban lejos de él: los compañeros de los años felices, los confidentes de su ternura, los pobres que lo miraban con amor, los chiquitos que estiraban hacia él sus cabecitas para que las acariciara, los sanados que no conseguían apartarse de él, los discípulos cuya alma habia rehecho. Cerca de él no había sino una turba de caníbales despiadados que esperaban, olfateando, su muerte.

Solamente las mujeres no lo habían abandonado. Algo apartadas de la Cruz, por temor a los hombres ululantes, Maria, su madre, María Magdalena, María de Cleofás, Salomé, la madre de Juan y de Santiago —y tal vez Juana de Cusa y Marta— asistían, aterrorizadas, a su fin. Tuvo todavía fuerzas para confiar a Juan la herencia más querida y sagrada que dejaba en la tierra: la Virgen Dolorosa. Pero, luego, a través del velo del llanto, no vió más a nadie, pareció estar solo en la muerte, como había estado solo en los momentos más solemnes de su vida. ¿Dónde estaba el Padre propenso y benévolo, a quien él hablaba con la certeza de la respuesta y del auxilio? ¿Por qué no le socorría dándole una prenda de su presencia o haciéndole al menos la gracia de llamarlo a su seno sin crueles demoras?

Y entonces se oyeron, en el aire tétrico, en el silencio de la obscuridad, estas palabras:

—*“Eli, Eli, lammá sabactani?”* Señor, Señor, ¿por qué me has abandonado? Mc. 15, 34.

Era el primer versículo de un salmo (el 21), que se había repetido a sí mismo infinitas veces, porque encontraba en él muchos presagios de su vida y de su muerte. No tenía ya fuerzas para gritarlo todo, como en el Desierto, pero en su espiritu turbado, volvian una a una las invocaciones dolientes: “Dios mío, ¿por qué me has abandonado? ¿Por qué estás lejos, sin ayudarme, sin escuchar mi gemido?... Nuestros padres, esperaron en ti, ¡y tú los libraste! Clamaron a tí, ¡y tú los salvaste! Pero yo soy un gusano y no hombre; soy el oprobio de

los hombros y la abyección de la plebe. Todos los que me ven se burlan de mí, abren sus labios y mueven su cabeza, diciendo: "¡Espero en el Señor, que lo salve si es que lo quiere! Sí, tú me sacaste del seno materno. Tú eres mi esperanza desde los pechos de mi madre. Desde el seno de mi madre fuí arrojado en tu regazo; desde mi nacimiento tú eres mi Dios. ¡No te separes de mí! Porque la tribulación está próxima y no hay quien me socorra. Muchos toros me rodean, toros poderosos me acosan. Abren sus bocas hacia mí como león que ruge y desgarra. Como el agua he sido derramado y mis huesos se dislocan. Mi corazón, como la cera, se derrite en mis entrañas. Mi savia vital se seca como la arcilla y la lengua se pega a mi palabra. Me has reducido a polvo de sepulcro. Me rodearon muchos perros, una banda de criminales asedia. Han taladrado mis pies y mis manos y contaron todos mis huesos; así me miran y contemplan. Se reparten mis vestidos y echan suerte sobre mi túnica. Pero ¡Tú, Señor, no te alejes de mí! Tú que eres mi fortaleza, ¡acude pronto en mi auxilio!"

Las suplicaciones de este salmo maravillosamente profético, que recuerdan tan exactamente al Hombre de los Dolores de Isaías, suben del corazón herido del Crucificado con la última rebosadura de su humanidad agonizante.

Pero ciertas bestias más próximas a la Cruz creyeron que llamaba a Elías, el profeta siempre vivo, que en la imaginación popular estaba siempre ligado a la aparición del Cristo.

Mc. 15, 53. —¡Este llama a Elías! —Se dijeron sorprendidos.

En ese momento uno de los soldados tomó una esponja, la empapó en vinagre, la clavó en una caña y la acercó a los labios de Jesús.

Pero los Judíos decían:

Mc. 15, 36. —¡Dejadlo a ver si viene Elías a librarlo!

El legionario, que no quiere fastidios, deja la caña. Pero poco después —y el tiempo parece infinito y como haberse detenido en aquella obscuridad, en aquella expectación, en aquella suspensión penosa de todos— se oyó desde lo alto la voz ya lejana de Cristo:

—¡Tengo sed! Juan 19, 28.

El soldado volvió a tomar la esponja, la sumergió de nuevo en su bocal lleno de posca —la mezcla de agua y vinagre de los soldados romanos— y la acercó otra vez a los labios resecos que habían implorado el perdón también para él. Y Jesús, apenas gustó el vinagre, exclamó:

—¡Todo está terminado! Juan 19, 30.

El eterno saciador de la sed, el que tantas veces había apagado la sed a otros y deja en el mundo una fuente de vida que no se secará jamás —donde los cansados hallan la fuerza, los podridos la juventud, los inquietos la paz— ha sufrido siempre de una sed nunca apagada de amor. Y también ahora, en el fuego devorador de la fiebre, no tiene sed de agua, sino de una palabra de misericordia que rompa la opresión de esa desconsoladora soledad. El romano le da, en vez del agua pura de los torrentes galileos, en vez del vino cordial de la última cena, un poco de su ácido brebaje; pero el acto espontáneo y bondadoso de ese obscuro esclavo le advierte, aunque vacilante ya en el obscurecimiento de la muerte, que un corazón ha sentido lástima de su corazón.

Si un extranjero, a quien hasta hoy nunca había visto, ha hecho algo, por poco que sea, por compasión de él, es señal evidente que el Padre no le ha abandonado. El cáliz está vacío: toda la amargura está consumida. Con el fin, empieza de nuevo la eternidad. Y reuniendo sus últimas fuerzas grita con voz potente en la obscuridad:

—¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu! Luc. 23, 46.

"Y Jesús, después de haber gritado de nuevo con voz potente, inclinada la cabeza expiró". Aquel fuerte grito, tan potente que logró libertar de la carne al alma, retumbó en las tinieblas y se perdió en los espacios de la tierra. A ese grito, narra Mateo, "el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo, y la tierra tembló y los peñascos se hendieron. Y los sepulcros se abrieron y muchos cuerpos de santos, que en ellos descansaban, resucitaron. Y saliendo los sepulcros se aparecieron en la ciudad a muchos". Pero los corazones de los espectadores fueron más duros que las rocas: esos muertos Mt. 27, 51-53.

que tenían sólo apariencia de vida no resucitaron a ese supremo llamado.

Han pasado mil novecientos años del día en que fué lanzado ese grito y los hombres han centuplicado los fragores de su vida para no oírlo más. Pero en la bruma y en el humo de nuestras ciudades, en la obscuridad cada vez más profunda, donde los hombres encienden los fuegos de su miseria, ese grito no desesperado, sino de júbilo y de libertad, ese grito infinito que eternamente llama a cada uno de nosotros, resuena todavía en el alma de quien no ha sabido olvidar.

Cristo ha muerto. Ha muerto en la cruz como los hombres lo han querido, como el Hijo lo ha elegido y el Padre lo aceptó. La agonía ha terminado y los Judíos están contentos.

Ha expiado hasta lo último. Y ha muerto. Ahora empieza nuestra expiación. No ha terminado todavía.

LA CRUZ INVISIBLE

Cristo ha muerto y su cuerpo agujereado pende, desde aquel día, de una Cruz invisible, plantada en el medio de la tierra. Bajo aquella Cruz gigantesca, que todavía gotea sangre, van a llorar los crucificados en el alma, y todos los estirones de los Judíos y renegados no han podido arrancarla.

Los burladores no han muerto. Su estirpe es longeva. Los biznietos de Caín y de Caifás no han cesado de infamar y de burlar. La locura de la cruz es un escándalo demasiado fuerte para su sabiduría, como lo fuera para los griegos antiguos.

¡Cuánto barullo, cuánto asombro —graznan los grajos de la erudición— por un hombre muerto en la cruz! Vosotros decís que este hombre era un Dios, pero nosotros sabemos, nosotros que lo sabemos todo y hemos leído todos los libros, que la muerte violenta de un héroe, de un semidiós; de un ser divino, en una palabra, no es cosa tan nueva que justifique un apasionamiento tan prolongado. Jesús es uno más en la lista: ¿queréis que la repasemos desde el principio?

No hay necesidad. También nosotros conocemos a estos muñecos fabulosos de la edad legendaria. Y sabemos que no es el caso de desenterrarlos de los adornados poetas y de los viejos mitologistas para hacer de ellos materia de discusiones sacrílegas. ¿Queréis acaso, recordarnos al pobre Osiris a quien el envidioso hermano, Set el Rojo, después de haberlo encerrado en un cajón, arrojó al mar, donde los peces hicieron añicos el desgraciado cuerpo del monarca de Egipto? ¿O bien al lindo Tamuz, babilónico, que murió bajo las patas del jabalí como su hermano y sobrino Adón? ¿O al monstruo Eabani, muerto en un entrevero por los habitantes de Nipur mientras

acompañaba al amigo Izdubar? ¿O al cantante Orfeo que las Basáridas destrozaron porque honraba solamente a Apolo y no se dignaba pulsar las cuerdas en honor de Baco? ¿O al casto Hipólito que por no haber correspondido a los anhelos de Fedra fué matado por un toro que surgió del mar? ¿O al valiente cazador Orión que fué asaeteado por Artemisa porque se atrevió a desafiar al juego del disco? ¿O a la otra víctima de Artemisa, Acteón, que fué hecho pedazos por los perros mientras cazaba, por haber caído en desgracia de la diosa? ¿O al forzudo Hércules, barredor de establos que, después de haber gozado de varias mujeres, murió quemado por la camisa que Nesos, el centauro experto en vados, había dado por engaño a la celosa Deyanira? ¿Al buen Hércules a quien, poco después, resucitó el hermano Iolao poniéndole bajo las narices —¡al glotón!— un sabroso plato de codornices? ¿O si no al titán Prometeo, que por haber enseñado a los hombres el uso del fuego y otras industrias útiles fué dado por pasto al buitre, pero siempre vivo e inmortal, consolado por las Oceánides? ¿O al famosísimo Dionisio Zagreo, que los hermanos despedazaron y pusieron a hervir en una caldera, pero que, no mucho después, resucitó para consuelo de las ménades y de los vendimiadores?

Todos éstos son creaciones de la mitología popular, tomadas y embellecidas por los poetas; seres alegóricos que ningún viviente ha conocido. Pero Cristo apareció en forma de hombre y vivió entre los hombres que contaron su historia poco después de su muerte, en tiempos cercanos y conocidos. Aquellos otros no fueron matados por haber dado una ley nueva, una revelación inolvidable, sino que todos, exceptuando Prometeo, figura de los primeros civilizadores y dispensador de bienes únicamente materiales, murieron por venganza, por celos, por orgullo, por casualidad. Las razones del padecer y del morir de estas criaturas fantásticas fueron personales, privadas, mezquinas. Ninguno de ellos sacrificó la vida por la salud de los hombres, y el mismo Prometeo, si hubiera previsto la ira de Júpiter, habría ocultado a los mortales ingratos el terrible don del fuego.

Pero sin recurrir a la divinidad —insisten los descendientes de Caifás— sabemos de otros que, como Jesús, sufrieron por dar a los hombres la verdad y fundaron, como él, escuelas y religiones.

¿Cuáles son, para que puedan compararse, aunque sea de lejos, con Jesús?

¿Tal vez el buen burócrata Confucio, que tuvo mujeres e hijos, y fué receptor de los impuestos sobre el pasturaje, sobrestante de las obras públicas y que murió tranquilamente en su lecho a la edad de setenta y tres años? ¿O Verdhamana, el jefe del yainismo, que murió de muerte natural a los setenta y dos años? ¿O Zarathustra que fué muerto en guerra, durante el sitio de Bakhdi? ¿O el Budha Sidharta, nacido rey, que engendró un hermoso hijo en una hermosa esposa, y se extinguió a los ochenta años, por haber comido carne de cerdo demasiado gorda?

El único que haya muerto por sentencia de tribunal es Sócrates. Pero ninguno ha creído jamás que Sócrates fuese un Dios o hablase en nombre de Dios; y mucho menos que hubiese revelado verdades sobrehumanas. El no quiere salvar a los hombres, sino que se esfuerza en enseñar a los atenienses el arte de razonar con mayor precisión. Ha traído, dicen, la filosofía del cielo a la tierra, pero Jesús ha traído en derechura el cielo a la tierra. Sócrates promete una reforma parcial de la inteligencia, y Jesús la felicidad y la eternidad. Por otra parte, el agudo profesor de obstetricia había llegado ya a los setenta años, y no fué martirizado: antes bien, le permitieron una larga defensa y murió de muerte no dolorosa entre sus discípulos que no le habían traicionado ni abandonado.

Jesús ha enseñado infinitamente más y mejor que una filosofía sofística depurada o que una moral cívica. El ha querido transformar a los hombres a su semejanza, según las palabras de su anunciador Ezequiel. "Y yo os daré un corazón nuevo y pondré en vosotros un espíritu nuevo y de vuestra carne sacaré el corazón pétreo y pondré en vosotros mi espíritu". Ex. 11, 19.

Nos invita a la imitación de Dios, a ser gobernados di-

rectamente por Dios; es decir, completamente libres. "Sed santos como Dios es santo, perfectos como Dios es perfecto, perdonad como Dios perdona, amaos como Dios os ama: si hiciercis esto no habrá más entre vosotros enemigos y patrones, infelices y pobres, homicidas y hollados, sino que el Reino de los Cielos os compensará por los reinos injnstos de la tierra".

Esta ha sido la obra de Jesús. También Jesús, como la serpiente del primer Jardín, mas con fin opuesto, ha dicho a los hombres: "Sed como dioses". Pero los hombres han carecido de fuerzas para obedecerlo. Dios está demasiado lejos y el fango tiene sus dulzuras. Tiene que hacer nn gran esfnerzo la lombriz envuelta en la mugre del cieno, para convertirse en santo y aproximarse a la única perfección que es la felicidad digna de ser buscada, la única que no engaña.

Y han rechazado lo que Cristo había ofrecido con toda su sangre chorreante. Y para no oír su voz molesta, que invitaba a una empresa demasiado difícil, la han sofocado en la cruz. Han sentido terror de perder sus bienes de piedra, de metal, de papel y no han creído en los bienes infinitos que prometía en cambio. Y por este rechazo y por este terror murió aquel día en el Calvario, gritando en la obscuridad, el Hijo del Hombre.

Y cada vez que nno de nosotros no responde a ese llamado descarga un nuevo golpe sobre los clavos que, de tantos siglos, lo tienen fijado a la indestructible Cruz.

AGUA Y SANGRE

Al fin, Cristo ha muerto y de la manera y cómo lo han exigido los jefes de su pueblo. Pero ni siquiera el último grito los ha despertado. 'Todos, dice Lucas, se retiraban golpeándose el pecho". Pero, ¿es que dentro de esos pe- Luc. 23, 48.
chos hay corazones que palpitan de veras por el gran corazón que se ha detenido? No hablan, mas apresuran la marcha hacia casa, a la cena: tal vez sea más espanto que amor.

Pero un extranjero, el centurión Petronio, que había asistido silencioso al suplicio, reacciona y suben a su boca de pagano las palabras de Claudia Prócula:

—¡Realmente, este hombre era justo! Luc. 23, 47.

No conoce el verdadero nombre del que ha muerto, pero al menos sabe, con certeza, que no es un malhechor. Es el tercer testimonio romano en favor de la inocencia de aquel que, por medio de los Apóstoles, será eternamente romano.

Los Judíos no piensan en palinodias. En cambio, piensan que la Pascua sería echada a perder si no se llevan pronto las carroñas sanguinolentas. La tarde avanza y, apenas se oculte el sol, empezará el gran Sábado. Por eso mandan donde Pilatos pidiéndole haga romper las piernas de los condenados y los mande enterrar. El "crurifragio" era una de las crueles invenciones de la crueldad para abreviar el padecimiento de los crucificados: una especie de gracia, oportuna en casos de apuro. Recibida la orden, los soldados se acercan a los ladrones y les rompen las rodillas y los muslos a golpes de clava.

A Jesús lo habían visto morir y se podían ahorrar el trabajo de los mazazos. Pero uno de ellos, cuenta Juan, Juan 19, 34.
para tranquilidad de la propia conciencia, empuñando

una lanza, descargó con ella un tremendo golpe al costado; y vió, con asombro, que de la herida salía sangre y agua.

Ese soldado llamábase, según una antigua tradición, Longinos, y se dice que algunas gotas de aquellas sangre le cayeron a los ojos, que estaban enfermos y, repentinamente, los sanaron. El martirologio cuenta que, desde aquel día, Longinos creyó en Cristo y fué monje durante veinticinco años en Cesarea, hasta que, por causa de su fe, le cortaron la cabeza. Claudia Próeula, el Legionario compasivo que ha mojado por última vez los lahios del agonizante, el centurión Petronio y Longinos, son los primeros Gentiles que adoptaron a Cristo el mismo día en que Jerusalén lo expulsaba.

Pero no todos los Judíos se han olvidado de él. Ahora que está muerto, ahora que está frío como todos los muertos, e inmóvil como los verdaderos cadáveres, ahora que es un cadáver mudo, inofensivo, tranquilo, un cuerpo privado del alma, una boca silenciosa, un corazón que no palpita más, he ahí que asoman fuera de las casas, donde se habían encerrado desde la noche anterior, los amigos de la hora vigésima quinta, los secuaees tibios, los discípulos secretos, los admiradores de incógnito, que en la noehe ponen la linterna bajo el celemín y, de día, cuando alumbra el sol, desaparecen. Todos hemos conocido a estos amigos; almas prudentes, temblorosas como hojas en presencia del '¿qué dirán?", que te siguen, pero de lejos; te reciben, pero cuando ninguno os podrá ver juntos; te estiman, pero no tanto como para confesar esta estima a otros que no sean ellos mismos; te aman, pero no hasta el punto de perder una hora de sueño o un centavo carcomido para socorrerte. Pero cuando llega la muerte, también por culpa de la avaricia y de la cobardía de estos hombres erméticos, empieza la fiesta para ellos. Son preeisamente ellos los que lloran las lágrimas más selectas y brillantes, puestas aparte justamente para ese día; son ellos los que tejen con las mismas manos habilidosas las flores de las guirnaldas y las flores de la retórica funeraria, y hay que ver con qué garbo y con qué arranque y con qué compunción se someten a con-

vertirse en plañideras, necrologistas, epigrafistas y conmemoradores. Al verlos tan atareados se diría que el muerto no tuvo mejores compañeros que ellos y las almas buenas sienten casi unas gotas de compasión por esos infelices sobrevivientes que han padecido, al parecer, una mitad o, por lo menos, una cuarta parte del alma.

A Cristo, para su mayor martirio en vida y en muerte, nunca le faltaron amigos de esta casta, y dos de ellos se hicieron presentes precísamente al obscurecer del viernes. Eran dos graves y egregias personas, dos notables de Jerusalén, dos ricos señores; de ordinario estos fetos de amigos son, como es justo, ricos; en una palabra, dos miembros del Sanedrín: José de Arimatea y Nicodemo. Para no mancharse las manos con la sangre de Jesús, no se habían dejado ver en la reunión del Sanedrín y se habían como murado en casa, dejando tal vez escapar del afectuoso pecho algún suspiro, creyendo salvar con eso la reputación y la conciencia. Pero no pensaban que la complicidad, aunque sea pasiva, les hace el juego a los asesinos, y que el abstenerse cuando es posible oponerse, equivale a consentir. José de Arimatea y Nicodemo habían, pues, participado, aunque ausentes y no consentidores, en la muerte de Cristo, y su póstuma condolencia pudo disminuir, mas no abolir, su responsabilidad.

Pero, una vez obscurecido, cuando sus colegas no tienen por qué enojarse y han abandonado, satisfechos, el Calvario, y ya no hay peligro de comprometerse a los ojos de la más alta sociedad clerical y burguesa —porque el muerto ha muerto y no fastidia ya a nadie— los dos discípulos ocultos por miedo a los judíos pensaron acallar el remordimiento, proveyendo a la sepultura del ajusticiado. Juan 19, 38.

El más valiente de los dos, José, "atreviéndose", como observa Marcos, —que hace resaltar el hecho insólito Mc. 15, 43. en aquel conejo togado— se presenta a Pilatos y le pide el cuerpo de Jesús. Pilatos, maravillado de que ya hubiese muerto —porque frecuentemente los crucificados resistían hasta dos días— llamó a Petronio, que había presidido la ejecución, y oído su informe, "donó" el cuerpo

al del Sanedrín. El procurador ese día fué generoso, pues, de ordinario, los oficiales romanos hacían pagar a los parientes también los cadáveres. No podía decir no a una persona tan respetable y rica por añadidura, y acaso lo gratuito de la cesión fué más el resultado del fastidio que de la honradez. Lo habían abrumado toda la mañana, con ese Rey intempestivo, que no lo deja a él en paz ni aun ahora que está muerto.

José, obtenido el permiso, fué por una hermosa sábana blanca y por vendas y se encaminó al lugar del suplicio. En el camino, o allá arriba, se encontró con Nicodemo, que tal vez era amigo suyo por comunidad de temperamento, y que acudía con la misma idea. Tampoco éste había reparado en gastos y traía consigo, en hombros de un criado, cien libras de una mixtura de mirra y de áloe.

Llegados a la cruz, mientras los soldados desclavaban a los dos ladrones para arrojarlos al osario común de los condenados, se pusieron a la obra de desclavar a Jesús.

José, ayudado por Nicodemo y por algún otro, sacó con trabajo, tan remachados estaban, los clavos de los pies. La escalera había quedado allá. Uno de ellos subió y quitó también los de las manos, apoyando el cuerpo muerto, ya desprendido de la cruz, sobre su espalda, para que no cayese. Después los otros ayudaron a bajarlo y el cadáver fué colocado en el regazo de la Dolorosa que lo había dado a luz. Luego se encaminaron todos hacia un huerto vecino, donde había una gruta destinada para sepultura. El huerto era del rico José y la gruta la había hecho excavar para sí y para los suyos, porque en aquel tiempo todo judío pudiente tenía una sepultura de familia distante de todas las otras, y los muertos no estaban condenados a la promiscuidad de nuestros cementerios municipales, provisorios, geométricos y apiñados como toda nuestra magnífica barbarie moderna.

Llegados al jardín, los dos honorables necróforos hicieron sacar agua del pozo y lavaron el cadáver. Las Tres Marías —la Virgen, la Contemplante, la Libertada— no se habían movido de los lugares donde el que amaban había muerto. Ellas también, más expertas y delicadas

que los hombres, se atareaban a fin de que el entierro, hecho a escondidas y apresuradamente, no resultara indigno de Aquel a quien lloraban. Tocóles a ellas el sacarle de la cabeza la injuriosa corona de los legionarios de Pilatos y arrancar las espinas que se habían clavado; a ellas el desenredar y ensortijar los cabellos embadurnados de sangre; y cerrar los ojos que las habían mirado tantas veces con casta ternura, y aquella boca que no habían podido besar. Muchas lágrimas cayeron sobre ese rostro que había vuelto a tomar, en la tranquila palidez de la muerte, la antigua e inefable dulzura de rasgos, y aquel llanto lo lavó con agua más pura que la del pozo de José.

Todo el cuerpo estaba sucio de sudor, de sangre y de polvo: las heridas de las manos, de los pies y del pecho segregaban aún suero sanguíneo. Terminado el lavado, el cadáver fué envuelto en los perfumes y bálsamos de Nicodemo, sin escatimarlos, pues eran abundantes, y con ellos se taparon también las negras bocas dejadas por los clavos. Desde la noche en que la Pecadora, adelantándose a este día, había derramado sobre los pies y sobre la cabeza del perdonador el vaso de nardo, el cuerpo de Jesús no había recibido sino esputos y golpes. Mas ahora el pálido asesinado era cubierto, como en aquel día, de perfumes y de lágrimas más preciosas que los perfumes.

Después, cuando las cien libras de resinas aromáticas hubieron cubierto a Jesús como con una colcha olorosa, la sábana fué atada alrededor del cuerpo con largas vendas de hilo, la cabeza fué envuelta en un sudario y sobre el rostro, luego que todos lo hubieron besado en la frente, fué extendido otro paño.

La gruta estaba abierta y no tenía más que un nicho, porque, habiendo sido hecha de poco tiempo atrás, aún no había servido para nadie. José de Arimatea, que no había sabido salvar a Cristo vivo en alguna de sus casas, le cedía, ahora que el furor del mundo se había debilitado, la obscura habitación subterránea excavada en la roca para su futura carroña. Los dos miembros del Sanedrín recitaron en voz alta, según costumbre, el salmo

mortuorio y, por último, depositado suavemente el cándido envoltorio en el antro, cerraron la apertura con una gran piedra y se alejaron taciturnos, seguidos por los otros.

Pero las mujeres no los siguieron. No lograban despegarse de aquella piedra que las separaba para siempre de Aquel a quien habían amado más que a sí mismas. ¿Cómo podían dejar solo en la doble tiniebla de la noche y del sepulcro a Aquel que había estado tan desesperadamente solo en su larga agonía? Y oraban, con voz apenas perceptible y recordaban juntas un día, un gesto, una palabra del Amado, y si una tentaba consolar a la otra, ésta sollozaba más fuerte aún. A veces lo llamaban por su nombre, apoyadas en la piedra, y le decían, ahora que sus oídos estaban cerrados por la muerte y por las vendas, las suaves cosas que no le hubieran dicho cuando estaba vivo, y daban, al fin, rienda suelta, en la sombra húmeda y negra del huerto, a aquel amor más grande que el amor, que no podían retener más en sus pequeños corazones de mujer.

Luego, finalmente, las venció el frío y el terror de la noche. Y se alejaron ellas también, con los ojos enrojecidos por las lágrimas, dando trompicones en los arbustos y en las piedras, prometiéndose la una a la otra volver apenas terminada la fiesta.

LA LIBERACION DE LOS DURMIENTES

El cuerpo de Cristo descansaba, finalmente, en un lecho de perfumes, dentro de la roca del huerto. Pero su espíritu, excarcelado de la pesada envoltura carnal, no descansaba. Había transmitido a los vivos la Feliz Nueva y le habían pagado con la muerte; ahora debía llevarla a los muertos que de siglos y miles de años atrás, la esperaban en la profundidad del limbo.

Acerca de esta bajada a los Infiernos no tenemos revelaciones seguras. Pero en uno de los apócrifos más antiguos "El Evangelio de Pedro", leemos que los testigos de la resurrección oyeron una voz de los cielos que decía: "¿Anunciaste la obediencia a los que dormían?" Y se oyó responder, desde la cruz: "Sí". Y en la primera carta de Pedro hallamos la confirmación de esta predicación a los durmientes: "Fué muerto en cuanto a la carne, pero vivificado por el espíritu. En el cual fué a predicar a aquellos espíritus que estaban en cárcel, los que en otro tiempo habían sido incrédulos, cuando en los días de Noé contaban sobre la paciencia de Dios, mientras que se fabricaba el arca". I Pet 3, 19, 26.

"Precisamente por esto el Evangelio ha sido anunciado también a los muertos: a fin de que, después de haber sido juzgados, como son juzgados los hombres en lo que concierne a la carne, pudieran vivir según Dios, en lo que concierne al espíritu". Ibídem. 4, 6. Y Pablo, que supo de las cosas divinas más de lo que le fuera permitido manifestar, afirma que Cristo "había descendido a los lugares más bajos de la tierra". Ef. 4, 9. El Símbolo de los Apóstoles ha ratificado sin apelación la antigua certeza cristiana.

La fantasía de los pueblos antiguos más de una vez había bordado fábulas acerca de una bajada al Ades. En Babilonia se contaba cómo Istar había penetrado en

el terrible reino de Nergal para volver a la vida a su Tamuz; y cómo había ido también el héroe Izdubar para pedir al sabio Situapistim el secreto de la juventud eterna. En Grecia narraban los poetas de Hércules, que metiéndose por una caverna del cabo Ténaro había descendido al mundo inferior para sacar afuera, como trofeo, al espantoso Cerbero; de Teseo y Pirítoo, que se habían aventurado por aquellas regiones para devolver a los vivos la raptada Persefona; de Dionisio, que entre otras muchas hazañas, quiso bajar hasta allá, para recuperar a la propia madre Semele; de Orfeo, que quería arrebatar a Plutón la perdida Euridice; de Ulises, que obliga a las sombras, con el sortilegio de la sangre, a que acudan a él para que Tiresias pueda decirle cómo volverá a la patria; de Eneas, que es llevado a los infiernos para que Virgilio tenga cómo alabar a los héroes todavía sin nacer. También se susurraba de Pitágoras, que una vez había ido al Ades; pero la única narración que ha llegado hasta nosotros de su viaje es una evidente, tardía parodia.

En todas estas fábulas acerca de personas fabulosas, vemos cómo los héroes quieren dar una prueba de su valor atrevido o desean conocer algo que sólo a ellos interesa, como Izduzar y Ulises, o bien, y es el caso más común, desean librar de la muerte a un ser querido de ellos solamente. Cuando no se trate, como en el caso de Eneas, de un verdadero y real expediente literario. Pero ninguno de ellos va para salvar a los olvidados muertos, para libertarlos de las potestades infernales, para llevar también a ellos un mensaje de una vida superior. Istar, para asustar al portero del Aralú, lo amenaza con resucitar a los muertos, ¡pero con qué intenciones salvajes! "Yo resucitaré a los muertos —grita la hija de Sin— para que vayan a devorar a los vivos, y así serán más numerosos los muertos que los vivos".

En estas fantasías demasiado humanas del vulgo nada hay que recuerde, aunque sea de lejos, la bajada de Cristo. El es movido por un impulso divino de una justicia que no conoce las divisiones humanas del tiempo. Entre los que duermen en el sueño de la tierra no se encuentran solamente los brutos que nada conocieron fuera de sus bueyes y de su mujer; los malvados que enfangaron su alma con todas las codicias y empaparon sus manos en la sangre de hermanos; los holgazanes, que se calentaron al sol sin siquiera reconocer en aquel ojo fulgurante la imagen de un padre adorable; los ricos que no tuvieron delante más dioses que la Riqueza y el Negocio; los Reyes, que fueron, como decía Aquiles en su ira, no pastores, sino devoradores de pueblos; los idólatras que creyeron hacerse amigos a los Dioses adorando imágenes de piedra, revolcándose en la borrachera de orgías lascivas, degollando hombres y bestias, enceguecidos por supersticiones abominables; los satisfechos, cumplidores, al pie de la letra, de las primeras y grotescas leyes, que se imaginaban perfectos en un mundo perfecto, y no tenían la esperanza y ni aun la idea de una futura renovación del mundo.

Mas los había también, aunque raros y dispersos en el ilimitado cementerio milenario de las edades antiguas, que, aun sin el auxilio de una renovación completa, habían llegado a una pureza de vida tal, que, estando todavía muy lejos de la perfección, se le parecía, como la sombra con su negro diseño, figura el cuerpo colorado y palpitante. Algunos de ellos no sólo habían firmado las primeras leyes y las precarias alianzas de los hombres, sino que las habían perfeccionado, y, algunas veces, hasta habían llegado a superarlas. Los más señalados habían reunido a los pueblos, divididos antes en tribus salvajes, y habían formado una sola nación dentro de la cual, el bárbaro derecho de la guerra sin cuartel, era al menos mitigado y refrenado; otros habían libertado a su pueblo de la esclavitud extranjera o enseñado las artes que hacen menos incómoda la vida y las que hacen olvidar, por algunos instantes, el dolor. De entre el enorme nido de serpientes de los bestializados y de los podridos había surgido, de tarde en tarde, un hombre de temple más noble, que no había negado al pobre su fuego y su pan, que había domado su cuerpo, domesticado las pasiones más innobles, y tentado, confusamente, penosamente, obedecer a una regla interior que era casi un presenti-

miento de santidad. Y, por último, habían existido en el pueblo que Cristo ha elegido por suyo, los Patriarcas, guardianes amorosos de rebaños y de familias; los Legisladores, que escucharon en la montaña, entre las llamas, los mandatos del Eterno; los Profetas que, por tantos siglos, con tanto amor y con tanta esperanza, habían anunciado la llegada de un libertador que habría suprimido las injusticias y los dolores del mundo como el viento barre las nubes pesadas de los valles.

Para estos pocos, primicias de santidad antes de los santos, bienhechores de los hombres antes del Salvador, que anunciaron a Cristo y le prepararon los caminos, que fueron, en una palabra, al menos en el deseo, esbozos de cristianos antes de Cristo, era necesaria, de esa necesidad que es a la vez justicia y amor, la bajada de Jesús al reino inmenso de los muertos. Aquel de quien habían sido figura con tanta antelación, sin saber su nombre, y lo habían esperado, sin poderlo ver, cuando gozaban de la luz del sol, se acuerda de ellos, apenas despierta a la verdadera vida, y baja a libertarlos, para llevarlos consigo a la gloria.

Un viejo texto apócrifo narra esta bajada: el abatimiento de las puertas, la victoria sobre Satanás, el júbilo de los justos de la Antigua Ley y la ascensión de la falange bienaventurada al Paraíso. Y mientras se encuentran allá arriba con Henoc y Elías, que no habían muerto en la tierra como los otros, sino que habían sido arrebatados, vivos todavía, al cielo, se ve llegar a un hombre desnudo y ensangrentado, con una cruz al hombro. Es el Buen Ladrón a quien se le cumple la promesa que le ha hecho el Crucificado, ese mismo día en la meseta del Calvario. Estas son invenciones de la fantasía, más bellas que ciertas. Pero la tradición cristiana, sin pretender conocer la historia de la bajada y el nombre de los libertados, ha puesto entre los artículos de fe, la evangelización de los muertos, y la sombra de Virgilio podía, trece siglos después, recordar a Dante, entre el humo del infierno, la venida del "poderoso, con símbolo de victoria coronado".

"¡NO ESTA AQUI!"

No había nacido aún el sol del día que, para nosotros, es el domingo, cuando las mujeres se encaminaron al Huerto. Sobre las colinas de oriente una esperanza blanca, ligera como el reflejo remoto de una tierra vestida de lirios y de plata, se levantaba lentamente entre el palpitar de las constelaciones, venciendo, poco a poco, la claridad opaca y el centelleo de la noche. Era una de aquellas albas serenas, que invitan a pensar en los inocentes que duermen y en la belleza de las promesas, y el aire puro y suave parece que hubiera sido agitado poco antes por un vuelo de ángeles. Jornadas virginales que se preparan con lucientes palideces, con alegre pudor, con frescos estremecimientos, con animadoras candideces.

Las mujeres iban, abstraídas por la tristeza, en el ventoso crepúsculo, casi encantadas por una inspiración que no habrían podido justificar. ¿Regresaban a llorar sobre la roca? ¿O por ver una vez más iban a quien supo apoderarse de sus corazones sin ajarlos? ¿O a colocar en torno del cuerpo del inmolado aromas más penetrantes que los de Nicodemus? Y, hablando entre ellas, decían:

"—¿Quién nos retirará la piedra de la puerta del Sepulcro?" Mc. 16, 3.

Eran cuatro, porque a María de Magdala y a María de Betania se habían unido Juana de Cusa y Salomé; pero eran mujeres y debilitadas por la pena.

Mas cuando llegaron a la roca, el estupor las detuvo. La obscura entrada de la gruta se abría en la obscuridad. No creyendo a sus ojos, la más atrevida tanteó con mano temblorosa los umbrales. A la luz del día que a cada instante se intensificaba advirtieron la piedra allí a un lado, apoyada en los peñascos. Mc. 16, 4.

Las mujeres, mudas de espanto, miraron en torno,

como si esperaran que viniera alguien, para preguntarle lo sucedido en esas dos noches en que habían estado ausentes. María de Magdala pensó inmediatamente que los Judíos hubieran hecho robar, en ese intervalo, el cuerpo de Cristo, no satisfechos aún con lo que le habían hecho sufrir estando vivo. O, acaso, despechados al ver esa sepultura demasiado honrosa para un hereje, lo habían hecho arrojar en la huesa infame de los lapidados y de los crucificados.

Pero no era sino un presentimiento. Tal vez Cristo descansaba todavía allá dentro, envuelto en sus vendas olorosas No se atrevían a entrar; y sin embargo, no podían resolverse a regresar sin saber algo cierto. Y apenas el sol, surgido finalmente por entre la cresta de los collados, hubo iluminado triunfalmente la entrada de la gruta, cobraron bríos y entraron.

En el primer momento no vieron nada, pero se sintieron agitadas por un nuevo terror. A la derecha, sentado, un joven vestido de blanco —su vestido, en aquella obscuridad, era blanco y resplandeciente como nieve— pa-
Mc. 16, 5. recía esperarlas.

Mt. 28, 5. "—No os asustéis. Aquel a quien buscáis no está aquí. ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? ¿No os recordáis de lo que os habló en Galilea de que sería en-
Luc. 24, 6, 7. tregado a los pecadores y que al tercer día resucitaría?"

Las mujeres escuchaban, asombradas y medrosas, sin poder contestar. Pero el joven prosiguió:

"—Id donde sus hermanos y decidles que Jesús ha re-
Mc. 16, 7. sucitado, y que pronto lo volverán a ver"

Las cuatro, temblando de miedo y de alegría, salieron de la gruta para correr inmediatamente hacia donde eran mandadas. Pero a los pocos pasos, y estando ya casi fuera del huerto, María Magdalena se detuvo, mientras las otras, sin esperarla, seguían por el camino que llevaba a la ciudad. Ni ella misma sabía por qué se quedaba. Acaso las palabras del desconocido no habían llegado a persuadirla, y no había podido comprobar tampoco si el lóculo estaba realmente vacío; ¿no podría, por ventura, ser éste un cómplice de los sacerdotes que se propusieron engañarla?

Repentinamente se vuelve y ve a su lado, contra el

verde y el sol, a un hombre. Mas no le reconoció ni aun cuando le hubo hablado.

"—Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?" Juan 20, 15.

María creyó que fuera el jardinero de José que hubiera acudido temprano a ese lugar, para trabajar.

"—Lloro porque me han llevado al Señor e ignoro dónde lo han puesto. ¡Si tú lo has llevado de aquí, dime Juan 20, 13.
en dónde lo has puesto y yo lo llevaré" Juan 20, 15.

El desconocido, enternecido en presencia de aquel candor apasionado, en presencia de aquel ingenuo fervor, no contestó más que una palabra, un solo nombre, el nombre de ella, pero con la voz conmovedora e inolvidable con que tantas veces la había llamado: Juan 20, 16.

—¡María!

Entonces, como despertada bruscamente, la desesperada volvió a encontrar a su perdido:

—¡"Rabboni"! ¡Maestro! Juan 20, 16.

Y se arrojó a sus plantas, en la yerba mojada por el rocío, y le apretó con sus manos aquellos pies desnudos que mostraban todavía la doble rojura de los clavos.

Pero Jesús le dijo:

"—No me toques, porque aún no he subido a mi Padre. Mas ve donde mis hermanos y diles: "Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios". Y diles Juan 20, 17.
que voy delante de ellos a Galilea". Mt. 28, 7, 10.

E inmediatamente se apartó de la arrodillada y se alejó por entre las plantas, nimbado de sol.

María se estuvo mirándolo hasta que hubo desaparecido; luego se levantó de la yerba, descompuesta en el semblante, fuera de sí, ciega de dicha, y corrió a alcanzar a las compañeras.

Estas habían llegado poco hacía a la casa donde se escondían los discípulos, y habían narrado con palabras precipitadas y afanosas el caso increíble: el sepulcro abierto, el joven vestido de blanco, las cosas que había dicho, el Maestro resucitado, la embajada a los hermanos. Luc. 24, 8.

Mas los hombres, no repuestos aún de la catástrofe, y que en esos días de peligro se habían mostrado más torpes y faltos de iniciativa que las pobres mujeres, no querían creer esas extravagantes novedades. "Alucinaciones,

Luc. 24, 11. delirios de mujeres", decían. ¿Cómo puede haber resucitado? Nos dijo, es cierto, que volverá, mas no inmediatamente: ¡se han de ver cosas terribles antes de aquel día!

Creían en la resurrección del Maestro, pero no antes del día en que todos los muertos han de resucitar; en la venida de él en la gloria, al principio del Reino. Pero no
Juan 20, 9. ahora: era demasiado pronto, no podía ser cierto. Sueños mañaneros de exaltadas, engaños de espectros.

Pero entretanto, llegó, jadeante por la corrida y la emoción, María Magdalena. Todo lo que habían dicho las otras era la pura verdad. Pero había algo más: ella misma lo había visto con esos ojos, y le había hablado. En el primer momento no lo había conocido, pero apenas la llamó por su nombre, inmediatamente lo reconoció; había tocado sus pies con sus manos, había visto las llagas de sus pies; era El, vivo, como antes, y le había mandado, como el desconocido, que viniera donde los hermanos para que supieran que había resucitado según
Juan 20, 18. había prometido.

Simón y Juan, sacudidos al fin, salieron fuera de casa precipitadamente y echaron a correr hacia el huerto de José. Juan, que era el más joven, se adelantó al otro y llegó primero al sepulcro. E introducida la cabeza, vió
Juan 20, 3, 4, 5. en tierra las vendas, mas no entró. Simón lo alcanzó, fatigado, y se precipitó dentro de la gruta. Las fajas estaban esparcidas por el suelo; pero el sudario que había cubierto la cabeza del cadáver estaba a un lado, plegado
Juan 20, 6, 7, 8. y envuelto. Entró también Juan y vió y creyó. Y sin decir
Juan 20, 10. una palabra, dispararon hacia casa, como si esperaran encontrar al Desconocido en compañía de los otros que habían quedado en ella.

Pero Jesús, al dejar a María, se había alejado de Jerusalén.

EMAUS

Empieza de nuevo para todos, después del solemne intervalo de la Pascua, la tarea de los días pobres e iguales.

Dos amigos de Jesús, de aquellos que estaban en casa con los discípulos, debían dirigirse aquella mañana, para sus quehaceres, a Emaús, pueblito distante de Jerusalén un par de horas de marcha. Se pusieron en camino Luc. 24, 13.
apenas vueltos Simón y Juan del sepulcro. Todas aquellas noticias asombrosas los habían atontado un poco, pero sin llegar a persuadirlos de la verdad de un hecho tan portentoso e inesperado. Gente práctica, no fácil de ser engañada, no podía convencerse de que fuera verdad todo lo que habían oído contar: si el cuerpo del Maestro no estaba más en el sepulcro, ¿acaso no habían podido llevárselo manos de hombres?

Cleofás y el compañero eran dos buenos judíos, de los que dejaban un lugarcito a lo ideal en su espíritu, ocupado por cuidados muy reales. Pero ese lugar no podía ser muy grande y aquel ideal debía adaptarse a la naturaleza de lo restante si no quería ser expulsado como un huésped molesto. También ellos, como casi todos los Discípulos, esperaban la venida de su libertador, pero de un hombre que, antes que nada, viniera a libertar a Israel. En una palabra, un Mesías que fuera hijo de David más bien que hijo de Dios, y guerrero a caballo más bien que un pobre peatón, azote de los enemigos y no acariciador de enfermos y de niños. Las palabras de Cristo habían ablandado, mal que bien, la vieja corteza de su mesianismo carnal, pero la crucifixión los turbó. Amaban a Jesús y sufrieron de sus sufrimientos; pero aquel fin imprevisto, infamante, sin gloria y sin resistencia, era demasiado opuesto a lo que esperaban y particularmente a lo mucho más que deseaban. Que fuera un Salvador hu-

milde, jinete de asnos mansos en vez de corceles de batalla, y un poco más espiritual y suave de lo que ellos hubieran querido, llegaban a comprenderlo, aunque con trabajo, y hasta a soportarlo, aunque con pena. Pero que el Libertador no hubiera sabido librar ni a los otros ni a sí mismo, que el Salvador no hubiera hecho nada para salvarse, que el Mesías de los Judíos hubiera terminado, por voluntad de tantos Judíos, en el patíbulo de los bandidos y de los parricidas, era una desilusión demasiado fuerte y un escándalo inexcusable. Compadecían, y muy de veras, al Crucificado, pero, al mismo tiempo, estaban tentados de suponer que se había engañado acerca de su propio ser. Aquella muerte —¡y qué muerte!— tomaba en esas almas estrechas de gente práctica todas las lúgubres tintas de un fracaso.

Luc. 24, 14. Iban hablando entre ellos de todo esto, en la tarde primaveral toda encendida de sol, y por momentos se acaloraban, porque no siempre estaban de acuerdo. De repente vieron, de rabo de ojo, en el suelo, una sombra junto a ellos. Se volvieron. La sombra era la de un hombre que los seguía, como si quisiera oír lo que ellos iban
Luc. 24, 15. diciendo. Se detuvieron, como es de costumbre, para saludarlo, y el viajero se unió a ellos... No les parecía cara desconocida, pero por más que lo miraran a hurtadillas,
Luc. 24, 16. no podían recordar quién era. El recién llegado, en vez de responder a sus preguntas mudas, preguntó:

Luc. 24, 17. —¿Qué pláticas son esas que tenéis mientras camináis?

Cleofás, que debía ser el más viejo, con conmovida sorpresa, contestó:

—¿Tú eres el único forastero en Jerusalén que no sabe
Luc. 24, 18. lo qué ha sucedido allí en estos días?

Luc. 24, 19. —¿Qué? —preguntó el desconocido.

—Lo de Jesús Nazareno, que fué un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo; y como lo han entregado los sumos sacerdotes y nuestros magistrados a sentencia de muerte y lo han crucificado. Y nosotros estábamos creídos que él era quien iba a redimir a Israel; pero es el caso que ya está pasando el tercer
Luc. 24, 21. día que sucedió todo eso. Es verdad que unas mujeres de entre los nuestros nos han espantado porque habiendo

ido esta madrugada al sepulcro, y no habiendo encontrado Luc. 24, 22.
su cuerpo, han vuelto diciendo que también han visto una visión de ángeles que afirmaban que él está vivo. Y algunos de los nuestros han ido al sepulcro y lo Luc. 24, 23.
han hallado todo como decían las mujeres. Mas a él no lo han visto. Luc. 24, 24.

—¡Oh, insensatos! —exclamó el forastero—. ¡Y qué tardos sois para creer todas las cosas que han dicho los Profetas! ¿No era necesario que padeciese el Mesías todo Luc. 24, 25.
aquello, antes de entrar en su gloria? ¿No recordáis lo Luc. 24, 26.
que fué anunciado desde Moisés hasta nuestros tiempos? ¿No habéis leído a Ezequiel y a Daniel? ¿No conocéis tampoco nuestros cantos al Señor y sus promesas?

Y con voz casi irritada repetía las antiguas palabras, explanaba las profecías y recordaba los rasgos del Hombre de los Dolores descripto por Isaías. Y los dos lo escu- Luc. 24, 27.
chaban, dóciles y atentos, sin replicar, porque hablaba éste todo enardecido, y las viejas admoniciones tomaban en su boca un calor tan nuevo y un significado tan claro que parecía casi imposible que antes no lo hubieran advertido por sí mismos. Esos discursos les hacían la impresión de ser el eco de otros discursos parecidos a éstos, oídos en tiempos pasados, pero en confuso, así como una voz detrás de una pared, antes de amanecer.

Entretanto habían llegado a las primeras casas de Emaús, y el peregrino hizo como que se despedía, cual si quisiera ir más adelante. Pero ahora resultaba que los Luc. 24, 28.
dos amigos no sabían cómo desprenderse del misterioso compañero y le suplicaron se quedara con ellos. El sol se estaba por ocultar y en compensación daba una doradura más cálida a la campaña; pero las tres sombras eran mucho más largas que antes en el polvo de la calle.

—Quédate con nosotros —decíanle—, porque se hace tarde, y va cayendo el día. Y tú también estarás cansado Luc. 24, 29.
y es hora de comer algún bocado.

Y tomándolo de la mano lo forzaron suavemente a que entrara en la casa a la cual ellos se dirigían.

Cuando estuvieron sentados a la mesa, el Huésped, que ocupaba el centro, tomó el pan, lo partió y dió un poco a cada uno de los dos amigos. Al ver aquello, los Luc. 24, 30.

ojos de Cleofás y del otro se abrieron como cuando uno despierta repentinamente y advierte que el sol ya está alto. Los dos dieron un brinco, pálidos, y al fin reconocieron al Muerto que no habían comprendido y habían calumniado. Pero no tuvieron tiempo ni para
Luc. 24, 31. besarlo siquiera, pues desapareció de su vista.

No habían sido capaces de reconocerlo por el rostro ni aun por las palabras de cuando estaba vivo; no lo habían conocido tampoco en el fulgor de sus pupilas, mientras hablaba, ni en el eco de su voz. Pero bastó que tomara en sus manos ese pan, como un padre que lo reparte entre sus hijos, por la noche, depués de una jornada de fatiga o de viaje; y en aquella actitud amorosa, que tantas veces le habían visto en las cenas improvisadas y familiares, al fin habían descubierto sus manos, sus manos bendicientes y heridas. Y la calima se disipó, y se encontraron cara a cara con el esplendor del Resucitado. Cuando en la primera vida fué amigo, no lo habían comprendido; cuando a lo largo del camino fué Maestro, no lo habían reconocido; mas en el momento en que tuvo el gesto afectuoso del que sirve a sus criados y brinda un trozo de pan que es vida y esperanza de vida, entonces, por primera vez, lo vieron.

Y así, hambrientos y en ayunas como estaban, deshicieron el camino hecho y llegaron, ya de noche, a
Luc. 24, 33. Jerusalén.

Y mientras caminaban, casi avergonzados, decían:

—Por ventura, ¿no estaba ardiendo nuestro corazón en nuestro pecho, mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba los Profetas? ¿Por qué no lo supimos re-
Luc. 24, 32. conocer entonces?

Los Discípulos vigilaban siempre. Los que acababan de llegar narraron, sin tomar aliento, el encuentro que habían tenido y lo que les había dicho a lo largo del camino, y cómo solamente lo reconocieron en el mo-
Luc. 24, 34. mento en que partió el pan. Y como respuesta a la nueva confirmación, tres o cuatro voces gritaban a la vez:

—¡Sí! ¡Realmente ha resucitado el Señor y se ha
Luc. 24, 34. aparecido también a Simón!

Sin embargo esas cuatro apariciones, esos cuatro testimonios, no eran suficientes para disipar todas las dudas en todos. A muchos esa resurrección tan pronta, tan fuera de lo ordinario, que se había realizado de noche, de una manera escondida y sospechosa, parecía más bien una alucinación del dolor y del deseo, que una verdad efectiva. ¿Quiénes eran los que decían que la habían visto? Una mujer lunática, que en un tiempo fuera poseída por los demonios; un febricitante, que no parecía más el de antes desde que había renegado del Maestro; y dos simples que ni siquiera eran verdaderos discípulos y a los cuales Jesús, ¡precisamente ahora, habría preferido, quién sabe por qué, a los amigos más íntimos! A María podía haberla engañado un fantasma; Simón, para rehacerse de su cobardía, no había querido ser menos; los otros podían ser impostores o, a lo más, visionarios. Si Cristo hubiera resucitado de veras, ¿no se habría dejado ver por todos, mientras estaban juntos? ¿Por qué estas preferencias? ¿Por qué esa aparición a dos leguas de Jerusalén?

Creían en la Resurrección, pero se la imaginaban como una de las señales de la última convulsión del mundo, cuando todo hubiera terminado. Mas ahora que se encontraban frente a la resurrección de él solo, en ese día en que todo lo demás seguía su curso como antes, advertían que el regreso de la vida a la carne —y a una carne que no se había dormido plácida en el último sueño sino de la cual había sido arrancada la vida con el hierro— esa idea de la resurrección, retrocediendo de lo futuro lejano a lo presente inmediato, chocaba con todos los otros conceptos que formaban el tejido de su espíritu y que existían antes, si bien no se presentaban contrastando hasta que no se presentó esta brusca aproximación de los dos órdenes superpuestos: el milagro remoto y el hecho presente.

Si Jesús ha resucitado, quiere decir que es realmente Dios; pero un Dios, un Hijo de Dios, ¿se hubiera sometido hasta dejarse matar en forma tan ignominiosa? Si su poder era tal que podía vencer a la muerte, ¿por qué no había fulminado a los jueces, confundido

a Pilatos, petrificado los brazos de los que lo crucificaban? ¿Por qué absurdo misterio el Todopoderoso se había dejado arrastrar a la ignominia de los débiles?

Así razonaban en su interés algunos discípulos, que habían oído, mas no habían comprendido. Cautos como todos los desconfiados, no se arriesgaban a negar terminantemente la Resurrección en cara de los exaltados, pero se reservaban su juicio, rumiaban en sus adentros las razones de lo posible y de lo imposible, deseando una confirmación manifiesta, que no se atrevían a esperar.

"¿NO TENEIS NADA QUE COMER?"

No habían terminado aún de ingerir los últimos bocados de una cena improvisada y triste, cuando se presentó frente a la mesa, alto, resplandeciente, Jesús. Los miró uno a uno y con su voz melodiosa:

—La paz sea con vosotros —saludó. Luc. 24, 36.

Ninguno de los discípulos contestó. El asombro podía más que la alegría aun en aquellos que no lo volvían a ver por primera vez. El Resucitado leyó en sus rostros la duda que dominaba a casi todos, la pregunta que no se atrevían a formular con palabras: —¿Eres tú de veras, vivo, o una sombra que viene a tentarnos desde las cavernas de los muertos?

—¿Por qué estáis turbados? —dijo el Traicionado—. ¿Por qué se levantan esas dudas en vuestros corazones? Luc. 24, 37, 38. Ved mis manos y mis pies, porque yo soy el mismo. Palpad y ved, porque un fantasma no tiene carne y huesos como veis que yo tengo. Luc. 24, 39, 40.

Y, tendidas hacia ellos las manos, les mostró de una parte a otra las señales todavía sangrientas de los clavos y abrió su ropa sobre el pecho para que vieran el desgarro producido por la lanza en el costado. Algunos, dejados sus asientos, se arrodillaron y vieron, en los pies desnudos, los dos agujeros profundos, en medio de dos círculos morados. Luc. 24, 40 y Juan 20, 20.

Mas no se atrevieron a tocarlo, como si temieran verlo desvanecerse repentinamente como repentinamente se había presentado. Y después... ¿el que lo hubiera abrazado, habría sentido la tibia consistencia del cuerpo humano o sus brazos habrían pasado a través de la inconsistencia de una sombra vana?

Indudablemente era él, con su rostro, con su voz, con los rasgos irrecusables de su crucifixión; y, sin embargo,

se advertía algo de cambiado en el aspecto, que hubieran sido incapaces de describir, aun en el caso de tener en este momento el espíritu serenado. Los más reacios estaban forzados a creer que el Maestro estaba ante ellos, con todas las apariencias de una existencia nueva; pero sus pensamientos se perdían en la vorágine de las últimas dudas, y permanecían silenciosos, casi temerosos de tener que creer a sus sentidos, como si esperaran despertar, de un momento a otro, para volver a aferrarse al mundo perdido de las cómodas realidades, descompaginado por esa flagrante eversión. También Simón callaba: ¿qué hubiera podido decir, sin ahogarse en llanto, a aquel que lo había mirado con esos mismo ojos, en el patio de Caifás, mientras juraba no haberlo conocido nunca?

Para disipar las últimas dudas, Jesús preguntó:

Luc.24, 14. —¿Tenéis algo que comer?

Ya no necesitaba de otro alimento más que de aquel que había pedido, casi siempre en vano, durante toda su vida. Pero para aquellos hombres carnales era necesaria también una contraprueba carnal. A quien cree solamente en la materia y se alimenta de materia, le convenía esta demostración material también. La última noche habían comido juntos; y también ahora, que se volvían a encontrar, comerá con ellos.

—¿Tenéis algo que comer?

Había sobrado, en un plato, un trozo de pescado asado. Simón lo empujó ante el Maestro, que se aproximó
Luc. 24, 42. a la mesa y comió el pescado con un trozo de pan, mientras todos lo miraban fijamente, como si fuera la primera vez que lo veían comiendo.

Y terminado que hubo, levantó los ojos hacia ellos:

—¿Estáis convencidos ahora? ¿Os parece posible que un fantasma coma, como lo he hecho yo delante de vosotros? ¡Cuántas veces he tenido que reprocharos vuestra dureza de corazón y vuestra poca fe! Y así y todo seguís siendo los de antes, y no habéis querido creer
Mc. 16, 14. a los que me habían visto. Sin embargo, yo no os había ocultado nada de cuanto debía suceder en estos días. Mas vosotros, sordos y desmemoriados, oís y luego olvidáis, leéis y no comprendéis. ¿No os decía, por ventura, cuando estaba con vosotros, que se debían cumplir todas las cosas que están escritas y las que yo había anun-
ciado? ¿Que era menester que el Cristo padeciese y re- Luc. 24, 44.
sucitase al tercer día de entre los muertos, y que en su
nombre se predicaría la penitencia y el perdón de los
pecados a todas las naciones, comenzando por Jerusa-
lén? Y vosotros sois testigos de estas cosas, y yo man- Luc. 24, 46-48.
tendré las promesas que el Padre os ha hecho por mi
intermedio. Id, pues, por todo el mundo, y predicad
el Evangelio a todas las criaturas. Me ha sido dado to- Mc. 16, 15.
do poder en el cielo y en la tierra. Y como el Padre Mt. 28, 18.
me ha enviado a mí, yo os envío. Id, pues, y enseñad Juan 20, 21.
a todos los pueblos, instruyéndolos en la manera de
observar todas las cosas que he dicho. Y el que creyere Mt. 28, 19, 20.
será salvo; mas el que no creyere será condenado. Yo Mc. 16, 16.
quedaré aquí todavía por un poco de tiempo y nos vol-
veremos a ver en Galilea, pero también después estaré
con vosotros hasta el fin de los siglos. Mc. 28, 20.

A medida que hablaba, las caras de los discípulos se iluminaban con una olvidada esperanza, y los ojos les brillaban como a los ebrios. Era aquélla la hora de mayor consuelo después del aniquilamiento de esos días. Su presencia indubitable demostraba que lo increíble era cierto: que Dios no los había abandonado, y no los abandonaría jamás. Sus enemigos, que habrían parecido vencedores, estaban vencidos; la verdad visible volvía a entrar en la trabazón de las profecías. Las cosas que había dicho las sabían de antes, pero sólo estaban verdaderamente vivas en ellos cuando su boca las repetía.

Si había vuelto el Rey, la llegada del Reino estaba próxima a sus hermanos; en vez de ser burlados y perseguidos, reinarían con él por toda la eternidad. Aquellas palabras habían enardecido a los más tibios, reavivando los recuerdos de otras conversaciones, de otros días más asoleados, y experimentaban de repente una excitación, un ardor que hacía rato no experimentaban, un deseo más fuerte de abrazarse, de amarse, de no separarse nunca. Si el Maestro había resucitado, ellos no podían morir; si había podido salir de la cueva fune-

raria, sus promesas eran promesas de un Dios, y las habría mantenido hasta el fin. No habían creído en vano y ya no estaban más solos: la crucifixión había sido el eclipse de un día para que la luz brillara más fuerte en los días sucesivos.

TOMAS, EL MELLIZO

No había participado de esta cena Tomás llamado el Mellizo. Pero al día siguiente sus compañeros corrieron Juan 20, 24.
por él, concitados todavía por las palabras de Jesús.

—¡Hemos visto al Señor! —le decían—. Era real- Juan 20, 25.
mente él y nos ha hablado, ¡y ha comido con nosotros!

Tomás era de aquellos que se habían sentido profundamente turbados en presencia de la vergüenza del Gólgota. Una vez se había declarado pronto a morir junto con su Maestro, pero había huído con los otros cuando aparecieron los candiles de los esbirros en la colina de los Olivos. A despecho de todos los avisos, nunca hubiera creído tan próximo el fin de su Maestro. Aquella sima de infamia a la cual Jesús se había dejado llevar con la pasividad de una oveja enferma lo hacía sufrir, al pensar en ella, casi más que la pérdida del mismo que lo había amado. Aquel mentís dado a todas sus esperanzas lo había ofendido como el descubrimiento de un fraude y excusaba en sus hijos hasta el oprobio del abandono. Tomás, como Cleofás y sus iguales, era un sensualista, que un golpe de ala, a la invitación del Maestro había elevado demasiado, a un mundo que no era el suyo. La fe lo había asaltado a traición, como un furor contagioso. Pero apenas la llama que cada día lo encendía fué enterrada, o apareció enterrada, bajo la losa ignominiosa del odio, su alma se apagó, se volvió a helar y retornó a su naturaleza primitiva, la verdadera, la que buscaba con los sentidos las cosas sensibles, aguardaba en la materia cambios materiales, y esperaba de la materia solamente certeza y consuelos materiales. Sus ojos se resistían a mirar las cosas que sus manos no hubieran podido tocar y, por lo mismo, condenados estaban a no ver nunca lo invisible: gracia reservada sólo a aquellos

que lo creen posible. El esperaba en el reino, particularmente cuando las palabras y la presencia de Jesús enciclaban su corazón terrenal, pero en un reino que no fuera de puros espíritus, volador en el firmamento junto con las islas friables de las nubes, sino en un Reino donde los hombres vivientes, regados por sangre caliente, coman y beban en mesas sólidas y concretas, gobernando una tierra más hermosa, adjudicada a ellos por Dios, con leyes nuevas.

Después del escándalo de la cruz, Tomás estaba muy distante de creer por simples referencias, en la Resurrección. Demasiado crudamente se había visto desmentir la primera confianza para poder fiarse, ahora, de sus compañeros de engaño. Y a los que, brincando de alegría, le llevaban la noticia, replicó:

—Si no veo en sus manos la marca de los clavos y meto mi dedo en el agujero de los clavos, y mi mano en
Juan 20, 25. su costado, ¡no creeré!

Inmediatamente dijo: "Si no veo"... Pero se corrige: también los ojos pueden engañar y muchos quedaron deslumbrados por visiones. Y su pensamiento corre al experimento carnal, a la prueba brutal y atroz: poner sus dedos allá dentro donde fueron puestos los clavos; meter su mano, toda su mano, allá donde entró la lanza. Hacer como el ciego que frecuentemente se equivoca menos que los que ven.

Desconfía de la fe, vista superior del alma; desconfía hasta de la vista, el sentido más divino del cuerpo. No pone su confianza sino en sus manos, carne que aprieta carne. Su doble desconfianza lo deja en la obscuridad, en el tanteo de la ceguera, hasta que la luz hecha hombre, por una última condescendencia amorosa, no le devuelva la luz de los ojos y la del corazón.

Pero esa contestación de Tomás lo ha hecho uno de los hombres más famosos del mundo. Porque ésta es la eterna propiedad de Cristo: inmortalizar hasta a los que lo han ofendido. Todos los pisa-huevos del espíritu; todos los escépticos de tres al cuarto, todos los escupetintas de las cátedras y de las academias, los tibios cretinos embutidos de prejuicios, todos los escrupulosos, los

sofistas, los cínicos, los piojos de la ciencia y los que vacían las letrinas de los sabios; en fin, todas las luciérnagas celosas del sol, todos los gansos que no admiten los vuelos de los halcones, han elegido por abogado y protector a Tomás el Mellizo. De él no saben nada; sólo esto: *tocar para creer*. Esa respuesta paréceles a ellos el Himalaya del juicio o de la prudencia humanos. ¡Exista en buena hora quien vea en las tinieblas, quien oiga en el silencio, quien hable en la soledad, quien viva en la muerte! La compreusión de sus cabecitas de chorlo no llega a tanto. La llamada "realidad" es su dominio, y de ahí no hay quien los saque. En efecto, apuntan al oro que no sacia el hambre, a la tierra de la que ocuparán tan poco espacio, a la gloria que es tan breve susurro en el silencio de la eternidad, a la carne que se convertirá en fango agusanado, y a los mágicos y estrepitosos descubrimientos que, después de haberlos esclavizado, apresurarán para ellos el formidable descubrimiento de la muerte. Estas y otras parecidas son las cosas "reales" en que se deleitan los devotos de Tomás. Pero quién sabe si, ocurriéndoseles leer lo que sucedió después de esa respuesta, no estarán prontos a dudar también de quien dudó de la Resurrección.

Ocho días después, los discípulos se hallaban en la misma casa —el Cenáculo de la vez pasada— y Tomás estaba con ellos. Había esperado, todos esos días, que también a él le fuera concedido ver al Resucitado, y alguna vez temblaba, pensando que, acaso, su respuesta era la razón que lo tenía alejado. Mas he ahí que de repente, una voz desde la puerta, dice: —¡Paz a vosotros! Juan 20, 26.

Jesús está allí y busca con los ojos a Tomás. Ha venido por él, solamente por él, porque el amor que le profesa es más fuerte que todas las ofensas. Y lo llama por nombre y se le acerca para que lo vea bien, cara a cara.

—Trae acá tus dedos y mira mis manos; y trae tu mano y métela en mi costado. Y no seas incrédulo sino fiel. Juan 20, 27.

Tomás obedeció temblando y gritó: ¡Señor mío y Dios mío! Juan 20, 28.

Con estas palabras, que parecen un simple y ordinario saludo, Tomás confesó su derrota, más hermosa que cualquier victoria; y desde ese momento fué todo de Cristo. Hasta entonces lo había venerado como a un hombre más perfecto que los otros, ahora lo reconoce como Dios, más, como a "su Dios".

Entonces Jesús, para que siempre le punzara el recuerdo de su duda, replicó:

Juan 20, 29. —Tomás, porque me has visto has creido; ¡bienaventurados los que no han visto y han creído!

Y heos ahí proclamada la última de las bienaventuranzas, la más grande: *¡Bienaventurados los que creen sin haber visto!* Porque las solas verdades que tienen un valor absoluto en la realidad, a despecho de los desenterradores de cadáveres, son aquellas que la vista carnal no ve y que las manos cárneas no podrán jamás sobar. Esas verdades vienen de lo alto; quien tiene una alma amurallada por todos lados no las recibe, y sólo las verá el día en que el cuerpo, con sus cinco porteros desconfiados, será un vestido arrugado y gastado, sobre un lecho a la espera de ser ocultado bajo tierra, como una placenta mal oliente.

Tomás es un Santo; sin embargo no pudo participar de aquella bienaventuranza. Narra una leyenda antigua que su mano quedó roja de sangre hasta la muerte. Leyenda verdadera de toda la verdad en su terrible símbolo, si por ella comprendemos que la incredulidad puede ser una forma de asesinato. El mundo está lleno de estos asesinos que han empezado por asesinar la propia alma.

EL RESUCITADO RECHAZADO

Los primeros que habían acompañado a Jesús en su primera vida estaban seguros, al fin, de que había comenzado su segunda y eterna vida. El muerto que había dormido como un cadáver de Hombre, envuelto en los perfumes de Nicomedo y en la mortaja de José, después de tres días se había despertado como un Dios. ¡Pero después de cuánta dudosa testarudez se han resignado a aceptar la realidad de la irrecusable vuelta!

Y, sin embargo, los enemigos de Cristo, para quitar de en medio la harto pesada piedra que es obstáculo para otras negaciones, han acusado precisamente a los sorprendidos y perplejos Discípulos de haber inventado, queriendo o no, el mito de la Resurrección. Fueron ellos, según Caifás y sus cofrades, los que robaron de noche el cuerpo y luego hicieron correr la voz del sepulcro vacío, a fin de que algún místico ingenuo creyera con mayor facilidad que Jesús había resucitado, y dar pie así a los embrollones para seguir en sus pestíferos embustes en nombre del charlatán muerto. Y cuenta Mateo que los Judíos —¡el que quiera celeste que le cueste!— compraron por un precio razonable a algunos honrados testigos para que, en caso de necesidad. confirmaran que habían visto cómo Simón y sus cómplices violaban el sepulcro y se llevaban al hombro un gran envoltorio blanco. Mt. 28, 12-15.

Pero los enemigos modernos, por un último respeto a los que han fundado con su sangre la Iglesia indestructible, o más bien por la profunda persuasión de la sencillez de espíritu de los primeros mártires, han renunciado a la suposición del cambiazo mortuorio. Ni Simón ni los otros eran harina de cuya pasta se hacen los comediantes y los prestidigitadores: hubieran tenido que

almacenar mucha más pillería en sus rústicos cerebros ¡esos pobres jumentos seducidos! Tienen todo el aire de embrollados y no de embrollones. Pero si no fueron charlatanes, seguramente fueron víctimas tontas de sus propias fantasías o de la pillería ajena.

Los discípulos —afirman los graves abstemios de lo trascendental— abrigaban una esperanza tan fuerte de ver resucitar a Jesús, como lo había prometido, y esta resurrección era tan necesaria y urgente para contrabalancear la ignominia de la cruz, que fueron inducidos, forzados casi, a crearla y comunicarla como inminente. Entonces, en ese ambiente de espectación supersticiosa, bastó la visión de una histérica, el sueño de un alucinado, el encandilamiento de un iluso, para que se esparciese en el pequeño círculo de los desconsolados sobrevivientes la voz de las apariciones. Algunos de ellos, no pudiendo creer que el Maestro los hubiese engañado, creían fácilmente a quien les asegurara haberlo visto después de la muerte; y, a fuerza de repetir las fantasías de su apasionado delirio, acabaron por creer seriamente en ellas y por infundir en otros más ingenuos esa misma creencia. Sólo de esta suerte, con la confirmación póstuma de la afirmada divinidad del muerto, era posible conservar unidos a aquellos que lo habían seguido a crear el primer consorcio estable de la Iglesia universal.

Pero éstos, para disolver con acusaciones de necedad o de engaño la certeza de la primera generación cristiana, olvidan demasiadas cosas, y éstas son demasiado esenciales.

Ante todo el testimonio de Pablo. Saulo el Fariseo había concurrido a la escuela de Gamaliel y había podido asistir aunque de lejos y como enemigo, al fin de Cristo; y, seguramente, conoció la hipótesis de sus primeros maestros acerca de la pretendida Resurrección. Pero Pablo, que recibió el primerísimo evangelio de boca de Jacobo, llamado el hermano del Señor, y de Simón; Pablo, famoso en todas las iglesias de los Judíos y de los Gentiles, así escribía en su primera epístola a
15, 3-6. los Corintios: "Cristo murió por nuestros pecados, fué sepultado, resucitó al tercer día, apareció a Pedro y luego

a los Doce. Después fué visto por más de quinientos hermanos estando juntos, de los cuales hoy día viven muchos y otros ya murieron". La epístola a los Corintios es reconocida auténtica hasta por los más hábiles hurones de falsificaciones y no puede haber sido escrita después de la primavera del 58, es decir, menos de treinta años después de la crucifixión y, por consiguiente, es antigua como el más antiguo Evangelio. Muchos de los que habían conocido a Cristo vivo, y a fe que no eran ni uno ni dos, vivían todavía en ese año y les hubiera sido fácil desmentir al Apóstol. Corinto estaba a las puertas del Asia, poblada por muchos asiáticos, en continuas relaciones con la Judea, y las cartas paulinas eran mensajes públicos que se leían en las reuniones y de las que se sacaban copias para enviarlas a las otras iglesias. El solemne y específico testimonio de Pablo podía llegar, y seguramente llegó, a Jerusalén donde los enemigos de Jesús, muchos de los cuales todavía vivían, habrían podido refutarlo con otros testimonios. Si Pablo hubiera podido imaginar como posible una confutación válida, jamás se hubiera atrevido a escribir esas palabras. Por lo tanto, el que se atreviera a tan corta distancia de los hechos a declarar, públicamente, un prodigio tan contrario a las creencias comunes y a los intereses de los enemigos que estaban alerta, prueba que la Resurrección no era ya una quimera de pocos fanáticos sino una certeza que difícilmente se podía negar y que, en cambio, bien fácilmente se podía probar. Fuera de la epístola de Pablo no poseemos otro recuerdo de la aparición de Cristo a los quinientos "hermanos", pero no podemos pensar ni por un momento que Pablo, una de las almas más grandes y puras del Cristianismo primitivo, la haya podido inventar él, que durante tanto tiempo había perseguido a los que creían en la realidad de la Resurrección. Es infinitamente probable que la aparición de Jesús a los quinientos haya podido tener lugar en Galilea, en el monte de que habla Mateo, y que el Apóstol Mt. 28, 16.
hubiera conocido a alguno de los que estuvieron presentes en aquella memorable reunión.

Pero no basta. Los Evangelistas, que traen con alguna

confusión pero con gran sencillez los recuerdos de los primeros compañeros de Jesús, confiesan, acaso sin quererlo, que los Apóstoles no esperaban absolutamente la Resurrección; no sólo, sino que les costó trabajo admitirla. Leyendo con atención a los cuatro historiadores, vemos cómo siguen dudando un buen trecho, aun ante el Resucitado. Cuando las Mujeres, en la mañana del Domingo, corren a advertir a los Discípulos que el sepulcro está vacío y que Jesús está vivo, ellos las acusan de estar delirando. Cuando, más tarde, aparecio a muchos en Galilea, allí "lo vieron y adoraron —dice Mateo— mas algunos dudaron". Y cuando, por la noche, aparece en la habitación de la Cena, hay algunos que no pueden creer a sus ojos y vacilan hasta que no lo han visto comer. Tomás duda aún después, hasta el momento en que el cuerpo de su Señor está frente al suyo propio, casi tocándolo.

Luc. 24, 11. Mt. 28, 17. Luc. 24, 37, 43.

Tampoco esperan verlo resucitar, pues el primer efecto de las apariciones es el terror. "Turbados y espantados pensaban que veían algún espíritu". No son, pues, tan crédulos y fáciles de engañar como se lo figuran sus difamadores. Y están tan lejos de la idea de verlo volver vivo entre los vivos que, apenas lo ven, lo confunden con otro. María de Magdala cree que es el hortelano de José de Arimatea; Cleofás y el compañero durante todo el camino no son capaces de reconocerlo; Simón y los otros, cuando se presenta en la orilla del lago, "no reconocieron que era Jesús". Si lo hubieran esperado de veras, propiamente a él, con la mente despierta y enardecida por el deseo, ¿se habrían asustado tanto? ¿No lo habrían, en cambio, reconocido al instante? Al leer los Evangelios se siente la impresión de que los amigos de Jesús, lejos de inventar su vuelta, la han aceptado casi por una coacción exterior y dominadora y después de muchas vacilaciones. En una palabra, precisamente y exactamente todo lo contrario de lo que pretenden demostrar los que los acusan de haberse engañado y de haber engañado.

Luc. 24, 37. Juan 21, 4.

Pero, ¿por qué esas vacilaciones? Porque las advertencias de Jesús no habían podido borrar en aquellas

almas pesadas e indóciles la antigua repugnancia judaica a la idea de la inmortalidad. La creencia en la resurrección de los muertos fué, por siglos y siglos, extraña a la mente completamente material de los Hebreos. Apenas si en algunos profetas, como Daniel y Oseas, encontramos algunos vestigios, así a saltos; mas no aparece realmente explícita sino en un pasaje de la historia de los Macabeos (127). En tiempo de Cristo el pueblo tenía de ella una noción confusa como de un milagro lejano que entraba en la economía del Apocalipsis, mas no lo creía posible antes del cataclismo final del gran día; los Saduceos la negaban resueltamente y los Fariseos la admitían, pero no como privilegio de uno solo, sino como recompensa remota y común a todos los justos. Cuando el supersticioso Antipas decía de Jesús que era Juan resucitado de entre los muertos quería decir, con una imagen enérgica, que el nuevo profeta era un segundo Juan.

La resistencia a admitir una tan extraordinaria laceración de las leyes de la muerte era tan profunda en el pueblo judío, que los mismos Discípulos del Resucitador, que había anunciado la propia Resurrección, no estaban dispuestos a admitirla sin experimentos y contrapruebas. Y, sin embargo, habían visto cómo, al oír la voz poderosa de Cristo, resucitaron el hijo de la viuda de Naím, la hija de Jairo, el hermano de Marta y de María: los tres "dormidos" que Jesús había despertado compadecido del llanto de una madre, del llanto de un padre, del llanto de hermanas. Pero parecía costumbre y destino de los Doce comprender mal y olvidar. Estaban demasiado apegados a los pensamientos de la carne para adaptarse a creer, sin más trámites, un desquite tan anticipado contra la muerte. Pero cuando se persuadieron de él, su certeza fué tan firme y fuerte que de la semilla de aquellos forzados testigos nació una mies incalculable de resucitados en la fe del Resucitado que los siglos no han terminado aún de segar.

(127) MACABEOS. En el libro II de los Macabeos, cap. 6, vers. 14. Véase la nota Fariseos y Saduceos.

Las calumnias de los Judíos, las acusaciones de los falsos testimonios, las dudas de los Discípulos, las insidias de lo enemigos implacables y temerosos, el sofisticar de los bastardos de Tomás, las fantasias de los heresiarcas, las torceduras de los intelectuales interesados directamente en la muerte definitiva del "Infame" ([128]) los repliegues y tartamudeos de los ideólogos, las minas y los asaltos de la alta y baja crítica, no han podido arrancar al corazón de millones de hombres la certeza de que el cuerpo desclavado de la cruz del Calvario reapareció al tercer día para no morir jamás. El pueblo escogido de Cristo lo entregó a la muerte, creyendo haber acabado con él; pero la muerte lo rechazó como lo habían rechazado los judíos, y la humanidad no ha saldado todavia sus cuentas con el ascsinado que salió de la cueva para mostrar el costado por donde la lanza romana ha hecho visible para siempre el Corazón que ama a los que le odian.

Los pusilánimes, que no quieren creer en su vida primera, en su vida segunda, en su vida eterna, se separan a sí mismos de la verdadera vida; de la vida que es adhesión, generoso abandono de amor, esperanza de lo invisible, certeza de las cosas que no aparecen. Son los pobres muertos, que parecen vivos, los cuales, como la muerte, lo rechazan. Los que arrastran todavía el peso de sus cadáveres aún tibios y réspirantes sobre la tierra paciente ríen de la Resurrección.

A estos Muertos que rechazan la Vida les será vedado el segundo nacimiento en el espíritu, mas no les será negada, el último día, una irrefragable y espantosa Resurrección.

([128]) INFAME. Con este epíteto horrendo designaba Voltaire a Cristo Nuestro Señor, o al Cristianismo, en su correspondencia epistolar con sus discípulos o con otros filósofos de su misma calaña.

LA VUELTA AL MAR

Terminado el drama, vuelve cada uno con el mayor dolor y la mayor alegría, al propio destino. El hijo al Padre, el rey a su reino, el gran sacerdote a sus barreños de sangre, el coro al compás de espera, los pescadores a las redes.

Aquellas redes maceradas por el agua, deshilachadas por las proas, rotas por pesos insólitos, tantas veces reparadas, remendadas, vueltas a tejer, que los primeros pescadores habían dejado, sin volverse atrás, en las riberas de Cafarnaúm, alguien había terminado de componerlas, y puesto aparte con la prudencia del que nunca sale de las casas, porque los sueños son breves y el hombre dura tanto como la vida. La mujer de Simón, el padre de Juan y de Santiago, el hermano de Tomás, habían guardado los esparaveles y los trasmallos como útiles que un día podían hacer falta, en recuerdo de los partidos, como si una voz anduviera diciendo a los que habían quedado: "¡Ellos también volverán!" El Reino es hermoso, pero está por venir todavía; y el lago es hermoso también hoy y abunda en peces. Santa es la santidad, pero no se vive de espíritu solamente. Y un pescado en la mesa es más grato a un hambriento que un trono dentro de un año.

La prudencia de los sedentarios, pegados a la casa paterna como el musgo a las piedras, tuvo razón por un momento. Los pescadores volvieron. Los pescadores de hombres reaparecieron en Galilea y volvieron a echar mano de las viejas redes. Habían recibido orden del mismo que los había sacado de allí para que fueran testigos de su abominación y de su gloria. No lo habían olvidado ni podrán olvidarlo jamás; siempre hablan de El, entre ellos y con todos los que querían oírlos. Pero

el Regresado había dicho: "Nos volveremos a ver en Galilea" Y ellos habían partido de la infausta Judea, de la iracunda meretriz dominada por sus amantes homicidas, y habían vuelto a tomar la vía de la dulce aldea tranquila donde los había tomado por la fuerza el amoroso ladrón de almas. ¡Ah! qué bellas eran las viejas casas descascaradas por la humedad, con sus blancas banderas de ropa lavada y la hierba nueva que verdeaba al pie de las paredes, y las mesas lustradas por las manos humildes de los viejos, y el horno que, cada ocho días, despedía chispas por su boca ennegrecida. Y era hermosa esa tranquila barriada casi marítima; con las rondas de chicos negros y desnudos, el sol a plomo sobre la plazoleta del mercado, los sacos y las espuertas a la sombra de los tejidos y el olor penetrante de pescado que la llenaba, junto con la brisa, cada amanecer.

Pero el lago era hermoso por encima de las demás cosas; turquesas licuadas gayadas del berilo en las mañanas perfectas; lívida llanura de pizarra en las tardes nubladas; palangana láctea de ópalo con arrugas y manchones de jacinto en los cordiales crepúsculos vespertinos; sombra escurante, listada de blanco en las noches estrelladas; sombra argentada y ansiosa en las noches de luna. Sobre ese lago, que parecía el golfo tutelar de un pueblo feliz y perdido, sus ojos habían descubierto, por primera vez, la belleza de la luz y del agua, más nobles que la tierra pesada y sucia y más fraternales que el fuego. La barca con los trapecios de las velas, los bancos gastados, el timón altivo y escarlata, había sido para ellos, desde los primeros años, más querida que la otra casa que las esperaba, cubo enjalbegado y firme, en la orilla. Aquellas horas infinitas de tedio y de inacción, esperando el centellear de las aguas, las sacudidas de las redes, el obscurecimiento del cielo, había llenado la parte más larga de su pobre y sencilla vida.

Hasta el día en que un Patrón más pobre y poderoso los había llamado en su seguimiento, obreros de un trabajo sobrenatural y peligroso. Las pobres almas, arrancadas de su mundo habitual, habían hecho lo posible por arder al calor de aquella llama; pero la nueva vida los pisó como a los racimos en el lagar, como a las olivas

en la prensa, para que brotaran de los corazones rústicos lágrimas de amor y de piedad. Más fué menester que se irguicra en el Calvario la cruz para que lloraran verdadero lloro; y que el Crucificado volviera a comer el pan con ellos, para que se reconfortaran de esperanza.

Y habían vuelto, salvando aquellos pocos recuerdos que sin embargo eran bastante para cambiar el mundo. Pero antes de partir para la empresa ordenada, esperaban volver a ver al que amaban, en los lugares que habían amado. Habían vuelto todos muy diferentes de lo que eran cuando habían partido, más inquietos y melancólicos, casi extraños, como si volvieran del país de los Lotófagos (129) y vieron ya, con ojos más puros, una nueva tierra indivisiblemente confederada con el cielo. Pero las redes estaban allí, colgadas de las paredes y las barcas amarradas se balanceban a impulsos de la resaca. Los pescadores de hombres empezaron de nuevo, acaso por nostalgia, tal vez por necesidad, a ser pescadores del lago.

Una tarde estaban juntos siete discípulos de Cristo, en el puerto de Cafarnaúm. Simón llamado Piedra, Tomás el Mellizo, Natael el de Caná, Santiago, Juan y otros dos. Dice Simón: Juan 21, 2.

—Voy a pescar.

—Vamos también nosotros contigo —le responden los amigos.

Y subieron a la barca y partieron, pero esa noche nada cogieron. Llegada la mañana, un poco amoscados por Juan 21, 3.
la noche perdida inútilmente, hicieron rumbo hacia la orilla y cuando estuvieron cerca vieron, en la luz indecisa de la aurora, una figura de hombre, junto al agua, que parecía esperarlos: "pero los discípulos no conocieron que era Jesús". Juan 21, 4.

—Muchachos, ¿tenéis algo qué comer? —gritó el desconocido.

(129) LOTOFAGOS. Llámanse así ciertos pueblos de la costa meridional de Africa que se alimentaban con los frutos deliciosos del loto, los cuales frutos, según antiguos mitólogos y poetas, hacían que los extranjeros que los comían olvidasen su patria. En este sentido usa la palabra el autor.

Juan 21, 5. Y ellos contestaron: "No".

—¡Echad la red a la mano derecha de la lancha y hallaréis!

Obedeciendo, lo hicieron así y en poco tiempo se lle-
Juan 21, 6. nó de tal suerte la red que no la podían izar. Y todos temblaron porque habían adivinado quién era el que los esperaba.

—¡Es el Señor! —comunicó Juan a Simón.

Pedro, sin decir nada, se ciñó apresuradamente la tú-
Juan 21, 7. nica, pues estaba desnudo, y se arrojó al agua, para llegar antes que nadie. La lancha distaba de tierra apenas unos doscientos codos (100 metros) y bien pronto los siete discípulos rodearon al Señor. Y ninguno le pregun-
Juan 21, 12. tó: ¿Quién eres?, porque lo habían reconocido.

En la playa había una brasero encendido, con pescados
Juan 21, 9. que se asaban y una servilleta con pan. Y Jesús dijo:
Juan 21, 12. —Venid a comer.

Y por última vez partió el pan y los distribuyó; lo
Juan 21, 13. mismo hizo con el pescado. Una vez que hubieron terminado de comer, Jesús se dirigió a Simón y bajo esa mirada, el desdichado, que hasta entonces había callado, palideció:

Juan 21, 15. —Simón de Juan, ¿me amas más que éstos?

El renegador, al oír aquella pregunta llena de ternura, pero para él tan atroz, se sintió transportado a otro lugar, junto a otro brasero, donde otros lo habían interrogado, y recordó la respuesta de entonces, y la mirada del que debía morir y su gran llanto en la noche. No se atrevió a contestar como hubiera deseado. El "sí", en su boca, hubiera sido jactancia y desvergüenza; el "no", mentira y vergüenza.

—Sí, Señor, —¡tú sabes que te quiero!

No dice que lo "ama": tiene pudor de pronunciar la palabra amor, de ese amor, tantas veces pronunciado y después traicionado. "Te quiero" es más atenuado y menos comprometedor. Y no es él mismo quien lo confiesa, sino que "tú eres quien lo sabe", tú que lo sabes todo y que ves en los corazones más cerrados. Te quiero: pero no se atreve a añadir, en presencia de los otros que saben: más que todos.

Cristo le dice:

—Apacienta mis corderos.

Y por segunda vez le pregunta:

—Simón de Juan, ¿me amas?

Y Pedro, no sabiendo hallar en su turbación otra respuesta, repite:

—Señor, tú sabes que te quiero.

¿Por qué quieres hacerme sufrir todavía? ¿No lo sabes, sin que te lo diga, que te quiero, que te amo más que antes, como no te he amado nunca y que daré mi vida por no renegar de tu amor?

Dícele entonces Jesús:

—Apacienta mis corderos.

Y, por tercera vez, insiste:

—Simón de Juan, ¿me quieres?

No habla más de amor, sino que quiere que, por tercera vez, delante de todos, las tres negaciones de Jerusalén queden borradas por tres nuevas promesas. Pero Pedro no puede resistir más el reiterado tormento.

—¡Pero Señor! —exclama casi llorando— ¡Tú lo sabes todo y sabes que te quiero!

La tremenda prueba ha terminado y Jesús, a su vez,
repite: "Apacienta mis ovejas. En verdad, en verdad te Juan 21, 15-17.
digo: cuando eras mozo te ceñías e ibas a donde querías; mas cuando ya fueras viejo, tenderás tus manos y
te ceñirá otro y te llevará a donde tú no quieras". Juan 21, 18.

¿Adónde? A la muerte; a la cruz semejante a aquella en la que me clavaron. Sábete, pues, qué quiere decir amarme. Mi amor es gemelo de la muerte. Porque os amaba me mataron; por vuestro amor hacia mí os matarán también a vosotros. Piensa Simón de Juan, cuál es el tratado que firmas conmigo y la suerte que te espera. Ya no estaré cerca para darte la paz del perdón después de las caídas de la cobardía. Ahora, después de mi muerte, las defecciones y las deserciones son mil veces más graves. Tú deberás responder por todos los corderos que confío a tu cuidado y, en premio, al final de la jornada, tendrás dos troncos y cuatro clavos, como los tuve yo, y la vida eterna. Elige: es la última vez que te es dado elegir y es una elección que haces para siempre; elec-

ción irremediable de que te pediré cuenta como el patrón al criado que dejó en su lugar. Y ahora que has sabido y decidido, ven conmigo.

Juan 21, 19. —Sígueme.

Pedro obedece, pero, volviéndose, ve a Jnan que los sigue de cerca y pregunta:

Juan 21, 20, 21. —Señor, ¿y éste qué?...

—Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿a tí

Juan 21, 22. qué te importa? Tń sígueme.

A Simón el primado y el snplicio; a Juan la inmortalidad y la espera. El que tiene el mismo nombre que el precursor de la primera venida será el pregonero de la segunda. El histórico del final será perseguido, preso, solitario, pero vivirá más que todos y podrá ver con sus ojos cómo se deshacen las piedras separadas de las piedras sobre la colina maldita de Jerusalén. En sn desierto, cerúleo y sonoro, de la isla de Patmos gozará y sufrirá en visión en medio de la luz refulgente y de la inmensa noche del mar, de los acontecimientos de la última venida. Pedro ha seguido a Cristo, ha sido crucificado por Cristo y ha dejado en pos de sí una dinastía eterna de Vicarios de Cristo; pero Juan no ha podido descansar en la muerte. Espera con nosotros, contemporáneo de todas las generaciones, silencioso como el amor, eterno como la esperanza.

LA NUBE

Volvieron otra vez a Jerusalén, dejando, y esta vez para siempre, las redes, viajeros de un viaje que sólo será interrumpido por etapas de sangre.

En el mismo lugar donde había descendido en la gloria de los hombres, a la gloria del cielo. Durante cuarenta días, a contar del de la Resnrrección, tantos cuantos había permanecido en el Desierto después de la figuración de la muerte en el agua, quedó entre los hombres. Su vida, aunque su cuerpo aparentara ser el de antes, parecía, tanto más oculta y trashumana era, una extrema sublimación en el mundo carnal y aparente para volverse a elevar, todo espíritu, a la altura de donde había descendido, poco más de treinta años antes, para abrir en la tierra entenebrecida un claro por donde mirar la mnnificencia de los cielos.

No hacía, como otrora, vida común con los Apóstoles, porque estaba despegado ya de la vida de los vivos; pero más de una vez se les apareció en sns reuniones, para reconfirmar las supremas promesas y, tal vez, para trasmitir a los más aptos aquellos misterios que no fueron escritos en ningún libro, pero que fueron trasmitidos, durante toda la edad apostólica y aun más acá, bajo el sigilo del secreto y, más tarde, fueron imperfectamente conocidos con el nombre de Disciplina del Arcano (180).

(180) DISCIPLINA DEL ARCANO. "No deis lo santo a los perros ni echéis vuestras perlas delante de los puercos; no sea que la hnellen con sus pies y revolviéndose contra vosotros os despedacen" (Mat., VII 6) había dicho N. Señor Jesucristo a sus discípulos, sugiriéndoles la mayor prudencia en manifestar los sublimes misterios de la religión cristiana. Y esta prudencia no sólo era aconsejada por las explícitas palabras de Cristo, sino también por las difíciles condiciones en que vivía la Iglesia en los primeros siglos, de suerte que sus secretos no eran revelados sino a los

La última vez que lo vieron fué en la colina de los Olivos, donde, antes de la muerte, había anunciado la ruina del Templo y de la ciudad y las señales de su vuelta; y donde, en las tinieblas de la noche y de la congoja, Satanás, antes de huir derrotado, lo había dejado empapado en sudor y en sangre. Era una de las últimas tardes de mayo y las nubes, doradas en la hora dorada como archipiélagos celestiales en el oro del sol descendente, parecían subir de la cálida tierra al cielo aproximado como vapores de ofrendas inocentes y olorosas. En los campos absortos en la fatiga de la última granazón, los pájaros empezaban a llamar a los nidos a los pichones y la brisa crepuscular sacudía, con ondas ligeras, las ramas y sus racimos de frutos no maduros todavía. De la lejana ciudad, intacta aún, se elevaba una polvareda como nube de humo, dominada por los pináculos, por los torreones, por los cuadriláteros blancos del Templo.

Y los Discípulos repiten, una vez más todavía, la pregunta que habían dirigido a Jesús, en el mismo lugar, la noche de las dos profecías. Ahora que, según lo había prometido, ha vuelto, ¿por qué esperar más?

Hechos 1, 6. —Señor, ¿vas por fin a restaurar el reino de Israel?

Tal vez quería hablar del Reino de Dios, que en su pensamiento, como en el de los profetas, era una sola cosa con el reino de Israel, porque en Judea debía comenzar la divina restauración de la tierra.

iniciados; y esta reserva se llamó "Disciplina del arcano". Sin embargo, no fué observada siempre con el mismo rigor. Sabemos efectivamente que, a veces, los Apologistas defendieron abiertamente, en presencia de los paganos, la divinidad de la religión cristiana y sus sublimes misterios; y que de esta falta de reserva se quejaba Tertuliano en su tiempo. Pero si esta disciplina del arcano fué menos rigurosa en el primer siglo, fué rigurosísima en el II y III siglo, porque la Iglesia, enseñada a expensas suyas, se persuadió de la necesidad de la tal disciplina y la conservó aún hasta después de concedida la paz religiosa, como resulta de la célebre carta decretal de Inocencio I a Docencio Obispo de Gubio (año 451): "reliquia, cum adjueris, interrogati poterimus edicere"; lo demás, una vez que estés aquí, interrogados podremos explicarlo..." Responden a esta disciplina del arcano casi todas las pinturas de los primeros siglos del cristianismo que son esencialmente simbólicas de la Eucaristía, el gran misterio cristiano.

—No es para vosotros —repuso el Cristo— conocer las circunstancias ni el momento que el Padre se reserva en su propio poder. Lo que haréis será recibir la virtud del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y ser mis testigos en Jerusalén y en toda Judea y en Samaria y hasta los confines de la tierra. Hechos 1, 7, 8.

Y dicho esto, levantó las dos manos para bendecirlos. Mientras ellos miraban, se elevó por encima de todos y, de repente, una nube radiante, como en la mañana de la Transfiguración, lo envolvió y lo ocultó a su vista. Hechos 1, 9. Pero los que habían quedado no podían apartar sus ojos del Cielo y los fijaban en lo alto, inmóviles en su estupor, cuando dos hombres vestidos de blanco los hicieron volver en sí: Hechos 1, 10.

—Galileos, ¿qué estáis mirando en el cielo? Este mismo Jesús que de vosotros ha sido asumido en el cielo, ha de venir del mismo modo que le habéis visto ir al cielo. Hechos 1, 11.

Entonces, después de haber adorado en silencio, volvieron a Jerusalén, radiantes de melancólica alegría, Hechos 1, 12. pensando en la nueva jornada: la primera de una empresa, que, después de casi dos mil años, no ha terminado todavía. Ahora también ellos están solos, solos contra un enemigo innumerable, que se llama mundo. Pero el cielo no está tan apartado de la tierra, como antes de la venida de Cristo; la mística escala de Jacob ya no es el sueño de un solitario, sino que está clavada en la tierra, en el suelo que pisan, y allá arriba hay un intercesor que no olvida a los efímeros destinados a la eternidad y que, por poco tiempo, fueron sus hermanos.

"Yo estaré con vosotros hasta el fin de la edad presente", había sido una de las últimas promesas y la mayor Mt. 28, 20. de todas. Ha subido al cielo, pero el cielo ya no es más solamente la desierta convexidad donde aparecen y desaparecen, veloces y tumultuantes como los imperios, las nubes de los temporales, y brillan en el silencio, como las almas de los santos, las estrellas. El Hijo de Hombre que subió a las montañas para hallarse más próximo al cielo, que fué todo luz en la luz del cielo, que murió levantado de la tierra, en la obscuridad del cielo, y vol-

vió para elevarse en la suavidad de la noche al cielo, y volverá un día, sobre las nubes que quiso libertar, escuchando nuestras palabras si realmente salen ellas del fondo de nuestra alma, valorando nuestras lágrimas si verdaderamente fueron lágrimas de sangre en el corazón antes de ser gotas saladas en los ojos, huésped invisible y benévolo que no nos abandonará jamás, porque la tierra, por voluntad suya, es un anticipo del Reino de los Cielos y desde hoy, forma parte del cielo.

La rústica ama de todos, la esfera, que es un punto en lo infinito y sin embargo contiene la esperanza de lo infinito, Cristo la ha vuelto a tomar para sí, como su eterna propiedad; y hoy está más ligado a nosotros que cuando comía el pan de nuestros campos. Ninguna promesa divina puede ser anulada: todas las gotas de la nube de mayo que lo ocultó están todavía aquí abajo y nosotros, todos los días, levantamos nuestros ojos cansados y mortales a aquel mismo cielo del cual volverá a bajar con el fulgor terrible de su gloria.

SUPLICA A CRISTO

Estás todavía, diariamente, entre nosotros. Y estarás con nosotros por siempre.

Vives con nosotros, junto a nosotros, sobre la tierra que es tuya y nuestra, sobre esta tierra que te acogió, niño, entre los niños y, acusado, entre los ladrones; vives como los vivos sobre la tierra de los vivientes que te agradó y que amas; y vives una vida humana sobre la tierra de los hombres —invisible acaso aun para aquellos que te buscan— puede que bajo la figura de un Pobre que compra personalmente su pan y en quien nadie repara.

Pero ha llegado ya el tiempo en que debes mostrarte de nuevo a todos nosotros y dar una prenda de ti, perentoria e irrecusable, a esta generación. Tú ves, oh Jesús, nuestra necesidad; tú ves hasta dónde llega nuestra gran necesidad; no puedes no conocer que es incapaz de mayor espera; no puedes no conocer cuán dura y cierta es nuestra angustia, nuestra indigencia, nuestra desesperanza; ¡tú sabes cuánto necesitamos de una intervención tuya, cuán necesaria es tu vuelta!

Sea ella en buena hora una vuelta breve, sea ella imprevista, seguida inmediatamente de una imprevista partida; una sola aparición, un llegar y volver a partir, una sola palabra a tu llegada y una palabra sola al desaparecer de nuevo, una sola señal, un aviso único, un relámpago en el cielo, una luz en la noche, un abrirse del cielo, un resplandor en las tinieblas: una hora sola de tu eternidad, una palabra sola por todo tu silencio.

Necesitamos de ti, sólo de ti y de nadie más. Solamente tú, que nos amas, puedes tener de todos nosotros que sufrimos la compasión que cada uno de nosotros tiene de sí mismo. Sólo tú puedes sentir cuán grande, cuán

inconmensurablemente grande es la necesidad que hay de ti en este mundo, en esta hora del mundo. Nadie, de tantos como viven, nadie de los que duermen en el fango de la gloria, puede darnos a nosotros necesitados, a nosotros derrumbados en la atroz penuria, en la miseria la más tremenda de todas —la del alma— el bien que salva.

Todos necesitan de ti, aun aquellos que lo ignoran, y éstos más que los que no lo ignoran. El hambriento se imagina que busca un pan y es que tiene hambre de ti; el sediento cree desear agua, y es que de ti tiene sed; el enfermo se ilusiona con el ansia de la salud, y su mal está en tu ausencia. Quien en el mundo busca la belleza, sin advertirlo te busca a ti, que eres la belleza completa y perfecta; quien con su pensamiento va en pos de la verdad, sin quererlo te desea a ti, que eres la única verdad digna de ser conocida; quien corre afanoso tras de la paz, te busca a ti, única paz donde pueden hallar quietud los corazones más inquietos. Ellos te llaman, sin saber que te llaman; y su grito es indeciblemente más doloroso que el nuestro.

Nosotros no gritamos hacia ti por la vanidad de poder verte como te vieron los Galileos y los Judíos ni por la alegría de ver, una vez siquiera, tus ojos, ni por la loca presunción de vencerte con nuestras súplicas. No pedimos ni la gran descensión en la gloria de los cielos ni el fulgor de la Transfiguración ni las clarinadas de los Angeles y toda la sublime liturgia de la postrer vida. ¡Hay tanta humildad, tú lo sabes, en nuestro desbordante atrevimiento! Nosotros sólo te queremos a ti, queremos tu persona, tu pobre cuerpo taladrado y herido, con su pobre blusa de obrero pobre; queremos ver esos ojos que atraviesan la roca del pecho y la carne del corazón, y curan cuando hieren con el desdén, y hacen sangrar cuando miran con ternura. Y queremos oír tu voz que, suave, aterra a los demonios y, fuerte, embelesa a los niños.

Tú sabes cuán grande es, precisamente en esta época, la necesidad de tu mirada y de tu palabra. Tú muy bien sabes que una mirada tuya puede doblegar y cambiar

nuestras almas, que tu voz puede levantarnos del muladar de nuestra infinita miseria; tú sabes mejor que nosotros, mucho más profundamente que nosotros, que tu presencia urge y es impostergable en esta edad que no te conoce.

La primera vez viniste para salvar; naciste para salvar, te hiciste clavar en la cruz para salvar; todo tu arte, toda tu obra, toda tu misión, toda tu vida es salvar. Y nosotros tenemos hoy, en estos dias grises y malos, en estos años que son una condensación y un acrecentamiento insoportable de horror y de dolor, ¡tenemos necesidad de ser salvados y salvados sin demora!

Si tú fueras un Dios celoso y áspero, un Dios que guarda rencor, un Dios vengativo, un Dios solamente justo, ¡ah! entonces no escucharías nuestra súplica. Porque todo lo que los malvados pudieron hacerte de mal, aun después de tu muerte, y más después de ésta que en vida, los malvados lo hicieron; todos nosotros, el mismo que ahora te suplica junto con los demás, lo hemos hecho. Millones de Judas te han besado, después de haberte vendido, y no por treinta dineros solamente ni tampoco una vez sola; legiones de Fariseos, enjambres de Caifases te han sentenciado como un malhechor, digno de ser crucificado; y una eterna canalla de villanos azuzados te han cubierto el rostro de gargajos y bofetadas; y los espoliques y los perreros y los porteros y los hombres de armas de los injustos detentadores de dineros y de poder, te han azotado las espaldas y ensangrentado la frente; y millares de Pilatos, vestidos de negro o de rojo, recién salidos del baño, untados con raros perfumes, bien peinados y rasurados, te han entregado millares de veces a los verdugos, después de haberte declarado inocente; e innumerables bocas flatulentas y aguardentosas han pedido, innumerables veces, la libertad de ladrones sediciosos, convictos y confesos, de asesinos conocidos, para que tú fueras innumerables veces arrastrado a la cima del Calvario y fijado al duro leño con clavos fraguados por el miedo y forjados por el odio.

Mas tú lo has perdonado todo y siempre. Sabes, tú que has estado entre nosotros, cuál es el fondo de nuestra desgraciada naturaleza. No somos más que retazos y

bastardía, hojas instables y que se secan, verdugos de nosotros mismos, abortos mal nacidos que se tienden en el mal a la manera de un lactante fajado en sus meados, de un borracho caído de bruces en su propio vómito, de un apuñaleado acostado en su sangre, de un ulceroso descansando en su podre. Te hemos rechazado por ser demasiado puro para nosotros; te hemos condenado a muerte porque eras la condena de nuestra pobre vida. Tú mismo lo dijiste en aquellos días: "Estuve en el mundo y en la carne me revelé a ellos; y los encontré a todos borrachos y a ninguno en su sano juicio y mi alma sufre por los hijos de los hombres, porque están ciegos en su corazón" ([131]). Todas las generaciones son iguales a la que te crucificó y, bajo cualquier forma te presentes, te rechazan. "Semejantes —dijiste— a los chicuelos que están sentados en la plaza y gritan a sus compañeros: Tocamos la flauta y no habéis danzado;
Mt. 11, 16-17. entonamos lamentaciones y no habéis llorado". Lo mismo nosotros durante casi sesenta generaciones.

Pero ahora ha llegado el tiempo en que los hombres están más ebrios que entonces y, a la vez, más sedientos. En ninguna edad como ésta hemos sentido la sed devoradora de una salvación sobrenatural. En ningún tiempo, de cuantos recordamos, la abyección ha sido tan abyecta y el ardor tan ardiente. La tierra es un Infierno alumbrado por la condescendencia del sol. Pero los hombres están sumergidos en una paz de estiércol diluído con lágrimas, de la que, a veces, salen frenéticos, desfigurados, para precipitarse en el rojo lagar hirviente de de sangre, esperando lavarse. Poco ha, salieron de estas feroces abluciones y han vuelto, después de la inmensa diezma, al común estercolero. Las pestes han sucedido a las guerras; a la zaga de las pestes vinieron los terremotos; rebaños inmensos de cadáveres, cuantos bastaban otrora para poblar un reino, están tendidos bajo un manto de la tierra agusanada, ocupando, si estuvieran juntos, el espacio de muchas provincias.

([131]) A pesar de su sabor bíblico, no hemos encontrado ninguna de las frases de este párrafo en la Sagrada Escritura.

Y sin embargo, como si todos estos muertos no fueran más que la primera prorrata de la destrucción universal, los hombres continúan matándose y matando. Las naciones pobres; los rebeldes matan a sus señores de ayer; los señores mandan a sus mesnadas que maten a los rebeldes; nuevos dictadores, aprovechándose del derrumbamiento de todos los sistemas y de todos los regímenes, llevan naciones enteras a la carestía, a la carnicería, a la disolución.

El amor bestial de cada individuo por sí, de cada casta por ella, de cada pueblo por él solo, es todavía más ciego y gigante después de los años en que el odio cubrió la tierra de fuego y de humo, de tumbas y de osamentas. El amor de sí mismo, después de la hecatombe universal y común, ha centuplicado el odio: el odio de los pequeños contra los grandes, de los descontentos contra los inquietos, de los siervos ensoberbecidos contra los patrones servidos, de los grupos ambiciosos contra los grupos decadentes, de las razas hegémonas contra las razas vasallas, de los pueblos subyugados contra los pueblos subyugadores. La glotonería de lo demasiado ha engendrado la indigencia de lo necesario; el prurito de los placeres, el roer de las torturas; el frenesí de la libertad ha endurecido y acortado las maneas.

La especie humana, que se retorcía en el delirio de cien fiebres, en los últimos años se ha enloquecido. Todo el mundo resuena del fragor de los escombros que se derrumban; las columnas están sumergidas en el fango; y hasta las montañas lanzan de sus cimas aludes de pedrisco que nivela malignamente la superficie de la tierra. También los hombre que habían permanecido intactos en la paz de la ignorancia han sido violentamente arrancados de sus valles de pastura y arrastrados al rabioso tumultuar de las ciudades, a emporcarse y a sufrir.

Un caos de convulsión por doquier; un alboroto sin objeto, un hormigueo que infecciona el aire pesado, un malestar descontento del todo y del propio descontento. Los hombres, en la borrachera siniestra de todos los venenos, son consumidos por el ansia de dañar a sus hermanos de pena; y con tal de satisfacer esta pasión bastar-

da, buscan la muerte de todas las maneras posibles. Las drogas alucinadoras y afrodisíacas; las voluptuosidades que destroncan y no sacian, el alcohol, el juego, las armas, terminan diariamente con millares de aquellos que sobrevivieron a las diezmas obligadas.

El mundo, durante cuatro años enteros, se ha hartado de sangre para decidir quién debía poseer la heredad más grande y tener más repleta la talega. Los servidores de Manmón han arojado a Calibán ([132]) a fosas interminables y múltiples para hacerse más ricos y empobrecer a los enemigos. Pero esta experiencia terrible a nadie ha aprovechado. Todos más pobres que antes, más hambrientos que antes, los pueblos todos han vuelto a los pies del Dios Negocio a sacrificarle la propia paz y la vida ajena. La Divina Transacción y la Santa Moneda ocupan, aún más que en lo pasado, a los hombres, verdaderos poseídos. Quien poco tiene mucho quiere; quien tiene mucho quiere más; quien ha logrado lo más lo quiere todo. Habituados al derroche de los años devoradores, los sobrios se han vuelto glotones, los resignados maliciosos, los honrados ladrones, los más castos se han dado al lenocinio. Con el nombre de comercio se practica la usura y la apropiación indebida; la bandera de la grande industria cubre la piratería de pocos en perjuicio de muchos. Los pillos y malversadores de los caudales públicos tienen a su cuidado el dinero del pueblo, y la concusión es uno de los artículos del código de todas las oligarquías. Los ladrones, que son los únicos que observan la justicia, no perdonan ni a los mismos ladrones. La ostentación de los ricos ha esculpido en todos los cerebros la idea de que en la Tierra, libre finalmente del fantasma del cielo, nada pesa, nada vale sin el oro y lo que se puede comprar y usar, hasta abusar, con el oro.

Todas las creencias se debilitan y mueren en este pantano infecto. El mundo practica una sola religión: la que reconoce la suprema trinidad de Wotan ([133]) Manmón

([132]) CALIBAN. Ser fantástico del drama de Shakespeare "La Tempestad", y una de sus más notables creaciones.

([133]) WOTAN — ODIN. Llamado "el padre de todo", el "des-

y Priapo ([134]); la *Fuerza* que tiene por símbolo la espada y por templo el Cuartel; la *Riqueza* que tiene por símbolo el oro y por Templo la Bolsa; la *Carne* que tiene por símbolo el Falo y por Templo el Prostíbulo.

Tal es la religión reinante sobre la tierra toda, practicada ardientemente con los hechos, aunque no siempre confesada con las palabras, por los vivientes. La antigua familia se deshace: el matrimonio es destruído por el adulterio y la bigamia; la descendencia es maldición para muchos y la evitan con variadas formas de fraudes y con los abortos voluntarios; la fornicación prima sobre los amores legítimos; la sodomía tiene sus panegiristas y sus lupanares; las meretrices públicas y las reservadas reinan sobre un pueblo de entecos y sifilíticos.

Ya no hay Monarquías ni Repúblicas. Cada orden no es más que simple fachada y simulacro. La Plutocracia y la Demagogia, hermanas en la identidad del espíritu y de los fines, se disputan el dominio de las hordas sediciosas, servidas pésimamente por la Mediocridad asalariada. Y entretanto, por encima de las dos castas que se pelean, la Coprocracia ([135]), realidad tangible e indiscutida, ha sometido lo Alto a lo Bajo, la Calidad a la Cantidad, el Espíritu al Fango.

Tú sabes todo esto, Cristo Jesús, ves que ha llegado de nuevo la plenitud de los tiempos y que este mundo, febricitante y bestializado, bien merece ser castigado con un diluvio de fuego, o salvado por tu mediación. Sólo tu Iglesia, la Iglesia fundada por ti sobre la Piedra de Pedro, la sola que merece el nombre de Iglesia, la Iglesia

poblador" o "el padre de la matanza". El primero y más grande de los dioses escandinavos; tiene los atributos del creador y del guerrero. Vivía en el Walhala y desde allí animaba a los soldados. Tuvo varios hijos con su hija Freyra, con quien había casado. Según se cree, Odín o Wotan fué un guerrero que sometió la Escandinavia en el siglo II antes de Cristo y que luego fué adorado como el primero de los dioses.

([134]) PRIAPO. Personaje mitológico, hijo de Baco y de Venus y era venerado como el dios que presidía a los huertos; pero, algunas veces, y en nuestro caso, se dice también en el sentido de Falo, símbolo de la generación y del placer carnal.

([135]) COPROCRACIA (del griego copros, excremento y cratos, fuerza, dominio). Reinado del estiércol.

única y universal que habla desde Roma con las palabras infalibles de tu Vicario, todavía emerge, fortalecida por los ataques, ennegrecida por los cismas, rejuvenecida por siglos, por encima del mar furioso y fangoso del mundo. Mas tú que la asistes con tu espíritu no ignoras cuántos y cuántos, aun de entre aquellos que nacieron en su seno, viven fuera de su ley. Una vez dijiste: "Si alguien está solo, yo estoy con él. Remueve la piedra y allí me encontrarás, parte el madero y yo estoy ahí" (136). Pero para descubrirte en la piedra y en el madero menester es la voluntad de buscarte y la capacidad de verte. Y hoy, ¡ah! hoy la mayoría de los hombres no quieren, no saben hallarte. Si no les haces sentir tu mano sobre sus cabezas y oír tu voz en sus corazones, seguirán buscándose solamente a sí mismos sin encontrarse por cierto: que nadie se posee si no te posee. ¡Te rogamos, pues, oh Cristo, te rogamos nosotros los renegadores, los culpables, los abortivos, nosotros que todavía te recordamos y nos esforzamos en vivir contigo, aunque por desgracia siempre demasiado lejos de ti, nosotros los últimos, los desesperados, los que hemos regresado de los periplos y de los precipicios, nosotros te suplicamos que vuelvas una vez más entre los hombres que te mataron, entre los hombres que siguen matándote, para devolvernos a nosotros, asesinos en las tinieblas, la luz de la verdadera vida!

Más de una vez has aparecido, después de la Resurrección, a los vivientes. A los que creían odiarte, a los que te habrían amado aun no siendo tú Hijo de Dios, mostraste tu rostro y les hablaste con tu voz. Los ascetas, escondidos en las cavernas de las rocas y en los arenales, los monjes en las largas noches de los cenobios, los santos en las cimas de las montañas te vieron y te oyeron; y desde ese instante, ni pidieron más que la gracia de morir inmediatamente para reunirse contigo. Tú eras Verbo y Luz en el camino de Pablo, fuego y sangre en la cueva de Francisco, amor desesperado y perfecto en las celdas de Catalina y de Teresa. Si volviste por uno, ¿por qué no vuelves, una vez, por todos? Si aquéllos merecieron verte por derecho de apasionada esperanza, nosotros podemos invocar los derechos de nuestra desierta desesperación. Aquellas almas te invocaron con el poder de la inocencia; las nuestras te llaman a gritos desde las cimas de la debilidad y del envilecimiento. Si completaste los éxtasis de los santos, ¿por qué no habrías de acudir al llamado de los condenados? ¿No dijiste que habías venido por los enfermos y no por los sanos, por los que se habían perdido y no por los que se habían quedado en el aprisco? Y tú ves cómo todos los hombres están apestados y devorados por la fiebre; cómo cada uno de nosotros, buscándose a sí mismo, ¡se ha extraviado y te ha perdido! Nunca como hoy tu mensaje ha sido necesario, y nunca como hoy él ha sido olvidado o despreciado. El reinado de Satanás ha llegado ya a su completa madurez y la salvación que todos buscan, a tientas, sólo puede encontrarse en tu Reino.

(136) A pesar de su sabor bíblico, este párrafo no es de la Biblia.

La grande experiencia llega a su fin. Los hombres, apartándose del Evangelio, han encontrado la desolación y la muerte. Más de una promesa y más de una amenaza se ha cumplido. Ya no nos queda a nosotros, desheredados, sino la esperanza de tu vuelta. Si no vienes a despertar a los dormidos acurrucados en el cieno pestilente de nuestro infierno, es señal evidente de que el castigo te parece harto breve y ligero para lo que merece nuestra traición, y que no quieres cambiar el orden de tus leyes.

¡Hágase, Señor, tu voluntad ahora y siempre, en el cielo y en la tierra!

Pero nosotros, los últimos, te esperamos. Te esperamos, día a día, a pesar de nuestra indignidad y contra todo imposible. Y todo el amor que podemos exprimir de nuestros corazones devastados será para ti, oh Crucificado, que fuiste atormentado por nuestro amor y ahora nos atormentas con todo el poder de tu inextinguible amor.